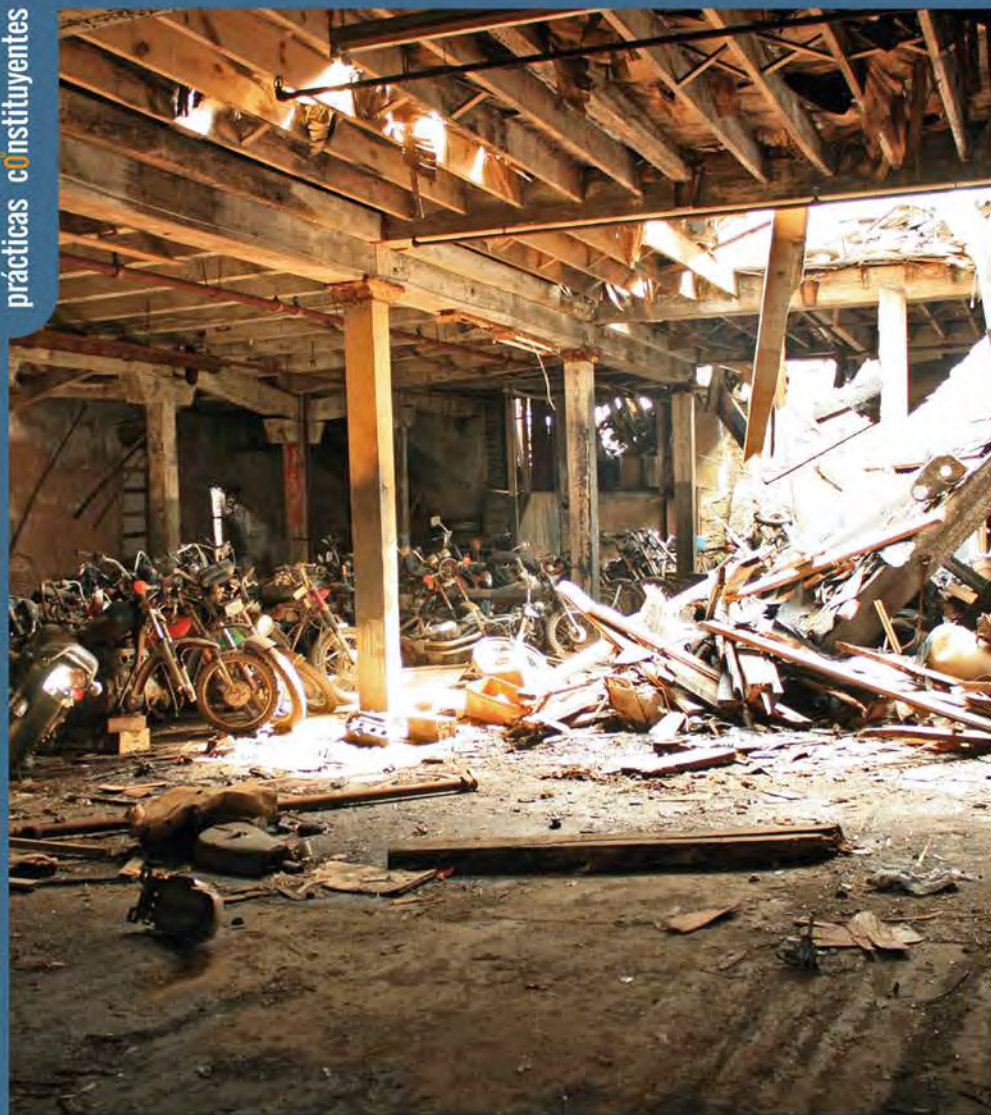


prácticas **c**onstituyentes



LOS LÍMITES DEL CAPITAL

David Harvey

traficantes de sueños

© 1982, 2006 David Harvey

Este libro ha sido impreso por acuerdo y con permiso de David Harvey.

Primera edición en inglés: *The Limits of Capital*, Oxford, Basil Blackwell Publishers, 1982.

Segunda edición en inglés: Londres, Verso, 2006.

© 2024, de esta edición, Traficantes de Sueños.

Licencia Creative Commons: Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0
Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Primera edición en castellano: Marzo de 2024.

Título: Los límites del capital

Autor: David Harvey

Traducción y edición: Isidro López Hernández y Traficantes de Sueños

Maquetación y diseño de cubierta: Traficantes de Sueños

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba, 13. 28012, Madrid.

Tlf: 915320928. [e-mail:editorial@traficantes.net]

Impresión:

Cofás artes gráficas

ISBN: 978-84-19833-13-6

Depósito legal: M-7128-2024

LOS LÍMITES DEL CAPITAL

DAVID HARVEY

TRADUCCIÓN

ISIDRO LÓPEZ HERNÁNDEZ

prácticas c^onstituyentes

traficantes de sueños

ÍNDICE

PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN CASTELLANO. <i>Isidro López Hernández</i>	11
Sobre la presente edición	16
INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN DE 2006	19
Otras lecturas	40
INTRODUCCIÓN	43
I. MERCANCÍAS, VALORES Y RELACIONES DE CLASE	51
1. Valor de uso, valor de cambio y valor	55
1.1. Valor de uso	55
1.2. Valor de cambio, dinero y sistema de precios	60
1.3. La teoría del valor	65
1.4. La teoría del plusvalor	72
2. Las relaciones de clase y el principio capitalista de la acumulación	77
2.1. El papel de los capitalistas como clase y el imperativo de acumular	81
2.2. Implicaciones de la acumulación del capitalista para el trabajador	83
2.3. Clase, valor y la contradicción de la ley capitalista de la acumulación	86
3. Apéndice. La teoría del valor	90
II. PRODUCCIÓN Y DISTRIBUCIÓN	95
1. La participación del capital variable en el producto social total.	
El valor de la fuerza de trabajo y la determinación del nivel salarial	101
1.1. El salario de subsistencia	106
1.2. La oferta y la demanda de fuerza de trabajo	108
1.3. La lucha de clases por los salarios	110
1.4. El proceso de acumulación y el valor de la fuerza de trabajo	113
2. La reducción del trabajo complejo a trabajo simple	115
3. La distribución del plusvalor y la transformación de los valores en precios de producción	120
4. Interés, renta y ganancias sobre el capital mercantil	128
4.1. El capital mercantil	131
4.2. Capital dinero e interés	132
4.3. Renta sobre el suelo	133
4.4. Las relaciones de distribución y las relaciones de clase en perspectiva histórica	134

III. PRODUCCIÓN Y CONSUMO, OFERTA Y DEMANDA Y LA REALIZACIÓN DEL PLUSVALOR	137
1. Producción y consumo, oferta y demanda, crítica de la Ley de Say	142
2. La producción y la realización del plusvalor	146
2.1. La estructura del tiempo y los costes de realización	148
2.2. Los problemas estructurales de la realización	150
3. El problema de la demanda efectiva y la contradicción entre las relaciones de distribución y las condiciones para la realización del plusvalor	153
IV. EL CAMBIO TECNOLÓGICO, EL PROCESO DE TRABAJO Y LA COMPOSICIÓN DE VALOR DEL CAPITAL	163
1. La productividad del trabajo en el capitalismo	169
2. El proceso de trabajo	172
3. Las fuentes del cambio tecnológico en el capitalismo	187
4. La composición técnica, orgánica y de valor del capital	194
5. El cambio tecnológico y la acumulación	203
V. LA CAMBIANTE ORGANIZACIÓN DE LA PRODUCCIÓN CAPITALISTA	207
VI. LA DINÁMICA DE LA ACUMULACIÓN	229
1. La producción de plusvalor y la ley general de la acumulación capitalista	231
2. La acumulación por medio de la reproducción ampliada	241
3. La tasa decreciente de las ganancias y los efectos compensatorios	253
VII. SOBREAACUMULACIÓN, DEVALUACIÓN Y EL «PRIMER CORTE» DE LA TEORÍA DE LA CRISIS	269
1. Sobreacumulación y devaluación del capital	272
2. La «devaluación constante» del capital como resultado del incremento de la productividad del trabajo	276
3. La devaluación a través de las crisis	281
VIII. CAPITAL FIJO	285
1. La circulación del capital fijo	290
2. Las relaciones entre capital fijo y capital circulante	298
3. Algunas formas especiales de circulación del capital fijo	307
3.1. Capital fijo a gran escala y de gran durabilidad	307
3.2. Capital fijo de tipo «independiente»	310
4. El fondo de consumo	314
5. El entorno construido para la producción, el intercambio y el consumo	317
6. El capital fijo, el fondo de consumo y la acumulación de capital	321
IX. DINERO, CRÉDITO Y FINANZAS	325
1. Dinero y mercancías	327
2. La transformación del dinero en capital	339
3. El interés	343
4. La circulación del capital que devenga interés y las funciones del sistema de crédito	349
4.1. La movilización del dinero como capital	351
4.2. Reducciones en el coste y el tiempo de circulación	353
4.3. La circulación del capital fijo y la formación del fondo de consumo	354
4.4. El capital ficticio	356
4.5. La igualación de la tasa de ganancia	360

4.6. La centralización del capital	362
5. El sistema de crédito: medios e instituciones	363
5.1. Los principios generales de la mediación financiera: la circulación del capital y la circulación de los ingresos	364
5.2. Compañías por acciones y mercados de capital ficticio	367
5.3. El sistema bancario	370
5.4. Las instituciones del Estado	373
X. EL CAPITAL FINANCIERO Y SUS CONTRADICCIONES	375
1. El sistema de crédito según Marx	376
2. El capital financiero de acuerdo con Lenin y Hilferding	381
3. La contradicción entre el sistema financiero y su base monetaria	385
4. La tasa de interés y la acumulación	390
5. El ciclo de acumulación	394
5.1 Estancamiento	395
5.2. Recuperación	396
5.3. Expansión basada en el crédito	397
5.4. Fiebre especulativa	398
5.5. Bancarrota	399
6. La política de gestión del dinero	400
7. La inflación como una forma de devaluación	403
8. El capital financiero y sus contradicciones	412
8.1. El capital financiero como la «clase» de los financieros y de los capitalistas en dinero	414
8.2. El capital financiero como unidad del capital bancario e industrial	416
8.3. El capital financiero y el Estado	419
9. El «segundo corte» de la teoría de la crisis: la relación entre producción, dinero y finanzas	423
XI. LA TEORÍA DE LA RENTA	429
1. El valor de uso de la tierra	433
2. La tierra en tanto base para la reproducción y la extracción	434
2.1. Espacio, lugar y ubicación	437
2.2. Situación, fertilidad y precios de producción	441
3. La propiedad de la tierra	444
4. Las formas de la renta	451
4.1. Renta de monopolio	451
4.2. La renta absoluta	452
4.3. La renta diferencial	456
5. El papel contradictorio de la renta y de la propiedad de la tierra en el modo de producción capitalista	462
5.1. La separación entre el trabajador y la tierra como medio de producción	463
5.2. La propiedad de la tierra y el principio de la propiedad privada	463
5.3. La propiedad de la tierra y los flujos de capital	464
6. Las relaciones de distribución y la lucha de clases entre el terrateniente y el capitalista	466
7. El mercado de tierras y el capital ficticio	471

XII. LA PRODUCCIÓN DE CONFIGURACIONES ESPACIALES: LA MOVILIDAD GEOGRÁFICA DEL CAPITAL Y EL TRABAJO	479
1. Relaciones de transporte y movilidad del capital en tanto mercancía	483
2. La movilidad del capital variable y de la fuerza de trabajo	487
3. La movilidad del capital dinero	494
4. La ubicación de los procesos de producción	496
4.1. Tecnología <i>versus</i> ubicación como fuentes de plusvalor relativo	499
4.2. El tiempo de rotación del capital en la producción: la inercia geográfica y temporal y el problema de la devaluación	503
5. La configuración espacial de los entornos construidos	505
6. La territorialidad de las infraestructuras sociales	509
7. La movilidad del capital y el trabajo en su conjunto	517
7.1. Complementariedad	521
7.2. Contradicciones y conflicto	523
XIII. LAS CRISIS EN LA ECONOMÍA ESPACIAL DEL CAPITALISMO: LA DIALÉCTICA DEL IMPERIALISMO	527
1. Desarrollo geográfico desigual	530
2. La concentración y la dispersión geográficas	532
3. Manifestaciones regionales de la lucha de clases y de las fracciones de clase	534
4. Los arreglos jerárquicos y la internacionalización del capital	537
5. El «tercer corte» de la teoría de la crisis: aspectos geográficos	540
5.1. La devaluación particular, individual y específica de un lugar	541
5.2. La formación de las crisis regionales	542
5.3. Crisis de alternancia o conmutación	544
5.4. Nuevos arreglos para coordinar la integración espacial y el desarrollo geográfico desigual	546
6. La formación de las crisis globales	548
6.1. Mercados externos y bajo consumo	550
6.2. La exportación de capital para la producción	551
6.3. La expansión del proletariado y de la acumulación originaria	554
6.4. La exportación de la devaluación	556
7. Imperialismo	557
8. Las rivalidades interimperialistas: la guerra global como la forma última de devaluación	561
EPÍLOGO	565
BIBLIOGRAFÍA	573
Trabajos de Marx	573
Trabajos de Marx y Engels	574
Trabajos de Engels	574
Otros trabajos citados	574

PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN CASTELLANO

Isidro López Hernández

A FINALES DE LA DÉCADA de 1970, David Harvey acometió la titánica tarea de fundamentar la emergente *geografía crítica* —de la que el mismo era una cabeza visible— en los más exigentes parámetros analíticos marxistas. El resultado, publicado inicialmente en 1982, fue *Los límites del capital*. Este desarrollo teórico ambicioso y sin concesiones marcha desde los cimientos de la teoría del valor hasta una renovadora visión sistémica de las configuraciones espaciales y geopolíticas del capitalismo en crisis. Por el camino, Harvey revisa exhaustivamente la obra de madurez de Marx, principalmente *El capital* y los *Grundrisse*, reorganizando sus contenidos en una lectura que el propio Harvey califica de «no lineal», y sin apenas dejar de lado ninguno de los temas sustantivos tratados por Marx.

A pesar de la evidente centralidad de la teoría marxista en *Los límites del capital*, este no es simplemente una guía de lectura de *El capital*. Este libro quiere ser también una elaboración meticulosa de la propia posición teórica de Harvey que desde los primeros capítulos se «camufla» bajo la forma de un comentario de la obra de Marx. En este sentido, el relato analítico de Harvey avanza siguiendo la línea que va de la producción a la distribución, para abordar el consumo, el cambio tecnológico y organizativo, el capital fijo, la crisis de sobreproducción, la caída de la tasa de beneficio, las finanzas y, de ahí, la renta del suelo. En este recorrido se va encontrando con los huecos, más o menos evidentes, que la exposición de Marx va dejando en sus textos, que en realidad, en muchos casos, como el libro III de *El capital*, eran apuntes de trabajo. Recordemos que solo el libro I de *El capital* fue publicado en vida de Marx y con su total visto bueno. De este modo, Harvey va reelaborando progresivamente los elementos teóricos sueltos y los análisis parciales que Marx utiliza para hablar de la moneda, los bancos, las sociedades por acciones o los distintos tipos de renta del suelo.

Pero es en los últimos capítulos de *Los límites del capital*, en concreto en los capítulos XII y XIII, donde Harvey desarrolla los elementos de su propia hipótesis y sienta las bases de lo que, un poco más tarde, a partir de mediados de la década de 1980, será un nuevo enfoque territorial de la crisis

capitalista y sus intrincadas dinámicas de interconexión con las finanzas, el nuevo poder político sobre el proceso de acumulación surgido de la larga crisis y reestructuración del capital de la década anterior. Conceptos como *spatial fix* [arreglo espacial] o *circuito secundario de acumulación* encuentran su primera fundamentación en estos capítulos finales. Se trata aquí de comprender las dinámicas de valorización / desvalorización internas a la reproducción ampliada del capital, pero enmarcadas en una producción constante de entornos físicos y sociales funcionales al proceso de acumulación. En palabras del propio Harvey:

La geografía social adaptada a las necesidades del capital en un momento de su historia no resulta necesariamente acorde con los requerimientos posteriores. En tanto esa geografía es resistente al cambio y a menudo se hacen en ella fuertes inversiones a largo plazo, esta se convierte más tarde en una barrera a superar. Deben producirse nuevas geografías sociales, a menudo con alto coste para el capital y por lo general acompañadas de no pocos sufrimientos humanos. Por esta razón, la reestructuración periódica de la geografía de infraestructuras sociales se realiza normalmente en el curso de una crisis.

Años antes de escribir *Los límites del capital*, en 1973, Harvey había publicado *Social Justice and The City* [Justicia social y la ciudad], generando un maremoto en el «pequeño» mundo académico de la geografía. Pasada la «edad de oro» de las exploraciones coloniales, la disciplina geográfica era un apacible campo lateral del organigrama del saber académico de posguerra. La elaboración de atlas y mapas, casi siempre aproblemáticos políticamente, parecía su ocupación principal. Por contra, el joven David Harvey había demostrado ser un excelente crítico de estos presupuestos, tanto desde el punto de vista de la epistemología positivista como de la «revolución cuantitativa», que en ese momento comenzaba a sacudir los métodos clásicos de georeferenciación a golpe de uso de computadoras.

Social Justice and the City fue, de hecho, algo parecido a un manifiesto fundacional de la nueva geografía crítica. Coincidiendo con su traslado desde la Universidad de Bristol, en el Reino Unido, a la Universidad Johns Hopkins de Baltimore, en EEUU, Harvey dejó atrás la «revolución cuantitativa» y la crítica metodológica características de su *Explanation in Geography* (1969). Donde antes estaban los números y la neutralidad valorativa aparecieron entonces las ciencias sociales y, muy concretamente, el marxismo. La geografía recibía así, con retraso y por la vía del contacto de la *New Left* anglosajona, los coletazos de la onda cultural revolucionaria global de 1968. Esta ya había pasado por las ciencias sociales y la historiografía, que en ese momento estaban fuertemente decantadas hacia los distintos marxismos por su ala izquierda.

En *Social Justice and the City*, Harvey junto con otros como Neil Smith, Erik Swyngedouw o Edward Soja, reivindicaron fundamentalmente la posibilidad de hacer de los conocimientos geográficos una herramienta de transformación social consciente. La revista *Antipode* fue la publicación que aglutinó la producción de la nueva y rompedora tendencia política de la anteriormente insulsa geografía. La crítica de los jóvenes geógrafos radicales enseguida fue notablemente más allá de una simple revisión interna de la disciplina académica de la geografía. La insularidad de la disciplina en el organigrama académico de los Estados fordistas había sido resultado y causa del abandono casi total de las nociones materiales del espacio y el territorio en la política de clases.

Por otro lado, la producción intelectual marxista «occidental», excesivamente enganchada a la figura ideológica del Estado nación, en sus análisis políticos concretos, y directamente desvinculada de espacialidad o territorialidad alguna, en sus versiones más abstractas, no era ni mucho menos ajena a este abandono. Con contadas excepciones, las polémicas y debates marxistas dominantes en el Occidente capitalista se desarrollaban sin apenas contexto urbano, territorial o ecológico. La ciudad, el Estado, el territorio o el medio ambiente eran poco menos que deducidos desde categorías teóricas o conceptuales. El marxismo estructuralista francés, que marcó la pauta al resto del marxismo «occidental» durante los años sesenta, con Althusser y Poulantzas a la cabeza, sobrecargó las discusiones teóricas y epistemológicas en el mundo marxista a costa de un menosprecio del análisis histórico geográfico concreto, considerado «meramente empírico» y, por tanto, contingente. Conscientemente o no, el marxismo «occidental» se había retirado a los cuarteles de invierno de los departamentos universitarios de filosofía, abandonando progresivamente su función de herramienta de transformación política en unas sociedades en las que las luchas de clases tendían a ser absorbidas por el aparato de Estado fordista.

Sin embargo, en los marxismos no europeos, vinculados a los movimientos de liberación nacional, el olvido del territorio y el espacio era considerablemente menor. Sus análisis tácticos y estratégicos sobre la dependencia, el subdesarrollo, el imperialismo o el desarrollo desigual necesitaban de un marco geográfico y territorial medianamente elaborado capaz de analizar la dominación entre territorios concretos. En términos políticos, los marxismos descoloniales del sur global marcaron un trayecto desde la lucha por la constitución de los nuevos Estados nación soberanos surgidos de la descolonización hacia el temprano desengaño con esta misma figura. Otra de las grandes escuelas renovadoras del marxismo durante los años setenta, y emparentada directamente con la geografía crítica de Harvey y *Antipode*, fue la escuela de los sistemas mundo de Wallerstein y Arrighi, que entroncaba directamente con los movimientos de liberación

nacional de la onda revolucionaria del 68. Conceptos geoespaciales como centro / semiperiferia / periferia, cruciales para esta escuela, proceden genealógicamente de las luchas decoloniales. También en el capítulo XIII de *Los límites del capital* se pueden escuchar los ecos de los debates del marxismo no europeo sobre el imperialismo y el colonialismo entendidos como parte del despliegue histórico del proceso de acumulación, que como insiste Harvey es inseparable de una producción constante de geografías funcionales al proceso de acumulación.

Los límites del capital fue un libro dirigido a demostrar que, desde los lugares más insospechados, la disciplina académica de la geografía, se podía entrar en las más «altas» discusiones marxistas, en ese momento, coto reservado para la *expertise* de la economía política atrincherada en las facultades de económicas de Europa y EEUU. Harvey se dirigía especialmente al entonces activo núcleo de economistas políticos marxistas británicos que orbitaban en torno a publicaciones como *Capital&Class*, y que con cierta frecuencia ventilaban sus debates en la *New Left Review*. Pero, como el propio Harvey lamentó durante años, su libro no tuvo apenas respuesta entre este medio de los «economistas» al que se dirigía en primera instancia. Como ha solido suceder históricamente, de hecho como le sucedió al propio Marx con los debates de su época, los sucesivos cambios del ciclo de acumulación han ido desplazando la relevancia de los debates y posiciones hegemónicas en los años setenta y han ido situando en el centro la teoría emergente, en este caso, la teoría del arreglo espacio-temporal de David Harvey.

De hecho, Harvey y la geografía crítica tenían un as en la manga que les volverían fundamentales ya en los años noventa y dos mil: la inevitabilidad del pensamiento crítico sobre las ciudades y el entorno urbano. Las ciudades, a diferencia de los Estados nación que son entidades ideológicas en el sentido marxista, son entidades materiales integradas en el territorio y que generan sus propios ecosistemas complejos, autónomos en gran medida frente a los Estados nación por los que están administradas. En la ortodoxia marxista, sin embargo, las ciudades se deducían en el mejor de los casos del Estado nación y en el más habitual, simplemente no se tenían en cuenta. Salvo la excepción de Lefebvre en Francia, de quien Harvey siempre se ha declarado devoto alumno, las narraciones críticas sobre la ciudad provenían de autores como Lewis Mumford o Jane Jacobs, ajenos al mundo del marxismo, y más bien cercanos al mundo de los *urban planners* de los años cincuenta y sesenta, los cuales rediseñaron la ciudad fordista de arriba a abajo sin que ello fuera del interés de la teoría marxista.

A medida que durante los años ochenta y, sobre todo, en los años noventa se abría paso la conciencia de un nuevo *spatial fix* (la globalización), se abría paso también la conciencia de que los anclajes territoriales de esta nueva geografía de la acumulación de capital no se encontraban

en los Estados nación sino en las ciudades. Desde la hipótesis de las «ciudades globales» de Saskia Sassen hasta la nueva geografía económica de Paul Krugman, los procesos urbanos pasaban a estar en primer plano del interés del discurso político. Por otro lado, ya desde los años sesenta, y en Estados Unidos en primer lugar, las luchas de clases comenzaban a tener por escenario central la ciudad en lugar de la fábrica. Conceptos como el de «empresarialismo urbano» del propio David Harvey o la «máquina de crecimiento» de los geógrafos críticos Logan y Molotch ponían a la ciudad en el centro del régimen de acumulación capitalista nacido de la crisis de 1973 y controlado por las finanzas de Wall Street.

La fuerte crisis urbana de las ciudades norteamericanas, que se va fraguando durante los años sesenta y que estalla en la crisis fiscal de la ciudad de Nueva York en el año 1973, es también clave en el nacimiento de la *geografía crítica* y en la obra de David Harvey. Como el propio Harvey ha dicho en numerosas ocasiones, la crisis fiscal de la ciudad de Nueva York y la década de políticas urbanas de austeridad y ajuste que siguieron fueron los laboratorios del neoliberalismo emergente. Como bien pudo comprobar Harvey en sus militancias urbanas en Baltimore, de las que surgió *Social Justice and The City*, ciudad afectada de lleno por la reconversión industrial de su industria de astilleros y con un fuerte porcentaje de subproletariado urbano afroamericano, el conflicto en torno a la ciudad y sus usos en la reproducción social era, es, y parece que seguirá siendo durante un tiempo, central para cualquier estrategia y táctica revolucionarias.

No es de sorprender entonces que, frente a la indiferencia inicial en las reacciones de sus interlocutores tras la publicación de *Los límites del capital*, y tras varias publicaciones sobre los procesos de urbanización del capital, el siguiente proyecto de fuerte ambición intelectual de Harvey, *La condición de la postmodernidad* (1989), estuviera enfocado y escrito en un registro totalmente diferente. En este caso, una década después de *Los límites del capital* y con la disciplina de los *urban studies*, de la que Harvey y los geógrafos críticos son pioneros, bien asentada en los departamentos de universidad norteamericanos, Harvey entra en los debates de la otra gran disciplina universitaria emergente de la época, los *cultural studies*, acerca del entonces polémico concepto de postmodernidad, pero siempre desde la óptica del geógrafo urbano marxista. Esta publicación fue un éxito absoluto que llevó a una nueva edición de *Los límites del capital* en 2006, esta vez ya con vitola de libro singular y *capolavoro* de la teoría marxista.

Precisamente en su prólogo a la edición de 2006, incluido en este volumen, Harvey advierte al lector de que *Los límites del capital* está escrito antes de que la reacción neoliberal de Reagan y Thatcher se materializara como proyecto de dominación capitalista hegemónico. Y remite a sus propios escritos posteriores sobre el neoliberalismo y el imperialismo para

completar las lagunas inevitables en un libro escrito *avant la lettre*. Sin embargo, a día de hoy, el capitalismo ha dejado de ser neoliberal en el sentido en el que lo fue durante los largos años de la hegemonía del credo global del libre mercado y el libre comercio dirigidos por Estados Unidos. Hoy, las finanzas y el dólar siguen mandando en el capitalismo mundial, pero las políticas de inspiración neoliberal han dejado paso a una coyuntura de intervención estatal generalizada que coincide con el traslado del centro productivo del capitalismo global a Asia, así como con la adopción generalizada de la retórica del capitalismo verde y la transición energética como motor de la reestructuración de un «Occidente» capitalista en crisis de sobreproducción permanente.

En este sentido, la lucha contra el neoliberalismo llevaba aparejada una rehabilitación del keynesianismo como compañero de viaje político. Hoy cuando el *keynesianismo verde* se encuentra a los mandos de la reestructuración del capitalismo global y difícilmente puede ser considerado como algo más que una tecnología administrativa y de gobierno, el interés por el marxismo no para de crecer entre las nuevas generaciones que se incorporan a la política antagonista. Si además consideramos que la crisis ecológica pone necesariamente los procesos territoriales y urbanos en un lugar central de la praxis política anticapitalista, que *Los límites del capital* fuera escrito antes de la ordalía neoliberal, lejos de ser un *handicap*, puede ser un activo que contribuya a una nueva lectura de las dinámicas espaciales, ecológicas, urbanas y territoriales en la larga crisis del capitalismo global.

Sobre la presente edición

Los límites del capital fue por primera vez publicado en castellano por el Fondo de Cultura Económica de México en 1990. Aun cuando aquella traducción ha servido en ocasiones de base para la presente edición, hemos vuelto a traducir este libro de nuevo con el fin de resolver algunos problemas conceptuales que habían quedado pendientes y de mejorar algunos aspectos que no eran lo suficientemente claros.

Además se han revisado y actualizado todas las citas de *El capital* de Marx según la traducción de Pedro Scaron para Siglo XXI. La paginación, por tanto, corresponde a esta edición. Salvo en las citas literales del texto, la terminología empleada en castellano proviene de las traducciones del propio Pedro Scaron. No obstante también, en ocasiones, se ha preferido la terminología procedente de la traducción anterior, de Wenceslao Roces publicada por FCE. Esto da lugar a que algunos términos como «ganancia» (Scaron) y «beneficio» (Roces) coexistan, por ejemplo, en el texto sin

perjuicio de su comprensión. Y en algunos casos, como ocurre con el término «renta» (Roces), lo hemos preferido al término «rédito» (Scaron), extraño a la terminología especializada actual de la economía política.

Solo dos términos, «plusvalor» y «modo de producción» (Scaron), se han utilizado en todo el texto de forma intencionada frente a «plusvalía» y «régimen de producción» (Roces). En los dos casos, antes que criterios estrictamente filológicos, se han utilizado criterios de claridad expositiva. Plusvalía designa, en el castellano corriente de los negocios, cualquier revalorización de un activo financiero o inmobiliario, y precisamente uno de los propósitos explícitos de Marx consistía en explicar por qué el plusvalor y su producción no son el resultado de una simple revalorización o subida de precios sino de la captación sistemática por parte del capital del valor nuevo creado por el trabajo en la producción. «Plusvalía» solo se ha mantenido en las citas literales de los textos de Marx que provienen de la traducción de FCE, es decir, todos los que no son los tres tomos de *El capital*, y en el título *Teorías de la plusvalía*. También en lo que se refiere, en general, a las citas de estas obras de Marx (*Grundrisse, Miseria de la filosofía, Teorías de la plusvalía...*), se mantienen las referencias y la paginación de la edición de FCE, según los tomos indicados en la bibliografía.

En lo que se refiere a «régimen de producción», este fue un término abundantemente utilizado por la muy influyente Escuela Francesa de la Regulación, o regulacionismo, para designar los modelos institucionales y sociales necesarios para el despliegue del modo de producción en la realidad histórica concreta. Este es un punto central en la traducción de Marx, casi contrario al uso de los regulacionistas. Para Marx, el modo de producción es precisamente el capitalismo una vez despojado, para fines explicativos, de sus características sociales e históricas concretas.

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN DE 2006

ESCRIBÍ *Los límites del capital* con la intención de hacer relevante y accesible el pensamiento político-económico de Marx en relación con los problemas de la época. Eran los años setenta, palabras como globalización, *hedge funds* o derivados financieros aún no pertenecían a nuestro vocabulario, el euro y organizaciones como la OMC o el NAFTA aún eran meras fantasías y las organizaciones obreras y los partidos de una izquierda sustantiva, no solo nominal, todavía tenían fuerza y capacidad de influencia política. Todo dentro del marco aparentemente sólido del Estado nación. *Los límites del capital* fue escrito antes de que Reagan y Thatcher llegaran al poder, antes de que China comenzase su asombrosa trayectoria de crecimiento económico, antes de que la financiarización de todo pareciese normal, antes de que la deslocalización y la movilidad global del capital hubieran comenzado en serio a desafiar las capacidades del Estado nación para hacerse cargo de algunos de sus asuntos internos. Este libro fue escrito en un momento en que el asalto de la clase capitalista contra el poder de la clase obrera, el Estado de bienestar y toda forma de regulación, aún era incipiente y desigual, antes de que este estuviera acabado y ampliamente extendido. Fue escrito también bastante antes del final de la Guerra Fría, de la conversión de las economías planificadas en economías de mercado, del descrédito general del comunismo y del rechazo generalizado de la teoría keynesiana del intervencionismo de Estado socialdemócrata. En resumen, fue escrito antes del triunfo de la contrarrevolución neoliberal.

Sin embargo, *Los límites del capital* ha resultado un texto clarividente. En algunos aspectos es todavía más relevante hoy en día, en la medida en que cartografía una vía teórica para comprender las contradicciones inherentes al modo de funcionamiento del capitalismo neoliberal. Esta relevancia contemporánea procede de distintos factores. Primero, los principales trabajos de Marx tomaron la forma de una crítica de la economía liberal clásica (principalmente Adam Smith y David Ricardo). Este mismo método crítico se puede aplicar también a un neoliberalismo de mercado que se deriva principalmente del liberalismo del siglo XVIII modificado por los preceptos de la economía neoclásica (que abandonó la teoría del

valor trabajo por los principios marginalistas, despejando el camino para infinitas elaboraciones acerca de cómo funcionan los mercados). El aparato crítico de Marx es mucho más aplicable al neoliberalismo de lo que lo es al «liberalismo embridado» o al keynesianismo que dominara el mundo capitalista avanzado hasta mediados de los años setenta.

El segundo factor surgió de manera bastante fortuita. Para comprender los procesos urbanos, que entonces eran mi principal foco de interés necesitaba expandir algunas categorías que en Marx están poco desarrolladas. El capital fijo (particularmente el instalado en el entorno construido), las finanzas, el crédito, la renta, las relaciones espaciales y el gasto del Estado tenían que ensamblarse de una forma que permitiera una mejor comprensión de los procesos urbanos, los mercados inmobiliarios y el desarrollo geográfico desigual. El aparato teórico resultante estaba bien preparado para lo que vendría después. Con el tiempo vi que había construido unos sólidos fundamentos teóricos para una exploración de lo que podría ser una globalización gobernada por las finanzas. *Los límites del capital* fue, y sigue siendo, el único texto que yo conozca que intenta integrar los aspectos financieros (temporales) y geográficos (espaciales y globales) del proceso de acumulación de una manera holística y dialéctica antes que analítica y fragmentaria. Proporciona un vínculo sistemático entre la teoría de base y su materialización en el territorio.

La tercera razón es más directamente política. Los años setenta fueron problemáticos. La crisis global del capital que, entonces, estaba comenzando a desplegarse era la peor desde los años treinta del siglo XX. Ya estaba en apuros el fuerte Estado intervencionista que había prevalecido en la inmensa mayoría de los países capitalistas avanzados después 1945, y que había traído altas tasas de crecimiento. El embargo petrolero que siguió a la guerra arabe-israelí en 1973 enmascaró la llegada de la recesión y planteó un problema en cuanto al reciclaje de los petrodólares que llegaban a los países del Golfo Pérsico a través del sistema financiero global. Una serie de quiebras inmobiliarias globales unidas a la descomposición del sistema financiero de Bretton Woods planteaban problemas desconcertantes. Ya entonces se pregonaba la austeridad y la disciplina fiscal como soluciones (particularmente en Estados Unidos; un evento urbano, la quiebra fiscal de la ciudad de Nueva York abrió el camino). El Fondo Monetario Internacional intervino Reino Unido en 1974-1975 y Chile giró al neoliberalismo como consecuencia del golpe de Pinochet contra el gobierno de Allende en 1973. Los conflictos laborales estaban al alza en todas partes y los movimientos políticos de la izquierda ganaban terreno tanto en Europa como en los países en desarrollo. Incluso en Estados Unidos la combinación del movimiento contra la guerra, el movimiento estudiantil y el movimiento por los derechos civiles sacudía el sistema político

y amenazaba a las élites políticas y económicas. En resumen, había una fuerte crisis de la acumulación del capital acoplada a un serio desafío al poder capitalista.

Llamamos neoliberales, o basadas en «líneas de libre mercado» a las soluciones que salieron victoriosas (aunque de manera desigual) de las perturbaciones de la década de 1970, y en las que el capital financiero (en parte a causa del problema de los petrodólares) lideró el camino. Esta victoria no era inevitable, y como está hoy sobradamente probado, no se produjo sin inestabilidad y sin contradicciones internas, tanto políticas como económicas. Hay una consecuencia de la neoliberalización que ha resultado especialmente predecible. En el primer volumen de *El capital*, Marx muestra que cuanto más se conforma una sociedad como una economía de mercado, mayor es la asimetría entre quienes poseen la propiedad de los medios de producción y quienes no la tienen, más «acumulación de riqueza en un polo es, pues, al mismo tiempo más acumulación de miseria, tormento en el trabajo, esclavitud, ignorancia, embrutecimiento y degradación moral en el polo opuesto» (*El capital*, vol. 1, p. 736). Tres décadas de neoliberalismo han tenido precisamente esto como resultado. Como intenté mostrar en *Una breve historia del neoliberalismo*, se puede argumentar plausiblemente que esta era la intención de la agenda neoliberalizadora de las facciones dominantes de la clase capitalista. Los elementos de la élite capitalista que surgieron victoriosos del caos de los años setenta han restaurado, consolidado y, en algunos casos, reconstituido su poder a nivel mundial.

Este cambio político, la restauración y reconstitución del poder de la clase capitalista, es de tal calado que merece un comentario más detallado. El poder de clase es, en sí mismo, esquivo porque es una relación social que no puede ser medida directamente. Pero la acumulación de riqueza es una condición necesaria (aunque en ningún caso suficiente) para su ejercicio. Los informes de la ONU han venido alertando de esta acumulación y concentración de riqueza desde mediados de los años noventa. El patrimonio neto de las 358 personas más ricas del mundo era entonces igual a los ingresos del «45 % de la población mundial, es decir 2.300 millones de personas». En los cuatro años anteriores a 1998, «las 200 personas más ricas del mundo aumentaron su patrimonio neto en más de un billón de dólares», como resultado «los activos de las tres personas más ricas del mundo valían más que el PIB combinado de los países menos desarrollados y sus 600 millones de habitantes». Estas tendencias se han acelerado desde entonces, aunque de manera desigual. La parte del ingreso nacional captada por el 1 % con más ingresos en EEUU se dobló entre 1980 y 2000, mientras que la parte correspondiente al 0,1 % se triplicó. «El ingreso del percentil 99 creció un 87 %» entre 1972 y 2001, mientras

que el del «percentil 99,9 creció un 497 %». En 1985 la riqueza combinada de las 400 personas más ricas del mundo de Forbes era de 238.000 millones de dólares, con un patrimonio neto medio de 600 millones de dólares, ajustados a la inflación. En 2005, su patrimonio neto era de 2.800 millones de dólares y sus activos, considerados colectivamente, llegaban a los 1,13 billones de dólares, «más que el PIB de Canadá». Buena parte de este cambio se debe al rápido crecimiento de las retribuciones de los CEOs. «En 1980 el CEO medio ganaba 1,3 millones de dólares» en 2004 esta cifra había crecido hasta los 7,6 millones. Las políticas fiscales de la administración Bush han incrementado escandalosamente estas desigualdades. La mayoría de los beneficios derivados de las bajadas de impuestos terminan beneficiando al 1 % con mayores ingresos, la última reforma fiscal trae una rebaja fiscal de aproximadamente 20 dólares a quienes se encuentran en las posiciones centrales de la distribución de ingresos, mientras que el 1 por mil, cuyos ingresos medios se sitúan en torno a los 5,3 millones de dólares, ahorrará una media de 82.500 dólares.¹

Estas tendencias no son exclusivas de Estados Unidos. A pesar de su desigual difusión geográfica, siempre y en todo momento en que las políticas neoliberales han tomado el control político, la consecuencia ha sido una enorme desigualdad de ingresos y patrimonio. En México, tras la primera oleada de ajustes económicos y privatizaciones en 1988, había veinticuatro millonarios en la lista de las 400 personas más ricas del mundo, con Carlos Slim en el puesto número veinticuatro. En 2005, México, a pesar de su pobreza de masas, tenía más millonarios que Arabia Saudí. En Rusia, tras unos cuantos años de «terapia de choque» sobre la base de reformas de mercado, siete oligarcas controlaban casi la mitad de la economía. En Europa Central y del Este se registraron crecimientos similares de las desigualdades debidos a las reformas de mercado. A pesar de que es difícil encontrar datos sólidos y concluyentes, existen abundantes signos de acumulación de grandes fortunas privadas (sobre todo en el sector inmobiliario) en China a partir de 1980. Las políticas neoliberales de Thatcher en Gran Bretaña contribuyeron a que el 1 % con más ingresos hubiera doblado su parte del ingreso nacional en el año 2000. Los llamados «Estados desarrollistas» del Este y el Sudeste asiático que, inicialmente (como fue el caso de Corea del Sur) lograron combinar un fuerte crecimiento con una cierta igualdad en la distribución han experimentado un crecimiento del 45 % en las desigualdades desde 1990, fundamentalmente desde el feroz ataque financiero sobre sus economías en 1997-98. En Indonesia, las fortunas de

¹ Véase PNUD, *Informe de Desarrollo Humano 1996 e Informe de Desarrollo Humano 1999*. Dash, E. «Off to the races again, leaving many behind», *New York Times*, suplemento de negocios, 9 de abril de 2006, pp. 1-5. P. Krugman, «Graduates versus oligarchs», *New York Times*, 27 de febrero de 2006, p. 19. Munk, N. «Don't blink, you'll miss the 258th richest american», *New York Times*, suplemento fin de semana, 25 de septiembre de 2005.

unos cuantos magnates comerciales salieron indemnes de un trauma que dejó 15 millones de parados.

Mientras, las fuerzas de trabajo globales han sufrido una presión intensa. A partir de mediados de los años noventa comenzaron a proliferar los informes de todas partes del mundo que describían gráficamente las condiciones de vida de los trabajadores en las fábricas de Nike en Vietnam, GAP en El Salvador o los obreros textiles de Dacca. Una eminente famosa televisiva, Kathy Lee Gifford, amante de los niños, se escandalizó cuando supo que su línea de ropa que vendía Walmart estaba fabricada o bien por niños de trece años en Honduras que cobraban una miseria, o bien en Nueva York por mujeres explotadas que llevaban meses sin cobrar. (En su favor, hay que decir que luego se unió a la campaña contra los *sweatshops*). Los escándalos por el empleo de trabajo infantil en la fabricación de alfombras y pelotas de fútbol en Pakistán pasaron a ser moneda corriente en los medios de comunicación y, desde la televisión, se cuestionó el contrato de 30 millones de dólares de Michael Jordan para Nike emitiendo reportajes sobre las lamentables condiciones de los trabajadores de Nike en Indonesia y Vietnam. Más recientemente, a medida que los trabajadores migrantes se han ido marchando del campo con dirección a las florecientes ciudades industriales, han ido apareciendo informes sobre las condiciones de trabajo y las prácticas laborales en China (véanse los trabajos de Pun Ngai). Los medios de comunicación *mainstream* han documentado abundantemente prácticas y condiciones laborales que se podrían haber insertado en el capítulo de *El capital* sobre la jornada de trabajo sin que nadie se diera cuenta. Más de mil millones de personas sobreviven con menos de un dólar al día mientras los ricos amasan fortunas a un ritmo asombroso.

¿Pero por qué, entonces, no ha estallado la revuelta revolucionaria contra esta restauración capitalista, sus crecientes desigualdades y su ausencia de interés por la justicia distributiva? Aunque altamente fragmentada, en países como India y China, la agitación política, en ocasiones aparentemente revolucionaria, es visible en todas partes. En América Latina, la revuelta contra el liberalismo ha tomado una forma más populista que directamente socialista y, hasta ahora, líderes como Chávez han evitado los golpes de Estado apoyados por EEUU como el que asesinó a Allende en Chile. En Francia, la protesta callejera ha logrado que el gobierno retire una legislación que pretendía desregular aún más el mercado de trabajo. Un movimiento por la justicia global ha surgido en las calles de Génova, Quebec, Bangkok y Melbourne, y este tiene hoy su representación más coherente en el Foro Social Mundial y sus innumerables ramificaciones locales. Muchos creen que «Otro mundo es posible». Pero hay poco acuerdo acerca de cómo sería este mundo y las ideas socialistas están todavía en minoría, mientras los movimientos sociales articulados a través de

las instituciones de la sociedad civil (con las ONG a la cabeza) están en la posición de vanguardia insistiendo en que la forma organizativa básica es la red y no la jerarquía. Tampoco hay acuerdo acerca de cuáles serían los principales problemas a abordar.

Estas dificultades son en parte ideológicas. La aceptación extendida de los beneficios que se pueden obtener del individualismo y las libertades que supuestamente confiere el libre mercado, junto con la creencia en la responsabilidad individual de cada uno en su propio bienestar, constituyen una seria barrera ideológica a la creación de solidaridades antagonistas. Esto favorece modos de oposición basados en los derechos humanos y la asociación voluntaria (como las ONG) antes que a las solidaridades sociales, los partidos políticos y la toma del poder del Estado. En cierto sentido, todos nos hemos vuelto neoliberales. Las formas antagonistas tradicionales son difíciles de articular dada la increíble volatilidad del capitalismo actual, la evidente pérdida de soberanía del Estado nación sobre sus asuntos económicos y la redefinición de la acción estatal a partir de la generación de un buen clima de negocios dirigido a atraer inversiones. Además, cada vez es más complicado identificar al enemigo, así como su ubicación. Acontecimientos lejanos en China o Bangalore (si se vive en Reino Unido o EEUU) o en Washington (si se vive en Shanghái, Buenos Aires o Johannesburgo) tienen profundas ramificaciones locales. A lo que hay que unir el hecho de que los éxitos puntuales en la acumulación de capital, e incluso en la reducción de la pobreza, en algunos lugares (como Taiwán, Baviera o Bangalore) o en algunos sectores (como la informática) enmascara el hecho de que el neoliberalismo no está estimulando suficientemente la acumulación de capital agregado, no hablemos siquiera del bienestar social agregado.

La neoliberalización ha constituido un enorme éxito desde el punto de vista de las clases dominantes. O ha restaurado el poder de clase de las élites capitalistas (como en EEUU y el Reino Unido), o ha creado las condiciones para la consolidación de la clase capitalista (como en México, India o Sudáfrica), o ha abierto las condiciones para la creación de una clase capitalista (como en Rusia y China). Con unos medios dominados por las clases altas, se pudo difundir el mito de que los Estados fracasan económicamente porque no son lo suficientemente competitivos, es decir, no son lo suficientemente neoliberales. Esta presunción ha ampliado las crecientes desigualdades en el interior de cada territorio en tanto forma de animar al riesgo empresarial y la innovación necesarios para ganar poder competitivo y estimular el crecimiento. Si las condiciones de vida de las clases bajas se estaban deteriorando en Indonesia, en Argentina o en cualquier otro sitio, se debía a una falta de poder competitivo o debido a fracasos de orden personal, cultural o político. En un mundo darwiniano neoliberal, solo los más fuertes deben sobrevivir y, de hecho, lo hacen.

La masiva crisis financiera y de deuda de 1997-1998, que irrumpió primero en el Este y Sudeste asiático y luego se extendió en cascada por todas partes, incluyendo Rusia (1998) y Argentina (2001), llevó a algunos a decir que los capitalistas también son vulnerables y, desde el punto de vista del trabajo, que un trabajo degradado es mejor que ningún trabajo. El estallido de la «burbuja de activos» en los mercados financieros en 2001, los sucesos del 11 de septiembre de 2001 y el inicio de la guerra imperialista contra Irak enmascararon el hecho de que la concentración de ingresos y patrimonio continuaba a buen ritmo, no solo *a pesar de*, sino *debido a* las crisis financieras y la guerra imperialista.

Pero el neoliberalismo está profundamente fracturado por sus contradicciones internas. Hay, por tanto, una necesidad imperiosa de análisis de estas contradicciones y esto requiere el despliegue de herramientas teóricas fuertes, de las que Marx fue pionero. La tarea no consiste en regurgitar los textos de Marx sino en ampliarlos, adaptarlos y revisarlos para que puedan servir para afrontar las complejidades de nuestro tiempo. El propio Marx entendía claramente que esto es mucho trabajo. Por ejemplo, en los *Grundrisse* esbozó diferentes momentos que debían ser integrados en la teoría general del capital:

- 1) Las determinaciones generales abstractas que corresponden, en mayor o menor medida a todas las formas de sociedad [...] 2) las categorías que constituyen la articulación interna de la sociedad burguesa y sobre las cuales reposan las clases fundamentales. Capital, trabajo asalariado, propiedad territorial. Sus relaciones recíprocas. Ciudad y campo. Las tres clases sociales. Cambio entre ellas. Circulación. Crédito (privado). 3) Síntesis de la sociedad burguesa bajo la forma del Estado. Considerada en relación consigo misma. Las clases «improductivas». Impuestos, deuda pública, crédito público. La población. Las colonias. Emigración. 4) Relaciones internacionales de producción. División internacional del trabajo. Cambio internacional. Exportación e importación. Curso del cambio. 5) El mercado mundial y las crisis (*Grundrisse*, vol. 1, p. 30).

En *Los límites del capital* hice solo una exploración parcial de este terreno, rico en temáticas, de la obra de Marx. Cuando estaba recopilando los escritos de Marx sobre algunos de estos temas, tenía en mente lo que Marx llama «interacción mutua» que «tiene lugar entre los diferentes momentos» en el interior de una «totalidad orgánica». Solo podía ser articulada como una unidad a partir de la correcta aplicación del método dialéctico. En este punto seguí más la propia práctica de Marx que las formulaciones abstractas, en gran medida derivadas del análisis de la deuda intelectual de Marx con Hegel. «Toda forma social histórica» escribe Marx en *El capital*

debe ser aprehendida como «en un movimiento fluido» y esta es la tarea de la dialéctica.² La práctica de Marx es una dialéctica sutil, basada en los procesos, que captura exquisitamente los flujos de capital en el espacio y en el tiempo. Veo cada vez más a Marx como el representante magistral de una filosofía de los procesos antes que como un mero ejecutor (aunque la pusiera del derecho, con los pies en la tierra) de la *Lógica* de Hegel.

Aunque *Los límites del capital* sea un texto adelantado a su tiempo, solo tuvo un éxito parcial en la tarea de extender las categorías de Marx para la comprensión de nuestra época. Aunque las innovaciones que puso encima de la mesa se han desplazado hacia el centro de la escena, queda mucho por hacer a la hora de entender cómo funciona en la realidad el desarrollo capitalista desigual, los sistemas financieros, el comportamiento rentista, los diferentes modos de apropiación y explotación, junto con los mecanismos de composición y disolución de clase. El mundo social, y el así denominado mundo natural en el que vivimos, está siendo salvajemente reestructurado, necesitamos saber tanto las causas como qué podemos hacer al respecto.

La desventaja de trabajar en el marco del pensamiento de Marx es que en ocasiones inhibe las reformulaciones. Por supuesto, sigo creyendo que el boceto argumental a propósito de la formación del «capital ficticio», las finanzas y la circulación del crédito (que voy a retomar en los capítulos VIII y IX) es tan relevante y agudo cómo siempre. Aparte de este boceto, en el momento en que estaba escribiendo, había muy poco trabajo marxiano hecho sobre el que apoyarse. Ahora las páginas de revistas como *Socialist Register* o *Historical Materialism* están repletas de investigaciones materialistas históricas y categorías teóricas acerca de la naturaleza, las funciones y las contradicciones del dinero y las finanzas, que parecen pedir una síntesis más profunda. Las innovaciones financieras de los últimos treinta años no pueden ser ignoradas y, a la luz de la historia reciente, la probabilidad de crisis financieras y monetarias debe estar en el centro de nuestras preocupaciones teóricas. No obstante, existe una desafortunada tendencia, si bien es comprensible, a tratar los problemas financieros y monetarios aislados del resto de la totalidad de la teoría marxista. La conexión entre el sistema de crédito y el tiempo de rotación de los distintos capitales (especialmente la circulación del capital fijo a través del entorno construido), por ejemplo, es de profunda importancia. Tras la caída de los mercados de mediados de los años noventa, la inversión en activos inmobiliarios terminó con la debilidad de la capacidad de absorción de capital excedente, esto sucedió no solo en Estados Unidos sino, desigualmente, en todo el mundo capitalista

² Para una visión más completa de este tipo de dialéctica véase Ollman (1993) y Harvey (1996), capítulo 2.

(de Londres a Madrid, pasando por Sydney, Hong Kong o Shangái). Los fondos de inversión inmobiliaria, REIT,³ vuelven hoy a ser los más deseados por los mercados financieros. Este aspecto de la teoría avanzada en *Límites* ha recibido demasiada poca atención, en un momento en el que podemos ver perfectamente una repetición del crash inmobiliario de 1973 (momento en el que quebraron muchos de los REIT de altos vuelos).

Lejos de la «eutanasia del rentista» prevista por Keynes, el poder de clase se articula cada vez más a través del pago de rentas. El capítulo sobre la renta sigue siendo adecuado en algunos aspectos, pero requiere una revisión. Como señala Coronil en *El Estado mágico*, petroestados como Venezuela se han organizado en torno a la extracción de rentas derivadas de la explotación de recursos naturales. Esto no solo problematiza el modo en que el capitalismo pone precio a los recursos naturales (en formas que se retoman brevemente en el capítulo XI) sino que también plantea el problema acerca de cómo circula este dinero (incluso con Chávez). Organizaciones como la OPEP extraen rentas de monopolio que no son las rentas diferenciales y absolutas que estaban en el centro del interés de Marx. La emergencia de un mercado global de propiedades inmobiliarias y el proceso de urbanización como vehículo para la acumulación de capital han permitido que algunas centralidades capitalistas especialmente dinámicas, como Hong Kong, sobrevivan sobre la base del desarrollo inmobiliario y extracción de rentas (tanto absolutas como diferenciales). El increíble estallido del interés por las actividades culturales (incluida la venta de las ciudades como mercancías turísticas únicas), el énfasis en las industrias del conocimiento y la innovación, la organización de eventos espectaculares como las Olimpiadas (por no mencionar el papel de la arquitectura de autor, como es el caso del Guggenheim de Bilbao), todos estos procesos caen dentro del ámbito de las formas contemporáneas de rentismo monopolista (véase mi ensayo *El arte de la renta*). El énfasis contemporáneo en los derechos de propiedad intelectual es aún más siniestro, como en el caso de las patentes sobre material genético y formas de vida. La implementación de los acuerdos sobre patentes, licencias y *royalties* se ha convertido en una cuestión central en las negociaciones de la OMC, los llamados acuerdos TRIPS han garantizado que los derechos de propiedad intelectual siguieran siendo un vehículo central para la consolidación del poder de la clase capitalista y empresarial en todo el mundo. Patentes y rentas de monopolio van pues de la mano.

³ Siglas de Real Estate Investment Trust. En castellano, el acrónimo es SOCIMI. Mantenemos la versión original en inglés en la medida en que David Harvey enfatiza precisamente la larga historia de los REITS dentro del sistema financiero norteamericano y las SOCIMI españolas solo han comenzado a existir a partir de la segunda década del siglo XXI. [N. de T.]

Llegamos así a la candente pregunta acerca de cómo analizar el capitalismo cuando se vuelve caníbal (un asunto sobre el que vuelvo en las páginas 555-556). Esta tendencia está mucho más extendida y es más complicada de lo que yo reconocí. La ola de privatizaciones que barrió el mundo después de 1980 ha conllevado una nueva ronda de cercamientos de bienes comunes: en algunas ocasiones fueron las instituciones internacionales quienes los forzaron, en otros se llevaron adelante mediante coaliciones de clase locales. En su obra seminal, *La acumulación de capital*, Rosa Luxemburgo apuntaba a la marcada diferencia entre la explotación del trabajo vivo en la producción (donde la relación de clase entre capital y trabajo es central) y la acumulación mediante la fuerza, el fraude, la depredación y el saqueo de activos que habitualmente suele asociarse con la descripción de Marx sobre la acumulación primitiva. Marx tendía a relegar este segundo tipo de acumulación a la prehistoria del capitalismo, mientras que para Luxemburgo los dos aspectos de la acumulación están «orgánicamente unidos» y en movimiento, de manera que solo considerándolos conjuntamente se puede entender la trayectoria histórica del capitalismo. Desde su punto de vista, esta dimensión depredatoria está asociada al saqueo imperialista de las formaciones sociales precapitalistas. En *El nuevo imperialismo* sostengo que el capitalismo ha interiorizado esta actividad depredadora —a través de, por ejemplo, las privatizaciones, la desindustrialización o la erosión de las pensiones y los derechos del Estado de bienestar, todo ello orquestado a través de los sistemas de crédito y del despliegue de los poderes del Estado—. Puesto que este es un proceso en curso, prefiero llamarlo *acumulación por desposesión* que *acumulación primitiva*. Esta categoría resulta fundamental a la hora de entender el capitalismo neoliberal y las nuevas formas de imperialismo, ya que de esta categoría se deduce que la resistencia al capitalismo y el imperialismo tiene un carácter necesariamente dual. Las luchas contra la desposesión —de los derechos sobre la tierra, de los derechos al Estado de bienestar, del derecho a la sanidad y a las pensiones, de la calidad medioambiental y de la vida en sí misma— tienen un carácter diferente al de las luchas en torno al proceso de trabajo que han dominado la política marxista durante tanto tiempo. La tarea política central consiste no solo en establecer el vínculo orgánico entre ambas formas de acumulación, sino también en entender el vínculo orgánico entre ambas formas de lucha de clases. Por ejemplo, las luchas contra la desposesión dominan gran parte del movimiento alterglobalista que se reúne en los Foros Sociales Mundiales.

El papel del Estado en la acumulación por desposesión plantea también un desafío analítico. *Los límites del capital* no plantea una teoría específica del Estado, a pesar de que la intervención del mismo es omnipresente en el texto. En parte, decidí dejar esta parte como un «asunto pendiente» debido a mi reticencia a entrar en el intenso, intimidatorio y amplísimo

debate sobre la naturaleza del Estado, que tanto furor provocaba en los círculos marxianos de los años setenta. Buena parte de ese debate está hoy inactivo, aun cuando sigue tocando asuntos de crucial importancia. Este debate ha sido reemplazado por otro más amplio —en el que los marxistas, a excepción de Jessop, han tenido un papel más bien discreto— acerca de cómo interpretar el Estado contemporáneo y sus poderes. El único consenso consiste en afirmar que el rol del Estado ha cambiado drásticamente y que el principal agente de ese cambio ha sido algo llamado «globalización». Tanto a izquierda como a derecha, algunos proclaman ahora la irrelevancia del Estado y algunos movimientos sociales antagonistas ponen en duda que la toma del poder estatal tenga valor político alguno. Sería imposible tratar aquí estas argumentaciones en toda su complejidad. Estoy del lado de aquellos que piensan que el Estado es un «momento» de vital importancia en la dialéctica contradictoria de la acumulación de capital y, al tiempo, no tengo problema en admitir que los poderes del Estado se han transformado en estructuras muy diferentes de las que dominaban en los años setenta. Los arreglos institucionales «estatiformes» en diferentes escalas espaciales (de lo global a lo local) juegan ahora un importante papel de coordinación. Y diferentes formas de Estado (corporativista, desarrollista, neoliberal, neoconservador) coexisten con dificultad en el interior del sistema de Estados. También en este punto *Los límites del capital* dice algo interesante, aunque sea incompleto, no solo porque señala que la acumulación de capital transforma necesariamente la espacialidad y las estructuras territoriales (demostrando que si los Estados no existieran, los capitalistas tendrían que inventarlos) sino en la medida también en que apunta al tipo de intervención estatal que resulta posible en el capitalismo neoliberalizador. En realidad, no es difícil derivar de *Los límites del capital* algunas posibles interpretaciones (como se apunta en el epílogo) de lo que podría ser el Estado neoliberal.⁴

La insistencia en la espacialidad inherente a la acumulación de capital en la tercera parte del libro, es una de las contribuciones más innovadoras y a la vez más incompletas a la teoría marxiana. En aquel momento, veía claro que tenía que haber alguna manera de reintroducir las teorías del imperialismo en los modelos marxistas de formación de la crisis, que en gran medida, no tienen especificación temporal o espacial alguna. Hice esto a partir de una teoría simplificada del *arreglo espacial* —entendido como expansión y reestructuración geográfica—, en tanto solución temporal a las crisis, entendidas como sobreacumulación de capital (véase el capítulo VII). La expansión geográfica y los desplazamientos espacio-temporales pueden absorber excedentes de capital que de otra forma se devaluarían. También trataba de articular en qué modo las inversiones a largo plazo y

⁴ Véase *Una breve historia del neoliberalismo*, capítulo 3.

las inversiones de capital, habitualmente financiadas a crédito, producen el espacio y el desarrollo geográfico desigual (por ejemplo, las redes de transporte y comunicación o el entorno construido). La inmovilidad de estas inversiones fijas entraba en contradicción con la fluidez y la movilidad geográfica de los capitales en busca de soluciones espaciales para la crisis de sobreacumulación. El paisaje geográfico creado por el capitalismo estaba repleto de inestabilidad y contradicciones, y estaba destinado a ser el lugar de la lucha de clases. Era obvio que esto implicaba también la producción de configuraciones espaciales y regionales de actividad —por ejemplo, a través de los activos de capital incorporados en los entornos construidos urbanos o de las divisiones territoriales del trabajo—, que surgieran alianzas de clase regionales y formas de organización y gobernanza territorial en torno a estas configuraciones espaciales; del mismo modo que era también obvio que se generaran conflictos en torno a la acumulación y la devaluación que fundamentalmente, aunque no solo, se articularían a partir del sistema de Estados. Es en este contexto en el que surge una forma de imperialismo específicamente capitalista.

Más adelante reformulé esta teoría como una «fusión contradictoria» de las políticas del Estado y del imperio con los procesos moleculares en el espacio y el tiempo de la acumulación de capital. La lógica territorial y la lógica capitalista del poder difieren, no son reducibles la una a la otra. Esta teoría del imperialismo requiere un análisis cuidadoso acerca de cómo ambas formas de poder se entrelazan, particularmente en relación con las dinámicas de acumulación por desposesión y a través de la reproducción ampliada. En *Una breve historia del neoliberalismo*, quise integrar el rol cambiante de los Estados y el sistema de Estados después de 1980 en la reconstrucción del poder de clase a través del desarrollo geográfico desigual, la competencia entre Estados, la acumulación por desposesión y la emergencia de formas capitalistas financieras, basadas en el crédito y rentistas. Las perspectivas de formación de crisis y de devaluación se han profundizado en algunos aspectos. Si las crisis siempre son devaluaciones locales o regionales específicas en su origen, entonces su extensión depende de procesos de arrastre o contagio espaciales. La catarata de crisis financieras y monetarias que han sacudido el mundo en los últimos treinta años, al igual que el análisis de las instituciones internacionales que pretenden contenerlas, reclaman un análisis más profundo.

En este punto, vuelvo insistir en una importante advertencia que ya constaba en el prólogo de la edición original, la linealidad de la narración en *Los límites del capital* puede hacer que parezca que el capital tiene una existencia autónoma fantasmagórica, antes de bajar a la existencia tangible en el espacio y el tiempo. Parece como si las tendencias de crisis del capitalismo se pudieran ordenar secuencialmente en un movimiento que va

de lo general (la caída de la tasa de beneficio) a lo temporal (las finanzas) y lo espacial (el desarrollo geográfico desigual y la geopolítica). Entender estos tres momentos del esquema de la crisis planteado en *Los límites del capital* como secuencial es un error. Deberían ser entendidos como aspectos simultáneos de la formación y resolución de crisis dentro de la unidad orgánica del capital.

Ofrezco dos argumentos de apoyo para esta posición. Para empezar, cualquier materialismo debe considerar el triunvirato de los procesos espacio-temporales como una unidad ontológica. Whitehead apuntó que todas las cuestiones relacionadas con la naturaleza, incluyendo la actividad humana, pueden ser reducidas a cuestiones acerca del tiempo y el espacio. Por desgracia, hay muy poca reflexión acerca de la naturaleza del tiempo y el espacio en el marxismo. Este es un defecto importante ya que el materialismo histórico, o materialismo histórico-geográfico, que es como prefiero llamarlo, no puede existir sin una sólida apreciación de la dialéctica espacio-temporal. En la teoría absoluta, que se suele relacionar con los nombres de Descartes, Kant y Newton, el espacio es una rejilla invariable separada del tiempo, en cuyo interior los acontecimientos y procesos se vuelven inteligibles. La ordenación espacial es el terreno del conocimiento geográfico y el despliegue temporal es el de la historia. Este es el terreno primario de los valores de uso en la teoría marxiana. Es el espacio lo que define los derechos de propiedad privada sobre la tierra, las fronteras del Estado, la configuración física de la fábrica o el cuerpo individuado del trabajador. Bajo la teoría de la relatividad, asociada habitualmente con el nombre de Einstein, un mundo en constante movimiento define estructuras espacio-temporales que no son euclídeas ni fijas. Las relaciones de transporte generan diferentes métricas basadas en la distancia física, el coste y el tiempo, y los espacios topológicamente cambiantes (como las líneas y *hubs* aéreos) definen la circulación de mercancías, capitales, dinero, información, personas y demás. La distancia entre Londres y Nueva York es relativa y no fija. El espacio-tiempo relativo es el ámbito principal del valor de cambio, de los movimientos de mercancías y dinero. La visión relacional, habitualmente asociada con Leibniz, afirma que el espacio-tiempo no tiene una existencia independiente sino que es inherente a la materia y el proceso, y se crea en su interior. Por ejemplo, el universo no se creó en el espacio-tiempo. El *Big Bang* creó el espacio-tiempo a partir de la materia en movimiento. El capital crea el espacio-tiempo. El espacio-tiempo relacional es el ámbito de la teoría marxista del valor. Marx sostuvo —de forma algo sorprendente— que el valor es inmaterial pero objetivo. «Ni una sola partícula de materia forma parte de la objetividad del valor en tanto mercancía». En consecuencia, «el valor no se pasea con una etiqueta que indique lo qué es» sino que se esconde tras el fetichismo de la mercancía. El valor es una relación social

en un espacio-tiempo relacional. La única forma en que podemos captarlo es a través de sus efectos objetivos, pero esto nos arroja a ese peculiar mundo en el que las relaciones materiales se establecen entre personas (nos relacionamos a través de lo que producimos e intercambiamos) pero las relaciones sociales se construyen como relaciones entre cosas (se establecen precios monetarios para lo que producimos e intercambiamos). Si el valor es una relación social, y siempre es inmaterial pero objetivo —se fracasa siempre que se intenta medir directamente una relación de poder—, cualquier esfuerzo para llegar a una medida directa y esencialista del mismo es cuestionable, cuando no está mal planteado. ¿Pero que tipo de relación social se presupone aquí? El valor es una relación interna a la mercancía, interioriza la geografía entera de los procesos de trabajo, la producción y realización de las mercancías, y la acumulación de capital en el espacio-tiempo del mercado mundial.

Estos tres marcos espacio-temporales —absoluto, relativo y relacional— deben mantenerse en tensión dialéctica entre sí de la misma manera en que valor de uso, valor de cambio y valor se entrelazan dialécticamente en la teoría marxiana. Por ejemplo, el valor no podría existir en el espacio-tiempo relacional sin la construcción de innumerables trabajos concretos en lugares concretos (fábricas) que se sitúan en el espacio-tiempo absoluto. Tampoco el valor emergería como un poder inmaterial pero objetivo sin los innumerables actos de intercambio, el proceso continuo de circulación, que constituyen el mercado mundial en el espacio-tiempo relativo. El telar incorpora valor —trabajo abstracto como determinación relacional sin medida material— en la tela mediante la realización de un trabajo espacio-temporal concreto. Para que el valor se realice, la mercancía debe moverse a través del espacio-tiempo relativo de las relaciones de intercambio. El poder objetivo de la relación de valor se deja sentir cuando el telar se ve forzado a dejar funcionar y la fábrica queda en silencio porque las condiciones en el mercado mundial son tales que esta actividad en este espacio-tiempo concreto carece de valor. Aunque todo esto pueda parecer obvio, no reconocer la interacción que conllevan los diferentes marcos espacio-temporales en la teoría marxista a menudo produce confusión intelectual. Gran parte de la discusión «global-local» se ha convertido en un embrollo intelectual en buena medida debido a que no se reconocen las diferentes espacialidades implicadas. No podemos decir que la relación de valor es causa del cierre de una fábrica como si se tratara de una fuerza externa abstracta. Las cambiantes condiciones concretas del proceso de trabajo en China, mediadas por el intercambio en el espacio-tiempo relativo, transforman el valor de tal manera que llevan al proceso de trabajo concreto en México a detenerse. El término popular «globalización» cumple

la misma función, si bien enmascara convenientemente las relaciones de clase. Si buscamos la globalización en el espacio-tiempo absoluto no la encontraremos.

Fueron este tipo de intuiciones las que luego me permitieron formular la idea de la «compresión espacio-temporal» en *La condición de la postmodernidad* y de la «producción social del espacio y el tiempo» en *Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia*. Más recientemente, en *Espacios del capital*, amplió todavía más estos argumentos cruzándolos con las distinciones entre las prácticas sociales materiales (el espacio experimentado), las representaciones del espacio (el espacio concebido) y los espacios de representación (el espacio vivido) de Lefebvre. Necesitamos urgentemente una mejor descripción de la espacio-temporalidad de la teoría marxista, sostengo esto no solo por necesidad ontológica sino también porque muchos de los errores de los proyectos socialistas y comunistas proceden de una mala comprensión de la complejidad del papel de las relaciones espacio-temporales en los asuntos humanos.

Aunque todo esto pueda sonar muy abstracto, una lectura de Marx con las lentes de la espacio-temporalidad puede ser muy reveladora en lo que se refiere a la espacialidad del poder y el mando sobre el espacio como fuerza productiva y valor político en la lucha de clases. *El manifiesto comunista* deja claro que la burguesía llegó al poder en parte gracias a una estrategia geográfica de uso de la movilidad y el comercio (que funcionan en el espacio relativo) para socavar el espacio-tiempo absoluto del poder feudal, que tenía la tierra como base. Aunque el capital comercial y el capital a interés sean hoy formas derivadas, aparecieron antes que la forma moderna primaria de producción gracias a su superior control del espacio. La emergencia de la forma dinero siempre ha sido dependiente de los movimientos geográficos e históricos. El dinero interioriza perpetuamente los efectos del mundo espacio-temporal creado por su propia circulación y en el que se producen sus valoraciones. El dinero —medida central de la contabilidad capitalista— no es nada sin los vínculos de confianza, crédito e intercambio internos a una economía espacial permanentemente en flujo. Los trabajos contemporáneos sugieren que el crédito y las relaciones de confianza podrían haber precedido al desarrollo de la forma dinero y del valor que representa. El poder burgués siempre tiene que ver con el posicionamiento geopolítico en el mercado mundial. En este punto no resulta sorprendente averiguar que las formas imperialistas de dominación jugaron un papel formativo en el ascenso del capitalismo, aún cuando el capitalismo estaba reformulando esas mismas lógicas imperialistas (tal y como ha defendido recientemente Wood⁵). Inmediatamente después de describir

⁵ Véase Wood (2003)

cómo el dinero destruye todas las barreras espaciales y temporales, Marx advierte sobre la posibilidad de crisis en las que todas las contradicciones y antítesis inmanentes a la mercancía se ponen de manifiesto (*El capital*, vol. 1, p. 167). Esto implica que las crisis no tienen ninguna realidad más allá de las espacio-temporalidades que el capital produce. El capital financiero contemporáneo, con la ayuda de las tecnologías de la información, ha reconfigurado de manera drástica las relaciones espacio-temporales a lo largo de los últimos cuarenta años en formas que han supuesto una disrupción tanto para otras formas de circulación del capital como para la vida cotidiana. La ruptura de las rigideces de la forma espacio-temporal existente a través de la aceleración y la inversión extranjera directa (por señalar dos fuerzas en juego en los últimos años) se ha convertido en un componente fundamental del funcionamiento de las crisis. Las dificultades del Este y el Sudeste asiático en 1997-1998 tienen mucho que ver con estas espacio-temporalidades cambiantes, por ejemplo. Los tres «cortes» para la comprensión de la formación de crisis en *Los límites del capital* deben ser entendidos como momentos simultáneos y copresentes en el interior de las contradicciones del capital.

En el momento en que escribí *Los límites del capital* no era posible evitar la cuestión de la interpretación de la crisis de los años setenta. El hecho que de manera espectacular vinculó la crisis general con la crisis urbana fue la llamada crisis fiscal de Nueva York de 1975-1977, crisis que, con el beneficio de la visión retrospectiva, interpreto ahora como el pistoletazo de salida de la revolución neoliberal y de la restauración del poder de clase. La comprensión de la formación de las crisis sigue siendo, de lejos, el punto más polémico de la economía política marxista. No solo es que haya diferentes escuelas de pensamiento sobre la materia, sino que las distintas interpretaciones han venido apuntalando distintas estrategias políticas desde hace tiempo.

Marx insistió en que debemos interpretar las crisis a través del examen de las dinámicas internas del capitalismo. Esto le llevó a quitar importancia, de manera errónea a ojos de muchos, a los límites ambientales o demográficos. En la época de Marx estos límites se expresaban en los términos de David Ricardo sobre los rendimientos decrecientes en la agricultura, o en la dinámica demográfica de Malthus. Marx fue un crítico mordaz de ambos —«cuando encara una crisis, busca refugio en la química orgánica» dijo Marx de Ricardo—. En los últimos treinta años ha surgido toda una literatura que afirma que la posición de Marx a este respecto ni puede ni debe ser sostenida. Muchos en la izquierda (como John Bellamy Foster o James O'Connor) defienden que la crisis ambiental es la crisis de nuestro tiempo y que nuestras posiciones políticas deben evolucionar de acuerdo con ello. No estoy de acuerdo con estas posiciones, especialmente

cuando van unidas al lenguaje apócrifo del «final de la naturaleza» o de algún tipo de «colapso ambiental». Sin embargo, me tomo con muchísima seriedad asuntos medioambientales como el agujero de la capa de ozono, la pérdida de biodiversidad, el agotamiento de los recursos, la deforestación y desertificación, y la posibilidad de pandemias y catástrofes ecológicas. El papel de la renta y de la valoración de la naturaleza debe volver al centro del análisis. También comprendo perfectamente que la justicia ambiental es completamente relevante para la política actual. Tampoco ignoro los asuntos relacionados con la dinámica poblacional. Me tomo todos estos asuntos con la misma seriedad que lo hago con las condiciones y rivalidades geopolíticas, geoeconómicas y culturales que continúan apuntalando las guerras comerciales, el imperialismo, el neocolonialismo y los conflictos militares.

Pero algo crucial se pierde cuando renunciamos a enfrentarnos a las contradicciones internas del capitalismo como clave de bóveda de nuestros problemas. Más que hace 25 años, hoy creo que una política que escamotee las contradicciones centrales está condenada a tratar únicamente con sus síntomas. Rechazo absolutamente las posiciones políticas de aquellos que han querido eliminar, de nuestro alcance, la comprensión de las contradicciones de la economía política —incluso que han querido eliminar el término capitalismo—. Si, como dice Marx, las contradicciones se manifiestan durante el desarrollo de las crisis, es a la teoría de las crisis a quien debemos buscar si queremos tener algún asidero a la hora de saber qué estrategias a largo plazo debemos seguir.

En el capítulo VI, examino tres grandes escuelas de pensamiento sobre la teoría marxista de la crisis. La primera, a menudo conocida como escuela de la compresión del beneficio [*profit squeeze*], considera que las organizaciones obreras y la escasez de trabajo tiran hacia abajo el ritmo de acumulación hasta el punto de generar una crisis para la clase capitalista que se extiende por todo el sistema capitalista —lo que en la coyuntura actual no es un problema, si bien en los años setenta había indicios de que esto era lo que sucedía—. La segunda escuela considera que el factor central es una demanda efectiva insuficiente, «subconsumo», puesto que los capitalistas reinvierten y los obreros consumen, por definición, menos valor del que producen. Malthus consideraba que el comercio exterior y el consumo por parte de las «clases improductivas» era la respuesta al problema de la demanda efectiva, mientras que Rosa Luxemburgo sostenía que el pillaje imperialista de las sociedades no capitalistas era la única opción. Las teorías del subconsumo tienen su contraparte burguesa en la teoría keynesiana. Varias escuelas marxista-keynesianas consideran la gestión fiscal y monetaria como una respuesta eficaz al subconsumo. Este fue un serio problema en la década de 1930, pero no hay pruebas de que fuera el caso en los años setenta. La teoría de la caída de la tasa de beneficio descansa sobre la idea

de que la carrera competitiva por hacerse con innovaciones tecnológicas que ahorran trabajo acaba por expulsar al trabajo vivo de la producción. Si todo lo demás se mantiene estable —por ejemplo, la tasa de explotación de la fuerza de trabajo—, esto produce una tendencia a la caída de la tasa de beneficio. El propio Marx añadió tantas advertencias, condicionalidades y contratendencias a esta teoría (véase el capítulo VI) que es difícil sostenerla como teoría general de la crisis, aun cuando pone el foco en la importante cuestión de los efectos potencialmente desestabilizadores del cambio tecnológico en la dinámica capitalista. Mi conclusión fue que cada teoría dice algo importante sobre la dinámica del capitalismo, pero todas son manifestaciones superficiales de otra cosa.

Tal y como sostengo en el capítulo VI, el problema más profundo es la tendencia a la sobreacumulación. Las crisis aparecen cuando las cantidades siempre crecientes de plusvalor que producen los capitalistas no pueden ser absorbidas de forma rentable. La palabra clave aquí es rentabilidad (debo también aclarar que esto no tiene nada que ver directamente con la supuesta ley de los beneficios decrecientes). Creo que las pruebas que soportan la línea del «excedente de capital» son abrumadoras. El capitalismo surgió de los excedentes que amasaron grupos localizados de comerciantes y mercaderes que habían venido saqueando al resto del mundo a su voluntad desde el siglo XVI. El capitalismo industrial, que nació en Inglaterra en el siglo XVIII, absorbió y expandió este excedente exitosamente. Sobre la base del trabajo asalariado y la producción fabril, la capacidad para producir y absorber plusvalor fue internalizada, sistematizada y depurada en buena parte mediante la estructuración del mundo capitalista en torno a las relaciones capital-trabajo. Esto implicó una exitosa interiorización de las fuerzas de cambio tecnológico, así como de la creciente productividad, para generar excedentes aún mayores. «Crisis» es el nombre que damos a las fases en que el capital excedente no puede ser absorbido de forma rentable.

El capital excedente puede tomar muchas formas. Puede haber un exceso de mercancías en el mercado (de ahí la apariencia de subconsumo). Puede aparecer como excedente monetario o exceso de crédito (de ahí la apariencia de crisis monetaria o de inflación). O puede aparecer como un exceso de capacidad productiva (las fábricas y máquinas sin utilizar características de las fases de devaluación deflacionaria). Puede aparecer como un exceso de capital invertido en el entorno construido (colapso de los mercados inmobiliarios), en otro tipo de activos (oleadas de especulación con acciones y bonos, futuros sobre materias primas o sobre divisas, etc.) o como crisis fiscal del Estado (exceso de gasto en infraestructuras sociales y funciones del Estado de bienestar, quizá forzado por el poder de las organizaciones obreras). La forma que toma el exceso de capital no es determinante de antemano, pero cada una da un carácter propio

a las crisis. El cambio de una forma a otra puede rebajar la presión de la crisis (por ejemplo, un excedente de crédito puede ser transferido a los consumidores aliviando el subconsumo y poniendo de nuevo las fábricas paradas a funcionar). Más allá, la cuestión acerca del cuándo y dónde se producen los excedentes de capital suele estar especificada en formas temporales pero no espaciales. Las dos grandes innovaciones de *Los límites del capital* introdujeron la idea de los desplazamientos temporales de los excedentes de capital (orquestrado a través de los sistemas de crédito y el gasto público) hacia las inversiones de capital a largo plazo (como el túnel del Canal de la Mancha), así como los desplazamientos espaciales apoyados en la expansión geográfica —la creación del mercado mundial, las inversiones directas y en cartera, la exportación de capital y mercancías y, más brutalmente, la extensión y profundización del colonialismo, el imperialismo y el neocolonialismo—. El acoplamiento de los desplazamientos espaciales y temporales (como la inversión extranjera directa financiada a crédito) ofrece mecanismos a la hora de dar respuestas amplias y significativas, si bien temporales en el largo plazo, a los problemas de absorción del capital excedente. De ello se deduce la integración del desarrollo geográfico desigual en nuestra comprensión de la geografía histórica del capitalismo. El efecto es la apertura a la posibilidad de crisis localizadas o muy localizadas de devaluación del capital (desindustrialización aquí y crisis financiera allá), como forma de desactivación del problema global de la absorción de excedentes / devaluación. También de aquí se deduce que la mayor parte de las presiones y de la degradación medioambiental que hoy observemos tiene que ver con la búsqueda de soluciones al problema de la absorción de capital.

La absorción de excedentes es, por tanto, el problema central. Las crisis de devaluación son el resultado de la ruptura de estos mecanismos de absorción. En *Una breve historia del neoliberalismo* me hago cargo del relato acerca de cómo han operado estos mecanismos en la economía global desde los años setenta. Permítanme ahora reformular este argumento en los términos de la absorción de excedentes. Los años setenta fueron una época de excedentes de capital crónicos, buena parte de los cuales fueron transferidos a los Estados petroleros después 1973 y reciclados luego como capital dinero por los bancos de inversión de Nueva York. No obstante, resultó muy difícil encontrar un empleo rentable a esos capitales dado que los canales habituales —especulación inmobiliaria, gastos militares del Estado o el gasto en el Estado de bienestar— o bien estaban saturados, o bien estaban organizados de tal manera que dificultaban la rentabilidad. El resultado fue una crisis crónica de estanflación.

El subsiguiente giro al neoliberalismo conllevó la ruptura de cualquier barrera posible a un despliegue rentable de los excedentes. Si la clase obrera tenía la suficiente fuerza como para ejercer de barrera a la rentabilidad

debía ser disciplinada, los salarios debían bajar y cualquier signo de que pudieran ejercer presión sobre los beneficios debía ser eliminado. Este objetivo se consiguió por medio de la violencia en Chile, la bancarrota municipal en Nueva York y políticamente por Reagan y Thatcher en el nombre de la lucha contra la inflación. Por si todo esto no era suficiente, las empresas tenían la posibilidad de tomar las cosas a su cargo y de relocalizarse en el extranjero, en cualquier lugar donde la fuerza de trabajo fuera más dócil y barata. Para que esto fuera posible tenían que caer todas las barreras al libre comercio. Había que reducir los aranceles, elaborar acuerdos comerciales antiproteccionistas y dar curso a un orden internacional que permitiera un flujo relativamente libre del capital en todo el mundo. Si las vías pacíficas no conseguían este resultado se recurría a la coerción financiera (orquestada por el FMI) o a operaciones secretas (organizadas por la CIA). La búsqueda de arreglos espaciales múltiples estaba en marcha y el desarrollo geográfico desigual se disparó. El final de la Guerra Fría añadió aún más oportunidades para este tipo de expansiones y proyectos en el extranjero. Pero el capital necesitaba encontrar regímenes facilitadores, además de las oportunidades adecuadas en los países en los que penetraba. Oleadas de privatizaciones abrieron sectores enteros para el despliegue rentable del capital desde Gran Bretaña a México pasando por Rusia, China y la India. Regímenes de baja fiscalidad para las empresas (dispuestos para la atracción de capitales), infraestructuras financiadas por el Estado, acceso fácil a los recursos naturales, un medio ambiente regulatorio facilitante, un clima favorable a los negocios, todos estos elementos resultaban necesarios a la hora de absorber los capitales excedentes de forma rentable. Si esto implicaba desposeer a la gente de sus activos o sus derechos, pues que así fuera. Y esto fue lo que logró la neoliberalización. Para sostenerla, había que crear nuevos arreglos institucionales que facilitaran y garantizaran las transacciones financieras internacionales globales; lo cual requería un despliegue de los poderes hegemónicos del Estado apoyados por la fuerza de la coerción política, militar y económica. El FMI, la OMC, el BIS, el Banco Mundial y todo un abanico de instituciones se apoyaron en el poder imperial de Estados Unidos, en connivencia con Europa y Japón, para regular el sistema global a fin de que convertirlo en un terreno para la absorción rentable de un excedente en expansión permanente.

Pero no todo funcionó en este modelo. El crecimiento de la capacidad de absorción de excedentes unido a otra ronda desestabilizadora de innovaciones tecnológicas tuvieron como resultado excedentes aún más masivos. Desde los primeros años noventa, este excedente se ha absorbido de forma especulativa, fluyendo hacia todo tipo de activos, primero hacia los mercados financieros estadounidenses, en los dos mil hacia los mercados inmobiliarios y ahora hacia los mercados de materias primas y divisas,

o los mercados emergentes asiáticos y latinoamericanos de alto riesgo. Los volúmenes que gestionan los *hedge funds* se han disparado «desde los 35.000 millones de dólares hace quince años a un billón de dólares hoy», a finales de 2004 había 3.307 *hedge funds* un 74 % más que en 1999.⁶ Las ganancias especulativas son hoy fundamentales para el mantenimiento de las élites capitalistas, pero esto implica un incremento de los riesgos de devaluación a medida que van estallando las distintas burbujas de activos. Marx observó hace tiempo que la resbaladiza categoría «capital ficticio» es algo sin lo que el capital no puede funcionar, aun cuando amenace constantemente con descontrolarse. Las ficciones que fabricaron Barents Bank o Enron se deshacen por completo, dejando un panorama de destrucción financiera tras de sí. Pero el sistema de crédito sigue viviendo de la fe y las expectativas. Cada vez más el capitalismo vive solo de la fe en él mismo. Maximizar la confianza, especialmente de los consumidores, es de crítica importancia para que el capitalismo se sostenga.

La neoliberalización ha tenido un éxito espectacular a la hora de derribar las barreras a la absorción de capital a nivel mundial. También ha inventado toda suerte de formas de especular en torno a los valores de los activos capaces de absorber grandes cantidades de excedentes a un riesgo considerable. Igual de sorprendente es su capacidad para organizar y orquestar devaluaciones masivas de capital en todo el mundo sin provocar, hasta ahora, la quiebra del sistema. Cuando los excedentes no son absorbidos deben ser devaluados o destruidos. Las devaluaciones se han disparado. Las crisis fiscales, poco frecuentes antes de 1970, se han sucedido con efectos devastadores (México en 1982 y 1995, Indonesia, Rusia y Corea del Sur en 1998, Argentina en 2001). Tampoco EEUU ha escapado a las oleadas de devaluación. Corregir la crisis de los *Savings and Loans*⁷ costó 200.000 millones de dólares; igualmente las enormes quiebras de Long Term Capital Management y Orange County, a las que siguió un crash bursátil, borró de un plumazo siete billones de dólares del valor de los activos en 2000; todos ellos fueron acontecimientos serios. Aunque algunos capitalistas se hayan visto atrapados en estas crisis, la genialidad de la actual estructura institucional consiste en que no solo reparte los riesgos sino que los reparte de forma asimétrica de tal manera que asegura que, en su mayor parte, los costes de la devaluación se adjudican a aquellos que tienen menor capacidad para pagarlos. Cuando México se declaró en

⁶ J. Anderson, «Fund managers raising the ante in philanthropy», *The New York Times*, suplemento de negocios, 3 de agosto de 2005, pp. 1 y 3.

⁷ Los *savings and loans* o *thrifts* de EEUU eran instituciones hipotecarias locales que tenían como función, a lo largo del periodo fordista, la concesión de hipotecas a las economías domésticas, a la manera de las Cajas de Ahorro en España o de los Landesbanken alemanes. Entre 1986 y 1989 quebraron más de 296 *thrifts* como consecuencia del uso de esquemas de Ponzi altamente especulativos. [N. de T.]

bancarrota en 1982, el Tesoro de Estados Unidos y el Fondo Monetario Internacional hicieron todo lo posible para que los banqueros de inversión de Nueva York sufrieran lo menos posible, al tiempo que se forzaba a la gente común de México a pagar un alto precio por ello. Las crisis financieras se han convertido en el medio preferido para acelerar la concentración de poder político y económico en manos de las élites.

Los desequilibrios globales son hoy de una proporción colosal. Hay excedentes de capital en todos los lugares, aunque se concentran especialmente en el Este y el Sudeste asiático. En el otro lado del mundo, Estados Unidos está gestionando una economía de deuda de una escala jamás vista en la historia de la humanidad. La capacidad para gestionar la situación de forma sutil, como sostengo en *Una breve historia del neoliberalismo*, se está agotando. Pero, por encima de todo, tenemos que reconocer que casi todos nuestros malestares ambientales, sociales, políticos y culturales son el producto de un sistema que capta plusvalor para producir más plusvalor que después debe ser absorbido. Las desastrosas consecuencias sociales, políticas y ambientales de la acumulación por la acumulación y de la producción por la producción están a la vista de todos. En medio de lo que Marx en los *Grundrisse* denomina «agudas contradicciones, crisis, convulsiones» quizá debamos prestar atención a su conclusión: «la violenta aniquilación del capital, no por circunstancias ajenas al mismo, sino como condición para su autoconservación es la forma más contundente en la que se le advierte que se vaya y deje paso a un estadio superior de producción social» (*Grundrisse*, vol. II, p. 282).

Otras lecturas

Arrighi, G., *The Long 20th Century: Money Power and the Origins of Our Time*, Londres, Verso, 1994 [ed. cast.: *El largo siglo XX*, Madrid, Akal. Cuestiones de Antagonismo, 2014].

Arrighi, G. y Silver, B., *Chaos and Governance in the Modern World System*, Minneapolis, UMP, 1999 [ed. cast.: *Caos y orden en el sistema mundial moderno*, Madrid, Akal. Cuestiones de Antagonismo, 2001].

Brenner, R., *The Boom and the Bubble: the US in the World Economy*, Londres, Verso, 2002 [ed. cast.: *La expansión económica y la burbuja bursátil*, Madrid, Akal. Cuestiones de Antagonismo, 2003].

Coronil, F., *The Magical State: Nature, Money and Modernity in Venezuela*, Chicago, University of Chicago Press, 1997 [ed. cast.: *El Estado mágico: naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*, Caracas, Alfa Digital, 2017].

Dumenil, G. y Levy, D., *Capital Resurgent: Roots of the Neoliberal Revolution*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2004 [ed. cast.: *Crisis y salida de la crisis*, Ciudad de México, FCE, 2008].

Fine, B. y A. Saad-Filho, *Marx's Capital*, Londres, Pluto Press, 2004 [ed. cast.: *El capital de Marx*, Ciudad de México, FCE, 2010].

Foster, J. B., *Ecology Against Capitalism*, Nueva York, Monthly Review Press, 2002.

Gowan, P. *The Global Gamble: Washington's Faustian Bid for World Dominance*, Londres, Verso, 1999 [ed. cast.: *La apuesta por la globalización: la geoeconomía y la geopolítica del imperialismo estadounidense*, Madrid, Akal. Cuestiones de Antagonismo, 2000].

Harvey, D., *The Condition of Postmodernity*, Oxford, Blackwell, 1990 [ed. cast.: *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998].

_____. *Justice, Nature and the Geography of Difference*, Oxford, Blackwell, 1996 [ed. cast.: *Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2018].

_____. «The Art of Rent: Globalization, Monopoly and the Commodification of Culture», *Socialist Register*, vol. 38, Londres, 2009.

_____. *The New Imperialism*, Oxford, Blackwell, 2003 [ed. cast.: *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal. Cuestiones de Antagonismo, 2004].

_____. *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford, Blackwell, 2005 [ed. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal. Cuestiones de Antagonismo, 2005].

_____. *Spaces of Global Capitalism: Towards a Theory of Uneven Geographical Development*, Londres, Verso, 2006 [ed. cast.: *Espacios del Capital: hacia una geografía crítica*, Madrid, Akal. Cuestiones de Antagonismo, 2007].

Jessop, B., «Liberalism, Neoliberalism, and Urban Governance: a State Theoretical Perspective» en N. Brenner y N. Theodore, *Spaces of Neoliberalism: Urban Restructuring in North America and Western Europe*, Oxford, Blackwell, 2002.

Luxemburgo, R., *The Accumulation of Capital*, Routledge, Londres, 1968 [ed. cast.: *La acumulación de capital*, Barcelona, Grijalbo, 1978].

Mertes, T., (ed.), *A Movement of Movements*, Londres, Verso, 2004.

O'Connor, J., *Natural Causes: Essays in Ecological Marxism*, Guilford Press, 1998 [ed. cast.: *Causas naturales: ensayos de marxismo ecológico*, Ciudad de México, Siglo XXI, 2001].

Ollman, B., *Dialectical Investigations*, Londres, Routledge, 1993.

Panitch, L. y Gindin, S., «Finance and the American Empire», *Socialist Register*, 2005.

Pun Ngai, *Made in China: Women Factory Workers in a Global Workplace*, Durham, Duke University Press, 2005.

Saad-Filho, A. y Johnston, D., *Neoliberalism: a Critical Reader*, Londres, Pluto Press, 2005.

Woods, E. M., *Empire of Capital*, Londres, Verso, 2003.

INTRODUCCIÓN

TODO AQUEL que estudia a Marx, se dice, se siente obligado a escribir un libro acerca de tal experiencia. Ofrezco este trabajo como prueba parcial de esta proposición. No obstante tengo otra excusa. Después de terminar hace casi una década *La justicia social y la ciudad*, decidí mejorar las formulaciones tentativas y aquellas que posteriormente vi que eran erróneas y escribir así una exposición definitiva sobre el proceso urbano bajo el capitalismo desde una perspectiva marxista. Cuanto más profundamente me enredaba en este proyecto, más me daba cuenta de que algunos de los aspectos básicos de la teoría marxista, a los que había tratado de apelar, estaban poco desarrollados y, en algunos casos, apenas se habían considerado. Me dediqué así a escribir la teoría de la urbanización, a integrarla en detallados estudios históricos del proceso urbano tomados de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, y de paso a rellenar por el camino algunos «espacios vacíos» de la teoría marxista. El proyecto llegó pronto a ser completamente inmanejable. En este libro, extenso como es, trato solo algunos «huecos vacíos» de la teoría. Déjenme explicar cómo se ha producido todo esto.

Es tanto una virtud como una dificultad de Marx que todo se relaciona con todo. Resulta imposible trabajar con uno de esos «huecos vacíos» sin trabajar simultáneamente con todos los demás aspectos de la teoría. Los pedazos y los fragmentos que había que entender —como la circulación del capital en el entorno construido, el papel del crédito y de los mecanismos (como la renta) que median en la producción de las configuraciones espaciales— no se podían comprender sin una cuidadosa atención de las relaciones que atraviesan el resto de la teoría. Vi, por ejemplo, que los errores previos en la interpretación de la renta surgían precisamente del fracaso a la hora de integrar ese aspecto de la distribución en la teoría general de la producción y de la distribución que Marx propuso. El problema es, sin embargo, que hay muchas interpretaciones diferentes de esa teoría general. Más aun, tal y como era esperable, la investigación sobre los asuntos de particular interés para mí sugerían nuevas formas de pensar la teoría de valor, la teoría de la crisis, etc. No tuve más remedio, por eso, que escribir un tratado general sobre teoría marxista, prestando particular

atención a la circulación del capital en el entorno construido, el sistema de crédito y la producción de configuraciones espaciales. Todo esto me llevó muy lejos de mi interés original por la urbanización en el capitalismo, los detalles de la administración de Haussman en París, las glorias y horrores de la Comuna y el proceso de transformación urbana, así como la lucha de clases en mi ciudad adoptiva, Baltimore. En cualquier caso, las conexiones estaban ahí. Creo que es posible reunir todos estos elementos, trascender las fronteras aparentes entre la teoría, abstractamente formulada, y la historia, concretamente registrada; entre la claridad conceptual de la teoría y los enredos aparentemente interminables de la práctica política. Sin embargo, el tiempo y el espacio me obligaron a escribir teoría en tanto concepto abstracto, sin hacer alusión a la historia. En este sentido, me temo que esta obra es solo una pálida apología de una concepción magnífica, así como una violación de los ideales del materialismo histórico.

En mi propia defensa, tengo que decir que nadie más parece haber encontrado la forma de integrar teoría e historia, y de preservar la integridad de ambas trascendiendo a la vez su separación. A Marx le llevó grandes esfuerzos mantener intacta la relación entre historia y teoría en el primer volumen de *El capital*, pero como resultado solo abarcó más o menos la veinteaava parte de lo que quería (nunca terminó *El capital* y dejó totalmente intactos sus proyectos de libros sobre el comercio exterior, el mercado mundial y la crisis, el Estado, etc.). La historia desapareció casi totalmente de los estudios preparatorios que componen el segundo volumen de *El capital*. Por mi parte, quería repasar los materiales que Marx reuniera en los tres volúmenes de *El capital*, los tres libros de *Teorías sobre la plusvalía* y los *Grundrisse*, a fin de ocuparme de los problemas que particularmente más me interesaban. No había forma de hacerlo más que desnudando la teoría de cualquier contenido histórico directo.

Espero que la teoría general aquí formulada resulte de utilidad para el estudio de la historia y la formulación de prácticas políticas. Yo así lo he encontrado. Esto me ha ayudado a comprender por qué el capitalismo se ocupa periódicamente de hacer ostentación de una enloquecida especulación inmobiliaria; por qué Haussman cayó víctima en 1868 de la misma clase de dificultades financieras que acosaron a Nueva York en la década de 1970; por qué las fases de la crisis se manifiestan siempre como una reorganización tanto de las tecnologías como de las configuraciones regionales de la producción y así sucesivamente. Solo puedo esperar que otros encuentren esta teoría igualmente útil. Si no es así, supongo que me tocará cargar con el peso de demostrar la utilidad de la misma en obras futuras que tengan un contenido histórico, geográfico y político más explícito. Esto no debe interpretarse en el sentido de que considero que la teoría es correcta y sacrosanta. Con toda seguridad merece todo tipo de modificaciones a la luz

de la revisión teórica, de una mejor y más general construcción teórica y de comparaciones meticulosas con el registro histórico, así como del ardor de la lucha política. Publico estos descubrimientos teóricos como una contribución al proceso colectivo de descubrimiento. Lo hago ahora porque no puedo llevar esta cuestión mucho más adelante sin un cambio radical de dirección, que tardaría muchos más años en dar sus frutos.

Podría inflar esta introducción con comentarios que parezcan muy cultos sobre asuntos como la epistemología y la ontología, la teoría y la práctica del materialismo histórico y la «verdadera» naturaleza de la dialéctica. Prefiero dejar, sin embargo, que los métodos de investigación y exposición hablen por sí mismos a través del texto y dejar que el objeto de la investigación surja en el curso del estudio, en vez de colocarlo *a priori* como una figura de cartón recortada sobre un escenario iluminado por detrás. De otro lado, creo que el lector puede encontrar útiles algunos comentarios sobre lo que he tratado de hacer y cómo lo he hecho.

El propósito general ha consistido en combinar un modo de pensar que concibo dialéctico con la mayor simplicidad posible de la exposición de unos temas manifiestamente complejos. Esos objetivos no son fáciles de reconciliar. En algunos puntos, la lucha por la simplicidad me ha llevado peligrosamente cerca del reduccionismo, mientras que en otros, la lucha por conservar la fe en la intrincada integridad de la cuestión casi me ha hecho caer en el oscurantismo. No he evitado ni el error ni mi propia satisfacción. Me doy perfecta cuenta de que lo que parece reduccionismo para el experto que ha estado sumergido largo tiempo en la teoría marxista le puede parecer oscuro al recién llegado. En relación con esto, mi táctica ha consistido en esforzarme por lograr suficiente simplicidad en los capítulos iniciales a fin de dar a los recién llegados, dispuestos a luchar con conceptos reconocidamente difíciles, la mejor oportunidad posible de enfrentarse a contribuciones más sustantivas en capítulos posteriores. He tratado de conservar la fe, a pesar de las complicaciones del tema que nos ocupa, en los capítulos sobre el capital fijo, las finanzas y el dinero, la renta y la producción de configuraciones espaciales.

No quiero, sin embargo, que este argumento se interprete de modo lineal, a pesar de la aparente linealidad de su flujo. Los primeros capítulos no constituyen bloques de construcción fijos y firmes sobre los que se puedan erigir los siguientes capítulos. Tampoco los últimos capítulos se derivan o se deducen de un conjunto original de proposiciones avanzadas al principio. Antes bien, comienzo con las abstracciones más simples que propuso Marx y luego trato de ampliar su significado a través de su consideración en diferentes contextos. La perspectiva de conjunto debe evolucionar a medida que más y más fenómenos se integran en la vasta y compleja imagen del capitalismo como modo de producción. La dificultad

aquí está en hacer surgir una forma de presentación —una forma de argumentación si se quiere— que no viole el contenido de los pensamientos expresados. Cada capítulo se dirige a un determinado aspecto del conjunto. La dificultad está en preservar el enfoque central y al mismo tiempo mantener dentro de nuestro radio visual su relación con todo lo demás. La invocación constante a «todo lo demás» embarullaría innecesariamente los capítulos posteriores y haría incomprensibles los iniciales, ya que habría que invocar, sin explicarlos, temas que aún no se han analizado. Marx trató de ocuparse del problema en los capítulos iniciales de *El capital*, dando forma a un lenguaje de tal densidad y abstracción que deja perplejos a los mortales comunes y corrientes, por lo menos la primera vez que lo leen. He tratado de buscar un justo medio. Uso las nociones de oposición, antagonismo y contradicción en tanto hilos de conexión que mantienen unidos los materiales. Al hacerlo empleo un mecanismo lógico que Marx utiliza con gran eficacia. Los detalles van a ser objeto de exploración más adelante, pero merece la pena dilucidar de antemano la táctica general, aunque solo sea para proporcionar al lector alguna idea de cómo se va a desarrollar el argumento subsecuente.

En cada paso de la formulación teórica, nos vamos a topar con antagonismos que se convierten en intrigantes configuraciones de contradicciones *internas* y contradicciones *externas*. La resolución de cada una de estas contradicciones genera simplemente la formación de otras nuevas o su traslación a un nuevo terreno. El argumento puede así girar hacia adentro o hacia afuera para abarcar cada aspecto del modo de producción capitalista. Por ejemplo, Marx da comienzo a *El capital* con la idea de que la mercancía material es simultáneamente un valor de uso y un valor de cambio, y que las dos formas de valor se oponen necesariamente entre sí. Esta oposición (que es intrínseca a la mercancía) logra su expresión externa en la separación entre las mercancías en general (valores de uso) y el dinero (la representación pura del valor de cambio). Sin embargo, el dinero interioriza luego funciones contradictorias dentro de sí mismo, lo cual solo se puede resolver a su vez si el dinero circula en cierta forma, como *capital*. El argumento procede así abarcando los antagonismos de clase entre capital y trabajo, la contradictoria dinámica del cambio tecnológico, para evolucionar finalmente en una larga y elaborada disquisición sobre aquellas contradicciones aparentemente irreconciliables que llevan al capitalismo a los cataclismos de las crisis. Los primeros siete capítulos resumen e interpretan el argumento de Marx según esa lógica, hasta llegar al punto que yo llamo «el primer corte» de la teoría de la crisis, ejemplificado por su teoría de la tasa decreciente de ganancia.

En los capítulos restantes empleo el mismo mecanismo lógico para extender el argumento de Marx sobre terrenos menos familiares. El análisis

del capital fijo y de la formación del fondo de consumo del capítulo VIII, muestra que los excedentes de capital y trabajo, producidos bajo las condiciones descritas en el «primer corte» de la teoría de la crisis, se pueden absorber por la creación de nuevas formas de circulación orientadas más a usos futuros que presentes. Vemos entonces, sin embargo, que estas nuevas formas se contradicen a la larga con una dinámica continua de cambio tecnológico, que en sí misma es una condición necesaria para la perpetuación de la acumulación. Como resultado, el «valor» asignado al capital fijo se convierte en una magnitud inestable y la circulación continua de capital se ve amenazada por una severa alteración.

El sistema de crédito viene entonces al rescate. En los capítulos IX y X descubrimos que el sistema de crédito, como una especie de «sistema nervioso central» para la regulación de los flujos de capital, tiene la capacidad potencial para resolver todos los desequilibrios a lo que es propenso el capitalismo, para resolver las contradicciones que señalamos anteriormente, pero solo lo puede hacer pagando el precio de absorber las contradicciones dentro de sí. Las grandes concentraciones de poder financiero, acompañadas por las maquinaciones del capital financiero, pueden desestabilizar o estabilizar el capitalismo con igual facilidad. Una oposición fundamental surge además entre el sistema financiero —la creación de dinero como dinero a crédito— y su base monetaria —el uso del dinero como una medida del valor—. Esto prepara el escenario para examinar los aspectos financieros y monetarios de la formación de las crisis, incluidos los pánicos financieros y la inflación. Y esto da forma al «segundo corte» de la teoría de la crisis.

El capítulo sobre la renta completa formalmente la teoría de la distribución, pero también nos permite considerar la dinámica espacial así como temporal desde una perspectiva teórica. Un análisis ulterior de la movilidad geográfica del capital y del trabajo muestra cómo las contradicciones del capitalismo son, en principio al menos, susceptibles de un «arreglo espacial»; la expansión y el desarrollo geográfico desigual impiden la posibilidad de que un capitalismo propenso a la contradicción se corrija a sí mismo. Esto lleva directamente al «tercer corte» de la teoría de la crisis, que trata sobre la formación de la crisis en sus dimensiones espaciales. Bajo este encabezado podemos enfocar los problemas de las guerras imperialistas e interimperialistas a la luz de una nueva perspectiva. Vemos una vez más que la búsqueda de un «arreglo espacial» a las contradicciones internas del capitalismo termina simplemente proyectándolas, si bien de nuevas formas, en el escenario del mundo. Esto, en mi opinión, nos permite construir un marco para la elaboración teórica sobre la geografía histórica del modo de producción capitalista.

Yo no alego que este sea el fin del problema, ¿cómo podría serlo considerando el modo de elaboración teórica? En el epílogo indico algunas áreas

sin completar. Tampoco defiendo que todo lo que he dicho sea original o no admita discusión. Esto me lleva a otro asunto que merece ser abordado a modo de introducción.

La tradición intelectual marxista ha experimentado un notable resurgimiento en la década pasada. Este resurgimiento vino marcado por sus vivas disputas y vigorosas polémicas de no poca virulencia. He luchado, no siempre con éxito, por mantenerme al día de una bibliografía que ha crecido enormemente, incluso durante el espacio de aproximadamente cinco años en los que he estado escribiendo. A la hora de reconocer el estímulo de cada idea que hay en este texto se requeriría una cantidad increíble de notas a pie de página. Por eso simplemente deseo reconocer aquí la deuda contraída con los esfuerzos colectivos de muchos escritores, pensadores y profesionales. El coraje de personas como Paul Sweezy, Maurice Dobb, Paul Baran, Edward Thompson, Eric Hobsbawm, R. Rosdolsky y otros, que mantuvieron viva la llama del pensamiento marxista durante años increíblemente difíciles, fue siempre una inspiración. Sin el estímulo del resurgimiento del pensamiento marxista, con escritores tan diversos como Althusser, Poulantzas, Wallerstein, Amin, Mandel y otros, probablemente yo habría abandonado este proyecto hace mucho tiempo. Entre estos pensadores cuento con Manuel Castells y Vicente Navarro como amigos personales que me ofrecieron una y otra vez ayuda y estímulo.

Me he esforzado también en ordenar los debates lo mejor que he podido (aunque debo confesar que renuncié a poner orden en algunos de ellos a causa de mi profunda frustración). En todo caso, con el fin de confrontar las diversas posturas tomadas en cada punto de la controversia tendría que extenderme de forma interminable, mientras que algunas obras, como las de Kozo Uno, llegaron a la escena demasiado tarde como para que pudiera prestarles la detenida atención que merecen. Decidí ocuparme directamente de los debates fundamentales, a medida que estos se inmiscuían en puntos claves de mi propio argumento. Aun así he tendido a pasar por alto las polémicas y a mencionar de pasada simplemente a aquellos que tienen una participación más activa en el debate. Espero que la fluidez del texto compense la ausencia de pirotecnia verbal.

Finalmente, están aquellas personas e instituciones con las que de una u otra forma estoy directamente en deuda. Me complace acusar el recibo de una beca del Memorial Guggenheim en París, que me dio la oportunidad de estudiar el urbanismo francés, pero, quizá lo más importante, me permitió abordar la intrincada tradición marxista de aquel país. M. G. Wolman, jefe del Departamento de Geografía e Ingeniería Ambiental de la Universidad Johns Hopkins, demostró un profundo compromiso con el principio de la libertad de investigación y ayudó a crear condiciones de trabajo sumamente favorables para ello.

Tuve también la buena fortuna de encontrar un grupo de personas que, a principios de la década de 1970, participaron en una exploración sumamente vigorizante del pensamiento marxista. Dirk Walker y Lee Jordan, Gene Mumy, Jorn y Altrud Barnbrock, Flor Torres y Chuck Schnell, Ric Pfeffer, Lata Chatterjee y Barbara Koeppel, compartieron sus ideas y me ayudaron, con su esfuerzo colectivo, a retirar las capas de mistificación que nos rodean. Es más, lo hicieron con un sentido de la diversión y del goce que es verdaderamente raro en compañía humana. En años recientes, Beatriz Nofal y Neil Smith continuaron esa tradición. Los dos revisaron también página a página este manuscrito. Tengo una deuda enorme con ambos. Barbara, Claudia, John y Rosie me dieron un apoyo muy especial. Finalmente, John Davey, de Basil Blackwell, esperó pacientemente el producto final y me permitió amablemente que me apoderara en ocasiones de un soleado rincón de su cocina para que escribiera estas y otras muchas líneas.

I MERCANCÍAS, VALORES Y RELACIONES DE CLASE

El método de análisis empleado por mí y que hasta el presente no había sido aplicado a la ciencia económica, hace que la lectura de los primeros capítulos resulte no poco ardua [...]. Nada puedo contra ese inconveniente, salvo advertir y prevenir acerca de él a los lectores que buscan la verdad. En la ciencia no hay caminos reales, y solo tendrán esperanzas de ascender a sus cumbres luminosas, aquellos que no teman fatigarse al escalar por senderos escarpados (Marx, *El capital*, vol. I, p. 59).

Marx abre su análisis en *El capital* examinando la naturaleza de las mercancías. A primera vista esta elección parece en cierto modo arbitraria, pero si revisamos los escritos con los que preparó *El capital*—y que ocuparon casi tres décadas— vemos que la elección no fue en absoluto arbitraria. Fue el resultado de una extensa investigación, un largo viaje de descubrimiento que llevó a Marx a una conclusión fundamental: descubrir los secretos de la mercancía es descifrar los intrincados secretos del propio capitalismo. Así, el principio es en realidad una conclusión.

Marx considera la mercancía como la encarnación material de *valor de uso*, *valor de cambio* y *valor*. De nuevo nos presenta estos conceptos en una forma aparentemente arbitraria, por lo que parece «que se tenga la impresión de estar ante una construcción *a priori*» (*El capital*, vol. I, p. 56). Se trata, no obstante, de conceptos absolutamente fundamentales para todo lo que sigue. Son el eje sobre el cual gira todo el análisis del capitalismo. Tenemos que entenderlos para entender lo que nos quiere decir Marx.¹

En esto existe cierta dificultad. Para entender plenamente los conceptos se requiere que entendamos la lógica interna del propio capitalismo. En

¹ El sello característico del método materialista de Marx consiste en comenzar la explicación examinando las características de objetos materiales con los que todos estamos familiarizados. «Yo no arranco nunca de los “conceptos”, ni, por tanto, del “concepto del valor” [...] Yo parto de la forma social más simple en que toma cuerpo el producto del trabajo en la sociedad actual, que es la “mercancía”» (*Notas marginales al «Tratado de economía política» de Adolph Wagner*, pp. 415-416).

tanto no es probable lograr comprenderla desde el principio, nos vemos forzados a usar los conceptos sin saber de forma precisa lo que significan. Además, la forma relacional en que Marx procede implica que no puede tratar ninguno de estos conceptos como un bloque conceptual fijo, conocido o siquiera conocible sobre cuya base se pueda interpretar la rica complejidad del capitalismo. Marx parece decirnos que no podemos interpretar los valores sin entender qué es el valor de uso y el valor de cambio, y no podemos interpretar esta última categoría sin entender cabalmente la primera. Nunca trata un concepto aisladamente, como si se pudiera entender por sí mismo. Se centra siempre sobre una u otra de las tres relaciones posibles entre sí —entre el valor de uso y el valor de cambio, entre el valor de uso y el valor, y entre el valor de cambio y el valor—. Las relaciones entre los conceptos son lo que realmente importa.

En el curso de *El capital* podemos observar cómo Marx se desplaza de un par relacional a otro, empleando las percepciones acumuladas desde un punto de vista para luego establecer interpretaciones desde otro. Tal y como ha dicho Ollman, es como si Marx viera cada relación como una «ventana» separada desde la cual pudiéramos considerar la estructura interna del capitalismo. Lo que se ve desde una ventana carece de relieve y de perspectiva. Cuando pasamos a otra ventana podemos ver cosas que antes estaban ocultas a nuestra vista. Armados con ese conocimiento, podemos reinterpretar y reconstruir lo que vimos a través de la primera, dándole mayor profundidad y perspectiva. Al pasar de una ventana a otra y registrar cuidadosamente lo que vemos, nos acercamos cada vez más a entender la sociedad capitalista y sus contradicciones inherentes.

Esta forma dialéctica de proceder impone un gran esfuerzo al lector. Nos vemos obligados a andar a tientas en la oscuridad, armados con conceptos sumamente abstractos, de los cuales aparentemente conocemos poco *a priori*, y a trabajar desde perspectivas que aún no estamos en posición de evaluar. La mayoría de los lectores encuentran así grandes dificultades al leer los primeros capítulos de *El capital*. No obstante, después de andar a tientas durante un periodo penoso y a menudo frustrante, comenzamos a percibir dónde estamos y qué es lo que estamos viendo. A medida que Marx va iluminando poco a poco ante nosotros los diferentes aspectos de la intrincada complejidad del capitalismo comienza a surgir una cierta comprensión, todavía incipiente. El significado de los conceptos valor de uso, valor de cambio y valor se vuelve más claro en el curso del análisis. Cuanto más entendemos cómo funciona el capitalismo, más entendemos a qué se refieren estos conceptos.²

² Ollman (1973). Engels también nos previene específicamente cuando se refiere a: «El equívoco de que Marx pretende definir cuando desarrolla, y de que, en general, deberían buscarse en Marx definiciones acabadas, válidas de una vez y para siempre. Se sobrentiende

Todo ello contrasta vívidamente con la forma de afrontar el conocimiento como «bloques de construcción», tan común en la ciencia social burguesa y tan profundamente arraigada en los modos de pensar burgueses. De acuerdo con estas formas de pensar, es posible y deseable construir bases sólidas para el conocimiento aislándolo en sus componentes básicos dentro del sistema social y sometiéndolo a una detallada investigación. Una vez que se ha comprendido un componente, podemos contar con este como si fuera una base inmutable para las subsecuentes investigaciones. De vez en cuando, como es natural, parecen faltar las piedras angulares del conocimiento, y cuando sus grietas llegan a ser evidentes para todos, presenciamos una de esas revoluciones dramáticas del pensamiento —cambios de paradigmas, como se les llama algunas veces— tan característicos de la ciencia burguesa.

La mayoría de nosotros, que hemos sido educados en las tradiciones «occidentales» de pensamiento, nos sentimos cómodos con esa estrategia de investigación. Consideramos que, el hecho de Marx se apartara de esta estrategia, caso de que lo entendamos, resulta desconcertante cuando no verdaderamente perverso. Siempre está además la tentación de tratar de reducir lo que no resulta familiar a términos familiares, volviendo a enunciar los argumentos de Marx en términos más fáciles de comprender. Esta tendencia está en la base de muchas interpretaciones erróneas de Marx, tanto de marxistas como de no marxistas. Esto produce lo que yo llamo una interpretación «lineal» de la teoría expuesta en *El capital*.³

Esta interpretación «lineal» sigue las siguientes líneas generales. Según se dice, Marx ha establecido tres bloques de construcción potenciales con el fin de interpretar la producción e intercambio de mercancías, presentando los conceptos de valor de uso, valor de cambio y valor. Supuestamente, Marx resume la cuestión del valor de uso en la primera página de *El capital* y de ahí en adelante considera que su estudio no tiene que ver con su propósito, aun cuando sigue teniendo interés histórico. Una investigación de los valores de cambio sirve simplemente para mostrar que los secretos del capitalismo no se pueden revelar únicamente sobre la base de un estudio

que cuando no se conciben las cosas y sus relaciones recíprocas como fijas sino como variables, también sus reflejos en la mente —los conceptos— se hallan igualmente sometidos a modificación y renovación, que no se los enclaustra en definiciones rígidas, sino que se los desarrolla dentro de su proceso de formación histórico o lógico» (*El capital*, vol. III, p. 25).

³ Esa interpretación «lineal» caracteriza tanto las presentaciones de Robinson (1967) como las de Samuelson (1971) (lo que parece uno de los pocos puntos en que están de acuerdo). Se pueden encontrar versiones «estructuralistas» más problemáticas en Bronfenbrenner (1968) y Elster (1978), mientras que incluso Sweezy (1968) —en una obra que por lo demás merece la mayor admiración— parece también caer en esta trampa. En mi opinión, cae en esta trampa por no apreciar plenamente la relación que establece Marx entre los conceptos de valor de uso y de valor (véanse las notas 5 y 9).

sobre los mismos. Marx construye, de este modo, la teoría del valor-trabajo como un fundamento sólido, el bloque de construcción fijo que nos dirá todo lo que necesitamos saber sobre el capitalismo. Bajo este punto de vista, la justificación de la teoría del valor-trabajo estriba en el descubrimiento de Marx de que «toda la historia es la historia de la lucha de clases» y que dicha teoría debe sostenerse porque es la expresión de las relaciones de clase en el capitalismo.

Esa versión «lineal» de la teoría de Marx se encuentra con una amplia variedad de dificultades, de las cuales consideraremos brevemente una. En el tercer volumen de *El capital*, Marx examina la «transformación de los valores en precios». La exactitud de su procedimiento de transformación es vital para esta interpretación «lineal», en tanto Marx parece derivar el valor de cambio del bloque de construcción fijo de la teoría del valor. Como todos conceden que los capitalistas operan con el valor de cambio y no con los valores, el análisis de Marx sobre las «leyes del movimiento» del capitalismo se sostiene o fracasa, según esta interpretación, con la coherencia lógica de la transformación.

Desgraciadamente la transformación de Marx es incorrecta. No parece haber una relación necesaria entre los valores incorporados en las mercancías y las ratios a las cuales se intercambian estas mercancías. Los detractores burgueses (y algunos de sus simpatizantes) han tenido una jornada provechosa. Retratan el primer y el tercer volumen de *El capital* en una irreconciliable contradicción. Marx, dicen, recuperó finalmente la cordura en el tercer volumen y se dio cuenta de que la teoría del valor del primero era una distracción inaplicable a la comprensión de los procesos reales de producción e intercambio de mercancías. Todo lo que se requería para lograr esto último era una teoría de los precios relativos que no hiciera alusión alguna a los valores. Además este argumento, en la interpretación «lineal», es lo suficientemente poderoso como para llevar a los marxistas a dudar de la aplicabilidad de la teoría marxista del valor o a volver a caer en líneas de defensa que parecen meramente asertivas en vez de coherentes y convincentes.

Sin embargo, un examen de la obra de Marx muestra que el valor de cambio, lejos de derivarse de la teoría del valor en alguna etapa posterior del juego, resulta fundamental desde el principio de la investigación. Sin entender algo de esto, no podemos decir nada significativo sobre el valor. El valor de cambio y el valor son categorías relacionales y ninguna de las dos se puede tratar como un bloque de construcción fijo e inmutable. El estudio de Marx del problema de la transformación es solo un paso en una investigación continua de las intrincadas relaciones entre ambas. Además, Marx tampoco está tratando de derivar definitivamente el valor de cambio del valor, como parece suceder bajo la interpretación lineal. Esto explica

por qué Marx, que se daba perfecta cuenta de los defectos lógicos de su argumento (aunque quizá no de todas sus implicaciones), los pudo descartar por considerarlos poco importantes en relación con el tópico real que le preocupaba. Volveremos sobre este asunto en el capítulo II.

Se deduce, por tanto, que debemos evitar cualquier cosa que huela a interpretación «lineal» de la teoría marxista. Cuando seguimos el método de Marx, nos vemos condenados a enfrentarnos al tipo de dificultades que enfrenta cualquier lector de *El capital*. Tenemos que comenzar caminando a tientas en la oscuridad, armados con categorías marxistas que en el mejor de los casos entendemos parcialmente. Desgraciadamente no hay forma de evitar estas dificultades: «No existe una vía fácil para llegar a la ciencia».

En este capítulo, vamos a tratar de reconstruir el argumento de Marx relativo a las relaciones entre valor de uso, valor de cambio y valor bajo las condiciones de producción e intercambio de mercancías. Al mismo tiempo vamos a tratar de explicar lo que hace Marx y por qué lo hace. Espero, de este modo, hacer menos fatigosa la ascensión por los empinados caminos que llegan a las cumbres luminosas de la teoría marxista.

1. Valor de uso, valor de cambio y valor

1.1. Valor de uso

En la base de la concepción del mundo de Marx reside la idea de que los seres humanos se apropian de la naturaleza para satisfacer sus deseos y necesidades. Esta apropiación es un proceso material encarnado en los actos de producción y consumo. Bajo las condiciones de producción de mercancías, los actos de producción y consumo están separados por el intercambio. Sin embargo, la apropiación de la naturaleza sigue siendo siempre fundamental. De esto se deduce que nunca podemos pasar por alto, lo que Marx llama «el aspecto material» de las mercancías. Si lo hiciéramos, la satisfacción de los deseos y necesidades humanas no tendrían relación alguna con la naturaleza.

El aspecto material de las mercancías es capturado en su relación con las necesidades y los deseos humanos a través del concepto de *valor de uso*. Este valor de uso se puede considerar «desde los dos puntos de vista de la calidad y la cantidad». Como un «conjunto de muchas propiedades» que pueden «ser útiles de diversas formas», la mercancía posee ciertas cualidades que se relacionan con diferentes clases de deseos y necesidades humanas. El alimento satisface nuestra hambre, la ropa nuestra necesidad de calor y la vivienda nuestra necesidad de alojamiento. Además, aunque Marx insiste en que «al considerar los valores de uso se presupone siempre, ante todo,

calidades distintas», también insiste en que «al apreciar un valor de uso, se presupone siempre su carácter determinado cuantitativo tal como *docena* de relojes, *vara* de lienzo, *tonelada* de hierro, etc.» (*El capital*, vol. I, p. 84).

En relación con el valor de cambio, al que considera básicamente como una relación cuantitativa, Marx hace hincapié en los aspectos cuantitativos de los valores de uso; pero en un sistema sofisticado e intrincado de producción de mercancías, los aspectos cuantitativos de los valores de uso adquieren gran importancia. Los productores emplean cierta cantidad de insumos —fuerza de trabajo, materias primas e instrumentos de producción— para crear una cantidad de producto físico que se usa para satisfacer las necesidades y deseos de cierto número de personas. La proporción entre los insumos físicos y los productos en el proceso de producción proporciona una medida física de la eficiencia. Una descripción del total de los insumos y de los productos nos proporciona una imagen global de cómo se relaciona la apropiación de la naturaleza con las necesidades y los deseos humanos.

En una sociedad caracterizada por la división del trabajo y la especialización de la producción, podemos definir los requerimientos de la reproducción social en términos de la cantidad de producto que en determinada industria (como el hierro y el acero) se necesita para satisfacer las demandas de todas las demás industrias (como automóviles, construcción, herramientas, etc.). Un estado de reproducción es aquel en el que los insumos y los productos están equilibrados. Al excedente dentro de un sistema de este tipo lo podemos llamar *plusproducto*; esto es, una cantidad de valores de uso materiales que sobrepasan a los que se necesitan para reproducir el sistema en un determinado estadio. Este plusproducto se puede usar de diversas formas, como en la construcción de monumentos o en la creación de nuevos medios de producción o para ayudar a producir aún más plusproducto. El plusproducto de diferentes industrias se puede combinar de nuevo de tal manera que la cantidad total de producto se expanda a través del tiempo, ya sea por simple expansión de las industrias existentes o por la formación de otras enteramente nuevas.

Las características cuantitativas de un sistema de producción físico de este tipo son de considerable interés, aunque existen, como es natural, algunos problemas de especificación. Necesitamos saber qué valores de uso se requieren para reproducir o ampliar la fuerza de trabajo (lo que nunca ha sido un tema fácil), cómo identificar las industrias, cómo justificar el capital fijo, los productos conjuntos, etc. No obstante, la necesidad obvia de equilibrar las magnitudes de insumos y producto hace que el estudio directo de los aspectos físicos de la producción sea posible y a la vez potencialmente ilustrativo —y así ha sido el centro de la atención desde que Quesnay creó su *Tableau économique*—. Marx sigue esta técnica en el

segundo volumen de *El capital* y, en años más recientes, Leontieff ha creado un elaborado método para estudiar la estructura de los flujos físicos dentro de la economía. Tenemos ahora estudios de input-output de diversas economías nacionales, regionales y urbanas. La cuestión es, entonces, ¿qué ideas se pueden obtener, con respecto a la lógica interna del capitalismo, de estudiar las características físicas de este sistema de producción aislado?

Marx reconoce, naturalmente, que todas las sociedades se deben reproducir físicamente para poder sobrevivir. Desde el punto de vista de la producción, el aspecto físico de la reproducción social es captado por una descripción del proceso de trabajo. Podríamos describir esto en términos universales como «la actividad orientada a un fin, o sea, el trabajo mismo, su objeto y sus medios» (*El capital*, vol. I, p. 240).⁴

Los estudios de Marx sobre la economía política le llevaron a ser profundamente suspicaz hacia las clasificaciones universales de este tipo. Consideró las propias categorías como un producto de una determinada sociedad y buscó conceptos que pudieran servir para distinguir al capitalismo de otras formas de producción, que sirvieran de base para diseccionar la lógica interna del capitalismo. Marx trata, de este modo, de hacer que su materialismo sea genuinamente histórico.

En la primera página de *El capital*, Marx trata de separarse del valor de uso argumentando que la comprensión de la naturaleza exacta de las necesidades y deseos humanos «no hace ninguna diferencia» y no contribuye en nada a un estudio de la economía política. No podemos diferenciar a las sociedades sobre la base de sus valores de uso. Por lo tanto, «descubrir los diversos usos de las cosas es trabajo de la historia» antes que de la economía política.

Esto ha sido interpretado por algunos en el sentido de que Marx consideraba que las características estructurales del capitalismo se podían investigar independientemente de cualquier consideración del valor de uso. Nada podría estar más lejos de la verdad. De hecho, si Marx hubiera tomado verdaderamente ese camino, habría destruido la base materialista de su investigación. Al rechazar el valor de uso como una categoría universal en la primera página de *El capital*, la vuelve a introducir como una categoría relacional en la segunda. La mercancía es concebida como una encarnación del valor de uso y del valor de cambio. Esto prepara la escena para considerar el valor de uso en relación con el valor de cambio y con el valor.⁵

⁴ Steedman (1977), sobre la base de lo que dice Sraffa (1960), reinterpreta a Marx a la luz de las características de los sistemas de producción físicos. Fine y Harris (1979) resumen las críticas de este enfoque.

⁵ Rosdolsky (1977, pp. 73-98), explica perfectamente el uso de Marx del concepto «valor de uso» y la manera en que se emplea el concepto, principalmente en los *Grundrisse* pero

En su forma relacional, la categoría «valor de uso» es extremadamente importante para el análisis subsecuente. «Solamente un *vir obscurus* que no haya entendido nada de *El capital*», afirma Marx, «puede argumentar así; [...] el valor de uso no desempeña, según él, papel alguno» (*Notas marginales al «Tratado de economía política» de Adolph Wagner*, p. 416). Marx explica su estrategia muy explícitamente en los *Grundrisse* (vol. II, pp. 464-465). Un valor de uso es el «objeto de satisfacción de un sistema cualquiera de necesidades humanas. Es este su aspecto material, que puede ser común a las épocas más dispares y cuyo análisis por ende se sitúa más allá de la economía política». Sin embargo, luego añade que «el valor de uso entra en la órbita de esta [la economía política] cuando es modificado por las modernas relaciones de producción, o interviene, a su vez, en ellas, modificándolas».

Se trata de una afirmación extremadamente importante. Explica cómo y por qué Marx entretene el estudio del valor de uso en su argumento. Los valores de uso van tomando su forma de las relaciones modernas de producción, y a su vez, intervienen para modificar esas relaciones. Los análisis del proceso de trabajo, la organización social y técnica de la producción, las características materiales del capital fijo, y cosas por el estilo —todas consideradas desde el punto de vista del valor de uso—, se entretene con el estudio del valor de cambio y el valor de una forma intrincada. En el caso del capital fijo, por ejemplo, vemos a Marx que afirma una y otra vez que el valor de uso aquí «desempeña también un papel, como categoría económica» (*Grundrisse*, vol. II, p. 163). Una máquina es un valor de uso producido bajo relaciones de producción capitalistas. Encarna el valor de cambio y el valor. Además, tiene un papel sumamente importante en la modificación del proceso de trabajo, las estructuras de producción, las relaciones entre insumo y producto, y cosas por el estilo. La producción y el uso de máquinas caen dentro del terreno de la economía política.

No estamos aún en posición, naturalmente, de entender cómo el concepto de valor de uso viene modificado por las relaciones capitalistas de producción, y al mismo tiempo cómo este las modifica, porque aún nos falta comprender la interpretación marxista del valor de cambio y del valor. Sin embargo, sería útil considerar cómo se despliega la comprensión marxista del valor de uso en el curso del análisis, por medio del examen detenido de un importante ejemplo.

también en *El capital*. También señala la siguiente declaración bastante sorprendente en Sweezy (1968, p. 26) de que «Marx excluyó el valor de uso (o como se le llama ahora, la “utilidad”) del campo de la investigación de la economía política sobre la base de que no encarna directamente una relación social». Sweezy, como señala Rosdolsky, repite aquí una mala interpretación de Marx que se remonta al menos a los escritos de Hilferding de principios de la década de 1900.

Consideremos la concepción de las necesidades y deseos humanos que Marx parece relegar a una mera cuestión histórica en la primera página de *El capital*. Ya al final de la primera sección, después de un breve examen del valor de cambio y del valor, Marx modifica su argumento e insiste en que para producir mercancías «no solo debe producir valores de uso, sino valores de uso para otros, valores de uso sociales». A menos que la mercancía satisfaga una necesidad o deseo social, no puede tener ni valor de cambio ni valor (*El capital*, vol. I, p. 89). La categoría valor de uso, aunque ahora ya se entiende como un valor de uso social en relación con el valor de cambio y el valor, indudablemente realiza ya una función económica.

Esto nos invita a considerar cómo las necesidades y los deseos sociales vienen modificados por el capitalismo. A lo largo de buena parte del primer volumen de *El capital*, Marx asume que estas necesidades y deseos sociales son conocidos. En lo que se refiere a los trabajadores, por ejemplo, los considera como «un producto histórico» que depende del «nivel cultural de un país y, esencialmente, entre otras cosas, también de las condiciones bajo las cuales se ha formado la clase de los trabajadores libres, y por tanto de sus hábitos y aspiraciones vitales» (*El capital*, vol. I, p. 230). No obstante, Marx pasa luego a considerar cómo afecta la acumulación de capital a las condiciones de vida del trabajador. El «nivel de vida» del trabajador se ve ahora como algo que varía de acuerdo con la dinámica de la acumulación capitalista.

Hacia el final del segundo volumen de *El capital*, Marx da un paso más allá. La totalidad del sistema físico de reproducción es separado en tres sectores que producen medios de producción, bienes-salario (necesidades) y artículos de lujo. Caso de que ocurra la simple reproducción o una expansión ordenada de la producción, los flujos entre estos sectores tienen que equilibrarse (en cantidad, valor y términos monetarios). La concepción de los deseos y necesidades de los trabajadores experimenta ahora otra modificación. Los trabajadores confían en la producción capitalista de mercancías para satisfacer sus necesidades y al mismo tiempo los productores de mercancías confían en que los trabajadores gasten su dinero en las mercancías que los capitalistas pueden producir. El sistema de producción (bajo control capitalista) responde, y a la vez crea, las necesidades y los deseos del trabajador.

Esto prepara el camino para considerar la producción de nuevos consumos como un aspecto necesario de la acumulación de capital. Esta producción de consumo se puede lograr de diversas formas: «Primeramente, mediante la ampliación cuantitativa del consumo existente; en segundo lugar, la creación de nuevas necesidades, mediante la extensión de las necesidades ya existentes en un círculo más amplio; en tercer lugar, la creación de nuevas necesidades, descubrimientos y producción de nuevos valores de

uso» (*Grundrisse*, vol. I, p. 360). El concepto valor de uso cambia así de algo incrustado en «cualquier sistema de necesidades humanas» a una comprensión más específica de cómo se moldean las necesidades y deseos humanos bajo el modo de producción capitalista (véase Lebowitz, 1977-1978).

1.2. Valor de cambio, dinero y sistema de precios

Nada es más necesario para el funcionamiento de la sociedad capitalista que la transacción elemental en la cual adquirimos cierta cantidad de valor de uso a cambio de cierta suma de dinero. La información generada por estas transacciones —que la tonelada de trigo cuesta «x» cantidad, lo mismo que un par de zapatos o una tonelada de acero— proporciona señales que guían tanto la producción y como el consumo. Los productores deciden qué cantidad deben producir de una mercancía dado el precio medio de venta y compran ciertas cantidades de mercancías a determinado precio a fin de emprender la producción de mercancías. En los hogares se decide qué cantidad se va a comprar de determinado producto dado su precio en relación con sus deseos y necesidades y del ingreso de que se dispone. Estas transacciones —tan fundamentales en la vida diaria bajo el capitalismo— constituyen el «mundo de las apariencias» o la «forma fenoménica» de la actividad económica. El problema de la economía política siempre ha sido explicar por qué las mercancías se intercambian a los precios que lo hacen.

El valor de cambio, expresado a través del sistema de precios, sería relativamente fácil de entender si pudiéramos aceptar de forma incuestionable dos premisas iniciales. En primer lugar, una mercancía funciona como un *numeraire* imparcial —como dinero— a fin de que los valores relativos de todas las demás mercancías se puedan expresar sin ambigüedad con un precio. En segundo lugar, vivimos en un mundo de producción de mercancías: todos los productos son producidos para su intercambio en el mercado. En una sociedad capitalista, estas dos premisas, parecen casi «naturales», no parecen plantear dificultades serias, aunque solo sea porque reflejan circunstancias que nos son familiares. Armados con estas premisas, podemos proceder a analizar directamente el sistema de precios. Observamos que las mercancías se intercambian de acuerdo con precios relativos y que los precios cambian en respuesta a la oferta y la demanda. El sistema de precios proporciona evidentemente un mecanismo descentralizado sumamente sofisticado para coordinar las diversas actividades de innumerables agentes económicos de diversa índole. Además, parece como si las leyes de la oferta y la demanda fueran suficientes para explicar los precios relativos.

Marx acepta la importancia de la oferta y la demanda para equilibrar el mercado, pero niega con vehemencia que la oferta y la demanda nos puedan decir algo acerca de cuál será el equilibrio de los precios de las mercancías.

Cuando la oferta y la demanda se anulan mutuamente, dejan de explicar nada, no actúan sobre el valor de mercado, y con más razón aún nos dejan a oscuras en cuanto a por qué el valor de mercado se expresa en esa suma de dinero y no en otra. Las leyes reales internas de la producción capitalista no pueden explicarse, obviamente, por la interacción de la oferta y la demanda (*El capital*, vol. III, p. 219).⁶

Esta es una afirmación muy drástica, y tenemos que considerar cómo la justifica. Finalmente Marx lo explica en el capítulo III, pero una de las piezas claves de su argumento está en su análisis del dinero.

En *El capital*, Marx inicia su argumentación tratando el valor de cambio como si fuera un asunto sencillo, a fin de llegar a su definición inicial sobre la teoría del valor. Sin embargo, vuelve luego inmediatamente a la cuestión del intercambio para mostrar que es algo verdaderamente problemático y que su estudio, en relación con el valor, resulta muy ilustrativo. Su línea de conducta general consiste en mostrar que el valor de cambio de una mercancía no se puede entender sin analizar la naturaleza del «dinero» que permite que el valor de cambio sea expresado inequívocamente como un precio. En particular, pone en tela de juicio la idea de que cualquier mercancía pueda ser alguna vez un *numeraire imparcial* y trata de mostrar que, por el contrario, el dinero encarna una contradicción fundamental.

La tarea básica, afirma Marx, «no estriba en comprender que el dinero es una mercancía, sino en saber cómo, por qué y por intermedio de qué una mercancía es dinero» (*El capital*, vol. I, p. 145). La forma dinero es una creación social. «La naturaleza», argumenta Marx, «no produce dinero alguno, como no produce un curso cambiario o banqueros» (*Grundrisse*, vol. I, p. 177). Además, el dinero no ha sido establecido arbitrariamente o por mero convencionalismo. La mercancía llamada dinero fue producida en el curso de la historia por un proceso social específico —la participación en actos de intercambio— que debe ser entendida, caso de querer penetrar alguna vez en la lógica interna del sistema de precios.⁷

⁶ Debemos señalar que Marx siguió en esto a Ricardo. Este considera que la oferta y la demanda eran importantes en el mecanismo de equilibrio pero, como Marx, no consideró que era una concepción del mundo lo suficientemente fuerte como para formar la base de la teoría real del valor. «Usted dice que la oferta y la demanda regulan el valor», le escribió a Malthus, pero «esto, según creo, no dice nada» (citado en Meek, 1977, p. 158). La oferta y la demanda constituyen el meollo de la teoría del valor neoclásica y marginalista, pero la crítica de Sraffa (1960) de esta última ha hecho retroceder al menos a un segmento de la teoría económica contemporánea hasta la base común proporcionada, por lo menos a este respecto, tanto por Marx como por Ricardo. Meek presenta una buena explicación sobre esta cuestión (1977, cap. 10).

⁷ Los estudios sobre la teoría del dinero de Marx son pocos y están muy espaciados en el tiempo. Rosdolsky (1977) ofrece una excelente explicación de cómo llegó Marx a su concepción final del dinero. *Marx on Money* de De Brunhoff (1976) es útil, pero como indica su autocrítica final, pasó por alto algunos puntos que trata de incluir en sus obras posteriores

Marx trata la forma mercancía simple como el «germen» de la forma dinero. Un análisis del trueque directo muestra que las mercancías pueden asumir lo que él llama forma de valor «equivalente» y «relativa». Cuando una comunidad mide el valor de los bienes que se adquieren en comparación con el valor único de un bien altamente disponible, este último funciona como su forma de valor equivalente. En un estado inicial, cada comunidad o agente de trueque posee mercancías que operan como la forma de valor equivalente. Con la proliferación del intercambio, una mercancía (o conjunto de mercancías) probablemente surgirá como el «equivalente universal» —una mercancía dinero básica como el oro—. Los valores relativos de todas las demás mercancías se pueden expresar entonces en términos de esta mercancía dinero. El «valor» adquiere así una medida claramente reconocible, única y socialmente aceptada. La sustitución de muchas determinaciones diferentes del valor de cambio (subjetivas y a menudo accidentales) a una medida monetaria establecida es producida por una proliferación de las relaciones de intercambio hasta el punto en el que la producción de bienes para el intercambio se convierte en «un acto social normal». De otro lado, también podemos ver que un sistema general de intercambio de mercancías sería imposible sin dinero que lo facilite. El crecimiento del intercambio y la aparición de una mercancía dinero van de este modo necesariamente de la mano.

La mercancía que asume «el símbolo del dinero» llega a ser diferente a todas las demás. Un análisis de sus características especiales resulta ilustrativo, puesto que «el enigma que encierra el fetiche del dinero no es más, pues, que el enigma ahora visible y deslumbrante, que encierra el fetiche de la mercancía» (*El capital*, vol. I, p. 146).

La mercancía dinero, como cualquier otra mercancía, tiene un valor, un valor de cambio y un valor de uso. Su valor viene determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario que se emplea en su producción, y refleja las condiciones sociales y físicas específicas del proceso de trabajo bajo el cual es producida. Los valores de cambio de todas las demás mercancías se miden en relación con el patrón formado por estas condiciones específicas de producción de la mercancía dinero. Desde este punto de vista, el dinero funciona como *una medida de valor* y su valor de cambio debe reflejar supuestamente ese hecho. El valor de uso del dinero consiste

(1976b y 1978) que en general son excelentes. Harris (1976; 1979) y Barrère (1977) también han reunido algún material de interés. Sin embargo, lo que resulta inquietante es la forma en la que las obras generales sobre Marx hacen a menudo a un lado el problema del dinero como tópico especial, en vez de tratarlo como el centro de todo el análisis. La única excepción es Mandel (1968), que de forma encomiable integra el dinero y el crédito en su texto. Del mismo modo, hay un peligro inherente a la aparición de estudios específicos sobre la teoría del dinero de Marx como algo que se puede tratar por separado de los demás aspectos de su teoría. Espero evitar este escollo en los capítulos IX y X.

en que facilita la circulación de todas las demás mercancías. Desde este punto de vista funciona como *un medio de circulación*. Sin embargo, en el curso del engrasamiento del intercambio, el dinero adquiere un valor de cambio que se forma como «el reflejo, adherido a una mercancía, de las relaciones entre todas las demás mercancías» (*El capital*, vol. I, p. 143). El dinero llega a tener el valor de lo que puede comprar. Como resultado, la mercancía dinero adquiere un valor de cambio dual, el valor dictado por sus propias condiciones de producción (su valor de cambio «inherente») y el que dicta lo que puede comprar (su valor «reflejo»).

Esta dualidad surge, explica Marx, porque el valor de cambio, que conocemos inicialmente como un atributo inherente a todas las mercancías, está ahora representado por un patrón de medición que es externo y está separado de las propias mercancías (*Grundrisse*, vol. I, pp. 51-52). El problema de cómo representar y medir los valores queda solucionado de esta forma, pero se llega a esta solución a expensas de interiorizar la dualidad del valor de uso y del valor dentro del valor de cambio del propio dinero. En pocas palabras, el dinero «resuelve las contradicciones del trueque directo y el intercambio, solo en cuanto las universaliza» (*Grundrisse*, vol. I, p. 135). Todo esto tiene algunas ramificaciones muy importantes.

Podemos ver, por ejemplo, que la cantidad total de dinero que circula en la sociedad a determinada velocidad tiene que ser suficiente para facilitar una cantidad determinada de intercambio de mercancías a precios apropiados. Podemos designar la demanda de dinero como $P \cdot Q$ (donde P es un vector de los precios y Q las cantidades respectivas de mercancías en circulación) y el abastecimiento de dinero como $M \cdot V$ (donde M es la cantidad de dinero disponible y V es su velocidad de circulación). En equilibrio, $MV = PQ$ (*El capital*, vol. I, p. 173). Si la cantidad de mercancías en circulación aumenta repentinamente, mientras que M y V permanecen constantes, entonces el valor reflejo de la mercancía dinero subirá a un nivel que puede estar muy por encima de su valor inherente. Un incremento en la disponibilidad de dinero o en su velocidad de circulación puede rectificar esto, pero el volumen del intercambio de mercancías fluctuará perpetuamente, día a día, mientras las circunstancias que hicieron que determinada mercancía fuera seleccionada como mercancía dinero (escasez, etc.) militen en contra de un ajuste instantáneo en su suministro. Una forma posible de salir de esta dificultad es crear un fondo de reserva, una *provisión*, que se puede usar de forma flexible frente a fluctuaciones potencialmente amplias en el volumen del intercambio de mercancías. Otra posibilidad consiste en usar algún tipo de sistema de crédito y luego usar la mercancía dinero para pagar el saldo de las cuentas al final de determinado periodo de tiempo (un día, un mes o un año). De esta forma la demanda de dinero se puede reducir considerablemente, pudiéndose

neutralizar los efectos de las fluctuaciones diarias en el volumen del intercambio de mercancías.

Esto dirige de inmediato nuestra atención sobre ciertas funciones adicionales del dinero: como *reserva de valor* y como *medio de pago*. Ambas dependen de la capacidad del dinero para operar como una forma independiente de poder social, que a su vez se deriva del hecho de que el dinero es la expresión social del propio valor. «El individuo», sugiere Marx consecuentemente, «lleva consigo, en su bolsa, su potencia social al igual que su vínculo con la sociedad» (*Grundrisse*, vol. I, p. 61). Este poder social es «pausable de convertirse en propiedad privada de cualquiera» y, por tanto, llegar a ser el «poder privado de cualquiera» (*El capital*, vol. I, p. 187). La codicia de ese poder social lleva a la apropiación, el robo, la acumulación —todo se vuelve posible—. Marx se extiende de forma considerable en los *Grundrisse*, vol. I (véanse particularmente las pp. 51-81), a la hora de describir los efectos destructivos de la monetización, a través de las relaciones de poder social, en las sociedades tradicionales.

Pero en *El capital*, Marx se ocupa de demostrar otra cuestión. Si el uso del dinero como reserva de valor o como medio de pago proporciona la única forma de mantener imbricadas las dos formas de valor del dinero, entonces esto requiere que el poder social del dinero se use de cierta forma. Si la reserva monetaria es necesaria para equilibrar el proceso de intercambio (*El capital*, vol. I, p. 188), esto implica que el dinero acumulado se debe usar de acuerdo con ciertos principios racionales; el dinero se debe retirar de la circulación cuando la producción de mercancías sea baja y ponerse de nuevo en circulación cuando reviva la producción. Cuando el dinero se usa como medio de pago, todos los agentes en el proceso de intercambio se convierten en deudores o acreedores, y esto implica de nuevo ciertos principios coherentes para contraer deudas y para pagarlas. En ambos casos nuestra atención se dirige hacia determinada forma de circulación. Así entendemos por qué la circulación de dinero, en tanto fin en sí mismo, aparece como «una necesidad social derivada de las circunstancias del proceso mismo de circulación» (*El capital*, vol. I, p. 191).

Marx define la forma de circulación de las mercancías (mercancía-dinero-mercancía, o *M-D-M* de forma abreviada) como un intercambio de valores de uso (el uso de zapatos por pan, por ejemplo) que depende esencialmente de las *cualidades* de los artículos que se intercambian. El dinero funciona aquí como un cómodo intermediario. Ahora encontramos una forma de circulación, *M-D-M*, que comienza y termina con la misma mercancía exactamente. La única motivación posible para poner dinero en circulación de forma repetida es obtener al final más dinero del que se poseía al principio. Una relación *cuantitativa* reemplaza el intercambio de

cualidades. El dinero es puesto en circulación para obtener más dinero, una ganancia. Y al dinero que circula de esta forma se le llama *capital*.

Hemos llegado al punto en el que podemos ver que las condiciones de intercambio general de mercancías hacen que la forma de circulación capitalista se vuelva socialmente necesaria. Esto tiene multitud de implicaciones sociales. Se crea así un espacio social en el que las operaciones del capitalista se vuelven necesarias a fin de estabilizar las relaciones de intercambio. Sin embargo:

Solo en la medida en que la creciente apropiación de la riqueza abstracta es el único motivo impulsor de sus operaciones, funciona como capitalista, o sea como capital personificado con conciencia y voluntad. Nunca pues puede considerarse el valor de uso como fin último del capitalista [...] Este afán absoluto de enriquecimiento, esta cacería en pos del valor de cambio es común al capitalista y al atesorador; pero mientras el atesorador no es más que el capitalista insensato, el capitalista es el atesorador racional. La incesante ampliación del valor a la que el atesorador persigue cuando procura salvar de la circulación al dinero lo alcanza el capitalista, más sagaz, lanzándolo a la circulación una y otra vez (*El capital*, vol. I, p. 212).

Llegamos así a la pregunta fundamental que podemos plantear a una sociedad capitalista: ¿de dónde vienen las ganancias? Solo la teoría del valor nos puede dar los medios para contestar.

1.3. La teoría del valor

Consideremos ahora la teoría del valor implícita en los procesos de producción e intercambio de mercancías. A diferencia de los valores de uso y de los precios, no hay un punto de partida evidente para este análisis. O comenzamos con una suposición *a priori* sobre la naturaleza del valor, o buscamos una teoría objetiva del valor a través de una investigación material de cómo funciona la sociedad. Marx sigue el segundo camino. En la medida en que en nuestra sociedad el mundo de las apariencias está dominado por los precios de ciertas cantidades de valores de uso, estos proporcionan los datos para establecer una versión inicial de la teoría del valor. Una vez que esta última es colocada en su lugar, se puede examinar la relación dialéctica entre los valores, los precios y los valores de uso como un instrumento para diseccionar la lógica interna del capitalismo.

El argumento inicial de *El capital* llama la atención por su simplicidad. Marx define la mercancía en tanto incorpora el valor de uso y el valor de cambio, luego los abstrae de aquella y procede directamente a analizar el valor de cambio. El hecho de igualar dos valores de uso diferentes (que son

cualitativamente diferentes) en el intercambio, implica que ambos valores de uso tienen algo en común. El único atributo que tienen en común todas las mercancías es que son productos del trabajo humano. «En cuanto cristalizaciones de esta sustancia social común a todos ellos, estos objetos son valores» (*El capital*, vol. I, p. 86).

El argumento es casi idéntico al que presentó Ricardo en sus *Principios de economía política y tributación*. Marx parece seguir totalmente a Ricardo al tratar el problema del valor, en esta etapa, como el problema de encontrar un patrón apropiado para el valor.⁸ La única modificación es que introduce una distinción entre el «trabajo útil» definido como «trabajo humano realizado con un objetivo definido para producir valores de uso» y el «trabajo humano abstracto», que «crea y forma el valor de las mercancías» (*El capital*, vol. I, pp. 127-134). Sin embargo, el argumento de Marx parece ahora redundante, ya que el patrón del valor es ese aspecto del trabajo humano que crea el valor.

Marx quiebra esta tautología por medio de un análisis de la diferencia entre el trabajo abstracto y el trabajo concreto. Todo trabajo es concreto en el sentido de que abarca la transformación material de la naturaleza, pero el intercambio en el mercado suele borrar las diferencias individuales tanto de las circunstancias de la producción como de las personas que realizan el trabajo. Si yo pago según el tiempo de trabajo real personificado, cuanto más perezoso sea el trabajador más debo pagarle, pero en general yo pago el precio que rige en el mercado. Lo que realmente sucede es que la mensurabilidad de las mercancías adquiridas a través del intercambio hace que el trabajo incorporado en ellas sea igualmente medible. Si se requiere un día de media para fabricar un par de zapatos, entonces el trabajo abstracto personificado en un par de zapatos es un día, sin importar si a determinado trabajador le llevó 2 o 50 horas fabricarlo. El trabajo abstracto es definido entonces como «tiempo de trabajo socialmente necesario» (*El capital*, vol. I, p. 87.).

Todo lo que hace es insertar el calificativo «socialmente necesario» dentro de la teoría de Ricardo del tiempo de trabajo como norma del valor. Ello apenas consigue que la versión de Marx sea lo suficientemente fuerte como para soportar el peso de todos los análisis subsecuentes, ni tampoco hace que parezca lo suficientemente profunda como para justificar que se le trate como la sólida base de la teoría marxista y por tanto como una premisa que se deba defender a toda costa. Al menos, hasta que preguntamos qué quiere decir exactamente «socialmente necesario».

⁸ Itoh (1976) proporciona un excelente estudio sobre la forma en que Marx emplea los argumentos de Ricardo a la hora de dar forma a su propia concepción en *El capital*. El artículo de Pilling (1972) también es de considerable interés. Véase también Elson (1979).

La invocación de la necesidad social debe ponernos sobre aviso. Contiene las semillas de la crítica de Marx de la economía política así como de su disección del capitalismo. Lo que Marx nos muestra eventualmente, en una disertación llena de profunda preocupación por establecer las lindes entre la libertad y la necesidad bajo el capitalismo, es que el trabajo humano en su forma abstracta es una destilación, finalmente lograda bajo relaciones de producción muy específicas, de una variedad aparentemente infinita de actividades laborales concretas. Descubrimos así que el trabajo abstracto se puede convertir en la medida del valor solo en tanto un tipo muy específico de trabajo humano —el trabajo asalariado— se vuelve general.

Tal punto distancia inmediatamente la teoría del valor de Marx de las teorías del valor-trabajo convencionales (particularmente la de Ricardo). Marx convierte una declaración universal no histórica en una teoría del valor que opera únicamente bajo relaciones de producción capitalistas. Al mismo tiempo, la teoría del valor trata de ir más allá del problema de definir simplemente un patrón de valor a fin de determinar los precios relativos de las mercancías. La teoría del valor viene a reflejar y a encarnar las relaciones sociales esenciales que son el meollo de la forma de producción capitalista. El valor es concebido, en pocas palabras, como una relación social. Sin embargo, Marx no nos arroja este concepto arbitrariamente, como una construcción *a priori*. Trata de mostrarnos, en cambio, paso a paso que este es el único concepto de valor que tiene sentido; que la ley del valor tal y como él la concibe opera realmente como una fuerza directriz dentro de la historia del capitalismo. La prueba de esto debe estar necesariamente al final de su análisis, no al principio.⁹

Marx comienza casi de inmediato a explicar qué significa «socialmente necesario». Nos dice que es el trabajo «requerido para producir un valor de uso cualquiera, en las condiciones normales de producción y con el grado medio de destreza e intensidad de trabajo vigentes en una sociedad». Esto no se puede entender sin volver a un análisis del valor de uso. En primer lugar, la productividad del trabajo es considerada en términos puramente físicos: la determinan «el nivel medio de destreza del obrero, el estadio de desarrollo en que se encuentran la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas, la coordinación social del proceso de producción, la escala y la eficacia de los medios de producción, y las condiciones naturales» (*El capital*, vol. I, pp. 86-87). En segundo lugar, el trabajo no puede crear valor a menos que cree un valor de uso social, valores de uso para otros. Marx no entra en detalle sobre lo que quiere decir por «valor de uso social» en esta etapa. Simplemente afirma que el valor tiene que ser creado en la producción y

⁹ El contraste entre este punto de vista y otras interpretaciones de la teoría del valor será considerado en el apéndice de este capítulo.

realizado por medio del intercambio y consumo caso de seguir siendo un valor. Este breve regreso a la esfera del valor de uso es una muestra de gran parte de lo que está por venir.

Por el momento, Marx opta por enfocar más de cerca el valor en relación con el valor de cambio. Su investigación de las formas materiales del valor a través del intercambio revela que la sustancia del valor —el trabajo humano abstracto— puede regular la producción y el intercambio de mercancías solo en caso de que exista una forma de representar materialmente ese valor. En seguida llega a la conclusión de que: «En cuanto medida de valor, el dinero es la forma o manifestación necesaria de la medida inmanente del valor de las mercancías: el tiempo de trabajo» (*El capital*, vol. I, p. 147).

Nótese una vez más la invocación de la necesidad. Cuando relacionamos esto con la idea anterior del «tiempo de trabajo socialmente necesario» alcanzamos una importante premisa. La existencia del dinero es una condición necesaria para la separación y destilación abstracta del trabajo concreto.

Podemos observar por qué sucede esto examinando las consecuencias del crecimiento de las relaciones de intercambio. Este crecimiento, como ya hemos visto, depende del dinero y al mismo tiempo propicia su existencia, pero también tiene consecuencias para la distinción entre el trabajo concreto y el trabajo abstracto:

Es solo en el acto de intercambio donde los productos del trabajo cobran una objetividad de valor, socialmente uniforme, separada de su objetividad de uso, sensorialmente diversa. Tal escisión del producto del proceso laboral en cosa útil y cosa de valor solo se hace efectiva en la práctica, cuando el intercambio ya ha alcanzado la extensión y relevancia suficientes para que se produzcan cosas útiles con vistas al intercambio [...] A partir de ese momento, los trabajos privados de los productores adoptan de manera efectiva un doble carácter social. Por una parte, en tanto trabajos útiles determinados, tienen necesariamente que satisfacer una necesidad social determinada y con ello probar su eficacia dentro del trabajo global, dentro del sistema elemental de la división social del trabajo. De otra parte, sin embargo solo satisfacen las variadas necesidades de sus propios productores en la medida en que todo trabajo privado particular, es susceptible de intercambio por cualquier otro trabajo privado útil, y, por tanto, le es equivalente. La igualdad de trabajos *toto coelo* diversos, solo puede consistir en una abstracción de su desigualdad real, en la reducción al carácter común que todos ellos tienen como gasto de fuerza humana de trabajo, como trabajo humano abstracto (*El capital*, vol. I, pp. 124-125).

El rápido movimiento de Marx de una «ventana» a otra en el primer capítulo de *El capital* nos ha llevado al punto en que podemos ver claramente

las interconexiones entre el crecimiento del intercambio, la aparición del dinero y la del trabajo abstracto en tanto medida de valor. También hemos logrado suficiente perspectiva de estas interrelaciones como para ver que la forma en que se nos aparecen las cosas en la vida diaria puede ocultar y revelar en igual medida su significado social. Marx capta esta idea en «el fetichismo de la mercancía».

La extensión del intercambio coloca a los productores en relaciones de dependencia recíproca. Estos se relacionan entre sí por medio de los productos que intercambian en vez de relacionarse directamente como seres sociales. Las relaciones sociales son expresadas como relaciones entre cosas. Por otro lado, las propias cosas se intercambian de acuerdo con su valor, que se mide en términos de trabajo abstracto y el trabajo abstracto se convierte en la medida del valor a través de un proceso social específico. El «fetichismo de las mercancías» describe un estado en el que «las relaciones sociales que entre sus trabajos privados aparecen a estos como lo que son; es decir, no como relaciones directamente sociales trabadas entre las personas mismas, en sus trabajos, sino, por el contrario, como relaciones propias de cosas entre las personas y relaciones sociales entre las cosas» (*El capital*, vol. I, p. 124).

No resulta accidental que Marx exponga este principio general del «fetichismo de la mercancía» inmediatamente después de considerar la aparición del dinero como forma de valor.¹⁰ En este punto, se ocupa del análisis dirigido a usar el principio general del «fetichismo» para explicar el carácter problemático de la relación entre el valor y su expresión monetaria:

Es la expresión colectiva de las mercancías en dinero, lo que indujo a fijar su carácter de valor. Pero es precisamente esa forma acabada del mundo de las mercancías —la forma de dinero—, la que vela de hecho, en vez de revelar, el carácter social de los trabajos privados (*El capital*, vol. I, p. 127).

El intercambio de mercancías por dinero es bastante real, pero oculta nuestras relaciones sociales con los demás detrás de una simple cosa, la propia forma dinero. El acto de intercambiar no nos dice nada, por ejemplo, acerca de las condiciones de trabajo de los productores y nos mantiene en un estado de ignorancia con respecto de nuestras relaciones sociales, ya que estas vienen mediadas por el sistema de mercado. Nosotros respondemos únicamente a los precios de magnitudes de valores de uso. Esto también indica que, cuando intercambiamos cosas, «implicamos la existencia del valor [...] sin ser conscientes de ella». La existencia del dinero —la forma

¹⁰ Rubin (1972) ha hecho algunos comentarios fascinantes sobre la cuestión del fetichismo en *El capital* de Marx.

del valor— oculta el significado social del propio valor. «El valor no lleva escrito en la frente lo que es» (*El capital*, vol. I, p. 125).

Consideremos ahora la relación que esto implica entre los valores y los precios. Si el sistema de precios permite la formación de valores al mismo tiempo que oculta la base social de los valores, entonces la magnitud de los precios relativos no tiene que corresponder necesariamente con la magnitud de los valores relativos. Marx considera que las desviaciones entre las dos magnitudes no constituyen «un defecto», en tanto «adoptan admirablemente la forma precio» a una situación que se caracteriza, aparentemente, por irregularidades sin norma que se compensan entre sí (*El capital*, vol. I, p. 156). El flujo y reflujo de la producción de mercancías para el intercambio, que proviene de las decisiones espontáneas de multitud de productores, puede ser ajustado por el sistema de precios precisamente porque los precios son libres para fluctuar de un modo en el que no podría fluctuar una medida estricta de los valores. Los valores, después de todo, expresan un punto de equilibrio en las proporciones de intercambio después de que la oferta y la demanda han sido equilibradas en el mercado. La flexibilidad de los precios permite que tenga lugar un proceso de equilibrio y resulta esencial, por tanto, para la definición de los valores.

Algo más problemático es, sin embargo, que «la forma del precio puede, además, albergar una contradicción cualitativa» hasta el punto en que «el precio deje de ser en general la expresión de valor». Los objetos que no son producto del trabajo humano, tierras, conciencia, honor, etc., «pueden ser cotizados en dinero por sus poseedores, adoptando así a través del precio la forma mercantil» (*El capital*, vol. I, p. 156). Las mercancías que son producto del trabajo humano se deben distinguir así de las «formas de la mercancía» que tienen un precio pero no un valor. Este tópico no se trata seriamente de nuevo hasta el tercer volumen de *El capital*. Allí descubriremos el fetichismo ligado a las categorías de renta (que pone un precio a la tierra y parece como si el dinero creciera de la tierra) e interés (que pone un precio al propio dinero). Por el momento nosotros también dejaremos a un lado estas espinosas cuestiones.

La caracterización de Marx del fetichismo de la mercancía nos anima a considerar con más profundidad el significado social del valor. En una de sus primeras declaraciones sobre esta cuestión, Marx consideró el valor como «el modo de existencia civil de la propiedad». En *El capital* Marx no es tan drástico, pero sin embargo esta dimensión de su argumento es de gran importancia.

El intercambio de mercancías presupone el derecho de los propietarios privados a disponer libremente de los productos de su trabajo. Esta relación jurídica no es sino «una relación entre voluntades en la que se refleja

la relación económica» de intercambio (*El capital*, vol. I, p. 137). Si se han de establecer proporciones de intercambio que reflejen con exactitud los requerimientos sociales, los productores deben «reconocerse el uno al otro como propietarios privados». Esto significa que los «individuos jurídicos» (personas, corporaciones, etc.) deben poder abordarse entre sí en condiciones de igualdad en el intercambio, como dueños únicos y exclusivos de las mercancías, con la libertad de comprar y vender a quien ellos deseen. La existencia de condiciones de este tipo supone no solo una sólida base legal de intercambio sino también el poder para obtener los derechos de propiedad privada y de hacer valer los contratos. Este poder, naturalmente, reside en «el Estado». El Estado es, de una u otra forma, una precondition necesaria para el establecimiento de los valores.

A medida que se garantizan los derechos de propiedad privada y se hacen valer los contratos, la producción se lleva a cabo progresivamente por «individuos privados o grupos de individuos, que llevan a cabo su trabajo independientemente de los demás» y que expresan sus relaciones con la sociedad a través del intercambio de sus productos (*El capital*, vol. I, p. 124). El sistema de precios, que también requiere la reglamentación del Estado aunque solo sea para garantizar la calidad del dinero en circulación (véase más adelante el capítulo X) facilita la coordinación de las actividades espontáneas de innumerables individuos para que la producción alcance «la proporción cuantitativa [...] que la sociedad requiere». Bajo estas condiciones, podemos estudiar «el comportamiento puramente atomístico de los hombres en su proceso social de producción, y, por consiguiente, la forma de cosa que revisiten sus propias relaciones de producción, sustraídas a su control y a sus actos individuales conscientes» (*El capital*, vol. I, p. 146).

Este modelo funcional de una sociedad de mercado con todos sus adornos políticos y legales resultó, como es natural, dominante en la economía política de ese tiempo y se remonta, como ha demostrado tan hábilmente el profesor MacPherson, por lo menos hasta Hobbes y Locke.¹¹ Es evidente que Marx consideraba que la operación de la ley del valor dependía de la existencia de estas condiciones básicas de la sociedad. Además, Marx considera que las ideas de «individualidad», «igualdad», «propiedad privada» y «libertad» adquieren significados muy específicos en el contexto del intercambio de mercado, significados que no deben confundirse con la ideología más general de la libertad, la individualidad, la igualdad, etc. En la medida en que estos significados altamente específicos se vuelven

¹¹ No quiero decir con esto que estoy enteramente de acuerdo con MacPherson (1962), cuya *Teoría política del individualismo posesivo* pasa por alto, entre otras cosas, la organización patriarcal de las familias al mismo tiempo que omite muchas de las complejidades reales. Véase Tribe (1978) y Macfarlane (1978). El propio Marx trata estas cuestiones con cierto detalle en los *Grundrisse*, vol. I (pp. 157-165).

universales en las nociones burguesas de constitucionalidad, generamos confusión tanto en el pensamiento como en la práctica.

Consideremos, por ejemplo, la idea de *igualdad*. Esta desempeña un papel clave en el argumento de Marx. Aristóteles había argumentado mucho antes que «el intercambio no se puede realizar sin igualdad», principio que Marx cita aprobatoriamente. Esto no significa que cada persona es o deba ser considerada igual en todos aspectos. Simplemente significa que no intercambiaríamos un valor de uso por otro bajo condiciones de libre intercambio a menos que valoráramos a los dos por lo menos igual de bien. O, por ponerlo en términos monetarios, un dólar equivale a otro dólar en términos de su valor adquisitivo sin importar en el bolsillo de quién esté. Todo el razonamiento de la operación del sistema de precios descansa en el principio de que «en su figura pura, el intercambio de mercancías, se trata siempre de un intercambio de equivalentes» (*El capital*, vol. I, p. 217). La definición de los valores descansa así en esta idea restringida y bastante específica de la igualdad en el sentido de que diversos valores de uso producidos bajo diversas condiciones concretas del trabajo humano se reducen al mismo patrón, en el curso del intercambio en el mercado. Los valores son puestos en una relación de equivalencia. Sin embargo, una vez que hemos planteado adecuadamente esta idea de la igualdad, podemos emplearla como palanca para llevar toda la discusión de la lógica interna del capitalismo a un nuevo y más provechoso plano de análisis. Veamos cómo lo hace Marx.

1.4. La teoría del plusvalor

Hemos llegado al punto en que podemos presentar una concepción del capital que integre nuestra comprensión de las relaciones entre valor de uso, valor de cambio y valor. El capital, tal y como Marx insiste, debe definirse como un proceso antes que como una cosa. La manifestación material de este proceso existe como una transformación del dinero en mercancías y de estas en dinero con una ganancia adicional: $D-M-(D+\Delta D)$. Sin embargo, en tanto hemos definido el dinero como la representación material del valor, podemos decir también que el capital es un proceso de expansión del valor. A esto lo llama Marx producción de *plusvalor*.

El capital debe, en el curso de su circulación, asumir las formas de dinero (valor de cambio) y de mercancía (valor de uso) en diferentes momentos:

En realidad, el valor se erige aquí en el sujeto de un proceso en el cual, cambiando constantemente de las formas dinero y mercancía, modifica su propia magnitud, en cuanto plusvalor se desprende de sí mismo (*El capital*, vol. I, p. 213).

Sin embargo, no debemos divorciar nuestra comprensión de este proceso de «autoexpansión del valor» de su expresión material. Por esta razón:

El valor necesita ante todo una forma autónoma en la que compruebe su identidad consigo mismo. Y esa forma solo la posee en el dinero. Por eso el dinero constituye el punto de arranque y el punto final de todo proceso de valorización [...]. El valor se convierte, por tanto, en valor progresivo, en dinero progresivo, o lo que es lo mismo, en capital (*El capital*, vol. I, p. 213).

Esta definición de capital tiene algunas implicaciones de amplio alcance. En primer lugar, supone que el capital que opera en la sociedad no es igual al stock total de dinero, ni al stock total de valores de uso (que podemos definir como el total de la *riqueza* social). El dinero que guardo en mi bolsillo como un medio para comprar las mercancías que necesito para vivir no está siendo usado como capital. Lo mismo se puede decir de los valores de uso de la casa en la que vivo o de la pala con la que trabajo en el jardín. Existen, por tanto, muchas cosas que pasan en la sociedad y que no están relacionadas directamente con la circulación del capital, y por tanto debemos resistir la tentación de reducir todo a estas simples categorías marxistas. El *capital dinero*, por tanto, esa parte del stock total de dinero, y el *capital productivo* y el *capital mercancía* son aquellas porciones de la riqueza social total que han sido capturadas en un proceso muy específico de circulación. Según esto, el capital se puede formar convirtiendo dinero y valores de uso, poniéndolos en circulación a fin de obtener dinero, de producir plusvalor.

En segundo lugar, esta definición del capital como «proceso» significa que podemos definir al «capitalista» como un agente económico que pone en circulación dinero y valores de uso con el fin de obtener más dinero. Existe la posibilidad de que a los individuos les agrade o no este papel, que personifiquen e incorporen este razonamiento dentro de su propia psicología. Los capitalistas pueden ser personas buenas o malas, pero esto no nos interesa: podemos tratar simplemente «las máscaras que en lo económico asumen las personas» como «otras tantas personificaciones de las relaciones económicas, como portadoras de las cuales las personas se enfrentan mutuamente» (*El capital*, vol. I, p. 138). Para el propósito que tenemos entre manos nos debemos concentrar en los papeles en vez de en las personas. Esto nos permite sustraernos de la diversidad de las motivaciones humanas y operar al nivel de la necesidad social en la forma en la que esta es capturada en el estudio de los papeles de los agentes económicos.

Por último, si bien no menos importante, la definición de Marx del capital muestra una relación necesaria antes que fortuita entre la forma

capitalista de la circulación y la determinación de los valores en tanto tiempo de trabajo socialmente necesario. Como este es un asunto muy importante, debemos volver a repasar sus bases.

Hemos visto que la extensión del intercambio y la aparición del dinero son partes integrales una de la otra. También hemos visto que la contradicción incorporada dentro de la forma-dinero (entre su valor de uso y su valor) se puede resolver solo si existe un fondo de dinero de reserva que se puede poner o sacar de la circulación según requieran las condiciones de intercambio de mercancías. El dinero debe comenzar a circular en cierta forma. Puesto que $D-M-D$ no produce un cambio cualitativo en la naturaleza de la mercancía con la que se cuenta al principio y al final del proceso, la única motivación sistémica para esta forma de circulación está en el cambio cuantitativo, que implica un proceso de circulación de la forma:

$$D-M-(D+\Delta D)$$

Lo que Marx nos muestra es que, incluso si no existieran diversas motivaciones humanas (la codicia de oro, el deseo de tener poder social o de dominar), la forma capitalista de la circulación habría tenido que llegar a existir en respuesta a las presiones contradictorias que se ejercen sobre el dinero a través de la expansión y extensión del intercambio. Sin embargo, el intercambio también establece valores que operan como reguladores de las proporciones del intercambio. Podemos deducir también esta conexión: la aparición de la forma capitalista de la circulación y de los valores como reguladores del intercambio va de la mano, porque ambos son producto de la extensión y expansión del intercambio.

En el libro de Marx, las contradicciones rara vez se resuelven, casi siempre se desplazan y lo mismo sucede en este caso. La forma capitalista de la circulación descansa en una desigualdad porque los capitalistas poseen más dinero (valores) al final del proceso del que tenían al principio. Sin embargo, los valores vienen establecidos por un proceso de intercambio que descansa en el principio de equivalencia. Esto plantea una dificultad. ¿Cómo pueden los capitalistas lograr una inequivalencia (ΔD) a través de un proceso de intercambio que presupone la equivalencia? En pocas palabras, ¿de dónde proviene la ganancia bajo condiciones de intercambio justo?

Por más que nos esforcemos, argumenta Marx, no podemos encontrar una respuesta a esa pregunta en la esfera del intercambio. Violando los principios de la equivalencia (haciendo trampas, forzando el intercambio, robando o haciendo cosas por el estilo) solo podemos hacer que la ganancia de un individuo sea la pérdida de otro. Esto puede resultar en la concentración de dinero y de medios de producción en unas cuantas manos, pero no puede dar forma a una base estable para una sociedad en la que se supone

que innumerables productores van a tratar de obtener una ganancia «justa» sin canibalizarse en el proceso.

Debemos buscar así la respuesta por medio de un cuidadoso escrutinio en la esfera de la producción. Debemos desplazarnos de la «ventana» que mira al mundo desde la relación entre el valor de cambio y el valor, y considerar la relación entre el valor y el valor de uso. A partir del capítulo VI del primer volumen de *El capital* hasta bien entrado el tercer volumen, Marx asume por lo general (con pocas excepciones significativas) que todas las mercancías se intercambian a sus valores, que no existe distinción entre precios y valores. El problema de la ganancia llega a ser entonces idéntico al de la expansión de los valores. Hay que buscar la solución a ese problema sin apelar, de ningún modo, a la idea de que hay distinción entre precios y valores. Desde esta nueva «ventana» a la lógica interna del capitalismo, Marx ve el camino que claramente lo lleva a la construcción de la teoría del plusvalor. Vamos a ver cómo fluye este argumento.

La producción se da en el contexto de relaciones sociales definidas. La relación social dominante bajo la forma de producción capitalista es la relación entre el trabajo asalariado y el capital. Los capitalistas controlan los medios de producción, el proceso de producción y el destino del producto final. Los trabajadores venden su fuerza de trabajo como una mercancía a cambio de salarios. En pocas palabras, presuponemos que la producción se da en el contexto de una relación de clase definida entre el capital y el trabajo.

En tanto mercancía, la fuerza de trabajo tiene un carácter doble: tiene un valor de uso y un valor de cambio. El valor de cambio viene determinado, según las reglas del intercambio de mercancías, por el tiempo de trabajo socialmente necesario que se requiere para reproducir dicha fuerza según cierto nivel de vida y con cierta capacidad para participar en el proceso de trabajo. El trabajador se desprende del valor de uso de la fuerza de trabajo a cambio de su valor de cambio.

Una vez que los capitalistas adquieren la fuerza de trabajo, pueden ponerla a trabajar en formas que les resultan beneficiosas. En tanto los capitalistas compran el uso de la fuerza de trabajo durante cierto lapso de tiempo, en el que pueden mantener sus derechos de empleo, pueden organizar el proceso de producción (su intensidad, tecnología, etc.) a fin de asegurarse que los trabajadores produzcan un valor mayor al que reciben durante el lapso de tiempo contratado. Para los capitalistas, este valor de uso de la fuerza de trabajo no consiste simplemente en que pueden poner a trabajar dicha fuerza para producir mercancías, sino que tiene la capacidad especial de producir un valor mayor del que tiene ella misma; la fuerza de trabajo puede, en pocas palabras, producir un plusvalor.

El análisis de Marx está fundado en la idea de que «el valor de la fuerza de trabajo y su valorización en el proceso de trabajo son, por tanto, dos factores completamente distintos» (*El capital*, vol. I, p. 256). El excedente de valor que los trabajadores incorporan a las mercancías en relación con el valor que requieren para su propia reproducción da la medida de la explotación del trabajo en la producción. Nótese, sin embargo, que la regla de la equivalencia en el intercambio no se ha violado en ningún caso aun cuando se haya producido un excedente. Por tanto, no hay explotación en la esfera del intercambio.

Esta solución al origen de las ganancias es tan simple como elegante. Da en el clavo, como dijo Engels, «cayendo como rayo en cielo sereno» (*El capital*, vol. II, p. 30).

La economía política clásica no pudo ver la solución porque confundía el trabajo, como medida del valor, con la fuerza de trabajo que, en tanto mercancía, se compra y se vende en el mercado. En la teoría de Marx se hace así una distinción vital entre trabajo y fuerza de trabajo. «El trabajo», afirma Marx, «es la sustancia y la medida inmanente de los valores, *pero el mismo no tiene valor alguno*». Suponer otra cosa sería suponer que podemos medir el valor del propio valor. Además, «si realmente existiera una cosa tal como el valor del trabajo y, al adquirirlo [el capitalista], pagase efectivamente este valor, no existiría ningún capital, su dinero no se transformaría en capital» (*El capital*, vol. I, pp. 621-626). Lo que vende el trabajador al capitalista no es el trabajo (la sustancia del valor) sino la fuerza de trabajo, la capacidad para llevar a cabo en forma de mercancías cierta cantidad de tiempo de trabajo socialmente necesario.

La distinción entre trabajo y fuerza de trabajo lleva a Marx a una conclusión clave, una conclusión que le permite rectificar y transformar la teoría del valor trabajo de Ricardo. En una sociedad en la que trabajo y fuerza de trabajo fueran indistinguibles (como sucede en la teoría de Ricardo), la ley del valor solo podría operar en grado muy restringido. La ley del valor, «se desarrolla libremente, por primera vez, sobre el fundamento de la producción capitalista» (*El capital*, vol. I, p. 620), y esto presupone relaciones sociales de trabajo asalariado. En otras palabras, la contradicción entre el capital y el trabajo asalariado «constituye el último desarrollo de la relación de valor y del sistema de producción basado en él» (*Grundrisse*, vol. II, p. 114).

Esto significa simplemente que el valor y la producción de plusvalor son parte una de la otra. El pleno desarrollo de una ocasiona el florecimiento de la otra. Puesto que la producción de plusvalor solo puede ocurrir bajo ciertas relaciones específicas de producción, tenemos que entender cómo estas llegaron a existir. Tenemos que entender el origen del trabajo asalariado.

Pero, hay algo indiscutible, y es que:

La naturaleza no produce, de una parte, poseedores de dinero o de mercancías, y de otra parte personas que simplemente poseen su propia fuerza de trabajo. Esta relación en modo alguno pertenece a la historia natural, ni tampoco es una relación social común a todos los periodos históricos. Es, en sí misma, ostensiblemente, el resultado de un desarrollo histórico precedente, el producto de numerosos trastrocamientos económicos, de la decadencia experimentada por toda una serie de formaciones más antiguas en el campo de la producción social (*El capital*, vol. I, p. 228).

Marx ha juntado ahora todos los hilos lógicos de un complejo argumento. Comenzó, igual que nosotros, con el simple concepto de la mercancía como la personificación del valor de uso y del valor de cambio. De la proliferación del intercambio dedujo la necesidad del dinero como una expresión del valor y mostró una relación necesaria entre la forma capitalista de la circulación y la determinación de las proporciones del intercambio de acuerdo con un tiempo de trabajo socialmente necesario. Ahora nos ha mostrado que la contradicción que esto genera entre la equivalencia presupuesta por el intercambio y la desigualdad implicada por las ganancias solo se puede resolver identificando una mercancía que tenga la característica especial de poder producir un valor mayor que el que ella misma tiene. La fuerza de trabajo es esa mercancía. Cuando se pone a trabajar para producir plusvalor, puede resolver la contradicción, pero esto implica la existencia del trabajo asalariado. Todo lo que queda por explicar es el origen del propio trabajo asalariado. A esta tarea es a la que ahora debemos dirigirnos.

2. Las relaciones de clase y el principio capitalista de la acumulación

Las investigaciones de Marx sobre las relaciones entre los valores de uso, los precios y los valores en el contexto de la producción e intercambio de mercancías dan lugar a una conclusión fundamental. La relación social que subyace a la teoría marxista del valor es la relación de clase entre el capital y el trabajo. La teoría del valor es una expresión de esta relación de clase. Esta conclusión separa a Marx de Ricardo y constituye la esencia de su crítica de la economía política burguesa. Pero, ¿qué quiere decir exactamente una relación de clase?

Marx inserta, con la mayor cautela, el concepto de clase en su análisis de *El capital*. No hace profesión de fe como aquella de que «toda la historia es la historia de la lucha de clases», ni encontramos que introduzca el concepto de clase como un *deus ex machina* que explica todo, pero que no

tiene que ser explicado. El concepto de clase evoluciona en el curso de la investigación sobre los procesos de producción e intercambio de mercancías. Una vez ha establecido una definición inicial, Marx puede ampliar inmensamente el radio de acción de su investigación, incorporar ideas específicas en las relaciones de clase y moverse libremente entre los valores de uso, los precios, los valores y las relaciones de clase con el fin de diseccionar la lógica interna del capitalismo. Esto es lo que le permite romper la camisa de fuerza de la economía política tradicional.

El análisis de la producción e intercambio de mercancías revela la existencia de dos papeles distintos y opuestos en la sociedad capitalista. Los que buscan las ganancias adoptan el papel del capitalista y los que renuncian al plusvalor para alimentar esas ganancias adoptan el papel del trabajador. A lo largo de *El capital*, Marx trata al capitalista como «el capital personificado» y al trabajador simplemente como el portador de una mercancía, que es la fuerza de trabajo (*El capital*, vol. I, p. 138). En pocas palabras, los trata como «personificaciones de las relaciones económicas que existen entre ellos». Marx elabora las implicaciones sociales, morales, psicológicas y políticas de estos papeles distintivos, y solo se aparta de esta representación dual de la estructura social capitalista en la medida en que lo considera necesario para el análisis.

Sin embargo, este modo formal y severo de tratar el concepto de clase está yuxtapuesto en *El capital* a significados más ricos y confusos que se derivan del estudio de la historia. A los comentaristas contemporáneos de la tradición marxista les agrada, por eso, distinguir entre el concepto de clase en tanto relativo al *modo de producción capitalista* y el concepto de clase relativo a las *formaciones sociales capitalistas*.¹² Esta distinción resulta útil. El análisis formal del modo de producción capitalista trata de despojar a la dura lógica del capitalismo de todos los rasgos que la complican. Los conceptos usados no presuponen más que lo que es estrictamente necesario para esa tarea, pero una formación social —una sociedad determinada,

¹² El término «modo de producción» aparece con frecuencia en toda la obra de Marx, mientras que el concepto «formación social» aparece menos. La distinción entre los dos conceptos llegó a ser motivo de un ardiente debate en la obra de Althusser (1969), Althusser y Balibar (1970), Poulantzas (1975) y otros que trabajaron en lo que llegó a ser conocida como la tradición «althusseriana» del marxismo estructuralista. El debate subsecuente ha ido desde lo innecesariamente oscuro y difícil (Althusser y Balibar) hasta lo ridículo (Hindess y Hirst, 1975), alcanzando su nadir de autodestructividad en la obra de Hindess y Hirst (1976) y Cutler, Hindess, Hirst y Hussain (1978); véase también la reseña de este último libro por parte de Harris (1978). Cierta cantidad de cordura, junto con algunas ideas importantes, han sido inyectadas en este debate por escritores como Ollman (1971), Godelier (1972), Therborn (1976), Laclau (1977) y más recientemente Cohen (1978). E. P. Thompson (1978), justamente encolerizado por el carácter ahistórico y poco ilustrativo de gran parte del debate, lo descarta del todo como una gigantesca y arrogante idiotéz teórica, pero en el proceso es censurado con toda razón por Anderson (1980) por tirar pepitas de oro dentro de lo que, como él mismo reconoce, es una gigantesca montaña de basura.

constituida en determinado momento histórico— es mucho más compleja. Cuando Marx escribe sobre acontecimientos históricos reales usa categorías de clase más amplias, más numerosas y mucho más flexibles. Por ejemplo,

El propio Marx usa el término «modo de producción» de tres modos bastante diferentes. Escribe sobre el «modo de producción del algodón», por ejemplo, refiriéndose a los métodos y técnicas reales que se usan en la producción de determinada clase de valor de uso. El modo de producción capitalista quiere señalar la forma característica del proceso de trabajo bajo las relaciones de clase del capitalismo (incluyendo, por supuesto, la producción de plusvalor), que presume la producción de mercancías para el intercambio. Este es el principal uso del concepto a lo largo del *El capital*. Este concepto constituye una representación abstracta de un conjunto de relaciones definido de forma razonablemente estrecha (véase el capítulo IV de este libro donde se explica el modo en que las fuerzas productivas [la capacidad de transformar la naturaleza] y las relaciones sociales [de clase] se combinan dentro del proceso de trabajo a la hora de definir el modo de producción característico).

De otro lado, Marx algunas veces, particularmente en sus escritos preparatorios como los *Grundrisse*, emplea holísticamente el concepto con propósitos comparativos. El concepto se refiere así a toda la gama de relaciones de producción, intercambio, distribución y consumo, así como a los arreglos institucionales, jurídicos y administrativos, a la organización política y al aparato del Estado, a la ideología y a las formas características de reproducción social [de clase]. En esta veta podemos comparar los modos de producción «capitalistas», «feudales», «asiáticos», etc. Este concepto que abarca todo, si bien resulta sumamente abstracto, es en cierto sentido el más interesante, aun cuando también presenta las mayores dificultades. Sobre este uso del término versa la mayor parte del debate.

Voy a considerar el tercer sentido de «modo de producción» como un concepto preliminar, cuyo contenido aún está pendiente de descubrirse por medio de un cuidadoso estudio teórico, histórico y comparativo. La ambigüedad que algunos han detectado con toda razón en el uso que el propio Marx da al concepto atestigua la naturaleza tentativa de sus propias formulaciones y, en este sentido, haríamos bien en seguirlo. El problema del enfoque de Althusser es que supone que se puede lograr una teorización completa a través de algún tipo de «práctica teórica» rigurosa. Si bien Marx produce algunas perspectivas importantes, el pleno significado de su idea llegará a verse solo después de un prolongado proceso de investigación, que seguramente debe incluir estudios históricos y comparativos. No obstante, tenemos que iniciar nuestra investigación en alguna parte, armados con conceptos que aun necesitan completarse. A este propósito, voy a apelar principalmente al segundo concepto, más limitado, del modo de producción, a fin de construir paso a paso una comprensión más amplia del modo de producción capitalista en general. Me permito hacer hincapié en que esta es solo una de las formas en que podemos abordar el pleno significado del concepto.

La idea de una «formación social» sirve principalmente para recordarnos que la diversidad de las costumbres humanas dentro de cualquier sociedad no puede reducirse simplemente a las costumbres económicas dictadas por su modo de producción dominante. Althusser y Balibar sugieren dos formas en las que podemos pensar en una formación social. En primer lugar, debemos reconocer la «relativa autonomía» de las costumbres económicas, políticas ideológicas y teóricas en la sociedad. Esta es una forma de decir que existen muchas opciones, dentro de ciertos límites, de que se produzcan variaciones culturales, institucionales, políticas, morales e ideológicas en el capitalismo. En segundo lugar, en las situaciones históricas reales, encontramos ciertamente varios modos de producción entretrejidados o «articulados» unos con otros, incluso cuando un solo modo de producción puede ser obviamente dominante. Dentro de una determinada formación social se pueden encontrar elementos residuales de modos pasados, las semillas de modos futuros y elementos importados de un modo existente en esa época. Todas estas características, debemos mencionar, son explicables más que accidentales o puramente idiosincráticas, pero para entenderlas tenemos que adoptar una estructura de análisis mucho más compleja que la dictada por el análisis de cualquier modo de producción en particular (concebido en sentido estricto). Por esta razón resulta muy útil la unión de los términos «modo de producción» y «formación social».

en los pasajes históricos de *El capital*, la clase capitalista es a menudo tratada como un elemento dentro de las clases gobernantes, mientras que la burguesía significa de nuevo algo diferente. En el *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, que Marx presenta a menudo como el modelo del análisis histórico en acción, se analizan los sucesos ocurridos en Francia de 1848 a 1851 en los términos de lumpenproletariado, proletariado industrial, pequeña burguesía, clase capitalista, dividida en fracciones industriales y financieras, aristocracia terrateniente y clase campesina. Todo esto está muy lejos de los pulcros análisis de las dos clases presentadas en gran parte de *El capital*.¹³

La interacción entre dos sistemas conceptuales aparentemente dispares —el histórico y el teórico— resulta crucial a la hora de explicar plenamente el concepto de clase. Y, por extensión, esta interacción resulta crucial a la hora de entender la naturaleza del propio valor. Sin embargo, estas conexiones resultan duras de forjar y Marx ciertamente no completó la tarea. A lo largo de gran parte de *El capital*, por ejemplo, Marx «se aferró teóricamente al hecho» del trabajo asalariado, exactamente del mismo modo que el capitalista contemporáneo acepta el hecho «en la práctica» (*El capital*, vol. I, p. 227). No obstante, detrás de este hecho teórico merodea una importante pregunta histórica: ¿cómo y por qué sucede que el dueño del dinero encuentra a un trabajador que vende libremente la mercancía fuerza de trabajo en el mercado? La relación entre el capital y el trabajo no tiene una base «natural», surge como resultado de un proceso histórico específico. Al final del primer volumen de *El capital*, Marx describe los procesos por los cuales el capitalismo viene a reemplazar al feudalismo.

La historia que relata Marx es controvertida en sus detalles, pero simple en su concepción básica.¹⁴ La emergencia de la clase capitalista va de la mano de la formación del proletariado. Este último es «el fruto de una lucha multisecular entre capitalistas y obreros» (*El capital*, vol. I, p. 346),

¹³ En el tercer volumen de *El capital*, Marx comienza a dividir la clase capitalista en «fracciones» o «clases»: comerciantes, capitalistas en dinero, financieros y terratenientes, sobre la base del papel distintivo que juega cada uno de ellos en relación con la circulación del capital. También considera brevemente las implicaciones de la separación entre la propiedad y el control, y los «salarios de superintendencia» que se pagan a la administración. Parece que Marx pensó que la teoría de la estructura de clase bajo el modo de producción capitalista iba a ser uno de los productos finales, que presentaría al final del análisis de sus detalladas investigaciones acerca de cómo opera la ley del valor.

¹⁴ La versión de Marx de la «acumulación originaria» en Gran Bretaña ha sido revisada una y otra vez por los historiadores y no puede considerarse separadamente de todo el argumento sobre la transición del feudalismo al capitalismo. El estudio de Dobb (1963) sobre el desarrollo económico del capitalismo todavía tiene muchas cosas recomendables. Las líneas generales del debate dentro del campo marxista vienen detalladas en Hilton (1976). También merece la pena estudiar con cuidado el debate que giró alrededor del estudio clásico de Thompson (1968), *La formación de la clase obrera en Inglaterra*.

cuando aquellos que se ocupaban de la circulación capitalista luchaban por encontrar un modo de producción apropiado en tanto base sistemática para la generación de beneficio. Ambas clases están atrapadas en una oposición simbiótica si bien inexorable. Ninguna puede existir sin la otra, sin embargo la antítesis entre ellas es profunda. Su mutuo desarrollo adquiere distintas formas intermedias y procede sin uniformidad según sectores y regiones. Al final, la relación entre el capital y el trabajo se vuelve hegemónica y dominante, dentro de una formación social en el sentido de que toda la estructura y dirección del desarrollo baila principalmente al son que le tocan ellos. En este punto, estarnos autorizados a llamar a esa sociedad, *capitalista*. No obstante, debe resaltarse un argumento esencial: el trabajo asalariado no es una categoría universal. La relación de clase entre el capital y el trabajo, y la teoría del valor que esta expresa, son una creación histórica.

2.1. El papel de los capitalistas como clase y el imperativo de acumular

La esfera del intercambio, según recordamos, se caracteriza por la individualidad, la igualdad y la libertad. «No cabe buscar estas relaciones entre clases sociales enteras» porque en el terreno del intercambio (que incluye la compra y la venta de fuerza de trabajo) tanto «las compras como las ventas se celebran siempre entre ciertos individuos» (*El capital*, vol. I, p. 671). Por tanto, ¿bajo qué condiciones podemos buscar relaciones entre clases sociales enteras, y cuáles son las implicaciones de que la individualidad parece tomar prioridad sobre la clase en el terreno del intercambio?

Marx demuestra que, debajo de la superficie de las relaciones de intercambio, «en lo profundo, se desarrollan otros procesos muy distintos, en los que esta igualdad y esta libertad aparentes de los individuos desaparecen» por qué el «valor de cambio [...] implica ya de antemano una coacción para el individuo» (*Grundrisse*, vol. I, p. 138). La coacción surge de la necesidad de proporcionar un valor de uso para otros a un precio reglamentado por las condiciones normales de producción de una mercancía; y el mecanismo que se halla detrás de esta coacción es la competencia.

Es importante entender la manera en que Marx apela al principio de competencia.¹⁵ Marx argumenta que la competencia explica por qué se venden las cosas al precio del valor, o muy cerca de este, pero no nos explica la naturaleza del propio valor; tampoco puede arrojar ninguna luz sobre el

¹⁵ El supuesto de la competencia perfecta desempeña un papel muy diferente en la teoría de Marx respecto de aquel que desempeña en las economías convencionales. Marx emplea este supuesto para mostrar cómo, incluso cuando el capitalismo opera de una forma que los economistas políticos burgueses consideran perfecta, sigue en cualquier caso teniendo en la explotación de la fuerza de trabajo la fuente de las ganancias.

origen de la ganancia. La igualación de la tasa de ganancias se debe explicar en los términos de la competencia, pero para saber de dónde provienen las ganancias se requiere de una estructura de análisis totalmente diferente. Marx no creyó necesario analizar detalladamente la competencia en los dos primeros volúmenes de *El capital*, con una excepción muy importante.

La conducta del capitalista individual no depende de «la buena o mala voluntad de cada capitalista “porque” la libre competencia impone al capitalista individual, como leyes exteriores inexorables, las leyes inmanentes de la producción capitalista» (*El capital*, vol. I, p. 346). En la medida en que los individuos adoptan el papel de capitalistas, se ven obligados a interiorizar la búsqueda de beneficio como parte inherente de su ser subjetivo. La avaricia y la codicia, y las inclinaciones del avaro, encuentran la forma de expresarse en este contexto, pero el capitalismo no está fundado en estos rasgos del carácter, quieran o no, la competencia se impone sobre los infortunados participantes.

Para los capitalistas, esto tiene otras consecuencias. Consideremos, por ejemplo, lo que pueden hacer con los excedentes de los cuales se apropian. Pueden elegir entre consumirlos o reinvertirlos. Esto da lugar a «un conflicto demoníaco entre el instinto de acumulación y el instinto de goce» (*El capital*, vol. I, p. 500). En un mundo de cambio e innovación tecnológica, el capitalista que reinvierte puede ganar la partida al capitalista que disfruta de los excedentes como ingresos. La pasión por la acumulación desplaza el deseo de goce. El capitalista no se abstiene de disfrutar por inclinación:

El capitalista solo es respetable en cuanto personificación del capital. En cuanto tal, comparte con el atesorador el afán absoluto de enriquecerse. Pero lo que en este no es más que una manía individual, es en el capitalista el resultado del mecanismo social, en el que dicho capitalista no es más que una rueda del engranaje. Por lo demás, el desarrollo de la producción capitalista vuelve necesario un incremento constante del capital invertido en una empresa industrial, y la competencia impone a todo capitalista individual, cómo leyes coercitivas externas, las leyes inmanentes del modo capitalista de producción. Lo constriñe a expandir constantemente su capital para conservarlo, y no es posible expandirlo más que por la acumulación progresiva (*El capital*, vol. I, p. 681).

La regla que gobierna así la conducta de todos los capitalistas es «acumular por acumular, producir por producir» (*El capital*, vol. I, p. 684). Esta regla, puesta en vigor por la competencia, opera independientemente de la voluntad individual del capitalista. Es un sello distintivo de la conducta del individuo y este se estampa como característica que distingue a todos los miembros de la clase capitalista. También sirve de lazo de unión de todos los capitalistas, porque todos tienen una necesidad común: fomentar las condiciones de la acumulación continua.

2.2. Implicaciones de la acumulación del capitalista para el trabajador

La competencia entre los capitalistas obliga a cada uno de ellos a usar un proceso de trabajo que sea por lo menos tan eficiente como el que prevalece en la sociedad. Los que acumulan más rápidamente suelen sacar del mercado a los que acumulan con menor velocidad. Esto implica que cada capitalista experimenta un perpetuo incentivo de aumentar la velocidad de acumulación por medio de una mayor explotación en el proceso de trabajo con respecto de la tasa social media de explotación. Las implicaciones para los trabajadores son muchas.

El límite máximo de la jornada laboral, por ejemplo, viene fijado por las restricciones físicas y sociales, que por otro lado son «de naturaleza muy elástica y permiten la libertad de movimientos» (*El capital*, vol. I, p. 297). Movidos por la competencia o por su propia inclinación, los capitalistas pueden tratar de obtener un plusvalor *absoluto* extendiendo la jornada de trabajo. Los trabajadores, por su parte, demandan una jornada «normal» de trabajo y obviamente sufrirán si se permite que la necesaria pasión de los capitalistas por la acumulación siga adelante sin obstáculos. La batalla ha comenzado.

El capitalista, cuando procura prolongar lo más posible la jornada laboral, y convertir si puede una jornada laboral en dos, reafirma sus derechos en cuanto comprador. De otra parte, la naturaleza específica de la mercancía vendida trae aparejado un límite al consumo que de la misma hace el comprador, y, el obrero reivindica sus derechos de vendedor, al luchar por reducir a una determinada magnitud normal la jornada de trabajo. Tiene aquí lugar pues una *antinomía*, derecho contra derecho, signados ambos por la ley del intercambio mercantil. Entre derechos iguales decide la *fuerza*. Por eso, en la historia de la producción capitalista, *la reglamentación de la jornada de trabajo* se presenta como una *lucha* que se libra en torno a *los límites de dicha jornada*; lucha ventilada entre el capitalista colectivo, o sea, la *clase capitalista*, de un lado, y del otro el obrero colectivo, o sea, la *clase obrera* (*El capital*, vol. I, p. 299).¹⁶

Finalmente hemos llegado al punto en el que no solo es admisible sino necesario buscar las relaciones entre clases sociales enteras. Además, ahora podemos ver más claramente por qué un mundo de igualdad, libertad e individualidad en el terreno del intercambio, oculta un mundo de lucha de clases, que afecta al capital y a los trabajadores por igual en la esfera de la producción.

¹⁶ La idea de que, en una sociedad de clases como es el capitalismo, la fuerza es el único medio de decidir entre dos derechos, lleva a Marx a criticar enérgicamente a aquellos que, como Proudhon, trataron de dar forma a una sociedad socialmente justa apelando a cierto concepto burgués de justicia. Tucker (1970) tiene un capítulo excelente sobre esta cuestión.

Individualmente —en principio— los trabajadores son libres de vender su trabajo bajo condiciones contractuales de cualquier tipo (por una jornada de trabajo de cualquier duración) si así lo desean. Sin embargo, también tienen que competir entre sí en el mercado de trabajo. Todo esto significa que «el obrero *aislado*, el obrero como vendedor "libre" de su fuerza de trabajo, se halla totalmente indefenso» ante el afán de acumular de los capitalistas. El único remedio es que los trabajadores «se junten [...] como clase» para resistir las depredaciones del capital (*El capital*, I, pp. 367-370). Además, cuanto más formas de resistencia colectiva ofrezcan los trabajadores, más se verán obligados los capitalistas a constituirse como una clase a fin de asegurar colectivamente la preservación de las condiciones de acumulación continua.

El estudio de la lucha de clases a propósito de la duración de la jornada de trabajo revela otra cuestión. En ausencia de organización de clase por parte de los capitalistas, la competencia desenfundada entre los capitalistas tiene el potencial para destruir la fuerza de trabajo, la fuente misma del plusvalor. De vez en cuando, los capitalistas deben, por interés propio, constituirse como clase y poner límites a la extensión de su propia competencia. Marx interpreta los decretos de las primeras fábricas inglesas como un intento por parte de «un Estado gobernado por capitalistas y terratenientes» de «refrenar el acuciante deseo que el capital experimenta de sangrar a su medida la fuerza de trabajo» y de intentar arrancar las «raíces de la fuerza vital de la nación» (*El capital*, vol. I, pp. 303-304). Existe entonces una distinción — que a menudo resulta bastante borrosa— entre la reglamentación de este tipo y la reglamentación obtenida por las victorias de la clase trabajadora y de sus aliados en la lucha por conquistar una jornada de trabajo razonable.

Los capitalistas también pueden acumular capturando plusvalor *relativo*. Marx identifica dos formas de hacerlo. Cuando aumenta la productividad de los trabajadores en los sectores que producen «mercancías salario» —las mercancías que necesitan los trabajadores— disminuye el valor de la fuerza de trabajo. El nivel de vida absoluto, medido en términos de las cantidades de bienes y servicios materiales que puede obtener el trabajador, no sufre cambios; solo las proporciones de intercambio (los precios) y los valores cambian. Sin embargo, el abaratamiento sistemático de las mercancías salario va más allá de la capacidad de los capitalistas individuales. Se requiere una estrategia de clase de algún tipo (subsidios a las mercancías básicas, comida barata, políticas de vivienda, etc.) si esta forma de plusvalor relativo se ha de traducir en un medio sistemático, y no esporádico e incontrolado, de acelerar la acumulación.

La segunda forma de plusvalor relativo está al alcance de los capitalistas individuales. Los individuos pueden usar sus palancas para salvar la brecha

entre el tiempo de trabajo socialmente necesario y sus propios costes de producción privados. Los capitalistas que emplean técnicas de producción superiores y cuentan con una productividad de los trabajadores superior a la media, pueden obtener beneficios extraordinarios vendiendo al precio fijado según la media social cuando sus costes de producción por unidad están muy por debajo de dicha media. Esta forma de plusvalor relativo suele ser efímera, porque la competencia obliga a otros productores a ponerse al día o a salir del mercado. No obstante, al mantener el liderazgo de la productividad en su sector, los capitalistas individuales pueden acelerar su propia acumulación en relación con la media social. Esto explica entonces por qué el capitalista «a quien solo le interesa la producción de valor de cambio, tiende constantemente a reducir el valor de cambio de sus mercancías» aumentando la productividad de los trabajadores (*El capital*, vol. I, p. 393).

Aquí reside la fuente del cambio tecnológico y organizativo bajo el capitalismo. Volveremos luego sobre este punto en el capítulo IV. Por el momento nos vamos a ocupar simplemente de definir las consecuencias para el trabajador de que los capitalistas individuales busquen el plusvalor relativo a través de la extensión de la cooperación, la división del trabajo y el empleo de maquinaria.

La cooperación y la división del trabajo en el proceso de trabajo implica la concentración del trabajo y de los trabajadores en determinados lugares, así como establecer los medios de coordinación y control bajo la autoridad despótica del capitalista. La competencia obliga a que la actividad se concentre progresivamente (al menos hasta que, supuestamente, todas las economías de escala se vean agotadas) y se hagan cada vez más estrictas las estructuras de autoridad, así como los mecanismos de control dentro del lugar de trabajo. Junto a ello se desarrolla una organización jerárquica y de formas de especialización que estratifican a la clase trabajadora y crean una capa social de administradores y supervisores que dirigen —en nombre del capital— las operaciones realizadas cotidianamente en el lugar del trabajo

El empleo de la maquinaria y la aparición del sistema de fábrica afectan aún más profundamente a los trabajadores. Las habilidades individuales requeridas son cada vez más reducidas (un proceso que se ha descrito, de forma bastante poco elegante, como «descualificación»), el artesano se ve convertido en un operador de fábrica. Se desarrolla la separación entre el trabajo «intelectual» y el trabajo «manual», al tiempo que el primero se convierte en poder «del capital sobre los trabajadores». Las mujeres y los niños también pueden ser incluidos en la fuerza de trabajo más fácilmente, la fuerza de trabajo de toda la familia viene a sustituir el trabajo del individuo. La intensidad del proceso laboral aumenta y se imponen ritmos de trabajo más estrictos. En todo ello, el capitalista tiene además a mano un nuevo mecanismo mucho más poderoso a la hora de reglamentar la

actividad y la productividad del trabajador, la máquina. El trabajador tiene que adaptarse a los dictados de la máquina y la máquina queda bajo el control del capitalista o de su representante.

El resultado global es el siguiente: la competencia por la acumulación requiere que los capitalistas infrinjan una violencia cotidiana sobre la clase trabajadora en el lugar de trabajo. La intensidad de esa violencia no está bajo el control de los capitalistas individuales, particularmente si la competencia no está regulada. La búsqueda incansable de plusvalor relativo incrementa la productividad de los trabajadores, al mismo tiempo que devalúa y deprecia el trabajo, por no decir, la pérdida de la dignidad, el sentido de control sobre el proceso de trabajo, el perpetuo acosamiento de los supervisores y la necesidad de adaptarse a los dictados de la máquina. Como individuos, los trabajadores apenas están en posición de resistir, particularmente porque el incremento de la productividad suele «liberar» a cierto número de ellos empujándoles a las filas de los desempleados. Los trabajadores pueden adquirir el poder para resistir solo a través de una acción de clase de algún tipo, ya sea por medio de actos espontáneos de violencia (la destrucción de máquinas, los incendios y la furia del populacho de eras anteriores, que no han desaparecido de ninguna manera) o por la creación de organizaciones (como los sindicatos) capaces de librar una lucha de clase colectiva. La compulsión de los capitalistas a captar aún más plusvalor relativo plantea nuevos retos. La batalla se libra de nuevo y los motivos principales de la lucha de clases son problemas relacionados con la aplicación de las máquinas, la velocidad e intensidad del proceso laboral, el empleo de mujeres y niños, las condiciones de trabajo y los derechos del trabajador en el lugar de trabajo. El hecho de que las luchas por estas cuestiones sean parte de la vida diaria en la sociedad capitalista atestigua que la búsqueda de plusvalor relativo está presente en todas partes y que la violencia necesaria que ello implica está destinada a provocar algún tipo de respuesta de clase por parte de los trabajadores.

2.3. Clase, valor y la contradicción de la ley capitalista de la acumulación

La explicación del concepto de clase está, en este punto, lejos de ser completa. No hemos dicho nada sobre la forma en la que una «clase» se constituye a sí misma social, cultural y políticamente en determinada situación histórica; tampoco nos hemos aventurado a decir nada en absoluto sobre los complejos problemas de la conciencia de clase, la ideología y las identificaciones subjetivas que las acciones de clase presuponen inevitablemente. Sin embargo, la versión limitada del concepto de clase que hemos presentado es suficiente para permitir algunas reflexiones y conclusiones.

Consideremos, en primer lugar, el significado del «tiempo de trabajo socialmente necesario» como medida del valor. La clase capitalista se debe reproducir a sí misma y solo puede hacer esto por medio de la acumulación continua. La clase trabajadora también se debe reproducir a sí misma en condiciones apropiadas para la producción de plusvalor. Y sobre todo, se debe reproducir la relación de clase entre el capital y el trabajo. Como todas estas características son socialmente necesarias para la reproducción de la forma de producción capitalista, entran en el concepto de valor. El valor, por tanto, pierde su simple connotación tecnológica y física y llega a verse como una relación social. Ya hemos penetrado en los fetichismos del intercambio de mercancías e identificado su significado social. El concepto de clase está, por eso, integrado en el propio concepto de valor.

Ahora estamos en posición de ser mucho más explícitos acerca de la naturaleza de la ley del valor. Consideremos este asunto desde un punto de vista histórico, ya que el trabajo asalariado es un producto histórico al igual que la relación de clase entre el capital y el trabajo. La ley capitalista del valor es un producto histórico específico de las sociedades dominadas por el modo de producción capitalista. La descripción del paso de la sociedad precapitalista a la sociedad capitalista está dirigida a revelarnos cómo pudo haber ocurrido esta transición. En primer lugar, la aparición de la forma dinero y el crecimiento del intercambio ha ido disolviendo poco a poco los lazos de dependencia personal y los ha reemplazado por dependencias impersonales a través del sistema de mercado. El crecimiento del sistema de mercado da lugar a una forma de circulación claramente capitalista, que descansa en la búsqueda de beneficio. Este modo de circulación contiene una contradicción, ya que por un lado presupone la libertad, la igualdad y la individualidad mientras que, por otro, el mismo beneficio presupone una desigualdad. Esta contradicción fundamental da lugar a diversas formas inestables de capitalismo, en las cuales los beneficios se producen sin dominio sobre el proceso de producción. Los banqueros ponen a trabajar el dinero para obtener más dinero, los comerciantes tratan de obtener ganancias por medio del intercambio, los especuladores de tierras comercian con las rentas y las propiedades, y así sucesivamente. Durante un tiempo, el intercambio injusto, el pillaje, el robo y los actos coercitivos de toda clase pueden sostener esos sistemas. Pero al final el dominio sobre la producción se vuelve necesario a la hora de resolver la contradicción fundamental entre la igualdad que presupone el intercambio y la desigualdad que se requiere para obtener beneficio. Diversas fases de la industrialización, al principio débiles, como los experimentos con el sistema de plantación, preparan el camino para la institucionalización de la forma industrial capitalista, que descansa en el trabajo asalariado y en la producción de plusvalor. El advenimiento de la forma de producción capitalista resuelve las contradicciones

del intercambio, pero lo hace desplazándolas. Surgen nuevas contradicciones de muy diferente tipo.

El análisis del concepto de clase dentro de *El capital* tiene por objeto revelar la estructura de estas nuevas contradicciones que prevalecen en el fondo del modo de producción capitalista. Por extensión, llegamos a considerar la teoría del valor como la personificación y la integración de fuertes contradicciones, de las cuales emana el cambio social.

Recordemos ante todo la forma en la que la igualdad, la individualidad y la libertad de intercambio son transformadas por la competencia en un mundo de compulsión y coacción, de tal modo que cada capitalista individual se ve obligado de buen o mal grado a acumular por el simple propósito de acumular. Sin embargo, el terreno de la igualdad, la individualidad y la libertad nunca es revocado totalmente. De hecho, no puede serlo porque el intercambio continúa desempeñando un papel fundamental y sus leyes permanecen intactas. La producción de plusvalor resuelve la contradicción dentro del modo de producción capitalista de acuerdo con las leyes del intercambio. Solo en la producción el carácter de clase de las relaciones sociales se vuelve evidente. Dentro de la clase capitalista esto produce una contradicción entre la individualidad que presupone el intercambio y la acción de clase necesaria para organizar la producción. Esto plantea un nuevo problema, en tanto la producción y el intercambio no están separados entre sí, sino que están entrelazados orgánicamente dentro de la totalidad del modo de producción capitalista.

Observamos esta contradicción en el análisis de Marx de las luchas por la duración de la jornada de trabajo. En este análisis descubrimos que cada capitalista actúa buscando su propio beneficio, empeñado en una lucha competitiva contra los demás capitalistas, lo que produce un resultado global que va en contra de sus intereses como clase. Su acción individual puede poner en peligro la base de la acumulación, y puesto que la acumulación es el medio por el cual la clase capitalista se reproduce a sí misma, puede por tanto poner en peligro la base de su propia reproducción. Los capitalistas se ven entonces obligados a constituirse como clase —generalmente por medio del Estado— y a poner límites a su propia competencia. Sin embargo, al hacerlo se ven obligados a intervenir en el proceso de intercambio —en este caso en el mercado de trabajo— y por tanto a ofender las reglas de la individualidad y la libertad de intercambio.

La contradicción dentro de la clase capitalista entre la acción individual y los requerimientos de clase nunca se llega a resolver dentro de las leyes presupuestas por el modo de producción capitalista, y esta contradicción está en la raíz, como veremos posteriormente, de muchas de las contradicciones internas al modo de acumulación capitalista. También sirve para explicar muchos

de los dilemas sociales y políticos a los que se ha enfrentado la clase capitalista a lo largo de toda la historia del capitalismo. Existe una línea que oscila continuamente entre la necesidad de preservar la libertad, la igualdad y la individualidad, y la necesidad de tomar medidas como clase que a menudo son represivas y coactivas. La única forma en la que la producción de plusvalor resuelve las contradicciones dentro de la forma de circulación capitalista es planteando una nueva forma de contradicción dentro de la clase capitalista, la contradicción entre el capitalista individual y el interés de la clase capitalista en reproducir las condiciones generales requeridas para la acumulación.

En segundo lugar, consideremos la relación entre el capital y el trabajo que presupone la producción de plusvalor. Como cualquier otra mercancía, la fuerza de trabajo se intercambia en el mercado de acuerdo con las reglas normales de dicho intercambio. Sin embargo, hemos visto que ni el capitalista ni el trabajador pueden realmente darse el lujo de dejar que el mercado de fuerza de trabajo opere sin restricciones, y que ambas partes se ven obligadas en ciertos momentos a emprender una acción de clase. La clase trabajadora debe luchar por preservarse y reproducirse a sí misma, no solo físicamente sino también social, moral y culturalmente. La clase capitalista debe necesariamente infligir violencia a la clase trabajadora a fin de mantener la acumulación, y al mismo tiempo debe controlar sus propios excesos y resistir a aquellas demandas de la clase trabajadora que amenazan la acumulación. Esto hace que la relación entre el capital y el trabajo sea a la vez simbiótica y contradictoria. La contradicción es la fuente de la lucha de clases. También genera contradicciones internas dentro de la forma de acumulación capitalista, y al mismo tiempo ayuda a explicar gran parte de lo que ha sucedido en la historia del capitalismo.

No es hasta los capítulos finales del primer volumen de *El capital* que podemos apreciar finalmente la transformación que Marx ha llevado a cabo sobre la teoría del valor trabajo de Ricardo. Vemos ahora que el tiempo de trabajo socialmente necesario es el patrón de valor únicamente en la medida en que ha llegado a existir un modo de circulación capitalista y un modo de producción capitalista con sus relaciones sociales características. Este es el resultado, además, de un proceso de transformación histórica específico que creó el trabajo asalariado como una categoría vital de la vida social. *En route* hacia esta conclusión fundamental, Marx ha reunido multitud de ideas valiosas sobre la estructura del capitalismo. Hemos visto la importancia de ciertas relaciones jurídicas expresadas a través de los derechos de propiedad y de la acción del Estado para hacer valer esos derechos. Hemos advertido la importancia de ciertos tipos de libertad, individualidad e igualdad.

La teoría del valor incorpora y personifica, de este modo, las contradicciones fundamentales del modo de producción capitalista expresadas

a través de las relaciones de clase. La necesidad social requiere que se reproduzcan tanto el capital como los trabajadores, así como las relaciones de clase entre ellos. La relación capital-trabajo es en sí misma una contradicción que constituye la fuente de la lucha de clases, mientras que la reproducción del capital y del trabajo incorpora una contradicción entre la individualidad y la acción colectiva de clase. El concepto del valor no se puede entender independientemente de la lucha de clases.

El concepto de tiempo de trabajo socialmente necesario se extiende ahora mucho más allá de lo que Ricardo soñó alguna vez cuando enunció su teoría del valor trabajo. Debemos estar preparados para seguirla a donde nos lleve, porque hemos creado un vehículo realmente poderoso que nos permitirá analizar la lógica interna del capitalismo.

3. Apéndice. La teoría del valor

La interpretación correcta de la teoría del valor de Marx es un asunto muy discutido. Las escuelas de pensamiento rivales se han separado tanto en años recientes, que sus raíces comunes ya casi no se pueden discernir. La gravedad de la desavenencia viene ejemplificada en el creciente clamor por parte de algunos dirigido a abandonar por completo el concepto del valor, en tanto implica una «grave restricción» para una investigación histórico-materialista del capitalismo (Steedman, 1977; Hodgson, 1980; Levine, 1978; Morishima, 1973; Elster, 1978). La demanda puede estar justificada cuando se aplica a aquella interpretación del valor como un concepto puramente explicativo, como un patrón fijo e inmutable ligado a los insumos de trabajo, que luego debe dar razón no solo de los precios relativos de las mercancías, sino también de las acciones distributivas, la explotación y cosas por el estilo. Una concepción tan estrecha parece inmediatamente insuficiente cuando se compara con fines tan grandiosos. Es difícil explicar sin ambigüedades la relación entre los valores y los precios relativos; el capital fijo y el producto agregado plantean problemas aparentemente insalvables (véase el cap. VIII). Los críticos de la teoría del valor han realizado una campaña bastante exitosa en contra de las interpretaciones tradicionales, como las que presentan Dobb (1940), Sweezy (1968) y Meek (1973).

La respuesta de muchos ha sido volver a manifestar lo que consideran ha sido siempre el verdadero significado de la posición tradicional: que el valor es una expresión unificada de los aspectos cuantitativos y cualitativos del capitalismo y que ninguno tiene sentido sin el otro (Sweezy, 1979). El valor está entonces investido con algo «más que con un significado estrictamente económico», expresa «no simplemente la base material de la explotación

capitalista sino también, y de forma inseparable, su forma social» (Clarke, 1980, p. 4). Aunque algunos, como Desai (1979), sienten obviamente que no hay problema en explorar conjuntamente los aspectos cuantitativos y cualitativos, el efecto de interpretaciones más «radicales» del valor ha sido negar los rigores de la matematización cuantitativa empleada por los «constructores de modelos» (en su mayoría economistas profesionales como Morishima, 1973; Roemer, 1980; etc.) y empujar la teoría marxista hacia una crítica más incisiva de la economía política (que a veces incluye tratar con desprecio a los constructores de modelos) y a una exposición más vibrante del materialismo histórico. El peligro aquí es que el «valor» degenera en un concepto puramente metafísico. Lo que se gana en indignación moral se pierde en eficacia científica. O bien que la teoría del valor, al abarcar «toda la magnitud de la interpretación materialista de la historia», se convierta en presa de la objeción de Joan Robinson (1977) de que «algo que significa todo no significa nada». Esas acusaciones no se llevan bien con aquellas que se identifican con la afirmación de Marx de que ha construido una base verdaderamente científica para entender el modo de producción capitalista.

Todo esto ha preparado el escenario para una reconstrucción más cuidadosa de lo que dijo el propio Marx (en la tradición de eruditos como Rubin, 1972; Rosdolsky, 1977; etc.). Aun cuando la idea del valor como un instrumento explicativo o como una magnitud empíricamente observable tuvo sencillamente que ser abandonada, todavía se le puede tratar como un «fenómeno real con efectos concretos» (Pilling, 1972; Fine y Harris, 1979, cap. 2). Se la puede interpretar como la «esencia» que subyace a la «aparición», la «realidad social» que está detrás del fetichismo de la vida diaria. La validez del concepto se puede evaluar entonces en términos de los efectos concretos que nos ayuda a entender e interpretar. El concepto del valor es crucial porque nos ayuda a entender, de un modo que no lo puede hacer ninguna otra teoría del valor, la intrincada dinámica de las relaciones de clase (tanto en la producción como en el intercambio), del cambio tecnológico, de la acumulación con todos los rasgos que le acompañan de crisis periódicas, de desempleo, etc. Sin embargo, para lograr esto, las interpretaciones tradicionales, como aquella del trabajo en la producción, tienen que ceder paso a una comprensión más compleja del trabajo *social*, en tanto expresado y coordinado dentro de una unidad de producción e intercambio, mediada por relaciones de distribución (Fine y Harris, 1979, cap. 2).

Incluso este concepto, aun cuando obviamente se acerca mucho más a la intención de Marx, no capta totalmente el significado de la revolución real que forjara Marx con su método de enfoque. Elson (1979) ha reunido recientemente un conjunto de interesantes ensayos (al que añadió uno propio sumamente interesante) que exploran los aspectos revolucionarios de la teoría del valor de Marx en términos de unidad entre ciencia rigurosa

y política. Siento gran simpatía por estos argumentos, y veo mi propio trabajo como un ensayo exploratorio en la línea que Elson y otros han comenzado a definir.

Mi propia interpretación está basada en una lectura de los textos de Marx en los que ciertas ideas destacan de forma predominante. El valor, en primer lugar, es «un modo social definido de existencia de la actividad humana» logrado bajo relaciones capitalistas de producción e intercambio (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. 1, p. 46). Marx no está interesado principalmente en dar forma a una teoría de los precios relativos o incluso en establecer reglas fijas de distribución del producto social. Está interesado más directamente en contestar esta pregunta: ¿cómo y por qué asume el trabajo bajo el capitalismo la forma que adopta (*cf.* Elson, 1979, p. 123)?

La *disciplina* impuesta por el intercambio de mercancías, las relaciones monetarias, la división social del trabajo, las relaciones de clase en la producción, la enajenación de los trabajadores del contenido y el producto del trabajo y el imperativo de «acumular por el afán de acumular» nos ayudan a entender los logros y las limitaciones reales del trabajo humano bajo el capitalismo. Esta disciplina contrasta con la actividad del trabajo humano como «el fuego vivo que da forma», como «la transitoriedad de las cosas, su temporalidad» y como la libre expresión de la creatividad humana. La paradoja que hay que entender es cómo la libertad y la transitoriedad del trabajo vivo en tanto proceso viene *objetivada* en la *fijación* de ambas cosas y en el intercambio entre cosas. La teoría del valor trata de la concatenación de fuerzas y restricciones que disciplinan al trabajo como si fueran una necesidad impuesta externamente. No obstante, lo hace reconociendo claramente que en el análisis final el trabajo produce y reproduce las condiciones de su propia dominación. El proyecto político consiste en liberar al trabajo de la disciplina de hierro del capitalismo como un «fuego vivo que da forma».

Se sigue que el trabajo no es y nunca puede ser un patrón de valor fijo e invariable. Marx, en las *Teorías sobre la plusvalía*, se burla de aquellos economistas burgueses que tratan de establecerlo como tal (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. 1). Por medio del análisis del fetichismo de la mercancía, Marx nos muestra por qué «el valor no lleva escrito en la frente *qué es*», y por qué la economía política burguesa no puede contestar a la verdadera pregunta: «¿Por qué, pues, el trabajo se representa *en el valor* y a qué se debe que la medida del trabajo conforme a su duración se represente en la *magnitud del valor* alcanzada por el producto del trabajo?» (*El capital*, vol. I, p. 132). «La prueba y demostración de la verdadera relación del valor», escribió encolerizado Marx a Kugelmann contra los críticos de *El capital*, está en «el análisis de las relaciones reales» de tal manera que «toda esa palabrería sobre la necesidad de probar el concepto del valor proviene de

una completa ignorancia del tema que se trata y del método científico». El valor no se puede definir al principio de la investigación, sino que tiene que descubrirse en el curso de la misma. La meta es descubrir exactamente cómo se da valor a las cosas, a los procesos e incluso a los seres humanos, bajo las condiciones sociales que prevalecen dentro de un modo de producción predominantemente capitalista. Proceder de otra forma significaría «presentar a la ciencia antes de la ciencia». La ciencia consiste, concluye Marx, «en demostrar cómo la ley del valor se afirma a sí misma» (*Selected Correspondence* [con Engels], pp. 208-209).

Una explicación cabal de ese «cómo» requiere de teorías rigurosas. Marx logra en parte esto último aplicando implacablemente métodos dialécticos de razonamiento, cuyos principios son muy diferentes de los del formalismo matemático, si bien igual de duros y rigurosos. La tarea del materialismo histórico consiste también en «apropiarse en detalle de la materia investigada, analizar sus diversas formas de desarrollo y descubrir sus nexos internos» con toda la integridad e intransigencia respecto de las «relaciones reales» que caracterizan las formas materialistas de la ciencia. «Solo después de coronada esta labor, puede el investigador proceder a exponer adecuadamente el movimiento real» con el propósito de «reflejar idealmente en la exposición la vida de la materia» (*El capital*, vol. I, p. 19).

El método de exposición que se utiliza en *El capital* —el método que he tratado de replicar en este libro— consiste en descifrar paso a paso las restricciones a la libre aplicación del trabajo humano bajo el capitalismo, para ver las contradicciones de esta o aquella forma que contienen las semillas de otras contradicciones que requieren una exploración ulterior. El reflejo, como el problema que describe, experimenta una transformación perpetua. La descripción rigurosa del «cómo» no es una carta para el dogmatismo, sino una puerta hacia una ciencia de la historia humana verdaderamente revolucionaria y creativa. Además, esa ciencia es solo una parte de una lucha mucho más amplia para disciplinar a la propia disciplina, «para expropiar a los expropiadores» y así lograr la reconstrucción consciente de la forma del valor por medio de la acción colectiva.

II PRODUCCIÓN Y DISTRIBUCIÓN

LAS RELACIONES entre la creación de valor a través de la producción y su distribución en forma de salarios, beneficios, intereses, renta, etc., nunca han sido fáciles de identificar. Marx se dedicó a resolver las contradicciones y a corregir los errores de la economía política clásica. En este propósito pensó que había logrado un éxito completo. A juzgar por el revuelo de las controversias que provocaron sus interpretaciones, o bien lo hizo demasiado bien, o bien se engañó a sí mismo respecto del éxito de su empresa.

Aun cuando los matices eran considerables, Marx se enfrentó básicamente a dos líneas de argumentación, que tenían su origen en la presentación más bien confusa de la teoría del valor de Adam Smith. De un lado, Smith parece sostener que el valor de las mercancías viene determinado por el trabajo y que este regula los salarios, los beneficios y la renta. Hay así algo más que el indicio de una teoría del plusvalor en Smith, en tanto los beneficios y la renta pueden, bajo esta interpretación, considerarse como deducciones del valor producido por el trabajo. De otro lado, Smith también argumentó que en la «sociedad civilizada», los salarios, los beneficios y la renta eran «las tres fuentes originales de ingreso, así como de todo valor intercambiable». El valor, en este caso, parece surgir de la suma de los valores separados de la renta, los salarios y los beneficios en tanto incorporados a una mercancía.

Ricardo señaló la contradicción y rechazó firmemente la segunda interpretación a favor de una teoría del valor trabajo. Surgió entonces una inconveniente brecha entre la teoría del valor (fijada únicamente por el tiempo de trabajo) y la teoría de la distribución (fijada por la escasez relativa de tierra, trabajo y capital). Todo esto resultaba muy inquietante, Ricardo consideraba que «el principal problema de la economía política» estaba en determinar las leyes que regulan la distribución del producto entre las tres clases de la sociedad: los propietarios de tierras, los dueños de acciones, y los trabajadores. Incluso confesó «en un momento de desánimo» (según Sraffa) que pensó «que la gran cuestión de la renta, los salarios y los beneficios» estaba separada de la doctrina del valor y que había que explicar

aquellos «por la proporción en la que el conjunto del producto se dividía entre terratenientes, capitalistas y trabajadores».¹ Las implicaciones de que la distribución fuera el resultado de un proceso social independiente del que gobernaba la producción fue puesta en términos más explícitos por J. S. Mill, que estableció una firme distinción entre «las leyes de producción de riqueza que son leyes verdaderas de la naturaleza [...] y los modos de su distribución que, sujetos a ciertas condiciones, dependen de la voluntad humana». En consecuencia, el socialismo de Mill se centró en las cuestiones relativas a la distribución y trató las relaciones sociales de la producción como algo separado e inmutable.²

Hay un eco de esta separación entre la producción y la distribución en las actuales representaciones neorricardianas. Sraffa demuestra que los valores relativos y los precios que prevalecen en un sistema de producción de mercancías no se pueden determinar sin fijar los niveles salariales. Como el trabajo no es una mercancía reproducible en sentido normal, el nivel de los salarios se convierte en una variable que tiene que estar determinada por fuera de las relaciones técnicas que prevalecen dentro de un sistema de producción de mercancías. Y en tanto el nivel de los salarios en el sistema de Sraffa es inversamente proporcional a la tasa de ganancia, solo hay un pequeño paso para considerar la lucha de clases como algo fundamental. Aunque la apelación a la lucha de clases como determinante fundamental de la distribución relativa de los beneficios y de los salarios suena muy marxista, la concepción de Sraffa es bastante diferente de la expuesta por Marx y últimamente ha provocado un debate bastante áspero entre «neorricardianos» y marxistas.³

La segunda línea de argumentación a considerar adoptó la concepción de Smith de la renta, los salarios y los beneficios como fuentes simultáneas del valor y de los ingresos. Esto llevó finalmente a la idea de que la distribución proporcional de la renta, los salarios y los beneficios eran meros reflejos de la contribución de la tierra, el trabajo y el capital al proceso de producción. Para Marx, la idea de que el capital era la fuente de valor, que la tierra era la fuente de rentas o incluso que el trabajo era la fuente de los salarios equivalía a la representación más extraordinariamente fetichista de las relaciones de producción capitalista: «Es su forma de existencia, tal y como aparece en la superficie, divorciada de las conexiones ocultas y de los

¹ Véase la introducción de Saffra a la obra de Ricardo (edición de 1970).

² Dobb (1973: 125). En general Dobb proporciona una visión global excelente.

³ Sraffa (1960); Steedman (1977) es uno de los principales exponentes de la posición «neorricardiana» y Rowthorn (1980) es uno de sus principales oponentes. Fine y Harris (1979) proporcionan un buen resumen del debate (al mismo tiempo que critican el neorricardianismo) y Dobb (1975-1976), poco antes de su muerte, hizo un llamamiento algo impaciente por un mejor entendimiento entre ambas posiciones.

lazos de conexión intermedios». La idea de que las rentas podían en cierta forma crecer de la tierra no era sino una «ficción sin fantasía, una religión de lo vulgar», que presentaba la realidad en términos de «un mundo encantado, pervertido y vuelto patas arriba, en el que el Señor Capital y la Señora Tierra daban sus fantasmales paseos como personajes sociales, y al mismo tiempo directamente como meras cosas» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. III, pp. 403-478; *El capital*, vol. III, cap. XLVIII).

La «vulgaridad» de este punto de vista no derivaba tanto de los errores *per se* como de lo que Marx consideró el cultivo deliberado de conceptos con propósitos apologéticos (motivación que ciertamente nunca atribuyó a Adam Smith). La separación de la tierra, el trabajo y el capital como factores de producción independientes y aparentemente autónomos, tuvo una doble ventaja para las clases gobernantes, en tanto les permitió proclamar «la necesidad física y la eterna justificación de sus fuentes de ingresos», al mismo tiempo que inhibía cualquier idea de explotación, ya que el acto de producción podía describirse en principio como un montaje armonioso de factores de producción separados e independientes.

A este respecto, la estructura neoclásica es casi idéntica a la de la economía política vulgar, de la cual Marx se quejaba tan amargamente. La esencia del argumento neoclásico es que la competencia por los factores de producción —tierra, trabajo y capital— obliga a los empresarios a pagar una cantidad igual al valor que crea la unidad marginal (la menos empleada) de cada factor. Considerado un determinado estadio tecnológico y un determinado suministro de factores relativos (escaseces), la competencia se asegura de que cada factor «obtenga lo que crea» y que «la explotación de un factor no pueda ocurrir». Hay solo un pequeño paso para inferir que la distribución proporcional de la renta, los salarios, el interés, etc., son participaciones socialmente justas. La implicación política es que no hay lugar para la lucha de clases o para su necesidad, y que la intervención del gobierno debe confinarse principalmente a asegurar que prevalezca esa competencia perfecta. En el léxico de muchos escritores marxistas, esto se cualifica como «una economía política vulgar».⁴

Marx expone su concepción general de la relación entre la producción y la distribución en la «Introducción» a los *Grundrisse*, así como en el tercer volumen de *El capital*. Allí criticó enérgicamente a los que se aferran a una concepción económica «en la que la distribución se halla junto a la producción como una esfera autónoma» y calificó de «absurdos» a aquellos (como J. S. Mill) «que tratan a la producción como una verdad eterna,

⁴ Gerdes (1977), Benetti (1976) y Benetti, Berthomieu y Cartelier (1975) toman posiciones fuertemente antimarginalistas, mientras que Meek (1977, cap. 9) tiene una posición algo menos antagonista.

mientras que destierran la historia al reino de la distribución». Igualmente criticó a los que se contentan con tratar todo «dos veces» en tanto factor de producción y fuente de ingresos. La conclusión general a la que Marx llega es que «la producción, distribución, intercambio y consumo no son idénticos, sino que son miembros de una totalidad, diferencias dentro de una unidad» y que los «efectos recíprocos» entre estos diferentes «momentos» tienen que entenderse en el contexto de la sociedad capitalista considerada como un «todo orgánico». Todo esto es muy abstracto, por eso debemos considerar más explícitamente lo que se quiere decir.

Marx hace hincapié en que las formas de distribución son reflejo de las relaciones sociales de producción. Sugiere que «la forma determinada de participar en la producción determina las formas de distribución» y que «el carácter histórico de las relaciones de distribución es el carácter histórico de las relaciones de producción» (*El capital*, vol. III, p. 815). Desde este punto de vista, parece como si la distribución estuviera determinada por las consideraciones de la producción.

Marx, no obstante, considera luego distintos significados alternativos de la distribución. Su propósito es mostrar cómo las relaciones de producción y distribución se mezclan y se entretajan. Apunta que ambas son producto del mismo proceso histórico, que depende de la separación del trabajador de los instrumentos de producción así como de la expropiación de la tierra a los productores directos (o de los productores directos a la tierra). La distribución, sigue argumentando, no debe considerarse simplemente como la distribución del producto o el valor entre las clases sociales, sino también como la distribución de los instrumentos de producción, de la tierra y de la distribución de los individuos (generalmente por nacimiento) entre las diversas posiciones de clase. Estas formas de distribución «impregnan las propias condiciones de producción [...] con una cualidad social específica», y por tanto la producción no puede considerarse aparte de la «distribución operada en ella», porque hacerlo sería producir una «abstracción vacua» (*Grundrisse*, vol. I, p. 12). Es en este sentido que la producción y la distribución se consideran como «diferenciaciones dentro de una totalidad» que no se pueden entender sin considerar la relación que cada una tiene con la otra.

Una vez más, Marx se sale de la camisa de fuerza de la economía política convencional a fin de considerar la producción y la distribución en el contexto de las relaciones de clase. Todo el marco para pensar la distribución queda reformulado en el proceso. «Al examinar las relaciones de distribución», observa Marx, «se toma como punto de partida ante todo el presunto hecho de que el producto anual se distribuye como salario, ganancia y renta del suelo. Pero el hecho, así enunciado, es falso» (*El capital*, vol. III, p. 997). Si nos basamos en los resultados ya obtenidos por

medio de la investigación del valor de uso, precios, valor y relaciones de clase, veremos por qué este «pretendido hecho así expuesto, es falso».

Recordemos primero que Marx define el capital como un *proceso* (*El capital*, vol. III, pp. 31-32). La expansión del valor se da en paralelo a la producción de plusvalor por parte de los capitalistas que emplean un tipo específico de trabajo, el trabajo asalariado. Esto a su vez presupone la existencia de una relación de clase entre capital y trabajo. Cuando sometemos esta relación a un cuidadoso escrutinio, vemos inmediatamente que el salario no se puede concebir como un «ingreso» o como «una proporción» del mismo en el sentido ordinario. El trabajador no reclama una participación en el producto en virtud de su contribución al valor del producto. La esencia de la transacción es algo muy diferente. El trabajador renuncia a sus derechos a controlar el proceso de producción, al producto y al valor incorporado en el producto a cambio del valor de la fuerza de trabajo. Y este último no tiene nada que ver directamente con la contribución del trabajador al valor del producto.

El trabajador recibe, por tanto, el valor de la fuerza de trabajo y nada más. Todo lo demás se lo apropia la clase capitalista como plusvalía. La forma en que esta plusvalía se divide luego entre las diferentes formas de ganancia sobre el capital industrial, la renta de la tierra, el interés sobre el capital dinero, la ganancia sobre el capital mercantil, etc., viene determinada por consideraciones muy diferentes. La relación de clase entre capital y trabajo es de un tipo enteramente diferente comparado con las relaciones sociales que sostienen los diferentes sectores de la clase capitalista (industriales, comerciantes, rentistas, capitalistas en dinero, terratenientes, etc.). Cuando Marx insiste en que nos centremos en la producción para descubrir los secretos de la distribución, lo hace porque es allí donde se clarifica la relación fundamental entre el capital y el trabajo.

Marx se felicita frecuentemente a sí mismo por su habilidad para explicar el origen de la ganancia por medio de una teoría del plusvalor que no hace alusión a las categorías distributivas de la renta y del interés. Sin embargo, una cosa es mostrar el origen de la ganancia en el plusvalor —y por extensión en la relación de clase entre capital y trabajo— y otra determinar la *magnitud* de esa ganancia y aparecer con las reglas que fijan la división del producto social total en salarios, beneficios sobre el capital industrial, renta, interés, etcétera.

Hay que decir desde un principio que a Marx le preocupaban menos las magnitudes que la comprensión de las relaciones sociales. A pesar de ello, las abordó resueltamente con ciertos aspectos cuantitativos de la distribución, como lo atestiguan adecuadamente innumerables ejemplos numéricos de *El capital*. Desgraciadamente, como observó su editor Engels, «aunque Marx

pisaba terreno firme en el álgebra, estaba poco familiarizado con el cálculo comercial» (*El capital*, vol. II, p. 321). Sus diversos errores matemáticos han permitido que muchos de sus críticos —particularmente aquellos positivistas que consideran que no se puede decir nada significativo sobre una relación social a menos que se la pueda cuantificar con exactitud— pueden hacer mella en el manejo de Marx de los aspectos prácticos y cuantitativos de la distribución; considerados conjuntamente, estos ataques pueden llegar a desacreditar la versión de Marx del *origen* de la misma ganancia.

Como consecuencia, en relación con la teoría de la distribución de Marx se ha desplegado una larga y apasionada controversia. No hay duda de que esta controversia toca asuntos de considerable peso y actualidad. La dificultad está, no obstante, en conservar el interés de Marx por el significado histórico y los orígenes sociales en el primer plano de una controversia que, en sus detalles, está dominada inevitablemente por los aspectos cuantitativos y matemáticos. Esta tarea se vuelve aún más difícil por la sofisticación de la técnica matemática requerida a la hora de evaluar las diversas «pruebas» presentadas con el fin de demostrar que la teoría marxista del valor es, o no, totalmente inconsistente en su tratamiento de la producción y la distribución.

A este respecto, resulta de especial interés la reciente obra de Morishima y Catephores (1978). Estos autores señalan que la teoría del valor trabajo ha sido formulada, hasta fechas muy recientes, exclusivamente en términos de un sistema de ecuaciones simultáneas. Al emplear este enfoque, Morishima había señalado anteriormente que la teoría marxista del valor no funcionaba satisfactoriamente cuando se enfrentaba a diversos problemas y por tanto había llegado a la conclusión de que debía ser abandonada, sugerencia que como es natural no fue bien recibida por muchos marxistas. En su nueva obra, Morishima y Catephores muestran que, si la teoría del valor es formulada en términos de desigualdades lineales, entonces la mayoría de los problemas desaparecen. Esto les lleva a retirar su proposición anterior de «retirar el concepto del valor de la economía marxista».⁵

La cuestión aquí es mostrar que, a pesar de todo su rigor —un rigor que el propio Marx evidentemente admiraba y al cual aspiraba— la matematización de la teoría marxista es en sí misma un asunto sujeto a discusión. Debemos, por tanto, tratar las pruebas matemáticas como lo que son: deducciones rigurosas basadas en ciertos supuestos que pueden captar o no los embrollos de las relaciones sociales con las que Marx trata.

Hay dos puntos de controversia, sin embargo, que según los críticos de Marx amenazan los propios fundamentos de la teoría marxista en general.

⁵ Véase Morishima (1973) y Morishima y Catephores (1978, especialmente p. 19).

Como dato interesante, ninguno de ellos se relaciona con el proceso general de la distribución del valor social total entre las diversas categorías de salario, renta, interés y ganancia. El primero de estos problemas trata de la reducción del trabajo heterogéneo al trabajo simple —el «problema de la reducción» tal y como generalmente se le refiere— y se ocupa del efecto que, sobre la teoría del valor, tiene la forma en la que el capital variable (o la masa salarial) es dividido entre los diversos individuos de la clase trabajadora. El segundo problema trata sobre la forma en que Marx transforma los valores en precios de producción, esto es, el «problema de la transformación». Este concierne a la manera en que la plusvalía se distribuye entre los productores capitalistas. Ambos asuntos han sido objeto de amargos debates que, lejos de amainar con el curso del tiempo, se han vuelto aún más agudos.

A continuación, en el curso de la explicación, voy a tratar estas importantes controversias a partir de los argumentos de Marx sobre las relaciones entre producción y distribución. De acuerdo con los intereses de Marx, voy a tratar de concentrarme en los significados sociales e históricos sin negar la importancia de un argumento matemático riguroso cuando resulte apropiado. Creo que se volverá evidente que el reto marxiano a las teorías de producción y distribución, pasadas y presentes —todas las cuales enfrentan sus propios problemas internos crónicos—, es poderosísimo. De hecho, los intentos elaborados para desacreditarlo parecen sugerir que Marx había apuntado algo de gran importancia. Esto no quiere decir, naturalmente, que la teoría marxista esté libre de serias dificultades: en este aspecto, el aluvión de críticas de los economistas políticos burgueses, tanto del presente como del pasado, ha ayudado a definir lo que se debe hacer para que la teoría marxista de la producción y la distribución sea una empresa más coherente.

1. La participación del capital variable en el producto social total. El valor de la fuerza de trabajo y la determinación del nivel salarial

El valor del producto social total en determinado año se puede expresar como $C+V+P$ siendo C el valor del capital constante (máquinas, materias primas, insumos de energía, etc.), V el valor que se paga por la fuerza de trabajo y P la plusvalía total producida. Sobre una base anual podemos tratar el capital constante como la fuerza de trabajo gastada para reponer el valor equivalente de los medios de producción usados. Este, por tanto, no pasa a ser una categoría importante en la teoría de la distribución. Esta última se ocupa de explicar el modo y la proporción en la que un valor recién creado se divide entre los trabajadores (V) y los capitalistas (P). También debemos considerar cómo se divide V entre los trabajadores individuales y P entre

los capitalistas individuales o entre las diversas fracciones de la burguesía (como renta, interés, ganancia de la empresa, etc.).

A fin de entender plenamente la teoría de la distribución de Marx tenemos que explorar las relaciones entre valor, valor de uso y valor de cambio en tanto definen el valor de la fuerza de trabajo, el nivel de vida de los trabajadores y los salarios. Esta exploración ayudará a sacar a la luz tanto la crítica de Marx de la economía política convencional como la del capitalismo. Empezamos con la relación entre el nivel de los salarios (un concepto relativo al valor de cambio) y el valor de la fuerza de trabajo.

La suma total de los salarios en una economía se puede considerar como el producto del número de trabajadores empleados (n) por el *nivel salarial medio* (w). El capital variable total se puede representar igualmente como $v \cdot n$, siendo v una magnitud llamada *valor de la fuerza de trabajo*. Podemos observar inmediatamente que tanto la suma total de los salarios como la participación de v en el producto social total varían, cuando todo lo demás permanece constante, de acuerdo con el número total de empleados. Aunque este es un principio importante, estamos más interesados en la relación entre el nivel salarial y el valor de la fuerza de trabajo. ¿Pero por qué debemos distinguir entre ambos?

Aquí el principal propósito de Marx es exponer el significado social del pago de los salarios.⁶ El sistema de salarios, argumenta, oculta la diferencia entre el trabajo humano abstracto como la sustancia del valor y el valor de la fuerza de trabajo que, como cualquier otra mercancía, viene fijada por sus costes de producción. Aquellos que, como Smith y Ricardo, no hicieron esa distinción, cayeron por lo general «en una contradicción y en una confusión inextricable», mientras que sus compañeros más «vulgares» pudieron encontrar aquí una «base segura» para ocultar el verdadero origen de los beneficios en la explotación de los trabajadores. «La forma salario», afirma Marx, «borra toda huella de la división de la jornada de trabajo en trabajo necesario y trabajo excedente», porque «todo el trabajo aparece como si fuese trabajo retribuido». En esto «se basan todas las ideas jurídicas del obrero y del capitalista, todas las mistificaciones del régimen capitalista de producción, todas sus ilusiones de libertad, todas las pamplinas apologéticas de la economía vulgar» (*El capital*, vol. I, p. 624). El valor, como hemos argumentado, es un concepto dirigido a reflejar la relación de clase entre el capital y el trabajo. El concepto del valor de la fuerza de trabajo sirve principalmente para mantener la idea de explotación en el primer plano del análisis.

⁶ No se ha escrito mucho sobre las teorías de Marx acerca de la determinación del salario. Tanto Mandel (1971) como Rosdolsky (1977) presentan descripciones útiles, pero lo más interesante que se ha escrito al respecto proviene de Rowthorn (1980, cap. 7), que trata sobre asuntos importantes al mismo tiempo que expone la evolución histórica del pensamiento de Marx en relación con las bases que proporcionó Ricardo.

¿Y qué quiere decir exactamente Marx cuando habla del valor de la fuerza de trabajo? Ese valor se determina por el valor de las mercancías necesarias para mantener y reproducir en su «estado normal» a los individuos que trabajan. El grupo determinado de mercancías que se requiere para tal cosa varía de acuerdo con la ocupación (mayor gasto de energía requiere más sustento, por ejemplo) y de acuerdo con «las condiciones del clima y las demás condiciones naturales de cada país». Incluye también los costes de criar a los niños y, en la medida en que adquirir y mantener esas habilidades conlleva tiempo y esfuerzo, esto afecta al coste de reproducción de la fuerza de trabajo. Sin embargo, lo que la distingue de otras mercancías es que, en la determinación del valor de la fuerza de trabajo, entra «un elemento histórico moral» que depende «del nivel de cultura de un país y, sobre todo, entre otras cosas, de las condiciones, los hábitos y las exigencias con que se haya formado la clase de los obreros libres» (*El capital*, vol. I, p. 230; cf. *Salario, precio y ganancia*, OFME, vol. 11, p. 506).

Esta declaración requiere de cierta explicación, particularmente porque la última sentencia ha sido objeto de numerosas críticas. Recordemos primero que los trabajadores se ganan la vida a duras penas a través de una forma de circulación del tipo *M-D-M*. Estos trabajadores comercian con el valor de uso de la única mercancía que poseen a cambio del dinero de su salario. Luego convierten este dinero en mercancías suficientes para reproducir su propia existencia. El concepto «valor de la fuerza de trabajo» se refiere a la totalidad de ese proceso de circulación por el cual la clase de los trabajadores se reproduce.

Podemos, sin embargo, considerar lo que interviene en cada eslabón de esta corriente general de la reproducción social. La negociación sobre la cantidad nominal de dinero en forma de salario y las condiciones del contrato (la duración de la jornada de trabajo, la velocidad e intensidad del trabajo, etc.) se centran en el primer eslabón. Lo que trata de demostrar Marx, naturalmente, es que el regateo en el contrato salarial que tiene lugar en el mercado no tiene que violar la regla de que todas las mercancías se deben intercambiar a su valor, porque el valor de uso de la fuerza de trabajo para el capitalista es precisamente su capacidad de producir una plusvalía. Más aún, la infinita variedad de formas que puede tomar el regateo de los salarios (salario por hora, pago a destajo, tarifas por día, etc.) oculta efectivamente la relación de clase de la explotación en la producción poniendo todo el énfasis en los diversos modos de intercambio en el mercado. Además, la tasa de salario individual puede ocultar gran parte de los costes sociales de la reproducción. Si, como sucede frecuentemente, la fuerza de trabajo de toda una familia sustituye a la del trabajador individual, la cantidad de fuerza de trabajo proporcionada puede aumentar considerablemente, el salario individual puede disminuir, mientras que los

costes de reproducción (medidos sobre el conjunto de mercancías necesarias para garantizar la reproducción de la familia) se seguirán cubriendo plenamente (*El capital*, vol. I, p. 473).⁷

Es evidente que el tira y afloja de la negociación salarial en un mercado supuestamente «libre» puede producir una variedad infinita de resultados con respecto de los niveles salariales, las estructuras salariales y las condiciones de contratación, pero Marx sigue a los economistas políticos clásicos cuando observan que los salarios suelen girar alrededor de algún tipo de media social de lo que estos llamaron «precio natural». El problema es entonces explicar cómo se llega a este precio natural. La economía política clásica ofreció distintas respuestas a esta pregunta. Marx se concentró en el salario real, no en el nominal. Esto dirige nuestra atención al siguiente paso del proceso, la conversión de los salarios en mercancías.

En tanto tenedores de dinero, los trabajadores son libres de comprar como les plazca y tienen que ser tratados como consumidores con gustos y preferencias autónomos. No debemos tomar esto a la ligera (*Grundrisse*, vol. I, p. 162). A menudo surgen situaciones en las que los trabajadores pueden elegir, y de hecho lo hacen, y la manera en que lo hacen tiene importantes implicaciones. Incluso si, como normalmente sucede, se ven obligados a comprar solo aquellas mercancías que los capitalistas están preparados para vender y las compran a los precios que dictan los capitalistas, la ilusión de libertad de elección en el mercado desempeña un papel ideológico muy importante. Proporciona un suelo fértil para las teorías de la soberanía del consumidor, así como para aquella interpretación particular de la pobreza que le echa la culpa directamente a la víctima por no presupuestar correctamente sus ingresos necesarios para la mera supervivencia. Existen aquí, además, abundantes oportunidades para distintas formas secundarias de explotación (terratenientes, comerciantes minoristas, instituciones de ahorro), que de nuevo pueden distraer la atención de lo que Marx considera como la forma central de explotación en la producción.

Sin embargo, debemos ir más allá de estas apariencias superficiales y tratar de descubrir el significado esencial del valor de la fuerza de trabajo en tanto proceso de reproducción social del trabajador. Sencillamente, para sobrevivir, los trabajadores necesitan valores de uso. En la medida en que estos valores de uso son proporcionados en forma de mercancías, los trabajadores necesitan un salario suficiente para pagar el precio del mercado. El valor de la fuerza de trabajo puede ahora interpretarse en relación con el

⁷ Este fenómeno ha sido observado frecuentemente en las primeras etapas del desarrollo capitalista en muchos países, pero también se le puede identificar en los países capitalistas avanzados. Prueba de ello es la gran cantidad de mujeres casadas que han ingresado a la fuerza de trabajo en Estados Unidos a partir de 1950.

salario real, esto es, la intersección de ese paquete particular de valores de uso necesarios para la supervivencia del trabajador y el valor de cambio de las mercancías que van en ese paquete.

Consideremos primero el asunto desde el punto de vista de los valores de uso. No todos los valores de uso son proporcionados como mercancías. Muchos son elaborados dentro del hogar. En la medida en que los trabajadores satisfacen sus propias necesidades, obtienen cierta autonomía sobre el capital (véase el capítulo VI de este libro). Supongamos, por el momento, que los trabajadores tienen que comprar todos los valores de uso básicos que necesitan como mercancías. Tenemos entonces que definir ese paquete particular de valores de uso que satisfacen las necesidades de los trabajadores. Esto no puede hacerse sin dar la debida consideración a los «elementos histórico morales» que entran en el nivel de vida de los trabajadores. Marx no nos ayuda mucho aquí. Simplemente se abstrae del asunto afirmando que «en un país y en una época determinados, viene dado el monto medio de los medios de subsistencia necesarios» (*El capital*, vol. I, p. 230). Para el propósito del análisis podemos mantener constante el nivel de vida de los trabajadores, definido en términos de valor de uso. Este mecanismo permite a Marx convertirse en una importante fuente de inspiración teórica. Si el valor de cambio de ese paquete fijo de valores de uso cae (y seguramente debe hacerlo, a la vista del aumento de la productividad de los trabajadores), entonces el valor de la fuerza de trabajo puede bajar sin que esto vaya en detrimento del nivel de vida de los trabajadores. Esto, naturalmente, constituye una fuente fundamental de plusvalía relativa para los capitalistas. P aumenta porque V disminuye.

Armados con esos descubrimientos, podemos llevar a cabo toda clase de combinaciones posibles. La participación de V en el producto social total puede disminuir (lo que implica un aumento de la tasa global de explotación) al mismo tiempo que mejora el nivel de vida de los trabajadores o, de otro modo, un descenso en la tasa de explotación puede ir acompañado de un descenso en el nivel de vida.

Definitivamente, sin embargo, Marx no quiso decir que el nivel de vida de los trabajadores permanece constante. Es evidente que este ha variado mucho según las circunstancias históricas, geográficas y «morales» y él mismo puso gran empeño en señalar «cuán importante es el papel que en este punto desempeña la tradición histórica y las costumbres sociales» (*Salario, precio y ganancia*, p. 507). También observó que las necesidades eran relativas más que absolutas.

El rápido crecimiento del capital productivo provoca un aumento igualmente rápido de la riqueza, del lujo, de las necesidades y los goces sociales. Por tanto, aunque los goces del obrero aumenten, la

satisfacción social que procuran disminuirá si se la compara con los goces acrecentados del capitalista [...]. Nuestras necesidades y nuestros goces brotan de la sociedad, razón por la cual los medimos por ella, y no por los objetos que los satisfacen. Y como son de carácter social, tienen también un carácter relativo (*Trabajo asalariado y capital*, OFME, vol. 11, pp. 20-21).

Según Marx, las necesidades son producto de un proceso histórico específico.⁸ En la medida en que esa evolución del capitalismo se refleja sobre la producción de «un sistema cada vez más vasto y más rico en necesidades» (*Grundrisse*, vol. I, p. 278), debemos prever cambios perpetuos en los datos formados por el nivel de vida «normal» de los trabajadores. Como la mayoría de los conceptos clave de Marx, el del valor de la fuerza de trabajo nos revela sus secretos solo al final del análisis, no al principio. Ahora estamos, no obstante, al menos en posición de apreciar la dirección que está tomando el análisis. El valor de la fuerza de trabajo se puede entender solo en relación con las modalidades concretas de la reproducción de la clase trabajadora bajo las condiciones históricas específicas impuestas por el capitalismo.

Sin embargo, esta grandiosa formulación está muy próxima a significarlo todo y por tanto nada: al menos hasta que la traemos de vuelta a la tierra al considerar los procesos históricos por los cuales el nivel de vida, el valor de la fuerza de trabajo y la participación del capital variable en el total del producto social son realmente regulados. Los economistas políticos clásicos ofrecían una variedad de hipótesis sobre esta cuestión, que Marx rechaza o reformula como parte de su propia teoría distintiva de la distribución. Consideraremos ahora las cuatro hipótesis más importantes.

1.1. El salario de subsistencia

Algunas veces se ha descrito a Marx como un teórico del salario de subsistencia.⁹ Nada más lejos de la verdad. Marx se opuso enérgicamente a la doctrina de Lasalle de la supuesta «ley de hierro» de los salarios y, como ya hemos visto, negó que los salarios estuvieran inexorablemente ligados a

⁸ Lebowitz (1977-1978) resume las opiniones de Marx.

⁹ La condena de Marx a la tesis de Lasalle se puede encontrar en la *Crítica al Programa de Göttingen*. Rosdolsky (1977: 295-297) comenta la versión marxista de las teorías del salario de subsistencia, mientras que Baumol (1976) critica a los que, como Maarek (1979), encuentran las trazas de una «ley de hierro de los salarios» en la obra de Marx siendo que no existe ninguna. Baumol empero toma la curiosa posición de que «es cuestión de semántica si pensamos en el valor de los salarios partiendo del valor de la fuerza de trabajo, a la que definimos como una subsistencia fisiológica, o si preferimos interpretar el valor de la fuerza de trabajo como una cantidad sumamente flexible». Lejos de ser «cuestión de semántica», creo que un concepto flexible del valor resulta fundamental para todo el argumento marxiano.

los requisitos de la pura reproducción fisiológica del trabajador. El capital, como proceso, es mucho más flexible y adaptable.

Este concepto erróneo puede estar basado, en parte, en el punto de vista de Marx de que el valor mínimo de la fuerza de trabajo viene fijado por las mercancías físicamente indispensables para la renovación de las energías vitales del trabajador (*El capital*, vol. I, p. 126). Y Marx, ciertamente, observó el funcionamiento de las tendencias dentro del capitalismo que podían empujar los salarios hasta ese mínimo fisiológico, o incluso aún más abajo, amenazando así hasta la reproducción física de la fuerza de trabajo. Había sin embargo tendencias contrarias que empujaban los niveles salariales en la dirección opuesta. Este concepto erróneo quizá provenía del hábito de Marx, presente a lo largo del influyente primer volumen de *El capital*, de suponer que la fuerza de trabajo comercia por lo general a su valor y que el nivel de vida es realmente constante en términos de los valores de uso que se requieren para su reproducción social. Por medio de esas suposiciones pudo deducir la teoría del plusvalor relativo. En el curso de esta demostración a menudo usa el lenguaje de la «subsistencia», de los «costes mínimos de reproducción», de las «necesidades básicas», etc., sin relacionar firmemente estos conceptos con la idea de los «elementos históricos morales» que intervienen en la determinación del valor de la fuerza de trabajo.

Existe en todo esto el peligro de una considerable confusión en cuanto a la verdadera naturaleza del argumento de Marx. Esto se debe a que más allá del mínimo fisiológico (que acecha continuamente) parece haber conceptos algo distintos acerca de lo que fija el valor de la fuerza de trabajo y constituye la «subsistencia». Tal y como se queja Rowthorn con todo derecho:

Marx define el valor de la fuerza de trabajo de tres formas diferentes, basándose sucesivamente en: 1) el coste de producción de la fuerza de trabajo bajo determinadas condiciones históricas; 2) el nivel de vida tradicional al que están acostumbrados los trabajadores, y 3) el nivel de vida que prevalece en los modos o formas de producción no capitalistas (Rowthorn, 1980, p. 210).

(El nivel de vida es importante porque fija «el salario mínimo requerido para inducir a la gente a buscar trabajo o quedarse trabajando en el sector capitalista»). Estas definiciones no son conceptualmente equivalentes, pero Rowthorn sigue adelante para demostrar lo que a mí me parece un punto vital. Existe, dice Rowthorn, «una ilación común» que pasa por todas las diversas definiciones: si el mínimo (cualquiera que sea su definición) no es satisfecho, entonces se producen «consecuencias muy graves: o bien declina la oferta de fuerza de trabajo de buena calidad, en tanto los trabajadores no

se sostienen, o se reproducen correctamente, o abandonan por completo el sector capitalista, o bien se produce un conflicto o una alteración cuando los trabajadores luchan por lo que consideran como su justa retribución» (Rowthorn, 1980, p. 210). Esta resulta ser la amenaza que se formula a la subsiguiente acumulación de capital. Volveremos a considerar esta idea más adelante en el epígrafe sobre «El proceso de acumulación y el valor de la fuerza de trabajo».

1.2. La oferta y la demanda de fuerza de trabajo

La idea de que el nivel salarial varía en respuesta a las condiciones de la oferta y la demanda no es nada difícil de aceptar. No obstante, Marx rechaza firmemente el argumento de que la oferta y la demanda dictan el precio natural de la fuerza de trabajo, y no digamos su valor o el nivel de vida de los trabajadores. La oferta y la demanda son fundamentales para el equilibrio del mercado, pero en equilibrio «ya no explican nada», incluso el precio natural de la fuerza de trabajo debe ser determinado «independientemente de la relación de la oferta y la demanda» (*El capital*, vol. I, p. 622).

Debemos tener cuidado de interpretar correctamente lo que Marx quiso decir aquí. Él nunca defendió que el proceso de intercambio no tuviera nada que ver con la determinación de los valores. De hecho, sostuvo firmemente la opinión de que los valores en general y el valor de la fuerza de trabajo en particular llegan a existir solo en la medida en que florece el mercado de intercambio. Las fuerzas que determinan el valor de la fuerza de trabajo deben ser expresadas finalmente a través de este proceso de mercado. Con lo que Marx no estaba de acuerdo es con la identificación errónea de los mecanismos de la oferta y la demanda, tal y como se pueden ver claramente en el mercado, con aquellas fuerzas que les sirven de base y que operan *a través* del mercado. Marx sigue aquí a Ricardo al preguntar qué determina en primer lugar la oferta y la demanda en los mercados de trabajo. Cuando tratamos de contestar a esta pregunta vemos que la acumulación del capital tiene cierto poder sobre ambas. Veamos cómo sucede esto.

Las variables demográficas desempeñan un papel muy importante por el lado de la oferta. Ricardo aceptó de buen grado la ley de la población de Malthus como el medio por el cual la oferta de trabajadores se ajusta a la acumulación por medio del incremento del nivel de los salarios. Marx no niega la existencia de ese mecanismo (*El capital*, vol. I, pp. 703-805),¹⁰ pero supuestamente por repulsión a cualquier cosa que huelga aunque sea remotamente a malthusianismo, da poca importancia a esta idea (*cf.*

¹⁰ Morishima y Catephores (1978, cap. 5) tratan de integrar en la teoría de Marx algún argumento explícito sobre el crecimiento de la población.

capítulo VI). En vez de ello se concentra en los procesos de acumulación originaria (proletarización forzosa), movilización de los sectores latentes del ejército industrial de reserva (las mujeres y los niños), las migraciones (de las zonas rurales a las urbanas o de formaciones sociales precapitalistas como Irlanda) y la producción de excedentes poblacionales relativos por medio de mecanismos únicos propios del capitalismo. La acción directa por parte del capital o la acción tomada por el Estado a favor del capital (cercamientos, etc.) se convirtieron en el foco principal de su análisis de las fuerzas que regulan la oferta de la fuerza de trabajo. Además, aunque Marx no lo hace, podemos considerar fácilmente que las políticas de población e inmigración puestas en vigor por el Estado capitalista encajan en esta perspectiva de gestión global de la oferta de la fuerza de trabajo por parte del capital.

Por el lado de la demanda, el capital es capaz de ajustarse a sus requerimientos no sin tensiones y dificultades, claro está —por medio de la reorganización, la reestructuración y el cambio tecnológico—. Más aún, la movilidad del capital en dinero en el escenario mundial proporciona al capital la capacidad para adaptarse a las diferentes situaciones demográficas, así como a las diversas circunstancias «históricas y morales» que, inicialmente al menos, podrían afectar el valor de la fuerza de trabajo de forma diferencial entre una región y otra, entre un país y otro. Al igual que la acumulación del capital acarrea el cambio perpetuo del capital de una línea de producción a otra, de un lugar a otro, y eso sin decir nada del impulso perpetuo a estructurar de nuevo la organización social y técnica de la producción, la demanda de fuerza de trabajo expresa los requerimientos de la acumulación.

Volvemos de nuevo sobre la idea de que los requerimientos globales de la acumulación de capital tienen la capacidad de ejercer una influencia controladora y hegemónica sobre la oferta y la demanda de la fuerza de trabajo. «El capital trabaja en ambos lados al mismo tiempo» (*El capital*, vol. I, p. 542). Aquí, según creo, es donde Marx quiere colocarse en relación con las fuerzas subyacentes que fijan el valor de la fuerza de trabajo. Esto no quiere decir, sin embargo, que todas las fuerzas que operan en el mercado tengan esta cualidad. Pueden surgir escaseces por razones que están totalmente al margen de la influencia del capital. No obstante, Marx afirma que bajo esas circunstancias los salarios deben estar «por encima de su valor» y que pueden permanecer así durante largos periodos de tiempo (*El capital*, vol. I, p. 703). Al expresar así las cosas, Marx indica, en efecto, que quiere distinguir entre aquellas *fuerzas contingentes* que pueden empujar más y más el nivel de los salarios y las *fuerzas socialmente necesarias* que están unidas a la acumulación del capital en general y que dictan el valor de la fuerza de trabajo. En esto es enteramente coherente con su estrategia

global: considerar el valor como una expresión de la necesidad social bajo las relaciones de clase del capitalismo y afirmar que los valores (incluida la fuerza de trabajo) llegan a ser los reguladores de la vida económica solo en la medida en que el modo de producción capitalista se vuelve hegemónico dentro de una formación social.

1.3. La lucha de clases por los salarios

La idea de que las proporciones relativas de V y P en el producto social total (y por implicación de V , el valor de la fuerza de trabajo) vienen fijadas por la lucha de clases, por la relación de poder entre capital y trabajo, suena muy marxista. En tiempos recientes se ha vuelto a emplear bajo la hipótesis de la «compresión de los beneficios» [*profit squeeze*] en la crisis capitalista. El argumento dice así: una lucha exitosa por parte de los trabajadores (ya sea porque el trabajo escasee o porque esté mejor organizado) eleva los salarios reales y disminuye los beneficios. La «compresión de los beneficios» resultante ralentiza la acumulación y finalmente conduce al estancamiento. La respuesta del capital consiste en crear (ya sea deliberadamente o porque no tiene otra alternativa) una severa recesión (como la de 1973-1974) que tiene el efecto de disciplinar a los trabajadores, reduciendo los salarios reales y estableciendo las condiciones para que revivan los beneficios y consecuentemente la acumulación. Algunos marxistas han atacado enérgicamente este esquema y con frecuencia lo han tachado de puro neorricardismo.¹¹

Los problemas que se presentan aquí son de gran importancia. Tenemos que considerar en particular el grado en que los cambios en la relación de poder entre capital y trabajo pueden modificar sustancialmente la participación relativa de las dos partes en el producto total y el grado en el que las luchas cotidianas por los salarios nominales y reales, así como por el nivel de vida de los trabajadores (concebido en términos del valor de uso), pueden afectar de forma considerable el valor de la fuerza de trabajo.

Marx admite sin dificultad que las magnitudes cambiantes de los salarios y los beneficios se limitan entre sí, y que el equilibrio entre ellos «solo depende de la pugna incesante entre el capital y el trabajo, ya que el capitalista aspira constantemente a reducir el salario a su mínimo físico y a prolongar la jornada hasta su máxima ganancia, mientras que el obrero, por su parte, presiona constantemente en el sentido opuesto. El problema

¹¹ Glyn y Sutcliffe (1972) y Boddy y Crotty (1975) proporcionan las declaraciones más sencillas y directas sobre la «compresión de los beneficios» como un fenómeno empírico, mientras que Itoh (1978a) proporciona un argumento más teórico. Entre las críticas de la tesis, las mejores son las de Yaffe (1973) y de Weeks (1979). Este último proporciona una evaluación muy dura, y en mi opinión bastante correcta, de la tesis en tanto propuesta teórica.

se reduce a un problema de correlación de fuerzas entre las dos partes en lucha» (*Salario, precio y ganancia*, pp. 507-508).

Marx también argumenta que un aumento de los salarios reales solo significa una disminución en la tasa de ganancia suponiendo que no haya habido cambios en la fuerza productiva del trabajo, ni expansión en la cantidad de capital y de fuerza de trabajo empleadas, así como tampoco en la producción. De lo contrario, dependiendo de la tasa y las condiciones de acumulación, los salarios reales y la tasa de ganancia pueden subir, bajar juntos o moverse de forma inversa (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, pp. 383-384). El salario real, puede aumentar, argumenta Marx, siempre y cuando el aumento «no interfiera con el progreso de la acumulación» (*El capital*, vol. I, p. 710). La cuestión es entonces, ¿puede el poder organizado de la clase trabajadora incrementar los salarios reales aunque esto amenace la acumulación?

Al fracasar la transición al socialismo, Marx niega que esa posibilidad pueda realizarse a largo plazo. Sus razones no son difíciles de aducir. Las luchas por la distribución, después de todo, tienen lugar en el mercado. La relación clave, para Marx, está en la producción —allí es donde el plusvalor tiene su origen—. Interpretar la participación de los trabajadores en el producto social total como el resultado de una relación de poder pura en el mercado entre capital y trabajo constituye una abstracción inadmisibles. Por eso Marx reduce la lucha de clases en la distribución al rango de un mecanismo equilibrador, algo semejante a la oferta y la demanda. En el curso del ciclo industrial, por ejemplo, el mayor poder de los trabajadores durante una ola ascendente empuja los salarios por encima de su valor, aunque solo sea para compensar la caída de los salarios por debajo de su valor durante la depresión subsecuente. Los cambios en las relaciones de poder pueden generar fluctuaciones en los salarios alrededor del precio natural que refleja el valor fundamental de la fuerza de trabajo. Si, como resultado de la fuerte organización laboral, los salarios permanecen por encima de su valor durante un largo periodo, entonces esto se debe a que no interfiere en la acumulación. Marx avisa explícitamente a la clase obrera que «no debe exagerar la eficacia definitiva de estas luchas cotidianas» y que «no debe, por tanto, entregarse íntegramente a esta imprescindible guerra de guerrillas, impuesta incesantemente por la interminable acción violenta del capital o por las oscilaciones del mercado». «En vez del lema conservador de “¡Un salario justo por una jornada de trabajo justa!” deben inscribir en sus banderas la consigna revolucionaria de “¡Abajo el sistema del salario!”» (*Salario, precio y ganancia*, p. 510).

La lucha de clases desempeña aquí un papel ambivalente. Por un lado ayuda a los trabajadores a conservar algo de dignidad y a rechazar las formas de violencia más crasas que los capitalistas suelen usar contra sus

empleados. También constituye la base para las luchas por la definición del paquete de valores de uso que constituyen el nivel de vida de los trabajadores (por ejemplo, la atención médica *versus* el consumo forzoso de protección militar). Al enfocarse en el terreno de los valores de uso y de las necesidades humanas, esas luchas pueden formar la base de un verdadero movimiento revolucionario, con el objetivo de abolir un sistema fundado en la irracionalidad fundamental de acumular por el afán de acumular. Sin embargo, la lucha por el salario real dentro de los confines del capitalismo sirve meramente, en opinión de Marx, para asegurar que la fuerza de trabajo se intercambie a su valor o a un valor aproximado. Se puede llegar a ese valor a través de un proceso de lucha de clases, pero esto no significa de ninguna manera que el valor refleje simplemente los poderes relativos del capital y el trabajo en el mercado.

Un dato interesante es que la hipótesis de la «compresión de los beneficios», correctamente interpretada, apoya en vez de refutar esta conclusión. El cambiante equilibrio de poder entre capital y trabajo puede modificar realmente el salario real de tal forma que restrinja o aumente la tasa de ganancia. Este tipo de cosas es exactamente lo que podemos esperar que suceda dentro de la esfera del intercambio. Esta es, empero, la descripción de un movimiento superficial y deja intacto el valor de la propia fuerza de trabajo. Si los salarios reales desbordan la línea de la acumulación, entonces se ponen en movimiento fuerzas compensatorias que los obligan a bajar y, si es necesario, se hace disminuir el poder relativo de la fuerza de trabajo organizada en el mercado (ya sea por medio del aumento del desempleo o a través de restricciones políticas o de otro tipo sobre la fuerza de trabajo organizada).¹² En tanto descripción de estos movimientos superficiales, la hipótesis de la «compresión de los beneficios» es totalmente plausible, e incluso inobjetable. Sin embargo, tal y como mantienen sus críticos, se trata de una concepción totalmente inadecuada de las leyes globales de movimiento del capitalismo y ciertamente es una versión inadmisibles de la teoría de Marx sobre la formación de las crisis. Una lucha de clases de este tipo tiene poco o nada que ver con la determinación del valor fundamental de la fuerza de trabajo, aunque desempeña un papel vital, como la oferta y la demanda, a la hora de equilibrar el mercado.

¹² Lo que se trata de demostrar, naturalmente, es que si el equilibrio de poder entre capital y trabajo es tan precario que amenaza a la acumulación, entonces se deben tomar medidas para rectificar ese equilibrio de poder. La intención de la Ley Wagner de 1933 en Estados Unidos era así incrementar el poder sindical para negociar en el mercado, a fin de ayudar a resolver lo que generalmente se interpreta como una crisis de subconsumo. Por contraste, debemos señalar el actual intento en muchos países capitalistas adelantados de restringir el poder de los sindicatos, en un momento en que se considera que las causas principales de la inflación crónica son las reivindicaciones salariales (y el poder para hacerlas valer). Estos cambios en el equilibrio del poder no se producen automáticamente, ni sin luchas a veces terribles, pero el equilibrio se modifica a través del tiempo y hay razones para creer que los cambios son en parte una respuesta a los problemas de la acumulación.

1.4. El proceso de acumulación y el valor de la fuerza de trabajo

Marx rechaza abiertamente todas las formas o la participación del capital variable en el producto total (al igual que la así llamada teoría del «fondo de trabajo») sobre la base de que «el capital no es ninguna magnitud fija, sino una parte elástica de la riqueza social, que fluctúa incesantemente» y en la que la fuerza de trabajo forma una de «las potencias elásticas del capital» del que igualmente debe decirse que está en perpetuo flujo (*El capital*, vol. I, p. 699). También argumenta que tanto la lucha de clases en la distribución, como la oferta y la demanda, desempeñan papeles vitales a la hora de equilibrar el mercado y pueden, ocasionalmente, obligar a los salarios reales a alejarse de su valor, a veces durante periodos prolongados. En el análisis final, sin embargo, operan como mediadores del mercado solo para las fuerzas más fundamentales que fijan el valor de la fuerza de trabajo. Ahora bien, ¿cuáles son estas fuerzas fundamentales?

La respuesta general de Marx a esa pregunta no resulta difícil de detectar. La distribución inicial de los medios de producción separa al capital del trabajo, pero de ahí en adelante las relaciones de distribución tienen que ser consideradas según «el carácter histórico de las relaciones de producción». Además, la producción y la distribución «son partes de una totalidad, diferencias dentro de una unidad», que también incluye el intercambio y el consumo (*El capital*, vol. I, pp. 126-127). El valor de la fuerza de trabajo no se puede fijar abstrayéndolo de las relaciones internas dentro de su totalidad —una totalidad que, además, está dominada por el imperativo de acumular por el afán de acumular—. Anteriormente mencionamos que Marx construye sus conceptos de forma relacional. Ahora consideramos un caso específico de aplicación de esa estrategia. Como siempre, el problema es hacer que este concepto sumamente abstracto sea más accesible a la interpretación concreta.

Aún no estamos en posición de descifrar todo el argumento, pero la concepción general es aproximadamente la siguiente: existe una *distribución de equilibrio* entre capital variable y plusvalor determinada por la tasa de acumulación y la estructura global de la producción y el consumo.¹³ Existe también una vía de crecimiento en equilibrio para el empleo total que, cuando se divide entre V , proporciona un valor de equilibrio de las fuerzas de trabajo individuales. Si se produce un incremento general en el

¹³ Los que quieren convertir a Marx en un teórico del equilibrio general, con todos los instrumentos neoclásicos, se ven en dificultades en este punto del análisis. Invariablemente llegan a la conclusión que no pueden determinar el equilibrio del nivel salarial y por tanto se ven obligados a tomar el nivel de vida o el equilibrio del salario como un factor estructural permanente y determinado de forma exógena. Véase Maarek (1979), Roemer (1980) y Morishima y Catephores (1978, cap. 4).

nivel de vida de los trabajadores (medido por los valores de uso que pueden disponer) y si estos llegan a ser una parte del «elemento histórico y moral» que abarca el valor de la fuerza de trabajo, es porque la acumulación de capital requiere de la producción de nuevas necesidades o porque las leyes de la acumulación son indiferentes a las formas específicas de valor de uso producidas. El valor de la fuerza de trabajo tiene que ser considerado como un dato en perpetuo movimiento, regulado por el proceso de acumulación. Se puede definir, en pocas palabras, como *la remuneración socialmente necesaria de la fuerza de trabajo*; socialmente necesaria desde el punto de vista de la continua acumulación del capital. La invocación de la necesidad social es importante. Nos permite distinguir entre el concepto de equilibrio del valor de la fuerza de trabajo y las innumerables circunstancias accidentales y fortuitas que pueden empujar los salarios por encima o por debajo de este valor de equilibrio.

Esta conclusión, conviene insistir, se aplica únicamente a aquella concepción muy estrecha del nivel de vida que descansa en la cantidad de valores de uso materiales que puede conseguir el trabajador por medio del intercambio de mercancías. No dicta qué paquete determinado de valores de uso le va a ser proporcionado (ya sea atención médica o discos), ni tiene que ver con aquellos aspectos de la vida y la cultura dentro de la clase trabajadora que están al margen de la esfera del intercambio de mercancías. En estos dos aspectos, la clase trabajadora, puede ejercer cierta autonomía y, a través de sus propias luchas y de sus propias decisiones, puede generar gran parte de su propia cultura y de su propia historia. El hecho de que esté en posición de hacerlo debe atribuirse precisamente a que da forma a su existencia en el intercambio de cualidades a partir de una forma de circulación definida como *M-D-M*.¹⁴

Para el capital, el significado de este intercambio es totalmente diferente. El capitalista espera obtener plusvalor. A primera vista, parece que, cuanto menos haya para el trabajador, más habrá para el capital. Sin embargo, cuando se considera el proceso de acumulación en general vemos, en primer lugar, que «la conservación y reproducción constantes de la clase obrera son condiciones permanentes del proceso de reproducción del capital» (*El capital*, vol. I, p. 662). El capital debe limitar su propia «sed ilimitada de riqueza» a fin de no destruir la capacidad de reproducción de

¹⁴ Burawoy (1978) ha considerado este punto y lo ha convertido en una fuerte crítica de las teorías marxistas de la lucha de clases. Señala que si los trabajadores están interesados únicamente en los valores de uso que pueden controlar, entonces quizás accedan o incluso cooperen en su propia explotación en el lugar de trabajo, siempre y cuando esto redunde en su beneficio en forma de bienes materiales. El hecho de que los capitalistas estén interesados en los valores y los trabajadores en los valores de uso proporciona una base para la cooperación, antes que para la confrontación en el proceso de trabajo. Burawoy tiene razón en eso, pero por lo general abusa de esta afirmación.

la fuerza de trabajo de determinada calidad. También advertimos que los capitalistas pagan salarios, que después reciben de nuevo como pago por las mercancías que producen. La distribución funciona aquí como mediación entre la producción y el consumo, o como Marx prefiere decirlo, entre la creación del valor en la producción y la realización del valor en el intercambio. El capitalista debe, después de todo, producir valores de uso *sociales*, mercancías que alguien puede pagar y que alguien desea o necesita. Los capitalistas individuales no pueden esperar razonablemente que sea posible disminuir los salarios de sus empleados y al mismo tiempo preservar un mercado en expansión para las mercancías que producen.

Todo esto nos lleva más allá de los estrechos confines de la distribución *per se*, pero allí es exactamente donde Marx quiere llevarnos. Quiere que veamos que el valor de la fuerza de trabajo y la participación de los trabajadores en un valor recién creado no se puede entender al margen del proceso general de producción y realización del plusvalor. En el capítulo III nos vamos a ocupar de estudiar este proceso.

2. La reducción del trabajo complejo a trabajo simple

El capital variable total no se divide igualmente entre todos los trabajadores individuales. La forma en que se divide depende de una amplia variedad de factores: el grado de habilidad, la fuerza de los sindicatos, las estructuras de remuneración acostumbradas según la edad y la antigüedad, la productividad individual, la escasez relativa en determinados mercados de trabajo (por sector o región geográfica), etc. En pocas palabras, nos enfrentamos a *fuerzas de trabajo heterogéneas* que son *remuneradas diferencialmente*.

Esto presenta un doble problema para la teoría marxista. En primer lugar, las propias diferencias en los salarios requieren explicación. En segundo lugar, y este es el asunto del que nos vamos a ocupar principalmente aquí, la heterogeneidad de la fuerza de trabajo ha sido considerada por algunos críticos burgueses como el talón de Aquiles de la teoría del valor de Marx. Veamos por qué.

Marx explicó el valor de cambio de las mercancías refiriéndose al tiempo de trabajo socialmente necesario que incorporan (en la siguiente sección veremos que este concepto también requiere modificación). Para ello, Marx tuvo que construir un estándar del valor consistente en el *trabajo abstracto simple*. Este presupone que existe una forma satisfactoria de reducir la manifiesta heterogeneidad del trabajo humano concreto, con toda su diversidad de habilidades y demás, a unidades de trabajo abstracto simple. La forma en que Marx trató el problema es ambivalente y crítica.

Simplemente afirmó que «la experiencia demuestra que esta reducción de trabajo complejo a trabajo simple es un fenómeno que se da todos los días y a todas horas» por medio de un «proceso social que se desenvuelve de espaldas de los productores» (*El capital*, vol. I, p. 93). En una nota a pie de página, Marx aclara que «no nos referimos al salario o valor abonado al obrero por un día de trabajo, supongamos, sino al valor de las mercancías en que su jornada de trabajo se traduce». Todo esto concuerda perfectamente con la distinción entre el valor de la fuerza de trabajo y el trabajo social como la esencia del valor. El proceso por el cual las habilidades heterogéneas son reducidas a trabajo simple debe ser independiente de los procesos que determinan el nivel salarial en el mercado.

Marx no se molesta en explicar qué quiere decir por «proceso social que obra a espaldas de los productores». Su alusión a la «experiencia» indica que Marx piensa que todo esto es evidente. Quizá lo era para él, pero no lo ha sido para sus críticos. Si, como insiste Böhm-Bawerk (1949), el único proceso social que puede realizar esta tarea es el intercambio de los productos de esa fuerza de trabajo en el mercado, entonces «tenemos la comprometedor circunstancia de que la pauta de reducción viene determinada por las relaciones reales de intercambio», cuando las relaciones de intercambio son explicables en términos del trabajo social que encarnan. Existe, según parece, «una circularidad fundamental e insorteable» en la teoría del valor de Marx. Los valores, según se dice, no pueden ser determinados independientemente de los precios del mercado y estos últimos, no los primeros, son fundamentales para entender cómo funciona el capitalismo. Consecuentemente, los críticos más violentos de Marx, de Böhm-Bawerk a Samuelson (1957), se han burlado de la teoría del valor por considerarla «una abstracción inaplicable», al tiempo que defienden que la teoría moderna de los precios adoptada por ellos es muy superior a la formulada por Marx. Hasta un crítico relativamente comprensivo como Morishima (1973) sacó la conclusión de que la reducción requiere tasas diferenciales de explotación (que alteran gravemente la teoría del plusvalor) o la conversión de habilidades diferentes a un denominador común por medio de los niveles salariales (lo cual destruye por completo la teoría del valor). Frente a críticas tan fuertes, se vuelve imperativo resolver el problema de la reducción.

Una línea de respuesta ha consistido en reducir el trabajo complejo a trabajo simple, dando por sentado que la fuerza de trabajo inculca valor en proporción a su coste de producción. Esto no establece la reducción independientemente del proceso de intercambio y por sí misma no puede evitar la circularidad, de la cual se queja Böhm-Bawerk. Tanto Rowthorn (1980) como Roncaglia (1974) tratan de identificar un proceso de producción que logre esta reducción sin relación con el intercambio. Rowthorn argumenta:

El trabajo complejo equivale a cierta cantidad de trabajo no cualificado realizado en el periodo actual más determinada cantidad de trabajo incorporado en las habilidades del trabajador en cuestión. Algo del trabajo incorporado en las habilidades en sí mismo cualificado y puede a su vez descomponerse en trabajo no cualificado más trabajo incorporado en las habilidades producidas en cada periodo anterior. Al extender esta descomposición indefinidamente hacia atrás se puede eliminar por completo el trabajo cualificado, reemplazándolo por una corriente de trabajos no cualificados realizados en diferentes momentos [...] La reducción [...] se puede realizar independientemente del nivel de los salarios y el análisis evita la acusación de circularidad de Böhm-Bawerk (Rowthorn, 1980, cap. 8).

Este método presenta multitud de dificultades. El trabajo simple se convierte en la unidad contable y se supone que el coste de producción de ese trabajo simple no tiene efecto sobre el sistema. Asimismo, las habilidades que adquieren los trabajadores aparecen como una forma de capital constante conservada en ellos mismos. La reducción se logra, de acuerdo con Tortajada (1977), a expensas de introducir una versión de la teoría del capital humano. Esto borra los problemas de explotación de clase y entierra los procesos sociales reales en una mitología propia del progreso, que ciertamente va en sentido contrario a la corriente general de la teoría marxista. Estas dificultades se originan, continúa Tortajada, «precisamente en la forma en que se ha planteado el problema de la reducción, tanto por los críticos de la teoría marxista como por aquellos que trataron de replicarles». Dicho brevemente, los marxistas han tratado de responder al problema en un terreno definido por los críticos burgueses, antes que en los términos definidos por Marx. Recordemos que el trabajo abstracto nació por un proceso que expresa la unidad fundamental de la producción y el intercambio bajo un modo de producción netamente capitalista.

Regresemos ahora al argumento de Marx, donde dice que el trabajo abstracto:

Se desarrollará, por tanto, de un modo tanto más puro y más adecuado cuanto más pierda el trabajo su carácter específico y de arte, cuanto más abstracto e indiferente se haga a la destreza especial del obrero y a su forma específica, para convertirse en una actividad mecánicamente sustancial, meramente mecánica, indiferente a su forma, en una actividad en general (*Grundrisse*, vol. I, pp. 179-180).

La indiferencia con respecto de cualquier tipo determinado de trabajo presupone una totalidad muy desarrollada de tipos de trabajos reales, entre los cuales ninguno es predominante con respecto de los demás. Y entonces, deja de pensarse exclusivamente bajo una forma especial.

Por otra parte, esta abstracción del trabajo en general no es tan solo el resultado espiritual de una totalidad concreta de trabajos. La indiferencia ante el trabajo determinado surge en una forma de sociedad en la que los individuos pueden pasar fácilmente de un trabajo a otro y en el que el tipo determinado de trabajo es para ellos algo casual y, por tanto, indiferente [...] Donde más desarrollada aparece esta situación es en la forma más moderna de existencia de la sociedad burguesa: en Estados Unidos [...] Este ejemplo del trabajo revela palmariamente cómo hasta las categorías más abstractas [...] son, sin embargo, en la determinabilidad de esta misma abstracción, al mismo tiempo, el producto de relaciones históricas y solo poseen plena validez para estas relaciones y dentro de ellas (*Grundrisse*, vol. I, pp. 18-19; cf. también «Resultados del proceso inmediato de producción», p. 1033).

El trabajo abstracto se convierte en la medida del valor en tanto existe la fuerza de trabajo como una mercancía que los capitalistas pueden controlar libremente en el mercado. El proceso de acumulación requiere de fluidez en la aplicación de la fuerza de trabajo a diferentes tareas en el contexto de una división de trabajo en rápida proliferación. El capitalista puede crear esa fluidez organizando la división del trabajo dentro de la empresa y transformando el proceso de trabajo a fin de reducir las barreras técnicas y sociales al movimiento de trabajo de un tipo de actividad a otro. Las habilidades monopolizables son anatema para el capital. En la medida en que se convierten en una barrera para la acumulación, deben ser subyugadas o eliminadas por la transformación del proceso de trabajo. Las habilidades monopolizadas llegan a ser improcedentes porque el capitalismo hace que lo sean (*Salario, precio y ganancia*, p. 508).

La reducción del trabajo cualificado a trabajo simple es algo más que un constructo mental; se trata de un proceso real y observable, que opera con efectos devastadores sobre los trabajadores. Marx presta así considerable atención a la destrucción de las habilidades artesanales y a su sustitución por «trabajo simple». Un proceso que, como documenta Braverman detalladamente, ha seguido adelante inexorablemente a través de la historia del capitalismo (consideremos, por ejemplo, cómo se ha transformado la industria automotriz, pasando de la producción especializada de vehículos a la tecnología de masas de la línea de montaje, lo que implica una reducción del trabajo cualificado a trabajo simple).¹⁵

Esto no quiere decir que el capital haya tenido éxito en todas partes a la hora de forzar estas reducciones. Marx fue el primero en reconocer que el legado histórico de las habilidades artesanales con frecuencia resistía con

¹⁵ Braverman (1974). Ha habido innumerables críticas del argumento de Braverman que revisaremos en el capítulo IV.

solidez a los ataques del capital. Tampoco la historia de este proceso de reducción está libre de contradicciones. La rutinización de las tareas a un determinado nivel requiere con frecuencia la creación de habilidades más sofisticadas a otro nivel. La estructura del trabajo se vuelve más jerárquica y los que están a la cabeza de esa jerarquía — los ingenieros, científicos de computación, planificadores y diseñadores, etc.— comienzan a acumular ciertas habilidades monopolizables. Esto plantea problemas al análisis de clase, así como a la comprensión del proceso de trabajo bajo el capitalismo, problemas sobre los que volveremos en el capítulo IV.

Concluimos, entonces, que el «proceso social» al cual se refiere Marx es nada menos que la aparición de un modo de producción característicamente capitalista bajo el control hegemónico del capitalista, en una sociedad dominada por el puro intercambio de mercancías.¹⁶ La reducción a trabajo abstracto simple no podía producirse en ningún otro tipo de sociedad: pequeños productores de mercancías, artesanos, agricultores, esclavos, etc. La forma valor en tanto reguladora de la actividad social funciona solo en la medida en que llega a existir cierto tipo de sociedad caracterizada por específicas relaciones de clase de producción e intercambio.

A la luz de esta conclusión, es instructivo volver al tipo de ejemplo al que apelan los críticos de Marx cuando tratan de desacreditar su argumento. Böhm-Bawerk considera el ejemplo del intercambio entre un escultor y un cantero, a fin de mostrar que el trabajo como valor es indistinguible del valor de diferentes fuerzas de trabajo en tanto determinado a través del intercambio de sus productos. Su ejemplo no es equivocado. Sin embargo, esta es la forma de trabajo particular e individualizada que, en opinión de Marx, deja incluso de ser «pensable» en una totalidad de intercambio bien desarrollada. Más aun, ambos trabajadores en el ejemplo de Böhm-Bawerk trabajan por su cuenta, mientras que uno (el escultor) posee habilidades especiales monopolizables. La condición que le interesa a Marx es que ambos trabajadores estén empleados por capitalistas que producen mercancías (estatuas y caminos), al tiempo que ninguno tiene una habilidad monopolizable, si bien el trabajo realizado puede presentar diferentes productividades. Böhm-Bawerk se abstrae totalmente de las relaciones capitalistas de producción, lo cual no es una base adecuada para elaborar una crítica válida de Marx. El razonamiento circular, que Böhm-Bawerk creyó haber detectado, es consecuencia de haber arrancado el problema de la reducción de su raíz en los procesos históricos reales, que vuelven a dar forma al proceso del trabajo y generalizan el intercambio de mercancías. Si

¹⁶ Desai (1979, p. 20) escribe: «El valor del trabajo es a la vez una fórmula y un proceso histórico. Es por eso que la clasificación de trabajo abstracto e indiferenciado no es una abstracción, sino una tendencia histórica». Véase también el estudio de Arthur (1976) sobre el concepto de trabajo abstracto.

se plantea de nuevo en este contexto más amplio, el problema de la reducción disminuye hasta volverse insignificante. Nos quedamos aquí con dos cuestiones. En primer lugar, necesitamos explicar las diferencias salariales existentes, entendiendo plenamente que estas no tienen nada que ver necesariamente con la manera en que el trabajo social se convierte en la esencia del valor. En segundo lugar, tenemos que considerar el grado en el que la reorganización del proceso de trabajo bajo el capitalismo ha eliminado las habilidades monopolizables y por tanto ha logrado la reducción que es la base de la teoría del valor. Nos vamos a ocupar de esta segunda cuestión en el capítulo IV, en tanto plantea serios desafíos teóricos al sistema marxista.

3. La distribución del plusvalor y la transformación de los valores en precios de producción

Marx pensaba que uno de los «mejores aspectos» de su obra fue «la forma en que trato el plusvalor, independientemente de sus formas particulares como ganancia, interés, renta del suelo, etc.». La teoría del plusvalor explica el origen de los beneficios en la explotación del trabajo dentro de los confines del proceso de producción bajo la relación social del trabajo asalariado. La teoría de la distribución tiene que ver con la conversión del plusvalor en ganancia. Marx dio gran importancia a ese paso. «Hasta el presente», escribió, «la economía política [...] o bien se separó por la fuerza de las distinciones entre plusvalor y ganancia y sus proporciones, a fin de poder retener la determinación del valor como base, o bien abandonó esta determinación del valor y con ella todo vestigio de un enfoque científico». En el tercer volumen de *El capital* (p. 196), Marx afirma que «esta conexión interna» entre plusvalor y ganancia «se ha desvelado por vez primera aquí». Esta es una afirmación drástica, que justificaría un examen aunque no hubiera sido el foco de una controversia inmensa y voluble.

El argumento de Marx respecto de la relación entre plusvalor y beneficios en términos generales es este. El plusvalor se origina en el proceso de producción por virtud de la relación de clase entre el capital y el trabajo, pero viene distribuido entre los capitalistas individuales de acuerdo con las reglas de la competencia.

Al considerar como se distribuye el plusvalor entre los productores capitalistas en diferentes sectores, Marx muestra que las mercancías ya no se pueden intercambiar a sus valores, una condición que él dio por sentada en los dos primeros volúmenes de *El capital*. Las mercancías se deben intercambiar de acuerdo con sus «precios de producción». Convendría que desde el principio elimináramos una fuente potencial de confusión. Estos precios de producción se miden todavía en valores y no

se deben confundir con los precios en dinero realizados en el mercado. Marx se aferra todavía al tiempo de trabajo socialmente necesario como a una medida. Lo que ahora nos muestra es que las mercancías ya no se pueden seguir intercambiando de acuerdo con el tiempo de trabajo socialmente necesario que ellas incorporan.

A fin de seguir el argumento de Marx, debemos establecer primero algunas definiciones y aclaraciones básicas. Al tiempo que se emplea en producir una mercancía se le llama «periodo de producción». Al tiempo que se emplea en realizar el valor incorporado en la mercancía por medio del proceso de intercambio se le llama «tiempo de circulación». El «tiempo de rotación» del capital es el tiempo que el valor de determinado capital tarda en realizarse a través de la producción y el intercambio —esto es, la suma del periodo de producción y el tiempo de circulación—. El «capital consumido» es el valor total de las materias primas y los instrumentos de producción que se usan en el curso de un periodo de producción. En tanto el capital fijo se puede emplear plenamente durante el periodo de producción pero no se puede agotar, el capital consumido durante un periodo de producción será igual o menor al «capital empleado». Podemos tratar al «capital constante», c , ya como capital consumido, ya como capital empleado, según lo que estemos tratando de mostrar. El «capital variable», v , es el valor de la fuerza de trabajo consumida en un periodo de producción. La «tasa de plusvalía» (o «tasa de explotación») viene dada por la proporción entre el plusvalor y el capital variable, p / v . La «composición del capital en valor» es definida como c / v . La «tasa de ganancia», g , es $p / (c + v)$ que, cuando se formula nuevamente, queda de esta forma:

$$g = \frac{p/v}{(c/v) + 1}$$

Adviértase que todas estas medidas están expresadas en valores.

Asumamos ahora un proceso competitivo que iguala la tasa de ganancia en todas las industrias y sectores. Queda claro así que las proporciones de intercambio vienen afectadas por las diferencias en la composición de valor del capital. Consideremos el ejemplo siguiente. Una economía tiene dos industrias. La primera emplea 80 unidades de capital constante y 20 unidades de capital variable y crea 20 unidades de plusvalor, mientras que los datos de la segunda son $20c$, $80v$ y $80p$. El capital total en ambas industrias es exactamente el mismo. Definimos estos como «costos de producción», $c + v$. La tasa de explotación, p / v , es la misma en ambas industrias. También suponemos que el periodo de producción es idéntico. No obstante, observamos ahora que la tasa de ganancia en la primera industria (con una alta composición de valor) es del 20 %, mientras que en la segunda industria

(de baja composición) la tasa de ganancia es del 80 %. La tasa de ganancia no se ha igualado.

Supongamos ahora que las dos industrias tienen la misma importancia y que la tasa promedio de ganancia, g , es del 50 %. El efecto de igualar la tasa de ganancia resulta de cambiar las tasas de intercambio de las dos mercancías. Cada mercancía se intercambia ahora según las proporciones indicadas por $c + v + g$, en vez de $c + v + p$. A la primera de estas medidas se le llama el «precio de producción». Se mide, insistimos, en valores y no en precios monetarios. Bajo condiciones de competencia podemos esperar que las mercancías se intercambien según sus precios de producción y no según sus valores.

Podemos construir un argumento idéntico respecto de los capitales que tienen diferentes tiempos de rotación. Marx no hizo esto directamente, pero debemos reconocer igualmente la importancia del tiempo de rotación al formar las relaciones de intercambio. Como el capitalista está interesado en obtener beneficio durante un periodo de tiempo promedio (una tasa anual de rendimiento sobre el capital, por ejemplo), el capital que tiene una rotación total de muchas veces en un año obtendrá una tasa de ganancia mucho más alta en comparación con el capital que rota solo una vez (asumiendo composiciones de valor similares y tasas de explotación similares). El capital y el trabajo suelen trasladarse de los sectores con menor rotación a los de mayor rotación hasta que las tasas anuales de ganancia se hayan igualado. Los precios relativos se verán afectados y aquí tenemos una razón adicional por la que las mercancías ya no se siguen intercambiando según sus valores.

Lo que Marx hace aquí es poner en vigor su regla general de que la producción determina la distribución, pero que la primera no puede considerarse independientemente de la distribución incluida en ella. El procedimiento de transformación de Marx utiliza, de hecho, un doble sentido de la «distribución». La distribución del capital entre las diferentes industrias de acuerdo con la tasa general de ganancia es la que lleva a la formación de los precios de producción, que tienen el efecto de distribuir diferencialmente el plusvalor según la composición de valor y los tiempos de rotación de los diferentes capitales.

El efecto distributivo general puede expresarse de un modo muy simple. Cada capitalista contribuye a la suma total del plusvalor en una sociedad según la fuerza de trabajo que emplea y hace uso de la suma del plusvalor según el capital total que cada cual avanza. De forma algo jocosa, Marx llamó a esto «comunismo capitalista»: «De cada capitalista según su fuerza de trabajo total, a cada capitalista según su inversión total». Más específicamente, esto significa que las industrias con una baja composición de

valor (industrias que requieren «trabajo intensivo») o una rápida rotación producen mayor plusvalía de la que se les devuelve en forma de beneficios, mientras que sucede lo contrario con las industrias con alta composición de valor (los llamados sectores de «capital intensivo») o de baja rotación. Este es un resultado importante. Proporciona la base para algunas interpretaciones marxistas erróneas del imperialismo —países dominados por industrias con una baja composición de valor ceden plusvalía a países dominados por una alta composición de valor—.¹⁷

Y bien, ¿a qué responde toda esta controversia? Los enérgicos alegatos del propio Marx, junto con algunos comentarios provocadores de Engels en sus prólogos al segundo y tercer volumen de *El capital* sirvieron para centrar la atención sobre lo que de hecho es la característica clave de la teoría marxista: la relación entre el plusvalor y la ganancia. Desgraciadamente, la solución que propone Marx resulta o bien equivocada o bien incompleta. Los críticos burgueses se han abalanzado sobre lo que consideran un error fundamental y lo han usado para desacreditar toda la teoría marxista de la producción y la distribución, insistiendo todo el tiempo en que se debe devolver a la distribución al lugar que le corresponde y del cual Marx trató de desalojarla. Consideremos ahora la naturaleza del supuesto «error».¹⁸

Marx prepara un cuadro de cinco industrias cuya composición de valor del capital varía, a fin de ejemplificar cómo se forman los precios de producción cuando la competencia ha igualado la tasa de ganancia (*El capital*, vol. III, cap. IX). Marx supone, con propósito de exposición, que los capitalistas compran mercancías a sus valores y las venden a sus precios de producción. También asume que la tasa de ganancia media es conocida y que se puede calcular de antemano sopesando por igual cada uno de los cinco factores y promediando la producción de plusvalía en relación con el capital total adelantado.

Podemos detectar de inmediato dos problemas. Si todas las mercancías se intercambian de acuerdo con sus precios de producción, entonces esto se aplica tanto a los insumos como a los productos. Los capitalistas compran a precios de producción y no, tal y como fija Marx en su esquema, de acuerdo con los valores. Marx se da perfecta cuenta de esto, pero considera que «para nuestra investigación presente no es necesario investigar

¹⁷ Emmanuel (1972); el error proviene de que cuando se deducen soluciones correctas al problema de la transferencia, estas no muestran necesariamente una transferencia de valor de los sectores con baja composición de valor a los sectores con alta composición.

¹⁸ Existen muchísimas publicaciones sobre el problema de la transformación. Baumol (1974), Desai (1979), Laibman (1973-1974), Gerstein (1976), Howard y King (1975), Morishima (1978), Samuelson (1971) y Shaikh (1978) todos proporcionan buenas descripciones desde diversas perspectivas. Dostaler (1978a) describe los principios del debate en una obra excelente.

más detalladamente este punto» (*El capital*, vol. III, p. 192). En segundo lugar, en tanto el capital es redistribuido de los sectores con baja composición de valor de capital a los de alta composición, la producción total de plusvalía cambia y esto modifica la tasa de ganancia. Evidentemente, el procedimiento de transformación de Marx resulta incompleto. Se trata, en el mejor de los casos, de una aproximación. Marx no hizo hincapié en que esto fuera así y Engels contribuyó a confundir el asunto proclamando triunfalmente en su prefacio que Marx había establecido la solución al problema, lo que confundiría y acallaría a sus críticos para siempre.

Böhm-Bawerk (1949) señaló rápidamente los defectos del procedimiento de Marx, los trató como errores fundamentales y ridiculizó el conjunto del esquema marxista. Lejos de silenciar a sus críticos, la solución de Marx al problema de la transformación les proporcionó abundante munición para usarla en contra suya.

El problema de la transformación asumió su actual aspecto con los intentos matemáticos por corregir el error de Marx. Von Bortkiewicz fue el primero en proporcionar una solución matemática en 1907. Empleó un método de ecuación simultánea y mostró que era posible resolver el problema de la transformación bajo ciertas condiciones rigurosamente definidas. El problema llega a ser entonces identificar y justificar las condiciones de la solución.

El problema matemático formal surge porque, caso de querer llegar a una solución, es necesario, considerado el método de la ecuación simultánea, mantener invariante la relación entre la estructura de valor y la del precio de producción. Dado que Marx mismo argumentó que la suma de los precios de producción debe ser igual a la suma de los valores y que el plusvalor total debe ser igual a la suma total de los beneficios, estas dos condiciones han sido elegidas por lo general como invariables. El problema es que estas dos condiciones no pueden presentarse simultáneamente en esta representación matemática particular. Por eso, se han propuesto multitud de soluciones matemáticas diferentes, cada una de las cuales usa una condición de invariancia diferente.¹⁹

Esto permite a Samuelson (1971) argumentar que, puesto que no hay una razón lógica para elegir una invariante sobre otra, la transformación de Marx del valor a los precios de producción no es una transformación matemática en ningún sentido real, sino simplemente un proceso que borra un conjunto de números y los reemplaza por otro. El precio del análisis de producción en el tercer volumen de *El capital* no tiene una relación lógica

¹⁹ Sweezy (1968) describe la solución de Bortkiewicz, y Laibman (1973-1974) revisa distintas soluciones matemáticas.

necesaria con la teoría del valor propuesta en el primer volumen. Esta última se puede ver, entonces, como un ensayo de metafísica o «un rodeo intrascendente» en el camino hacia la teoría de los precios, fundamental en el tercer volumen. Puesto que la teoría de los precios ha sido «revolucionada» desde la época de Marx (principalmente por la «revolución» marginalista, que está en la base de la teoría neoclásica contemporánea), en lo que se refiere a su contribución a la teoría de los precios, Marx puede ser relegado a los libros de historia como un «posricardiano de poca importancia». Así bromeaba Samuelson con el fantasma marxista.

Una línea de respuesta a Samuelson pasa por aceptar su contribución matemática y luego argumentar que, aunque quizás él sea «un excelente economista matemático», es un «economista político malísimo». Laibman (1973-1974) escoge la tasa de explotación como la invariante, sobre la base de que la lucha de clases y la tensión social entre capital y trabajo es el sello cualitativo del modo de producción capitalista. Si esto último es cierto implica que el equilibrio entre los salarios y los beneficios en una economía capitalista viene fijado únicamente por la lucha de clases y por nada más —proposición que nosotros negamos anteriormente—. Se trata de un precio demasiado alto por dejar de lado las objeciones de Samuelson.

Una segunda línea de defensa requiere tratar el problema de la transformación como un problema histórico. Bajo esta perspectiva, las mercancías se intercambiaban realmente a sus valores bajo condiciones de intercambio simple de mercancías entre productores independientes no sometidos al dominio del capital. Con la aparición de las relaciones de producción capitalistas, las relaciones de valor se han vuelto oscuras y han quedado finalmente enterradas bajo los precios de producción. Esta interpretación encuentra una cierta justificación en el comentario de Marx de que «el intercambio de mercancías por sus valores [...] presupone, pues, una fase mucho más baja que el intercambio sobre la base de los precios de producción, lo cual requiere un nivel bastante elevado en el desarrollo capitalista». Por tanto, es «absolutamente correcto considerar los valores de las mercancías, no solo teóricamente sino también históricamente, como el *prius* de los precios de producción» (*El capital*, vol. III, p. 205). Engels opinó que, «si Marx hubiese podido revisar el libro III antes de su publicación, es indudable que habría desarrollado considerablemente este pasaje» (*El capital*, vol. III, p. 1015). Luego Engels se puso a dar detalles sobre la idea y en su «Suplemento» de *El capital* (vol. III) escribió una larga versión histórica acerca del problema de la transformación. A partir de entonces se han escrito algunas versiones más restringidas, por escritores como R. L. Meek (1977, cap. 7).

Aun cuando suene muy marxista apelar a la historia para resolver un dilema lógico, en esta aproximación histórica hay dos problemas. En primer lugar, advertimos que esta relación va en sentido totalmente contrario

al argumento que presentamos anteriormente, principalmente que los valores no se pueden establecer totalmente en ausencia de relaciones capitalistas de producción. Esto contradice la idea de una relación integral entre la teoría del valor y la capacidad de producir plusvalía. Más aun, tal y como han documentado detalladamente Morishima y Catephores (1978), el enfoque general de Marx indica que «lo que él estaba buscando con la teoría del valor trabajo no era la descripción abstracta de un periodo precapitalista del cual podía derivar genéticamente al capitalismo desarrollado, sino más bien los instrumentos teóricos que le permitirían llegar a la raíz de las relaciones económicas capitalistas». Por lo tanto, la versión histórica del problema de la transformación — incluso en sus versiones más moderadas y elaboradas— debe ser definitivamente rechazada.²⁰

Como no podemos apelar a la lucha de clases o a la historia para resolver el problema, tenemos que recurrir a tratar la transformación como «un mecanismo estático, atemporal y analítico» a la hora de analizar minuciosamente las relaciones sociales del capitalismo. Estamos obligados a encontrar una técnica matemática razonable con el fin de tratar el problema. En fecha bastante reciente, Shaikh (1978) propuso emplear la técnica que usó Marx. Diseñó así soluciones iterativas que, a cada vuelta de la iteración, ajustaban los costos de los insumos y la cuota de ganancia hasta que se identificaban los precios de equilibrio de la producción. De acuerdo con este punto de vista, Marx simplemente realizó el primer cálculo en esta secuencia y no se molestó por el resto, ya que no parecía tan importante llegar a la solución matemática correcta como sacar la conclusión social. Morishima (1973), con su acostumbrado ingenio matemático, nos muestra que si el procedimiento de transformación se maneja como una cadena de Markov, desaparecen muchas de las dificultades que surgen cuando se le trata en términos de ecuaciones simultáneas; la igualdad entre la suma de los precios de producción y la suma de los valores pueden coexistir felizmente con la igualdad del plusvalor y del total de los beneficios, tal y como insistió Marx. Lo que es verdaderamente sorprendente, en opinión de Morishima, es lo cerca que estuvo Marx de resolver el problema a pesar de su dificultad inherente y de su técnica matemática extremadamente limitada.²¹

Algunas aproximaciones interesantes al problema de la transformación han venido, de hecho, del campo no marxista. Tanto Baumol (1974) como Morishima (1973) han dicho muchas cosas positivas y pertinentes sobre el problema. Baumol argumenta con toda razón, por ejemplo, que

²⁰ Morishima y Catephores (1978) proporcionan argumentos detallados, y en mi opinión bastante correctos, del motivo por el cual piensan que Marx habría rechazado ese enfoque histórico.

²¹ Morishima (1973), Shaikh (1978) y Desai (1979) son todos útiles aquí.

la preocupación fundamental de Marx fue establecer una teoría de la distribución y que la transformación real de valores a precios de producción es una cuestión secundaria.²² Igualmente Morishima defiende el punto de vista de que Marx se esforzó por tener percepciones sociales en vez de lograr la exactitud matemática, y que desde este punto de vista lo que Marx decidió hacer lo hizo muy bien.

Así es que, ¿cuál es el significado social que Marx buscaba? Marx presenta enérgicamente sus conclusiones, comparando el efecto de la transformación con el que produjo la apropiación del plusvalor relativo por parte de los capitalistas:

Al desarrollarse el plusvalor relativo [...] las fuerzas productivas sociales [...] del trabajo en el proceso directo de este se desplazan del trabajo al capital. De este modo, el capital se vuelve un ente místico en grado sumo, pues todas las fuerzas productivas sociales se presentan como fuerzas que le pertenecen al capital y no al trabajo como tal, fuerzas que retoñan de su propio seno.

Todo esto vela cada vez más la verdadera naturaleza del plusvalor y, por ende, el verdadero mecanismo motor del capital. Y ello sucede aún más por obra de la transformación [...] de los valores en precios de producción [...]. Aquí interviene un complejo proceso social, el proceso de nivelación de los capitales, que separa los precios relativos de las mercancías de sus valores y, por otra parte, a las ganancias medias obtenidas en las distintas ramas de producción [...] las aísla de la explotación real del trabajo por los capitales particulares. No solo parece serlo, sino que aquí, de hecho, nos encontramos con que el precio medio de las mercancías es diferente de su valor, es decir, del trabajo realizado en ellas, y la ganancia media de un determinado capital diferente del plusvalor que este capital extrae de los obreros que trabajan para él [...] Las mismas ganancias medias normales parecen inmanentes al capital, independientes de la explotación (*El capital*, vol. III, pp. 941-942).

El hecho de que la ganancia tenga su origen en la explotación de la fuerza de trabajo ya no es tan evidente, sino que se vuelve opaco tanto para los trabajadores como para los capitalistas. «Bajo su forma transfigurada de ganancia, el plusvalor niega su origen, pierde su carácter, el cual aparece aquí irreconocible». «Esta confusión de los teóricos muestra, mejor que nada, cómo el capitalista práctico preso en la lucha competitiva y que de ninguna manera comprende sus manifestaciones, debe ser totalmente

²² Baumol (1974) parece ser quien mejor ha captado lo que Marx estaba tratando de hacer con la transformación, por eso vale la pena leerlo con cuidado. Dostaler (1978b) proporciona una descripción similar y trata de reconciliar estos problemas dentro de la estructura de una teoría del valor como la que hemos adoptado aquí.

incapaz de descubrir, a través de la apariencia, la naturaleza intrínseca y la figura íntima de este proceso» (*El capital*, vol. III, pp. 196-197). Además, en la medida en que los teóricos del capital reflexionaron sobre esta confusión, también fueron capaces de penetrar en los secretos que ocultaban los fenómenos de la competencia. Son estos secretos los que Marx dice haber revelado plena y eficazmente «por vez primera».

El fetichismo que proviene de que los valores se transformen en precios de producción desempeña un papel crucial en el argumento de Marx. Este fetichismo realiza una función ideológica y apologética obvia, al mismo tiempo que mistifica el origen de la ganancia como plusvalía. Esa mistificación es peligrosa para el capital porque la reproducción de la clase capitalista depende por completo de la continua creación y recreación del plusvalor. Sin embargo, incluso si los capitalistas pudieran penetrar detrás del fetichismo de su propia concepción, seguirían siendo incapaces de rectificar una situación potencialmente grave. La competencia los obliga a asignar trabajo social y a arreglar sus procesos de producción de tal manera que se iguale la tasa de ganancia. Lo que Marx nos muestra ahora es que esto no está relacionado necesariamente con el hecho de aumentar al máximo el producto total del plusvalor en la sociedad. Nosotros encontramos en esto una base material para esa asignación errónea y sistemática del trabajo social, y esa inclinación sistemática en la organización del proceso laboral que lleva al capitalismo a sus crisis periódicas. La competencia lleva necesariamente a cada capitalista a comportarse de una forma que amenaza la base misma de su reproducción social. Se comportan así porque la lógica del mercado los obliga a responder a los precios de producción más que a los requerimientos directos para la producción de plusvalía. Esta es la idea crucial que surge del estudio del problema de la transformación. Es el resultado que seguiremos hasta su amarga conclusión lógica en los siguientes capítulos.

4. Interés, renta y ganancias sobre el capital mercantil

Considerado el revuelo que ha provocado el debate sobre los problemas de la reducción y la transformación, es hasta cierto punto sorprendente encontrar que los demás componentes de la teoría de la distribución de Marx hayan levantado tan pocas controversias. Esto se puede explicar en parte por el estado de espantosa confusión en el que dejó Marx sus teorías de la renta y el interés, así como por el fracaso de los marxistas a la hora de presentar, de común acuerdo, una aclaración congruente sobre tal desorden.

En la medida en que en capítulos posteriores vamos a examinar detalladamente cada uno de estos aspectos de la distribución, por el momento me voy a limitar a hacer algunos comentarios generales sobre la dirección que Marx pareció tomar, al igual que sobre las razones que dio a este respecto.

La teoría del plusvalor, conviene recordar, se establece de forma independiente de cualquier teoría de la distribución, al margen del más fundamental de todos los arreglos de la distribución entre trabajo y capital. El plusvalor se convierte en ganancia a través del proceso social de la competencia. La ganancia a su vez se divide entre los componentes de la ganancia sobre el capital mercantil, el interés sobre el capital en dinero, la renta de la tierra y la ganancia de la empresa. La tarea de cualquier teoría de la distribución consiste en explicar la necesidad social de esta distribución del plusvalor, así como los procesos sociales que esta implica.

La forma de presentación de este argumento, de la producción de plusvalía a la distribución, no nos debe engañar haciéndonos pensar que las relaciones de distribución no tienen importancia a la hora de entender la producción. Tal y como Marx argumenta, la producción no puede considerarse de forma separada de «la distribución que esta comprende», tenemos que considerar la posibilidad muy real de que la renta y el interés desempeñen papeles importantes en tanto condiciones de producción.

Ciertamente, más tarde voy a tratar de mostrar que la formación del capital fijo —y en particular la creación de las infraestructuras físicas en el entorno construido— no se pueden entender independientemente de los procesos sociales que regulan la distribución. Las relaciones de distribución afectan, por tanto, a las condiciones de producción. Marx sencillamente no lo niega, pero insiste en que por significativos que puedan ser estos efectos, nunca pueden explicar el origen del plusvalor.

Marx abrió una nueva perspectiva acerca de la lógica fundamental que dicta las relaciones de distribución, al examinar el proceso general de circulación del capital. Marx describe el proceso de expansión del valor como una secuencia de metamorfosis, de cambios de estado. La forma más simple de considerar esto es como un proceso en el cual el dinero se pone en circulación para obtener más dinero. Se desembolsa dinero para comprar fuerza de trabajo y medios de producción, y por medio de la producción se generan mercancías que se venden en el mercado:

$$D - M \left(\begin{array}{c} FT \\ MP \end{array} \right) \dots P \dots M' - D' \text{ (etc.)}$$

Al final del proceso hay más dinero que al principio y el valor de la mercancía producida es mayor que el valor de las mercancías empleadas como insumo. Las dos fases $D-M$ y $M'-D'$ son transformaciones que tienen lugar al comprar y vender, mientras que P , el proceso de producción, abarca una transformación material en el producto y la incorporación de trabajo socialmente necesario.

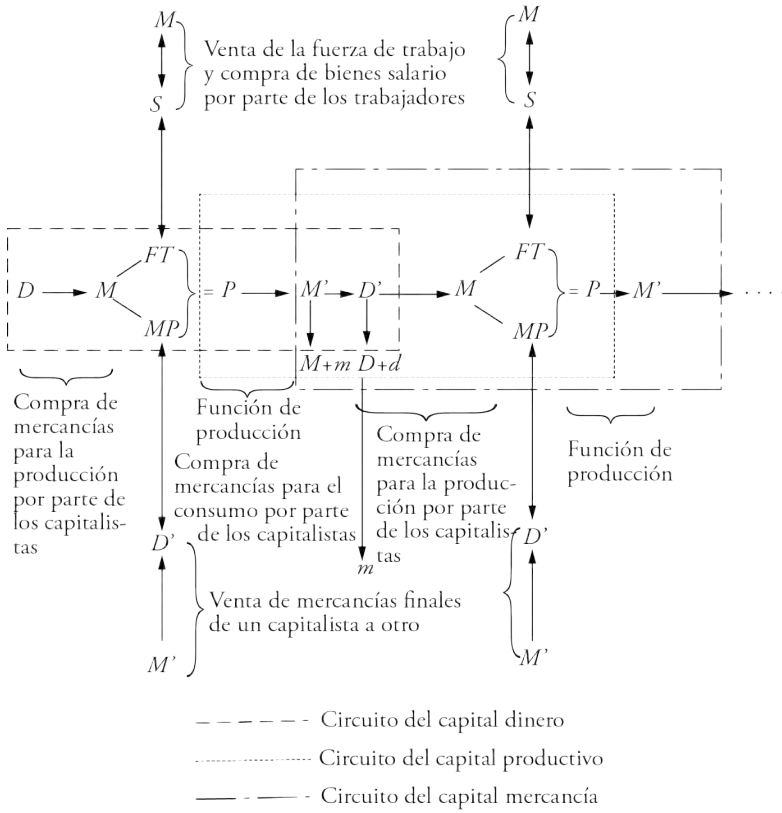
El proceso de circulación que comienza con dinero y termina con dinero (más ganancia) es el paradigma de la circulación del capital, pero cuando consideramos la circulación como un proceso interminable, vemos que es posible analizarla de distintas formas. Podemos considerarla como algo que comienza y termina con el acto de producción o con el capital en forma de mercancías. Podemos crear tres ventanas separadas para ver las características globales de la circulación de capital (véase gráfico II.1). Desde cada ventana podemos ver algo diferente. Marx describe lo que podemos ver desde cada una de estas en los capítulos iniciales del segundo volumen de *El capital*.

Observamos así que las condiciones que reglamentan la circulación del *capital dinero* son bastante diferentes de las que gobiernan el capital en tanto *capital productivo* en un proceso de producción específico y que ambas son diferentes de las condiciones que reglamentan la circulación del *capital mercancía*. Al final, lo que nos interesa es la circulación del capital en general, pero no podemos entender esto, desde la perspectiva de Marx, sin examinar primero las diferenciaciones que existen dentro de esta.

Estas diferenciaciones, junto con los problemas ligados a la transformación del capital de un estado a otro, pueden dar lugar a especializaciones de función. Los comerciantes capitalistas, por ejemplo, adoptan responsabilidades específicas respecto del capital en mercancías y se especializan en transformar las mercancías en dinero. La circulación del dinero requiere igualmente de las habilidades especiales del banquero y del financiero que, una vez que toman el mando del uso general del dinero como capital, se convierten en *capitalistas en dinero* que reciben intereses. Esto deja al capitalista productivo únicamente al mando de la producción de plusvalía.

Esta separación de los diferentes ciclos del capital nos permite establecer ciertas condiciones necesarias que regulan las relaciones entre la producción del plusvalor y su distribución. Sin embargo, no nos proporciona las condiciones suficientes que determinan los arreglos de distribución que deben prevalecer bajo el capitalismo. En capítulos posteriores consideraremos estas condiciones suficientes. Por el momento debemos contentarnos con una simple descripción de las categorías de distribución que señala Marx.

Gráfico II. 1. La circulación del capital



Fuente: Desai, 1979, p. 33.

4.1. El capital mercantil

Cuando el capital es retenido en forma de mercancías, existe como *capital mercancía*. En tanto capital, no obstante, permanece como capital únicamente como un valor en movimiento, se deduce que el capital mercancía debe ser transformado continuamente en capital dinero si ha de conservar su carácter de capital. La velocidad y eficiencia de esta transformación es de gran importancia para el capitalista. El tiempo de circulación (el tiempo durante el cual el capital asume la forma mercancía) afecta al tiempo de rotación y por tanto a la tasa de ganancia. La transformación trae consigo ciertos costes, que necesariamente deben deducirse del plusvalor producido, esto es, al poner en el mercado un producto se obtiene su valor, pero no se crea. La reducción del tiempo de circulación y la economía de los costes necesarios de circulación son importantes para los capitalistas que se dedican a la producción, porque estos dos medios hacen que aumente

el plusvalor que queda en sus manos. Esto proporciona una oportunidad para el capital mercantil. El comerciante asume todos los costes y la responsabilidad de poner en el mercado sus productos, a cambio de una tajada en el plusvalor producido. Con la igualación de las tasas de ganancia, el comerciante debe recibir exactamente la misma cuota de ganancia sobre el capital adelantado que el productor. La ventaja de todo esto para los productores capitalistas es, naturalmente, que se acorta el tiempo de rotación, y la economía de costes de circulación (por medio de economías de escala, especialización de funciones, etcétera).

En términos de valor, esto significa que los productores venden las mercancías a los comerciantes a menos de su valor y estos a su vez las venden a su valor. La diferencia es una apropiación del plusvalor, que cubre los gastos necesarios y la ganancia sobre el capital que adelanta el comerciante. Esto pone al capital mercantil en una relación curiosa con la producción de plusvalía. Por un lado, la relación es parasitaria en el sentido de que el comerciante no crea ningún valor sino que simplemente se lo apropia. Por otro, el capital mercantil puede incrementar el plusvalor realizado por el productor, acelerando la rotación de capital y reduciendo los costes de circulación necesarios.

4.2. Capital dinero e interés

Cuando el capital toma la forma de dinero y se convierte en *capital dinero* se manifiesta como capital en su forma más pura, en tanto valor de cambio divorciado de cualquier valor de uso específico. La paradoja, naturalmente, es que no puede retener su carácter de capital sin ser puesto en circulación para tratar de obtener beneficios. El proceso normal de circulación bajo el modo de producción capitalista trae consigo el uso del capital dinero para crear plusvalor por medio de la producción de mercancías. Esto implica que el valor de uso del capital dinero consiste en que puede mandar sobre la fuerza de trabajo y los medios de producción, que a su vez se pueden usar para producir mayor valor del que representaba originalmente el dinero. La capacidad para producir plusvalor aparece entonces como una fuerza del propio capital dinero. El capital dinero, en consecuencia, se convierte en una mercancía como cualquier otra. Posee un valor de uso y un valor de cambio. Este valor de cambio es la tasa de interés.

«Con el capital a interés», observa Marx, «se perfecciona este fetiche automático [...] el dinero que alumbra dinero, sin que bajo esta forma se trasluzcan las cicatrices de su origen» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. III, p. 404). «Para el economista vulgar, que pretende prestar el capital como fuente independiente de valor, de creación de valor, esta forma [representa],

naturalmente, una suerte de bendición, una forma en la que la fuente de beneficios es ya irreconocible».

El resultado es que el interés sobre el capital dinero llega a estar separado de lo que Marx llama «beneficios de la empresa», esto es, la ganancia que se obtiene por dedicarse a la producción real de mercancías. La separación surge porque cuando los capitalistas individuales tienen dinero en sus manos, pueden escoger entre ponerlo en circulación como capital dinero que produce intereses o ponerlo directamente en circulación a través de la producción de mercancías. Esta elección depende hasta cierto punto de la organización de la propia producción, porque la compra de grandes artículos —como una planta y maquinaria, por ejemplo— requiere dinero acumulado, o un sistema de ahorros y préstamos a fin de suavizar un proceso de inversión que de lo contrario sería sumamente desigual.

En los capítulos IX y X nos vamos a ocupar de los detalles del sistema de crédito y del interés sobre el capital dinero. Todo lo que nos interesa mostrar aquí es que la diferencia entre el capital dinero y su forma productiva lleva finalmente a la separación entre el interés sobre el capital dinero y la ganancia de la empresa. Esta distinción equivale a una división del plusvalor entre dos formas diferentes, que puede cristalizar finalmente en una división entre los capitalistas en dinero y los empresarios productores. Aunque ambos tienen un interés común en la expansión del plusvalor, no siempre están de acuerdo cuando se trata de la división del plusvalor producido.

4.3. Renta sobre el suelo

Dado que en un capítulo posterior hablaremos ampliamente sobre la naturaleza de la renta, solo necesitamos considerarla aquí de una forma muy somera. A primera vista no parece haber una posición lógica para la renta en la circulación del capital, tal y como lo hemos descrito. El poder de monopolio que ejercen los terratenientes en tanto dueños privados de la tierra es la base de la renta como una forma de plusvalía. El poder que confiere este privilegio no valdría de nada, sin embargo, si no fuera porque esa tierra es una condición indispensable para la producción en general. En la agricultura la tierra llega a ser incluso un medio de producción, en el sentido de que se la despeja, se la mejora y se la trabaja de una forma que hace de la propia tierra una parte integral del proceso de producción.

La circulación de capital encuentra una barrera en la forma de la propiedad del suelo. El terrateniente puede exigir un tributo —apropiarse de una porción del plusvalor— a cambio del uso de la tierra como una condición o medio de producción. El grado en que esta barrera se manifiesta

en tanto poder de clase de los terratenientes depende de las circunstancias históricas, pero siempre que existe poder para apropiarse de una parte del plusvalor en forma de renta, debe reflejar necesariamente una pauta de relación social que penetra de grado o por fuerza en el corazón del proceso de producción, al tiempo que condiciona su organización y su forma.

4.4. Las relaciones de distribución y las relaciones de clase en perspectiva histórica

Con excepción de la renta, que descansa sobre el poder monopolista de la propiedad privada sobre la tierra, la división del plusvalor entre el interés sobre el capital dinero, el beneficio sobre el capital productivo (beneficio de la empresa) y el beneficio sobre el capital mercantil, está implícita en los tres ciclos del capital y en las tres formas fundamentales que puede asumir el capital en el proceso de circulación. Sin embargo, aquí no estamos tratando simplemente con la relación lógica entre la circulación del capital y la distribución que entraña.

Marx, por ejemplo, subraya que todas estas formas de capital —el capital mercantil, el capital dinero y la renta de la tierra— existieron desde tiempos que se remontan a mucho antes de la aparición del capital industrial en su sentido moderno. Por tanto, tenemos que considerar un proceso histórico de transformación en que estas formas de capital, poderosas y distintas de forma independiente, llegaron a estar integradas dentro de un modo de producción puramente capitalista. Estas diferentes formas de capital tuvieron que quedar sometidas a un proceso de circulación cuyo principal objetivo era que el trabajo asalariado produjera plusvalía. Por tanto, la forma y la manera de este proceso histórico debe ser el foco de nuestra atención.

Estas formas de apropiación del plusvalor, todas las cuales ocultan el origen de dicho plusvalor, también tienen que considerarse en términos de las relaciones sociales que ellas presuponen y sostienen. El resultado es que ahora debemos modificar la idea de las relaciones de clase dominante dentro del modo de producción capitalista. Aun cuando existe cierta comunidad de intereses entre los capitalistas apropiadores y los capitalistas productores de plusvalor —comunidad de intereses que sustenta la concepción global de la burguesía en la sociedad capitalista—, existen también diferenciaciones dentro de la burguesía que tienen que interpretarse como «fracciones» o como clases autónomas. La «clase» de los rentistas que vive enteramente del interés de su capital dinero no debe confundirse con la de los capitalistas industriales que organizan la producción del plusvalor, los capitalistas mercantiles que hacen circular las mercancías o los terratenientes que viven de las rentas de la tierra. En este momento no importa

mucho si los llamamos clase, fracción o estrato. Lo esencial es reconocer las relaciones asociadas a las diferentes formas de distribución y reconocer que como resultado debe prevalecer la unidad y a la vez la diversidad dentro de la burguesía. De la misma forma que la distinción entre salarios y beneficios, en tanto categoría genérica, no se puede considerar sino como una relación de clase entre capitalistas y trabajadores, igualmente las relaciones de distribución son de naturaleza social, por más que se empeñen los vulgarizadores en ocultarlas bajo términos fetichistas que nos dicen que el dinero y la tierra *producen* mágicamente interés y renta. Una vez más tenemos que reconocer que, aunque estas relaciones de distribución entran en la producción, al tiempo que la condicionan de un modo crucial, es el estudio del propio proceso de producción donde se revelan los secretos de la distribución. Pretender otra cosa implica caer víctima del mundo de las apariencias, oscurecido por el fetichismo; fracasar a la hora de penetrar en «la esencia y la estructura internas [...] detrás de su apariencia exterior».

III

PRODUCCIÓN Y CONSUMO, OFERTA Y DEMANDA Y LA REALIZACIÓN DEL PLUSVALOR

LA IDEA de que debe haber algún tipo de equilibrio entre producción y consumo, y entre oferta y demanda, parece bastante inocua. La función primaria del mercado en un sistema general de intercambio de mercancías es aparentemente la de equilibrar oferta y demanda y, por tanto, lograr la relación necesaria entre producción y consumo. No obstante, la relación entre la oferta y la demanda y entre la producción y el consumo, ha sido el centro de una gigantesca batalla, a veces terrible, en la historia de la economía política. La intensidad del debate resulta comprensible, cuando se considera lo que está en juego. No solo nos encontramos aquí frente a la interpretación de los ciclos de negocio y la estabilidad a corto o a largo plazo del capitalismo, sino que entramos en el meollo de la controversia acerca de la viabilidad fundamental del modo de producción capitalista.

En tiempos de Marx, el punto central de la controversia era la premisa de que la oferta crea necesariamente su propia demanda. Hubo distintas versiones matizadas de la Ley de Say, tal y como normalmente se le llama.¹ La más sencilla afirmaba que lo que se paga a los proveedores de los factores de la producción (tierra, trabajo y capital) en forma de salarios, ganancias y rentas deben ser igual al precio total de las mercancías producidas por estos factores. Esto significa que «el ingreso generado durante la producción de determinado producto es igual al valor de ese producto», y que cualquier incremento en la «oferta del producto implica un aumento en el ingreso necesario para crear una demanda de ese producto», con la consecuencia general de que «la oferta crea su propia demanda». Corolario de esta ley es que no puede haber una sobreproducción general o una «saturación general», y que las crisis son resultado de «choques exógenos» (guerras, revoluciones, fracasos generalizados en las cosechas, etc.) o de desproporciones temporales en la producción. Puede haber sobreproducción en una industria o en una región geográfica, pero esto significa que la producción ha disminuido en otra parte. Las transferencias de capital y de fuerza de trabajo pueden equilibrar el sistema. Lo que la Ley de Say descartó fue una saturación general.

¹ He tomado aquí muchos datos de un excelente estudio de Sowell (1972) sobre la Ley de Say.

La economía política clásica estaba dividida en lo que se refiere a la validez de la Ley de Say. Ricardo, James Mill, John Stuart Mill y la mayoría de los respetados economistas de ese tiempo aceptaron alguna versión de dicha ley. Los «teóricos de la saturación general», como Malthus y Sismondi, pudieron dar explicaciones a las crisis periódicas del capitalismo pero no pudieron igualar la fama intelectual de sus oponentes. La causa principal de la saturación general, en opinión de Malthus, era la necesidad de una demanda adecuada para la producción. La intensidad del deseo de consumo (y en esto Malthus presentó una versión primitiva de la teoría de la utilidad del consumidor) era la fuente principal que conducía a la acumulación. Contra la opinión de Ricardo de que las necesidades humanas son ilimitadas y que la frugalidad y el ahorro son las fuentes principales de la acumulación, Malthus opuso la barrera de un deseo insuficiente de consumo y el problema de que «el ahorro, llevado más allá de cierto límite, destruye las ganancias».

Marx caracterizó la Ley de Say como un «lastimoso disparate» y «balbuces infantiles», criticó profundamente a Ricardo (a quien por lo general admiraba) por su «miserable sofistería» al aceptar una versión de la Ley de Say. «Ricardo», señaló Marx, «recurre a la absurda premisa de Say según la cual el capitalista no produce por la ganancia, por el plusvalor, sino que produce directamente en gracia al consumo, al valor de uso de su propio consumo. Pierde de vista que la mercancía necesita convertirse en dinero» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, p. 432). Los ricardianos se aferraron al «concepto de la unidad» entre la demanda y la oferta y entre la producción y el consumo «al enfrentarse a la contradicción». Cuando se llegó así a las crisis de sobreproducción, se vieron obligados a insistir en «que la producción jamás se vería expuesta a crisis si se atuviera a sus libros de escuela» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, p. 461).

Marx vociferó igualmente en su condena a Malthus, cuyo análisis era «puerilmente endeble, cuán trivial y cuán vacío» y cuyo trabajo principal en economía política era «un cómico ejercicio de impotencia» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. III, p. 42). Los ataques verbales que Marx lanzara a Malthus tenían más que ver con la apología de este último «de la situación existente en Inglaterra, los privilegios de los terratenientes, “el Estado y la Iglesia”, los pensionistas, los recaudadores de impuestos, los especuladores de bolsa, los ministriles, párrocos y servidores de poca categoría» que con la posición de Malthus en la controversia sobre la «saturación general». Con respecto de esta última, Marx reconoció a Malthus que no había tratado de ocultar «las contradicciones de la producción burguesa», aunque las denunció a fin de «poner de relieve como necesaria la miseria de las clases trabajadoras» y de demostrar «a los capitalistas la necesidad [de un] clero de la Iglesia y un Estado bien cebados, para crear una demanda suficiente para

este fin» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. III, p. 47). Marx sintió mucha más simpatía por Sismondi quien, en su opinión, había «captado en forma más bien burda pero no menos correcta» la «contradicción fundamental» dentro del sistema capitalista «obligado por sus leyes inherentes [...] a crear las fuerzas productivas como si la producción no tuviera lugar sobre una base social estrecha y restringida». Sismondi pudo consecuentemente ver que «las crisis no son accidentales [...] sino manifestaciones esenciales (que se producen a amplia escala y en periodos definidos) de contradicciones inherentes», que forman las «causas más profundas y escondidas de las crisis» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. III, pp. 56, 84). Desgraciadamente, Marx no habla mucho más de Sismondi en *Teorías sobre la plusvalía*, pues dice que «la crítica de sus ideas [no] tiene cabida [aquí, sino] en una parte que me propongo escribir más tarde [sobre] el movimiento real del capital (la competencia y el crédito)» (p. 43).

En tanto Marx no completó su proyecto, no podemos encontrar una teoría de las crisis completa y coherente en sus escritos; ni sabemos exactamente qué aspectos de la teoría de la «saturación general» estaba dispuesto aceptar. Sus comentarios críticos sobre la Ley de Say y algunas observaciones suyas sobre las relaciones entre la producción y el consumo han llevado a algunos marxistas a interpretar a Marx como un «partidario del subconsumo» que vio el desequilibrio entre la oferta y la demanda efectiva ejercida por la masa del proletariado como la principal barrera para la acumulación y como la fuente de crisis periódicas y recurrentes. Este es, por ejemplo, el punto de vista de Paul Sweezy.² ¿Acaso no fue el propio Marx quien dijo que «la razón última de todas las crisis reales sigue siendo siempre la pobreza y la restricción del consumo de las masas, en contraste con la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si solamente la capacidad absoluta de consumo de la sociedad constituyese su límite» (*El capital*, vol. III, p. 559).

Rosa Luxemburgo (1951), por su parte, expresó una queja totalmente diferente. El análisis de Marx de la reproducción social en el segundo volumen de *El capital* pareció mostrar que la acumulación de capital podía continuar indefinidamente y sin límites. Eso parecía poner a Marx del lado de la versión de Ricardo de la Ley de Say, según la cual no hay una cantidad de capital que no se pueda emplear en un país, puesto que el único límite a la demanda global es el que la propia producción impone.

Marx ha sido descrito de distintas formas, tanto por marxistas como por no marxistas, entre otras cosas como partidario del subconsumo, como un teórico del crecimiento equilibrado y como un teórico de la tendencia

² Sweezy (1968). Para una historia crítica de las teorías del subconsumo, véase el excelente estudio de Bleaney (1976).

hacia un estancamiento secular a largo plazo.³ Su evidente simpatía por la opinión de Sismondi de que el nivel de producción total no se elige arbitrariamente y que hay un punto de equilibrio para la distribución del ingreso total y del producto que facilitaría la reproducción y expansión del producto y de los ingresos a través de periodos de tiempo sucesivos, ha llevado a algunos economistas burgueses a ver a Marx como el precursor de Keynes. El propio Keynes, si bien apelaba a Malthus y pasaba por alto a Sismondi, ciertamente colocó a Marx en ese «submundo furtivo» de los teóricos que mantenían viva la cuestión de la demanda efectiva deficiente. El ataque de Keynes a la Ley de Say —que había pasado de las manos de Ricardo y John Stuart Mill a las de los economistas neoclásicos— no fue menos vigoroso que el que Marx lanzara muchos años antes. Cubría también gran parte del mismo terreno. Es interesante mencionar que el economista polaco Kalecki, que llegó independientemente a muchas de las conclusiones que expuso Keynes en su *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, se inició con un pie firme en la teoría marxista.

La relación entre la teoría marxista y la teoría keynesiana no es sin embargo fácil de determinar. Aparte de las diferencias obvias en la metodología, la filosofía y las creencias políticas, Keynes estaba muy interesado en los fenómenos a corto plazo y en las políticas de estabilización que podía seguir el gobierno, mientras que Marx estaba más interesado en la dinámica a largo plazo y en la lógica interna del capitalismo como motor del cambio histórico. No obstante, cuando se proyecta la teoría keynesiana a largo plazo, esta comienza a exhibir paralelos con ciertos aspectos de la teoría marxista, al mismo tiempo la teoría marxista del interés, la formación del capital fijo y los ciclos de negocio — por débilmente articulados que estén— puede compararse provechosamente con la teoría keynesiana. Además, estamos considerando dos teorías en rápida evolución, y entre las que hay una enorme influencia mutua. Resulta igual de fácil considerar a Marx a través de unas gafas keynesianas, que la teoría de Keynes como un «caso especial» de la teoría marxista.⁴

Marx ha sido considerado también como el precursor de la moderna teoría del crecimiento. Es interesante seguir aquí el linaje de su descendencia. Feldman, un economista soviético que trabajó en los años veinte, trató de elaborar los modelos de reproducción social contenidos en el segundo volumen de *El capital* (los mismos modelos que habían molestado tanto

³ Osadchaya (1974) observa de forma interesante las diferentes formas en que distintas escuelas de pensamiento se han apropiado de los argumentos de Marx.

⁴ Keynes (1936) se limita a aludir de pasada a Marx, pero Kalecki (1971) y Robinson (1967, 1968) experimentaron una influencia mucho más directa. Sobre la relación entre el pensamiento keynesiano y el marxista, véanse Dumenil (1977), Fine (1980), Mattick (1969) y Tsuru (1968).

a Luxemburgo). Feldman extrajo un «modelo» de crecimiento económico que se anticipa en ciertos aspectos a las conclusiones que sacaron muchos años después Harrod y Domar. El modelo de crecimiento de Harrod y Domar buscaba un justo medio entre el énfasis de Ricardo en la producción y el de Keynes en la demanda. Domar —que reconoció abiertamente su deuda con Feldman— destacó que su propósito era resolver los dilemas que dejaron pendientes Marx y Keynes, siguiendo la pista a «los efectos de la acumulación del capital sobre las inversiones actuales, las tasas de ganancia, el nivel de los ingresos y el empleo». También trató de mostrar que «existe una tasa de crecimiento de los ingresos, aunque esté vagamente definida, que caso de alcanzarse no lleva a la disminución de la tasa de ganancia, la escasez de oportunidades de inversión, el desempleo crónico y otras calamidades similares [...] hasta donde podemos juzgar ahora, la tasa de crecimiento no está más allá de nuestras posibilidades físicas». Esta posibilidad de un crecimiento equilibrado —un equilibrio dinámico— no implica su logro automático en la práctica, y por eso Harrod y Domar usaron la idea del equilibrio, como hizo Marx, como base para entender la inestabilidad crónica del capitalismo.⁵

Resumo todo esto para mostrar que el análisis de Marx de la relación entre la producción y el consumo es susceptible de diversas interpretaciones, y por tanto se le puede considerar como el precursor de muchas teorías burguesas contemporáneas, a menudo incompatibles entre sí. Las formulaciones de Marx han generado interpretaciones igualmente diversas dentro de la tradición marxista en las obras de Luxemburgo, Bauer, Bujarin, Grossman y Sweezy, interpretaciones que dibujan caminos aparentemente muy distintos, según el aspecto de los escritos del propio Marx sobre la producción y el consumo que reciba un lugar prioritario.⁶

¿Pero qué fue precisamente lo que dijo Marx acerca de todo esto? Si hubiera una respuesta sencilla, no habría lugar para la controversia. Podemos establecer con bastante certeza el motivo por el que Marx no explicó claramente su posición. Las crisis en el mercado mundial, donde «todas las contradicciones de la producción burguesa hacen erupción al mismo tiempo», se entenderían plenamente después de un estudio cuidadoso de la competencia, el sistema de crédito, el Estado, etc. Por ejemplo, Marx aplazó su consideración de las opiniones de Sismondi porque deseaba preparar primero el terreno para la teoría —no deseaba

⁵ Osadchaya (1974) discute esto (la cita de Domar proviene de este trabajo) pero hay que leer también a Blaug (1978), Erlich (1978), Kühne (1979) y Krelle (1971).

⁶ El tremendo debate sobre si el capitalismo estaba o no destinado a derrumbarse produjo una cantidad increíble de publicaciones a principios de siglo. Sweezy resume gran parte del debate, al igual que Kühne (1979); véase también Luxemburgo (1951) Luxemburgo y Bujarin (1972), Grossman (1977), Pannekoek (1977) y Rosdolsky (1977).

postular una teoría sobre una base conceptual inadecuada—. Por eso abordó las relaciones entre la producción y el consumo y entre la oferta y la demanda, con la mayor circunspección. Y cuando mencionó por primera vez estas cuestiones, lo hizo por lo general en un contexto muy específico y bajo supuestos muy restrictivos. Marx nos dejó algunos análisis parciales pero sin una imagen de la totalidad. Esto explica por qué su obra ha dado origen a tal variedad de teorías, que a menudo se contradicen entre sí. La síntesis que Marx trataba de alcanzar debía supuestamente ser presentada en su trabajo sobre el mercado mundial y las crisis —una obra que nunca llevó a cabo—. Naturalmente, no podemos determinar con exactitud cómo habría sido esa obra, pero podemos revisar algo el terreno que Marx preparó con su minuciosidad característica y buscar algunos indicios del lugar al que se encaminaba.

1. Producción y consumo, oferta y demanda, crítica de la Ley de Say

De forma bastante abstracta, Marx dirigió sus pensamientos a las relaciones entre la producción y el consumo en la célebre «Introducción» de los *Grundrisse*. Allí argumenta que «la producción, la distribución, el intercambio y el consumo [...] son todos miembros de una totalidad. Distinciones dentro de una unidad» y que las interacciones mutuas entre estos diferentes momentos tienen una estructura sumamente compleja. Marx califica de «idea obvia y gastada» que «la producción hace surgir los objetos correspondientes a las necesidades; la distribución los reparte con arreglo a las leyes sociales; el intercambio vuelve a distribuir lo ya distribuido según las necesidades de cada cual y, por último, en el consumo el producto sale de este movimiento social para convertirse directamente en producto servidor de la necesidad individual y a satisfacerla mediante el disfrute». Ese concepto es, para Marx, bastante inadecuado. ¿Cómo puede entonces ser representado adecuadamente?

Marx considera tres formas fundamentales que puede asumir la relación entre la producción y el consumo. En primer lugar, el consumo y la producción pueden constituir una *identidad inmediata*, en tanto el acto de producción requiere el consumo de materias primas, instrumentos de trabajo y fuerza de trabajo. La producción y el consumo son aquí la misma cosa y podemos llamar a esto «consumo productivo». El consumo por lo general requiere también de un proceso de producción simultáneo (especialmente en los servicios personales) y esta «producción de consumo» (como la preparación de alimentos en el hogar) descansa de modo similar en una identificación inmediata entre la producción y el consumo. La distinción entre el consumo productivo y la producción de consumo se vuelve

importante bajo las relaciones de producción capitalista, porque el primero está totalmente dentro de la esfera de la producción de plusvalor mientras que la segunda puede permanecer fuera de la esfera de producción directa del plusvalor —en tanto implica servicios personales a la burguesía o actividades productivas dentro de la familia obrera (cocinar, lavar, etcétera)—.

En segundo lugar, Marx considera la producción y el consumo en una mutua relación de *mediación*. La producción crea el material para el consumo, dicta también la manera en que se consume y al mismo tiempo proporciona los motivos para el consumo por medio de la creación de nuevas necesidades y deseos sociales. Por otro lado, el consumo produce producción en el doble sentido de que la producción sería completamente redundante sin el consumo, mientras que el consumo también proporciona el motivo para la producción a través de la representación de los deseos humanos idealizados como querencias y necesidades humanas específicas.

El tercer aspecto, y el más difícil de comprender, es la manera en la que se relacionan la producción y el consumo, de tal modo que «cada uno de ellos crea al otro al completarlo y se crea a sí mismo en tanto otro». Este es el sentido marxiano de la dialéctica, de los significados relacionales. Marx trata de transmitir aquí el sentido de un proceso en el que la producción fluye dentro de un proceso de consumo —«en el que se completa»—, y viceversa. La unidad de los dos procesos constituye un proceso social de reproducción. «Lo más importante, aquí, es limitarse a destacar que, aunque consideramos la producción y el consumo como actividades de un sujeto o individuo particular, estas se manifiestan, en todo caso, como momentos de un proceso en el que la producción constituye el punto de partida real y también, por tanto, el momento trascendente». Sin embargo, para que esto no se malinterprete en el sentido de que la producción determina el consumo, Marx añade rápidamente que el consumo «como necesidad» es un momento intrínseco de la producción cuando se halla dentro del contexto de un proceso de reproducción social, «el individuo produce un objeto y, mediante su consumo [...] es reproducido como individuo productivo». En una sociedad caracterizada por la división del trabajo y el intercambio y por la relación social entre el trabajo y el capital, los procesos de reproducción deben abarcar la reproducción de la fuerza de trabajo y también la reproducción de la relación social entre el capital y esa fuerza. Vamos a explicar las implicaciones de todo esto.

Este punto de vista «dialéctico» de la relación entre la producción y el consumo constituye, para Marx, la única forma adecuada de conceptualizar el problema. Subraya que el valor se debe entender en términos de *la unidad de producción y consumo* que le sirve de base, aunque dividida por la separación entre ellos. Desde este punto de vista podemos revelar los

secretos de la oferta y la demanda y sentar las bases para una crítica de la Ley de Say. Sigamos a Marx a lo largo de ese camino.

«Nada puede ser mas desatinado», truena Marx en *El capital* (vol. I, p. 166), «que el dogma según el cual la circulación de mercancías implica un equilibrio necesario entre las compras y las ventas, puesto que toda venta es al mismo tiempo compra, y viceversa. Si con esto se quiere decir que el número de compras efectivamente llevada a término es igual al de las compras, se formula una trivial tautología. Pero lo que se pretende demostrar es que el vendedor lleva al mercado a su propio comprador». El primer paso que da Marx es plantear la cuestión de la relación entre las compras y las ventas en el contexto de un sistema generalizado de intercambio de mercancías, en contraste con el simple trueque. Para Marx no era admisible establecer «el equilibrio metafísico de las compras y las ventas» reduciendo el proceso de circulación al trueque directo (*Contribución a la crítica de la economía política*, OFME, vol. 11, p. 297).

La circulación de las mercancías produce una continua transformación del valor de uso material a la forma de valor de cambio; pero cada secuencia, *M-D-M*, tiene que verse simplemente como «un conjunto de cadenas entrelazadas hasta el infinito de este movimiento que comienza y termina sin cesar en un número infinito de puntos diferentes». De este modo, «cada venta o cada compra singular subsiste en cuanto acto indiferente y aislado, cuyo acto complementario puede separarse en el tiempo y en el espacio y no necesita, pues, empalmarse directamente con él para ser su continuación» (*Contribución a la crítica de la economía política*, pp. 293-294). Esta separación en el espacio y en el tiempo entre las ventas y las compras crea la posibilidad — la única posibilidad — de que haya crisis (*El capital*, vol. I, p. 73; *Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, pp. 460-476). Es el dinero el que hace posible esta separación, porque una persona que acaba de vender no tiene la obligación inmediata de comprar y en vez de hacerlo puede guardar su dinero. Marx insinúa una concepción muy simple de la Ley de Say al tiempo que da forma a una refutación directa de dicha ley:

[Las compras y las ventas] se desdobl原因 y pueden sustantivarse la una con respecto de la otra. La oferta de todas las mercancías puede, en un momento dado, exceder la demanda de todas las mercancías, si la demanda de la *mercancía general*, [que es] el dinero [...] excede la demanda de todas las mercancías especiales [...] Si la relación entre la oferta y la demanda se concibe de un modo más desarrollado y más concreto, ello se debe a la producción y al consumo. Aquí habría que volver a retener la unidad de estos dos momentos, que es de por sí y se impone de un modo violento precisamente en las crisis frente al desdoblamiento y el antagonismo (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, p. 465).

Todo ello avanza una cuestión importante en el análisis de Marx, quien argumenta: «La crisis no es otra cosa que la afirmación por la fuerza de la unidad de fases del proceso de producción que se han vuelto independientes entre sí», o, como prefiere expresarlo en *El capital* (vol. III, p. 287): «El conflicto entre las fuerzas impulsoras antagónicas se desahoga periódicamente en forma de crisis. Estas siempre son solo soluciones violentas puramente momentáneas de las contradicciones existentes, erupciones violentas que restablecen por el momento el equilibrio perturbado».

En su obra, Marx hace uso frecuentemente del concepto del equilibrio. Debemos especificar la interpretación que le da, pues de lo contrario corremos el riesgo de interpretar mal su análisis. Al considerar la oferta y la demanda, por ejemplo, Marx comenta que «si dos fuerzas actúan por igual en sentido opuesto se anulan mutuamente, dejan de explicar nada; por tanto, los fenómenos que se produzcan en estas condiciones deberán explicarse por causas ajenas a la intervención de estas dos fuerzas». Por tanto, si «la oferta y la demanda se neutralizan recíprocamente, dejan de explicar nada», y de ahí se deduce que «las leyes internas reales de la producción capitalista no pueden explicarse por la interacción de la oferta y la demanda» (*El capital*, vol. III, p. 219). El equilibrio entre la oferta y la demanda se logra únicamente por medio de una reacción en contra de la alteración constante del equilibrio.

En tanto prueba de esta última proposición, Marx cita el perpetuo ajuste logrado por medio de la competencia, que de forma incontrovertible muestra «que existe algo que compensar y que, por tanto, la armonía es siempre resultado del movimiento de superación de la desarmonía existente». Asimismo, «todas las esferas de producción conservarían la misma proporción entre sí» algo que no se puede lograr excepto «con la neutralización constante de la falta de armonía» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, p. 487).

Todo esto suena bien y es bastante convencional. Lo que diferencia a Marx de la economía política burguesa (tanto antes como después) es el énfasis en la *necesidad* de partir del equilibrio y en el papel crucial de las crisis para restaurarlo. Los antagonismos incrustados en el modo de producción capitalista son tan fuertes que desvían continuamente al sistema del estado de equilibrio. En el curso normal de los acontecimientos, insiste Marx, el equilibrio se puede lograr únicamente de forma accidental (*El capital*, vol. II, p. 553). Marx invierte así la tesis de Ricardo de que el desequilibrio es accidental y trata de identificar las fuerzas internas del capitalismo que generan el desequilibrio. Para hacer esto, Marx tiene que generar conceptos de equilibrio apropiados a este fin. Y es precisamente por esto que Marx consideró necesario ir más allá de la apariencia superficial de la oferta y la demanda e incluso de las descripciones superficiales de la producción y el consumo, a fin de articular una teoría del valor adecuada

a este propósito. Solo después de que la teoría del valor cumpla su función, podemos volver sobre las cuestiones de la oferta y la demanda y explorar en detalle la producción y el consumo. Mientras tanto, el foco de atención bascula entre la producción y realización del plusvalor como capital, porque esto, después de todo, es de lo que trata realmente el modo de producción capitalista.

2. La producción y la realización del plusvalor

La relación entre la producción y el consumo ha sido considerada, hasta este punto, en términos de valores de uso y precios. Vamos a examinarlos ahora desde el punto de vista de los valores, integrando una comprensión de los mismos en el contexto de la producción de plusvalor.

Recordemos, en primer lugar, que el capital viene definido como un proceso —como un valor «en movimiento»— que experimenta una expansión continua por medio de la producción de plusvalor. Consideremos ahora la estructura del proceso de circulación como aparece en el gráfico XI.1. En su forma más simple, y considerada desde el punto de vista del capitalista individual, el capital circula a través de tres fases básicas. En la primera, el capitalista actúa como *comprador* en los mercados de mercancías (incluyendo el mercado de fuerza de trabajo). En la segunda, el capitalista actúa como un organizador de la producción y en la tercera aparece en el mercado como *vendedor*. El valor adopta un aspecto material diferente en cada fase: en la primera aparece como dinero, en la segunda como proceso laboral y en la tercera como mercancía material. La circulación del capital presupone que se pueden producir traslaciones continuas de una fase a otra sin ninguna pérdida de valor. Las traslaciones no son automáticas y las diferentes fases están separadas en el tiempo y en el espacio. Como consecuencia, «surgen relaciones de circulación así como de producción que son como otras tantas minas que hacen explotar» el fluido funcionamiento de la sociedad burguesa:

El ciclo del capital solo se efectúa normalmente mientras sus distintas fases se desenvuelven sucesivamente sin paralizaciones. Si el capital se estanca en la primera fase, D-M, entonces el capital dinerario se congela, convirtiéndose en tesoro; si se paraliza en la fase de la producción, entonces los medios de producción yacen, desprovistos de función, de un lado, mientras del otro la fuerza de trabajo permanece desocupada; si la detención ocurre en la última fase M'-D' las mercancías acumuladas que no se pueden vender obstruyen la fluencia de la circulación (*El capital*, vol. II, p. 70).

Surge aquí la confusión, ya que Marx da un doble significado a la palabra «circulación». Al decir «circulación del capital», pensamos en el capital que avanza a través de todas sus fases, una de las cuales es la esfera de la *circulación*, el momento en que una mercancía terminada llega al mercado en el proceso de intercambio. La circulación de capital se puede concebir de la siguiente manera: el plusvalor se origina en la producción y se realiza en la circulación. Aunque el momento fundamental en el proceso puede ser la producción, el capital «que no pasa la prueba de la circulación» ya no es capital.

Marx define la «realización del capital» en términos del movimiento exitoso del capital a través de cada una de sus fases.⁷ El capital dinero se debe realizar a través de la producción; el capital productivo se debe realizar en forma de mercancías; y las mercancías se deben realizar como dinero. Esta realización no se logra de forma automática porque las fases de circulación del capital están separadas en el tiempo y en el espacio.

Al capital que no se realiza se le denomina de diversas formas: «devaluado», «desvalorizado», «depreciado» o incluso «destruido». Marx (o sus traductores) parecen usar estos términos indistintamente y de forma inconsistente. Yo voy a limitar mi uso de estos términos de esta forma: la «destrucción del capital» se refiere a la pérdida física de los valores de uso. Me voy a limitar a usar la noción de «depreciación del capital», de acuerdo principalmente con el uso moderno, para tratar la cambiante valoración monetaria de los activos (de lo que se deriva que la apreciación es tan importante como la depreciación). Por último, voy a reservar el término «devaluación» para las situaciones en las que se pierde tiempo de trabajo socialmente necesario bajo su forma material, sin que necesariamente quede destruida esta forma.

Todos estos son conceptos importantes y desempeñan un papel clave en el análisis que sigue. El propio Marx escribe algunas frases confusas —como «depreciación de los valores» y «depreciación moral»—, e incluso extiende esas frases para hablar sobre la «depreciación de la fuerza de trabajo» así como de la «depreciación del trabajador» en tanto persona. El

⁷ Algunos traductores y teóricos prefieren el término «proceso de valorización» para comprender la creación del plusvalor a través del proceso de trabajo (véase la introducción de Ernest Mandel a la edición de Penguin de *El capital*). Aunque esto tiene la virtud de plantear una clara distinción entre los procesos de realización en la producción y los procesos de realización en el mercado (subrayando las diferencias cruciales entre ellas), tiene la desventaja de distraer la atención de la continuidad necesaria en el flujo de capital a través de las diferentes esferas de producción e intercambio. Puesto que interpreto el valor en términos de la unidad de producción e intercambio, prefiero usar el término «realización» para referirme al movimiento y a la autoexpansión del capital y dejar que el contexto o un modificador apropiado indiquen si estoy hablando sobre la realización a través del proceso de trabajo (valorización), la realización a través del intercambio o sobre la unidad de ambas.

juego de palabras es interesante porque dirige la atención a las relaciones, pero también puede confundir en el sentido de que lo que se describe no se mantiene claramente a la vista.

Al restringir mi propio uso de estos términos, para que la destrucción se relacione con el valor de uso, la depreciación con el valor de cambio y la devaluación con el valor, espero aclarar algunos de los significados de Marx. No obstante, esta aclaración se lograría a un alto coste, caso de no reconocer que el valor de uso, el valor de cambio y el valor expresan una unidad básica que requiere que la destrucción, la depreciación y la devaluación del capital sean consideradas unas como parte de las otras.

Todas las crisis son crisis de realización y resultado de la devaluación del capital. Un examen de la circulación del capital y de sus posibles diversificaciones sugiere que esta devaluación puede tomar diferentes formas tangibles: 1) capital dinero ocioso; 2) capacidad productiva no utilizada; 3) fuerza de trabajo no empleada, o empleada por debajo de su capacidad y 4) un excedente de mercancías (inventarios excesivos).

En los *Grundrisse* (vol. I, pp. 271 y ss.), Marx da mucha importancia a esta idea general. De nuevo, para evitar malas interpretaciones, debemos tomar medidas dirigidas a afinar este argumento. Un error común, por ejemplo, es considerar una crisis de «realización» como la forma particular de crisis que surge cuando no se encuentra comprador para las mercancías. La realización y la venta de mercancías serían tratadas entonces como la misma cosa, pero Marx argumenta que las barreras a la realización existen en el interior y entre cada una de las fases de la circulación. Vamos a considerar las diferentes formas que pueden tomar estas barreras a la circulación del capital.

2.1. La estructura del tiempo y los costes de realización

En los *Grundrisse*, Marx plantea un argumento que a primera vista parece algo peculiar. Sugiere que, cuando el capital adopta determinada forma —como, por ejemplo, un proceso de producción, un producto que espera a ser vendido, una mercancía que circula en las manos de los comerciantes capitalistas, dinero que espera a ser transferido o usado— entonces ese capital queda «virtualmente devaluado» (vol. II, p. 46). El capital que «descansa» en cualquiera de estos estados puede calificarse como «negado», «inactivo», «durmiente» o «fijado». Por ejemplo, «mientras el capital permanece estancado bajo la forma de producto acabado, no puede actuar como tal capital, [y] es [así] capital negado» (vol. I, p. 396). Esta «devaluación virtual» se supera o se «suspende» tan pronto como el capital reanuda su movimiento (vol. I, p. 314). La ventaja de considerar la devaluación

como un «momento necesario en el proceso de valorización» (vol. I, p. 272) es que nos permite ver inmediatamente la posibilidad de una devaluación general del capital —una crisis— y nos aleja de las identidades asumidas bajo la Ley de Say. Cualquier fracaso a la hora de mantener cierta velocidad de circulación del capital a través de las distintas fases de producción y realización generará una crisis. La estructura del tiempo de la producción y de la realización se convierten entonces en una consideración crucial. Las crisis sobrevienen si los inventarios se incrementan, si el dinero permanece ocioso más tiempo del estrictamente necesario, si se retienen existencias durante periodos más largos durante la producción, etc. Por ejemplo, «la crisis no [se produce] solamente porque la mercancía resulte invendible, sino porque no puede venderse dentro de determinado plazo» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, p. 473).

Pero hay algo más aquí implicado. El tiempo que dura cada uno de los ciclos es, en cierto sentido, una pérdida de capital, aunque solo sea porque «el tiempo pasa» (*Grundrisse*, vol. I, p. 396).

Mientras [el capital] permanece en el proceso de producción, no es circulable, y aparece virtualmente desvalorizado. Mientras permanece en el proceso de circulación, no es capaz de producir [...] Mientras no puede lanzarse al mercado, queda fijado como producto; mientras tiene que permanecer en el mercado, se halla fijado como mercancía. Mientras no pueda cambiarse por las condiciones de producción, queda fijado como dinero (*Grundrisse*, vol. II, pp. 42-43).

Existe, por tanto, una presión considerable para acelerar la velocidad de la circulación del capital, ya que esta aceleración es lo que incrementa la suma de los valores producidos y la tasa de ganancia. Las barreras a la realización se reducen al mínimo cuando se produce «el paso del capital de una fase a otra con la misma velocidad del pensamiento» (*Grundrisse*, vol. II, p. 51). El tiempo de rotación del capital es en sí mismo una medida fundamental que también indica ciertas barreras a la acumulación. En tanto una tasa acelerada de rotación del capital reduce el tiempo durante el cual las oportunidades pasan sin ser aprovechadas, una reducción del tiempo de rotación libera recursos para la ulterior acumulación.

Ligados a la circulación del capital hay también ciertos costes. Las mercancías tienen que ser desplazadas de su fase de producción a su destino final para su consumo. Marx trata estos movimientos físicos como parte del proceso de producción material (véase el capítulo XII) y, por tanto, como productores de valor. Sin embargo, trata otros aspectos de la circulación como no productores de valor, en tanto los considera costes de transacción que se pagan como deducciones del plusvalor, sin importar si

estos costes tienen su causa en el productor o en algún agente especializado (un comerciante, vendedor minorista, banquero, etc.). Los costes de contabilidad, almacenamiento, mercadotecnia, recolección de información, publicidad, etc., son considerados todos como costes de circulación necesarios. Lo mismo se aplica a los costes que origina la circulación del dinero —instalaciones bancarias, mecanismos de pago, etc.—. Marx llama a estos *faux frais* (costes necesarios) de la circulación porque son inevitables y se deben contraer si el capital ha de circular en forma de dinero y mercancías. Además, debemos incluir aquí ciertas funciones básicas del Estado que son necesarias a fin de preservar e incrementar los mecanismos de circulación. Los costes necesarios se restan de la acumulación porque deben pagarse del plusvalor producido. Los ahorros en estos costes (los que se derivan de la explotación de la fuerza de trabajo) tienen el efecto de liberar capital para la acumulación y por tanto son un medio importante para incrementar la acumulación.

Las pérdidas atribuidas al tiempo utilizado, así como los costes reales ligados a la circulación, comprenden un conjunto de barreras a la realización del capital. De aquí se deriva que el impulso de acumular también se debe manifestar como un impulso por reducir estos costes de circulación —de transporte, costes de transacción, de mercadotecnia, etc.—. La eliminación o reducción de estas barreras es parte de la misión histórica de la burguesía, del mismo modo que la acumulación por el afán de acumular. Más adelante tendremos numerosas oportunidades de resucitar esta idea, tanto en un contexto teórico como histórico.

2.2. Los problemas estructurales de la realización

En cada momento o fase de la circulación del capital encontramos determinados tipos de problemas y vale la pena examinarlos a medida que consideramos la transición del dinero a medios de producción y fuerza de trabajo, y la traducción de estos «factores de producción» a una actividad de trabajo que produce una mercancía que debe encontrar luego un comprador en el mercado:

a) Si los capitalistas no pueden encontrar en el mercado las cantidades y calidades correctas de materias primas, instrumentos de producción o fuerza de trabajo al precio apropiado para sus requerimientos de producción individuales, entonces su dinero no puede realizarse en tanto capital. El dinero se atesora. Esta barrera parece algo menos terrible porque el dinero es la forma de valor general y puede convertirse en cualquier otra mercancía sin ninguna dificultad. El capitalista tiene una amplia gama de

opciones. Estas opciones se vuelven más escasas si el capitalista emplea grandes cantidades de capital fijo con una vida relativamente larga. A fin de realizar el valor del capital fijo, el capitalista se ve obligado a mantener una clase específica de proceso de trabajo con requisitos de insumos particulares durante varios años. Sin embargo, cuando se considera de forma agregada, no podemos ser tan optimistas como para creer que todos los capitalistas podrán satisfacer sus necesidades totales de materias primas y de fuerza de trabajo. Más aun, al reinvertir una parte del plusvalor, aquellos capitalistas que produzcan medios de producción para otras industrias deben ampliar su producción anticipándose a futuros requerimientos que no es seguro se materialicen. Una expansión global de la demanda de fuerza de trabajo también presenta multitud de problemas. Posteriormente vamos a examinar algunos de los problemas estructurales que surgen en este caso. La cuestión aquí es que incluso en esta primera fase en la que el dinero se tiene que convertir en insumos de materias primas y fuerza de trabajo surgen dificultades e incertidumbres.

b) En los márgenes del proceso de producción, los capitalistas deben disfrutar de una relación con la fuerza de trabajo y de una tecnología que les permita preservar el valor de las mercancías compradas y además añadir plusvalor. Marx señala, con algo de ironía, que la realización del capital en la producción depende de la «devaluación» del trabajador.⁸ El asunto está bien tratado. Los capitalistas deben dar forma al proceso laboral con el fin de ajustarse al menos al promedio social, imponiendo a los trabajadores un ritmo e intensidad de trabajo que permita la extracción de plusvalor. Deben contrarrestar la guerrilla incesante que acompaña a la lucha de clases en el lugar de trabajo e imponer, a ser posible, un control despótico sobre el proceso de trabajo. El fracaso en este punto supone que no se produzca plusvalor y que el capital dinero que en principio estaba en el bolsillo del capitalista al final no se realice como capital. La competencia plantea una obligación ulterior al capitalista: mantener el paso al ritmo del proceso general de cambio tecnológico. La reorganización del proceso de trabajo produce «revoluciones en el valor»: el tiempo de trabajo socialmente necesario se reduce y el valor del producto unitario baja. El capitalista que no mantiene el paso experimenta una devaluación de capital; el capital se pierde porque las condiciones de trabajo individuales, concretas y específicas no corresponden con las condiciones para incorporar trabajo abstracto. Evidentemente, en la realización del capital dinero en la producción hay que superar muchas barreras.

⁸ Magalinc (1975) construye un argumento muy interesante sobre esta base.

c) En tanto vendedores, los capitalistas están en posesión de mercancías materiales, las cuales deben corresponder con usuarios dispuestos a desprenderse del valor de cambio equivalente al valor incorporado en cada mercancía. La conversión de los valores de uso materiales específicos en la forma general del valor de cambio (el dinero) parece más difícil en principio que la conversión del dinero en mercancías. Por esa razón Marx subraya especialmente esto mismo. Nos topamos aquí con la barrera del consumo. Esta barrera tiene un aspecto dual. En primer lugar, la mercancía debe cumplir una necesidad social; ser un valor de uso social. Existen límites claros para distintos tipos específicos de valores de uso, por ejemplo, cuando cada miembro de una sociedad capitalista es el feliz propietario de una bicicleta, el mercado de bicicletas queda limitado estrictamente a los requerimientos de reposición. Cuando se encuentra con mercados saturados de este tipo, el capital se ve obligado a estimular nuevas necesidades sociales y nuevos deseos por medio de diversas estratagemas. La continua evolución de las necesidades y de los deseos sociales es considerada, por eso, como un aspecto importante de la historia capitalista, un aspecto que expresa una contradicción básica. En los *Manuscritos económico-filosóficos* de 1844 (OFME, vol. 1, p. 627), Marx argumenta que el capitalismo «se manifiesta en parte en el hecho de que lo que por un lado es el refinamiento de las necesidades y de sus medios produce de otro lado un salvajismo bestial y una simplificación tosca, abstracta y total de las necesidades». En los *Grundrisse* y en *El capital* hay muchos datos que justifican tal afirmación.

Desde la perspectiva de los capitalistas que tratan de convertir sus mercancías en dinero, el problema no es simplemente el de satisfacer las necesidades y deseos sociales, sino encontrar clientes con suficiente dinero como para comprar las mercancías que desean. La demanda *efectiva* del producto —la necesidad respaldada por la capacidad para pagar— es la única medida aplicable (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, p. 466). Si no existe una demanda efectiva de mercancías, entonces el trabajo personificado en la mercancía es trabajo inútil y el capital invertido en su producción se pierde, se devalúa.

Así pues, es en la circulación del capital donde los capitalistas son más vulnerables. En tanto tenedores de dinero o patrones en el proceso de producción, los capitalistas ejercen un control directo, pero cuando la mercancía es intercambiada, la suerte del capitalista depende de los actos de otros —trabajadores, otros capitalistas, consumidores improductivos y factores por el estilo— todos los cuales tienen dinero y deben gastarlo de cierta forma a fin realizar el valor incorporado en las mercancías.

No obstante, cuando consideramos el proceso global de la circulación del capital, sorprende de inmediato lo que parece ser un problema importante. Si el modo de producción capitalista se caracteriza por la expansión

perpetua del valor a través de la producción del plusvalor, entonces ¿de dónde viene la demanda efectiva total para realizar el valor en expansión por medio del intercambio?

3. El problema de la demanda efectiva y la contradicción entre las relaciones de distribución y las condiciones para la realización del plusvalor

Las «necesidades sociales», es decir, lo que regula el principio de la demanda, están condicionadas en lo fundamental por la relación recíproca entre las distintas clases y por su respectiva posición económica; es decir, en primer lugar, por la proporción entre el plusvalor total y el salario y, en segundo lugar, por la proporción entre las diversas partes en las que se escinde el plusvalor (ganancia, interés, renta de la tierra, impuestos, etc.); y de este modo aquí también volvemos a ver que no puede explicarse nada a partir de la relación entre la oferta y la demanda, antes de estar desarrollada la base sobre la cual opera esta operación (*El capital*, vol. III, p. 210).

Una investigación de la demanda social efectiva lleva a Marx a la siguiente conclusión:

Las condiciones de la explotación directa y las de su realización no son idénticas. Divergen no solo en el tiempo y el lugar sino también conceptualmente. Unas solo están limitadas por la fuerza productiva de la sociedad, mientras las otras solo lo están por la proporcionalidad entre los distintos ramos de la producción y por la capacidad de consumo de la sociedad. Pero esta [...] se halla determinada [...] por la capacidad de consumo sobre la base de relaciones antagónicas de distribución (*El capital*, vol. III, p. 282).

Hay así una contradicción básica entre los arreglos distributivos característicos del capitalismo y la creación de una demanda efectiva suficiente para realizar el valor de las mercancías a través del intercambio. Sigamos a Marx *en route* a su conclusión.

Consideremos primero la demanda de la clase trabajadora. Esta nunca puede ser una «demanda adecuada» en relación con la acumulación sostenida de capital, porque los «obreros no pueden comprar nunca más que una parte de valor del producto social igual a [...] la porción de valor en que se representa capital variable desembolsado» (*El capital*, vol. II, p. 391). Esto no quiere decir, sin embargo, que la demanda de mercancía salario por los trabajadores no sea importante o que no merezca una cuidadosa revisión.

Considerado desde el punto de vista de la relación de clase entre el capital y el trabajo, el consumo individual del trabajador se convierte en «un elemento en el proceso de reproducción», en tanto sirve para reproducir la fuerza de trabajo requerida para la producción de plusvalor (*El capital*, vol. I, p. 662). Al mismo tiempo los trabajadores se encuentran en una relación propia de una «tienda de raya» respecto de la producción capitalista de mercancías. «Por ejemplo, el capital paga semanalmente el salario que el obrero lleva al tendero, etc., este lo deposita directa o indirectamente, en manos del banquero y, a la semana siguiente, el banquero se lo devuelve al fabricante para que este vuelva a repartirlo entre los obreros, etc., y así sucesivamente» (*Grundrisse*, vol. II, p. 92).

La reproducción de la clase trabajadora y la capacidad de consumo asociada quedan atrapadas dentro de la circulación del capital. Los capitalistas deben producir colectivamente suficientes mercancías salario y desembolsar suficiente capital variable en forma de salarios para asegurar que la clase trabajadora disponga de la demanda efectiva que se requiere para su propia reproducción. No obstante, los capitalistas individuales están bajo una continua presión competitiva con el fin de recortar los salarios y reducir el valor de la fuerza de trabajo, mientras que los que producen mercancías salario consideran a los trabajadores como una fuente de demanda efectiva. Marx dice entonces lo siguiente:

Contradicción del modo de producción capitalista: los obreros como compradores de mercancías, son importantes para el mercado. Pero, como vendedores de su mercancía —la fuerza de trabajo—, la sociedad capitalista tiende a reducirlos al mínimo del precio. Contradicción adicional [...] las potencias productivas nunca se pueden emplear al punto de que con ello no solo se produzca más valor, sino que pueda realizarse ese valor acrecentado; pero por la venta de las mercancías, la realización del capital mercantil y, por ende, también, la del plusvalor, no está limitada por la necesidad de consumo de la sociedad en general, sino por las necesidades de consumo de una sociedad en la que la gran mayoría es siempre pobre y esta condenada a serlo siempre (*El capital*, vol. II, p. 358).

Esta contradicción no puede superarse por medio del incremento de los salarios o alterando el valor de la fuerza de trabajo. Los cambios de este tipo dan por resultado que los lujos se convierten en necesidades —lo que ejemplifica cómo «los deseos sociales son muy elásticos y cambiantes»—; «se restablecerá el equilibrio y el final de todo este proceso será que el capital de la sociedad, incluyendo, por tanto, el capital dinerario, se distribuirá en diferente proporción entre la producción de artículos de primera necesidad y la de artículos de lujo» (*El capital*, vol. II, p. 384; vol. III, p. 217).

Aun cuando el capital variable que forma la demanda efectiva de los trabajadores tiene su origen en el capital, los capitalistas que producen mercancías salario son potencialmente vulnerables a los hábitos de consumo de la clase trabajadora. Ocasionalmente, por tanto, «el señor capitalista, al igual que su prensa, se muestra con frecuencia descontento del modo como los obreros invierten su dinero», y se hacen entonces toda clase de esfuerzos (disfrazados de filantropía burguesa y de cultura) para «elevar el nivel de vida del obrero mediante el mejoramiento de sus capacidades espirituales y morales y convertirlo en un consumidor racional» (*El capital*, vol. II, p. 575). «Racional» es definido, naturalmente, en relación con la acumulación de capital y no tiene nada que ver con las necesidades y deseos humanos fundamentales. De este modo, incluso los trabajadores, particularmente en las sociedades capitalistas avanzadas, están sujetos a la influencia de la publicidad, al tiempo que el gobierno también interviene (por lo general en nombre de la Seguridad Social) para colectivizar el consumo en formas que le dan la posibilidad de gestionarlo de una manera acorde con la acumulación (por medio de políticas fiscales y del gasto público). Sin embargo, todo esto no niega ese otro lado de la «racionalidad» capitalista que presiona perpetuamente para reducir los salarios reales. Lo que nos lleva de vuelta a la contradicción fundamental que impide que la demanda de los trabajadores actúe como una solución al problema de la demanda efectiva.

Los capitalistas generan una demanda efectiva de productos como compradores de materias primas, productos semiterminados y distintos medios de producción (que incluyen maquinaria, edificios y diversas infraestructuras físicas que se requieren para la producción). El valor total del capital constante adquirido proporciona la demanda total del producto de estas industrias. Como sucede con el capital variable, esta demanda efectiva de capital constante se origina en el capitalista. La expansión de la producción requiere crecientes desembolsos en capital constante y en la expansión de la demanda efectiva. En la medida en que ese cambio tecnológico obliga a sustituir capital variable por capital constante (la producción se vuelve más constante e intensiva en capital), somos testigos de un progresivo desplazamiento hacia la producción y consumo de medios de producción.

Debemos mencionar, no obstante, que la demanda total en cualquier momento es igual a $M + V$, mientras que el valor de la producción total es $M + V + P$. Bajo condiciones de equilibrio, esto no resuelve todavía el problema de saber de dónde viene la demanda de P , el plusvalor producido pero aún no realizado a través del intercambio.

Podemos buscar una respuesta a esto considerando en primer lugar el consumo de artículos de lujo por parte de la burguesía. Lo que debe suceder para que la oferta y la demanda se equilibren es que la clase capitalista

ponga dinero en circulación comprando mercancías cuyo valor equivalga exactamente al plusvalor producido.

Por paradójico que parezca a primera vista, es la propia clase de los capitalistas la que lanza a la circulación el dinero que sirve para realizar el plusvalor encerrado en las mercancías. Pero, bien entendido que lo vuelca en aquella no como dinero adelantado, es decir, como capital. Lo gasta como medio de compra para su consumo individual (*El capital*, vol. II, p. 377).

Esto nos indica inmediatamente que una de las condiciones necesarias para la acumulación sostenida es que «el consumo de toda la clase capitalista y de las personas improductivas que giran alrededor de ella discurre paralelamente con el consumo de la clase obrera» y que los capitalistas deben gastar una porción de su plusvalor como ingresos para la compra de bienes de consumo (*El capital*, vol. II, p. 375). Para que esto suceda se requiere «el derroche de la clase capitalista» (*El capital*, vol. II p. 462) o una división de la clase capitalista en capitalistas que ahorran y «consumidores improductivos» que «no solo constituyen un canal de desagüe para los productos lanzados al mercado, sino que, por su parte, no lanzan al mercado ninguna clase de productos» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. III, p. 40). Estos «consumidores improductivos» representan «el consumo por el consumo», y existen como una especie de imagen especular de la «acumulación por la acumulación» que prevalece entre los capitalistas productivos.

Malthus, naturalmente, consideró la necesidad de un consumo conspicuo por parte de la burguesía y convirtió este en una condición necesaria y suficiente para la acumulación del capital. Marx acepta que el consumo burgués debe mantener el paso de la acumulación para evitar las crisis, pero habla despectivamente de la idea de Malthus de que esa clase de consumidores (o compradores) improductivos pueda funcionar como el *deus ex machina* de la acumulación, proporcionando estímulo para la ganancia y medios para realizar el plusvalor. Como es natural, los capitalistas individuales tienen por lo general la capacidad de sobrevivir bastante bien y de vivir de su riqueza mientras esperan que el plusvalor vuelva a ellos. Desde esta perspectiva pareciera como si los capitalistas arrojaran dinero a la circulación para adquirir bienes de consumo que, al final del periodo de producción, se pagarán con el plusvalor. Pero en tanto proceso social general presenta límites evidentes. Debemos considerar aquí ¿de dónde provienen exactamente los recursos financieros si no es del plusvalor? Lo que nos pone al borde de una tautología del siguiente tipo: los recursos financieros para realizar el plusvalor provienen de la producción del propio plusvalor. En último caso, tenemos que penetrar en esa tautología y averiguar qué está detrás de ella.

No obstante, estamos ya en posición de ver que las condiciones de distribución dominantes en la sociedad capitalista erigen barreras a la realización por medio del intercambio, barreras mucho más restrictivas que las que existen en la esfera de la propia producción. «La naturaleza [misma] de la producción capitalista», escribió Marx, «significa producción sin tener en cuenta [para nada] los límites del mercado» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, pp. 480-482). «Como el mercado y la producción [son] dos [campos] indiferentes [...]», continúa, «cabe la posibilidad de que la ampliación de uno [de ellos] no se compagine con la del otro». La sobreproducción, la superabundancia de mercancías, «tiene como condición, especialmente, la ley general de la producción del capital, [que consiste en] producir a tono con las fuerzas productivas [...] sin preocuparse de los límites establecidos por el mercado o las necesidades solventes y [llevar a cabo] esto mediante la ampliación constante de la reproducción y la acumulación [...] mientras que de otra parte, la masa de productores [la clase trabajadora] sigue ateniéndose necesariamente a la medida media de las necesidades y a la base de la producción capitalista» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, p. 491).

Una forma potencial de salir de esta dificultad consiste en ampliar las relaciones comerciales por medio de sociedades y sectores no capitalistas o precapitalistas. Esta fue la solución de Luxemburgo al problema de la demanda efectiva, que le llevó a establecer una firme conexión entre la acumulación de capital y la expansión geográfica del capitalismo por medio de las políticas coloniales e imperialistas. En *El capital*, Marx excluye en su mayor parte las cuestiones del comercio exterior y asume que «la producción capitalista está establecida en todas partes y se ha apoderado de cada rama de la industria» (*El capital*, vol. I, p. 670). Sin embargo, en los *Grundrisse* (vol. I, p. 276) no se restringe de este modo. Argumenta allí que «una condición de la producción capitalista es [...] la creación de una órbita de circulación cada vez más amplia», ya que «la tendencia a crear un mercado mundial se halla, por tanto, directamente implícita en el concepto mismo del capital». Esto lleva a Marx a una tesis general que se aplica por igual tanto a su expansión geográfica, como a la profunda penetración de la influencia del capitalismo sobre la vida social:

El capital fomenta esta tendencia a remontarse por encima de las barreras y los prejuicios nacionales y a sobreponerse a la deificación de la naturaleza y al modo tradicional de satisfacer las necesidades, circunscrito dentro de determinados límites concretado en las necesidades existentes y en la reproducción del viejo modo de vida. El capital actúa destructivamente contra todo esto y [ejerce una acción] constantemente revolucionaria, derribando todos los límites que obstruyan el

desarrollo de las fuerzas productivas y se oponen a la expansión de las necesidades, a la diversificación de la producción y a la explotación y el intercambio [libre] de las fuerzas naturales y espirituales (*Grundrisse*, vol. I. p. 278).

Los teóricos de la superabundancia no apreciaron la capacidad del capitalismo para generar esas transformaciones revolucionarias en el modo de vida, al igual que para convertirse en un sistema mundial. Desde este punto de vista, Marx saca la conclusión de que «los economistas que, como Ricardo, identifican la producción de manera inmediata con la autovalorización del capital, sin preocuparse para nada ni de los límites del consumo [...] los lleva a comprender de un modo más exacto y más profundo la esencia positiva del capital que aquellos otros que, como Sismondi, subrayan solamente las limitaciones creadas por el consumo» (*Grundrisse*, vol. I, p. 279). Lo que no apreció Ricardo fue que el derrumbe incesante e inexorable de las antiguas barreras y la transformación revolucionaria de las necesidades a escala mundial «solo transfiere las contradicciones a una esfera más amplia y les da mayor latitud» (*El capital*, vol. II, p. 521).

Aun cuando Marx acepta la idea de que la acumulación da inevitablemente como resultado que el capital penetre y absorba los sectores no capitalistas —incluyendo aquellos que están en lugares lejanos—, niega específicamente que esto pueda resolver el problema de la demanda efectiva. Marx pensó sencillamente que si había de hallarse una solución, esta debía estar dentro del propio modo de producción capitalista.⁹

De este modo, Marx vuelve a considerar otra posible solución al problema. «La plusvalía creada en un punto requiere en otro punto la creación de plusvalía [...] aunque solo se trate, por el momento, de una producción adicional de oro y plata, de dinero, pero que, si la plusvalía no puede volver a convertirse directamente en capital, existe, bajo forma de dinero, como posibilidad de nuevo capital» (*Grundrisse*, vol. I, p. 276). Quizá la demanda efectiva adicional requerida para realizar el plusvalor puede venir simplemente de una expansión de la cantidad de dinero, ya sea directamente por medio de la producción de una mercancía dinero, como el oro, o indirectamente a través del sistema de crédito.

A primera vista, esa solución parece tener sentido. Un análisis del dinero muestra que la insuficiencia en la cantidad de dinero puede obstaculizar gravemente la circulación de mercancías. Bajo condiciones de insuficiencia de dinero, podemos observar una aceleración en la acumulación cuando se incrementa el suministro de dinero. En este punto, podemos

⁹ Marx parece estar siguiendo aquí la *Filosofía del derecho* de Hegel. Véase el capítulo XIII de este libro.

sentir la tentación de inferir injustificadamente que una expansión en el abastecimiento de dinero siempre lleva a la acumulación, y que lo hace proporcionando la demanda efectiva de un producto del que de otra forma se carecería. Si bien Marx acepta que la organización del sistema de crédito es una condición necesaria para la supervivencia de la acumulación (véase el capítulo IX de este libro), nos advierte que «no hay que formarse ideas místicas acerca de la fuerza productiva del sistema crediticio» (*El capital*, vol. II, p. 390). Sin embargo, persiste la tentación de ver al sistema de crédito como la fuente de la demanda efectiva adicional. Además, desde el punto de vista del ciclo monetario del capital, $D-M-(D+\Delta D)$, parece como si se requiriera más dinero al final de cada rotación a fin de dar cabida a ΔD , la ganancia.

Por todas estas razones, dan ganas de aceptar una versión de la ilusión monetarista según la cual el problema de la demanda efectiva se resuelve con una expansión en la provisión de dinero. Aunque Marx advierte que los productores de oro crean más dinero del que adelantan en la producción (en tanto producen un plusvalor que entra directamente a la circulación como dinero), rechaza definitivamente que esta pueda ser una solución al problema de la demanda efectiva. En tanto el dinero constituye un coste de circulación más que una actividad productiva, el hecho de apoyarse en los productores de dinero para que proporcionen la demanda efectiva adicional tendría el efecto de desplazar al capital de la producción de plusvalor hacia la absorción de plusvalor en tanto coste de circulación. La tendencia histórica, apunta Marx, a tratar de economizar los costes de circulación por medio del sistema de crédito, ejemplifica la futilidad de recurrir a los productores de la mercancía dinero en tanto fuente de demanda efectiva. Un asunto más complejo es disipar las «fantásticas ilusiones» que rodean al sistema de crédito. En los capítulos VIII y X examinaremos esta cuestión en detalle, pero al final veremos que los argumentos empleados son similares.

Marx da, en cualquier caso, el *coup de grâce* a la ilusión monetarista, al considerar el papel del dinero en relación con las mercancías y con los ciclos productivos del capital. La cantidad de dinero requerida a determinada velocidad de circulación (más cualquier cantidad que se requiera como fondo de reserva) está relacionada con el valor total de las mercancías en circulación. Desde este punto de vista, «no cambia absolutamente nada [...] que esta masa de mercancías contenga o no algún plusvalor». La reserva de dinero puede necesitar una reposición o un incremento a fin de dar cabida a la proliferación del intercambio, pero esto no tiene nada que ver directamente con la realización del plusvalor a través del intercambio (*El capital*, vol. II, pp. 524 y ss.).

La investigación de los aspectos monetarios de la realización del plusvalor parece conducir a un callejón sin salida. No obstante, el análisis correcto

de esta cuestión nos proporciona ciertas claves acerca de cuál puede ser la única solución posible al problema de la demanda efectiva. Por ejemplo, la ilusión monetarista surgió en parte debido a que se confundió la cantidad total de dinero con la cantidad total de dinero que funciona como capital. El capital dinero puede ser incrementado convirtiendo en capital una cantidad creciente de la reserva total de dinero. Así es como Marx llega a su propia solución. *La conversión ulterior de dinero en capital proporciona la demanda efectiva requerida para realizar el plusvalor en el intercambio.* Vamos ahora a explorar esta solución sencilla, si bien algo sorprendente, del problema.

El dinero debe existir antes de que se pueda convertir en capital. Mas aun, la insuficiencia de dinero en relación con la cantidad de mercancías en circulación actúa como un obstáculo para la acumulación. No obstante, la creación de dinero no garantiza en ningún caso su conversión en capital. Esta conversión abarca la creación de lo que Marx llama «capital ficticio», esto es, dinero puesto en circulación como capital sin una base material en las mercancías o en la actividad productiva. Este capital ficticio, formado por procesos que consideraremos detalladamente en el capítulo IX, está siempre en una posición precaria, precisamente porque no tiene base material. Pero es esto lo que le proporciona su poder distintivo: en la búsqueda de una base material puede ser intercambiado por el plusvalor incorporado en las mercancías. Así queda resuelto el problema de la realización, tal y como existe en la esfera del intercambio.

Sin embargo, esta solución al problema de la demanda efectiva supone la creación de nuevo capital dinero, que ahora debe realizarse en la producción. Así completamos el círculo. Volvemos a la esfera de la producción, que es naturalmente donde Marx insiste que debemos estar todo el tiempo. La solución a los problemas de realización en el intercambio se convierte en el problema de la realización del plusvalor a través de la explotación de la fuerza de trabajo en la producción. Una vez más vemos la necesidad social de la acumulación perpetua, pero ahora deducimos esa necesidad de un estudio de los procesos de realización dentro del flujo continuo de la producción y el consumo.

Fue en el primer volumen de *El capital*, en el capítulo XXII, que lleva el significativo título de «Conversión del plusvalor en capital», donde Marx estableció por primera vez la necesidad social de la «acumulación por la acumulación y la producción por la producción», consideradas las relaciones sociales dominantes en el capitalismo. En el capítulo paralelo del segundo volumen de *El capital*, titulado «La circulación del plusvalor», Marx deduce tentativamente el mismo principio de un estudio de las relaciones entre la producción y el consumo. Se puede lograr el equilibrio entre la producción y el consumo bajo el modo de producción capitalista

pero solo —considerada la relación «antagónica» entre producción y consumo— por medio de la acumulación permanente.

La acumulación permanente depende, por otro lado, de la existencia de una fuerza de trabajo capaz de producir plusvalor. La necesaria expansión geográfica del capitalismo se puede interpretar como un capital en busca de plusvalor. La penetración de las relaciones capitalistas en todos los sectores de la economía, la movilización de distintas fuentes «latentes» de fuerza de trabajo (como mujeres y niños) tiene una base similar. Así llegamos a considerar al capitalismo como lo que es realmente: un modo de producción en revolución permanente, que trabaja constantemente bajo la necesidad social de transformarse desde dentro, al mismo tiempo que presiona constantemente contra las capacidades del mundo social y físico para sustentarlo. Este es, naturalmente, un proceso contradictorio. Para comenzar, el capitalismo se topa con barreras externas en tanto «los dos manantiales de toda riqueza: la tierra y el trabajador» no tienen capacidades ilimitadas (*El capital*, vol. I, p. 585), pero también encuentra «límites en su propia naturaleza» (*Grundrisse*, vol. I, p. 279). Y estas son las «contradicciones internas del capitalismo» que Marx trata de exponer.

Lo que Marx ha hecho es ofrecernos una interpretación muy específica de la idea de que «la producción, la distribución, el cambio y el consumo [...] son todos miembros de una totalidad. Distinciones dentro de una unidad» (*Grundrisse*, vol. I, p. 14). Marx ha vuelto a formular la idea del *valor* como un concepto que debe captar las relaciones dentro de esta totalidad. Ha demostrado, en lo que se refiere a la relación entre producción y consumo, que cada «uno de ellos no solo es inmediatamente el otro ni se limita a servirle de mediador, sino que cada cual crea, al efectuarse, al otro en cuanto otro», y nos muestra precisamente qué debe suceder cuando «se interponga la distribución entre producción y consumo» (*Grundrisse*, vol. I, p. 9).

Marx también nos ha mostrado que el carrusel de la acumulación perpetua no es una máquina automática, ni siquiera es una máquina bien aceitada. Nos ha mostrado la relación necesaria que debe prevalecer entre producción y distribución, entre la producción de plusvalor y su realización, entre el consumo y la formación de nuevo capital, y entre producción y consumo. También ha identificado multitud de condiciones necesarias —particularmente con respecto de la creación de dinero y los instrumentos de crédito— que deben prevalecer si se ha de lograr el equilibrio.

También nos ha mostrado que no hay nada que garantice que se logre este punto de equilibrio en la práctica. Lo mejor que podemos esperar es que este se alcance «por accidente». Lo peor, y esto es lo que Marx está comenzando a mostrarnos, es que hay fuerzas poderosas que sacan al

sistema de equilibrio, que la acumulación por la acumulación es un sistema inestable a corto y a largo plazo. Las crisis aparecen entonces como el único medio eficaz de contrarrestar el desequilibrio, de restaurar el equilibrio entre la producción y el consumo. Sin embargo, estas crisis traen consigo la devaluación, la depreciación y la destrucción de capital. Y este nunca ha sido un proceso agradable de vivir, particularmente porque también trae consigo la devaluación, la depreciación y la destrucción del trabajador.

IV

EL CAMBIO TECNOLÓGICO, EL PROCESO DE TRABAJO Y LA COMPOSICIÓN DE VALOR DEL CAPITAL

La tecnología pone al descubierto el comportamiento activo del hombre con respecto a la naturaleza, el proceso de producción inmediato de su existencia, y, con esto, asimismo, de sus relaciones sociales de vida y de las representaciones intelectuales que de ella se derivan (*El capital*, vol. I, p. 448).

De todas las malas interpretaciones del pensamiento de Marx, quizá la más bizarra es aquella que lo convierte en un determinista tecnológico.¹ Marx no consideró el cambio tecnológico como la fuerza motriz de la historia. Esta mala interpretación de su argumento se debe, en parte, a que se impusieron significados contemporáneos a estas palabras de Marx y también a que no se entendió su método de investigación. Las definiciones comúnmente aceptadas nos dicen, por ejemplo, que la tecnología implica la aplicación del conocimiento científico para crear los instrumentos físicos

¹ Hook (1933) trató de eliminar, hace mucho tiempo, esta interpretación pero, en cierto modo, esta ha revivido en años recientes. El argumento más poderoso es el que presentó Cohen (1978), quien acepta la apelación de «tecnológico» pero no la de «determinista» en su interpretación de la primacía de las fuerzas productivas dentro de la versión marxista del materialismo histórico. La obra de Cohen, si bien extremadamente útil para aclarar muchos aspectos de Marx, demuestra las consecuencias que surgen cuando se interpreta a Marx según «las normas de claridad y rigor que distinguen la filosofía analítica del siglo XX» (p. IX). De acuerdo con Cohen, Marx define fuerza productiva como «la propiedad de los objetos» en vez de definirla como una relación que existe entre los objetos (p. 28). La lista de fuerzas productivas incluye la fuerza de trabajo (y todas sus calidades) y los medios de producción (incluyendo los instrumentos de producción, las materias primas y los espacios). Cohen analiza las declaraciones de Marx y observa que, aunque hay innumerables ocasiones en que Marx afirma que los cambios en las fuerzas productivas generan cambios en las relaciones sociales, «no hay generalizaciones que afirmen el movimiento putativo en sentido inverso [...] en el cuerpo de la obra de Marx» (p. 138). La relación «dialéctica» entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales no se sostiene; de este modo se establece la primacía de las fuerzas productivas. El único motivo de duda está en la declaración de que la burguesía revoluciona las fuerzas productivas que cambian las relaciones sociales. Cohen concede que las relaciones de producción capitalista «son un estímulo prodigioso para el desarrollo de las fuerzas productivas», pero esto se vuelve compatible con la primacía de la tesis de fuerzas productivas al afirmar que «la función de las relaciones capitalistas está en promover el crecimiento del poder productivo y que estas fuerzas surgen y persisten cuando son aptas para hacerlo».

para la producción, el intercambio, la comunicación y el consumo. El significado de Marx es más amplio y a la vez más estrecho que todo esto.

Cuando Marx habla de «tecnología» se refiere a la forma concreta que toma un proceso de trabajo real en un caso determinado, el modo observable en que se producen determinados valores de uso. Esta tecnología se puede describir directamente en términos de las herramientas y de las máquinas usadas, el diseño físico de los procesos de producción, la división técnica del trabajo, la utilización de la fuerza de trabajo (sus cantidades y calidades), los niveles de cooperación, las cadenas de mando, la autoridad jerárquica y los particulares métodos de coordinación y control empleados.

La tarea es entonces comprender más allá de esta apariencia superficial y entender por qué determinados procesos de trabajo adoptan determinadas formas tecnológicas. A este propósito, Marx considera los procesos de trabajo en términos de las *fuerzas productivas* y las *relaciones sociales de producción* que encarnan.² Por «fuerza productiva» Marx entiende el poder para transformar la naturaleza. Por «relaciones sociales de producción», la organización social y las implicaciones sociales del qué, el cómo y el por qué de la producción. Se trata de conceptos abstractos, por eso debemos marcar bien su significado. Gran parte de lo que sigue descansa sobre su correcta interpretación. Emplearemos estos conceptos para descifrar las contradicciones en la producción, de la misma forma en que la dualidad del valor de uso y del valor de cambio proporcionan la palanca conceptual para exponer las contradicciones en el intercambio de mercancías. El paralelo es correcto. La fuerza productiva y las relaciones sociales de producción se deben considerar inicialmente como dos aspectos del mismo proceso de trabajo material, de la misma forma que el valor de uso y el valor de cambio son dos aspectos de la mercancía. El valor de cambio de las mercancías tiene una referencia externa en forma de dinero. Del mismo modo, las relaciones sociales de producción tienen una referencia externa en la forma de las relaciones de clase que prevalecen en la sociedad en general y que impregnan el intercambio, la distribución y el consumo así como

La caracterización de la definición inicial de Marx de la fuerza productiva es, en mi opinión, correcta, pero como en el caso del «valor de uso», esta concepción es en sí misma de poco interés para Marx. Como ya dijimos, a semejanza del valor de uso, las fuerzas productivas son integradas de nuevo en el argumento solo cuando se entienden como una relación social específicamente encajada dentro del modo de producción capitalista. Cohen, si embargo, se aferra a la definición inicial y no atiende a la transformación en el uso que Marx da al término. Toda la argumentación de *El capital* se dedica precisamente a descifrar la interpenetración dialéctica de las fuerzas productivas y las relaciones sociales como el lugar donde se originan aquellas contradicciones que empujan perpetuamente al capitalismo a nuevas configuraciones. La filosofía analítica puede servir para analizar frases, pero aparentemente no sirve para captar el flujo total de un argumento.

² Therborn (1976: 350-366) reconstruye de forma muy completa la génesis de estos conceptos a través de su desarrollo intelectual en Marx.

la producción. Del mismo modo en que el valor de uso se vuelve a integrar en la economía política como valor de uso social, la idea puramente física de una fuerza productiva se reintegra en la economía política como la fuerza que crea el plusvalor para el capital por medio de la producción material de mercancías. Dada la importancia de estos conceptos, debemos pasar a establecer su significado con todo cuidado.

Vamos a comenzar eliminando algo que comúnmente produce confusión. La identificación de la «tecnología» con las «fuerzas productivas» es errónea y es la causa de las malas interpretaciones de Marx, que lo convierten en un determinista tecnológico. La tecnología es la forma material del proceso de trabajo, a través de la cual se expresan las fuerzas y las relaciones que sirven de base a la producción. Equiparar la tecnología con las fuerzas productivas sería como equiparar el dinero, la forma material del valor, con el propio valor, o equiparar el trabajo concreto con el trabajo abstracto. Sin embargo, de la misma forma en que un análisis del dinero puede revelar mucho sobre la naturaleza del valor, un análisis de las tecnologías reales puede «revelar» la naturaleza de las fuerzas productivas y las relaciones sociales integradas dentro del modo de producción capitalista. Este es el sentido que se debe dar a la cita que aparece al comienzo de este capítulo.

El análisis de las tecnologías existentes puede ser un ejercicio preliminar útil y necesario. No obstante, Marx concibe su método de una forma muy diferente (*Grundrisse*, vol. I, pp. 15-22). Comienza con las abstracciones más sencillas posibles, tomadas de «las relaciones reales de la vida»; luego construye conceptualizaciones cada vez más ricas y complejas que «van acercándose, pues, gradualmente» a las formas concretas que asumen las actividades «en la superficie de la sociedad» (*El capital*, vol. III, p. 39). «Este [...] último es», afirma Marx, «el único método materialista, y por consiguiente científico» (*El capital*, vol. I, p. 448).

El método materialista de Marx y su preocupación por las «relaciones reales de la vida» lo llevaron a concentrar su atención sobre el proceso del trabajo como un punto de partida fundamental para la investigación. «Es una actividad orientada a un fin, el de la producción de valores de uso, la asimilación de las materias naturales al servicio de las necesidades humanas», escribe Marx, «la condición general del intercambio de materias entre la naturaleza y el hombre, la condición natural de la vida humana» (*El capital*, vol. I, p. 246). Y ¿qué puede ser más fundamental que eso? La relación con la naturaleza se trata dialécticamente, claro está. La separación entre lo «humano» y lo «natural» se ve como una separación dentro de una unidad, porque «el que la vida física y espiritual del hombre se halla entrelazada con la naturaleza no tiene otro sentido que el de que la naturaleza se halla entrelazada consigo misma, pues el hombre es parte de la naturaleza» (*Manuscritos económicos-filosóficos*, OFME, I, p. 600). El lenguaje es muy

hegeliano, pero Marx no se aparta de esta posición en sus obras posteriores.³ Sin embargo, el enfoque se desplaza hacia el estudio de la separación dentro de la unidad:

El trabajo es, en primer lugar, un proceso entre el hombre y la naturaleza [...] el hombre se enfrenta a la materia natural misma como un poder natural. Pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil para su propia vida (*El capital*, vol. I, p. 239).

Aquí encontramos el concepto de «fuerza productiva» en su forma más sencilla y más comprensible; representa el poder para transformar la naturaleza por medio del trabajo humano y de este modo apropiarse de ella. Ese poder se incrementa por medio del uso de distintos instrumentos de trabajo que, junto con la propia tierra, forman los medios de producción y constituyen la base necesaria para el trabajo productivo (*El capital*, vol. I, p. 242). Sin embargo, la forma específica que toma la relación con la naturaleza es un producto social, «no es un don de la naturaleza sino de la historia» (*El capital*, vol. I, p. 512). La tecnología real del proceso de trabajo está formada por procesos históricos y sociales, y refleja necesariamente las relaciones sociales entre los seres humanos a medida que se combinan y cooperan en las tareas fundamentales de la producción. Las fuerzas productivas del trabajo no se pueden calibrar abstrayéndolas de estas relaciones sociales.

Más aun, el proceso de trabajo es a la vez instrumental e intencionado en relación con los deseos y necesidades humanas: «Lo que distingue ventajosamente al peor maestro de albañil de la mejor abeja es que el primero ha moldeado su celdilla en la cabeza antes de construirla en la cera» (*El capital*, vol. I, p. 240). Las concepciones espirituales del mundo se pueden convertir en una «fuerza material» en un doble sentido: llegan a estar «objetivadas» en objetos materiales y materializadas en procesos de producción reales. La actividad de producción incorpora así cierto conocimiento del mundo, conocimiento que es también un producto social. Cada modo de producción desarrolla un tipo específico de ciencia, un «sistema de

³ Schmidt (1971) proporciona un amplio estudio en *The Concept of Nature in Marx*. Se equivoca, tal y como muestra Smith (1980), al definir a la naturaleza como el terreno de los valores de uso y al olvidar que lo que preocupa a Marx son los valores de uso sociales, o, en este caso, la producción de los valores de uso en forma de una «naturaleza producida» (el entorno construido, un paisaje físico modificado por la acción humana). Esta naturaleza producida toma la forma de una mercancía, y por tanto se debe concebir en términos de la relación entre los valores de uso, los valores de cambio y el valor. La naturaleza, bajo estas circunstancias, ya no puede verse como algo totalmente externo a la existencia humana y a la sociedad humana. Consideraremos este asunto de forma más amplia en los capítulos VIII y XI.

conocimiento» apropiado para sus necesidades físicas y sociales distintivas. Marx da mucha importancia a la forma en que el capitalismo trata de unificar las ciencias naturales con el proceso de producción y cómo «En todas partes se vuelve determinante el principio de la industria mecanizada, esto es, analizar el proceso de producción en sus partes constitutivas y resolver, mediante la aplicación de la mecánica, de la química, etc. (en una palabra, de las ciencias naturales), los problemas así planteados» (*El capital*, vol. I, p. 541). Incluso comenta cómo los propios inventos se convierten en un negocio, y la producción de nuevos entendimientos científicos llega a estar integrada necesariamente en la dinámica del capitalismo (*Grundrisse*, vol. II, p. 114).⁴

El proceso de trabajo se concibe así inicialmente como una unidad de fuerzas productivas, de relaciones sociales y de concepciones espirituales del mundo. La importancia de la separación dentro de la unidad está, en primera instancia, en que da forma a las preguntas que hacemos sobre cualquier tecnología, sobre cualquier proceso de trabajo que podamos encontrar.

Consideremos, por ejemplo, a una persona que está cavando una zanja. Podemos describir el uso del nervio y el músculo y quizá medir el gasto de energía física por parte del trabajador. Podemos describir igualmente las cualidades de la naturaleza (la facilidad con que se puede excavar la tierra) y los instrumentos de trabajo (pala o máquina excavadora). También podemos medir la productividad del trabajo en términos de los metros cúbicos de tierra extraídos en determinado lapso de trabajo. Sin embargo, si nos limitamos a esta descripción física directa, pasamos por alto muchas cosas importantes. De hecho, Marx consideraría la medida de la productividad como una abstracción sin sentido. A fin de interpretar correctamente la actividad debemos primero descubrir su propósito, el diseño consciente del cual es parte y la concepción espiritual del mundo incorporados en esa actividad y en su resultado. Debemos también conocer las relaciones sociales implicadas. ¿Es este el trabajo realizado por un esclavo, por un obrero asalariado, por un artesano, por un socialista dedicado, por un fanático religioso que participa en una ceremonia religiosa o por un rico caballero con inclinación al ejercicio físico agotador? Actos físicos idénticos pueden tener una variedad infinita de significados sociales. No podemos interpretar las actividades sin entender su propósito social. Solo de este modo podemos encontrar una forma significativa de medida la productividad. Marx da mucha importancia a la idea de que la productividad, en relación con las necesidades y deseos humanos, es muy diferente de la productividad relativa a la creación de plusvalor. Y, finalmente, solo cuando comprendemos

⁴ Noble (1977) explora detalladamente cómo la ingeniería, la innovación tecnológica y el capitalismo corporativo se relacionan entre sí en Estados Unidos después de la Guerra Civil. A pesar de todos sus defectos, la obra de J. D. Bernal (1969) sigue siendo clásica.

completamente el significado y el propósito social podremos entender por qué se eligen ciertas tecnologías en lugar de otras. Lo que cuenta, en última instancia, es la relación entre las fuerzas productivas, las relaciones sociales de producción y las concepciones espirituales del mundo.

Se sigue de esto que las revoluciones en las fuerzas productivas no pueden ser logradas sin una reestructuración radical de las relaciones sociales y del sistema de conocimientos. El ímpetu, no obstante, para lograr ese cambio está, según Marx, en la naturaleza misma del proceso de trabajo, que «al operar por medio de ese movimiento sobre la naturaleza exterior a él y transformarla, transforma a la vez su propia naturaleza» (*El capital*, vol. I, p. 239). La relación recíproca (dialéctica) entre el sujeto y el objeto de trabajo está en el núcleo del proceso de desarrollo. Este proceso, cuando se generaliza a otros contextos sociales e históricos, conduce a la idea de que «al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian su modo de producción; y al cambiar el modo de producción [...] cambian todas sus relaciones sociales» así como sus concepciones espirituales del mundo (*Miseria de la filosofía*, p. 87).

Podemos analizar con más detalle este proceso considerando las separaciones dentro de la unidad del proceso de trabajo. ¿Qué sucede, por ejemplo, si no se logra la cooperación social requerida para hacer funcionar cierto tipo de sistema de producción, o si la capacidad social y el deseo de transformar la naturaleza no se acoplan a los medios de producción disponibles? ¿Qué sucede cuando el resultado deseado no se acopla a la comprensión científica del proceso de producción que se requiere para producir ese resultado? Existe potencialidad para todo tipo de oposiciones y antagonismos entre las fuerzas productivas, las relaciones sociales y las concepciones espirituales del mundo. Además, una cosa es hablar de potencialidad y otra muy distinta establecer, como trata de hacer Marx, la *necesidad* de esas contradicciones dentro del capitalismo.

Su argumento general es el siguiente: a fin de producir y reproducirse, los seres humanos se ven obligados a entrar en relaciones sociales y a luchar para apropiarse de la naturaleza de una forma que concuerde con estas relaciones sociales y con su conocimiento del mundo. En el curso de esa lucha se producen necesariamente nuevas relaciones con la naturaleza, nuevos conocimientos y nuevas relaciones sociales. Existen poderosos obstáculos sociales que pueden congelar sociedades en estados relativamente estáticos —estados a los que Marx llama la «prehistoria»—. Una vez, sin embargo, se derriban esos obstáculos (por el medio que sea), se altera el equilibrio y entran en juego fuerzas contradictorias. Las contradicciones entre fuerzas productivas, relaciones sociales y concepciones espirituales del mundo se vuelven fuente central de tensión. La lucha perpetua por superar las contradicciones se convierte en la fuerza motriz de la historia.

Esta interpretación general de las fuerzas que gobiernan la trayectoria de la historia humana se utiliza para entender la dinámica del capitalismo. La búsqueda insaciable de plusvalor por parte de los capitalistas pone en movimiento revoluciones perpetuas en las fuerzas productivas, pero estas revoluciones crean condiciones que no concuerdan con la ulterior acumulación del capital, así como con la reproducción de las relaciones de clase. Esto significa que el sistema capitalista es inherentemente inestable y propenso a las crisis. Aun cuando cada crisis puede resolverse por medio de una reestructuración radical de las fuerzas productivas y las relaciones sociales, la fuerza fundamental del conflicto nunca es eliminada. Surgen nuevas contradicciones que generan formas de crisis aún más generalizadas. La única solución fundamental a las contradicciones está en la eliminación de su fuente, en la creación de relaciones sociales fundamentalmente nuevas, las relaciones sociales del socialismo.

Así planteado, seguramente este argumento no convenza a nadie. Su utilidad está en las preguntas que sugiere. Dirige nuestra atención, ante todo, a las relaciones sociales que engendran cambios en las fuerzas productivas y que en particular nos impelen a confrontar las bases sociales para tales cambios. En segundo lugar, se nos desafía a mostrar si es posible que el ritmo, la forma y la dirección de las revoluciones en la capacidad para transformar la naturaleza sean consistentes con un crecimiento estable y equilibrado. Si no es así, ¿no tenemos aquí una explicación fundamental para las obvias crisis periódicas del capitalismo? Estas son las importantes preguntas que trataremos de contestar en los próximos capítulos. No obstante, primero necesitamos articular de forma más cuidadosa nuestro aparato conceptual con la específica forma histórica que ha tomado el modo de producción capitalista.

1. La productividad del trabajo en el capitalismo

Inicialmente, quizá nos inclinemos a tratar la productividad del trabajo en términos puramente físicos, así como a medirla por la cantidad de materias primas que un trabajador, empleando ciertos instrumentos de producción, puede transformar en cierta cantidad de productos terminados o semiterminados en un determinado periodo de tiempo. Marx está en contra de esa concepción,⁵ en tanto no distingue entre trabajo concreto y trabajo abstracto, y da por sentado que los capitalistas están interesados menos en la producción de valores de uso que de valores en general y de plusvalor

⁵ Blaug (1968: 231) acusa a Marx de una «horrible confusión entre la productividad física y la productividad del valor», pero la confusión surge más de la mala interpretación de Blaug del procedimiento relacional de Marx que del propio Marx.

en particular. Marx propone una definición claramente capitalista de la productividad en el trabajo:

Solo es productivo el trabajador que produce plusvalor para el capitalista o que sirve para la autovalorización del capital [...] Por tanto, el concepto del trabajo productivo en modo alguno implica una relación entre actividad y efecto útil [...] sino además una relación de producción específicamente social, que pone en el trabajador la impronta de medio directo para la valorización del capital (*El capital*, vol. I, p. 590).

Marx prosigue, de forma poco comprensible, añadiendo que «ser un trabajador productivo no es una suerte, sino una desventura». Esta definición de la productividad proporciona a Marx una poderosa herramienta para golpear a los economistas vulgares. «Solo la estrechez burguesa, que considera las formas capitalistas de la producción [...] como [...] eternas [...] puede confundir el problema de lo que es el trabajo productivo desde el punto de vista del capital con el problema de cuál es, en general, el trabajo productivo [...] y, por consiguiente, creerse muy sabia al contestar que todo trabajo que produzca algo [...] es *eo ipso* productivo» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. I, p. 365).

Armado con este concepto del valor más que de la productividad física, Marx puede también bajar de su pedestal la idea que comúnmente se tiene de que el capital es en sí mismo algo productivo. Los incrementos de la productividad física, particularmente los que se logran con la aplicación de la maquinaria, aparecen como un atributo, o incluso un producto, del capital. El capital «se vuelve un ente místico en grado sumo, puesto que todas las fuerzas productivas sociales del trabajo se presentan como fuerzas que le pertenecen al capital, y no al trabajo en cuanto tal, y que retoñan de su propio seno» (*El capital*, vol. III, p. 940). Pero, ¿qué denota verdaderamente esta apariencia? Marx contesta que representa simplemente la capacidad del capitalista para apropiarse de las fuerzas productivas del trabajo social de tal forma que estas aparecen más tarde como las fuerzas productivas del capital (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. I, pp. 362-363). Esto solo sucede debido a las relaciones específicas de clase que prevalecen en la producción, relaciones que dan acceso al trabajador a los medios de producción bajo las condiciones que dicta el capital.

Esta definición del valor de Marx en relación con la productividad también presenta dificultades. Por ejemplo, ha dado lugar a un largo y tedioso debate acerca de la diferencia entre el trabajo «productivo» y el trabajo «improductivo». ⁶ Puesto que solo el trabajo que produce plusvalor se puede

⁶ Los que estén interesados en seguir el debate deben consultar las obras de Fine y Harris (1979, cap. 31), Gough (1972), Hunt (1979), O'Connor (1975) y los diversos números

considerar «productivo», de acuerdo con la definición de Marx, gran cantidad de actividades físicamente productivas (principalmente en los servicios y en circulación) terminan siendo caracterizadas como «improductivas», por necesarias que sean socialmente. La intención del argumento de Marx era tomar una mera clasificación de los trabajadores planteada por los economistas políticos (Adam Smith en particular) y convertirla a los términos que reflejan las relaciones de producción capitalista. Hay muy poca evidencia de que Marx deseara pasar de este punto. Ciertamente no estaba proponiendo una clasificación nueva y más elaborada de las ocupaciones (dividiéndolas en productivas e improductivas), pues si lo hiciera llevaría el debate de regreso al terreno definido por los fisiócratas y por Adam Smith, que era precisamente el terreno del que Marx trataba de sacarlo. Todo lo que Marx estaba sugiriendo aquí era, en efecto, que cualquier definición de trabajo productivo bajo el capitalismo tenía que verse en relación con el proceso real de la producción de plusvalor. A medida que ampliemos nuestra perspectiva sobre ese proceso —por ejemplo, sacándolo del proceso de trabajo para que abarque todo el proceso de circulación del capital— también se irá ampliando la definición de trabajo productivo. «Para trabajar productivamente ya no es necesario hacerlo directa y personalmente; basta con ser órgano del obrero global, con ejecutar cualquiera de sus funciones parciales» (*El capital*, vol. I, p. 589).

La idea de que lo que cuenta es la productividad colectiva, más que la productividad individual, tiene implicaciones para nuestra concepción de la fuerza productiva. Las formas en que los trabajadores se relacionan entre sí y se refuerzan mutuamente en el desempeño de sus diversas tareas tiene que ver evidentemente con su productividad colectiva. La eficiencia no es un asunto puramente técnico sino que, como lo sabe cualquier experto en relaciones industriales, es al menos en parte una cuestión social. El dilema para el capitalista consiste en saber si debe movilizar las fuerzas positivas de la cooperación como una fuerza productiva del capital a través de mecanismos que, en el análisis final, se pueden considerar coactivos. Las estrategias de enriquecimiento del empleo, la cooperación y la integración entre los trabajadores y la dirección parecen diseñadas específicamente para disfrazar la relación básica de dominación y la subordinación que prevalece necesariamente dentro del proceso de trabajo. Esto nos lleva a considerar el papel decisivo de la lucha de clases dentro de dicho proceso.

del *Bulletin of the Conference of Socialist Economists* (1973-1975). Hay también una considerable bibliografía en francés sobre este asunto: véase Berthoud (1974), Freyssnet (1971, 1977) y Nagels (1974). El debate ha adquirido mayor imponentia hasta el punto que algunos escritores, como Poulantzas (1975), atribuyen las diferencias en los estados objetivos de conciencia, dentro de ciertas fracciones de la clase obrera, a las diferencias de rango entre el trabajador productivo y el trabajador improductivo.

2. El proceso de trabajo

Uno de los aspectos más cautivadores del primer volumen de *El capital* es la facilidad con que Marx pasa de las abstracciones más simples y profundas (como el valor) a las reflexiones sobre la historia de las luchas por la jornada de trabajo y la mecanización, pasando por la implicación política de la necesidad de derrocar al capitalismo con una revolución. Aunque este trabajo se ejecuta con un arte consumado, sus conclusiones pueden ser algo engañosas. Al poner todo esto en el contexto de su proyecto global, tal y como se articuló en los otros dos volúmenes de *El capital*, bien podríamos argumentar que el lazo entre la historia y la teoría en el primer volumen se anudó de forma prematura y que se sacaron consecuencias políticas demasiado rápido. Esto no quiere decir necesariamente que Marx estuviera equivocado. Ni la interpretación histórica ni la acción política pueden servir a la perfección de la teoría; esta última solo puede surgir del perpetuo contraste con la experiencia histórica y la práctica política. No obstante, el primer volumen de *El capital* es un documento tan seductor que muchos marxistas lo tratan como la última palabra, siendo que se le debe considerar como un esfuerzo extraordinario, si bien preliminar, de cómo la teoría, la interpretación histórica y las estrategias para la acción política se relacionan entre sí y se determinan mutuamente.

El carácter controvertido del argumento de Marx se vuelve claro inmediatamente en el actual debate sobre la naturaleza del proceso de trabajo en el capitalismo. Este debate es importante en tanto el proceso de trabajo resulta fundamental para el funcionamiento de cualquier modo de producción. Si el modo en que Marx lo representa resulta equivocado, entonces se puede cuestionar casi todo lo demás. El debate cobró mayor urgencia y sentido a partir de la publicación de *Trabajo y capital monopolista* de Braverman en 1974. A excepción del fascinante ensayo de Gramsci (1971) sobre el «fordismo», esta ha sido la primera obra importante dentro de la tradición marxista que ha abordado los cambios en el proceso de trabajo en el siglo XX. El trabajo subsecuente ha puesto en tela de juicio la concepción original de Marx, así como su extensión en Braverman.

Marx organiza sus pensamientos sobre esta materia alrededor de la distinción entre la «subsunción formal» y la «subsunción real del trabajo al capital» (*El capital*, vol. I, p. 592). La «subsunción formal» es suficiente para la producción de plusvalor absoluto y se produce tan pronto como los trabajadores se ven obligados a vender su fuerza de trabajo para poder subsistir. El proceso de trabajo sigue adelante igual que antes, a excepción de la introducción de «una relación económica de supremacía y subordinación», que surge porque los capitalistas dirigen y supervisan «naturalmente» las actividades del trabajador y porque el trabajo tiende a volverse mucho más

continuo e intenso «ya que se hace cualquier esfuerzo para asegurar que no se consuma más tiempo de trabajo socialmente necesario (o que se consuma menos) en la elaboración del producto» (*Resultados del proceso inmediato de producción*, p. 1025). A través de la competencia en el intercambio, aun cuando los trabajadores conservan bastante control sobre sus habilidades tradicionales y sobre los métodos empleados, el tiempo de trabajo socialmente necesario comienza a experimentarse como el regulador del proceso de trabajo. Todavía no se ha producido la reducción del trabajo cualificado a trabajo simple y la única coacción surge de la necesidad del trabajador de vender su fuerza de trabajo para poder sobrevivir.

La «verdadera subsunción del trabajo al capital» surge cuando los capitalistas comienzan a reorganizar el propio proceso de trabajo a fin de adquirir plusvalor relativo. Con ello, todo el modo de producción «se modifica y nace una forma de producción específicamente capitalista» junto con «las correspondientes relaciones de producción» (*Resultados del proceso inmediato de producción*, p. 1024). En otras palabras, las relaciones de clase dominantes en el capitalismo en general penetran ahora *dentro* del proceso laboral a través de la reorganización de las fuerzas productivas.

Los capitalistas movilizan las fuerzas que surgen de la cooperación y de la división al detalle del trabajo, aprovechando la mayor productividad de trabajo resultante. Los trabajadores se vuelven cada vez más «modos especiales de existencia del capital»; se ven sometidos cada vez más al control «despótico» de los capitalistas y sus representantes. Dentro del lugar de trabajo surge una estructura jerárquica y autoritaria de relaciones sociales. Los métodos de trabajo quizá sigan siendo iguales, pero la especialización de los trabajadores en tareas específicas permite que estas estén tan simplificadas como para ser realizadas por trabajadores con pocos conocimientos o habilidades. «En la manufactura, el enriquecimiento del obrero colectivo en la fuerza productiva social —y por ende del capital— se halla condicionado por el empobrecimiento del obrero en fuerzas productivas individuales» (*El capital*, vol. I, p. 438). Surge una distinción general entre el trabajo cualificado y el no cualificado, pero la base técnica de la producción también requiere la preservación de una jerarquía de poderes y habilidades de trabajo, junto con diferencias en los salarios (la reducción del trabajo cualificado a trabajo simple no es completa). En estos casos, la creciente fuerza productiva del trabajo surge también de una reorganización de los procesos de trabajo existentes y no trae consigo necesariamente ninguna inversión importante por parte de los capitalistas, aun cuando quizás se necesiten nuevos edificios e instalaciones, ya que la cooperación a menudo significa la superposición de distintos procesos bajo un mismo techo (pp. 468, 508).

El capitalismo supera la «estrecha base técnica» de la manufactura introduciendo maquinaria y organizando el sistema de fábrica. Llega a ser así posible la transición a un modo de producción *verdaderamente* capitalista. Aunque esto implique una inversión activa por parte de los capitalistas, la ventaja es que la máquina puede ser empleada con el fin de incrementar la productividad física del trabajo, al mismo tiempo que permite a los capitalistas controlar la intensidad y el ritmo del proceso de trabajo regulando la velocidad de la máquina. El trabajador se convierte así en un mero «apéndice», un esclavo de la máquina. La separación entre trabajo manual y trabajo intelectual, la destrucción del trabajo manual y de las habilidades artesanales, el empleo de mujeres y niños, todo ello son su consecuencia. Para Marx, el empobrecimiento del trabajador bajo el capitalismo estaba tanto o más relacionado con la degradación forzosa del trabajador en el proceso de trabajo que con los salarios bajos y las altas tasas de explotación. Con el uso de la maquinaria por parte de los capitalistas, «el instrumento de trabajo se vuelve un medio para esclavizar, explotar y empobrecer al trabajador; la combinación social y la organización del proceso de trabajo se convierten en un modo organizado de aplastar la vitalidad individual del trabajador, su libertad y su independencia» (*Resultados...*, p. 506).

La violencia de la clase capitalista debe recaer necesariamente sobre el trabajador a fin de extraer plusvalor; y donde se ve esto con más facilidad es en la relación degradada con la naturaleza, resultado del proceso laboral. Esta violencia provoca su propia respuesta. Los trabajadores recurren a actos individuales de violencia, sabotaje —patologías industriales de todas clases—, así como a formas colectivas de resistencia al uso y abuso de la maquinaria. Las luchas sociales a las que da lugar esta resistencia violenta constituyen un tema central en las historias sociales y políticas de aquellos países que han tomado el camino capitalista a la industrialización. Sin embargo, Marx parece insistir en que, a largo plazo, las formas individuales o colectivas de resistencia de los trabajadores *dentro* del proceso de trabajo deben caer ante las fuerzas avasalladoras que el capital congrega. Estas formas aisladas de resistencia apenas retrasan lo inevitable. Solo un movimiento revolucionario generalizado puede hacer que los trabajadores recuperen lo que de otra manera ciertamente está perdido.

Todo este proceso no está exento de compensaciones y contradicciones. La rutinización de las tareas requiere habilidades administrativas, conceptuales y técnicas muy refinadas. Ello conlleva un nuevo tipo de ordenamiento jerárquico (al que Marx presta poca atención, aunque está implicado en la necesaria persistencia de la cooperación y la división al detalle del trabajo dentro del sistema de fábrica). Los trabajadores también llegan a ser indiferentes a las tareas que realizan, preparados para adaptarse a cualquier nueva tecnología y capaces de ser desplazados fácilmente de una

línea de producción a otra. Esta capacidad para adaptarse —que a menudo requiere saber leer y escribir, algo de matemáticas, la capacidad para seguir instrucciones y para volver rutinarias rápidamente las tareas— contrarresta de forma significativa la tendencia a la degradación del trabajo. Las habilidades de este tipo, aunque muy diferentes de las del artesano tradicional, implican la creación de un nuevo tipo de trabajador: «El individuo totalmente desarrollado para el cual las diversas funciones sociales son modos alternativos de ejercitarse» (*El capital*, vol. I, p. 570). Al «liberar» a los trabajadores de sus habilidades tradicionales, el capital genera al mismo tiempo un nuevo tipo peculiar de libertad para el trabajador.

Debemos advertir aquí la forma en que la palabra «habilidad» experimenta una sutil transformación en su significado. Por un lado está la habilidad tradicional de los artesanos, que les confiere cierto poder en tanto es hasta cierto punto monopolizable. Ese tipo de habilidades son un anatema para el capital. Pueden actuar como una barrera a la acumulación del capital (en la medida en que el nivel de los salarios sube fácilmente para una habilidad que escasea) e impiden que penetren las relaciones sociales capitalistas de dominación y subordinación dentro de la producción. Estas son las habilidades que deben ser eliminadas si el capitalismo ha de sobrevivir. Por otro lado, es importante para el capital que surjan nuevas habilidades, que permitan flexibilidad y adaptabilidad y, sobre todo, *sustituibilidad* (que no sean monopolizables). La «descualificación», de la que escribe Marx con frecuencia, trae consigo una transformación directa de las habilidades monopolizables, volviéndolas no monopolizables, aun cuando las primeras nunca lleguen a desaparecer del todo. Las habilidades de ingenieros, científicos, gerentes, diseñadores, etc., a menudo se vuelven monopolizables. La única cuestión es, entonces, si los poderes de monopolio que conllevan esas habilidades son absorbidos totalmente como un poder del capital, a través de la formación de una fracción distintiva de la burguesía (los gerentes y los científicos), o si pueden ser capturados como parte de la fuerza colectiva del trabajo.

En su obra tan rica como de obligada lectura, Braverman (1974) actualiza las ideas de Marx, tratando también de mostrar cómo el proceso de trabajo ha sido modificado a medida que el capitalista avanzaba hacia su «etapa de monopolio». Es difícil considerar argumentos tan sutiles en unos pocos párrafos. En cualquier caso, Braverman otorga gran importancia a la *administración científica y a la revolución de la ciencia y la tecnología*, considera ambas como dos aspectos del capital que «crecen con el capitalismo monopolista y lo hacen posible». Ambas tienen hondas implicaciones en las relaciones sociales dentro de la producción y en la forma que toma el proceso laboral. La administración científica (taylorismo) conlleva una sistemática separación entre el trabajo intelectual de concepción y el trabajo

manual de ejecución, el cual es fragmentado y simplificado hasta el punto de que un «gorila entrenado» lo pueda llevar a cabo. La movilización de la ciencia y la tecnología otorga al capital la capacidad organizada para revolucionar las fuerzas productivas casi a voluntad. Amplía la separación entre trabajo manual y trabajo intelectual y, cuando se combina con la administración científica, asegura que el control sobre el proceso de trabajo pase de las manos del trabajador a las de la administración: «Esta transición aparece en la historia como la enajenación progresiva entre el trabajador y el proceso de producción» (Braverman, 1974, pp. 57-58). Se asegura así que, «a medida que declina la habilidad artesanal, el trabajador desciende hasta el nivel de una fuerza de trabajo general e indiferenciada, adaptable a una amplia serie de tareas, mientras que la ciencia crece y se concentra en manos de la administración (Braverman, 1974, pp. 120-121). La «descualificación» de las masas de trabajadores ha seguido adelante paso a paso. Y a medida que el capital obtiene un control cada vez más completo y total sobre el proceso de trabajo, el trabajo «se acerca cada vez más a corresponder, en la vida real, a la abstracción empleada por Marx en un análisis del modo de producción capitalista», la reducción del trabajo especializado a trabajo abstracto simple se vuelve completa (Braverman, 1974, p. 182). Así queda resuelto el problema que se planteó anteriormente (pp. 115-120).

El único problema substantivo que le queda al capital es hacer que los trabajadores —seres humanos vivientes con aspiraciones y preocupaciones reales— se habitúen y se reconcilien con la degradación del trabajo y la destrucción de las habilidades tradicionales. Braverman interpreta el cambio aparente en la estrategia administrativa, de controlar el trabajo a controlar al trabajador —por medio de programas de relaciones industriales diseñados para aumentar la satisfacción en el trabajo, disminuir los sentimientos de enajenación, etc.—, como una extensión y profundización de las tácticas del taylorismo para penetrar dentro de la estructura psicológica de los propios trabajadores. Pero también esto tiene que ser puesto en su contexto. Lo más notable de la contribución de Braverman es la forma específica en que relaciona la transformación de los procesos industriales bajo el monopolio del capitalismo con la transformación de todos los aspectos de la vida en el siglo XX (Braverman, 1974, p. 271).

Braverman muestra, por ejemplo, cómo las mismas tendencias afectan a otras esferas además de a la producción. Al rutinizar gran parte del trabajo de concepción y control, a este se le niega también la oportunidad de desarrollar nuevas formas de habilidad. El trabajo ocupado en la circulación de mercancías, el dinero, la información, etc. —actividades que se han vuelto cada vez más importantes a medida que el capitalismo monopolista se volvía más complejo— también ha quedado degradado y privado de sus competencias, al igual que gran parte del trabajo de administración.

Braverman no se detiene en el trabajo de oficina. Lleva su argumento a la comunidad e incluso al corazón de la vida familiar, donde muestra las hondas implicaciones que tiene para la división sexual del trabajo, la organización de la familia, etc. Braverman trata, como dijo Burawoy:

La tendencia de toda la estructura social a ver la vida social en términos de mercancías, y con ello la degradación del trabajo, manifiesta en la separación entre concepción y ejecución. Este fenómeno aparece como un crecimiento canceroso y tiene su propio impulso [...] No puede descansar hasta que no haya subordinado toda la trama de la vida social. La preocupación por las causas específicas, que ocasionan esto aquí en vez de en otro lugar, y ahora en vez de más tarde, son irrelevantes en este amplio movimiento de la historia (Burawoy, 1978, pp. 295-296).

Aun cuando la obra de Braverman ha recibido alabanzas universales como una contribución importante, también ha provocado una tormenta de críticas y comentarios. En tanto Braverman arriga explícitamente sus argumentos en los de Marx, ha surgido un debate general sobre si la forma en que ambos autores han tratado el proceso de trabajo en el capitalismo resulta adecuada. La discusión ha adquirido un tono fuerte y a menudo ideosincrático. Algunos han buscado representaciones más rigurosas y exactas dentro del amplio marco que definen Marx y Braverman; otros han planteado objeciones, no a Marx sino a la forma en que Braverman aplica las ideas de Marx a las condiciones del capitalismo del siglo XX; mientras que otros critican enérgicamente a ambos. Como no es posible hacer justicia aquí a este debate, voy a presentar a continuación un *collage* de las críticas que se han dirigido en contra de ambos autores.⁷

Los críticos de Braverman lo han acusado de diversos delitos. Con toda su compasión y preocupación por los trabajadores, tanto Braverman como Marx los consideran dentro del proceso de trabajo en tanto objetos dominados por el capital y subordinados a su voluntad. Pasan por alto que los trabajadores son seres humanos, dotados de conciencia y voluntad, capaces de expresar preferencias ideológicas, políticas y económicas en el lugar de trabajo, capaces (cuando así les conviene) de adaptarse y hacer concesiones,

⁷ En la construcción de este *collage* crítico, me doy perfecta cuenta de que no estoy haciendo justicia al punto de vista de cada individuo, a la vez que no soy totalmente justo con Braverman y con Marx. Las numerosas contribuciones al debate han sido resumidas y revisadas por Elger (1979), quien también proporciona una extensa bibliografía. El *collage* emplea también mucho material de Burawoy (1978, 1979), Edwards (1979), Friedman (1977a; 1977b) y Palmer (1975). También se han empleado extensamente los números especiales de *Politics and Society* (vol. 8, núms. 1-3, 1978) y *Monthly Review* (vol. 28, núm. 3, 1976) y el simposio publicado en el *Cambridge Journal of Economics* (vol. 3, núm. 3, 1979), que contiene una importante introducción de Elbaum *et al.*, así como artículos detallados de Lazonic, Zeidin y otros.

pero también preparados, cuando es necesario, para librar una guerra perpetua en contra del capital a fin de proteger sus derechos dentro de la producción. La lucha de clases en el proceso laboral se reduce así a un asunto transitorio de poca importancia, al tiempo que «la resistencia del trabajador como una fuerza que produce cambios adaptativos en el modo de producción del capitalista» ha quedado totalmente descuidada.⁸ Marx y Braverman representan, de forma errónea, el cambio tecnológico y organizativo como una respuesta inevitable al funcionamiento de la ley del valor, a las reglas que gobiernan la circulación y la acumulación del capital, cuando las luchas que libran los trabajadores en el lugar de trabajo han afectado el curso de la historia del capitalismo.⁹ Cuando esta historia se reconstruye de forma apropiada por medio de técnicas fieles al materialismo histórico, resulta muy diferente a la que relatan Marx o Braverman. Este último impone explicaciones teóricas a las realidades históricas, deformando de este modo la historia. Pero incluso así, sus teorías reflejan la ideología capitalista antes que la práctica capitalista. Marx, dice Lazonick (1979, pp. 258-259), da una «descripción engañosa de los efectos de la máquina automática de hilar [...] extrajo su conclusión sobre la omnipotencia de la tecnología para someter el trabajo al capital de una aceptación sin crítica de la ideología capitalista» (particularmente de la patrocinada por Ure y Babbage). Del mismo modo, Balmer, Edwards y Burawoy consideran a Braverman como una víctima de la ideología del taylorismo. Según estos autores, la historia real muestra que la clase obrera derrotó al taylorismo en el lugar de trabajo y obligó a los capitalistas a buscar medios de control nuevos y más aceptables (para los trabajadores).¹⁰ Los capitalistas tuvieron que ceder, en parte por la tenacidad de la lucha de la clase obrera en el lugar de trabajo, pero también debido a que los nuevos procesos de producción, debido a su complejidad y su interdependencia, lejos de reducir el poder de los trabajadores para rebelarse contra el capital, incrementaron su capacidad de sabotaje y de perturbación. Los capitalistas tuvieron, por eso, que ceder y buscar la cooperación voluntaria de los trabajadores.¹¹ El resultado neto fue la transformación del lugar de trabajo de una «tierra en disputa» en una «tierra de concesiones». ¹² La cooperación entre el capital y el trabajo en lo relativo a la forma del proceso laboral (los planes de enriquecimiento del trabajo, la «autonomía responsable», etc.) y sobre la definición de la estructura de trabajo (ordenada jerárquicamente para ofrecer al trabajador

⁸ Friedman (1977a; 1977b) es particularmente enérgico en este punto.

⁹ Edwards (1979) toma esta como la cuestión básica de su libro *Contested Terrain*.

¹⁰ Palmer (1975), Edwards (1979) y Burawoy (1978) demuestran este punto.

¹¹ El cuidadoso estudio de Burawoy titulado *Manufacturing Consent* (1979) es un excelente intento por documentar esta idea.

¹² Las frases son de Edwards (1979) y Elbaum *et al.*, (1979).

movilidad laboral dentro de la empresa e inclusive una carrera) se ha convertido en el orden del día, reemplazando gradualmente la confrontación y el conflicto en el lugar de trabajo.

Esas críticas son potencialmente devastadoras. No solo ponen en tela de juicio las líneas básicas de la interpretación histórica y teórica que trazara Marx, también desafían las mismas bases de la política revolucionaria de Marx.¹³ Las críticas han sido presentadas con seriedad y en algunos casos han estado cuidadosamente documentadas. No se las puede, por eso, descartar a la ligera. La ventaja de construir defensas en contra de ellas es que afila y en algunos casos corrige nuestra interpretación de lo que Marx estaba tratando de demostrar.

La acusación de que Marx trata al trabajador como un objeto es hasta cierto punto correcta. Lo que Marx trató de demostrar es precisamente que el mundo no se puede entender únicamente a través de la experiencia subjetiva y que la perspectiva de la clase obrera acerca de sus propias potencialidades y poderes queda seriamente desvirtuada sin una verdadera ciencia materialista. Este argumento no niega la validez de las experiencias subjetivas de los trabajadores, ni dice que el puro ingenio y la variedad de respuestas de los trabajadores no merecen comentarse o estudiarse. Es vital entender cómo los trabajadores hacen frente a su situación, los «juegos» que inventan para hacer soportable el proceso laboral, las formas particulares de camaradería y competencia a través de las cuales se relacionan entre sí, las tácticas de cooperación, confrontación y sutil evitación, con las que se relacionan con la autoridad y, sobre todo, quizás, las aspiraciones y el sentido de moralidad que imprimen en sus propias vidas. Es importante también entender cómo los trabajadores construyen una cultura distintiva, crean instituciones, se aprovechan de otras instituciones y construyen organizaciones de defensa mutua.

¹³ Edwards (1979) argumenta, por ejemplo, que la perpetuación y el incremento del ordenamiento jerárquico de las estructuras laborales y salariales bajo el control «burocrático» de la gran corporación (un sistema que distingue claramente del control «técnico» por medio del taylorismo) ha fragmentado en vez de homogeneizar a la clase obrera. Los trabajadores (individualmente y en grupo) persiguen sus propios intereses a través de una combinación de confrontación y concesiones, y los más privilegiados (que con frecuencia resultan ser los que tienen habilidades artesanales tradicionales) pueden obtener gran parte de lo que desean (salarios y pensiones, seguridad en el empleo, responsabilidad en el trabajo, etc.). Bajo circunstancias de oligopolio, el capital tiene libertad de acción para hacer este tipo de concesiones. La clase obrera en Estados Unidos nunca ha sido, ni es probable que llegue a ser, verdaderamente revolucionaria; el llamamiento de Marx a una transformación revolucionaria del modo de producción está destinado a caer en oídos sordos. La única estrategia política para la izquierda es proteger esta «tierra de concesiones» tan laboriosamente construida a lo largo de años de lucha de clases (particularmente en la arena política) y buscar, por métodos socialdemócratas, extender este terreno hasta donde sea posible, en nombre del socialismo. Se pueden encontrar punzantes críticas contra este enfoque en dos reseñas de la obra de Edwards en *Monthly Review* (diciembre de 1979).

Sin embargo, lo que Marx trata de entender es aquello que los trabajadores se ven obligados a sobrellevar y de lo que se deben defender; quiere entender cómo llegan a un acuerdo con las fuerzas manifiestas que los acosan constantemente. ¿Por qué los trabajadores tienen que soportar las nuevas tecnologías, el incremento de los ritmos de trabajo, los despidos, la «descualificación», el autoritarismo en el lugar de trabajo, la inflación en el mercado? Para comprender todo esto se requiere construir una teoría materialista del modo de producción capitalista, de la circulación y la acumulación del capital por medio de la producción de mercancías. La teoría muestra que, desde el punto de vista del capital, los trabajadores son efectivamente objetos, un mero «factor» en la producción —la forma variable del capital— para la creación de plusvalor. La teoría muestra a los trabajadores, como en un espejo, las condiciones objetivas de su propia enajenación y deja al desnudo las fuerzas que dominan su existencia social y su historia. La construcción de esta teoría, por técnicas que van más allá de la simple reproducción de la experiencia subjetiva, fue seguramente el logro más notable de Marx.

No obstante, la indudable fuerza reveladora de la teoría marxista no garantiza por sí misma que el proletariado la absorba como una guía de acción. La conciencia política y de clase no se forja, después de todo, apelando a la teoría. Tiene hondas raíces en la trama de la vida diaria y particularmente en la experiencia de trabajo. La teoría muestra que el capitalismo se caracteriza por el fetichismo que oculta, tanto al capitalista como al trabajador, el origen del plusvalor en la explotación. La experiencia subjetiva inmediata del proceso laboral no lleva necesariamente a las mismas conclusiones que Marx expresara, por las razones que el propio Marx adivinó. Pero la experiencia subjetiva no es por eso menos real. Así es que puede existir una división entre lo que enseña la experiencia cotidiana y lo que predica la teoría, una división que los ideólogos del capitalismo no tienen reparos en utilizar y exacerbar. Por su parte, Marx era algo más que propenso a negar la autenticidad de la experiencia (la desafortunada categoría de la «falsa conciencia» viene aquí de inmediato) y a imponer con gran fuerza el poder revelador de la teoría. Además, su profunda y tajante hostilidad hacia aquellos socialistas que tejían redes utópicas de subjetivismo y fantasía volvió más difícil, para su propio pensamiento, crear un espacio en el que la experiencia subjetiva de la clase obrera pudiera desempeñar el papel que le correspondía. Marx no pudo resolver así el problema de la conciencia política y es interesante mencionar que Braverman también creyó prudente evitar esa cuestión.¹⁴

¹⁴ Braverman (1974, p. 27); Burawoy (1978) trata directamente este punto en su crítica a Braverman.

La cuestión es, no obstante, fundamental y seguirá estando presente. El problema de la conciencia ha perseguido a algunos de los mejores pensadores marxistas —por ejemplo, Lukács, Gramsci y los miembros de la escuela de Frankfurt, como Fromm, Marcuse, Horkheimer y Habermas— que trataron de explicar el carácter no revolucionario de las clases obreras de los países capitalistas avanzados a través de una integración de Marx y Freud. Es, sin embargo, justo decir que la dualidad del trabajador como «objeto del capital» y como «sujeto creativo vivo» nunca ha quedado resuelta adecuadamente en la teoría marxista. De hecho, ha sido la causa de una fricción inmensa y continua dentro de la tradición marxista. Aquellos que, como E. P. Thompson en su epopeya *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, consideran al trabajador ante todo como un sujeto creativo, se ven frecuentemente castigados y condenados al ostracismo en tanto «moralistas» y «utópicos» por colegas de mentalidad más teórica, cuya preocupación principal parece ser la preservación de la integridad y el rigor de la ciencia materialista marxista. Thompson condena a estos últimos por «separar arbitrariamente un “modo de producción” de todo lo que realmente pasa en la historia», una «práctica teórica» que se justifica a sí misma y que «termina sin decirnos nada y justificándose por todo». Más específicamente, Thompson manifiesta su desprecio por las «autoridades del “proceso laboral” que nunca han encontrado aplicable a su elevada teoría la obra de Christopher Hill sobre “los usos del sabbatismo”, ni la mía sobre “el tiempo y la disciplina del trabajo”, ni la de Eric Hobsbawm sobre “el artesano vagabundo”, ni la de una generación de “historiadores del trabajo” (norteamericanos, franceses e ingleses, a quienes a menudo hacía a un lado con desprecio) sobre los estudios de tiempos y movimientos, el taylorismo y el fordismo». No debe sorprendernos que los críticos de Marx y de Braverman hayan logrado un gran soporte en la obra de Thompson.¹⁵

¿Qué es lo que sucede con nuestra teoría cuando permitimos que el trabajador vuelva a ser tratado como un «sujeto creativo»? Thompson es muy explícito. «Al revés de lo que piensan algunos teóricos» escribe Thompson, «ningún trabajador conocido por los historiadores se vio privado del plusvalor sin encontrar alguna forma de devolver el golpe (hay muchas formas de trabajar lentamente); y paradójicamente, al devolver el golpe las tendencias se dividieron y las mismas “formas de desarrollo” siguieron caminos inesperados» (1978, pp. 345-346). Llegamos aquí a la raíz del problema: el papel de la lucha de clases y de la resistencia de los trabajadores en la modificación y dirección de la evolución del propio proceso laboral. ¿Pueden los trabajadores, como sujetos creativos que se resisten a las depredaciones

¹⁵ Thompson (1978, pp. 347-354). El debate entre Thompson y Anderson (1980) gira alrededor de esta dualidad, y leído con el espíritu correcto ofrece alguna esperanza de reconciliar los diferentes puntos de vista dentro de formulaciones nuevas y mucho más poderosas.

del capital, convertirse al menos parcialmente en autores de su propia historia? ¿Pueden modificar las formas del cambio tecnológico, los sistemas administrativos de control y de autoridad, la organización, intensidad y velocidad del trabajo, los modelos de inversión y reinversión y, por tanto, la dirección, el ritmo y el contenido de la acumulación del propio capital? La experiencia inmediata nos sugiere una respuesta positiva a estas preguntas, pero la teoría parece indicar otra cosa. ¿Podemos reconciliarlas?

Lo que enseña la teoría marxiana es que el capitalismo opera bajo el imperativo perpetuo e implacable de la revolución de las fuerzas productivas (entendidas en términos del valor de la productividad de la fuerza de trabajo). Nosotros hemos replicado que esa es una tesis abstracta, que se vuelve concreta al referirse a los datos específicos del cambio tecnológico.¹⁶ Aquí podemos declarar culpables a Marx y a Braverman de pasar con demasiada rapidez de la abstracción a las estrategias concretas de descalificación. Una inspección más detallada de lo que sucede en la fábrica indica que la intersección de la resistencia del trabajador y la presión de la administración es un asunto muy intrincado, cuyos resultados no se pueden predecir con facilidad. Las sutiles mezclas de coacción, cooptación e integración que componen la estrategia de la administración, encuentran respuestas igualmente sutiles de resistencia y cooperación por parte de los trabajadores. De otra parte, debemos ser conscientes también, como señala Friedman, de las limitaciones de la represión y la autonomía del trabajador dentro del proceso de producción. Cuando se les lleva a su límite, ninguna de las dos estrategias parece enteramente viable y las relaciones sociales dentro de la empresa traen consigo casi inevitablemente un fluctuante equilibrio entre los dos.¹⁷

¿Pero qué es lo que significa todo esto? En primer lugar, nos señala definitivamente que no podemos entender la conciencia política de los trabajadores sin considerar cuidadosamente cómo funcionan estos procesos. Sin embargo, esto, en sí mismo, no nos dice nada en particular sobre el ritmo, la dirección y el contenido de la acumulación de capital. Las formas concretas de tecnología, organización y autoridad pueden variar mucho de un lugar a otro, de una empresa a otra, en tanto que esas variaciones no constituyan un reto para el proceso de acumulación. Evidentemente hay más formas de obtener beneficio que horas tiene un día y si el valor de la productividad del trabajo se puede obtener mejor con un grado razonable

¹⁶ Existen algunos intentos de ajustar la interpretación de Marx, y algunos de ellos me son sumamente útiles. Véase, por ejemplo, «Brighton Labour Process Group» (1977) y Palloix (1976). También vale la pena consultar la reseña de Elger (1979), tanto por la información que contiene como por la posición que adopta.

¹⁷ Friedman (1977a, 1977b) y Burawoy (1978, 1979) exploran este proceso con bastante detalle.

de autonomía de los trabajadores, se permite que así sea. Se supone que al capital le da igual la forma en que se preserva y se incrementa el valor de la productividad del trabajo, y es esta indiferencia la que es capturada en el concepto abstracto de fuerzas productivas.

Marx, por su parte, llama la atención principalmente sobre el extraordinario poder del capital para adaptarse a las variables circunstancias en que se encuentra, circunstancias que incluyen una tremenda diversidad «en la naturaleza» así como en la «naturaleza humana». Por ejemplo, la amenaza de la movilidad del capital, del cierre de una planta o de que se trasladen a otra parte los talleres con la consecuente pérdida de empleos, es una poderosa fuerza de disciplinamiento de los trabajadores. Estas medidas por parte del capital no están exentas de costes o de contradicciones internas, pero a la larga lo que Marx predice es que la resistencia de los trabajadores debe ceder paso a estos tremendos poderes de adaptación. Y la fuerza motriz que guía todo esto es la tendencia a la igualación de las tasas de ganancia por medio de la competencia. La noble lucha que se libra en un punto, o la resistencia específica que se ofrece en otro, pueden ser importantes para entender el desarrollo poco uniforme del capitalismo mundial (en tanto, por ejemplo, la industria británica se ha quedado a la zaga de otras naciones), pero se reducen a la insignificancia, se vuelven irrelevantes, cuando se las compara con el amplio movimiento de la historia de la acumulación capitalista.

Es precisamente en relación con los poderes de adaptación del capital en general y de los procesos de la competencia en particular que los críticos de Marx se ven envueltos en los más pavorosos embrollos. De un lado, Friedman, Elbaum *et alli* parecen negar la eficacia de la competencia como imperativo que lleva a la perpetua revolución de las fuerzas productivas dirigida a reemplazar a la lucha de clases dentro de la producción.¹⁸ Es como si, habiéndose metido dentro del proceso laboral de una forma sumamente instructiva, olvidaran luego que existe todo un mundo allí afuera de competencia de precios, reinversiones y desinversiones, movilidad del capital-dinero, etc. Se pasa completamente por alto lo que Marx representa como el efecto mutuamente disciplinante de la ley del valor en el intercambio y en la producción. Burawoy, por su parte, si bien da mucha importancia al significado ideológico, político y económico de las luchas en la fábrica, se ve obligado a regresar a la competencia a fin de explicar por qué esas luchas no han llegado a ser por sí mismas la fuente de transformación del proceso de trabajo. Además, al hacerlo llega a una conclusión,

¹⁸ Elbaum *et al.* (1979, p. 229) argumentan que la competencia divide a los capitalistas y por tanto frena su capacidad para usar nuevas tecnologías que socaven el poder de sus trabajadores. En el epígrafe de este capítulo vamos a considerar la forma en que la competencia y la lucha de clases se intersectan en relación con el cambio tecnológico.

frecuentemente implícita en otras obras de este tipo, de que «la lucha de clases no fue la sepulturera del capitalismo, sino su salvadora» (1979, pp. 178-179, 195).

De forma altamente significativa, esto nos proporciona la clave para poner las luchas de clase en la fábrica en la perspectiva adecuada. Las luchas economicistas relativas al salario (véase el capítulo II de este libro), son parte de una perpetua guerra de guerrillas entre el capital y el trabajo. Los trabajadores plantean un límite a la palanca del capital para el cambio tecnológico, pero la presión contraria de la dirección impide igualmente cualquier movimiento real hacia una autonomía obrera auténtica o hacia la autogestión. Dentro del flujo y reflujo de la militancia de los trabajadores y la presión de la dirección en su contra, podemos señalar una tendencia hacia «la introducción de un cambio unidireccional a largo plazo en el proceso laboral». La dinámica cíclica de las luchas en los talleres equilibran los cambios a largo plazo dentro de la trayectoria global del desarrollo capitalista (Burawoy, 1979, p. 178). Desde este punto de vista, esas luchas deben considerarse realmente como fricciones transitorias, lo cual no quiere decir que carezcan de importancia política o ideológica. Pueden proporcionar la base para luchas políticas mayores y más amplias, aunque el necesario fetichismo que las rodea impide cualquier traslación automática de su experiencia a estadios más amplios de conciencia política.¹⁹

Las luchas de este tipo juegan un papel muy importante para el capital. De una parte, constituyen una perpetua amenaza al sistema. De otra, ayudan a estabilizarlo, y esto por una razón básica y fundamental. Continuamente acelerado, el cambio tecnológico puede ser sumamente destructivo para el capital —tal y como veremos, esta es una fuente importante de inestabilidad: imaginemos una sociedad en la que las tecnologías cambiaran cada día—. La resistencia de los trabajadores puede restringir el ritmo del cambio tecnológico y en la medida en que esto plantea un suelo para la competencia puede ayudar a estabilizar el curso del desarrollo capitalista. Existe aquí un espacio para los «compromisos» sobre el cual el capital puede estar medianamente dispuesto a operar. Así como los capitalistas se dieron cuenta de los beneficios que se podían obtener reglamentando la jornada de trabajo una vez que pudieron verse con facilidad los costes sociales de no hacerlo, del mismo modo pueden llegar a reconocer los beneficios de las formas institucionalizadas de negociación con los trabajadores en lo que se refiere al ritmo y a la dirección del cambio tecnológico. El problema para el capital es evitar alteraciones innecesarias dentro del proceso de trabajo y alcanzar ese ritmo y configuración del

¹⁹ Aquí estamos simplemente haciéndonos eco de Marx y Lenin sobre la diferencia entre la conciencia economicista del sindicato y la conciencia «socialista revolucionaria».

cambio tecnológico que concuerde con la acumulación sostenida. El capital no siempre lo logra y, tal y como veremos, existen fuerzas que militan en contra de cualquier solución a este problema. No obstante, los capitalistas se dan seguramente cuenta de los inmensos peligros que acechan al cambio tecnológico sin restricciones y casi con certeza consideran las negociaciones con los trabajadores en la fábrica como parte de un paquete de controles —otros son el monopolio y la reglamentación del Estado— que mantienen el cambio tecnológico dentro de ciertos límites aceptables. Desde este punto de vista, pueden considerar útiles las modestas restricciones que la militancia de los trabajadores les plantean. El problema, naturalmente, es que las demandas de los trabajadores no siempre se caracterizan por su modestia y en esos casos el capital debe reaccionar con toda la fuerza y el poder que pueda reunir.²⁰

Esto nos deja ante un problema residual de cierta importancia. Tanto Marx como Braverman indican que la reducción del trabajo cualificado a trabajo abstracto y simple se realiza por medio de la división técnica del trabajo, la mecanización, la automatización y la gestión científica. Más aun, «para Marx, la tendencia en la evolución del proceso de trabajo pasaba por crear un proletariado industrial homogéneo que descubre su unidad en su común sujeción al capital que destruye las habilidades “tradicionales” y “preindustriales”». Elbaum *et al.* afirman que estas opiniones son demasiado simples.

Cualquiera que sea la estructura técnica de la producción, los capitalistas pueden requerir una división jerárquica del trabajo en tanto forma de gestión empresarial. Al determinar la estructura de estas jerarquías, las luchas formales e informales de ciertos grupos estratégicos de trabajadores a menudo desempeñan un papel crucial [...] el desarrollo del capitalismo industrial no solo no eliminó a todos esos grupos «tradicionales» de artesanos e incluso a los trabajadores externos, sino que las relaciones entre diferentes grupos de trabajadores (especialmente los artesanos y los trabajadores menos cualificados) han desempeñado un papel crucial a la hora de determinar la estructura de la división del trabajo que surge del cambio tecnológico (Elbaum *et al.*, 1979, pp. 228-229).

Aquí intervienen distintas cuestiones: la veracidad histórica de las diferentes descripciones de la evolución del proceso de trabajo, la estrategia política e ideológica, la conciencia de clase, etc., pero la más importante

²⁰ La extensa cooperación entre la administración y los trabajadores que muestra Burawoy (1979) debe interpretarse, en mi opinión, a la luz de esto. Cuando dos partes cooperan y una tiene mucho más poder que la otra (en el análisis final), entonces la naturaleza voluntaria de la cooperación se debe poner en tela de juicio. Soy igualmente escéptico cuando leo que los sospechosos están «cooperando» con las autoridades en la investigación de algún crimen.

en este punto de nuestra investigación sobre el modo de producción capitalista se refiere a la reducción del trabajo cualificado a trabajo simple. Si la evolución histórica del proceso de trabajo no ha avanzado en esa reducción, entonces ¿qué crédito se le puede dar a una teoría del valor que presupone que tal reducción se ha producido ya? Ciertamente, las descripciones que proporcionan ahora los historiadores del trabajo indican que, si esa reducción se ha producido ya, es por un proceso que ha tomado un camino sumamente tortuoso e intrincado.²¹ Nos vemos obligados a reflexionar, una vez más, sobre la relación entre la teoría del modo de producción capitalista como un todo y la evolución histórica de las formaciones sociales capitalistas.

Podemos comenzar simplificando el problema. En primer lugar, no es posible separar las jerarquías administrativas de las que están basadas en la técnica, ya que ambas tienen un papel relevante en la movilización de las fuerzas productivas del trabajo para la creación de plusvalor. En segundo lugar, Marx ciertamente no argumentó que la reducción de trabajo cualificado a trabajo abstracto simple requería la homogenización de la fuerza de trabajo hasta el punto que ya no se requirieran competencias laborales. La reducción significaba la eliminación de las *habilidades monopolizables* y la creación de un modelo flexible de habilidades que permitiera sustituciones relativamente fáciles. Las habilidades restantes podían justificarse razonablemente como otros tantos múltiplos del trabajo abstracto simple. Finalmente, debemos recordar la insistencia de Marx en que la tal reducción no tiene nada que ver directamente con el modelo de las diferencias en los salarios basadas en los costes de producción o «en diferencias que hace ya mucho tiempo que han dejado de ser reales, y que perduran tan solo en el mundo de las convenciones inveteradas» (*El capital*, vol. I, p. 260). El sistema del salario, al oscurecer el origen del plusvalor, contiene característicamente toda clase de deformaciones y rarezas; el trabajo a destajo, por ejemplo, podría tener efectos diferenciales considerables sobre las remuneraciones que reciben los trabajadores y así dar «un mayor campo de acción» a la «individualidad, y con ella al sentido de libertad, la independencia y autocontrol de los obreros» así como a «la competencia entre ellos mismos, unos con otros» (*El capital*, vol. I, p. 642). Marx indudablemente no conocía todos los detalles de la determinación de los salarios o de su orden jerárquico, pero esto se debe simplemente a que no atribuía gran importancia a esta «apariencia superficial» de las cosas. La medida esencial de la reducción del trabajo cualificado a trabajo simple está en el grado en que el capitalismo ha creado habilidades que son fáciles de reproducir y de sustituir. Todas las pruebas indican que esta es la dirección que ha tomado

²¹ Las obras de Montgomery (1979), Stoner (1974) y Zeitlin (1979) proporcionan algunos ejemplos excelentes.

el capitalismo, con islas considerables de resistencia aquí y allá. Puesto que el trabajo especializado se sigue reduciendo a trabajo simple, tenemos que concluir que el capitalismo está en curso de realizar la ley del valor implicada en su modo de producción.²² Desde este punto de vista, por lo menos, parece haber pocas bases para refutar los argumentos básicos de Marx y de Braverman.

3. Las fuentes del cambio tecnológico en el capitalismo

Es evidente que la sociedad capitalista ha mostrado un grado extraordinario de dinamismo tecnológico y organizativo a lo largo de toda su historia. La dificultad está en explicar este dinamismo de una forma que coloque su origen dentro de la sociedad en vez de tratarlo como una fuerza externa a su propia dinámica autónoma.²³ Es en relación con esto donde vemos la mayor potencia de Marx, como crítico y como analista. A grandes rasgos, Marx atribuye el dinamismo tecnológico y organizativo del capitalismo a una lucha desesperada, librada por el capital, para estabilizar las condiciones inestables inherentes a la reproducción de clase. Marx mide los límites de este proceso y explora sus contradicciones. Da forma a una teoría de la formación de la crisis y luego basa en parte su alegato sobre la transición al socialismo en la necesidad de solventar las burdas irracionalidades que surgen de las crecientes contradicciones entre el crecimiento de las fuerzas productivas y las relaciones sociales sobre las que se basa el modo de producción capitalista.

Cuando volvemos a considerar la matriz de las relaciones sociales que impulsan el cambio tecnológico, nos enfrentamos con algunas corrientes que nos confunden y que se cruzan entre sí de una manera interesante. La competencia entre los capitalistas y, en menor grado, dentro de la clase obrera, desempeña un papel importante, pero no podemos juzgar la respuesta a esa competencia aislándola de la separación entre el capital y el trabajo, que es el sello distintivo de las relaciones sociales capitalistas. Consideremos, por ejemplo, las posibles respuestas de los capitalistas al incremento de la competencia. Estas pueden ser: 1) bajar los salarios; 2) incrementar la intensidad de un sistema de producción existente; 3) invertir en un nuevo sistema de producción; 4) economizar en insumos de

²² Debemos mencionar que la perfección de la competencia es igualmente vital para lograr relaciones de valor puras en la esfera del intercambio, pero esta perfección no ha existido en ninguna parte aunque, como veremos en el capítulo V, la tendencia histórica del capitalismo se dirige a la competencia perfecta.

²³ Magaline (1975) hizo una excelente reseña de las perspectivas marxianas y no marxianas sobre estas cuestiones. Véase un buen ejemplo de las segundas en Heertje (1977).

capital constante (seguir trabajando más tiempo con maquinaria más vieja, usar con más eficiencia los insumos de energía y materias primas, buscar materias primas más baratas en el mercado, etc.); 5) buscar combinaciones y sustituciones de factores más eficientes; 6) cambiar la organización social de la producción (estructura de empleo, jerarquías de mando) tratando de lograr que la administración sea más eficiente; 7) apelar a los trabajadores para que cooperen y trabajen con más empeño para conservar sus empleos; 8) inventar nuevas estrategias de mercadotecnia (diferenciación de productos, publicidad, etc.) y 9) cambiar de ubicación (véase el cap. XII). Por medio de una o de distintas respuestas combinadas, los capitalistas individuales pueden tratar de preservar o de mejorar su posición competitiva. La estrategia elegida dependerá de las circunstancias y posibilidades, así como de las predilecciones de la administración. El curso del cambio tecnológico bajo esas condiciones es difícil de predecir.

Sin embargo, el punto central de Marx es que la competencia impele al capitalismo a una revolución perpetua de las fuerzas productivas, de cualquier tipo y por cualquier medio. Los capitalistas compiten entre sí en el terreno del intercambio. Cada uno tiene la posibilidad de modificar su propio proceso de producción, a fin de que llegue a ser más eficiente que los que predominan en la sociedad. Esta es la fuente del plusvalor relativo. Una vez que sus competidores los han alcanzado en ese terreno, los innovadores originales tienen incentivos para avanzar, una vez más, a fin de sostener el plusvalor relativo que han captado previamente. Como es natural, aquí abundan las oportunidades para el empresario con iniciativa e imaginación, ese individuo noble e inspirador tan importante para el folclore capitalista y tan frecuentemente descrito como el origen de su dinamismo tecnológico.²⁴

La consecuencia social de la competencia es, por supuesto, avanzar a saltos continuos, adoptando nuevas tecnologías y nuevas formas de organización independientemente de la voluntad de cualquier empresario particular, siempre y cuando, naturalmente, los mercados sigan siendo competitivos. Solo queda plantear esta pregunta: ¿cuáles son los límites a este proceso?

Los capitalistas son también sumamente interdependientes y el grado de su interdependencia aumenta con la proliferación en la división del trabajo. Los efectos de derramamiento y multiplicación llegan a ser considerables.

Trastocar el modo de producción en una esfera de la industria implica trastocarlo en las demás. Esto es válido ante todo para esos ramos

²⁴ Schumpeter (1934, 1939) es probablemente el defensor más descarado de esta idea dentro de los círculos intelectualmente respetables.

industriales que están aislados por la división social del trabajo, de modo que cada uno de los mismos produce una mercancía independiente, pero entrelazados, sin embargo, en tanto fases de un proceso global. Así por ejemplo, la hilandería mecánica creó la necesidad de la tejeduría mecánica, y entre ambas hicieron necesaria la revolución quimiomecánica en el blanqueado, la tintorería y el estampado [...] Pero la revolución en el modo de producción de la industria y la agricultura hizo necesaria también, sobre todo, una revolución en las condiciones generales del proceso social de producción, esto es, de los medios de comunicación y transporte [...] De aquí que [...] un sistema de vapores fluviales, ferrocarriles, vapores transoceánicos y telégrafos fue adaptando paulatinamente el régimen de las comunicaciones y los transportes al modo de producción de la gran industria. Por otra parte, las descomunales masas de hierro que la industria tenía ahora que forjar, soldar, cortar, taladrar y modelar, exigían a su vez máquinas ciclópeas [...] Por todas estas razones, la gran industria se vio forzada a apoderarse de su medio de producción característico, esto es, de la máquina misma, y producir máquinas por medio de máquinas. Comenzó así por crear su base técnica adecuada y a moverse por sus propios medios. (*El capital*, vol. I, pp. 460-461)

Esta espiral de efectos multiplicadores parece no tener fin. Para empezar, cualquier desarrollo desigual de las fuerzas productivas dentro de las diferentes fases de un sistema de producción integrado verticalmente planteará problemas al flujo continuo de insumos y productos, desde las materias primas brutas hasta el producto terminado. Y es difícil imaginar cómo las estructuras tecnológicas pueden estar exactamente calibradas para equilibrar ese proceso. Los efectos generales de estos desajustes en otras esferas probablemente se caracterizarán por un desarrollo desigual y por efectos colaterales en espiral. Consideremos, por ejemplo, aquellos cambios tecnológicos que hacen disminuir el coste y el tiempo de circulación. A medida que la división del trabajo se extiende y las interacciones del mercado se vuelven más complejas, suelen aumentar los costes y también la presión para reducirlos. Desde un punto de vista físico esto imprime presión para reducir el coste y el tiempo de movimiento de los productos y para economizar las ventas mayoristas, al detalle y la mercadotecnia. Las innovaciones que afectan a la velocidad con que puede circular el dinero (el sistema de crédito) y la velocidad con que se puede reunir y diseminar la información (telégrafo, teléfono, radio, télex, etc.) también se vuelven imperativas. Ni siquiera el hogar es inmune: la tecnología del consumo final debe mantenerse al paso del requisito de absorber las cantidades cada vez mayores de mercancías que se producen.

En determinado momento es probable que haya muy poca uniformidad en el desarrollo de las fuerzas productivas, entre empresas e industrias

individuales, e incluso entre sectores y regiones enteras. Sin embargo, los cambios tecnológicos no son independientes entre sí. Cada uno sirve para definir al otro a través de múltiples interacciones. Estos cambios son sumamente difíciles de trazar. De hecho, las interacciones son tan extensas, las ramificaciones tan amplias, que el cambio tecnológico parece asumir una dinámica autónoma, enteramente divorciada de sus orígenes en la competencia capitalista y las relaciones de clase. El cambio tecnológico puede llegar a estar «fetichizado» como «una cosa en sí misma», como una fuerza exógena y motriz en la historia del capitalismo. La suposición de la necesidad e inevitabilidad del cambio tecnológico se vuelve tan fuerte que el esfuerzo para lograrlo —cristalizado en una ideología dominante del progreso tecnológico— llega a ser un fin en sí mismo.

A lo que todo esto apunta es a una espiral interminable y cada vez más acelerada de cambio tecnológico, provocado por la competencia y mantenido por los efectos multiplicadores que reverberan a través de esferas de actividad económica cada vez más integradas. Lo más notable bajo estas circunstancias no es que la sociedad capitalista sea tecnológicamente dinámica, sino que su dinamismo haya sido tan mudo y controlado. Esto puede atribuirse en parte a las barreras que surgen de las relaciones sociales del capitalismo. Consideremos, por tanto, las barreras que el propio capital erige contra la tendencia hacia el cambio tecnológico y organizativo en perpetua aceleración.

Cualquier cambio tecnológico y organizativo incurre en costes directos e indirectos. Entre los primeros están los desembolsos en plantas y equipos nuevos, el coste de volver a formar a la fuerza de trabajo y otros costes directos dirigidos a la implementación de todo esto. Entre los segundos está la inexperiencia de la dirección en las nuevas técnicas o en los nuevos sistemas de autoridad, la resistencia de los trabajadores e incluso el sabotaje a métodos a los que los trabajadores no están acostumbrados o que encuentran degradantes, las horas perdidas en el aprendizaje, además de una amplia variedad de efectos externos imprevistos que no entraron en los cálculos iniciales. Cualquier empresa tiene que sopesar los costes y beneficios del cambio en relación con los estados existentes y previsibles de la competencia. En la medida en que muchos de estos costes y beneficios son desconocidos y el estado de la competencia es siempre impredecible, la capacidad individual y la propensión a correr riesgos —a la que, como ya dijimos, le dan mucha importancia los intérpretes burgueses de la historia capitalista— entran en escena como elementos mediadores.

Entre los costes potenciales, no obstante, los más importantes son los que trae consigo el retiro prematuro del capital fijo que aún no se ha amortizado totalmente. El valor cristalizado en la maquinaria y en otras formas de capital fijo pueden recuperarse solo después de cierto tiempo.

La revolución de las fuerzas productivas puede tener aquí efectos desastrosos y obligar a los productores a sufrir grandes pérdidas caso de que al mercado llegue equipo nuevo (más barato y más eficiente). Esto nos lleva a un terreno que exploraremos con más detalle en el capítulo VIII. Por el momento diremos simplemente que la ironía del capital fijo, que es en sí mismo uno de los medios principales empleados para aumentar la productividad del trabajo social, es que una vez instalado se convierte en una barrera a la innovación ulterior. Es, de este modo, cómo el capital levanta barreras internas a su propia dinámica.

Los efectos potencialmente disruptivos del cambio tecnológico pueden verse en todo el sistema de producción y realización del valor. Los cambios importantes son difíciles de absorber y pueden asestar un fuerte golpe a la estabilidad del sistema. Cuando el desarrollo se vuelve demasiado desigual puede provocar crisis de desproporción entre, por ejemplo, la capacidad para producir medios de producción y la capacidad para producir artículos de consumo. Al margen de los efectos disciplinantes de las crisis, otras fuerzas entran en acción, las cuales sirven para moderar la inserción arbitraria y potencialmente catastrófica del cambio tecnológico en un sistema de producción y realización cuyo equilibrio es a menudo delicado. Las empresas individuales son naturalmente renuentes a adoptar innovaciones que incrementen su producción más allá de lo que puede absorber el sistema. Al darse cuenta de los embotellamientos en el transporte y las comunicaciones, o en la capacidad del mercado, las empresas moderan su impulso hacia el cambio tecnológico competitivo y se conforman con la ganancia media en vez de con ganancias extraordinarias. Como resultado final de la competencia se produce siempre, además, cierto grado de monopolización; las prácticas monopolísticas se convierten en parte de la estrategia de contrapeso al ritmo global del cambio tecnológico. La participación activa del Estado, por medio de leyes de patentes, financiación para la investigación básica y cosas por el estilo, puede contribuir a una impresionante batería de controles potenciales, que mantienen a raya la tendencia hacia la aceleración perpetua del progreso tecnológico. En el capítulo V nos vamos a ocupar de estas cuestiones.

Las barreras al cambio tecnológico y organizativo son constantes. Al mantener el ritmo del cambio dentro de límites razonables para el capital, estas barreras ayudan a equilibrar lo que de otra forma podría ser un proceso peligrosamente inestable. Cuando el cambio se lleva al extremo, esas barreras actúan en contra de la propia acumulación y deben ser así superadas para que el capitalismo pueda sobrevivir. La senda del cambio tecnológico nunca ha sido exactamente tranquila, pero las fuerzas que lo regulan tienen que estar delicadamente equilibradas a fin de asegurar la tranquila continuidad de la acumulación del capital.

Algunos de los mecanismos que mantienen ese delicado equilibrio se vuelven más evidentes cuando introducimos en escena la relación de clase entre capital y trabajo. Ya hemos visto que el valor de la fuerza de trabajo, que asume un nivel de vida constante en términos físicos, se ve reducido por el incremento de la productividad del trabajo en el sector de los bienes salario, pero también aquí entran en juego fuerzas de contrapeso para asegurar que el trabajo obtenga una «participación equilibrada» en el valor total producido. Si el trabajo obtiene más de esta participación y los salarios suben por encima de su valor de modo que amenazan la acumulación, entonces la presión aumentará para introducir tecnologías que ahorren fuerza de trabajo provocando desempleo. La producción de una superpoblación relativa que empuje hacia abajo los salarios y frene el poder de los trabajadores en relación con el capital se convierte en un mecanismo crucial a la hora de asegurar la perpetuación de la acumulación frente a las condiciones cambiantes de la oferta de trabajadores. Igualmente, la tecnología puede ser puesta a trabajar a fin de disminuir el poder del trabajo organizado, tanto en la fábrica como en la mesa de negociaciones. «La maquinaria», afirma Marx, «se convierte en el arma más poderosa para reprimir las revueltas obreras periódicas, las huelgas y demás movimientos desatados contra la autocracia del capital». La máquina de vapor, por ejemplo «permitió a los capitalistas echar por tierra las exigencias crecientes de los obreros, los cuales amenazaban con empujar a la crisis al incipiente sistema fabril». De hecho, «se podría escribir una historia entera de los inventos que surgieron, desde 1830, como medios bélicos del capital contra los amotinamientos obreros» (*El capital*, vol. I, p. 516). La dinámica de la competencia capitalista parece apuntar, de nuevo, a la completa destrucción del poder económico y político de los trabajadores.

Pero aquí entran en juego también tendencias compensatorias, tendencias que sirven para frenar la competencia y que, por tanto, regulan el ritmo del cambio tecnológico. Por ejemplo, la cuestión de si se empleará o no capital fijo depende de «la diferencia entre el valor de la máquina y el valor de la fuerza de trabajo que reemplaza». Dadas las diferencias que existen en el precio de la fuerza de trabajo entre una nación y otra, no produce sorpresa que hoy se produzcan en Inglaterra máquinas que «solo se emplean en Norteamérica» y que Inglaterra, «la tierra de la maquinaria», se caracterice al mismo tiempo por «un derroche vergonzoso de la fuerza de trabajo humana para los propósitos más despreciables». La razón se puede expresar de forma bastante brutal: «Para sirgar, en los canales, todavía hoy se emplean mujeres en vez de caballos, porque el trabajo requerido para la reproducción de caballos y máquinas equivale a una cantidad matemáticamente dada, mientras que el necesario para mantener a las mujeres integrantes de la población excedente está por debajo de todo cálculo»

(*El capital*, vol. I, p. 472). A veces, cuando el ejército industrial de reserva llega a ser muy grande, el capital tiene multitud de incentivos para regresar a las técnicas que requieren mucha mano de obra (de ahí que actualmente hayan revivido los talleres clandestinos [*sweatshops*] incluso en los países capitalistas avanzados). El estímulo a formas más complejas de cambio tecnológico y organizativo ciertamente disminuye en épocas con excedentes crónicos de trabajadores.

Hemos analizado también que la lucha de clases en el lugar de trabajo juega un importante papel como mecanismo equilibrador. Esas luchas pueden servir para frenar la peligrosa aceleración del cambio tecnológico en multitud de formas (por ejemplo, las nuevas tecnologías requieren cierto grado de cooperación de los trabajadores para que puedan ser introducidas). La guerrilla permanente en el lugar de trabajo puede desempeñar así papeles positivos y negativos en la estabilización del capitalismo.

La relación exacta entre estos factores es muy compleja. Podemos estar seguros de que el imperativo de acumular está siempre en el horizonte. El problema es que las formas reales de cambio tecnológico y organizativo son tan diversas, y las fuerzas que las regulan están tan entremezcladas, que no las podemos distinguir con facilidad. Aunque el cambio tecnológico desempeña un papel central en la teoría marxista, no lo entendemos completamente. No hay duda de que la competencia y la interdependencia capitalista, así como la lucha de clases entre el capital y el trabajo, forman el eje sobre el que gira el análisis, pero la interacción y los efectos multiplicadores no han sido analizados completamente, lo mismo que las consecuencias de la producción directa de nuevos conocimientos científicos.

Esto constituye una importante laguna en la exposición de Marx. Debemos, sin embargo, interpretar correctamente su significado. Si, después de todo, la tecnología de determinado proceso laboral es una expresión y una cristalización de las principales contradicciones del capitalismo, tal y como frecuentemente afirma Marx, entonces una comprensión plena de la primera depende de que se descifre por completo la segunda. Por eso, la comprensión de la tecnología debe ser considerada como el producto final de esa línea de investigación que Marx no completó.

No podemos siquiera comenzar a analizar las leyes del movimiento del capitalismo sin exponer antes una conceptualización de la tecnología. Marx llega a esta por medio de los conceptos abstractos de fuerza productiva y de las relaciones sociales encarnadas en la materialidad concreta del proceso laboral. Marx puede así abstraerse de dar detalles específicos de los cambios tecnológicos reales y argumentar simplemente que las revoluciones en las fuerzas productivas son un producto necesario de las relaciones sociales del capitalismo. No obstante, en el curso de la investigación subsecuente debe

surgir una comprensión más profunda de todo esto, como sucedió con la propia ley del valor. Lo que Marx trata de probar es que las revoluciones de las fuerzas productivas son fundamentalmente antagónicas a las relaciones sociales que las originaron. En este punto, en opinión de Marx, reside la contradicción central del capitalismo: la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales.

Las pruebas que Marx aporta a su tesis general son parciales e incompletas. Debemos considerar ahora cómo progresa en esta difícil senda y, a través de la evaluación crítica, tratar de empujar su argumento hasta sus límites.

4. La composición técnica, orgánica y de valor del capital

Nos vamos a ocupar ahora de la difícil cuestión de las repercusiones de las revoluciones permanentes en las fuerzas productivas sobre el propio capital. Al hacerlo, será conveniente dar por sentado que las tecnologías concretas empleadas (en el amplio sentido que da Marx al término, que incluye todas las características organizativas) expresan fielmente la configuración fundamental de las fuerzas productivas. De la misma forma trataremos los *valores*, dando por sentado que todas las mercancías se intercambian a su valor (los precios reflejan valores). Estas suposiciones permiten un grado mayor de generalidad en la discusión y nos permiten hablar con más libertad de los efectos potenciales concretos de las fuerzas fundamentales de una forma que *potencialmente* se puede generalizar a la experiencia histórica. El carácter tentativo de esas identificaciones y el carácter hipotético de las generalizaciones resultantes se debe considerar a partir de nuestras observaciones anteriores.

En primera instancia, un estadio tecnológico determinado está relacionado con cierta productividad física de la fuerza de trabajo. Esta productividad física se mide en diversas unidades no comparables —el número de metros de tela que se han tejido, el número de zapatos que se han manufacturado, las toneladas de hierro y acero procesadas, etc.— producidas por trabajador y hora. Marx llama a esta ratio «composición técnica del capital». Cuando se reduce a una base común de valores, estas ratios vienen expresadas en términos de la proporción entre el capital variable y el capital constante empleado en un periodo de producción determinado. La proporción c/v se llama «composición de valor del capital». En algunos casos se prefiere usar como medida de proporción $c / (v + p)$, en la medida en que esta capta con más exactitud la proporción entre el trabajo «muerto» pasado (medios de producción de todo tipo en propiedad de los capitalistas) y el nuevo valor añadido por el «trabajo vivo». Se pueden comparar así las diferentes industrias y sectores de acuerdo con las diferentes

composiciones de valor de sus capitales. Las industrias que requieren grandes inversiones de capital constante muestran altas composiciones de valor, mientras que las industrias que emplean mucho trabajo vivo se hallan al otro extremo de la escala en composición de valor.

Ya hemos visto cómo y por qué los capitalistas deben recurrir al cambio tecnológico. Hemos visto las razones por las que las composiciones técnicas del capital cambian perpetuamente. El siguiente paso pasa por mostrar cómo los cambios en la composición técnica afectan a la composición de valor. Para hacer esto, Marx introduce el concepto de «composición orgánica del capital». Esta es «la composición de valor, en cuanto en tanto se determina por la composición técnica del mismo y refleja las variaciones de esta» (*El capital*, vol. I, p. 703). La implicación inmediata de esta observación es que la composición de valor también puede cambiar por razones que no tienen nada que ver con la composición técnica.

Tenemos aquí tres conceptos cruciales en el siguiente razonamiento. Desgraciadamente, hay mucha confusión en el pensamiento de Marx —y una confusión enorme en la bibliografía subsecuente— en lo que se refiere a las relaciones entre las composiciones técnica, orgánica y de valor del capital. La distinción entre la composición de valor y la composición orgánica, por ejemplo, parece muy importante. Sin embargo, en algunos puntos vemos que Marx emplea los términos indistintamente mientras que otras veces parece hacer hincapié en que se deben mantener separados. La poca uniformidad en su uso se puede explicar en parte por el hecho de que Marx llegó a estos conceptos relativamente tarde y no logró elaborarlos correctamente. El concepto de composición orgánica, por ejemplo, aparece solo en la tercera edición del primer volumen de *El capital*, supuestamente como un avance de las ideas que habían de llegar con el tercer volumen, aún no terminado. Fuera lo que fuese que sucedió, existe aquí una gran confusión que se debe aclarar.²⁵

Consideremos primero la idea de que la composición de valor se puede modificar por razones distintas a los cambios en la composición técnica. En sus críticas a Ricardo y Cherbuliez (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, pp. 277-310; vol. III, pp. 319-350), Marx sugiere que la composición de valor se puede modificar y de hecho se modifica independientemente de las fuerzas que regulan la composición orgánica. En el capítulo sobre «La renta absoluta» en *El capital* (vol. III, p. 871), llega aún más lejos:

²⁵ La posición que tomo aquí es bastante parecida a la que presentaron Fine y Harris (1979), no obstante estoy particularmente agradecido con Dumenil (1975; 1977) por sus estimulantes ideas sobre este tema. Se está produciendo ahora mucha bibliografía desde una perspectiva más matemática como Roemer (1977, 1978) pero de largo la obra más instructiva es la de Von Weizsäcker (1977). Robinson (1978), como podría esperarse, también proporciona una inspirada contribución que no puede ser fácilmente descartada.

«Capitales de igual composición orgánica pueden tener diferente composición de valor, y capitales de igual composición porcentual de valor pueden hallarse situados en diferentes niveles de composición orgánica, es decir, pueden expresar diferentes niveles de desarrollo de la productividad social del trabajo». En tanto se supone que solo hay una ratio del valor que puede prevalecer dentro de un proceso de producción, esta observación tan fuera de lo común nos pone, en cierto modo, en aprietos en cuanto a la interpretación exacta que se da a la composición orgánica en comparación con la composición de valor. Después de esto, no podemos tratar ciertamente la composición orgánica y la composición de valor como términos idénticos (como se hace tan frecuentemente en las obras publicadas).

Aparentemente, Marx tenía intención de reservar el término «composición orgánica» para indicar aquellos cambios en la tecnología *dentro* de una empresa que afectan a la composición de valor del capital. La «composición orgánica» es una etiqueta que identifica determinada fuente de cambios en la composición de valor. El significado de esa identificación es el siguiente. El mix tecnológico dentro de la empresa está en gran parte bajo control de los capitalistas individuales, que pueden modificarlo y lo modifican hasta donde pueden en su búsqueda incansable de plusvalor, ya sea en respuesta a la competencia o al estado de la lucha de clases. La dinámica de ese proceso se puede entender independientemente de los costes fluctuantes de los insumos en la producción.

Sin embargo, las composiciones de valor también pueden verse alteradas por una variedad de consideraciones sobre las cuales no tienen control los capitalistas individuales. Las fuerza externas que regulan la composición de valor tienen distintos orígenes, pero las podemos separar en dos grupos. Primero debemos considerar las fuerzas «accidentales y concurrentes» que afectan al valor de los insumos que compran los capitalistas en el mercado. Estas incluyen los «accidentes» climáticos (sin que importe si fueron inducidos por la acción humana), las alteraciones en el comercio, las guerras, la explotación sistemática de la superficie de la tierra en busca de recursos más «productivos», etc., todos los cuales modifican el tiempo de trabajo socialmente necesario requerido para producir mercancías. En segundo lugar tenemos que considerar la multitud de interacciones y efectos multiplicadores que ligan la productividad del trabajo en un sector con el valor de los insumos en otro. Estos efectos de interacción, que tienen sus orígenes dentro del proceso de trabajo, no están sin embargo bajo control del capitalista individual. Dicho de otra forma, la composición de valor del capital dentro de un proceso de producción depende de forma crucial del estado de la tecnología adoptado por los empresarios que producen los insumos para ese proceso de producción.

Este contraste entre las fuerzas internas y externas de la empresa es muy significativo, y en mi opinión es la idea que Marx estaba tratando de captar al distinguir entre la composición de valor y la composición orgánica. Los capitalistas individuales controlan su propio proceso de producción y seleccionan su tecnología de acuerdo con las circunstancias económicas, pero operan en un ambiente de mercado en el que los valores de los insumos vienen fijados por fuerzas sobre las que ningún individuo tiene control, si bien las decisiones de cada empresario respecto de la tecnología tienen efectos multiplicadores sistémicos. Lo que Marx eventualmente trató de probar es que las decisiones individuales aparentemente racionales amenazan la base de la acumulación y por tanto la propia supervivencia de la clase capitalista. Fue esta contradicción la que Marx trató de captar por medio de los conceptos gemelos de la composición de valor y composición orgánica.

El primer volumen de *El capital* considera la producción desde el punto de vista del empresario individual que trata de obtener la máxima ganancia en condiciones de competencia. Solo se consideran aquí aquellas innovaciones tecnológicas que capturan el plusvalor relativo dentro de la empresa. Aunque se mencionan los efectos multiplicadores de las innovaciones tecnológicas, los efectos que podrían tener estos sobre las ratios de valor de los insumos se pasan generalmente por alto excepto en el caso del capital variable —la disminución del valor de la fuerza de trabajo como resultado del aumento de la productividad en las industrias que producen bienes salario es considerada como una fuente principal de plusvalor para los capitalistas—. En la descripción de Marx de la innovación tecnológica, encontramos el supuesto «prejuicio del ahorro de trabajo». Sin embargo, al dirigir la atención sobre el cambio tecnológico dentro de la empresa, Marx puede sacar la conclusión de que existe una tendencia inevitable a que aumente la composición de valor como resultado de la mayor productividad física del trabajo. Esta idea surge con fuerza en el tercer volumen de *El capital* (p. 248).

La misma cantidad de fuerza de trabajo disponible por un volumen de valor dado pone en movimiento, elabora, consume productivamente, como consecuencia de los métodos de producción peculiares que se desarrollan dentro de la producción capitalista, una masa constantemente creciente de medios de trabajo, de maquinaria y de capital fijo de todas clases, de materias primas y auxiliares; en el mismo lapso, y por consiguiente, también un capital constante de volumen de valor en permanente crecimiento. Esta progresiva disminución relativa del capital variable en proporción al constante [...] es idéntica a la composición orgánica progresivamente más alta del capital social en su promedio. Asimismo, es sólo otra expresión del desarrollo progresivo de la fuerza productiva social del trabajo.

La supuesta «ley» del «aumento progresivo de la composición orgánica del capital» desempeña un papel vital en el argumento de Marx, y por tanto, debemos considerarla cuidadosamente. Lo que dice Marx es que la proporción entre trabajo «muerto» y trabajo «vivo» tiende a aumentar como resultado de la innovación tecnológica dentro de la empresa, pero no prueba que esto es lo que sucede necesariamente. De hecho, a medida que sondeamos más profundamente en su argumento, encontramos que la manera en que formula el problema implica toda clase de dificultades. Lo que sucede es que Marx no se ha liberado totalmente de las equivocadas ideas de la economía política tradicional. Veamos en qué aspectos sucede esto.

La economía política tradicional consideró la estructura de la producción capitalista en términos de stock de capital fijo y flujos de capital circulante. Las ganancias se interpretaron entonces como un flujo de ganancias reales que se obtienen al usar adecuadamente los inventarios de activos (dinero o plantas físicas). Marx rompió con este concepto y sustituyó la distinción entre capital constante y capital variable. Concibió ambos como flujos.²⁶ Recordemos que Marx definió el capital como un proceso en el que el valor experimenta una expansión, y por eso buscó definiciones que reflejaran el flujo de este proceso. La fuerza de trabajo se usó para preservar el valor de los medios de producción usados, al mismo tiempo que añadía valor: «El obrero incorpora al objeto de trabajo un nuevo valor mediante la adición de una cantidad determinada de trabajo, sin que interesen aquí el contenido concreto, el objetivo y la naturaleza técnica de su trabajo» (*El capital*, vol. I, p. 263). La composición de valor del capital representa la proporción entre el valor preservado y el valor que se añade. Es una proporción entre dos flujos. El concepto de composición orgánica, como hemos visto, dirige nuestra atención hacia la forma en que el cambio tecnológico dentro del proceso de producción hace posible que la misma cantidad de fuerza de trabajo aplicada preserve y amplíe más valor que anteriormente. Surgen así dos dificultades.

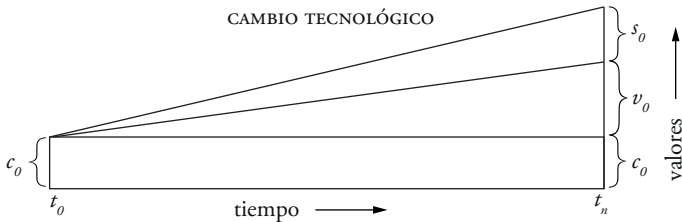
En primer lugar, podemos considerar directamente que la composición de valor del capital tal y como la mide Marx es sumamente sensible al grado de integración vertical en los procesos de producción. Si un proceso de producción comienza con el algodón en rama y termina con una camisa, el valor del insumo inicial de capital constante es pequeño comparado con el capital variable aplicado. Si ese mismo proceso de producción

²⁶ Blaug (1968, p. 229) se queja amargamente de la forma en que Marx «baraja libremente las definiciones de stock y flujo sin hacer ninguna advertencia al lector», mientras que Von Weizsäcker (1977, p. 201) comenta que «lo que Marx realmente trata de encontrar es la ratio entre el capital constante (un stock) y el producto del capital variable y la velocidad de rotación del capital variable (un flujo)». La segunda parte de esta definición es útil, pero yo argumentaría que Marx también estaba interesado en el proceso de trabajo como un flujo que preserva activamente el capital constante.

se divide entre dos empresas independientes, una de las cuales produce algodón y la otra camisas, entonces la cantidad de capital constante parece aumentar porque el trabajo cristalizado en la producción de la tela ahora aparece como el capital constante que compran los fabricantes de camisas.

Podemos representar esta idea por medio de un diagrama (véase el gráfico IV.1).²⁷ Consideremos un proceso que comienza en el momento t_0 , con un insumo inicial de capital constante, c_0 , y que avanza hasta el momento t_n añadiendo capital variable al valor de v_0 y añadiendo plusvalor, p_0 . La composición de valor del capital en este caso es c_0/v_0 .

Gráfico IV.1



Ahora consideremos este mismo proceso de producción dividido en dos segmentos en el momento t_k de tal manera que el valor total en ese momento se convierte en el insumo de capital constante, c_2 , dentro del segundo segmento del proceso (véase gráfico IV.2). La composición de valor promedio en este caso es $(c_1 + c_2) / (v_1 + v_2)$, que obviamente es mucho mayor que c_0/v_0 .

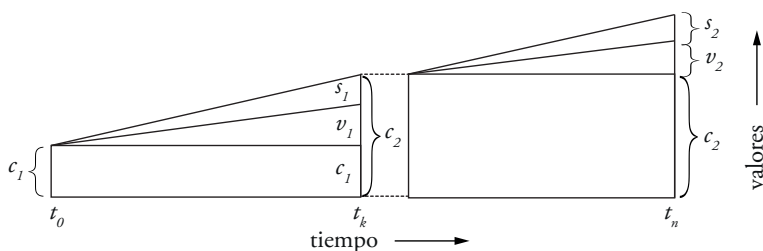
Un modelo de stocks y flujos de este proceso muestra que la cantidad de capital constante es sensible al grado de integración vertical. Un modelo de puro flujo degenera rápidamente en la *reductio ad absurdum* de que solo aquel trabajo incorporado en ese momento es trabajo vivo, mientras que todo el trabajo restante se debe clasificar como trabajo «muerto», pasado. El segundo modelo se puede conservar solo al considerar cómo se rompen estos flujos por medio de los intercambios en el mercado, lo que nos trae de vuelta una vez más a la cuestión del grado de integración vertical.

Esta dificultad no perjudica tanto al argumento de Marx como parece a primera vista. Después de todo, Marx incluye características organizativas en su descripción de la tecnología, y los niveles de centralización y concentración (entre los que debe incluirse también el problema de la integración

²⁷ La idea proviene básicamente de Dumenil (1975).

vertical) son una preocupación vital para él. De hecho, podemos usar esta aparente dificultad de forma creativa. Si la concentración vertical tiene el efecto de hacer bajar la composición de valor del capital —dando siempre por sentado, naturalmente, que la tecnología de producción real permanece constante— entonces puede proporcionar un mecanismo que contrarreste la supuesta «ley de la creciente composición orgánica». Antes de que nos entusiasmemos demasiado con la idea, es conveniente que consideremos ciertas circunstancias importantes que la modifican.

Gráfico IV.2



El segundo volumen de *El capital* trata sobre el proceso de circulación del capital. El acto de producción es aquí como un momento en un proceso de circulación. Aquí aprendemos a apreciar plenamente lo que significa concebir al capital como un proceso, como un *flujo*. Nos vemos expuestos a un análisis de los costes de circulación, tiempos de rotación, producción y circulación, así como de las peculiaridades de la circulación del capital fijo. Lo más importante, desde el punto de vista del problema que estamos considerando, es el examen de los tiempos de rotación del capital variable y constante así como del plusvalor.

En cada uno de estos aspectos, se considera importante y necesario el cambio tecnológico. La disminución de los costes de circulación y la reducción del tiempo de rotación puede servir para acelerar la acumulación. El uso del capital fijo presenta un problema, ya que por un lado puede servir para incrementar el valor de la productividad del trabajo mientras que por el otro requiere de un largo tiempo de rotación, lo que disminuye la acumulación. El efecto de estos cambios tecnológicos sobre la composición del valor —dentro de las empresas, así como en la sociedad en general— no ha sido explorado de ninguna forma coherente. En unos pocos pasajes dispersos, Marx parece sugerir que los tiempos de rotación más rápidos

incrementan la composición del valor, pero en general el concepto de composición de valor o composición orgánica es completamente ignorado en el segundo volumen de *El capital*.

Es obvio que la composición de valor del capital es muy sensible a las tasas de rotación relativa del capital variable y del capital constante. Cuando disminuye el tiempo que lleva recuperar el capital variable, disminuye el capital variable adelantado y la composición de valor aumenta, aun cuando la cantidad de fuerza de trabajo empleada siga siendo exactamente la misma. El tiempo de rotación del capital constante es aún más problemático. Tenemos que tratar con diversas materias primas e insumos de energía, que pueden ser rotados a diferentes velocidades, al igual que el capital fijo (maquinaria, edificios, etc.) puede ser rotado muy lentamente comparado con otros artículos. No es fácil ajustar una forma de medir el volumen del capital constante que es preservado bajo estas condiciones. Incluso dejando a un lado los espinosos problemas relacionados con la circulación del capital fijo (véase el capítulo VIII) resulta evidente que una aceleración en el tiempo de rotación del capital constante reduce la composición de valor del capital.

Independientemente, por tanto, del grado de integración vertical, los tiempos de rotación relativa del capital variable y del capital constante dentro de la empresa tienen efectos directos sobre las composiciones de valor de los capitales usados en la producción. Bajo circunstancias adecuadas, la composición de valor decreciente, que se logra incrementando la integración vertical, puede verse ampliamente compensada incrementando el tiempo de rotación de la constante relativa al capital variable usado.

El análisis presentado en el segundo volumen de *El capital* también nos indica, no obstante, otras circunstancias que van directamente en contra de incrementar la integración vertical en la producción. La circulación general del capital toma esta forma:

$$D - M \left(\frac{FT}{MP} \right) \dots P \dots M' - D' \text{ (etc.)}$$

¿Cuánto tiempo debe permanecer el capital dentro de la producción antes de probar su valor en la esfera del intercambio? Marx responde a esta pregunta: el menor tiempo posible, ya que el capital solo es valor cuando está en movimiento, esto es, en el acto de ser transformado de dinero en actividad productiva, después en mercancías, después en dinero, etc. Existe, por tanto, un fuerte incentivo a acelerar la rotación del capital lo más posible. Ello milita en contra de la integración vertical de la producción, en tanto esta última requiere que el capital permanezca un periodo más largo en producción antes de entrar a la esfera del intercambio. La división de un

proceso de producción en muchas fases y empresas diferentes entrelazadas a través del intercambio del mercado parece ser sumamente deseable, puesto que disminuye el tiempo de rotación del capital. Por esta razón, incluso las grandes corporaciones prefieren subcontratar gran parte de su producción a empresas más pequeñas, con tiempos de rotación más cortos. Como ya hemos visto, el efecto de todo ello consiste en aumentar la composición de valor del capital, independientemente de cualquier cambio que pueda instituirse en los procesos de producción. En el siguiente capítulo vamos a examinar las implicaciones de esto en la organización capitalista de la producción.

Existe otro aspecto por el que la estructura construida en el segundo volumen de *El capital* nos proporciona un medio para analizar las fuerzas que regulan la composición de valor del capital. En los dos últimos capítulos de ese volumen, Marx construye un modelo desagregado de una economía y examina las condiciones para un crecimiento equilibrado (véase el capítulo VI). Este modelo desagregado proporciona un formato interesante a la hora de explorar algunos de los efectos de la interacción del cambio tecnológico en diferentes sectores de una economía. Consideremos una economía dividida en dos sectores, uno que produce artículos de primera necesidad (que fijan el valor de la fuerza de trabajo) y otro medios de producción (los elementos del capital constante). Si la tasa del cambio tecnológico es más alta en el sector que produce artículos de primera necesidad, entonces la composición de valor global del capital tenderá a aumentar debido a los ahorros relativos en los desembolsos de capital variable. De lo contrario, la creciente productividad del trabajo en el sector que produce medios de producción se convierte en una palanca para hacer descender la composición global de valor del capital. Así pues, que aumente o no la composición global de valor del capital en respuesta a la innovación tecnológica depende totalmente de los sectores en los que se producen estos cambios tecnológicos y de los efectos de interacción que tienen estos cambios en toda la economía.²⁸ Tenemos aquí la posibilidad de discriminar entre el ahorro de capital constante, el ahorro de capital variable o las formas neutrales de cambio tecnológico.

Según parece, hay multitud de consideraciones que se derivan del análisis del segundo volumen, que tienen implicaciones a la hora de entender el efecto del cambio tecnológico y organizativo sobre la composición de valor del capital. Pocas de estas consideraciones se toman en cuenta en el tercer volumen. Puesto que se supone que este último trata sobre la producción capitalista en general, como una unidad de producción, intercambio

²⁸ Howard y King (1975, pp. 198-199) resumen el argumento sobre este asunto. Para una presentación técnica véase también Heertje (1972).

y realización, la omisión resulta algo sorprendente. Esto tiene una explicación bastante simple. El borrador del tercer volumen que ha llegado a nuestras manos fue escrito con anterioridad, antes de que se emprendieran las extensas investigaciones registradas en el segundo volumen.

Apenas podemos hacer conjeturas sobre lo que habría escrito Marx en el tercer volumen de *El capital* si lo hubiera revisado después de completar el segundo. No obstante, podemos evitar algunas confusiones innecesarias cuando consideramos el impulso global de su proyecto. Podemos incluso dar algunos pasos bastante simples y modestos a fin de aclarar y hacer avanzar su argumento.

5. El cambio tecnológico y la acumulación

Hemos mostrado por qué el capitalismo es por necesidad tecnológicamente dinámico y por qué existe bajo el imperativo de «renovarse o morir». Sencillamente, las relaciones de clase dominantes en el capitalismo refuerzan y aseguran las reorganizaciones perpetuas del proceso de trabajo en la búsqueda de plusvalor relativo. Ciertamente, los capitalistas no operan en un vacío y encuentran una variedad de obstáculos, tales como la lucha de clases dentro del proceso de trabajo, los límites del conocimiento científico y tecnológico, los problemas de cancelar valores cristalizados en maquinaria y equipos viejos, el simple coste del cambio, etc. El ritmo, forma y dirección del cambio tecnológico están restringidos de forma importante. Y también sabemos que el imperativo subyacente de la perpetua revolución de las fuerzas productivas (entendido como una proposición abstracta) se puede realizar a través del logro de una amplia variedad de estados tecnológicos reales (entendidos como la configuración particular del equipo pesado y la organización social que preserva y promueve la productividad de los trabajadores). Sobre todo, hemos visto cuán importante es hacer hincapié en que este es el *valor* de la productividad del trabajo, que a fin de cuentas es todo lo que importa. Los cambios en la productividad física son solo un medio para lograr ese fin. El cambio tecnológico existe así como la palanca principal para llevar más lejos la acumulación del capital a través de los incrementos continuos en el valor de la productividad de la fuerza de trabajo.

Cuando sometemos todo este proceso a un escrutinio cuidadoso, nos damos inmediatamente cuenta de su carácter contradictorio. Estas contradicciones, hay que subrayarlo, son parte del propio capital y serían una fuente principal de confusión y tensión incluso en ausencia de cualquier barrera «natural» (las limitaciones de la base de los recursos) o en las formas específicas de la lucha de clases que el sometimiento real del trabajo al

capital está destinado a provocar. Imaginemos por un momento un mundo en que el legado de la «naturaleza» sea ilimitado y en el que los trabajadores obedezcan las órdenes del capital con una docilidad y servilismo más característico de un autómatas que de un ser humano. El propósito de esta espantosa ficción es ayudarnos a entender cómo el capitalismo crea barreras dentro de sí mismo, frustrando así continuamente su propio proceso de desarrollo.

Consideremos, primero, qué sucede con la tasa de explotación, p/v , con el incremento de la productividad de la fuerza de trabajo. Existe la ironía, claro está, de que «la productividad creciente del trabajo va a la par del abaratamiento del obrero y, por tanto, de una tasa creciente de plusvalor incluso cuando el salario real aumenta» (*El capital*, vol. I, p. 694), pero esto es exactamente lo que se quiere decir con el incremento del valor de la productividad de la fuerza de trabajo. Sin embargo, Marx sostiene, por lo general, que el tipo de cambio tecnológico que incrementa la tasa de explotación puede hacerlo solo en una tasa descendente (*Grundrisse*, vol. II, p. 340). Esta es una aseveración radical, que requiere de una prueba rigurosa. Marx solo nos ofrece un límite matemático, que dice que cuanto más pequeña es la proporción de capital variable añadido en el valor total, más difícil es reducir esa proporción, pero los límites necesarios aquí son sociales, no matemáticos. Podemos invocar la necesidad de mantener el poder de consumo de los trabajadores como una fuente necesaria de demanda efectiva para la realización del capital a través del intercambio. Podemos, en pocas palabras, invocar todos los argumentos presentados en el capítulo II, que sugieren que existe una ratio de equilibrio del capital variable en el producto social total, del cual no es posible apartarse sin destruir las condiciones de equilibrio para la producción y realización del capital en general. Vemos aquí la contradicción que necesariamente surge cuando cada capitalista se esfuerza por reducir la proporción de capital variable en el valor total dentro de la empresa, al mismo tiempo que especula o vende sus productos a los trabajadores empleados por otros capitalistas. Este dilema surge independientemente de cualquier lucha sobre el nivel de los salarios reales, y podemos ver fácilmente cómo estas luchas, bajo circunstancias favorables, pueden ayudar a sacar a los capitalistas de las dificultades que ellos mismos crean.

Consideremos en segundo lugar lo que sucede con la tasa global de ganancia bajo las condiciones del cambio tecnológico general. Si medimos la tasa de ganancia como $p / (c + v)$, que es lo mismo que $p / v / (1 + c/v)$, entonces obviamente la tasa de ganancia caerá si la composición de valor del capital aumenta mientras la tasa de plusvalor permanece constante. En el capítulo VI nos ocuparemos en detalle de esta idea, por el momento podemos ver que una composición de valor del capital estable tiene un

papel potencialmente importante a la hora de estabilizar la tasa agregada de ganancia. No obstante, la idea de la composición orgánica nos dice que el cambio tecnológico dentro de la empresa está orientado principal y necesariamente a incrementar la composición de valor. Sin duda se pueden identificar distintas fuerzas de contrapeso —los efectos de interacción *pueden* ser tales que mantengan estable la composición de valor global frente a una composición orgánica en aumento—. De otro lado, también podemos ver claramente que los capitalistas individuales, presionados por la competencia y siempre en busca de plusvalor relativo, captan la forma efímera de esta última a partir de la ventaja tecnológica, si bien en el proceso tienden a crear un mix tecnológico agregado que es incongruente con una tasa de ganancia estable. En pocas palabras, los capitalistas individuales se comportan de tal forma que amenazan las condiciones que permiten la reproducción de la clase capitalista.

Todo esto plantea el problema del mix tecnológico en el centro de las contradicciones del capitalismo. Por supuesto, no es lo mismo otorgar a la tecnología una posición central, que otorgarle autonomía a la hora de determinar la historia del capitalismo. Podemos ver que la tecnología real personificada en el proceso de trabajo es una fuente de contradicciones originadas por requerimientos antagónicos. Es este antagonismo fundamental lo que capta Marx, si bien de una forma más bien confusa, a través de los conceptos duales de la composición orgánica y la composición de valor. El problema para el capital en general es estabilizar de alguna forma la composición de valor frente a una tendencia permanente a incrementar la composición orgánica por medio del cambio tecnológico dentro de la empresa. Lo que Marx trata de mostrarnos fundamentalmente es que solo existe una forma en que se logra esto y es a través de las crisis. Dichas crisis se pueden interpretar como la reestructuración forzada del proceso laboral, de tal manera que hagan regresar al conjunto del sistema a un estado que se ajuste a grandes rasgos a las condiciones de la acumulación equilibrada.

Marx no presenta el argumento de esta forma, ni explora todas sus complejidades y dimensiones. En los capítulos siguientes empujaremos más allá dicho argumento. No obstante hay una dimensión que merece la pena comentar aquí en tanto está implícita en las consideraciones que ya hemos hecho en este capítulo.

Con frecuencia, Marx dio mucha importancia a la contraposición entre la anarquía y el desorden característicos de las relaciones de mercado, y el despotismo, autoridad y control que existe dentro de la empresa. En la práctica, esta polarización no es tan fiera como Marx la describió, ya que la lucha de clases dentro del proceso de trabajo modifica la segunda y la conducta monopólica, oligopólica y de «liderazgo de los precios» modifica la primera. Sin embargo, incluso teniendo en cuenta esas modificaciones,

el principio general al que apeló parece razonablemente válido. Conviene señalar que el concepto de composición orgánica está ligado a las determinaciones en la empresa y por tanto en la arena del control capitalista. La composición de valor, por otro lado, representa la relación general entre el trabajo vivo y el trabajo muerto después de que se hayan eliminado todos los efectos de interacción y otras fuerzas diversas dentro del mercado —está por tanto ligado a las determinaciones expresadas a través de la anarquía y el desorden del mercado—.

El límite entre el terreno controlado y la anarquía del mercado está determinado por el tamaño de la empresa. El lugar exacto en que se traza este límite es de gran importancia para el funcionamiento de la economía en general. Debemos así considerar las fuerzas, si es que hay alguna, que determinan a grandes rasgos la posición de este límite. El análisis de la definición de la corriente de la composición de valor ofrece aquí algunos resultados interesantes. Ya hemos mostrado que cuanto mayor sea el grado de integración vertical, más baja será la composición de valor del capital dentro de la empresa y más grande es el ámbito de control capitalista directo. A esto se opone el requisito de acelerar el tiempo de rotación del capital fragmentando la actividad, subcontratando y generando una proliferación en la división del trabajo. Todo sirve para incrementar la composición de valor del capital y al mismo tiempo para extender el ámbito de las relaciones de intercambio caóticas y anárquicas a expensas de la producción regulada y controlada. Entre estas dos fuerzas podemos comenzar a detectar el requisito de algún equilibrio en la organización de la producción que fije el grado de integración vertical, el tamaño de la empresa, etc., y así fije el límite entre el mercado y el medio controlado (relativamente) dentro de la empresa. Puesto que este equilibrio es resultado de fuerzas fundamentalmente opuestas, es inherentemente inestable. Sin embargo, existe aquí una conexión con las perspectivas de acumulación. La composición de valor del capital no se puede determinar independientemente de estas características organizativas. Si una composición de valor estable es esencial para obtener ganancias estables, se sigue entonces que hay alguna forma de equilibrio de la organización consistente con la acumulación equilibrada. Esta es una idea fundamental y muy sencilla, que puede ayudar a entender la cambiante organización de la producción capitalista. En el siguiente capítulo vamos a considerarla de una forma más concreta.

V LA CAMBIANTE ORGANIZACIÓN DE LA PRODUCCIÓN CAPITALISTA

AL MENOS EN SU APARIENCIA más superficial, vivimos en un mundo muy diferente al que prevaleciera en la época de Marx. En ningún lado se ve esto más claramente que en los drásticos cambios que han ocurrido en las formas capitalistas de organización de la producción y el marketing. «Desde comienzos de la Revolución Industrial» escribe Hymer, «ha existido una tendencia a que la empresa tipo aumente en tamaño, pasando del taller a la fábrica, luego a la corporación nacional, a la corporación multidivisiones y ahora a la corporación multinacional» (Hymer, 1972, p. 113). Si los gobiernos nunca fueron exactamente *laissez-faire* en lo que se refiere a la actividad económica a lo largo de todo el siglo XIX (ya que siempre desempeñaron papeles claves en lo que respecta al dinero y a las obras «públicas» a gran escala, así como a la hora de asegurar las bases legales de los contratos y la propiedad privada), las intervenciones del Estado que son ahora corrientes a través de las políticas fiscales y monetarias eran virtualmente desconocidas antes de la década de 1930. La simple escala y complejidad de la organización —tanto en el gobierno como en los negocios— ha cambiado hasta resultar irreconocible en los últimos 200 años.

Cualquier teoría de la evolución económica del capitalismo debe considerar estas enormes transformaciones de la organización, al tiempo que explica su necesidad histórica. El propio Marx aludió a menudo a lo que él llamaba «las leyes de centralización del capital» y Engels desarrolló largamente esta idea. La necesidad de resolver el «antagonismo» entre el control ejercido dentro del taller y «la anarquía de la producción en la sociedad en general», escribió Engels, conduce inevitablemente a la centralización del capital como un medio para extender las islas de control sistemático dentro del mar de las fuerzas ciegas del mercado. Las sociedades por acciones fueron el primer paso organizativo en esta dirección, pero pronto «esta forma también llegó a resultar insuficiente» y cedió el paso a los monopolios a gran escala (consorcios, convenios de industriales para controlar precios, etc.) que buscan la dominación del mercado y la integración vertical en la producción y la distribución. «Finalmente, el representante oficial de la sociedad capitalista —el Estado— tiene que emprender la dirección de

la producción». Estas transformaciones necesarias, argumentó Engels, «no terminaron con la naturaleza capitalista» de la producción sino simplemente sirvieron para realizar de mejor manera la producción de plusvalor.

Después de Engels, Hilferding intentó hacer un amplio análisis del «capital financiero», conceptualizándolo como la unificación del capital bancario y del capital productivo a través de una variedad de arreglos organizativos. Lenin, aprovechando gran parte del argumento de Hilferding, aun cuando rechazaba la política de este último, calificó al imperialismo como «la etapa superior del capitalismo de monopolio» y poco después acuñó la expresión «capitalismo monopolista de Estado» para describir las nuevas formas de organización económica que estaban desarrollándose entonces en los países capitalistas avanzados. A partir de ese momento, multitud de escritores han tratado de clasificar e interpretar estos cambios organizativos. Esto no ha resultado fácil y a ello le ha seguido un activo debate sobre algunos de los fundamentos de la teoría marxista.¹

En su mayor parte, el debate se centra sobre la supuesta transición de las formas de capitalismo «competitivas», pasando por las formas «monopolista» o «financiera», a la presente etapa de capitalismo «monopolista de Estado». Algunos autores cuestionan la terminología de las etapas, mientras que otros la aceptan por considerarla útil en términos descriptivos, si bien interpretan su significado de forma bastante distinta. A continuación voy a tratar de analizar el proceso de la transición sin preocuparme particularmente por las etiquetas que le sobrecargan. De este modo, espero identificar una interpretación de la transformación organizativa acorde con la teoría marxista del valor y así dejar a un lado un buen número de fantasmas que persiguen a la bibliografía marxista.

Para comenzar, sería útil recordar que, si Marx nos enseñó algo, esto era seguramente que el mundo de las apariencias nos engaña y que la tarea de la ciencia es penetrar más allá de las mismas para identificar las fuerzas que operan por debajo. Si la teoría de Marx es tan robusta, tal y como él reclama, entonces nos debe proporcionar las bases necesarias para interpretar las tan dramáticas y evidentes formas del cambio organizativo que han ocurrido bajo el capitalismo durante aproximadamente los últimos cien años.

Comenzamos vinculando la cuestión del cambio organizativo con el argumento general sobre el cambio tecnológico que se presentó en el último capítulo. Esta conexión es directa y obvia, aunque solo sea porque Marx

¹ Hilferding (1970), Lenin (1970). Gran parte del debate contemporáneo en el mundo de habla inglesa proviene de Baran y Sweezy (1966). En Europa, no obstante, el debate tomó un giro bastante diferente: véase Boccara (1974), Poulantzas (1975), Altvater (1973) y el resumen en las declaraciones recientes de Fine y Harris (1979, caps. 7 y 8), Holloway y Picciotto (1978) y Fairley (1980).

específicamente incluye las características organizativas en su definición de la tecnología. La necesidad de llevar a cabo la revolución permanente de las fuerzas productivas implica, entonces, que debe producirse una revolución permanente de la organización de la producción. No obstante, si el enfoque general de Marx del cambio tecnológico se sostiene, deberíamos interpretar el cambio organizativo como una respuesta a fuerzas contradictorias. Debemos también anticipar que la organización alcanzada en determinado momento encarna fuertes contradicciones que probablemente serán fuente de inestabilidad y de crisis.

No hay aquí intención de tratar de divorciar el análisis del cambio organizativo del análisis de los cambios en las formas del proceso de trabajo. Cada uno debe verse como parte integral del otro. Sin embargo, centrar la atención en el lado organizativo de esta relación nos proporciona algunas perspectivas singulares. También nos permite considerar el grado en que son todavía aplicables los argumentos de Marx, formulados en un mundo que estaba organizado de un modo muy diferente al que ahora estamos acostumbrados.

El esfuerzo competitivo por obtener plusvalor, como ya hemos visto, y la necesidad de disciplinar a los trabajadores a las leyes de la acumulación, forman la base del dinamismo tecnológico del capitalismo. La apropiación de las fuerzas productivas de los trabajadores por el capital requiere de innovación organizativa. El análisis de la cooperación, de la detallada división del trabajo y de la maquinaria muestra la necesidad de una organización jerárquica del proceso de trabajo y la separación entre el trabajo manual y trabajo intelectual. La escala creciente de la producción también requiere la concentración del capital, primariamente a través de la acumulación.

Sin embargo, la concentración puede también acelerarse por un proceso de centralización del capital. Los capitalistas a gran escala se pueden tragar a los más pequeños, ya sea por medio de la competencia o empleando diversas estratagemas financieras (adquisición de otras compañías, fusiones, etc.). Todo esto requiere nuevos arreglos institucionales y organizativos, a menudo explícitamente sancionados o estimulados por el Estado. La centralización completa «el trabajo de la acumulación permitiendo que los capitalistas industriales extiendan la escala de sus operaciones». Esto constituye el «punto de partida» para «la transformación progresiva de procesos aislados de producción, llevados a cabo por los métodos acostumbrados, a procesos de producción socialmente combinados y científicamente ordenados». La centralización puede lograr «en un abrir y cerrar de ojos» lo que llevaría muchos años de concentración a través de la acumulación. Marx concluye que existe una «ley de la centralización del capital» que desempeña un papel vital a la hora de regular la organización cambiante de la producción bajo el capitalismo (*El capital*, vol. I, pp. 715-718).

Se ha dado mucha importancia a esta supuesta «ley» en la bibliografía posterior. Esta parece explicar perfectamente la enorme centralización observable de la fuerza económica y política en unas pocas corporaciones dominantes. Sin embargo, como todas las declaraciones de Marx «que parecen leyes», debemos tener cuidado de no atribuirle poderes absolutos y sin restricciones. Del mismo modo que podemos identificar fuerzas de contrapeso a la «ley de la creciente composición orgánica del capital», así podemos concebir distintas fuerzas que contrarrestan la tendencia a la centralización.

El propio Marx prestó mucha atención al fenómeno de la centralización. Marx argumenta que el monopolio es el resultado final e inevitable de la competencia, y que el afán de controlar conduce a una integración vertical progresiva dentro del sistema de producción capitalista. El límite definitivo de todo esto se alcanza «cuando todos los capitales invertidos en esta se aglutinen en manos de un solo capitalista» (*El capital*, vol. I, pp. 715-718). Marx argumenta en otra parte que la tendencia hacia la centralización «pronto provocaría el colapso de la producción capitalista, si no operasen constantemente tendencias contrarrestantes con un efecto descentralizador, junto a la fuerza centrípeta» (*El capital*, vol. III, p. 285; *Teorías sobre la plusvalía*, vol. III, p. 311). Existen ciertas «fuerzas de repulsión» que están siempre activas a la hora de asegurar que «porciones del capital original se separen y funcionen como nuevos capitales independientes» (*El capital*, vol. I, p. 715).

Lo que Marx parece proponer es que existe algún tipo de «equilibrio» en la organización de la producción —expresado en términos del tamaño de la empresa, el grado de integración vertical, el nivel de centralización financiera, o lo que sea— que es consistente con la acumulación capitalista y la operación de la ley del valor. Más aun, parece sugerir que este punto de equilibrio se alcanzaría, por lo menos en teoría, por medio del funcionamiento de opuestas tendencias hacia la centralización y la descentralización. Como de costumbre, debemos considerar el concepto de equilibrio como un medio conveniente a la hora de identificar el desequilibrio al que es propensa la sociedad capitalista. Y como de costumbre, también, debemos tratar de identificar las fuerzas que alteran el equilibrio en la organización de la producción bajo el capitalismo y fomentan la centralización o la descentralización excesivas.

El problema, naturalmente, es que Marx no es explícito en cuanto al tipo de centralización al que se refiere (financiera, productiva, etc.), y no manifiesta explícitamente cuáles son las «fuerzas de repulsión» que impulsan a la descentralización, aunque en distintos lugares discute acerca del incentivo para el capital de dedicarse a subcontratar ampliamente sus operaciones (*El capital*, vol. I, p. 639), y de la tendencia del capitalismo a abrir

nuevas ramas de producción que por lo general son a pequeña escala y requieren mucha mano de obra (*Grundrisse*, vol. II, p. 154).

Podemos, en cualquier caso, teorizar sobre este proceso, considerando los hallazgos del capítulo anterior acerca de los límites de la integración vertical y el límite necesario entre la producción y el intercambio. El incremento en la integración vertical hace que disminuya la composición de valor (lo cual es ventajoso para la obtención de ganancias) pero aumenta el tiempo de rotación (con lo cual disminuyen las perspectivas de obtener ganancias). En el primer caso, el grado de integración vertical puede ser interpretado como el producto de estos dos incentivos opuestos.

Entran aquí también en juego consideraciones generales que fijan el límite entre la esfera del control capitalista dentro de la producción y la del intercambio en el mercado. Es cierto que en el mercado «reinan la suerte y el capricho», pero también debemos recordar que la ley del valor, respaldada por la «autoridad» de la competencia y «la coacción que ejerce sobre ellos la presión de sus mutuos intereses», viene establecida en parte a través de coordinaciones del mercado que determinan «qué parte de todo su tiempo de trabajo disponible puede gastar la sociedad en la producción de cada tipo particular de mercancías» (*El capital*, vol. I, p. 432). Las esferas de la producción y del intercambio se condicionan mutuamente. El capitalismo no puede operar sin las coordinaciones del mercado y seguir siendo capitalismo. La centralización extiende la esfera de la producción controlada a expensas del intercambio. Si la esfera de operaciones del intercambio se recorta hasta el punto de que las coordinaciones del mercado quedan gravemente menoscabadas, entonces los procesos que permiten que se determinen los valores (véase el cap. I) se vuelven menos eficaces y la operación de la ley del valor queda mutilada. Esto explica supuestamente por qué la centralización excesiva sin «fuerzas de repulsión» que la contrarresten pronto «ocasionaría el derrumbe de la producción capitalista». Las esferas de producción y del intercambio, como dos partes de una misma unidad, son importantes para la permanencia del capitalismo. El límite entre ellas puede ser fluido, pero evidentemente no puede alejarse demasiado de un punto de equilibrio sin amenazar seriamente la reproducción del propio capitalismo.

El comentario de Marx de que la ley del valor se afirma a sí misma como «una ley de la naturaleza» bajo el capitalismo no es una observación casual o frívola. A buen seguro, la ley del valor es un producto social, pero las relaciones sociales del capitalismo se aseguran de que una sociedad capitalista no solo esté ligada a las consecuencias de la ley, sino también de que trate de perfeccionar continuamente el funcionamiento de la ley. Esto implica que el cambio organizativo se debe interpretar en términos de ese proceso. Si esta

idea es aceptable como hipótesis, entonces nuestra tarea consiste en explicar la forma en que los cambios manifiestos y de amplio alcance de la estructura de la organización bajo el capitalismo han servido para perfeccionar la operación de la ley del valor. En esta línea, Engels argumentó, supuestamente, que los cambios organizativos observados en el siglo XIX fueron fomentados por el deseo de aumentar la producción de plusvalor.

La transición de la forma de organización competitiva a la monopolista y luego a la de monopolio estatal ciertamente parece representar un movimiento que se aleja de la «autoridad» de la competencia y es así por tanto un movimiento que se aleja del poder regulador de la ley del valor. Algunos marxistas han sacado esa conclusión. Baran y Sweezy, por ejemplo, argumentan lo siguiente:

No podemos contentarnos con remendar y corregir el modelo competitivo que sirve de base a la teoría económica [de Marx] [...] En un intento por entender el capitalismo en su etapa monopolista, no podemos separarnos de él o presentarlo como un mero factor modificador; debemos ponerlo en el centro mismo del esfuerzo analítico (Baran y Sweezy, 1966, pp. 5-6).

El abandono del «modelo competitivo» en Marx no supone ciertamente el abandono de la ley del valor —que Baran y Sweezy, a su criterio, están plenamente preparados para llevar a cabo—. El problema es que no podemos retirar esto, la pieza clave del análisis de Marx, sin poner en duda o comprometer seriamente todas las demás categorías marxistas. Después de todo, cuando las categorías se definen de forma relacional, se entiende que no se puede modificar una o hacerla desaparecer repentina y mágicamente del análisis sin alterar todas las demás.²

Igualmente, Boccara acepta la idea de una transición de la etapa competitiva a la de monopolio de Estado, pasando por el monopolio, pero trata de reconciliar estas transiciones con la teoría marxista considerándolas «dialécticamente» más que unilateralmente. El desplazamiento de una forma a otra responde, en su opinión, a un intento por superar las contradicciones implícitas en una forma anterior por medio de la creación de una nueva forma de capitalismo la cual está, a su vez, condenada a expresar las contradicciones fundamentales del capitalismo, si bien bajo formas nuevas y aparentemente bastante diferentes. No debemos:

² Existe aquí cierta ironía. Mientras Baran y Sweezy se preparan para abandonar la ley del valor en el intercambio, Braverman (1974), inspirándose en su trabajo, muestra convincentemente cómo la noción marxista del valor capta con una exactitud devastadora las condiciones que prevalecen dentro de la producción (véase el cap. IV, sec. 2 de este libro). Para mí es un misterio cómo pueden prevalecer los valores dentro de la producción, pero no en el intercambio.

Confundir el hecho de que el capitalismo siempre sigue siendo capitalismo con la idea de que las relaciones de producción y la estructura económica global permanecen inalteradas. De acuerdo con la teoría marxista, las relaciones de producción son objeto de un proceso incesante de transformación [...] Esto no impide que la naturaleza esencialmente capitalista de estas relaciones se preserve y se profundice, pues persiste la relación fundamental de explotación del proletariado (Boccaro, 1974, p. 31).³

El tipo de reconciliación que propone Boccaro, caso de ser convincente, debe ser teóricamente seguro e históricamente apropiado. Una teoría marxista de la dinámica capitalista debe estar unida a los resultados de la investigación histórico-materialista, una unificación que Marx insistía era vital para ambos. En la medida en que ésta es siempre una tarea difícil, voy a proceder esquemáticamente. Teóricamente, presupongo que el funcionamiento de la ley del valor depende de la articulación de un conjunto de mecanismos competitivos que sirven para tres propósitos fundamentales: igualar los precios de las mercancías, igualar las tasas de ganancia entre empresas y entre sectores, y finalmente canalizar el movimiento del capital y ubicar la fuerza de trabajo de tal manera que la acumulación se pueda sostener. Para simplificar las cosas, voy a tratar también de pasar por alto totalmente la mecánica del proceso por el cual se forman nuevas estructuras de organización. La tarea básica es comparar así estadios supuestamente diferentes del capitalismo en relación con su grado de competencia, igualaciones de precios y ganancias, y el flujo autosostenido del capital hacia líneas de actividad productiva de plusvalor.

Consideremos ahora el supuesto «estadio competitivo» del capitalismo tal y como existiría, digamos, en la década de 1840 en el mundo capitalista «avanzado». La actividad industrial en esa época estaba organizada casi totalmente sobre la base de empresas familiares, que empleaban métodos de contabilidad y de negocio sumamente tradicionales, en el sentido de que el empresario de la década de 1840 se habría sentido muy a gusto en el medio mercantil de los comerciantes italianos del siglo XIV. La misma persona actuaba como propietaria y como administrador, el tamaño de la empresa era tan reducido que toda la estructura industrial se podría calificar razonablemente como altamente descentralizada. Había por supuesto, al mismo tiempo, muchos ejemplos de industrias integradas verticalmente, en las cuales la división social del trabajo aún no había cobrado fuerza, así como formas de monopolio más antiguas que aún no se habían eliminado —por ejemplo, la British East India Company que duró hasta 1845—. Podemos suponer razonablemente que estos últimos quedarían relegados

³ Para una crítica enérgica de la formulación de Boccaro, véase Théret y Wieworka (1978).

con el tiempo, al igual que extensos sectores de actividad que aún estaban organizados a lo largo de las líneas precapitalistas (producción artesanal, agricultura rural, comercio y producción *petit bourgeois* de talleres, etc.). Todas estas formas finalmente serían reducidas al modelo capitalista puro. Las únicas actividades centralizadas y en gran escala eran las obras públicas o casi públicas (los ferrocarriles, canales, instalaciones portuarias, etc.) y las finanzas del gobierno. Algunas de las principales casas de banca, como los Baring y los Rothschild, estaban en posición de levantar o hundir gobiernos y el poder de estos últimos para imponer tributos estaba integrado cada vez más en el mundo de las altas finanzas a través de las deudas del gobierno. En estos ámbitos había muchas quejas sobre la inmensa concentración de poder económico y financiero. Sin embargo, la actividad industrial y agrícola era de largo a pequeña escala, básicamente descentralizada y por lo general independiente del control financiero directo de los «altos financieros», los cuales se resistían a participar de forma directa y prolongada en la producción industrial y agrícola. La principal conexión entre la actividad productiva y el mundo de las finanzas descansaba en la provisión de crédito comercial a corto plazo.

Una cosa, sin embargo, es señalar la pequeña escala de las empresas y la fragmentación de la actividad económica, y otra suponer que esto traía consigo una competencia perfecta, la igualación de los precios y las ganancias, y no digamos una base adecuada para la acumulación sostenida. La variación de precios de una localidad a otra era muy marcada. Aunque no existen muchos estudios sistemáticos sobre las diferencias en las tasas de ganancia, las evidencias que disponemos —todas en términos de dinero-precio—, indican que variaban mucho de una empresa a otra, de una industria a otra y de un lugar a otro.⁴ Los mecanismos de igualación de precios y ganancias por medio de la competencia eran cualquier cosa menos perfectos, y la ubicación del trabajo era casual en el mejor de los casos. No es difícil ver por qué.

Para comenzar, los costes de transporte eran relativamente altos y la integración espacial de las economías nacionales, y no digamos la economía internacional, estaba en sus etapas más tempranas. Empresas bastante pequeñas podían funcionar como monopolios en el mercado local que controlaban. Los costes de transacción — los gastos necesarios para la circulación — eran también relativamente altos en relación con el volumen y el valor, mientras que el flujo de la información era lento, esporádico e incompleto respecto a los movimientos de precios, las oportunidades de ganancia, las técnicas de producción, etc. Los mercados de capital estaban en un estadio muy primitivo; a menudo eran locales más que nacionales y

⁴ Los estudios sobre lo que ocurre realmente con la tasa de ganancia son pocos y espaciados. Bouvier *et al.* (1965) han producido una de las obras mejores y más instructivas sobre este cuestión.

toda la estructura institucional para facilitar el flujo del dinero (ya sea para permitir el intercambio de mercancías o en su función como capital-dinero) apenas estaba adaptada para producir ajustes rápidos en la producción. Para mas inri, la estructura tradicional de las familias propietarias era una barrera a la vez que una virtud cuando se trataba de ser capaces de responder a nuevas oportunidades de obtener beneficio. En la medida en que la propiedad y el control eran idénticos y la forma de compañía por acciones todavía tenía que penetrar más en la actividad industrial y agrícola, el potencial de expansión de los negocios, ya fuera por medio de operaciones a gran escala o de la expansión geográfica, estaba limitado estrictamente por la capacidad administrativa de la familia o de una sociedad limitada.

Un alto grado de descentralización de la organización iba así de la mano del poder de monopolio localizado y de toda clase de fricciones y barreras que inhibían la verdadera competencia e impedían la igualación de los precios y las ganancias.⁵ La virtud de los pioneros emprendedores capitalistas, esas figuras legendarias del capitalismo del siglo XIX, residía precisamente en su notable habilidad para sostener la acumulación a pesar de todas estas barreras —incluido, debemos remarcar, su propio modo de organización—. Además, si las transferencias tecnológicas y los movimientos de capital eran bastante notables, dada la situación general, no podían considerarse como competencia perfecta bajo ningún concepto. ¿Cómo es posible, por tanto, que consideremos típicamente a este periodo de la historia capitalista como «la etapa clásica de la competencia»?

La respuesta reside presumiblemente en la manera en la que la «empresa» ha sido idealizada en el pensamiento burgués y en el papel hegemónico que juega este pensamiento a la hora de dar forma a nuestra comprensión sobre el mundo. La visión de unos empresarios, que persiguen sus propios intereses individuales y egoístas solo guiados por la mano invisible del mercado, de tal modo que incrementan el bienestar social general, es común en Adam Smith y en la economía neoclásica de su tiempo. Esta última, en particular, idealiza a las empresas en formas que nunca existieron y fetichiza a la empresa a pequeña escala, que carece de todo grado de poder de monopolio en el mercado, como el agente ideal para lograr el equilibrio competitivo. De ahí ha surgido una injustificada asociación entre la pequeña escala de la organización y la competitividad.

Marx no se vio embaucado por esa visión. Nosotros tampoco deberíamos. En la etapa supuestamente «competitiva» del capitalismo, cuando las empresas eran en realidad relativamente pequeñas, la ley del valor operaba

⁵ Chandler (1962, p. 3) escribe: «Las compañías compraban sus materias primas y sus productos terminados localmente. Cuando fabricaban para un mercado que estaba algo alejado de la fábrica, compraban y vendían a través de agentes a comisión que manejaban también los negocios de algunas otras empresas».

imperfectamente y las leyes del movimiento solo operaban parcialmente. El problema en la década de 1840 estaba así en perfeccionar la competencia, incrementar la operativa de la ley del valor y continuar aumentando la productividad del trabajo de tal manera que la acumulación pudiera sostenerse. Las barreras a la circulación y al movimiento tenían que ser superadas, al tiempo que se eliminaban los monopolios locales por medio de la integración espacial. Los costes de transacción tenían que reducirse mucho, debían mejorarse los mecanismos de recolección y diseminación de información y aún no se había creado la estructura institucional para facilitar los pagos en dinero, los flujos de capital, etc. Había que hallar soluciones a todos estos problemas. La ironía aquí es que la organización tradicional de la empresa a pequeña escala —tan idealizada en la teoría burguesa en tanto parangón de la competitividad— fue una de las barreras más serias a la hora de encontrar soluciones a estos problemas. La organización tradicional de la empresa tenía que ser superada a fin de perfeccionar la competitividad del intercambio y la obtención de ganancias.

Las barreras a la competencia se redujeron hasta cierto punto por mejoras impresionantes en el transporte, las comunicaciones y las técnicas bancarias. En cada uno de estos sectores, sin embargo, podemos presenciar la aparición de formas de organización a gran escala y, casi monopolísticas, con un poder inmenso sobre el mercado según los criterios del siglo XIX. Los ferrocarriles, en particular, proporcionaron el terreno de pruebas para las formas modernas de organización corporativa. La «revolución organizativa» que tuvo lugar a finales del siglo XIX y que culminó con la aparición de los consorcios y los carteles de industriales para controlar precios y normas, puede verse en parte como un intento por superar todas estas barreras a la competencia reemplazando el negocio familiar por la empresa moderna. Esta sustitución se produjo, según Chandler, cuando «la coordinación administrativa permitió mayor productividad, costos más bajos y beneficios más altos que la coordinación por medio de mecanismos de mercado». Las ventajas de la nueva forma fueron múltiples:

Al rutinar las transacciones entre unidades, los costes de estas transacciones descendieron. Al enlazar la administración de las unidades de producción con las unidades de compra y distribución, se redujeron los costes de información sobre los mercados y las fuentes de abastecimiento. Algo que tuvo mucho mayor importancia fue que la integración de muchas unidades permitió que el flujo de mercancías de una unidad a otra estuviera coordinado por la administración. La programación más eficaz de los flujos hizo posible un uso más intensivo de las instalaciones y del personal empleado en los procesos de producción y distribución, y así aumentó la productividad y se redujeron los costes (Chandler, 1977, pp. 6-7).

La moderna empresa mercantil, sostiene Chandler, «apareció por primera vez en la historia cuando el volumen de las actividades económicas alcanzó un nivel que hizo que la coordinación administrativa fuera más eficiente y más lucrativa que la coordinación del mercado». La búsqueda de beneficios hizo que disminuyera el papel del intercambio y extendió la esfera de la producción en tanto, a cierta escala de la producción, los costes de transacción y circulación eran más altos en el mercado que dentro de la empresa. Al internalizar estos costes, la empresa pudo disminuir las barreras a la circulación de capital y mejorar la capacidad de igualar las tasas de ganancia. La centralización del capital puede, de este modo, mejorar en vez de disminuir la capacidad para igualar las ganancias.

La empresa comercial moderna también implica, tal y como vio Marx, una transformación «del capitalista realmente en activo, en un mero director, administrador de capital ajeno, y de los propietarios de capital en meros propietarios, en simples capitalistas dinerarios» (*El capital*, vol. III, p. 506). La forma financiera que asumió entonces el capitalismo permitió «una extensión en proporciones enormes de la escala de la producción y de las empresas», que iba mucho más lejos de lo que los capitalistas individuales pudieron nunca haber esperado. Esto significó «la abolición del capital como propiedad privada dentro de los límites del propio modo capitalista de producción» (*El capital*, vol. III, p. 506).

Esta separación entre propiedad y administración ayudó a superar las limitaciones administrativas de la empresa familiar al viejo estilo y a abrir el campo a la aplicación de técnicas de gestión y organización modernas. Esto, sin embargo, trajo consigo algunos peligros. Adam Smith, sin duda teniendo en mente las burbujas especulativas de principios del siglo XIX, consideró a las compañías por acciones como licencias para que los empresarios irresponsables pudieran especular con el dinero de otras personas. La reluctancia a sancionar las formas de organización de las compañías por acciones, excepto en obras públicas de gran escala —como canales, ferrocarriles, muelles, etc.—, derivaba precisamente de esas objeciones. Toda la historia de las bancarrotas especulativas de mediados del siglo XIX hasta la fecha sugieren que las objeciones estaban lejos de ser infundadas y que la forma «financiera» de capitalismo se enfrenta a un perpetuo problema de mantener en orden su propia casa (véanse los capítulos IX y X de este libro).

No obstante, el efecto neto de aumentar el tamaño de la empresa, la centralización del capital, la integración vertical y la diversificación dentro de la forma corporativa de la empresa ha sido reemplazar la «mano invisible» del mercado por la «mano visible» de los administradores. ¿Cómo entonces, dentro de la esfera de la producción, esta mano visible o esta coordinación administrativa se relaciona con la expresión del valor que,

según nos dice nuestra teoría, se debe alcanzar por lo menos parcialmente a través del intercambio?

El control monopólico y el poder del mercado permiten que la gran corporación sea una «hacedora de precios» en vez de una «tomadora de precios» en el mercado. No obstante, aunque los administradores cuentan con una variedad de estrategias a la hora de fijar los precios, ninguna es exactamente arbitraria y algunas, como la fijación del coste marginal en los precios, están en sintonía con las circunstancias de la oferta y la demanda como nunca antes lo hizo ninguna fijación de precios en el mercado. Aunque es cierto que los precios resultantes no son los mismos que los que se obtienen a través de la competencia de precios, las desviaciones no son de ninguna manera suficientemente importantes como para justificar que se abandone la idea de que los valores vienen expresados a través de los precios del mercado. La oferta y la demanda simplemente reemplazan a la competencia abierta como mecanismo de fijación de precios. La objeción de que los administradores toman decisiones basándose en la estabilidad y el crecimiento a un plazo relativamente largo, tiene más peso (aunque para muchos el largo plazo no es muy largo). El cambio en los horizontes temporales y en la capacidad para planificar la obsolescencia es particularmente importante cuando se trata del uso del capital fijo (véase el capítulo VIII).

Hay pocas dudas igualmente de que la «clase administradora» ha cobrado hasta cierto punto vida propia, se ha vuelto «relativamente autónoma» de los dueños del capital y se ha convertido así en «una fuente de permanencia, poder y crecimiento continuos». ⁶ En la medida en que las estructuras administrativas se han burocratizado, se han vuelto rígidas, inflexibles e incapaces de mayores adaptaciones. En la medida en que la corporación moderna ha capturado a la ciencia, la tecnología y la planificación —y, por medio de las leyes de patentes, ha desarrollado una capacidad para regular la innovación— ha obtenido éxito a la hora de integrar internamente los procesos de cambio tecnológico. ⁷ La corporación se dedica a producir nuevas clases de procesos de trabajo y nuevas estructuras administrativas, así como nuevos productos y nuevas líneas de producto. En la medida en que domina ciertas ramas de la producción, las promueve a expensas de todas las demás, a menudo en detrimento de la estructura económica global. Y en la medida en que las corporaciones se ven obligadas, por virtud de su tamaño y de su importancia, a negociar con los gobiernos, intervienen en la política de forma abierta o encubierta y poco escrupulosa en pro de sus propios intereses egoístas.

⁶ Chandler (1977) proporciona una gran cantidad de datos históricos sobre este punto. El problema general de la «fase administrativa» ha sido analizado por algunos autores como Poulantzas (1975), Beecker (1977) y Wright (1978).

⁷ Noble (1977) proporciona una reseña excelente de cómo sucedió esto.

En todos estos aspectos, la forma corporativa moderna de las organizaciones parece ser la antítesis de la competitividad y, por implicación, parece incapaz de igualar los precios y las ganancias de acuerdo con los precios de producción y la tasa promedio de ganancias.

Veamos ahora el otro lado de este panorama. Los grandes conglomerados financieros han alcanzado la capacidad de desplazar capital y fuerza de trabajo de una línea a otra y de una parte del mundo a otra «en un abrir y cerrar de ojos». Estos conglomerados pueden crear —y de hecho crean— sistemas muy elaborados para reunir y utilizar información sobre técnicas de producción y sobre oportunidades de mercado y de beneficio. Dentro de la corporación, los costes de transacción se reducen al mínimo, y la producción y distribución se pueden planificar hasta el último detalle como si no existieran barreras internas a la realización. De igual modo, estos conglomerados pueden responder a muchas de las dificultades que acompañan a la creciente dependencia respecto del capital fijo por medio de la obsolescencia programada. En todos estos aspectos, la corporación moderna ha aumentado su capacidad potencial para lograr una igualación de la tasa de ganancia *dentro* de sus confines.⁸

Un cosa, sin embargo, es hablar de capacidad potencial y otra muy diferente señalar la necesidad de lograr algo. Para descubrir los secretos de la igualación de las ganancias y las formas contemporáneas de competencia, tenemos que penetrar en el laberinto de las estructuras administrativas modernas. Recordemos que Marx insistió en que debíamos entrar en «la oculta sede de la producción, en cuyo dintel se lee: “*No admittance except on business*”, [...] se arrojará luz, finalmente, sobre el misterio que envuelve la producción de plusvalor» (*El capital*, vol. I, p. 235).

Chandler es uno de los escasos historiadores que han tenido la suerte de entrar en este difícil territorio. Sus descubrimientos son interesantes. Lo más importante desde el punto de vista de nuestro argumento presente es esto: lo que desde el exterior parece un movimiento constante y aparentemente irreversible hacia la centralización, ha ido acompañado desde dentro por una descentralización progresiva y controlada de la estructura de la administración. Podemos aquí, quizás, encontrar el secreto del contrabalanceo hacia la descentralización que impide el derrumbe de la producción capitalista debido a la centralización excesiva. La idea de un equilibrio en la organización, alcanzada por el balance entre las fuerzas de repulsión que empujan a la descentralización, y las fuerzas de centralización, no es en

⁸ Esta es la principal conclusión que se puede sacar de la obra de Palloix (1971, 1973); véanse también las lecturas editadas por Radice (1975). En contraste con la separación, que prevalece entre Baran y Sweezy, por un lado, y Braverman, por el otro (véase la nota 2), Palloix unifica esta visión de la creciente penetración de la ley del valor a través del intercambio internacional con la que podría darse en el campo de la producción (véase Palloix, 1976).

ningún caso remota. Sin embargo, esta se expresa ahora por medio de la integración de la competencia dentro de la corporación, que se presenta a sí misma ante el mundo como un monopolio monstruoso y centralizado.

Las pruebas históricas no son inconsistentes en relación con este argumento. Las estructuras descentralizadas y multidivisión dentro de la gran corporación comenzaron a surgir en la década de 1920 en respuesta a tipos específicos de problemas, los cuales resultaron muy difíciles de resolver para los sistemas centralizados del periodo precedente. Tal y como planteó Chandler, «al crear una tensión cada vez menos tolerable sobre las estructuras administrativas existentes, la expansión territorial y en mucho mayor grado la diversificación de los productos trajeron la forma multidivisión». La reorganización estructural emprendida en la General Motors en medio de la crisis de 1921-1922 creó una organización descentralizada que «no solo le ayudó a conseguir la mayor porción del mercado automovilístico de Estados Unidos, sino también a ampliar y administrar con éxito sus actividades de fabricación y marketing al otro lado del mar. Más aun, gracias a su estructura administrativa, fue capaz de ejecutar de forma brillante una amplia estrategia de diversificación en la fabricación y venta de todo tipo de motores y productos que usaban motores, en los años que siguieron a la reducción del mercado automovilístico a fines de la década de 1920». La competencia, incluso en la limitada variedad que opera bajo el oligopolio de mercado, obligó pronto a otras compañías automovilísticas a seguir su ejemplo. Para la década de 1960, la estructura corporativa descentralizada y multidivisión se había generalizado en todo el mundo.⁹

El elemento más interesante, naturalmente, es que esta estructura descentralizada está organizada de tal modo que cada división (ya sea una línea de productos o un territorio) tiene que rendir cuentas financieras. La gestión de cada división se puede medir en términos de la tasa de retorno sobre el capital de dicha división. La función de la administración central es controlar la gestión y ubicar recursos —fuerza de trabajo, competencias administrativas y medios financieros— en relación con la rentabilidad presente o futura de cada división. Reducidos al mínimo los costes de transacción, la estructura administrativa moderna genera una forma de competencia dentro de sí misma que a menudo tiene el efecto de igualar las tasas de ganancia. La conclusión central a la que apunta todo esto es que el conglomerado financiero moderno es, al menos en términos de su organización interna, mucho más eficiente a la hora de igualar las tasas de ganancia que sus antepasados supuestamente más competitivos de la primera mitad del siglo XIX.

⁹ Chandler (1962, pp. 44-46); Hannah (1976) proporciona un estudio análogo de la experiencia británica. Véase también Scott (1979).

Esta estructura corporativa multidivisión y la internalización de la competencia no surgieron de forma accidental. Los grandes consorcios y carteles industriales constituidos a comienzos del siglo XX en una fase de masiva centralización, entraron en graves dificultades financieras durante un corto periodo de tiempo a pesar de todo su poder sobre el mercado, el cual era supuestamente inmenso. Entraron en dificultades precisamente porque no sabían exactamente, en medio de sus complejas operaciones, de dónde provenían sus ganancias o los costes innecesarios en que incurrían. El colapso de la producción capitalista hubiese parecido realmente inminente si no hubiera sido por «las fuerzas de repulsión» que se desataron y que crearon la estructura multidivisión.

Las «fuerzas de repulsión» fueron movilizadas, de todos modos, por restricciones externas que operaban a través del mercado, restricciones que obligaron incluso a las mayores corporaciones a ajustarse en cierto modo a la ley del valor. Esto nos trae a la cuestión de cómo se mantiene la competencia entre conglomerados financieros y el grado en que esta competencia produce una igualación de precios y de las ganancias a través de todas las unidades económicas sin importar su tamaño o su tipo.

La principal prueba para el oligopolio y el monopolio está en el grado de poder de mercado y en la capacidad para dictar precios libres de presiones competitivas en el mercado. Los precios del mercado son igualados por los dictados del monopolio o según las estrategias del «liderazgo de precios» dentro de un oligopolio. Las tasas de ganancia quizá se puedan igualar todavía, pero la igualación viene deformada por los precios de monopolio que supuestamente se desvían de los precios de producción que se realizarían bajo condiciones de competencia.

Resulta fácil sobrestimar este argumento. Las grandes corporaciones, que operan dentro de un mercado monopólico, están sujetas a distintas presiones competitivas. Compiten a través de la diferenciación del producto, la sofisticación del marketing y cosas por el estilo. La separación entre la propiedad y la dirección ha tenido también fuertes repercusiones sobre la forma que toma ahora la competencia. En la medida en que la corporación opera con fondos prestados y obtiene dinero emitiendo acciones y bonos, entra en una competencia general por el capital dinero. La actuación de una empresa se mide en términos de su rendimiento (plusvalor distribuido como ganancias a los accionistas o tenedores de bonos) y de las perspectivas de crecimiento a largo plazo. Una empresa ineficiente y de baja rentabilidad no puede permanecer viva durante mucho tiempo, sin importar su poder de mercado en lo que se refiere a los precios.

La competencia toma, por eso, muchas formas aparte de las ligadas a la competencia de mercado. Las prácticas y reorganizaciones administrativas

han incorporado procesos competitivos dentro de la empresa (incluso han creado mercados de trabajo internos), mientras que la competencia por el capital dinero ha desplazado el foco de atención a los mercados de capital como un medio para disciplinar hasta las más poderosas unidades económicas. Estas formas de competencia pueden ser tan eficaces a la hora de igualar los precios y las ganancias, dada la superior eficiencia lograda en otros aspectos, como la forma clásica de coordinación en el mercado, en la que una «mano invisible» supuestamente guiaba a los empresarios de forma infalible para que se comportaran según la ley del valor.

Esto no quiere decir que la competencia funcione perfectamente bajo condiciones de oligopolio. Existen, de hecho, muchos problemas encarnados en las relaciones trabadas entre las instituciones financieras y las corporaciones industriales, la proliferación de las compañías por acciones y los grandes conglomerados financieros (que a menudo prestan poca atención a los detalles diarios de la administración), etc. Los procesos competitivos —del tipo que sean— siempre están expuestos a que sean mutilados por una centralización excesiva. El tamaño mismo, el peso y el poder de los actores económicos que intervienen en esos procesos implica que cada vez sea menos seguro que las formas capitalistas de organización se aproximen a ese equilibrio que aseguraría la igualación de los precios y de las ganancias y sostendría la acumulación.

El problema de mantener los procesos competitivos a través de arreglos organizativos se vuelve aún más agudo cuando consideramos la participación del Estado en las esferas de la producción y el intercambio. Hablamos aquí de los tipos de intervención directa por parte del Estado, más que del Estado como protector de los derechos de propiedad privada, de los contratos, etc., o del Estado como «garante» de los proyectos de producción y reproducción de la fuerza de trabajo (por medio de inversiones en salud, educación, servicios sociales, etc.). Aunque toda la cuestión del intervencionismo estatal es demasiado compleja para que nos ocupemos aquí de ella en profundidad, podemos identificar claramente tendencias de contrapeso hacia la centralización y la descentralización, expresadas dentro del aparato estatal y a través de él.

De un lado, vemos que el Estado trata de impedir la centralización excesiva, ya sea regulando las formas capitalistas de organización (a través de una serie de leyes diseñadas para impedir el monopolio), ya sea generando arreglos administrativos descentralizados dentro de él mismo. La estructura política y administrativa del federalismo y la organización de la industria bancaria en Estados Unidos proporcionan excelentes ejemplos de arreglos altamente descentralizados, mantenidos por medio del propio Estado.

De otro lado, el gobierno actúa a menudo con el fin de estimular la centralización del capital. Las fusiones y adquisiciones de compañías pueden venir animadas e incluso subsidiadas, como parte de una política de reorganización industrial patrocinada por el gobierno. Las empresas a gran escala que están más allá del radio de acción del capital privado pueden ser financiadas, construidas e incluso gestionadas por el gobierno —por ejemplo, en Europa no se ha construido en años recientes ninguna planta siderúrgica de gran escala sin una amplia participación del gobierno—. Los servicios públicos, los transportes y las comunicaciones son campos en los que el gobierno participa directamente, o los regula, en parte debido a la escala de la inversión requerida y en parte porque estamos tratando aquí con «monopolios naturales» que surgen debido a que es físicamente imposible que haya un gran número de competidores operando en el mismo sector (no tendría sentido, por ejemplo, tener quince ferrocarriles diferentes entre dos puntos). Los gobiernos pueden tratar, bajo ciertas circunstancias, de consolidar a alguna empresa débil en algún sector clave de la economía, y subsidiarla a fin de hacer que baje el coste de los insumos de capital constante a las empresas privadas. Esto lleva, naturalmente, a una deformación de los precios de mercado en relación con los precios de producción, y puede llevar a una reestructuración de las tasas de ganancia según las líneas dictadas por el gobierno.

Las políticas fiscales y monetarias del gobierno tienen igualmente profundos impactos. Diseñadas para mantener «la estabilidad económica y el crecimiento», estas políticas no pueden dejar de tener implicaciones para las formas capitalistas de organización, estén o no construidas bajo principios keynesianos. Para comenzar, la conducción de la corriente de capital a través del propio aparato gubernamental da al gobierno poderes fiscales y monetarios sumamente centralizados. Los gastos militares y las obras públicas en gran escala pueden, bajo ciertas condiciones, absorber grandes porciones del producto social total. Además, las leyes que gobiernan los impuestos, los acuerdos por depreciación, etc., que quizá fueron dictadas como parte de una serie de instrumentos para garantizar la estabilidad económica y el crecimiento, a menudo tienen profundas consecuencias para la organización corporativa.

Se trata de asuntos muy complejos que merecen un cuidadoso estudio. El propósito de traerlos aquí a colación es considerar en términos teóricos generales el grado en que es posible que este tipo de arreglos organizativos pueda ser consistente con el funcionamiento de la ley del valor, tal y como Marx la definió. Superficialmente al menos, las actividades del gobierno parecen tener poco o nada que ver con el mantenimiento de ese proceso de intercambio competitivo a través del cual la teoría marxista ve operar a la ley del valor. «El capitalismo monopolista de Estado», tal y como se le

llama algunas veces, parece incluso más fundamentalmente antagónico a la operación de la ley del valor que el capital monopolista o financiero.¹⁰

Podemos reducir la complejidad de esta cuestión centrándonos en los mecanismos por los cuales el Estado puede ser disciplinado por el capital. Desgraciadamente, esto no resuelve todas las dificultades, si bien señala un camino que podemos seguir a la hora de salirnos de lo que parece un atolladero teórico grave.

Podemos concebir el Estado como una entidad controlada políticamente en interés de la clase capitalista. La idea de que el Estado es «el comité ejecutivo de la burguesía» no deja de resultar familiar en los círculos marxistas. Aunque a menudo hay un elemento de verdad en esta concepción, no tenemos necesariamente que invocarla aquí. Hay otras fuerzas en acción que pueden servir igualmente a la hora de disciplinar el Estado a los requerimientos del capital, asumiendo, naturalmente, que los arreglos legales e institucionales básicos del capitalismo serán preservados. Estas fuerzas son primariamente financieras. En primer lugar, los impuestos —que forman la savia vital de la actividad del Estado— son ellos mismos rebanados del plusvalor o del capital variable. El Estado no puede tomar más que una «porción equilibrada» del plusvalor o del capital variable si no quiere alterar de forma fundamental los arreglos distributivos que sirven de base a la circulación del capital. Aquí debemos tomar nota, por supuesto, de que en tanto la producción y el consumo nunca pueden estar en equilibrio bajo las relaciones antagónicas de la distribución, prometer lo imposible se convierte en un objetivo definido de las políticas keynesianas; de ahí que cuando dichas políticas más logren equilibrar la producción y el consumo a largo plazo, más amenazan las relaciones sociales de la distribución que son centrales para el capitalismo. Cuando la política pública se ve obligada a proteger las relaciones sociales de la distribución, la capacidad para equilibrar la producción y el consumo disminuye inmediatamente.

¹⁰ En años recientes, la teoría del Estado ha sido objeto de intensa discusión entre los marxistas. El debate ha tenido múltiples facetas y es imposible resumirlo en un breve espacio. Fine y Harris (1979), Halloway y Picciotto (1978) y Wright (1978) proporcionan interesantes perspectivas y resúmenes. La forma en que yo introduzco el Estado en el presente argumento indica cierta simpatía con el enfoque que defienden Halloway y Picciotto. Ellos defienden una teoría materialista del Estado, construida a partir de un cuidadoso examen de la relación necesaria entre las formas estatales, por un lado, y por otro las formas de producción y de relaciones sociales, tal y como están expresadas a través de los procesos contradictorios de la acumulación. Despojados de su formalismo lógico y potencialmente árido, este enfoque tiene en mi opinión mucho que ofrecer a la hora de ayudarnos a comprender muchos aspectos del Estado bajo el capitalismo. Otro interés, asumo, es saber si esto nos puede conducir o no a una teoría completa del Estado, pero en este momento no estoy preparado para especular al respecto. Volveré a tratar esta cuestión en los comentarios finales de esta obra.

En segundo lugar, cuando el Estado se ocupa de la producción directa durante un periodo prolongado, tiene por lo general que pedir prestado a los mercados de capital. No puede pedir prestada una cosa que no está, y se ve obligado a competir, si bien sobre una base algo privilegiada, por su porción de capital dinero. Tiene también que proporcionar una tasa de retorno sobre el capital que pide prestado, un retorno que debe provenir directamente de la explotación de la fuerza de trabajo en el sector que está bajo su control o indirectamente por medio de los impuestos al plusvalor que se produce en otro lado.

Lo que todo esto quiere decir es que, en un punto u otro, el Estado tiene que rendir cuentas sobre los procesos fundamentales de la circulación de capital y la producción de plusvalor. Los mecanismos por los cuales se le presiona para que lo haga son frecuentemente intrincados y sutiles. Existen, no obstante, suficientes ejemplos de casos en los que se han ejercido estos poderes disciplinarios, que hacen de este argumento algo más que plausible. Una potencia capitalista dominante, como Estados Unidos, o una agencia internacional como el Fondo Monetario Internacional, ejercen una fuerte presión sobre los gobiernos más débiles para que se ajusten a ciertas normas de conducta. La participación del gobierno en ciertos sectores que se consideran de dominio de la empresa privada puede quedar restringida, al igual que la centralización excesiva del poder económico dentro del gobierno. Pueden plantearse estrictos requerimientos a las operaciones de las empresas públicas (por ejemplo, relativas a su eficiencia y rentabilidad). Inglaterra, Italia y Portugal se encuentran entre los países a quienes el Fondo Monetario Internacional ha disciplinado financieramente en años recientes. El gobierno de la ciudad de Nueva York fue igualmente disciplinado por las fuerzas movilizadas dentro del sistema financiero de Estados Unidos durante el periodo de 1973-1978.

La conclusión que razonablemente podemos extraer es que los Estados que se apartan demasiado de las formas organizativas y políticas adecuadas para la circulación del capital, la preservación de los arreglos distributivos del capitalismo y la producción sostenida de plusvalor se ven pronto en dificultades financieras. La crisis fiscal, en pocas palabras, resulta ser el medio por el cual se puede imponer la disciplina del capital a cualquier aparato estatal que permanezca dentro de la órbita de las relaciones capitalistas de producción.

Toda la historia del cambio organizativo bajo el capitalismo puede ser interpretada, según parece, como una progresión dictada por un esfuerzo hacia la perfección en el funcionamiento de la ley del valor. Según esta perspectiva, el capitalismo se ha vuelto más, en lugar de menos, sensible a la ley del valor. La apariencia superficial de un movimiento que se aleja del espíritu de competencia y se acerca al monopolio y al monopolio estatal

—aun cuando sea descriptivamente exacta en ciertos aspectos— resulta ser histórica y teóricamente engañosa si se la considera al pie de la letra. El capitalismo nunca ha sido perfectamente competitivo, siquiera remotamente, de acuerdo con el ideal. En su lucha por volverse más competitivo, el capitalismo ha desarrollado estructuras que divergen de la imagen predominante de lo que debe ser una organización verdaderamente competitiva. Sin embargo, en la práctica ha desarrollado nuevos modos de competencia que permiten que la ley del valor opere de formas diversas pero cada vez más efectivas. La vida diaria para la masa del pueblo cautivo dentro de las relaciones sociales del capitalismo se ha vuelto cada vez más competitiva. La competencia en el escenario internacional se agudiza; la disciplina de los gobiernos impuesta por los mecanismos financieros se ha vuelto parte de las noticias que recibimos todos los días. Los gerentes de las divisiones sienten el agudo filo de la competencia diaria en sus comunicaciones con la dirección central. Desde todos estos puntos de vista, observamos que las leyes del movimiento del capitalismo están en curso de perfeccionarse, la ley del valor vuelve finalmente sobre sí misma en tanto dictadora absoluta sobre nuestras vidas.

Decir, sin embargo, que la ley del valor se está perfeccionando no es lo mismo que sugerir que estamos entrando a una era de armonía capitalista. Estamos lejos de eso. La ley del valor incorpora contradicciones y los arreglos de tipo organizativo conformados de acuerdo con su funcionamiento no pueden, bajo esas circunstancias, estar libres de contradicciones. El resultado es una tendencia hacia la inestabilidad organizativa crónica dentro del modo de producción capitalista.¹¹

El impulso al control de todos los aspectos de la producción y del intercambio suele crear una centralización excesiva de los capitales —tanto en el sector privado como en el estatal—, lo cual constituye una verdadera amenaza a la perpetuación de la propia producción capitalista. Según el grado de dificultad que las fuerzas compensatorias encuentren para impulsar la descentralización, el sistema se estanca, se atasca y queda aprisionado por el peso y la complejidad de su propia estructura organizativa. A la inversa, la descentralización excesiva y la oportunidad y el capricho del mercado pueden crear tal clima de incertidumbre, tales grietas entre producción y realización, que esta también debe quedar compensada por el movimiento hacia la centralización. El punto de equilibrio entre estas dos tendencias opuestas es inherentemente inestable. Se logra, en el mejor de los casos, solo por accidente, y no hay mecanismos que impidan que las relaciones

¹¹ Hilferding (ed. 1970) vio muy claramente que los efectos del oligopolio, los carteles, etc., distorsionan los precios de producción aún más de lo que sucedería en otro caso y que por tanto el monopolio tiende así a exacerbar en vez de solventar los problemas subyacentes de inestabilidad.

antagónicas del capitalismo desequilibren las estructuras de organización. En este punto, podemos percibir que las crisis tienen un papel constructivo no solo a la hora de introducir nuevas tecnologías en un sentido estrecho, sino también a la hora de forjar nuevas estructuras organizativas más acordes con la ley del valor, en el sentido de que proporcionen la base para que se renueve la acumulación a través de la producción de plusvalor. Este es un asunto al que, de todos modos, volveremos en el capítulo VII.

Detrás de todo esto hay una ironía incluso más profunda. La ley del valor es un producto social y la relación social que la sustenta no es otra que la relación entre el capital y el trabajo. La propia ley del valor conlleva toda una serie de transformaciones organizativas que no se pueden lograr sin transformar simultáneamente las relaciones de clase. La aparición de una «clase gerencial», separada y distinta de los dueños del capital, de las estructuras gubernamentales de intervención y regulación, de los ordenamientos cada vez más jerárquicos de la división del trabajo, la aparición de burocracias corporativas y gubernamentales; todo esto oscurece la relación simple entre el capital y el trabajo que sustenta a la propia ley del valor.¹²

No sorprende que todos estos amplios cambios sociales sean el producto de la ley del valor. Simplemente confirman la proposición marxista básica que nos sirvió de punto de partida. Tratamos de crear una estructura tecnológica y organizativa apropiada para una determinada serie de relaciones sociales, solo para encontrarnos con que estas últimas deben cambiar a fin de acomodarse a la primera —al tratar de transformar el mundo, nos transformamos a nosotros mismos—. O, por ponerlo en términos más clásicamente marxistas, la resolución de un conjunto de contradicciones dentro del aparato social y tecnológico del capitalismo engendra inevitablemente otras contradicciones. Las contradicciones se replican de formas nuevas y a menudo más confusas. Este proceso está escrito en mayúsculas en la historia de las formas de organización capitalista y de las transformaciones que dichas formas han experimentado.

¹² En el primer epígrafe del capítulo IV señalamos que la transformación del proceso de trabajo tiende a tener una capacidad aún mayor de oscurecer el origen de las ganancias en el plusvalor. Aquí vemos el reflejo de esa idea expresado en las formas capitalistas de organización. Todo esto indica que la cuestión del necesario fetichismo, que Marx enuncia en ese extraordinario pasaje del primer volumen de *El capital*, se aplica más que nunca a nuestra comprensión del mundo.

VI LA DINÁMICA DE LA ACUMULACIÓN

EL CAPITALISMO ES INEVITABLEMENTE sumamente dinámico y expansionista. Propulsado por el motor de la acumulación por la acumulación y alimentado por el combustible de la explotación de la fuerza de trabajo, constituye una fuerza en revolución permanente que da forma continuamente al mundo en que vivimos. ¿Cómo podemos representar y analizar la compleja dinámica del modo de producción capitalista —las leyes internas de su movimiento—?

Marx contesta a esta pregunta configurando una variedad de «representaciones abstractas» de los procesos de producción y circulación del capital. Luego trata a estas representaciones como «objetos teóricos», investiga sistemáticamente sus propiedades, y de este modo construye distintos «modelos» de la dinámica de la acumulación. Cada «modelo» forma una «ventana» o posición ventajosa desde la cual ver un proceso extraordinariamente complejo.

El capital expone tres «modelos» principales de la dinámica de la acumulación. Cada uno refleja la forma en la que el «objeto teórico» está constituido en cada uno de los tres volúmenes de *El capital*. En el primer volumen, Marx trata de descubrir el origen de las ganancias en un proceso de producción llevado a cabo bajo la égida de la relación social entre capital y trabajo. Aquí construye y explica la teoría del plusvalor y pone un enorme énfasis en los procesos del cambio tecnológico y organizacional. Sin embargo, las cuestiones o dificultades que pueden estar vinculadas a la circulación del capital son completamente excluidas del análisis bajo la simple suposición de que los capitalistas no experimentan ninguna dificultad para deshacerse de las mercancías que producen, mercancías que por lo general se intercambian según sus valores. Esto deja libre a Marx para elaborar su primer modelo de la acumulación, en el que explora las condiciones sociales y tecnológicas que fijan la tasa de explotación. El modelo, aun cuando está firmemente anclado dentro del dominio teórico de la producción, trata sobre la distribución de los valores producidos entre capitalistas y trabajadores. Este modelo es discutido en términos duros, rigurosos y sin concesiones.

El segundo volumen de *El capital* atiende a la circulación del capital a través de todas sus fases:

$$D - M \left(\begin{matrix} FT \\ MP \end{matrix} \right) \dots P \dots M' - D' \text{ (etc.)}$$

La producción y la compra de fuerza de trabajo son considerados como «momentos» relativamente poco problemáticos en este proceso. El foco se pone en los problemas que surgen a medida que el capital pasa de un estado a otro y las relaciones de intercambio que deben prevalecer caso de que se realice el capital. No se da mucha importancia al cambio tecnológico y las grandes líneas de la lucha de clases, tan evidentes en el primer modelo, desaparecen casi totalmente de la escena. Esto permite a Marx construir un «modelo» muy diferente de la acumulación a través de la reproducción ampliada de la circulación del capital. Este modelo se funda en el dominio teórico de la circulación de capital y el intercambio, y trata sobre las condiciones de realización del capital a través del consumo (véase el capítulo III de este libro). Su argumentación es, sin embargo, especulativa y tentativa más que rigurosa.

La intención del tercer volumen de *El capital* está en sintetizar los descubrimientos de los dos primeros volúmenes y construir un modelo que integre la relación entre la producción y la distribución con los requerimientos de la producción y la realización. Construye así un modelo sintético de la dinámica capitalista —de la «producción capitalista en general»— alrededor de la cuestión de «la tasa decreciente de ganancia y sus contratendencias». Este modelo, engañosamente simple en su forma, es empleado como un vehículo para exponer las diversas fuerzas que provocan el desequilibrio en el capitalismo y así proporcionar una base que permita entender la formación y resolución de las crisis. Desgraciadamente, el modelo hace poca alusión a los descubrimientos del segundo volumen y por tanto carece de una base firme en un terreno teórico que debe abarcar conjuntamente la producción y la circulación. Por eso, este modelo debe ser tratado como un esfuerzo preliminar y bastante incompleto a la hora de entender un problema difícil y complejo. Dentro de poco veremos cuán incompleto es este tercer modelo.

La intención de este capítulo es delinear las características de cada uno de estos «modelos» de la acumulación y evaluar sus defectos así como las perspectivas que generan. Al igual que Marx, trataré de presentar el argumento de tal forma que se puedan ver fácilmente las contradicciones fundamentales entre producción e intercambio, así como entre los requerimientos de equilibrio para la producción de plusvalor y la circulación de capital. Estas contradicciones proporcionan de hecho una base válida a la hora de entender la formación y resolución de las crisis en el capitalismo.

El mecanismo real de ese proceso, tan vital para la lógica interna del capitalismo, se explicará en el capítulo VII.

1. La producción de plusvalor y la ley general de la acumulación capitalista

Si, tal y como Marx asevera, «la misión histórica del periodo burgués» es «La acumulación por la acumulación, la producción por la producción» (*El capital*, vol. I, p. 684), entonces una porción del plusvalor debe convertirse de nuevo en capital para producir más plusvalor. Hacia el final del primer volumen de *El capital*, Marx explica detalladamente la «influencia del crecimiento del capital sobre la suerte de las clases trabajadoras» y en este proceso construye un modelo de la dinámica de la acumulación. A fin de facilitar el argumento, incorpora tácitamente ciertos supuestos. Solo existen dos clases en la sociedad: los capitalistas y los trabajadores. Los primeros se ven obligados por la competencia a reinvertir al menos una parte del plusvalor que se apropian a fin de asegurar su propia reproducción como clase. Los trabajadores, a los que se niega cualquier acceso a los medios de producción, dependen completamente para su subsistencia del empleo por parte de capitalistas (la clase trabajadora no puede producir nada por sí misma). Los capitalistas no encuentran barreras a la hora de disponer de mercancías a su valor. Los costes de circulación, así como todos los costes de transacción, no se tienen en cuenta. La economía es considerada como un solo agregado, por lo que las relaciones input-output entre los diferentes sectores pueden ser ignoradas.

En una economía tan simplificada, existen solo dos formas de ingresos: los salarios y las ganancias agregadas, o para hablar en términos de valor, el capital variable y el plusvalor. Puesto que p/v representa la tasa de explotación, podemos explorar ciertas facetas en «la suerte de los trabajadores» examinando los cambios en la tasa de explotación bajo las relaciones sociales de producción e intercambio capitalistas. Para ello se requiere que examinemos las partes relativas de capital variable (la suma total de los salarios) y de plusvalor (antes de la distribución) en el producto social total. Aunque Marx lleva a cabo el análisis en términos de valor, hay una apelación tácita a los precios del mercado en tanto considera que los salarios se pueden modificar independientemente del valor fundamental de la fuerza de trabajo. El nivel de los salarios, la tasa real de explotación, viene fijado por la oferta y la demanda de la fuerza de trabajo. Lo que Marx tiene que explicarnos ahora es la forma en la que las realidades cotidianas de la oferta y la demanda están estructuradas a fin de asegurar una tasa de explotación acorde con los requerimientos de la acumulación.

Marx construye dos versiones de su modelo de acumulación. El primero excluye los cambios tecnológicos y organizativos, y da por sentado que la productividad física y de valor de la fuerza de trabajo permanecen constantes. Bajo estas condiciones, la acumulación conlleva un desembolso creciente en capital variable y, por tanto, «reproduce el régimen del capital en una escala superior, crea en uno de los polos más capitalistas o capitalistas más poderosos y en el otro más obreros asalariados». Dicho de otra forma, «la acumulación del capital es, por tanto, aumento del proletariado» (*El capital*, vol. I, p. 704).

¿De dónde proviene este aumento en la oferta de fuerza de trabajo? Podemos imaginar un incremento de la población total o una participación mayor de la población existente en la fuerza de trabajo. Este aumento cuantitativo no va acompañado necesariamente de un incremento de la tasa de explotación, la masa de la fuerza de trabajo explotada simplemente aumenta para mantener el paso de la acumulación. De hecho, la suerte del trabajador puede mejorar. Los salarios pueden aumentar y continuar aumentando, siempre y cuando esto no interfiera en el progreso de la acumulación. Sin embargo, si los salarios suben por encima del valor de la fuerza de trabajo de tal modo que la acumulación se vea disminuida, entonces la tasa de acumulación se ajustará:

Se capitaliza una parte menor de la renta, la acumulación se ralentiza y el movimiento ascensional de los salarios experimenta un contragolpe. El aumento del precio del trabajo se ve pues confinado dentro de los límites que no solo dejan intactos los fundamentos del sistema capitalista, sino que además aseguran la reproducción del mismo en una escala cada vez mayor (*El capital*, vol. I, p. 710).

El ritmo de la acumulación parece avanzar de forma inversamente proporcional al nivel de los salarios. No obstante, Marx insiste en que, a pesar de las apariencias, la acumulación sigue siendo la variable independiente y el nivel de los salarios la dependiente. Después de todo, es la acumulación por el afán de la acumulación la que obligó a subir el nivel de los salarios en primera instancia, al empujar la demanda de fuerza de trabajo por encima de su reserva disponible.

La primera versión de este modelo nos permite explicar las oscilaciones a corto plazo en el nivel de los salarios en relación con las fluctuaciones en el ritmo de la acumulación. La tasa real de explotación, representada por los salarios, fluctúa alrededor del valor de equilibrio fundamental de la fuerza de trabajo. No hay, sin embargo, nada en la especificación del modelo que garantice que a la larga no se producirán alteraciones importantes en el equilibrio. En caso de existir fuertes barreras a cualquier aumento en el suministro

de fuerza de trabajo, el nivel de los salarios puede subir tan por encima del valor de la fuerza de trabajo que ya apenas quede nada para la acumulación. Bajo estas condiciones, la reproducción del capitalismo se ve amenazada.

Marx construye de este modo la segunda versión de su modelo de la acumulación. Abandona ahora el supuesto de que la productividad física y de valor del trabajo permanecen constantes. Los cambios tecnológicos y organizativos pueden usarse como un medio para mantener la acumulación frente a la escasez de fuerza de trabajo. Al reducirse la demanda de capital variable en relación con el capital total adelantado, estos cambios menguan el nivel de los salarios y por tanto permiten un aumento en la tasa real de explotación. Marx dice que este resultado se logra incrementando la composición de valor del capital. Un aumento en la «productividad del trabajo social», por tanto, «se convierte en la palanca más poderosa de la acumulación» (*El capital*, vol. I, p. 714).

Marx especifica los mecanismos exactos que permiten lograr un aumento en la tasa de explotación sin que importe el ritmo de la acumulación. Los cambios tecnológicos y organizativos reducen tanto la demanda de fuerza de trabajo en relación con la oferta disponible, que se produce una «superpoblación relativa» o un «ejército industrial de reserva». Una parte de la fuerza de trabajo es, dicho brevemente, arrojada a la calle y reemplazada por máquinas.

Si la existencia de una superpoblación obrera es un producto necesario de la acumulación [...] esta superpoblación se convierte a su vez en palanca de la acumulación capitalista, e incluso en condición de existencia del régimen capitalista de producción. Constituye un ejército industrial de reserva a disposición del capital, que le pertenece a este tan absolutamente como si lo hubiera criado a sus expensas. Esa superpoblación crea, para las variables necesidades de valorización del capital, el material humano explotable y siempre disponible, independientemente de los límites del aumento real experimentado por la población (*El capital*, vol. I, p. 722).

Este desempleo inducido por la tecnología proporciona no solo una reserva de fuerza de trabajo a la hora de facilitar la conversión de plusvalor en nuevo capital variable, sino que también ejerce una presión para que bajen los salarios:

Durante los periodos de estancamiento y prosperidad media, el ejército industrial de reserva o superpoblación relativa ejerce presión sobre el ejército obrero activo, y pone coto a sus exigencias durante los periodos de sobreproducción y paroxismo. La superpoblación relativa, pues, es el trasfondo sobre el que se mueve la ley de la oferta y la demanda de

trabajo. Comprime el campo de acción de esta ley dentro de los límites que convienen al ansia de poder y explotación del capital (*El capital*, vol. I, pp. 729-730).

Aquí descubrimos finalmente el secreto de aquellos mecanismos que mantienen la participación de los salarios en el producto total en una proporción «absolutamente conveniente» para la acumulación de capital (véase el capítulo II). El cambio tecnológico, controlado generalmente por los capitalistas, se puede usar a fin de asegurar que la tasa de explotación se mantenga cerca de un equilibrio definido por los requerimientos de la acumulación. No hay nada que asegure que este equilibrio se vaya a lograr exactamente. Las oscilaciones cíclicas en la participación relativa de salarios y beneficios reflejan «la constante formación, absorción más o menos intensa y la reanimación del ejército industrial de reserva o sobrepoblación obrera» (*El capital*, vol. I, p. 722).

El nivel de los salarios también se puede mantener sistemáticamente por debajo del valor de la fuerza de trabajo bajo ciertas condiciones. El cambio tecnológico, como vimos en el capítulo IV, tuvo sus orígenes en la competencia así como en la necesidad de resolver la escasez de mano de obra o el incremento de la lucha de clases. El crecimiento del ejército industrial de reserva rebaja el estímulo al cambio tecnológico solo cuando los niveles salariales son tan bajos que el capital fijo cuesta más que la fuerza de trabajo que se supone viene a suplir. A la inversa, el nivel de los salarios deja de bajar solo cuando se rebaja el estímulo al cambio tecnológico. No hay nada en absoluto que garantice que el límite más bajo de los niveles salariales fijados por consideraciones de este tipo corresponderá al salario de equilibrio requerido para una acumulación equilibrada. Queda así preparado el escenario para lo que deduce el célebre teorema de Marx respecto del empobrecimiento inevitable y progresivo del proletariado.

El teorema se deriva, por supuesto, de las premisas integradas en este modelo de acumulación. Marx muestra que la acumulación y el cambio tecnológico bajo el capitalismo suponen un aumento en el número absoluto de desempleados —una tendencia que puede invertirse, bajo los supuestos del modelo, solo por un breve tiempo durante los periodos de expansión extraordinaria—. El desempleo y el subempleo son producidos por el capital. La clase trabajadora se enfrenta, por eso, a una crisis endémica respecto de la seguridad en el empleo, los niveles salariales, las condiciones de trabajo, etcétera.

Las fuerzas que impulsan al «aumento del proletariado» son tan poderosas que pueden, a menos que se les frene, reducir a los trabajadores a «condiciones de existencia meramente animales». El único freno que existe dentro de las premisas del modelo de Marx está asociado a la disminución

del incentivo para innovar a medida que los salarios bajan a niveles aún más bajos. Puesto que este freno es relativamente débil, la ley general de la acumulación implica realmente un incremento en la proletarización de la población y mayor empobrecimiento. Esto ha sido considerado frecuentemente como una de las «predicciones» erróneas de Marx en cuanto al futuro de la clase trabajadora bajo el capitalismo. Aunque Marx no era reacio a explotar políticamente esta propuesta, no se trata en realidad de una predicción sino de una aseveración que depende por completo de las asunciones del primer modelo de acumulación. El hecho de que existen otras influencias de contrapeso podrá verse claramente cuando examinemos el segundo modelo de acumulación por medio de la reproducción ampliada.

Hay tres conclusiones fundamentales a extraer del primer modelo de acumulación de Marx. En primer lugar, la acumulación de capital está ligada estructuralmente a la producción de desempleo; se generan así crisis endémicas de intensidad fluctuante en gran parte de la clase trabajadora. En segundo lugar, las fuerzas que regulan los niveles salariales suelen mantenerse por debajo del nivel requerido a la hora de mantener un crecimiento equilibrado. Esta segunda conclusión resulta vital para el argumento presentado en el segundo y tercer modelos de acumulación. En tercer lugar, el control de los capitalistas sobre el suministro de fuerza de trabajo (a través de producir un ejército industrial de reserva) socava el poder de la fuerza de trabajo dentro del proceso de trabajo e inclina el equilibrio de la lucha de clases en la producción a favor del capital (véase el capítulo IV).

Toda la estructura teórica que construye Marx a fin de deducir la ley general de la acumulación capitalista descansa sobre ciertas asunciones fuertes y bastante restrictivas. Aunque algunas de estas fueron abandonadas en el curso del análisis subsecuente, otras permanecieron incuestionadas. De lo que nos ocuparemos ahora es de estas últimas.

Consideremos, por ejemplo, la definición del valor de la fuerza de trabajo. El cambio tecnológico, que reduce el valor de las mercancías de primera necesidad, puede reducir el valor de la fuerza de trabajo y por tanto los desembolsos en capital variable sin disminuir de ninguna forma el número de trabajadores empleados o su nivel de vida en términos físicos. Como ya hemos visto, esto es una fuente de plusvalor relativo para el capitalista. También supone que la proporción de los salarios en el producto social total puede disminuir mientras que el nivel de vida real de los trabajadores, medido en términos de valor de uso, permanece constante o incluso aumenta (véase el capítulo II de este libro). Marx no incluye esta posibilidad en su modelo y presupone, en efecto, que el valor de las mercancías requeridas para la reproducción a la clase trabajadora a cierto nivel de vida (medido en términos de valor de uso) permanece constante a través del tiempo. El empobrecimiento de los trabajadores es juzgado en relación

con este criterio. Bajo estos supuestos, cualquier caída en la proporción del capital variable en el producto social total puede ser representado automáticamente como un empobrecimiento absoluto del proletariado.

El supuesto de que la familia del trabajador no tiene capacidad para producir por sí misma y que el valor de la fuerza de trabajo viene definido enteramente por el intercambio de mercancías en el mercado también crea problemas tanto de orden teórico como de interés histórico. En la medida en que los trabajadores puedan mantenerse por sí mismos, el valor de la fuerza de trabajo disminuye y la tasa de acumulación aumenta. Desde este punto de vista, a los capitalistas les conviene forzar que los costes de reproducción de la fuerza de trabajo se reintegren lo más posible en la estructura de la vida familiar (y por tanto que caigan por lo general sobre los hombros de las mujeres).¹ Esto implica así que los trabajadores deben tener por lo menos acceso limitado a sus propios medios de producción. Pero si los trabajadores pueden satisfacer en parte sus propias necesidades de reproducción, entonces tienen menos necesidad de participar como trabajadores asalariados y ciertamente serán más resilientes cuando se trate de declararse en huelga y de emprender otras formas de lucha de clases. Desde este punto de vista, a la clase capitalista le interesa incrementar la dependencia de los trabajadores del intercambio de mercancías. Esto supone, sin embargo, permitir un aumento en el nivel de vida de los trabajadores y un aumento en el valor de la fuerza de trabajo.

Si a los capitalistas individuales se les deja tan solo con sus propios recursos, indudablemente harán todo lo posible para mantener bajos los salarios. La «tendencia constante del capital» es, por tanto, a «reducir el precio de la fuerza de trabajo a este nivel nihilista». «Cuanto más éxito tengan en esta empresa, menos control podrán ejercer sobre la fuerza de trabajo» pues «si los obreros pudiesen vivir del aire, no se los podría comprar, cualquiera que fuera el precio» (*El capital*, vol. I, pp. 688-689). Existe así un conflicto potencial entre la necesidad de economizar en los desembolsos al capital variable, con el propósito de aumentar la tasa de explotación, y la necesidad de controlar a la fuerza de trabajo con fuertes lazos económicos de dependencia. Solo cuando los trabajadores dependen totalmente del capitalista para mantener un nivel de vida razonable puede este reclamar plenamente su poder para dominarlos en el lugar de trabajo.

Esta contradicción ha desempeñado un papel importante en la historia del capitalismo y ha tenido supuestamente mucho que ver con los cambios en los niveles de vida físicos, en los cambios en el proceso de trabajo en

¹ En este contexto es donde tenemos que considerar también el papel del trabajo de la familia a la hora de fijar el valor de la fuerza de trabajo. Véase el debate en *New Left Review* después de la publicación del artículo de Secombe (1974), Conference of Socialist Economists (1976), Himmelweit y Mohun (1977) y Malos (1980).

el hogar, en el papel de la mujer en la familia, en la estructura de la vida familiar, en los estados de conciencia de clase, en las formas de la lucha de clases, etc. Marx excluye esas consideraciones de su modelo de acumulación. Apenas le podemos culpar por ello, ya que todas estas cuestiones son difíciles y complejas. Un escrutinio crítico de los supuestos de este modelo nos permite, sin embargo, elaborar algunas especulaciones interesantes sobre las fuerzas contradictorias que gobiernan la historia capitalista.

¿Reflejan los evidentes cambios en el nivel de vida material de los trabajadores en los países capitalistas avanzados una extensión del control del capital sobre la fuerza de trabajo a través de una mayor dependencia material a un nivel de vida más alto? ¿Este afán de control implica también una tendencia secular a reducir el grado en el que los trabajadores y sus familias tienen que soportar el peso de sus propios costes de reproducción? Este es el tipo de preguntas que pueden hacerse.²

Pero lo más importante es que esto nos lleva a considerar la falta, bastante sorprendente en Marx, a la hora de emprender un estudio sistemático de los procesos que gobiernan la producción y la reproducción de la propia fuerza de trabajo. Después de todo, la fuerza de trabajo es una mercancía fundamental para todo el sistema de producción capitalista. Es también la única mercancía que no se produce directamente bajo las relaciones capitalistas de producción. Es producida por un proceso social en el que la familia de clase trabajadora ha tenido, y aún tiene, un papel fundamental en el contexto de las instituciones sociales y las tradiciones culturales. En este proceso social puede influir la burguesía y este mismo puede quedar cercado por intervenciones estatales de todo tipo, si bien, en última instancia, se trata de algo que está siempre dentro del dominio de la clase trabajadora. En tanto la cantidad y la calidad de la oferta de trabajo es una característica importante de la ley general de la acumulación capitalista, podríamos esperar que Marx haga alguna alusión a ella, aunque solo sea para posponer su consideración más detallada. Sin embargo, ofrece poca atención al problema y ciertamente no se ocupa de este posteriormente. Esta omisión es, posiblemente, una de las lagunas más graves en toda la teoría de Marx y una que resulta sumamente difícil de salvar aunque solo sea porque las relaciones entre la acumulación y los procesos sociales de reproducción de la fuerza de trabajo se ocultan en un laberinto de tal complejidad que parecen desafiar el análisis.³

² En la medida en que la subida del nivel de vida material de los trabajadores incrementa la dependencia de estos y de sus familias en relación con el capital, se le debe asociar con un mayor grado de cooperación y negociación del tipo que informa Burawoy (1979). Aparentemente, los capitalistas son conscientes del beneficio que les reporta aumentar la dependencia y ciertamente, por medio del Estado, han hecho esfuerzos extraordinarios para fomentar las deudas, etcétera.

³ Este es un tópico que merece un extenso análisis histórico y teórico. Thompson (1963), Foster (1975), Scott y Tilly (1975), Meillassoux (1981) y muchos otros han emprendido la tarea, mien-

Podríamos defender a Marx contra esta crítica apuntando que el propósito de la ley general de la acumulación era establecer que el capital producía un ejército industrial de reserva sin importar la magnitud de la oferta de fuerza de trabajo y que podíamos explicar la pobreza y el desempleo sin referirnos a los procesos de reproducción social que fueron frecuentemente invocados, si bien pobremente comprendidos, por los economistas clásicos. Los ataques de Marx a la teoría de Malthus sobre la población —una teoría que Ricardo aceptó alegremente y sin crítica— fueron explícitos y violentos. De lo que Marx se quejaba tan amargamente era de la opinión de Malthus que atribuía la pobreza y la miseria de la masa de la población a una ley supuestamente «natural» de la población. Marx argumentó que no existe una «ley universal de la población», sino que «todo modo de producción histórico particular tiene sus leyes de población particulares, históricamente válidas» (*El capital*, vol. I, p. 721). Lo que la ley general de la acumulación logra, con mucho éxito, es demostrar que la producción de una superpoblación relativa por el capital está «en el fondo de la pretendida “ley natural de la población”» que Malthus formuló y Ricardo aceptó.

Tan pronto, no obstante, como tratamos de empujar la ley general de la acumulación a un territorio más realista, surgen problemas. Marx da a entender que, a fin de hacer esto, habría que construir una teoría de la acumulación y del crecimiento de la población como un todo integrado. La acumulación, afirma, conlleva «como condición fundamental, el máximo crecimiento de la población, de las capacidades del trabajo vivo» (*Grundrisse*, vol. II, p. 116). Más aun, «si la acumulación ha de ser un proceso continuo, entonces este crecimiento absoluto de la población aunque puede estar disminuyendo en relación con el capital empleado es una condición necesaria. El aumento de la población aparece como la base de la acumulación como proceso continuo» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, p. 47; cf. *Grundrisse*, vol. II, pp. 764, 771). El crecimiento de la población, como apunta Sweezy, parece ser una importante premisa oculta de la ley general de Marx de la acumulación capitalista. En términos generales, parece que los procesos que invoca Marx no pueden operar eficazmente bajo condiciones de una disminución absoluta de la población, y que cuanto más rápida es la tasa de expansión en la oferta de trabajo por medio del crecimiento de la población, menos marcadas son las fluctuaciones cíclicas.⁴

Por desgracia apenas se nos han proporcionado conocimientos en lo que se refiere a los mecanismos que enlazan el crecimiento de la población

tras que la literatura feminista ha puesto en tela de juicio muchas ideas marxistas tradicionales y ha vuelto a dar forma al contenido y dirección de la discusión de importantes modos. Véase, por ejemplo, Eisenstein (1979), Humphries (1977), Hartmann (1979) y la «Introducción» de Leacock a la obra de Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1942; 1972 reed.). Véase también Zaretsky (1976), Donzelot (1979) y Merignas (1978).

⁴ Véase Sweezy (1968, pp. 222-226) y Morishima y Catephores (1978).

con la acumulación. Cuando se trata de las características que hacen posible una alta tasa de crecimiento de la población (los matrimonios a temprana edad, el aumento en las tasas de nacimientos, etc.), Marx no piensa de forma muy diferente a Malthus. El único añadido, de gran importancia, es que la familia de clase trabajadora, a quien se niega el acceso a los medios de producción, se esfuerza tanto en tiempos de prosperidad como en tiempos de depresión por acumular la única forma de «propiedad» que posee: la propia fuerza de trabajo (*El capital*, vol. I, pp. 733-734). Sin embargo, no se especifican las leyes sobre el crecimiento de la población bajo el capitalismo —caso de que existan—. Marx parece atrapado en el mismo pantano general de ignorancia que sus contemporáneos respecto de los procesos de reproducción de la fuerza de trabajo.

La fuerza de trabajo puede verse ampliada por medio del incremento de la proporción de la población total que participa como trabajadores asalariados. Este ejército industrial de reserva «latente», tal y como Marx lo llama, puede existir de distintas formas; puede estar formado por mujeres y niños que aún no han sido empleados como trabajadores asalariados, campesinos independientes con tierras, artesanos de todas clases y multitud de otras personas que pueden ganarse la vida sin vender su fuerza de trabajo como una mercancía. Marx sostiene que la expansión del modo de producción capitalista suele destruir todas estas formas sociales —muchas de las cuales son reliquias de un sistema económico precapitalista— e incrementar la proporción de población que tiene que vender su fuerza de trabajo a fin de sobrevivir. En tiempos de Marx, esa proporción era relativamente pequeña incluso en los países capitalistas avanzados como Gran Bretaña. No fue sino hasta tiempos bastante recientes que las relaciones sociales del capitalismo penetraron lentamente en todas las esferas de la vida, para hacer que el trabajo asalariado fuera la condición general de existencia. Bajo esta perspectiva vamos actualmente avanzando progresivamente hacia aquellas condiciones que permiten que la ley del valor opere sin restricciones. En todo caso, la creación del proletariado moderno no ha sido fácil y, desde los primeros momentos de la acumulación originaria hasta el presente, ha requerido de la expropiación violenta, maniobras legales de todo tipo y no pocas artimañas. La movilización de un ejército industrial de reserva latente no se puede considerar, por tanto, como una tarea simple o fácil de realizar.⁵

La expansión de la oferta de trabajo por estos medios alcanza sus límites cuando toda la población físicamente capacitada participa en la fuerza de trabajo. Aunque algunas de las economías avanzadas están a punto de

⁵ El estudio de Lenin sobre *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (ed. 1956) todavía merece leerse.

alcanzar este límite, hay grandes reservas de fuerza de trabajo en otras partes del mundo. La historia del capitalismo está repleta de ejemplos de economías precapitalistas que han sido destruidas y sus habitantes proletarizados, ya sea por las fuerzas del mercado o por la violencia física. Esto es lo que les sucedió a los irlandeses de mediados del siglo XIX (que era uno de los ejemplos favoritos de Marx), pero hoy en día podemos ver los mismos procesos en los mexicanos y puertorriqueños que ingresan en la fuerza de trabajo de Estados Unidos; los argelinos que se convierten en parte del proletariado francés; los yugoslavos, griegos y turcos que se vuelven parte de la fuerza de trabajo sueca, etc. Todo esto nos lleva al umbral de otro problema que se relaciona con la ley general de la acumulación capitalista: la movilidad relativa del capital y la fuerza de trabajo en el escenario mundial (véase el capítulo XII).

La movilización de un ejército industrial de reserva —particularmente la parte «latente»— depende de la movilidad social y geográfica del trabajo y del capital. Respecto del trabajo, por ejemplo, «cuanto más rápidamente pueda desplazarse de una esfera de producción a otra y de un centro local de producción a otro», más rápidamente se puede compensar la tasa de ganancia y se puede satisfacer la pasión por la acumulación (*El capital*, vol. III, p. 225; vol. I, p. 722). Una fuerza de trabajo de alta movilidad se convierte en una necesidad para el capitalismo, pero aquí también podemos detectar una contradicción. El ejército industrial de reserva puede desempeñar un papel a la hora de disminuir los salarios solo si persiste como una permanente amenaza a los que ya tienen empleo. La fuerza de trabajo no debe ser tan móvil como para escapar a las garras del capital. A este respecto la movilidad superior del capital en el escenario mundial, que evita las posibilidades de fuga y empuja a una proporción cada vez mayor de la población mundial a las relaciones de intercambio mercantil, cuando no a las relaciones capitalistas de producción, llega a ser vital para mantener la acumulación por el solo afán de la acumulación.

Los aspectos sociológicos, demográficos y geográficos de la oferta de trabajo son importantes para cualquier teoría general de la acumulación. No obstante, estos pueden ser razonablemente dejados al margen cuando se considera el principal propósito de Marx a la hora de construir este primer modelo de acumulación. Lo que Marx demuestra, de forma convincente, rigurosa y brillante, es que si bajo el capitalismo encontramos pobreza, miseria y desempleo, estas deben ser interpretadas como el producto de este modo de producción y no atribuidas a la «naturaleza». Una teoría más general de la acumulación requiere, sin embargo, que se abandonen algunos de los supuestos más restrictivos y esto es lo que Marx procede a hacer en su segundo y en su tercer modelo.

2. La acumulación por medio de la reproducción ampliada

Al final del segundo volumen de *El capital*, Marx saca la acumulación del terreno de la producción y expone sus características en el terreno del intercambio. Los modelos de la «reproducción ampliada» exploran las condiciones que permiten que la acumulación proceda de forma equilibrada, a través de los intercambios de mercancías entre los diferentes sectores o «departamentos» de una economía. Los «esquemas de reproducción» que construyó Marx han continuado fascinando tanto a los escritores marxistas como no marxistas, y han ejercido una influencia profunda aunque a menudo subterránea sobre todos los aspectos del pensamiento económico. Estos esquemas han sido así desmenuzados y analizados en detalle. Los investigadores han jugado con sus variantes y las han usado con el fin de arrojar luz sobre la teoría marxista y la teoría burguesa. En tanto se han publicado muchas descripciones de estos esquemas, me voy a limitar a resumir sus principales características y a ofrecer una interpretación y evaluación de los mismos.⁶

Marx apela al criterio del valor de uso para dividir una economía en «departamentos». El departamento 1 produce capital constante, fijo y circulante, valores de uso destinados al consumo productivo. El departamento 2 produce valores de uso para consumo individual, artículos de primera necesidad para los trabajadores y artículos de lujo para la burguesía. Se construye un modelo de acumulación de dos sectores con el fin de mostrar cómo las proporciones y las tasas de crecimiento relativo tienen que ser mantenidas en la producción de medios de producción (departamento 1) y de artículos de consumo (departamento 2), caso de lograr una acumulación equilibrada y a largo plazo. En varios puntos del texto, sin embargo, Marx sugiere que se deberían hacer más divisiones; se debería distinguir entre el capital fijo y el capital circulante del departamento 1, y entre los artículos de primera necesidad y los de lujo en el departamento 2, por ejemplo.

Las cantidades físicas de insumos y productos en los dos departamentos tienen que estar exactamente en las proporciones correctas si se ha de llevar a cabo la acumulación sin tropiezos. El departamento 1 debe producir exactamente la cantidad de medios de producción para satisfacer las necesidades de todos los productores de maquinaria, materias primas, etc. El departamento 2 tiene que producir exactamente la cantidad de bienes de consumo para mantener el nivel de vida acostumbrado de la fuerza de trabajo, así como satisfacer las necesidades y deseos de la burguesía. La

⁶ Se pueden encontrar amplias descripciones en Desai (1979), Howard y King (1975), Morishima (1973) y Sweezy (1968).

forma material y la cantidad de las mercancías tiene un importante papel potencial que desempeñar en estos modelos de acumulación (*El capital*, vol. II, p. 112).

Los intercambios físicos entre los departamentos se realizan a través del mercado, y de ello se deduce que los intercambios de dinero entre los departamentos también deben estar equilibrados. A fin de estudiar este proceso sin demasiadas complicaciones, Marx da por sentado que todas las mercancías se intercambian a sus valores. Esto significa que se deja de lado el efecto de la competencia capitalista, al igual que el hecho de que las mercancías se intercambian a los precios de producción en vez de a sus valores. Marx abstrae también completamente las fluctuaciones en los precios monetarios del mercado, los flujos reales de dinero, el sistema de crédito, etc. Los esquemas dan a entender que se trata solo con valores de uso y valores. En la práctica, sin embargo, el análisis se realiza casi enteramente en términos de valor, refiriéndose muy poco a las magnitudes de material físico.

El análisis de Marx de los flujos de valor es en parte verbal y en parte numérico. Las ideas pueden ser expresadas de forma mucho más simple en términos algebraicos. El producto total del departamento 1, T_1 , se puede expresar como $M_1 + V_1 + P_1$, y para el departamento 2, $M_2 + V_2 + P_2 = T_2$. Si ha de haber acumulación, entonces una parte del plusvalor en cada departamento tiene que regresar a él a fin de comprar más medios de producción y fuerza de trabajo. Podemos entonces analizar los componentes de valor en el producto total de cada departamento del siguiente modo:

Departamento 1

$$(\text{medios de producción}) M_1 + V_1 + P_{01} + \Delta M_1 + \Delta V_1 = T_1$$

Departamento 2

$$(\text{bienes de consumo}) M_2 + V_2 + P_{02} + \Delta M_2 + \Delta V_2 = T_2$$

Aquí P_0 representa la cantidad de plusvalor que queda para el consumo después de la reinversión en medios adicionales de producción, ΔM , y en capital variable adicional, ΔV .

A fin de que este sistema esté en equilibrio, el producto total de los medios de producción en el departamento 1 (T_1) tiene que ser exactamente igual a la demanda de medios de producción en ambos departamentos 1 y 2 ($M_1 + \Delta M_1 + M_2 + \Delta M_2$). Suponiendo que los trabajadores y los capitalistas gasten todos sus ingresos en bienes de consumo, entonces $T_2 = V_1 + \Delta V_1 + P_{01} + V_2 + \Delta V_2 + P_{02}$. Es fácil mostrar así que la tasa de intercambio que se requiere entre departamentos para mantener el crecimiento equilibrado es la siguiente:

$$M_2 + \Delta M_2 = V_1 + \Delta V_1 + P_{01}$$

Por ponerlo en palabras, esto significa simplemente que la demanda total de medios de producción del departamento 2 debe ser exactamente igual a la demanda total de bienes de consumo que proviene del departamento 1. Si no se mantiene esta proporción, entonces no se puede mantener una acumulación equilibrada y se produce una crisis de desproporción (exceso o escasez de medios de producción o de bienes de consumo).

El ejemplo numérico de Marx tiene algunas propiedades interesantes, por lo que vale la pena reconstruirlo. Los productos de los dos departamentos son:

$$\text{Departamento 1: } 4.000M + 1.000V + 1.000P = 6000 = T_1$$

$$\text{Departamento 2: } 1500M + 750V + 750P = 3000 = T_2$$

Adviértase que la lista de explotación, p/v , es la misma en ambos departamentos pero que las composiciones de valor del capital, c/v , y las tasas de ganancia, $g/(c+v)$, difieren entre los departamentos. No hay igualación en la tasa de ganancia —esto se deriva de la simplificación de Marx de que las mercancías se intercambian a sus valores en vez de intercambiarse de acuerdo con sus precios de producción—.

Las proporciones de reinversión que mantendrán equilibrado este sistema son:

$$\text{Departamento 1: } 4.000M + 400\Delta M + 1.000V + 100\Delta V + 500P_{01} = 6000 = T_1$$

$$\text{Departamento 2: } 1.500M + 100\Delta M + 750V + 50\Delta V + 600P_{02} = 3000 = T_2$$

La forma en que Marx hace la fórmula presupone que solo los capitalistas ahorran y que estos reinvierten únicamente en su departamento —asunción algo extraña, considerando que generalmente se dice que el capital es altamente móvil entre sectores—. Adviértase también que la reinversión se produce de tal forma que las composiciones de valor del capital no se alteran. Este modelo no incluye ningún cambio tecnológico. Esto también es extraño y va totalmente en contra del énfasis puesto en el cambio tecnológico del primer modelo de acumulación. La tasa de reinversión también difiere entre los dos departamentos: los capitalistas del departamento 1

convierten la mitad de su plusvalor en medios adicionales de producción y en capital variable, mientras que los capitalistas del departamento 2 convierten solo una quinta parte del plusvalor que producen. Cuando tomamos los números de Marx y continuamos la acumulación durante un cierto número años, a esta reinversión le sucede algo raro. A fin de mantener en equilibrio el sistema, los capitalistas del departamento 2 tienen que aumentar su tasa de reinversión en el segundo año y en cada año subsecuente de un 20 a un 30 por ciento.

Aunque estas peculiaridades se pueden atribuir en parte a los números que Marx escogió, nos sirven para centrar la atención en las tasas relativas de reinversión en los dos departamentos pues ambas resultan críticas a la hora de preservar la estabilidad del sistema. Al designar estas tasas como a_1 y a_2 respectivamente, y las composiciones de valor del capital en los dos departamentos como k_1 y k_2 , se puede mostrar que una condición para el equilibrio en el intercambio bajo la reproducción ampliada es la siguiente:

$$\frac{a_2}{a_1} = \frac{1 + k_2}{1 + k_1}$$

Lo que es lo mismo que decir que las tasas relativas de reinversión deben reflejar diferencias en las composiciones de valor en los dos departamentos (Howard y King, 1975, p. 191). De ahí se deduce que las tasas relativas de expansión del empleo en los dos departamentos varían de acuerdo con las tasas de reinversión y las composiciones de valor.

El modelo de acumulación de dos sectores que construyó Marx parece mostrar que, bajo las condiciones correctas, incluyendo las estrategias de reinversión correctas por parte de los capitalistas, la acumulación puede continuar indefinidamente y estar relativamente libre de problemas. Un modelo que muestra la reproducción del capitalismo a perpetuidad tiene cierto atractivo para los economistas burgueses, pero plantea serios dilemas a los marxistas. Si el capitalismo puede proseguir con la acumulación a perpetuidad, ¿en qué se basan entonces los marxistas para predecir la desaparición inevitable del capitalismo o siquiera la inevitabilidad de la formación de crisis? Luxemburgo, por ejemplo, se inquietó tanto con estas preguntas que todo su tratado sobre *La acumulación del capital* se dedica a una vigorosa denuncia de los errores y omisiones de Marx en su formulación de los esquemas de la reproducción. A fin de entender mejor este debate debemos considerar los supuestos de estos esquemas, así como la intención de Marx a la hora de construirlos.

El propósito de Marx no es difícil de adivinar. Quería mejorar el notable *Tableau économique* de Quesnay, en el sentido de que «los incontables

actos individuales de circulación quedan englobados al punto en su movimiento de masas social característico, en la circulación entre grandes clases económicas en la sociedad, funcionalmente determinadas» (*El capital*, vol. II, p. 407). Marx quería, en pocas palabras, estudiar el «proceso de circulación» del «capital social global» en términos de las *relaciones de clase* del capitalismo.

Quería también desenredar las contradicciones comprendidas en ese proceso. Por eso inventa un mecanismo que le permite identificar las tasas de crecimiento proporcionales de los diferentes departamentos, de las cantidades producidas, de los valores de cambio y del empleo, dado que si no se alcanzan estas tasas darán por resultado una crisis. La razón por la que se tomó tanto trabajo a la hora de definir el equilibrio es, como siempre, la de estar más capacitado para entender por qué es inevitable salirse del equilibrio bajo las relaciones sociales del capitalismo.

El crecimiento equilibrado y armonioso que muestran los esquemas de la reproducción debe también ser juzgado a la luz de los restrictivos supuestos de dichos esquemas. Tenemos que advertir, antes que nada, que la forma en que Marx expone es contraria al concepto de capital como un proceso continuo y no coincide, por tanto, con la línea general de ataque que llevó a cabo en el segundo volumen de *El capital*. Los esquemas de reproducción miden el capital como valor de una reserva de insumos disponibles al comienzo de un periodo de producción (el capital constante inicial y el capital variable) incrementado por el plusvalor redistribuido para comprar capital constante y capital variable adicional al final de un periodo de producción. Los equilibrios necesarios vienen definidos por un procedimiento de contabilidad que se realiza al principio y al final del año, y que pasa por alto todo lo que sucede en el intermedio. La contabilidad también asume que todo el capital existe en forma de mercancías, que se emplean en su totalidad durante el periodo de producción, no existe ningún capital como dinero, como inventario o como capital fijo que se lleva de un periodo de producción al siguiente. Al modelizar la acumulación en términos sumamente simplificados, Marx gana mucho en maleabilidad analítica. El precio pagado está, sin embargo, en apartarse del concepto de flujo —básico pero mucho más difícil—, que elaboró con tanto esfuerzo en los capítulos previos, particularmente en los que trataban sobre la circulación del capital variable y del plusvalor.

En segundo lugar, el énfasis en el intercambio de valores en exclusión de todo lo demás no es consistente con el propósito manifiesto de Marx; viola su regla de nunca tratar aisladamente a cualquier miembro del triunvirato valor, valor de uso y valor de cambio. El crecimiento equilibrado requeriría de hecho que el valor de uso físico y los intercambios en dinero también estuvieran equilibrados. Aun cuando Marx pueda ser perdonado

por abandonar una de estas divisiones del análisis, no se le puede excusar por abandonar dos, especialmente porque su intención manifiesta era considerar el valor de uso y los aspectos del valor en su modelo. Si hubiera seguido lo que tenía intención de hacer, habría producido algunas ideas muy útiles.

A fin de saber, por ejemplo, si un intercambio de valores equilibrado coincide con el intercambio de valores de uso equilibrado, primero necesitaríamos información sobre los coeficientes tecnológicos que relacionan los insumos físicos con los productos, al tiempo que fijan los valores relativos de las mercancías que se intercambian. Esto nos lleva directamente al importante concepto de *tecnología viable*, definida como aquella tecnología de producción que puede equilibrar simultáneamente los intercambios físicos y de valor entre departamentos. Caso de lograr simultáneamente el equilibrio en las dimensiones de valor de uso y de valor, el tiempo de trabajo socialmente necesario incorporado a los medios de producción tiene que estar exactamente en proporción correcta con el tiempo de trabajo socialmente necesario incorporado en los bienes de consumo. Evidentemente esto plantea severas restricciones a la tecnología que se puede adoptar.

Marx parece ser consciente de algunas de estas dificultades, ya que mantiene constante la tecnología en sus modelos de reproducción ampliada. Este tratamiento contrasta marcadamente con el énfasis puesto en el cambio tecnológico en el modelo de acumulación del primer volumen. El contraste es tan vívido que casi de inmediato sugiere una hipótesis crucial, esto es, que existe un grave conflicto potencial entre la «tecnología viable», definida desde el punto de vista del intercambio equilibrado, y el cambio tecnológico que se requiere para mantener la acumulación por medio de la producción. Este choque de requerimientos, propiamente identificado y entendido, nos proporciona una herramienta para diseccionar las crisis en el capitalismo. Si Marx hubiera expuesto firmemente un argumento de este tipo, los problemas que asolan al modelo sintético de acumulación en el tercer volumen de *El capital* se habrían podido resolver mucho más fácilmente. Este «choque de requerimientos tecnológicos» es por eso una cuestión que trataremos de nuevo detalladamente en la siguiente sección y en el capítulo subsecuente.

Hay otras suposiciones restrictivas integradas en el modelo de Marx de la reproducción ampliada que requieren un examen crítico. Se supone que solo existen dos clases en la sociedad — los capitalistas y los trabajadores—, al tiempo que se ignoran otros aspectos de la distribución. El dinero funciona meramente como un medio de pago; no se acumula; el plusvalor producido en un departamento no se puede invertir en otro; no hay igualación de las tasas de ganancia; existe una oferta infinita de fuerza de trabajo, etc. Con las técnicas matemáticas modernas es posible explorar

lo que sucede cuando se desechan algunos de estos supuestos; en algunos casos se han logrado ideas valiosas.

El trabajo de Morishima sobre estas cuestiones es particularmente interesante en tanto ayuda a iluminar algunos de los temas básicos que a Marx le preocupaban. Morishima considera lo que sucede cuando el plusvalor creado en un departamento se puede reinvertir en otro. Concluye que el crecimiento equilibrado que describen los ejemplos numéricos de Marx se volvería entonces inestable, con «oscilaciones explosivas [...] a lo largo del curso del crecimiento equilibrado, si el departamento 2, que produce mercancías salario y artículos de lujo, es más alto en composición de valor de capital (o tiene más inversión de capital) que el departamento 1». Tenemos una «explosión sin fluctuaciones» o una «divergencia repetida de un camino de crecimiento equilibrado», cuando la composición de valor del capital es más alta en el departamento 1 que en el departamento 2. Se necesita así muy poco para generar fuertes fluctuaciones cíclicas o una inestabilidad crónica partiendo de los esquemas de reproducción y esto era probablemente lo que Marx deseaba analizar. Sin embargo, el caso que presenta Morishima es de particular interés, ya que sugiere que la igualación de la tasa de ganancia en condiciones de competencia altera el equilibrio requerido para el crecimiento equilibrado. Esto es en sí mismo un claro ejemplo de la cuestión marxista fundamental de que el crecimiento equilibrado es imposible bajo las relaciones sociales capitalistas (Morishima, 1973, pp. 125-127).

El modelo de Morishima también abarca supuestos que han sido debidamente criticados. Desai apunta que los capitalistas, al modificar sus tasas de reinversión en lugar de reinvertir a una tasa constante, tal y como asume Morishima, pueden aminorar la tendencia a la inestabilidad a largo plazo, así como las oscilaciones cíclicas explosivas. Al hacerlo, sin embargo, pueden también generar movimientos cíclicos en la tasa de desempleo, lo que apunta a otra dificultad: no hay absolutamente ninguna garantía de que la «tecnología viable» y la «tasa apropiada de reinversión» incrementen la demanda de fuerza de trabajo de una manera acorde a su suministro. Esto nos trae de regreso a la contradicción entre las condiciones ajustadas a la acumulación sostenida en el primero y el segundo modelo de acumulación (Desai, 1979, caps. 16 y 17).

Según parece no hemos hecho justicia a la complejidad del pensamiento de Marx. El capítulo en el que Engels reconstruyó las notas de Marx sobre la reproducción simple (un capítulo largo, tortuoso y laborioso, pero al mismo tiempo profundamente imaginativo), contiene multitud de materiales que son difíciles de integrar en el modelo simplificado de la reproducción ampliada. Tampoco debemos pasar por alto los interesantes capítulos sobre la circulación del capital variable y el plusvalor

que lo preceden. Marx era ampliamente consciente de las dificultades que acechaban la línea de análisis que tomó. Si bien puede parecer algo injusto seleccionar algunos asuntos de entre esta masa de materiales de particular importancia, hay tres problemas a resaltar.

Primero, debemos advertir que la reproducción de la fuerza de trabajo se integra en la circulación del capital. El trabajador se convierte, en efecto, en un «apéndice del capital», en la esfera del intercambio así como en la esfera de la producción. Aunque Marx no presta gran atención a los detalles específicos, considera que la «acumulación equilibrada» requiere que los trabajadores empleen el capital variable para comprar mercancías de los productores del departamento 2. La demanda efectiva de la clase trabajadora —que depende de los niveles salariales— se convierte en un factor que puede contribuir al crecimiento equilibrado o bien contrarrestarlo. Los procesos descritos en el primer volumen de *El capital* explican por qué los salarios no pueden subir muy por encima de una cierta proporción de equilibrio del producto nacional, al tiempo que además sugieren una tendencia prevalente a deprimirlos muy por debajo de ese equilibrio. En el segundo volumen de *El capital* vemos por qué los salarios no pueden caer muy por debajo de este equilibrio sin precipitar una crisis en la circulación de capital dentro de cada departamento y entre los mismos departamentos: los cambios rápidos en la proporción del trabajo en el producto total alteran la acumulación equilibrada a través del intercambio.

Las consecuencias sociales de la transformación de la clase trabajadora en un mero apéndice del capital —en tanto «capital variable»— en el terreno del intercambio son legión. Una vez que el consumo de los trabajadores llega a estar integrado dentro de la circulación de capital, su independencia y autonomía en la esfera de las relaciones de intercambio se convierte en una amenaza potencial, frente a la cual los capitalistas deben tomar medidas con el fin de disminuirla. Los capitalistas que producen mercancías salario se ven obligados a producir los valores de uso específicos que los trabajadores desean y necesitan. En tanto tenedores de dinero, después de todo, los trabajadores son «libres» de ejercer su opción como consumidores. Podemos ver también que el «consumo racional» —racional desde el punto de vista de la acumulación de capital— es necesario para la traducción sin fricciones del capital variable pagado en salario a las mercancías que produce el departamento. Los mecanismos por los que el capital alcanza el espacio de vida de los trabajadores con el fin de asegurarse el «consumo racional» de parte de estos, así como la reproducción de las cantidades y calidades necesarias de fuerza de trabajo, son muy complejos. El propio Marx se burla de la forma en que «el señor capitalista, al igual que su prensa [...] filosofa, cultiparla y exuda filantropía por todos los poros» cuando «suele estar descontento con la manera en la que la fuerza

de trabajo gasta su dinero» (*El capital*, vol. II, p. 574). A esto debemos añadir los diversos instrumentos de persuasión y dominio, incluyendo los que moviliza el Estado (normalmente, por supuesto, en nombre del bienestar público), por medio de los cuales la cultura de la clase trabajadora y sus hábitos de consumo son puestos más o menos en línea con los requerimientos del «consumo racional para la acumulación». Cuanto más, sin embargo, nos aventuremos por esta senda, más nos veremos obligados a entrar en ese dominio de la reproducción de la fuerza de trabajo que Marx por lo general ignora.⁷ En cualquier caso, la traducción del trabajo vivo en un mero capital variable nos permite percibir, aunque sea vagamente, las líneas de una forma diferente de la lucha de clases alrededor de la calidad de la vida para los trabajadores.

En *segundo* lugar, Marx hace una breve incursión en la cuestión de la formación y el uso del capital fijo. Esta plantea demasiadas dificultades como para integrarla en el modelo de la reproducción ampliada. No obstante, en el largo capítulo sobre la reproducción simple, Marx tiene algo que decir acerca de los problemas de encontrar una tasa equilibrada de inversión para los productos de capital fijo que duran varios periodos de producción. Marx señala ahí que el departamento 1, que produce capital fijo al tiempo que también hace circular capital constante, tiene que enfrentarse a algunos problemas peculiares sobre los momentos oportunos para la reinversión, los flujos de dinero y cosas por el estilo. Marx sugiere que es probable que la inversión en capital fijo engendre fuertes movimientos cíclicos, que tienen la capacidad potencial de convertirse en crisis, incluso bajo los más estrictos supuestos simplificadores. La circulación de capital entre los dos departamentos está destinada así al menos a oscilar alrededor del punto de equilibrio tan pronto como el capital fijo sea introducido en la escena. Esta es una cuestión importante inconclusa en la teoría de Marx; es tan importante que la consideraremos de forma separada en el capítulo VIII.

En *tercer* lugar, aun cuando el dinero es tratado como un medio de pago en el modelo de la reproducción ampliada, hay innumerables declaraciones en el texto que indican que la producción y circulación de dinero no son tan simples como parecen. Marx elimina los problemas planteados por el capital dinero y por el sistema de crédito sobre la base de que oscurecen los procesos reales de circulación de los valores (*El capital*, vol. II, p. 574.). No obstante, reconoce también que la circulación de dinero y la creación de crédito tienen efectos reales, mientras que la producción

⁷ Bajo ningún concepto, debemos disimular la dificultad de transformar la vida y la cultura de la clase trabajadora en pautas susceptibles a la explotación por la acumulación de capital. Esto da lugar a formas de conflicto y de lucha en el lugar de trabajo que constituyen un aspecto muy importante de la vida capitalista; véase Castells (1977) y Harvey (1978).

de una mercancía dinero no puede subsumirse simplemente como una rama del departamento 1 debido a que tiene algunas características muy peculiares (es, por ejemplo, la rama de la producción que arroja más dinero a la circulación del que absorbe en la compra de capital constante y variable). Marx trata de ocuparse de todo esto asumiendo que «siempre será necesario [...] dar por supuesto la existencia en manos del capitalista, junto a su capital productivo, de un cierto fondo de dinero, ya sea para invertirlo como capital, ya para gastarlo como renta» (*El capital*, vol. II, pp. 445-446). De dónde proviene este dinero, quién es responsable de su suministro y cómo este suministro «promueve» los intercambios y «facilita el adelanto del capital», son preguntas difíciles a las que volveremos en los capítulos IX y X. Todo esto no interfiere necesariamente en el modelo de la reproducción ampliada, ya que este modelo asume que el capital existe solo como mercancía. Sin embargo, si buscamos modelos más realistas, en los que el capital también toma la forma de dinero y de aparatos productivos que pasan de un periodo de producción al siguiente, entonces toda la cuestión del dinero y del crédito se vuelve fundamental para el análisis.

Estos tres tópicos no agotan de ningún modo los problemas que Marx presenta, pero no resuelve, relativos al análisis de la acumulación a través del intercambio. Los he seleccionado en parte para ilustrar la riqueza imaginativa de Marx en el tratamiento de los procesos de reproducción del capital y en parte para demostrar puntos de gran importancia para el argumento general que estoy tratando de establecer. Respecto de la circulación del capital variable, por ejemplo, podemos considerar ahora las fuerzas compensatorias a las que producen el creciente empobrecimiento del proletariado. Por poner en relación entre sí al primero y segundo modelo de acumulación, podemos identificar las fuerzas que contribuyen a una tasa salarial equilibrada, en tanto participación de equilibrio de los salarios en el producto total. Cualquier desviación radical de esa participación de equilibrio de los salarios en el valor total generará probablemente una crisis en la circulación del capital —una crisis que se puede desatar en la esfera del intercambio o en la esfera de la producción, dependiendo de si los salarios están por encima o por debajo de su valor de equilibrio—. Los procesos sociales en la determinación de salarios —la competencia entre los capitalistas, la lucha de clases, etc. — son de tal naturaleza que aseguran que este equilibrio solo se logre por accidente. La producción y el consumo no se pueden mantener en equilibrio bajo relaciones antagónicas de distribución (véase más adelante el próximo epígrafe).

¿En dónde nos deja esto en términos de una evaluación global de los esquemas de la reproducción ampliada? Ciertamente Marx no estaba tratando de construir un marco con el cual modelizar los hechos reales del crecimiento capitalista o las realidades de las estructuras input-output.

Juzgados en relación con ese tipo de proyectos, los esquemas de reproducción tendrían un mero interés histórico —innovador e imaginativo para su tiempo, pero sin la fuerza de los modelos contemporáneos—. Juzgados en relación con el propio proyecto de Marx, los esquemas tienen una interpretación bastante distinta. Están diseñados para rendirnos conocimientos *teóricos* acerca la lógica interna de la acumulación capitalista, conocimientos generados por medio de la modelización intensiva de un «objetivo teórico» definido en relación con el dominio de la circulación de capital a través del intercambio. Consideremos la naturaleza de estas ideas y la manera en que pueden ser legítimamente empleadas.

En el primer volumen de *El capital* (p. 668) Marx escribe:

El proceso capitalista de producción, considerado en su interdependencia o como proceso de reproducción, pues, no sólo produce mercancías, no solo produce plusvalor, sino que produce y reproduce la relación capitalista misma: por un lado el capitalista y por otra el asalariado.

En el primer modelo de acumulación, también vimos cómo este «reproduce la relación capitalista a una escala ampliada: más capitalistas o capitalistas mas grandes en este polo, más asalariados en aquel» (*El capital*, vol. I, p. 704). Los esquemas de reproducción nos permiten examinar la reproducción de la relación de clase entre el capital y los trabajadores desde el punto de vista de las relaciones de intercambio. El capital circula, como si dijéramos, a través del cuerpo de trabajador como capital variable y lo convierte así en un mero apéndice de la circulación del propio capital. El capitalista está igualmente aprisionado dentro de las reglas de la circulación del capital, porque solo observando estas reglas se asegura la reproducción y expansión del capital constante y la producción de más plusvalor. En pocas palabras, estamos ante las reglas que gobiernan la reproducción en una escala progresiva de clases sociales enteras.

Considerado únicamente desde el punto de vista del intercambio, este proceso de la reproducción social parece relativamente apromblemático. Existen, por supuesto, innumerables peculiaridades y complicaciones que deben tomarse en cuenta en cualquier descripción completa de la acumulación equilibrada. Las dificultades que presenta la circulación del capital fijo, el problema de dar cuenta de los inventarios, las reservas de capital dinero, las operaciones del sistema de crédito, etc., todas cobran mucha importancia. Sin embargo, muchos de estos problemas desaparecen en el análisis o, como mucho, provocan oscilaciones cíclicas en un proceso de reproducción secular que por lo demás funciona de forma fluida.

Una exploración elaborada de estos rasgos adicionales hace poca mella en modelos que muestran la reproducción a perpetuidad de las relaciones

de clase del capitalismo y en estados relativamente libres de problemas. Considerados directamente como lo que son, divorciados completamente del proyecto global de Marx, los modelos merecen las vigorosas denuncias a las que los somete Luxemburgo. De hecho, Luxemburgo tiene razón en su principal objeción: que Marx no explica en ninguna parte de sus esquemas de reproducción de dónde proviene la demanda efectiva que servirá para realizar el valor de las mercancías en el intercambio. Pero en esto Marx solo está siendo fiel a sí mismo. Después de todo, su punto principal en el primer volumen de *El capital* fue que nunca se podrá descubrir de dónde provienen las ganancias analizando la esfera del intercambio. Además, en el capítulo sobre la circulación del plusvalor en el segundo volumen de *El capital*, Marx apunta exactamente lo mismo acerca de la demanda efectiva. Por hondo que escarbemos, nunca podremos averiguar cómo se realiza el capital en el intercambio sin volver al ámbito de la producción, esa «oculta sede de la producción [...] en cuyo dintel se lee: “No se permite la entrada a los que no tengan que ver con el negocio”». Es entonces en el terreno de la producción donde «veremos, no solo cómo el capital produce, sino también cómo se produce el capital» (*El capital*, vol. I, p. 235). Es también en el terreno de la producción donde se realiza el capital (véase el capítulo III). Después de todo, esto es lo que significa la «acumulación por la acumulación» como el *primus agens* dentro del modo de producción capitalista.

Lo que produce todo esto es, por supuesto, obligarnos a considerar el marcado contraste entre las reglas que regulan la acumulación en el terreno de la producción y las que regulan la acumulación equilibrada en el terreno del intercambio. Leídos dentro del contexto del proyecto global de Marx, los esquemas de la reproducción nos rinden la mayoría de las ideas teóricas que necesitamos. La acumulación equilibrada a través del intercambio es realmente posible a perpetuidad, siempre y cuando el cambio tecnológico quede confinado dentro de límites estrictos, exista una oferta infinita de fuerza de trabajo que se venda siempre a su valor, que no haya competencia entre capitalistas y no se produzca igualación en la tasa de ganancia. Una vez que relajamos estos supuestos, las variables cruciales del primer modelo de acumulación, surgen alteraciones crónicas en el proceso de intercambio. La «tecnología viable» que debe prevalecer en el intercambio se ve alterada permanentemente por las revoluciones en las fuerzas productivas.

Por ponerlo en palabras sencillas, las condiciones que permiten que se alcance el equilibrio en el ámbito de la producción contradicen las condiciones que permiten que se alcance el equilibrio en el ámbito del intercambio. El capitalismo no puede estar en un estado en el que satisfaga simultáneamente estos dos requerimientos en conflicto. El escenario está preparado para construir un tercer modelo de acumulación, un modelo que exponga las contradicciones internas del capitalismo y que demuestre cómo estas contradicciones son la fuente de todas las formas de crisis capitalista.

3. La tasa decreciente de las ganancias y los efectos compensatorios

Los esquemas de reproducción del segundo volumen de *El capital* demuestran que el proceso capitalista de producción en su conjunto representa una síntesis de producción y circulación. En el tercer volumen, Marx trata de ir más allá de unas «reflexiones generales acerca de esta unidad», a fin de «descubrir y exponer las formas concretas que brotan del proceso de *movimiento del capital, considerado como un todo*» y que, por tanto, «se aproximan paulatinamente a la forma con la cual se manifiestan en la superficie de la sociedad» (*El capital*, vol. III, p. 39).

Para que Marx pudiera completar su proyecto, tenía que construir un tercer modelo de acumulación que sintetizara las ideas de los dos primeros. El modelo debe describir y reflejar las contradicciones internas del capitalismo, así como sus manifestaciones en el mundo de las apariencias. Para Marx esto significaba explicar el origen, funciones y consecuencias sociales de las crisis.

Desgraciadamente Marx no completa bien su proyecto. En vez de eso nos deja un esbozo preliminar de lo que podría ser su tercer modelo de acumulación. Hace girar sus ideas sobre «la ley más importante de la economía política moderna», la de una tendencia hacia una tasa decreciente de ganancia. Esta es, según afirma, «una ley que, a pesar de su sencillez, jamás ha llegado a comprenderse debidamente, y menos aún a enunciarse de forma consciente» (*Grundrisse*, vol. II, p. 152). La idea de que la tasa de ganancia tiende a caer no era nueva de todos modos. Smith, Ricardo y John Stuart Mill describieron la forma en que el capitalismo perdía fuerza gradualmente hasta que caía en un «estado estacionario» con una tasa de acumulación cero. Siempre impaciente por volver *El capital* hacia la crítica de la economía política así como a la exposición de «las verdaderas leyes del movimiento» del capitalismo, Marx trató de construir un modelo que explicara la supuesta tendencia hacia la tasa decreciente de ganancias al mismo tiempo que identificase los orígenes de las crisis bajo el capitalismo.

La economía política clásica —a excepción de Smith— explicó la tendencia hacia una tasa decreciente de ganancia mediante factores externos al funcionamiento del capitalismo. La culpa, sugirió Ricardo, está en la naturaleza, ya que la productividad industrial estaba sujeta a que disminuyeran los retornos. Las apelaciones a la «naturaleza» de este tipo eran anatema para Marx; cuando se enfrentó con el problema de la ganancia decreciente, dijo mordazmente de Ricardo que este «abandona el campo de la economía política y se refugia en la química orgánica» (*Grundrisse*, vol. II, p. 157). Marx busca la causa de estos fenómenos dentro de la lógica interna del capitalismo. El argumento que construye es brillante y simple.

Definamos la tasa de ganancia, según escribe, como:

$$g = \frac{p}{c + v} = \frac{p/v}{1 + c/v}$$

De la segunda de estas expresiones podemos ver que la tasa de ganancia está en relación inversa con la composición de valor y directa con la tasa de explotación. Si la tasa de explotación aumenta más lentamente que la composición de valor, tendremos entonces una tasa de ganancia decreciente.

Marx sostiene, por lo general, que la tasa de explotación puede incrementarse únicamente por medio de una tasa decreciente (véanse las pp. 113, 229-230 de este libro). La creciente dificultad para expresar aún más a una fuerza de trabajo ya severamente pauperizada, el estado de la lucha de clases y la necesidad de mantener el consumo de la clase trabajadora en niveles módicos ejercen una influencia restrictiva. Además, se puede mostrar que la tasa de ganancia se vuelve cada vez menos sensible a los cambios en la tasa de explotación, cuanto mayor llega a ser la composición de valor (véase Sweezy, 1968).

El grueso de la prueba de la «ley» de la tasa decreciente de ganancias reside, por tanto, en mostrar que la composición de valor del capital tiende a subir sin restricciones. Marx simplemente invoca aquí la supuesta «ley de la creciente composición orgánica del capital» como una prueba suficiente. Y luego concluye que el «desarrollo progresivo de la fuerza social productiva del trabajo» es la que, bajo las relaciones sociales del capitalismo, provoca una tendencia permanente a que baje la tasa de ganancia (*El capital*, vol. III, p. 248). Por medio de esta simple estrategia, Marx hace que la ley de la ganancia decreciente sea compatible con las «leyes de movimiento del capitalismo».

Dado, sin embargo, el «enorme desarrollo adquirido por las fuerzas productivas del trabajo social» bajo el capitalismo, «la dificultad que se nos presenta no es la que ya ha ocupado a los economistas hasta el día de hoy —la de explicar el descenso de la tasa de ganancia—, sino la inversa, la de explicar porque ese descenso no es mucho mayor o más rápido» (*El capital*, vol. III, p. 269). La «ley» resulta ser una «tendencia» porque está modificada por multitud de influencias compensatorias.

Marx menciona seis influencias compensatorias en *El capital*, si bien dos de ellas (el comercio extranjero y un aumento en las acciones) no se ajustan a sus supuestos habituales (una economía cerrada y un concepto de plusvalor que excluye los datos de la distribución). Esto nos deja con: 1) una tasa de explotación en aumento si bien a menor velocidad; 2) una disminución de los costes del capital constante (que frena el aumento de la composición de valor); 3) una reducción de los salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo y 4) un aumento en el ejército industrial de

reserva (que preserve a ciertos sectores de los estragos del progreso tecnológico haciendo que disminuya el incentivo para reemplazar la fuerza de trabajo por máquinas). En los *Grundrisse*, vol. II (p. 154), Marx hace una lista de algunos otros factores que pueden estabilizar la tasa de ganancia «aparte de las crisis». Escribe sobre «la constante desvalorización de una parte del capital existente» (que según supongo quiere decir la obsolescencia programada), la «transformación de una gran parte del capital en capital fijo que no sirve como medio de producción directa» (inversión en obras públicas, por ejemplo) y el «desperdicio improductivo» (los gastos militares se usan a menudo como un ejemplo en la bibliografía contemporánea). Prosigue también diciendo que la disminución en la tasa de ganancia se puede «retrasar por la creación de nuevas ramas de producción en las que se necesita más trabajo directo en relación con el capital, o donde el poder productivo del trabajo aún no está desarrollado» (cuando se abren o se preservan sectores que requieren trabajo intensivo). Finalmente, el monopolio es considerado como un antídoto a la tasa decreciente de ganancia.

Esto, para decirlo suavemente, es un despliegue algo variopinto de factores a considerar. Todos, no obstante, merecen un mayor escrutinio que el que Marx les da. Además, en ninguna parte nos proporciona un análisis firme de los mismos. Algunos, como los salarios que caen por debajo de su valor, parecen ser paliativos temporales en el mejor de los casos, mientras que otros, como los ahorros en capital constante y la puesta en marcha de líneas de producción de trabajo intensivo, parecen tener el potencial para mantener estable, a largo plazo, la tasa de ganancia. Debemos mencionar también que algunos factores, como la inversión en obras públicas y en gastos improductivos, pueden ser interpretados probablemente más bien como respuestas a la caída de las ganancias, mientras que otros, como la preservación o la puesta en marcha de líneas de producción de trabajo intensivo y de ahorro en capital constante, se producen «naturalmente» con los cambios tecnológicos que se generan bajo las relaciones de producción capitalistas.

Como quiera que sea, Marx nos deja con la clara impresión de que ninguna de esta multitud de influencias heterogéneas compensatorias, tomadas separadamente o en conjunto, pueden contrarrestar con éxito la tendencia a largo plazo de la caída de la tasa de ganancia. En el mejor de los casos retrasan lo inevitable. Marx lleva luego su argumento hasta su conclusión final:

En contradicciones absolutas, en crisis y convulsiones, se manifiesta la creciente incongruencia de la relación del desarrollo productivo de la sociedad y las relaciones de producción vigentes. Destrucción violenta de capital no por causas exteriores a él, sino como condición para su

propio mantenimiento: tal es la forma más tajante en que se le aconseja que se largue, dejando sitio a un estado superior de producción social (*Grundrisse*, vol. II, p. 155).

Marx ha matado, aparentemente, dos pájaros de un tiro. Ha corregido a los economistas políticos acerca de por qué debe disminuir la tasa de ganancia y al mismo tiempo ha diseñado a grandes rasgos un modelo que refleja las contradicciones del capitalismo y sus manifestaciones concretas en «el mundo de las apariencias». Desgraciadamente su argumento resulta incompleto, y de ninguna manera ha sido especificado de forma rigurosa. Además, aunque con sus correcciones Engels impone una forma muy clara al argumento, el texto está plagado de toda clase de ambigüedades.

La explicación de Marx y su uso de la ley han sido, de este modo, objeto de una inmensa y continua controversia dentro de la tradición marxista, al mismo tiempo que ha sido objeto de menosprecio en los círculos burgueses (lo que, en vista de lo que describe la ley, no resulta sorprendente). La ley ha sido investigada desde una variedad de puntos de vista (teóricos, históricos, empíricos), examinada cuidadosamente en cuanto a sus implicaciones políticas e interpretada de formas muy distintas. No voy a tratar de hacer una reseña de la controversia ni de la manera en que se desarrolló, quienes lo deseen pueden consultar los innumerables artículos que se han publicado acerca de esta cuestión.⁸ No obstante, es evidente que se requiere una evaluación de este tercer modelo de la acumulación de Marx.

La evaluación puede realizarse a dos niveles. En el primero, podemos considerar el rigor, la coherencia lógica y el significado histórico de la «ley» de la ganancia decreciente como una premisa por derecho propio. En el segundo nivel, más general, podemos considerar hasta dónde la ley (o alguna versión de la misma) sintetiza los hallazgos de los dos primeros modelos de acumulación, para proporcionar así una interpretación firme de las leyes de movimiento del capitalismo en general.

En lo que sigue voy a argumentar que Marx, en su entusiasmo por corregir a los economistas políticos, se vio tentado por una interpretación errónea de lo que debió haber sido un modelo sintético de las contradicciones del capitalismo. De modo más específico, al hacerse cargo del problema de la inevitabilidad de una tasa decreciente de ganancia de los economistas políticos de la época y al tratarla como una pregunta, Marx se aparta de la lógica de su propio argumento, de tal modo que lo que debió haber sido una premisa tangencial aparece como fundamental, mientras

⁸ Los estudios de Fine y Harris (1979) y Wright (1978) son útiles. Una buena muestra de opiniones sería Cogoy (1973), Desai (1979), Hodgson (1974), Morishima (1973), Steedman (1977), Sweezy (1968) y Yaffe (1973).

que la premisa fundamental queda enterrada en una masa de argumentos tangenciales. Como resultado. Marx no logra sintetizar con éxito los dos primeros modelos de acumulación. Tampoco representa correctamente las «formas concretas» que asumen las contradicciones internas del capitalismo «en la superficie» de la sociedad. A pesar de todos estos defectos, se las arregla no obstante para desenmascarar lo que bien podría ser la fuente fundamental de las crisis capitalistas: la contradicción entre la evolución de las fuerzas productivas y las relaciones sociales sobre las que se basa la producción capitalista. Vamos ahora a detallar este argumento general.

Ante todo, se debe aclarar el rango exacto de la supuesta «ley». Una cosa sería, por ejemplo, afirmar teóricamente que existe una tendencia a la caída de la tasa de ganancia, entonces se debe explicar de una forma acorde con las leyes generales del movimiento del capitalismo, y otra muy distinta mantener, como hace Marx definitivamente en algunas ocasiones, que la ley capta *la* lógica interna de la dinámica capitalista al mismo tiempo que explica las tendencias reales y observables en la tasa real de ganancia (*Grundrisse*, vol. II, pp. 151- 152; *El capital*, vol. III, cap. XIII). De hecho, existe mucha confusión en cuanto al rango epistemológico exacto de la ley —confusión señalada por las diversas formas en que Marx se refiere a ella como una «ley», una «tendencia» o incluso con el término híbrido de «ley de la tendencia»—. Por comodidad voy a seguir refiriéndome a la tasa decreciente de ganancia como una ley, sin presuponer que esa etiqueta le confiere ningún rango epistemológico particular.

El valor teórico de la ley resulta bastante claro: la capacidad de producir plusvalor en relación con el valor total que circula como capital disminuye a lo largo del tiempo debido precisamente a las revoluciones tecnológicas que los capitalistas individuales instituyen en su búsqueda del plusvalor. Sin embargo, Marx explica la ley en términos de valores en vez de en precios de mercado, de tal modo que las consideraciones monetarias a corto y a largo plazo (como la inflación endémica o los pánicos financieros) no pueden ser incluidos en el análisis. Esto significa que la ley no puede ser empleada para describir la «apariencia superficial» de la dinámica capitalista. Más aún, la ganancia viene interpretada como plusvalor antes de su distribución como renta, interés, ganancia sobre el capital industrial y mercantil, impuestos, etc. Esto significa que la tasa de ganancia sobre, digamos, el capital industrial, puede subir o bajar como resultado de los cambios en la distribución, antes que como un reflejo de los movimientos en la tasa de ganancia, tal y como la define Marx (*Grundrisse*, vol II, p. 154).

Tenemos así que tener un particular cuidado a la hora de tratar la ley como una premisa histórica o empírica. No podemos, por ejemplo, reunir datos sobre las ganancias corporativas de Estados Unidos a partir de 1945 y probar o desaprobar la ley apelando a ese registro histórico en particular.

Incluso los intentos más valientes y más elaborados (como el de Gillman, 1957) a la hora de representar gráficamente los cambios en la composición de valor del capital y de la tasa de ganancia durante un periodo de tiempo prolongado, se ven con suspicacia, ya que las relaciones necesarias entre los valores y los precios del mercado son difíciles de establecer, al mismo tiempo que los cambiantes arreglos distributivos también enturbian considerablemente las aguas (es particularmente problemático dar razón de los impuestos). No es fácil hacer que un registro histórico dominado por los movimientos de precios y la distribución proporcional coincida con la ley de las ganancias decrecientes.⁹

Lo más que puede soportar la ley como una premisa histórica es el peso, no insubstancial, de explicar el estancamiento secular a largo plazo y las violentas crisis periódicas. Marx tiende a enfatizar las crisis, pero hay mucha confusión en el texto en cuanto a si el capitalismo puede superar o no una tendencia inherente a la decadencia a largo plazo, quizá por la vía de sacudidas cada vez más violentas y de las racionalizaciones logradas en el curso de las crisis. Sobre esta cuestión existen diferentes escuelas de pensamiento.¹⁰

Desgraciadamente, el argumento de Marx sobre la tasa decreciente de ganancia no ha recibido honores particulares, ni ha sido definido rigurosamente como una premisa puramente teórica. Consideremos, por ejemplo, la definición de ganancia de Marx:

$$g = \frac{p/v}{1 + c/v}$$

En el texto de Marx, no está exactamente claro lo que quiere decir c , el capital constante. Existen tres posibilidades: 1) que sea el capital constante usado (preservado) en el curso de un año; 2) el capital constante empleado durante todo un año (que incluiría el capital fijo no usado); y 3) el capital avanzado para la compra de capital constante (en cuyo caso los tiempos de rotación de los diversos elementos del capital constante se vuelven cruciales para el cálculo). El propio Marx vacila entre las dos primeras definiciones y ocasionalmente invoca la tercera. Engels, consciente de que Marx no había hecho justicia totalmente a los descubrimientos del segundo volumen de *El capital*, insertó todo un capítulo sobre el «efecto de la rotación sobre la tasa de ganancia» y con frecuencia añadió frases y párrafos para llamar la atención a lo que él veía como una grave omisión en la formulación de Marx de este problema.

En general, el argumento de Marx en el tercer volumen de *El capital* refleja sus ideas del primero, pero hace poca referencia a las poderosas

⁹ Véase también la discusión de Desai (1979, pp. 193-198).

¹⁰ Kühne (1979) y Sweezy (1968) resumen algunos de los debates.

formulaciones del segundo volumen (esto no sorprende, el texto del tercer volumen que ha llegado a nuestras manos fue escrito, según parece, antes de que se emprendieran las extensas investigaciones del segundo). La exclusión del capital fijo y del tiempo de rotación del análisis nos deja, en la práctica, con una definición de c como el capital constante usado en el curso de un año y una definición de las ganancias que no sintetiza en forma alguna las estructuras analíticas de los dos primeros modelos de acumulación. Dicho brevemente, la medida de Marx de la tasa de ganancia podría ser razonable caso de estar preparados para asumir que todo el capital es producido y usado en todos los sectores durante un periodo fijo de producción. Tan limitada producción puede resultar aceptable para algunos propósitos, pero apenas resulta adecuada para captar la lógica interna del capitalismo en general, y no digamos «las formas concretas» que «sobre la superficie de la sociedad» asumen las leyes del movimiento del capitalismo.

Es más, todas las objeciones teóricas que se presentaron en el capítulo IV, respecto de las relaciones entre la composición técnica, orgánica y de valor del capital, entran ahora en juego plenamente como objeciones a la especificación de Marx de la ley de la ganancia decreciente. Vamos ahora a integrar estas objeciones, una por una, en el argumento.

Marx es, por supuesto, plenamente consciente de que los cambios tecnológicos que reducen el valor del capital constante (fijo y circulante) pueden, bajo las condiciones apropiadas, elevar la tasa de ganancia o por lo menos contrarrestar su supuesta tendencia a la baja. Pero no explica directamente por qué esos cambios no pueden estabilizar la composición de valor global del capital y, por tanto, la tasa de ganancia a largo plazo. Sus críticos han señalado, de este modo, un presunto prejuicio en la teoría de Marx hacia las innovaciones «que ahorran trabajo» en comparación con las que llama «de ahorro de capital» o «neutrales», prejuicio que algunos consideran justificable en la época de Marx, pero no en la actualidad, dadas las formas predominantes de progreso tecnológico que se han producido desde la segunda mitad del siglo XIX.¹¹ Esta es una clasificación algo desafortunada del problema —clasificación que, debemos insistir, proviene de la teoría burguesa— ya que a Marx solo le interesan los movimientos en la proporción de valor del capital constante y del capital variable. Bajo esta perspectiva, en los esquemas de reproducción del segundo volumen de *El capital*, dispone de un instrumento dirigido a explorar los efectos de las tasas diferenciales de cambio tecnológico en los dos departamentos que producen artículos de capital constante y de capital variable respectivamente.

Morishima (1973, pp. 160-163) y Heertje (1977) muestran así que una distribución especial del cambio tecnológico —centrada particularmente

¹¹ Véase Blaug (1968) y Heertje (1977).

en ciertos sectores del departamento 1 que produce medios de producción— puede llevar a una composición de valor del capital de tipo estable o incluso decreciente en la economía en su conjunto. La circunstancia que permite ese resultado es exactamente la que Marx creyó indicada en el momento en que el capital accedió verdaderamente a su potencial, cuando desarrolló la capacidad para producir máquinas con la ayuda de máquinas (*El capital*, vol. I, p. 462). Por supuesto, una economía dedicada a la producción de máquinas por medio de máquinas aún más sofisticadas suena en cierto modo a una locura, pero la posibilidad técnica de que pueda estabilizar la composición de valor del capital existe realmente. Estamos por eso justificados a preguntar si los procesos sociales que regulan el cambio tecnológico bajo el capitalismo pueden garantizar ese resultado.

En tanto los capitalistas individuales instituyen el cambio tecnológico como respuesta a las presiones competitivas y al estado de la lucha de clases, podemos sacar inmediatamente la conclusión de que el mix de los cambios tecnológicos requeridos para mantener estable la composición de valor del capital serán logrados por accidente en el mejor de los casos. De hecho, lo mejor que pueden hacer los capitalistas individuales que dirigen sus propios procesos de producción es tratar de incrementar la productividad del trabajo empleado en relación con la media social. El impulso de la innovación tecnológica dentro de la empresa es siempre hacia el ahorro en el tiempo de trabajo socialmente necesario. Y bajo condiciones de escasez de trabajo o de aumento de la lucha de clases, hay incentivos para que los capitalistas individuales economicen en la fuerza de trabajo que emplean. El incentivo paralelo para los capitalistas individuales que tratan de economizar en capital constante es, por el contrario, mucho más débil. De hecho, los procesos reales que regulan el cambio tecnológico en el capitalismo se inclinan sistemáticamente hacia el ahorro en capital variable y no en capital constante. El carácter anárquico de la competencia intercapitalista impide cualquier aplicación racional del cambio tecnológico —«racional», es decir, desde el punto de vista del mantenimiento de la acumulación por medio de una estabilización de la composición de valor del capital—. Las crisis se convierten así en el medio para racionalizar las estructuras tecnológicas en relación con los requerimientos de la acumulación. Dicho en estos términos, el argumento de Marx sobre la tasa decreciente de ganancia parece mucho menos vulnerable a los ataques de sus críticos. Pero no es aquí donde están las verdaderas dificultades de la formulación del problema por parte de Marx.

Se puede construir una línea de crítica diferente sobre la base de las ideas expuestas en el capítulo IV. Allí mostramos que la medida de la composición de valor *se reduce* (cuando todo lo demás permanece constante) al aumentar la integración vertical. Se sigue así que la medida de la tasa de

ganancia captada por las empresas individuales debe *aumentar* al aumentar la integración vertical —de nuevo, dando por supuesto que todo lo demás permanezca constante—. En cierto sentido el efecto es ilusorio, ya que el argumento de Marx sobre la tasa decreciente de ganancia está dirigido a la economía considerada como un único agregado. A Marx le preocupa la tasa a la que los capitalistas, vistos en su conjunto, usan los valores bajo su mando para crear plusvalor. La integración vertical, a menos que vaya acompañada de cambio tecnológico, de diferentes modelos de explotación, etc., no tiene supuestamente impacto sobre la tasa agregada en sí misma. En cambio afecta a la forma en que los capitalistas participan en el plusvalor total. Un simple incremento en la integración vertical parece ser una forma de aumentar o proteger los niveles de ganancia dentro de la empresa cuando el plusvalor real producido es más bajo que la media. Bajo estas condiciones, hay un posibilidad evidente de ubicar mal la fuerza de trabajo.

Incrementar la integración vertical significa por lo general incrementar la centralización del capital y desplazar la tecnología del capital variable al capital constante. Lo que se puede ganar por medio de la integración vertical se puede perder por medio de los cambios tecnológicos en el proceso de trabajo. De otro lado, una empresa más pequeña tiene la ventaja de una rotación más rápida y de un mix tecnológico que por lo general depende más del capital variable (aunque este no siempre sea el caso). La diversificación de la producción, acompañada de cambios en el mix tecnológico, puede proporcionar un medio para elevar la tasa global de ganancia. El problema es que las ventajas de la integración vertical empujan en la dirección exactamente opuesta. En este sentido, la tasa de ganancia puede de hecho ser evaluada en relación con su sensibilidad a la mezcla exacta de características organizativas y tecnológicas. Nos vemos, una vez más, ante la idea de un grado óptimo de centralización y descentralización en la producción, en relación con la acumulación sostenida (véase las pp. 209-223 de este libro).

Es ante este escenario donde tenemos que evaluar algunas de las formas en las que Marx pensó se podía estabilizar la tasa de ganancia. En algunos casos estas provocan la movilización de las «fuerzas de repulsión» que normalmente contrarrestan la centralización excesiva. En primer lugar, se pueden crear nuevos sectores de trabajo intensivo, dirigidos a satisfacer nuevas necesidades y deseos sociales, a fin de compensar la creciente dependencia del capital constante en sectores más antiguos y más centralizados. Podemos introducir aquí la idea de los «ciclos de innovación de producto», en tanto se ha observado frecuentemente que los productos nuevos, producidos inicialmente a pequeña escala con tecnologías que requieren trabajo intensivo, se transforman finalmente en industrias de producción en masa con grandes inversiones de capital constante. Podemos mostrar

así fácilmente que para que la innovación de producto compense plenamente la tasa decreciente de ganancia se requiere un ritmo continuamente acelerado de la tasa de descubrimiento de productos. A largo plazo esto es inconcebible.

Por otro lado, la creciente división del trabajo y la especialización de las empresas dentro de las líneas de producción existentes, proporciona un mecanismo más poderoso para estabilizar la composición de valor del capital. Históricamente ha habido una tendencia hacia la «diseminación» de la producción, una segmentación creciente de procesos de producción que anteriormente estaban integrados en una unidad, y que ahora forman fases separadas y especializadas, coordinadas a través del mercado o más directamente por medio de subcontrataciones. La ventaja está en una eficiencia superior derivada de la especialización de funciones, y en que se acorta el tiempo de rotación del capital (un fenómeno que examinaremos más adelante con más detalle). Como las empresas más pequeñas, en parte por su tamaño, suelen requerir más trabajo intensivo, y puesto que la especialización de función permite un cambio drástico en el carácter del trabajo requerido así como en las relaciones laborales, el resultado puede ser la estabilización de la tasa global de ganancia a pesar de las supuestas desventajas de la desintegración.¹²

La disminución en la tasa de ganancia también se podría frenar por medio de mecanismos que retrasan el ritmo del cambio tecnológico. Hay multitud de formas — adquisiciones, leyes de patente y cosas por el estilo— por medio de las cuales las organizaciones poderosas inhiben la competencia y el impulso de innovar. Las grandes superpoblaciones relativas pueden estimular el regreso a las técnicas que requieren trabajo intensivo, como los talleres en que se explota a los trabajadores (Koeppel, 1978), particularmente si las máquinas resultan más caras que la fuerza de trabajo que reemplazan. Algunos críticos llevan este argumento aún más lejos. Dicen que no hay nada irreversible acerca de la tecnología, y que el hecho de cambiar y volver a cambiar de las técnicas que requieren trabajo intensivo a las que requieren fuertes inversiones de capital constante pueden estabilizar fácilmente la tasa de ganancia (Howard y King, 1975, pp. 207-210). Van Parijs (1980), por su parte, usa la prueba de Okishio (1961) para mostrar que los capitalistas, bajo la competencia, eligen técnicas que necesariamente reducen los valores unitarios de todas las mercancías (incluyendo la fuerza de trabajo), y aumentan la tasa de ganancia transicional para ellos mismos así como la tasa de ganancia social, sin importarles lo que sucede a la composición de valor, siempre y cuando el nivel de vida

¹² Burawoy (1979) proporciona algunas interesantes observaciones sobre la diferencia en las relaciones de trabajo entre compañías grandes y pequeñas, y lo que esto puede significar para la productividad del trabajo.

físico de la fuerza de trabajo permanezca constante. Esta poderosa versión de la teoría del plusvalor relativo solo falla bajo el monopolio, el aumento del nivel de vida de los trabajadores o debido a las barreras que opone la circulación de capital fijo.

La innovación provocada por la competencia no produce necesariamente el resultado preciso que predice Marx. Sin embargo, todavía puede funcionar como la fuerza fundamental que provoca el desequilibrio y las crisis. Si los salarios reales se mantienen constantes, como da por sentado Okishio, la proporción de capital variable en el producto total declina, provocando desequilibrios entre la producción, la distribución y la realización, a menos que haya una aceleración compensadora en la demanda de medios de producción y artículos de lujo. Una economía que se apegue a esa trayectoria pronto se encontraría en la «lunática» situación de producir cada vez más máquinas por medio de máquinas, o de basarse en una disparidad cada vez mayor entre la riqueza de las dos grandes clases sociales. Asimismo, los cambios de técnicas, aunque son una posibilidad real, son la clase de ajuste que probablemente hará el industrial obligado por las crisis que algunas veces ocurren en el curso normal de los acontecimientos.

Además, el hecho de cambiar y volver a cambiar la tecnología ocasiona costes. Marx sostiene definitivamente que las reorganizaciones tecnológicas a gran escala solo se pueden «poner en vigor a través de las catástrofes y las crisis» (*El capital*, vol. II, p. 151). Esto sucede particularmente por las «peculiaridades» que lleva consigo la circulación y el uso del capital fijo, lo cual nos trae al punto en que tenemos que ocuparnos de los elaborados estudios de Marx sobre el tiempo de trabajo, los tiempos de producción y circulación, la circulación del capital fijo, etc., e integrarlos dentro del modelo de la ganancia decreciente. Para hacer esto tenemos que regresar a los puntos básicos, y redefinir la ganancia en una forma que refleje auténticamente una síntesis de las ideas de los volúmenes I y II de *El capital*.

El capital, como podemos recordar, es concebido como un proceso de circulación y expansión del valor. A partir del segundo volumen de *El capital*, vemos que el capital toma expresiones materiales muy diferentes en el curso de su circulación. Esto sugiere una fórmula más bien diferente a la que usa Marx para la ganancia.¹³

$$P' = \frac{\text{plusvalor}}{\text{capital}} = \frac{\text{inventarios de materias terminadas y parcialmente terminadas} + \text{inventarios de producto terminados} + \text{inventarios de mercancías en el mercado que aún no se venden}}{\text{dinero} + \text{primas capital fijo y fuerza de trabajo plusvalor}}$$

¹³ Dumenil (1975) estimula las ideas a lo largo de estas líneas.

El denominador aquí tiene por objeto captar en términos de valor la cantidad total de capital en las diferentes fases de la circulación del capital. Sentadas así las cosas, esta formulación no toma en cuenta los tiempos de rotación diferenciales, y da por sentado que todos los productos se producen y se consumen dentro de un periodo de rotación uniforme. También trata al plusvalor como un flujo en relación con las reservas totales de capital en diversos estados.

Consideremos ahora qué aspecto tendría una versión de flujo de esta fórmula. No podemos ni siquiera comenzar a especificarla sin conocer las estructuras y requerimientos de tiempo de producción y circulación en diferentes sectores de la economía. Los modelos de la reproducción ampliada son útiles para aclarar las estructuras. Podemos ver, por ejemplo, que el capital que toma la forma de capital variable tiene una existencia dual: por un lado, su forma de dinero se encuentra en alguna parte entre los capitalistas que han pagado salarios y los productores de mercancías que aún tienen que recibir de vuelta ese dinero a cambio de las mercancías-salario que proporcionan, mientras que en su forma de mercancía existe como fuerza de trabajo que funciona a las órdenes de los capitalistas. De esta forma, podemos examinar las condiciones de circulación del capital constante y variable y del plusvalor (*El capital*, vol. II, caps. XV-XVII).

Por otra parte, los requerimientos de tiempo varían mucho y son muy difíciles de incorporar en cualquier concepción de las ganancias (por ejemplo, los diferentes componentes del capital constante se usan en la producción a velocidad diferente). Hay que encontrar alguna forma de reducir la infinita diversidad de tiempos de circulación a algún denominador común. Dicho de otra forma, tenemos que identificar teórica y prácticamente algún «proceso normal de circulación del capital» o, como yo preferiría llamarlo, «el tiempo de rotación socialmente necesario». Yo definiría a este último, por analogía con el concepto de tiempo de trabajo socialmente necesario, como «el promedio de tiempo que se requiere para que dé la vuelta determinada cantidad de capital dentro de determinado sector, bajo las condiciones normales de producción y circulación prevalentes en ese momento».

Las empresas con tiempos de rotación más cortos de lo necesario recibirán ganancias excesivas o plusvalor relativo. Por tanto, es probable que haya una lucha competitiva para acelerar los tiempos de rotación. También podemos ver que un tiempo de rotación más rápido da una tasa de ganancia más alta sobre una base anual, cuando todo lo demás se mantiene constante. Los tiempos de rotación se pueden reducir por diversos medios, uno de los cuales consiste en dividir un proceso de producción en fases independientes bajo el mando de empresas independientes. Esto, como ya hemos visto, proporciona un incentivo para crear más «diseminación»

en los sistemas de producción Las ganancias decrecientes relacionadas con el aumento de la desagregación pueden, por tanto, ser vencidas por el aumento de las ganancias relacionado con la mayor rapidez en la rotación. Existe, supuestamente, un punto de equilibrio entre estas dos tendencias opuestas que concuerda con una tasa de ganancia estable.

Una inspección más a fondo del concepto del tiempo de rotación socialmente necesario indica, sin embargo, que lo estamos usando para cubrir multitud de complejidades que no se deberían enterrar tan a la ligera. Los diferentes elementos del capital variable y del capital constante rotan a diferentes velocidades aún dentro de las empresas, y es probable que haya velocidades de promedio de rotación sumamente divergentes en los diferentes sectores. Es posible que la rotación del capital encerrado en un proyecto hidroeléctrico lleve décadas, y que solo se requieran algunos días para recuperar el capital invertido en instalar un taller de la industria del vestido en el que básicamente se explota a los trabajadores. ¿Cómo se pueden reducir esos tiempos de rotación tan divergentes a un común denominador, a fin de poder comparar la tasa de ganancia?

Es tan crucial encontrar una respuesta a este problema como lo fue explicar la forma en que el trabajo abstracto se convierte en una medida para evaluar las diversas formas de trabajo concreto. Sin una medida común de tiempo de rotación, no puede haber uniformidad de las tasas de ganancia porque no hay una pauta frente a la cual determinar si la tasa de ganancia es más alta o más baja que el promedio, y ni siquiera si está subiendo o bajando.

La solución, que Marx nos da permanentemente a entender en el segundo volumen de *El capital*, pero que no lleva hasta su conclusión final, es que el sistema de crédito proporciona el mecanismo para reducir los diferentes tiempos de rotación a una base común, y que esta «base común» es la tasa de interés. De la misma forma en que el intercambio de mercancías en el mercado sirve para reducir diversas labores concretas al denominador común del trabajo abstracto, así los procesos del mercado que rodean al propio dinero (en particular, esa parte del mercado de dinero llamada el mercado de capital) reducen diversos procesos de producción concretos con sus requerimientos específicos y a menudo sumamente idiosincráticos a un tiempo de rotación socialmente necesario que sea uniforme.

Sin embargo, esta conclusión altera profundamente el propio argumento de Marx. Él insiste en que el origen de la ganancia y la tasa de ganancia se pueden discutir independientemente de los hechos concretos de la distribución. Aunque el origen de la ganancia en la explotación de la fuerza de trabajo realmente se puede analizar de esta forma, podemos sacar ahora la conclusión de que la tasa de ganancia no se puede discutir

independientemente de los procesos de distribución que forman la tasa de interés, excepto bajo ciertas suposiciones sumamente restrictivas que especificaremos en breve.

La notoria renuencia de Marx a dejar entrar en su análisis los hechos concretos de la distribución provenía de su fiera lucha contra una economía política burguesa que trataba la distribución como la fase fundamental, al mismo tiempo que eludía claramente la necesidad de considerar las relaciones sociales de la producción. Sin embargo, Marx comete la equivocación opuesta. Su negativa a ocuparse del papel del sistema de crédito y de la tasa de interés en el segundo volumen de *El capital* impide que florezca plenamente un análisis potencialmente rico del proceso de circulación del capital. El hecho de no integrar en su argumento sobre la tasa decreciente de ganancia ni siquiera los descubrimientos limitados pero profundamente sugerentes del tiempo de rotación, impidió que dicho argumento se usara como un modelo sintético viable de las contradicciones del capitalismo.

¿Adonde nos lleva esto con respecto de la ley de la ganancia decreciente? ¿No hay alguna forma en que podamos reducir al mínimo el daño y rescatar por lo menos una parte del argumento de Marx?

A primera vista parece que lo mejor que podemos hacer es exponer muy claramente las premisas que harían posible que se sostuviera el argumento de Marx:

1. Una sociedad de dos clases compuesta únicamente por capitalistas y trabajadores.
2. Una economía con una estructura sumamente simple, en que todos los productos se produzcan y se consuman dentro del mismo periodo de tiempo uniforme. Esto significa que todos los tiempos de rotación se deben considerar como iguales, que no existen inventarios o acumulación de mercancías o de dinero, y que el capital fijo no se lleva de un periodo de producción al siguiente.
3. El dinero funciona puramente como un medio de intercambio que refleja y mide los valores con precisión.
4. Las relaciones capitalistas de producción e intercambio dominan cada faceta de la vida.

En vista, entonces, de la clasificación de Marx de las «relaciones capitalistas de producción e intercambio», podemos deducir que la tasa de ganancia debe bajar necesariamente (dando por sentado, como ya dijimos, que la fórmula de Marx para la ganancia es apropiada). El problema de la ganancia

decreciente, que acosó a los economistas políticos de ese tiempo, queda resuelto eficazmente. Sin embargo, yo no considero que esta sea la idea más importante que se puede sacar de una especificación más rigurosa de la ley de Marx.

La premisa fundamental surge de una consideración de los procesos que tienden a generar en primer lugar una caída de las ganancias. Lo que realmente nos muestra Marx es que los capitalistas individuales, coaccionados por la competencia, atrapados por las necesidades de la lucha de clases y respondiendo a los dictados ocultos de la ley del valor, hacen ajustes tecnológicos que apartan a la economía en general «del desarrollo “sano, normal” del proceso de explotación capitalista» (*El capital*, vol. III, p. 253). Dicho de otra forma, los capitalistas individuales, actuando por su propio interés bajo las relaciones sociales de producción e intercambio capitalistas, generan un mix tecnológico que amenaza la acumulación ulterior, destruyen la potencialidad de un crecimiento equilibrado y pone en peligro la reproducción de la clase capitalista en general. En pocas palabras, los capitalistas individuales actúan necesariamente de una forma que desestabiliza el capitalismo.

Desgraciadamente, Marx oscurece esta premisa fundamental concentrándose en su supuesta expresión como una ley de ganancia decreciente, con todas las connotaciones históricas, empíricas y teóricas que implica una ley de este tipo. Podemos rescatar a Marx de sus apologetas y de sus detractores regresando al principio fundamental de una contradicción entre las fuerzas de producción y las relaciones sociales de la producción bajo el capitalismo, y trazando la expresión de esta contradicción en términos de las características tecnológicas y organizativas a las que se debe adherir necesariamente el capitalismo si ha de lograr un crecimiento equilibrado.

En el primer volumen de *El capital* vemos a los capitalistas individuales al mando de sus procesos de producción, usando el cambio tecnológico dentro de la empresa como una «palanca» para lograr la acumulación, una palanca que se usaría contra otros capitalistas en la lucha por el plusvalor absoluto y contra el trabajador en la lucha para impedir que la clase trabajadora se apropiara de alguna parte del plusvalor producido. El resultado: revoluciones permanentes en las fuerzas productivas y una productividad siempre creciente del trabajo social. Esta es la idea que Marx trató de captar con el concepto de una composición orgánica creciente del capital.

Cuando vamos algo más lejos en el análisis de los esquemas de reproducción que aparecen en el segundo volumen de *El capital*, nos encontramos con el concepto de una tecnología viable que permitiría reproducir con éxito las relaciones de clase al mismo tiempo que la «acumulación equilibrada» entre los sectores y dentro de estos, en términos físicos, monetarios

y de valor. A lo que Marx está tratando de llegar en su tercer modelo es a que, si la acumulación se ha de mantener, entonces la composición de valor total del capital debe permanecer razonablemente estable. Al volver sobre la estructura de los esquemas de reproducción, podemos especificar más claramente lo que eso significa. La tecnología viable abarca ahora una distribución específica del cambio tecnológico a través de los sectores, a fin de mantener estable la composición de valor del capital. Lo que esto nos dice es que la dinámica del cambio tecnológico y organizativo es crítica para la estabilidad del capitalismo, y que los caminos hacia el cambio que son compatibles con el crecimiento equilibrado son, en caso de existir, sumamente restringidos.

La pregunta básica que plantea Marx es esta: ¿cómo es posible que los procesos de cambio tecnológico y organizativo, regulados por los capitalistas individuales que actúan bajo las relaciones de clase del capitalismo, puedan conseguir la tecnología viable que permita la acumulación equilibrada y la reproducción de las relaciones de clase a perpetuidad? Aunque Marx no comprueba este punto más allá de toda duda, presenta un argumento bastante bueno cuando afirma que el mix tecnológico y organizativo necesario solo se puede alcanzar de forma temporal y por accidente, y que la conducta de los capitalistas individuales tiende continuamente a desestabilizar el sistema económico. Esta, según creo, es la interpretación correcta de Marx cuando describe la contradicción fundamental entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales bajo el capitalismo. Esta es también, en mi opinión, la premisa fundamental que subyace al argumento de la caída de la tasa de ganancia.

VII SOBREACUMULACIÓN, DEVALUACIÓN Y EL «PRIMER CORTE» DE LA TEORÍA DE LA CRISIS

LA TENDENCIA DECRECIENTE de la tasa de ganancia «promueve la sobreproducción, la especulación, las crisis, y el capital superfluo junto a una población superflua». Además, revela «que el modo de producción capitalista halla en el desarrollo de las fuerzas productivas una barrera que nada tiene que ver con la producción de la riqueza en cuanto tal. Y esta barrera peculiar atestigua la limitación y el carácter solamente histórico y transitorio del modo capitalista de producción [...]» (*El capital*, vol. III, p. 280).

Las crisis periódicas, la decadencia secular a largo plazo, el estancamiento e incluso quizás alguna catástrofe económica fundamental parecen estar contenidos en los comentarios de Marx. La interpretación exacta de estos comentarios es de gran importancia política. Los teóricos del *big-bang* asumen una postura política muy diferente a la de aquellos que creen que el capitalismo va a acabar con un quejido. Las diferencias políticas que dividieron al movimiento socialista internacional en el periodo de 1890-1926 —entre Luxemburgo y Lenin, entre los que seguían dentro de una línea «revolucionaria» y los que, como Bernstein, Kautsky y Hilferding, buscaban un camino socialdemócrata hacia el socialismo— vinieron expresadas frecuentemente en términos de diferentes interpretaciones sobre la dinámica a largo plazo del capitalismo. Hoy en día, la postura política del Partido Comunista Francés viene expresada en la teoría de Boccara de la transición al capitalismo monopolista de Estado y los ataques dirigidos a esa teoría por autores como Magaline, que reflejan una postura política muy diferente propia de otras fuerzas de la izquierda. Las estrategias de la alianza de clases, del «compromiso histórico», del «eurocomunismo» se debaten igualmente ante al telón de una teoría de la evolución a largo plazo del capitalismo. La búsqueda así de una interpretación «correcta» de la teoría de Marx no es un ejercicio académico vacío, sino una tarea políticamente sensible que hay que emprender con todo el rigor que podamos.

El propio Marx es ambivalente hasta la exasperación. Sus escritos han sido objeto de interpretaciones demasiado divergentes.¹ La ambivalencia persiste incluso cuando parece descartar ciertas posibilidades. Por ejemplo, Marx manifiesta firmemente que «la superproducción no provoca una caída permanente de la ganancia, si bien esta es periódica. Sigue a su superproducción», y que «cuando Adam Smith explica la bajada de la tasa de ganancia por la *superabundance of capital* [...] se trata de un efecto permanente, y esto es falso. En cambio, [hay] transitoriamente *superabundance of capital*. Superproducción, crisis, es algo distinto. La crisis permanente no existe» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, pp. 432-433; 457). El declive secular a largo plazo es, no obstante, todavía posible —y quizá incluso culmine en la catástrofe final que predicen algunos marxistas— debido al amplio radio de acción y a la profunda intensidad de estas crisis periódicas. En ciertos puntos, Marx parece indicar que el capitalismo realmente merece esa suerte (*Grundrisse*, p. 750).

Todo lo que podemos decir con seguridad absoluta es que Marx quiso que su exposición de la ley de la ganancia decreciente fuera una declaración del primer corte de su teoría acerca de la formación de las crisis bajo el capitalismo. Digo primer corte porque, como vimos en el último capítulo, al no integrar en el tercer volumen de *El capital* todas las ideas contenidas en los dos primeros, no hizo una explicación completa de las contradicciones internas del capitalismo. Pero también aquí encontramos que, al escribir sobre la formación de las crisis, Marx se vio obligado a seguir adelante con sus propios análisis de un modo desconcertante —invocando aspectos teóricos apenas desarrollados—. Nos vemos así abandonados a un sinnúmero de asuntos sin concluir. Una inspección de aquellas breves secciones en las que Marx considera explícitamente la forma de las crisis proporciona una lista de materias a tratar que aún están pendientes de consideración:

1. El peculiar modo de producción, la circulación y realización del capital fijo y las dificultades que surgen de tiempos de rotación diferentes.
2. El proceso de cambio organizativo y estructural que afecta al grado de centralización y descentralización del capital.
3. El papel del sistema de crédito, el interés y el capital dinero (todo lo cual requiere que se analicen los aspectos monetarios de la circulación de capital).
4. La intervención del Estado en la circulación de capital.

¹ Shaikh (1978) y Wright (1978) proporcionan sondeos de las diferentes interpretaciones de la teoría de las crisis de Marx.

5. Los aspectos físicos de la circulación de mercancías (el movimiento de mercancías en el espacio) junto con el comercio exterior, la formación del «mercado mundial» y toda la estructura geográfica del capitalismo.
6. Las complejas configuraciones de las relaciones de clase dentro de las formaciones sociales y entre estas formaciones (por ejemplo, la distinción de fracciones dentro de la clase capitalista y dentro del proletariado basadas en valores nacionales, diferentes de la fuerza de trabajo).

Esta lista no agota las múltiples características que deben incluirse en cualquier versión final de la teoría de las crisis. Las dislocaciones en la esfera de la reproducción social —la reproducción de la fuerza de trabajo, de la ideología burguesa, del aparato político y militar diseñado para asegurar el control, etc. — requieren todas ellas de consideración. Sin embargo, Marx considera evidentemente que las contradicciones inherentes en la producción e intercambio de mercancías son básicas a la hora de entender la formación de las crisis bajo el capitalismo. En este sentido, este primer corte de la teoría de las crisis es algo más que una primera aproximación. Antes bien, revela el motivo básico de la evidente inestabilidad del capitalismo en tanto modo de organización económico y social.

La estructura de las relaciones de clase implicadas en este «primer corte» de la teoría de la formación de las crisis no resulta difícil de esquematizar. Desde el primer volumen de *El capital* vemos que la acumulación «reproduce el régimen del capital en una escala superior, crea en uno de los polos más capitalistas o capitalistas más poderosos y en el otro más obreros asalariados». También vemos que el desempleo y el ejército industrial de reserva son necesarios para la acumulación, y que esto se traduce en una crisis endémica para una proporción fluctuante de la clase trabajadora. En el segundo volumen de *El capital* vemos las condiciones que permiten que los actos individuales de circulación se reúnan dentro de un proceso de «circulación entre clases económicas de la sociedad determinadas según su función» a fin de permitir la reproducción de la clase capitalista y de la clase trabajadora. El tercer volumen de *El capital* saca a la luz las contradicciones. Estas son expresadas en términos de un colapso disruptivo de los procesos de reproducción social de las dos grandes clases de la sociedad, que toma la forma de una «exceso de capital unido al creciente exceso de población». Podemos ver que una «plétora del capital surge de las mismas circunstancias que producen la superpoblación relativa», que provocan, a su vez, la circunstancia peculiarmente irracional de hallarse el «capital desocupado, en un lado, y población desocupada, por el otro» (*El capital*, vol. III, pp. 282, 290).

La crisis afecta evidentemente tanto al capital como a los trabajadores, así como a la base misma de la reproducción de las relaciones de clase. Una explicación técnica del *modus operandi* del «primer corte» de la teoría de la formación de las crisis de Marx debe ser expuesta, por tanto, ante el telón de fondo de las crisis en la reproducción de las relaciones de clase.

1. Sobreacumulación y devaluación del capital

El argumento de Marx acerca de la tasa decreciente de ganancia demuestra de forma convincente que la pasión necesaria de los capitalistas por el cambio tecnológico que produce plusvalor, aunada al imperativo social de la «acumulación por la acumulación», produce un excedente de capital con respecto de las oportunidades de su empleo. Ese estado de producción excesiva de capital recibe el nombre de «sobreacumulación de capital».

Si la cantidad de capital en circulación ha de estar equilibrada con la capacidad limitada para realizar ese capital a través de la producción y el intercambio —condición implicada en la estabilización de la tasa de ganancia— entonces una porción del capital total deber ser eliminado. Para que se restablezca el equilibrio, la tendencia a la acumulación excesiva debe ser contrarrestada por procesos que ayuden a eliminar el excedente de capital de la circulación. Estos procesos pueden ser examinados bajo el rótulo «devaluación de capital».

A primera vista, el concepto de «devaluación» parece algo raro o incluso puede parecer un sinsentido. Después de todo, el capital se definió inicialmente como «valor en movimiento», y aquí hablamos de «devaluación del valor»: esto suena como una contradicción en los términos.² Marx tiende a conceder en su argumento que existe una contradicción, pero insiste en que está en el modo de producción capitalista más que en los términos *per se*. Estos están diseñados únicamente para reflejar las contradicciones inherentes en la producción e intercambio capitalistas. Todo esto nos obliga a

² A los que interpretan la teoría marxista del valor como un puro sistema de contabilidad no les parece que la idea de la «devaluación» tenga sentido y resulta notable que el concepto nunca aparezca en las presentaciones de Morishima (1973), Dobb (1973) o incluso de Desai (1979). A los intérpretes burgueses esto les presenta muchas dificultades. Von Bortkiewicz (1952), por ejemplo, atribuye a Marx «el perverso deseo de proyectar contradicciones lógicas en los propios objetos, de la misma forma que Hegel». Hay que mencionar que la *Lógica* de Hegel influyó mucho sobre Marx y que por tanto no nos debe sorprender que el concepto del valor contenga su propia negación en la forma de «no valor». Lo interesante en la presentación de Marx es la manera en que supera el «modo idealista de presentación» característico de Hegel, dando a toda la idea una base materialista. Dicho simplemente, si el valor es interpretado como trabajo humano en su aspecto social bajo el capitalismo, el «no valor» puede ser interpretado como trabajo humano que ha perdido su significado social debido a procesos que también son peculiares del capitalismo.

hacer algunas reflexiones fundamentales acerca de la naturaleza del propio concepto del valor.

En el capítulo I mencionamos que Marx se apartó del concepto del valor de Ricardo, en tanto tiempo de trabajo incorporado, solo para insertar la cualidad de «socialmente necesario» dentro de la definición. Luego argumenté que la invocación de la «necesidad social» es lo que le proporciona a Marx la palanca para formular una crítica de la economía política y una relación de las contradictorias leyes del movimiento del capitalismo. El concepto de valor en tanto tiempo de trabajo incorporado no se debe interpretar, por tanto, como un bloque de construcción fijo e inmutable sobre el cual se puede fundar un análisis de las contradicciones del capitalismo, sino como un concepto que experimenta permanentes modificaciones en su significado a medida que captamos las características socialmente necesarias del capitalismo. Además, si como nos muestra Marx en el tercer volumen de *El capital*, el capitalismo está necesariamente plagado de contradicciones, entonces el concepto del valor debe reflejar necesariamente este hecho. Dicho de otro modo, el «valor» no es una métrica fijada para describir un mundo inestable, antes bien es una medida inestable, incierta y ambivalente que refleja las constricciones inherentes al capitalismo.

Marx nos advierte sobre esta posibilidad en la sección introductoria de *El capital* (vol. I, p. 83) cuando menciona que el trabajo incorporado que no colma un deseo o una necesidad social, esto es, que no es un valor de uso, es trabajo desperdiciado y por tanto no es un valor. El problema que plantea esa idea se prorroga de ahí en adelante bajo la premisa de que todas las mercancías se intercambian a sus valores o a sus precios de producción (que todavía se miden en valores). No obstante, un análisis de las contradicciones internas del capitalismo muestra una tendencia perpetua a producir «no valores», a desperdiciar la fuerza de trabajo ya sea porque no se emplea o porque se emplea para incorporar trabajo en mercancías que no colman deseos o necesidades sociales, tal y como están estructuradas bajo las relaciones sociales del capitalismo. Recordemos que el valor no es un atributo universal de todo trabajo humano en todas partes. Está ligado específicamente a la producción e intercambio capitalistas y tiene que verse entonces como algo que incluye su contrario, la no producción de valores y la producción de no valores. Esto es lo que conlleva la devaluación.

De forma bastante interesante, hemos puesto en su sitio el aparato conceptual que permite esa modificación. En el capítulo III mostramos cómo y por qué Marx consideró la devaluación como un «momento necesario» en la circulación del valor. En el curso de su circulación, el capital experimenta una serie de «metamorfosis», pasa de ser dinero a ser mercancías materiales, luego procesos de producción, mercancías, etc. Puesto que el capital es valor *en movimiento*, el valor solo puede seguir siendo valor si se

mantiene en movimiento. Esto permite a Marx proporcionar una definición puramente técnica de la devaluación como un valor que «descansa» en cualquier estado determinado durante un tiempo. Un inventario de mercancías que aún no se han usado o vendido, una reserva de dinero, etc., se pueden agrupar bajo el rótulo de «capital devaluado» porque el valor no está en movimiento. La devaluación necesaria, inherente a la circulación del propio capital, se suspende automáticamente una vez que el valor reanuda su movimiento al experimentar las «metamorfosis» de pasar de un estado a otro. La devaluación no tiene efectos adversos permanentes siempre y cuando ese capital pueda completar su circulación a través de todas las fases dentro de determinado periodo de tiempo. Desde este punto de vista técnico, podemos ver que el concepto de «tiempo de rotación socialmente necesario» está implicado en la idea del propio valor y que ese valor no puede tener significado independientemente de las «devaluaciones necesarias» que conlleva la circulación del capital a través de diferentes estados.

El propósito del argumento de Marx, que en efecto hace de la devaluación parte del propio valor, es escaparse de las identidades asumidas bajo la Ley de Say, mostrar que la oferta no crea necesariamente su propia demanda y que la potencialidad de las crisis siempre acecha en la necesidad de superar continuamente la separación entre los diferentes «momentos» o «fases» en la circulación del capital en el tiempo y en el espacio.³ En la mayor parte de *El capital*, Marx se contenta con invocar la posibilidad y solo la posibilidad de las crisis, pero cuando presenta el primer corte de su teoría de la crisis, el concepto de devaluación pasa a primer plano a la hora de ayudar a entender los efectos adversos permanentes de las contradictorias leyes de movimiento del capitalismo. La devaluación es la cara oculta de la sobreacumulación.

Estamos ahora en posición de hacer uso de las perspectivas generadas por los argumentos presentados en el capítulo III, que allí nos debieron de parecer más bien abstractas y sutiles. La sobreacumulación de capital en general se puede traducir inmediatamente en manifestaciones particulares de exceso de capital «retenido» en todos los estados que asume en el curso de la circulación. Podemos tener así:

1. Una producción excesiva de mercancías, una saturación de mercancías materiales en el mercado expresada con un exceso de los inventarios

³ Si concebimos el «valor» como trabajo humano en su dimensión social expresada por medio de la circulación continua de capital a través de la producción y el intercambio, entonces la crítica de Marx a la Ley de Say, que hace hincapié en la «separación dentro de la unidad» de producción y consumo, significa que el propio valor debe internalizar esa separación como «no valor». En este sentido, la posibilidad de las crisis y de las alteraciones es interiorizada en la misma la idea de valor.

por encima y más allá de lo que normalmente se requiere para realizar una circulación de capital fluida.

2. Un excedente en los inventarios de los insumos de capital constante y de mercancías parcialmente terminadas, que sobrepasan a lo que se requiere para la circulación normal del capital.
3. Capital ocioso dentro del proceso de producción, particularmente capital fijo que no está siendo usado en toda su capacidad.
4. Capital dinero excedente y saldos ociosos de dinero en efectivo que sobrepasan las reservas monetarias que se requieren normalmente.
5. Excedentes de fuerza de trabajo: subempleo en la producción, expansión del ejército industrial de reserva muy por encima de lo que normalmente se requiere para la acumulación, una tasa de explotación al alza que crea al menos una devaluación temporal de la fuerza de trabajo.
6. Tasas decrecientes de retorno sobre el capital adelantado, que se expresan como disminución de las tasas reales de interés, de las tasas de ganancia sobre el capital industrial y mercantil, disminución de las rentas, etc.

Esta lista resume las formas aparentes que toma la sobreacumulación y las vincula a la contradicción fundamental entre la evolución de las fuerzas productivas y la barrera puesta por las relaciones sociales del capitalismo. Esto permite a Marx exponer el error teórico del punto de vista de Ricardo de que puede haber un exceso de capital pero por lo general no una producción excesiva de mercancías (*El capital*, vol. III, pp. 293, 294). Marx sostuvo que era absurdo admitir la «existencia y necesidad de un fenómeno determinado al que se llama A, y negarlo tan pronto como se le llama B» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, pp. 496-499).

El análisis también nos ayuda a tratar la controversia, siempre ruidosa y bastante obstinada, que tiene lugar en los círculos marxistas acerca de si las crisis se deben interpretar como algo que surge del «subconsumo» (la incapacidad de las masas para pagar la inmensa cantidad de mercancías que producen los capitalistas) o de una tendencia a la tasa decreciente de ganancia.⁴ En el mundo de las apariencias, la tasa decreciente de ganancia y la saturación de mercancías son representaciones superficiales del mismo problema fundamental. Concebida teóricamente, la tendencia a la revolución permanente en las fuerzas productivas, en tanto expresada en un aumento de la composición de valor del capital, se convierte en la base para entender la formación de las crisis únicamente cuando se le opone a las relaciones «antagónicas» de distribución y producción sobre las cuales

⁴ Bleaney (1976), Shaikh (1978) y Wright (1978) explican detalladamente estas confusiones.

está fundado el capitalismo. Lo fundamental es la oposición entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales, y por tanto no podemos asignar prioridad a uno u otro extremo.

Es más, el análisis sugiere que la tendencia a la sobreacumulación va a estar seguramente expresada en la historia capitalista por periodos y fases en los que presenciamos saturaciones en el mercado, masivos aumentos en los inventarios, capacidad productiva ociosa, capital dinero ocioso, desempleo y disminución de la tasa de ganancia en dinero (después de la distribución). Podemos tener cierta confianza en el primer corte de la teoría de las crisis de Marx, ya que la historia del capitalismo está marcada regular y periódicamente por sucesos de este tipo. La interpretación tiene que ser cautelosa, porque Marx entrega demasiadas cosas, cuando todavía no había emprendido el análisis de la formación real de las crisis. Lo más que podemos sacar en conclusión en este momento es que los signos son muy alentadores.

Si la sobreacumulación toma estas formas superficiales, entonces podemos esperar que su secuela —la devaluación— tenga los mismos efectos tangibles. El capital en su forma monetaria se puede devaluar a causa de la inflación; la fuerza de trabajo se puede devaluar debido al desempleo y la disminución de los salarios reales del trabajador; las mercancías almacenadas de forma terminada o semielaborada quizá tengan que venderse a pérdida; el valor encarnado en el capital fijo se puede perder mientras permanece ocioso. Los mecanismos son diferentes en cada caso y los efectos varían dependiendo del tipo de devaluación de la que estamos hablando. Todavía no estamos en posición, por otra parte, de explicar explícitamente todos los aspectos de ese proceso —por ejemplo, aún tenemos que poner en su sitio los marcos de análisis de la inflación y la formación y uso del capital fijo—. No obstante, podemos proporcionar algunos análisis más detallados de los procesos de devaluación dado el aparato conceptual con el que contamos. Este será el tema del resto del capítulo.

2. La «devaluación constante» del capital como resultado del incremento de la productividad del trabajo

Marx afirma que la lógica interna del capitalismo tiene otras características que retardan la caída de la tasa de ganancia «aparte de las crisis; como por ejemplo, la devaluación constante como parte del capital existente» (*Grundrisse*, vol. II, p. 153).

Lo que Marx tiene aquí en mente es en esencia bastante simple. Dado que el valor de una mercancía está fijado, en el primer caso, por el tiempo

de trabajo socialmente necesario que se requiere para producirla, ese valor cae con el aumento de la productividad de la fuerza de trabajo. El mismo principio se aplica incluso cuando hablamos de los precios de producción (la tasa de cambio difiere entre los sectores y en algunos casos puede aumentar en vez de disminuir). El alza de la productividad de la fuerza de trabajo bajo el capitalismo va así acompañado, por lo general, por un descenso en los valores unitarios de las mercancías (*El capital*, vol. III, p. 263), siempre y cuando todo lo demás permanezca igual. El valor de la misma mercancía puede modificarse de un momento a otro. En la esfera del intercambio este hecho viene expresado como una diferencia entre el precio de compra original y su coste de reposición subsecuente en términos reales.

Esta distancia da lugar a que el valor de cambio de las mercancías tenga la capacidad potencial de subir o bajar (*El capital*, vol. III, p. 358). Bajo ciertas circunstancias, la depreciación se puede entender como una forma de devaluación. Por ejemplo, cuando la productividad de la fuerza de trabajo aumenta rápidamente, los valores unitarios de las mercancías caen rápidamente, de tal modo que el valor de los inventarios de capital constante, de los productos parcial o totalmente terminados y de las mercancías en el mercado tiene que ser revaluado permanentemente en relación con la productividad social recién alcanzada por la fuerza de trabajo. Bajo condiciones normales, la depreciación solo puede tener un efecto marginal sobre las mercancías producidas y empleadas dentro de un periodo de tiempo muy corto. Sin embargo, los procesos de producción que requieren un periodo de trabajo largo, grandes inventarios de reserva de capital constante o grandes cantidades de capital fijo son mucho más sensibles a esa depreciación. Las mercancías que necesariamente permanecen largo tiempo en el mercado o que solo se pueden consumir lentamente, se ven afectadas de igual manera —como la vivienda, los servicios públicos, las redes de transporte, etcétera—.

Las incesantes «revoluciones en el valor» promocionadas por la permanente búsqueda del plusvalor relativo siempre amenazan al valor de cualquier trabajo pasado, de cualquier trabajo muerto, que aún no se ha realizado a través de la producción o el consumo final. Aunque esta dificultad se experimente en cierto grado en todas partes, tiene mucho mayor significado social en algunas esferas. El capitalista individual probablemente la advierte de forma más directa cuando la introducción de un capital fijo más barato y más eficiente reduce el valor de la maquinaria que emplea. Se ejerce una fuerte presión para evitar estos efectos adversos usando, hasta agotarlo, el capital fijo lo más rápidamente posible, lo cual implica intensificar el proceso de trabajo, implantar el sistema de turnos, etc. (*El capital*, vol. III, p.132). La sociedad en general probablemente advierte el problema de modo más enfático cuando se producen

revoluciones en el valor de la mercancía-dinero básica (el oro), o cuando se desata la inflación del valor atribuido al papel moneda —siendo esta última la forma social por excelencia que asume la devaluación en los tiempos modernos—. Trataremos estos dos asuntos en capítulos posteriores, ya que aún no hemos desarrollado la base técnica para tratarlos aquí.

Podemos ahora, en cualquier caso, considerar la relación de la sobreacumulación y la devaluación con la centralización del capital. Marx subraya hasta la saciedad que una *tasa* decreciente de ganancia va acompañada por un aumento en la *masa* de beneficio, lo cual quiere decir que las crisis suelen ser resultado, no de disminuciones absolutas en la producción de plusvalor, sino de que el volumen del plusvalor producido no puede mantenerse al ritmo de la expansión de la cantidad de capital que trata de capturar. Si la reducción de la cantidad total de capital es todo lo que se necesita para que el sistema recupere su equilibrio, entonces la centralización del capital —que implica la «expropiación progresiva de los productores más o menos directos» (*El capital*, vol. III, p. 256)—, se puede ver como uno de los medios disponibles para llevar a cabo esa tarea. La adquisición de los capitalistas más pequeños por otros más grandes priva a los primeros de su capital por medio de una especie de expropiación, que de hecho devalúa su capital para ventaja de los capitalistas a gran escala. Estos últimos pueden absorber los bienes físicos y financieros de los capitalistas de pequeña escala a un valor reducido. La misma masa de beneficio es repartida luego entre un número más pequeño de capitalistas que se las han arreglado para reducir la cantidad total del capital en circulación sin menoscabar en ningún caso sus propias actividades. Lo que han hecho es, en realidad, pasar los costes de la devaluación a los capitalistas más pequeños que han sido expropiados. En la medida en que la centralización está siempre en proceso en el capitalismo, constituye uno de los medios para lograr una devaluación constante de una parte del capital existente. Sobre esta base, podemos también esperar que las crisis periódicas vayan acompañadas de fuertes fases de centralización.⁵

Cuando Marx sugiere que un aumento en el «capital por acciones» puede ayudar a contener la tasa decreciente de ganancia, se está refiriendo a una forma de devaluación muy diferente de la que se logra por medio de la centralización. Si una parte del capital circula de una forma que solo recupera una porción del plusvalor que ayuda a producir, se libera entonces un plusvalor que se puede distribuir entre los capitalistas restantes a fin de estabilizar la tasa de ganancia. Marx cita el ejemplo de los ferrocarriles, que se pueden producir y hacer funcionar a su coste más el interés pagado

⁵ Hannah (1976, apéndice 1) tiene algunos datos interesantes sobre la centralización del capital por medio de fusiones en Inglaterra durante el siglo XX, a la vez que Aglietta (1979) reúne materiales similares sobre Estados Unidos.

en forma de dividendos (*El capital*, vol. III, p. 277). El ejemplo resulta instructivo. Sugiere que una parte del capital fijo socialmente requerido se puede prestar con intereses a los usuarios, que el capital se puede prestar de forma física tanto como monetaria. La extensión de las sociedades por acciones y el advenimiento del «capitalismo financiero» —que puede desarrollarse en prácticas tales como el préstamo de equipo financiado por un banco, etc.— se pueden interpretar entonces como un ajuste orgánico y estructural que compensa la sobrecumulación, en tanto una parte del capital social total circula ahora para producir intereses en vez de para reclamar todo el plusvalor que produce. El capital que así circula está *relativamente* devaluado, porque recibe menos de la tasa de ganancia media. La tendencia a la sobrecumulación puede ser compensada con ajustes organizativos que incrementen la cantidad de capital relativamente devaluado en circulación. La dificultad que presenta esta idea es, naturalmente, que Marx se ve obligado a invocar datos relativos a la distribución en un punto de su argumento en que aún no ha sentado las bases para considerar la tasa de interés o los efectos de las formas financieras de capitalismo sobre las tendencias en la tasa de ganancia. Pero es, como ya hemos señalado, un punto de debilidad de la teoría marxista que requiere rectificación.

El argumento puede ser llevado un paso más allá. Boccara (1974) señala, por ejemplo, que puede haber una devaluación *absoluta* del capital si este continúa circulando con una tasa de ganancia de cero. Esto puede suceder cuando el Estado interviene a la hora de organizar ciertos sectores (por ejemplo, los servicios públicos y el transporte) a fin de contribuir a la producción total de plusvalor, al mismo tiempo que no recupera absolutamente ninguna porción del plusvalor producido. El Estado puede así subsidiar al sector privado e incrementar artificialmente la tasa de ganancia que reciben los capitalistas individuales. Tal y como argumenta Boccara, esta es una función importante del Estado en la etapa del capitalismo «monopolista de Estado».

De hecho, Boccara considera los dos principios de la sobrecumulación y la devaluación como la clave para entender las transformaciones estructurales que ha experimentado el capitalismo en el curso de su historia. Boccara sugiere que la única respuesta viable a largo plazo a la sobrecumulación es lograr «devaluaciones estructurales», que contrarresten la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, poniendo en circulación más y más capital tanto en su estado de devaluación relativa como absoluta. Las transiciones consecutivas de las finanzas competitivas a las monopolistas y luego, finalmente, al capitalismo monopolista de Estado se han de interpretar como reorganizaciones sociales del capitalismo, que permiten dar soluciones estructurales a sus contradicciones internas.

El argumento de Boccara es una versión especial de la teoría de Marx. No es inverosímil, no carece de pruebas que lo apoyen y en ciertos aspectos es muy atractivo. Sus críticos afirman, no obstante, que se trata de una burda simplificación y que resulta seriamente engañoso.⁶ Boccara se centra, principalmente, en la forma en la que los capitalistas se reparten el plusvalor, en vez de en los procesos que empujan la crisis de la producción de plusvalor total. Toma un aspecto parcial de la tesis de Marx sobre la sobreacumulación y la devaluación y la coloca dentro de una estructura monolítica a la hora de interpretar la historia del capitalismo. Lo peor de todo es que toma los procesos de devaluación constante del capital y los trata como una solución general a la tendencia crónica a la sobreacumulación, deformando así gravemente la versión de Marx acerca de cómo se desarrollan las crisis capitalistas. A este respecto, las críticas están ampliamente justificadas. No obstante, la devaluación constante del capital es un proceso demasiado real y con efectos materiales tangibles sobre la acumulación. El análisis de Boccara es útil en este aspecto, aun cuando no constituya una base correcta para interpretar la historia capitalista o la formación y solución de las crisis bajo el capitalismo.

Finalmente, tenemos que considerar la devaluación de la fuerza de trabajo. La teoría del plusvalor relativo muestra que «el impulso inmanente y la tendencia constante del capital son los de aumentar la fuerza productiva del trabajo, para abaratar la mercancía, y mediante el abaratamiento de la mercancía, abaratar al obrero mismo» (*El capital*, vol. I, p. 393). Es más, cuando Marx dice que «este desarrollo de la fuerza productiva va acompañado, al mismo tiempo, por una depreciación parcial de los capitales en funciones», también señala que «en la medida en que esta depreciación se vuelve más aguda por la competencia, su peso principal recae sobre el obrero, con cuya explotación redoblada el capitalista procura resarcirse» (*El capital*, vol. I, p. 695).⁷ Marx no se abstiene de usar la idea de la «devaluación» en un sentido moral, a fin de establecer un paralelo entre los procesos que llevan a una disminución del valor de la fuerza de trabajo y los procesos mediante los cuales «la acumulación de riqueza en un polo es al propio tiempo acumulación de miserias, tormentos de trabajo, esclavitud, ignorancia, embrutecimiento y degradación moral en el polo opuesto» (*El capital*, vol. I, p. 736).⁸ Aunque estas estruendosas polémicas vienen construidas alrededor del modelo unilateral de la acumulación presentado

⁶ Théret y Wieworka (1978) explican detalladamente las críticas. Yo acepto la mayor parte de sus argumentos. Véase también Fairley (1980).

⁷ Si bien Marx usa aquí el término «depreciación», es evidente que quiere decir «devaluación» en el sentido que estamos dando a este último término.

⁸ Magaline (1975) proporciona de lejos la explicación más perceptiva de las implicaciones de la devaluación de la fuerza de trabajo para la teoría marxista.

en el primer volumen de *El capital*, la necesidad estructural de un ejército industrial de reserva y del desempleo inducido por la tecnología, no se pueden considerar como otra cosa que un requerimiento para sostener la «devaluación» de la fuerza de trabajo de que se dispone con el fin de alimentar el fuego de la acumulación futura.

3. La devaluación a través de las crisis

Las amables imágenes de la «depreciación» ceden su puesto a las más dramáticas de la «destrucción» cuando se trata de describir las devaluaciones que se producen en el curso de las crisis. En el momento de la crisis, todas las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista se expresan en forma de violentos paroxismos que imponen «soluciones violentas momentáneas» que «restablecen por el momento el equilibrio perturbado» (*El capital*, vol. III, p. 287). La sobreacumulación viene contrarrestada por «poner en barbecho y hasta aniquilar una parte del capital» (*El capital*, vol. III, p. 292). La destrucción puede afectar al valor de uso o al valor de cambio, o a ambos valores:

Quando el proceso de reproducción se estanca y el proceso de trabajo se restringe y, a trechos, se paraliza totalmente, se destruye el capital real. La maquinaria que no se emplea no es capital. El trabajo que no se explota es tanto [como] producción perdida. Las materias primas que yacen ociosas no son capital. Los edificios que permanecen sin usar (al igual que la maquinaria recién construida) o que quedan inacabados, las mercancías que se pudren en los almacenes, todo ello es destrucción de capital [...] las condiciones de producción existentes no actúan, no entran en acción realmente como condiciones de producción. Su valor de uso y su valor de cambio se van, así, al diablo. Pero, en segundo lugar, la destrucción del capital por las crisis significa depreciación de volúmenes de valor [...] Gran parte del capital nominal de la sociedad, es decir, del valor de cambio del capital existente, ha quedado destruido para siempre, aunque precisamente esta destrucción, toda vez que no afecta el valor de uso, puede fomentar la nueva reproducción (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, pp. 456-457).

La destrucción del valor de cambio que se produce de forma simultánea a la preservación de los valores de uso es particularmente importante en sectores que dependen fuertemente del capital fijo. En condiciones de crisis, el valor de uso del capital fijo se puede adquirir con frecuencia por prácticamente nada, lo que significa que el valor de cambio que tienen que adelantar los capitalistas para adquirir el capital constante fijo de sus competidores en quiebra cae de forma dramática, lo mismo que la composición

de valor del capital. Marx también dice que esa circunstancia es de particular importancia en tanto afecta a la incorporación de las innovaciones, «los primeros empresarios quiebran en su mayor parte, y solo florecen los posteriores a cuyas manos llegan más baratos los edificios, la maquinaria, etc.» (*El capital*, vol. III, p. 121).

Sobre la destrucción de los valores, Marx es en *El capital* aún más explícito y si leemos más detenidamente sus comentarios podemos ver que la mayoría de las formas de sobreacumulación y devaluación que ya hemos mencionado están relacionadas entre sí:

La destrucción principal —y con el carácter más agudo— tendrá lugar con relación al capital, en tanto posee atributos de valor, con relación a los valores de capital. La parte de valor que solo se encuentra en la forma [...] de meros títulos de deuda sobre la producción bajo diversas formas, resulta desvalorizada de inmediato con la disminución de las entradas sobre las cuales está calculada. Una parte del oro y la plata acuñados se encuentra inactiva, no funciona como capital. Una parte de las mercancías que se encuentran en el mercado solo puede llevar a cabo su proceso de circulación y reproducción en virtud de que sus precios se contraen enormemente, es decir por desvalorización del capital que representa. De la misma manera, los elementos del capital fijo quedan más o menos desvalorizados [...] En virtud de ello el proceso de reproducción, a causa del descenso general de los precios, entra en un estado de paralización y desequilibrio[...] Se interrumpe en cien puntos la cadena de las obligaciones de pago en determinados plazos, que se ven intensificados aún por el consiguiente colapso del sistema crediticio desarrollado al mismo tiempo que el capital, y conducen de esta manera a violentas y agudas crisis, súbitas desvalorizaciones forzadas y con ello a un estancamiento y a una perturbación reales del proceso de reproducción y con ello una mengua efectiva de la reproducción (*El capital*, vol. III, p. 293).

La consecuencia es que la reproducción de las relaciones de clase se ve puesta en peligro. Surgen las líneas de conflicto social que, al menos a grandes rasgos, reflejan las contradicciones bajo las cuales opera el capitalismo. Por ejemplo, el antagonismo latente entre los capitalistas individuales, que actúan por motivos egoístas, y los intereses de clase del capital (véanse las pp. 266-267 de este libro) pasan a primer plano:

Mientras todo marcha bien, la competencia, tal como se revela en la nivelación general de la tasa de ganancia, actúa como un cofradía práctica de la clase capitalista, de modo que el botín colectivo se reparte comunitariamente, y en proporción a la magnitud de la aportación de cada cual. Pero cuando ya no se trata de dividir las ganancias, sino de dividir pérdidas, cada cual trata de reducir en lo posible su participación en

las mismas, y de endosárselas a los demás. La pérdida es inevitable para la clase. Pero la cantidad que de ella ha de corresponderle a cada cual, en qué medida ha de participar en ella, se torna cuestión de poder y de astucia; y la competencia se convierte a partir de ahí en una lucha entre hermanos enemigos. Se hace sentir entonces el antagonismo entre el interés del capitalista individual y el de la clase de los capitalistas [...] (*El capital*, vol. III, p. 292).

La lucha para ver quién acarrea las consecuencias de la devaluación, la depreciación y la destrucción del capital será probablemente amarga e intensa. La quiebra de los lazos fraternales dentro de la clase capitalista tiene reverberaciones cuando los propietarios inmobiliarios, los financieros, los capitalistas industriales y mercantiles, así como el interés estatal, tratan todos de preservar su parte respectiva de plusvalor. Sin embargo, lo que sucede aquí no es simplemente un reflejo del poder fraccional. La existencia de capital excedente en forma monetaria —que, recordemos, es «la forma más adecuada de capital»— significa que, «es este, al mismo tiempo [el periodo de las crisis], un periodo en el que el interés monetario se enriquece a costa del interés industrial» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, p. 457). La estructura misma de las crisis y la manera en que se forman dicta ciertos efectos distributivos distintos.

Lo mismo sucede en la relación entre el capital y el trabajo. Al arrojar de sus puestos a los trabajadores, los capitalistas descartan capital variable y de este modo transforman el problema endémico de las crisis en una condición de desajuste crónico y de colapso social para el ejército industrial de reserva. Los trabajadores que tienen la suerte de conservar sus empleos casi seguro sufrirán una disminución en los salarios que reciben, lo cual significa cuando menos una depreciación temporal en el valor de la fuerza de trabajo que puede, bajo las circunstancias apropiadas, traducirse en una reducción permanente de ese valor. La competencia entre los trabajadores se exagera, lo mismo que los antagonismos generales entre trabajo y capital.

Cualquiera que sea la forma en la que las pérdidas se distribuyen y cualquiera que sea la lucha por el poder que suceda, el requerimiento general de devolver al sistema algún tipo de equilibrio implica la destrucción del valor de cierta porción del capital en circulación con el fin de equilibrar el capital circulante total con la capacidad potencial de producir y realizar el plusvalor bajo las relaciones capitalistas de producción. Una vez que se ha logrado la devaluación necesaria, la sobrecumulación es eliminada y la acumulación puede emprender de nuevo su curso, a menudo sobre nuevas bases sociales y tecnológicas. El ciclo sigue así de nuevo su trayectoria (*El capital*, vol. III, p. 249). Persiste no obstante la paradoja fundamental:

El más alto desarrollo de la productividad, junto con la mayor expansión de la riqueza existente, coincide con la depreciación del capital, la degradación del trabajador, y el más intenso agotamiento de sus fuerzas vitales. Estas contradicciones conducen a explosiones, cataclismos, crisis, en las que la suspensión momentánea de trabajo y el aniquilamiento de gran parte del capital llevará a este, violentamente, al punto en que podrá retirarse [...] [No obstante], estas catástrofes, regularmente reiteradas, conducen a su repetición en una escala cada vez más alta, hasta provocar por último su violenta caída (*Grundrisse*, vol. II, pp. 153-154).

Este «primer corte» de la teoría de la formación de las crisis bajo el capitalismo es una mezcla de agudas percepciones, exposiciones confusas y juicios intuitivos, todo ello condimentado con una pizca de esa visión milenarista a la que Marx era propenso. Pero el informe, aun incompleto, tiene una fuerza de arrastre, al menos en los términos de las consecuencias sociales de la devaluación del capital que nos describe. Podemos comenzar a ver cómo, por qué y de acuerdo con qué reglas los capitalistas pelean entre sí en tiempos de crisis, cómo cada fracción busca el poder político como un medio para largar el daño a los demás. Y además comenzamos a ver la tragedia humana de la clase trabajadora que sigue a la devaluación del capital variable.

La lógica interna que gobierna las leyes de movimiento del capitalismo es fría, cruel e inexorable y solo responde a la ley del valor. No obstante, el valor es una relación social, un producto de determinado proceso histórico. Los seres humanos han sido organizadores, creadores y partícipes de esa historia. Hemos construido, afirma Marx, una vasta empresa social que nos domina, delimita nuestras libertades y finalmente nos impone las peores formas de degradación. La irracionalidad de este sistema se vuelve más evidente en tiempos de crisis.

Destrucción violenta de capital, no por causas exteriores a él, sino como condición para su propio mantenimiento; tal es la forma más tajante en que se le aconseja que se largue, dejando sitio a un estado superior de producción social (*Grundrisse*, vol. II, p. 153).

VIII CAPITAL FIJO

EL ANÁLISIS DE MARX de las contradictorias «leyes de movimiento» del capitalismo descansa en gran parte en la comprensión de las suaves corrientes y las profundas perturbaciones asociadas al cambio tecnológico. Si bien el concepto de tecnología en Marx es muy amplio, otorga cierta prioridad a los instrumentos de trabajo —la maquinaria en particular— como el arma mayor en la lucha por preservar la acumulación de capital. Tales instrumentos de trabajo pueden ser empleados en la lucha competitiva por el plusvalor relativo, con el fin de aumentar la productividad física y el valor de la fuerza de trabajo y de reducir la demanda de trabajadores (forzando así hacia abajo el nivel de los salarios por la vía de la formación de un ejército industrial de reserva). También se pueden emplear para traer la fuerza del trabajo pasado «muerto» sobre la fuerza de trabajo vivo en el proceso de trabajo, con toda clase de consecuencias para los trabajadores (véase el capítulo IV). Se trata de armas impresionantes que los capitalistas pueden usar una vez que han tomado el control de los medios de producción.

No obstante, los instrumentos de trabajo capaces de producir tan útiles efectos tienen que ser producidos primero:

La naturaleza no construye máquinas, ni locomotoras, ferrocarriles, telégrafos eléctricos, telares mecánicos, etc. Estos son productos de la industria humana, materiales naturales transformados en órganos de la voluntad humana sobre la naturaleza [...] Son órganos del cerebro humano creados por la mano del hombre, la potencia objetivada del saber (*Grundrisse*, vol. II, p. 115).

Los capitalistas deben apropiarse de estas fuerzas de producción, junto con la habilidad y el conocimiento que encarnan, darles la forma que ellos requieren y movilizarlas como una «palanca» para la acumulación:

El desarrollo del medio de trabajo como máquina no es algo fortuito [...] sino la metamorfosis histórica de los medios de trabajo tradicionales, adaptados a las necesidades del capital. La acumulación del saber y

de la destreza [...] se ve también absorbida por el capital, erigido frente al trabajo: se revela [aquí] como una cualidad del capital o, para decirlo más exactamente, del capital fijo (*Grundrisse*, vol. II, p. 108).

En primera instancia, los capitalistas toman el control sobre los instrumentos de trabajo a través de un proceso histórico específico, la acumulación originaria. Esto implica, sin embargo, que al principio «el capital empieza por subordinar al trabajo en las condiciones técnicas, en que, históricamente, lo encuentra» (*El capital*, vol. I, p. 380). En tanto la inclinación por el plusvalor relativo se vuelve cada vez más fuerte, el capitalismo debe inventar medios para producir instrumentos de trabajo «adecuados a su propósito». Y estos los puede producir de la única forma que conoce, es decir, por medio de la producción de mercancías. Cuando los diversos instrumentos de trabajo son producidos como mercancías, intercambiados como mercancías y consumidos productivamente dentro de un proceso de trabajo encaminado a la producción de plusvalor y, al final de su vida útil, son reemplazados por nuevas mercancías, se convierten, según el léxico de Marx, en capital fijo.

Los modelos de acumulación que consideramos en el capítulo VI asumían que toda la producción y el consumo ocurrían dentro de un periodo de tiempo uniforme. Trataban los efectos del cambio tecnológico al mismo tiempo que suponían que el capital fijo, que pasa de un periodo al siguiente, no existe. Debemos rectificar ahora esta omisión y considerar cómo se relaciona con la acumulación la formación del capital fijo, su uso y circulación (implícitos en la idea de cambio tecnológico).

La definición de Marx de capital fijo es bastante peculiar —muy diferente a la de los economistas clásicos o neoclásicos—. En primer lugar, dado que el capital viene definido como «valor en movimiento», se sigue que el capital fijo también se debe considerar de esta forma. El capital fijo no es una cosa sino un proceso de circulación de capital por medio del uso de objetos materiales, tales como las máquinas. De ahí se deduce también que la circulación del capital fijo no se puede considerar independientemente de los efectos útiles específicos que las máquinas y otros instrumentos de trabajo tienen dentro del proceso de producción. El capital fijo no se puede definir independientemente del uso dado a los objetos materiales. Solo los instrumentos de trabajo que se usan realmente para facilitar la producción de plusvalor son clasificados como capital fijo.

De esta definición se desprende un buen número de implicaciones. Por ejemplo, no todos los instrumentos de trabajo son capital fijo, las herramientas del artesano no se usan para producir plusvalor y por tanto no se pueden definir como capital. Los artículos usados para el consumo final, más que en el consumo productivo, como los cuchillos, los tenedores y las

casas, no son capital fijo pero forman parte de lo que Marx llama «el fondo de consumo» (*El capital*, vol. II, p. 236). El capital fijo es así solo aquella parte de la riqueza social total, la reserva total de bienes materiales, que se usan para producir plusvalor. Dado que los mismos objetos se pueden usar de diferentes modos, los objetos vienen definidos como capital fijo «no por el modo determinado de su ser, sino por el empleo que se les da». Por tanto, la cantidad total de capital fijo puede aumentar o disminuir simplemente cambiando los usos de las cosas existentes (*Grundrisse*, vol. II, pp. 95-101). Esta idea es tan importante como para justificar un ejemplo. De las existencias totales de la cabaña ganadera de un país, solo aquellos animales que se usan como bestias de carga en la agricultura capitalista se pueden considerar como capital fijo. El capital fijo se puede aumentar simplemente usando más animales como bestias de carga. El ejemplo sugiere también otra cosa: dado que el ganado se puede usar para carga o para producir leche (o carne) simultáneamente tiene dos usos, pero solo uno de los cuales se puede calificar de capital fijo. Marx cita un ejemplo similar refiriéndose al camino, que puede servir simultáneamente a «la verdadera producción, para pasearse, etc.» (*Grundrisse*, vol. II, p. 101).

La flexibilidad de la definición de Marx de capital fijo relativa a su uso es de gran importancia. Sin embargo plantea también un peligro de interpretación. No debemos atrevernos a suponer, advierte Marx, «que este valor de uso —la maquinaria en sí [misma]— sea capital, o que su existencia como maquinaria se confunda con su existencia como capital» (*Grundrisse*, vol. II, pp. 109-110). Suponer tal identidad supondría hacer equivalentes el valor de uso con el valor, y caer en el fetichismo que transforma «el carácter social, económico, que se imprime a las cosas en el proceso social de producción en un carácter natural, que surge de la naturaleza material de estas cosas» (*El capital*, vol. II, p. 256). El extremo de ese concepto tan erróneo es la idea de que las máquinas se pueden convertir en el factor activo del proceso de trabajo, capaces por sí mismas de producir valor. Cuando consideramos por tanto el capital fijo que poseemos, debemos tener en cuenta siempre la relación entre el valor de uso, el valor de cambio y el valor de un objeto en el contexto de la acumulación a través de la producción de plusvalor.

El capital fijo se puede distinguir del capital circulante, en primer lugar, por la manera en que su valor es incorporado al producto final. A diferencia del capital constante, que funciona como materia prima, los elementos materiales que constituyen el instrumento de trabajo no son reconstituidos físicamente en el producto final. El valor de uso de la máquina permanece después de que se haya completado el proceso de producción. A medida que la máquina se desgasta, el capital fijo se consume enteramente dentro del proceso de producción y nunca regresa a la esfera de la circulación. Sea

como sea, el valor equivalente del capital fijo circula «poco a poco, en la proporción en que pasa de él al producto final» (*El capital*, vol. II, p. 181).

La segunda característica que distingue al capital fijo es su peculiar «modo específico de valorización, en el modo de rotación, [y] en el modo de reproducción» (*Grundrisse*, vol. II, p. 138). Se puede distinguir de otros elementos «auxiliares» del capital constante que no vienen reconstituidos en el producto final (por ejemplo, los insumos de energía) gracias a su uso a través de varios periodos de rotación. Esto liga la definición del capital fijo al proceso de rotación de otros elementos del capital constante y ya hemos mencionado que el tiempo de rotación no es homogéneo de ninguna manera. La distinción entre el capital fijo y el capital circulante, es así, en el primer caso, una mera distinción cuantitativa que «se solidifica» y pasa a ser una diferencia cualitativa a medida que se usan instrumentos de trabajo más durables (*Grundrisse*, vol. II, pp. 105-106). El capital fijo y el capital circulante se convierten así en «dos modos diferentes de existencia del capital», que exhiben características de circulación muy distintas. Puesto que los instrumentos de trabajo se transforman en capital fijo a través de un proceso histórico específico, también se deduce que «el propio capital produce su doble manera de circular como capital fijo y circulante» (*Grundrisse*, vol. II, pp. 112, 134 y 144). La relación entre el capital fijo y el capital circulante, como veremos en el próximo epígrafe, se vuelve entonces una consideración clave a la hora de cartografiar las leyes de movimiento del capitalismo.

Las categorías del capital como «fijo» y «circulante» organizan nuestros pensamientos en formas que son radicalmente diferentes a los pensamientos implicados en las categorías de capital «constante» y «variable» que hemos usado hasta ahora. Ambos conjuntos de categorías tienen esto en común: están definidos *dentro* de la producción. El capital en su forma mercancía o dinero está «en una forma en que no es ni capital fijo ni circulante». Puesto que todo el capital debe tomar la forma dinero o mercancía en algún momento de su existencia, podemos deducir que la relación entre el capital fijo y el capital circulante así como la relación entre el capital constante y variable viene «mediada» por los intercambios de mercancías y dinero y modificada por la existencia del capital en estas otras formas (*El capital*, vol. II, pp. 181-183). Sin embargo, dentro de la esfera de la producción podemos identificar ahora dos formas muy diferentes de conceptualizar la forma organizativa del capital. Las definiciones duales, expuestas en el cuadro VIII. 1, nos confunden en un primer vistazo. ¿Cuál es así exactamente su propósito?

1. La circulación del capital fijo

«La circulación de esta parte del capital a la que aquí nos referimos», escribe Marx, «presenta un carácter peculiar» (*El capital*, vol. II, p. 181). Con el fin de respaldar la comprensión de esta peculiaridad, tomaremos primero el caso más sencillo. Consideremos así una máquina producida como mercancía, empleada en un proceso de producción bajo el control del capital y reemplazada al final de su vida útil por otra máquina.

En tanto mercancía, la máquina es únicamente capital fijo potencial. Se convierte en capital fijo tan pronto como el capitalista la compra y la incorpora al proceso de producción. A través del acto de intercambio, el productor realiza el valor de cambio de la máquina mientras el comprador se ve obligado ahora a tratar de preservar ese valor de cambio por medio del consumo productivo. Supongamos por un momento que el valor de cambio de la máquina cuando fue comprada es equivalente a su valor.

Como otros insumos de capital constante, el valor de la máquina tiene que pasar y realizarse a través de las mercancías producidas. Sin embargo, como valor de uso, la máquina nunca abandona el proceso de producción. Retiene su forma material corporal como un valor de uso que es consumido productivamente durante varios periodos de producción. El valor de la máquina debe continuar, no obstante, circulando de alguna forma si se ha de realizar ese valor. La peculiaridad de esta forma de circulación reside en que el capital fijo continúa circulando como valor al mismo tiempo que está encerrado materialmente dentro de los confines del proceso de producción en tanto valor de uso (*Grundrisse*, vol. II, p. 93; *El capital*, vol. II, pp. 181-182).

Esto plantea una dificultad inmediata y obvia. Debemos establecer qué es lo que regula las relaciones entre el consumo productivo del valor de uso material y la circulación del valor a través de las mercancías producidas. Vemos además que la transferencia de valor, e incluso el propio valor, vienen regulados por un proceso social de gran complejidad.

Para comenzar, el consumo productivo de la máquina depende hasta cierto punto de sus características puramente físicas —siendo la durabilidad y la eficiencia física de primordial importancia—. Cuanto más durable sea la máquina, más lentamente transfiere su valor al producto final. Por otro lado, Marx también insiste en que las máquinas ociosas o que se utilizan poco pierden su valor sin transferirlo: sufren devaluación. Así pues, la tasa de transferencia del valor al producto final depende de las condiciones que prevalecen dentro del proceso de trabajo —la duración de la jornada de trabajo, la intensidad del trabajo, etc.— que afectan a la tasa de uso promedio de las máquinas.

Finalmente, y aquí encontramos una dificultad importante, el valor de uso de la máquina para el capitalista depende del plusvalor (o de la ganancia) que la máquina contribuye a generar. En un mercado competitivo en el que todas las mercancías se intercambien a sus valores (o a sus precios de producción), el capitalista que posee máquinas más eficientes o más durables en relación con el promedio social realizará más plusvalor relativo. La máquina será más o menos útil dependiendo del estado de la competencia, del valor de las mercancías en el mercado y de la eficiencia media de las máquinas dentro de una determinada industria. El capitalista podría, hipotéticamente al menos, intercambiar la máquina en determinado momento de su vida útil, o incluso alquilar su valor de uso sobre una base anual. Aun más, descontado el valor ya transferido a través del consumo productivo, el valor de cambio varía probablemente de un momento a otro según las circunstancias sociales —el ritmo de cambio tecnológico dentro de una industria sería evidentemente un factor de gran importancia—. El resultado es que el valor de la máquina se ajusta en el curso de su vida y que es una magnitud inestable más que estable.

El acto final en el drama de la circulación del capital fijo viene cuando la máquina se ha desgastado y requiere reposición. Si el capital fijo se ha de reproducir, entonces se ha de disponer de una reserva de valor suficiente con el fin de reemplazar la máquina al final de su vida útil. Vemos aquí otra peculiaridad, el valor de cambio inicial que se ha de recuperar no es necesariamente el mismo que el valor de cambio de la reposición que se requiere para asegurar la reproducción del capital de producción.

Parece que hay así tres formas con las que se puede determinar el «valor» del capital fijo: por el precio de compra inicial, por el plusvalor que contribuye a producir a través del consumo productivo o por medio de su coste de reposición. ¿Cuál es por tanto el verdadero valor de la máquina? Y si no sabemos cuál es su verdadero valor, ¿cómo es posible que discutamos siquiera la circulación del capital fijo como valor? No es fácil contestar a estas preguntas. Voy a argumentar que el valor de la máquina en cierto momento viene determinado simultáneamente por las tres circunstancias. Esto implica que el valor de la maquinaria está en un perpetuo estado de flujo —conclusión que es incompatible con el concepto del valor considerado como «tiempo de trabajo cristalizado», pero que es seguramente consistente con el concepto del valor de Marx considerado como una relación social—.

Marx evita estas dificultades centrándose únicamente en lo que sucede dentro del terreno de la producción cuando el valor del capital fijo —medido por su precio de compra inicial— es recuperado por medio del consumo productivo. Marx propone la regla siguiente para la circulación del capital fijo: «Su circulación como valor corresponde a su consumo en

el proceso de producción como valor de uso» (*Grundrisse*, vol. II, p. 93). Debemos, por tanto, prestar una cuidadosa atención a las propiedades del valor de uso físico de la máquina como la base (y solo la base) para entender el proceso de circulación del capital fijo. Las prolongadas investigaciones de Marx acerca de las propiedades materiales de las máquinas tienen que entenderse en ese contexto. Finalmente, tenemos también que considerar la forma en la que los valores de uso vienen determinados socialmente e integrados en la teoría del valor. Comenzamos, de todos modos, con las propiedades puramente materiales de las máquinas.

La maquinaria mejora la eficiencia física de los procesos de trabajo repetidos. Esta eficiencia puede permanecer constante, mejorar, disminuir o mostrar una variedad de altibajos durante la vida de la máquina. Mientras que aquí, como en otras partes, es el promedio lo que importa, la regla de Marx implica que el valor debe circular de una forma que refleje la cambiante eficiencia media de las máquinas a lo largo de su vida. Marx también consideró que la durabilidad de la máquina era «fundamento material del modo de circulación que la convierte en capital fijo» (*El capital*, vol. II, p. 251). La durabilidad de las máquinas puede variar, pero como ya dijimos, lo decisivo es la media. La velocidad a la que circula el capital fijo depende, en parte, de la velocidad media a la cual las máquinas se desgastan por el uso.

Esta vida «media» depende, por su parte, del «desgaste normal» y del «mantenimiento y las reparaciones normales». Estos son conceptos difíciles de precisar, si bien su importancia general es bastante obvia. Sin un mantenimiento correcto, la vida de la máquina será más corta, pero el mantenimiento requiere ulteriores insumos de fuerza de trabajo y materiales, además de aquellos que intervinieron en la producción original de la máquina. Lo mismo se puede decir de las reparaciones «normales». Marx trata estos gastos como parte del valor de la máquina, con la diferencia de que se extienden a través de la vida de la máquina en vez de tener que desembolsarse todos a la vez. Por esta razón Marx trata estos gastos como parte del capital circulante en lugar de capital fijo (*El capital*, vol. II, p. 195). La compra inicial de la máquina obliga al capitalista a destinar una porción del capital circulante al mantenimiento y reparación del capital fijo: «La transferencia de valor por el desgaste de capital fijo se calcula sobre la base del periodo medio de vida de este, pero a su vez este periodo medio de vida se calcula contando con que se adelanta continuamente el capital adicional requerido para mantener el capital fijo en condiciones» (*El capital*, vol. II, p. 200).

La diferencia entre reparaciones y reposiciones resulta desafortunadamente algo borrosa. Las máquinas a menudo «se componen de partes

constitutivas desiguales, que se desgastan en espacios de tiempo desiguales y a las que, en consecuencia, hay que reponer en periodos de tiempo desiguales» (*El capital*, vol. II, p. 195). La máquina en general puede ser *reparada reemplazando* las partes defectuosas, pero cuando todas las partes que forman una máquina han sido reemplazadas, ¿acaso no ha sido reemplazada toda la máquina? Las circunstancias de este tipo hacen muy difícil calcular la duración de la máquina. Marx dedica gran cantidad de energía a darle vueltas a estos asuntos sin resolverlos a su propia satisfacción (*El capital*, vol. II, pp. 193-208).¹ Marx termina haciendo a un lado todas estas complicaciones físicas a fin de definir un modelo sumamente simplificado de «depreciación» de la maquinaria, en el que la circulación del capital fijo muestra las siguientes características:

Con el funcionamiento, y en consecuencia, con el desgaste, del medio de trabajo, una parte del valor pasa al producto; otra queda fijada en el medio de trabajo y por ende en el proceso de producción. El valor así fijado disminuye constantemente, hasta que el medio de trabajo ha cumplido con su tiempo de servicio, y por tanto, también su valor se ha distribuido, en un periodo más o menos prolongado de tiempo, entre una masa de productos que surgen de una serie de procesos laborales continuamente reiterados [...] Cuanto más dura el medio de trabajo, cuanto más lentamente se desgasta, más tiempo queda el valor fijado en esta forma de uso. Pero sea cual fuere su grado de durabilidad, la proporción en la que traspasa el valor siempre está en razón inversa a su tiempo total de funcionamiento. Si de dos máquinas de igual valor una se desgasta en cinco años y otra en diez, la primera cede, en igual espacio de tiempo, el doble de valor de la segunda (*El capital*, vol. II, p. 182).

Lo que Marx propone aquí es lo que se conoce ahora como la «depreciación en línea recta» de la maquinaria. Para evitar confusiones, voy a usar el término «transferencia de valor» para referirme a la velocidad con la que el valor cristalizado en la maquinaria se realiza a través del consumo productivo. Marx se daba perfecta cuenta de que un modelo de «transferencia en línea recta» constituía una sobresimplificación. Esta es además profundamente inconsistente con el tono global del argumento de Marx en *El capital*, en tanto otorga un papel autónomo y aparentemente determinante al modo de ser físico y material del capital fijo. Marx parece precisamente caer en la trampa del fetichismo que había atacado con tanta frecuencia. La admisión del valor de uso como una categoría económica está muy bien, pero no por eso se libra Marx de la obligación de especificar la forma en que ese valor de uso viene «modificado por las

¹ El problema de diferenciar entre reparación y reposición es particularmente agudo en el caso del entorno construido, como veremos posteriormente (véanse pp. 317-321).

relaciones modernas de producción». Si tomamos el modelo de la transferencia de valor en línea recta como algo sacrosanto, nos encontramos de inmediato con varias dificultades.

Por ejemplo, la transferencia de valor en línea recta calculada con respecto de un precio de compra original (asumiendo que es equivalente al valor) será igual a la inversión por reposición solo bajo condiciones especiales y muy poco realistas —ninguna innovación tecnológica, ninguna variación en el coste de la maquinaria, etc—. Cuando estas condiciones no se aplican, surge una discrepancia entre el valor recuperado y el valor necesario para la reposición. La circulación continua de capital fijo viene amenazada en este punto de la reposición.

La transferencia de valor en línea recta también implica que la vida de la máquina es un dato conocido. ¿Cómo se determina entonces esta vida? Marx proporciona dos respuestas. Inicialmente, apela a un concepto puramente físico; una máquina es construida con cierta capacidad física y durabilidad, y se desgasta totalmente dentro de cierto periodo de tiempo, pero también reconoce que la vida económica puede ser diferente. El capitalista no descarta una máquina porque se ha desgastado físicamente por completo, sino porque puede obtener una ganancia más alta reemplazándola por otra. El valor de uso de la máquina para el capitalista es lo que le permite producir mayor plusvalor, y este valor de uso, tal y como Marx reconoce claramente, cambia con las circunstancias sociales. La vida económica de una máquina no se puede así conocer de antemano, ya que depende de cambios en el diseño y coste de la maquinaria, la velocidad y forma generales del cambio tecnológico, las condiciones que afectan a la tasa de explotación de la fuerza de trabajo (por ejemplo, el flujo y reflujo del ejército industrial de reserva), las diferencias en la tasa de ganancia bajo diferentes tecnologías dentro de determinada línea de producción, etc. La vida de las máquinas, siendo una determinación social, es variable en el mejor de los casos y en el peor es impredecible, empujada de acá para allá por los vientos de la competencia, la búsqueda incansable de las ganancias, y un proceso de acumulación que genera un ritmo tan dramático de cambio tecnológico. Lo que comenzó aparentemente como una base material sólida para el análisis de la transferencia de valor, se transformó por los procesos sociales en un lodazal de incertidumbre.

La velocidad a la que el capital fijo transfiere su valor al producto final, originalmente concebida como algo que solo pertenece a la producción, no puede evidentemente ser analizada con independencia de los efectos de los vientos helados de la competencia sobre el mercado. Un dato interesante es que ya nos hemos topado con un problema similar al determinar el significado de la composición orgánica y de la composición de valor del capital. Y es bastante apropiado ahora que nos volvamos a ocupar de este mismo

asunto, en la misma medida en que el capital fijo tiene un importante papel a desempeñar a la hora de determinar la composición orgánica y la de valor. Nos topamos ahora con la regla de que el valor de uso del capital fijo dentro de los confines de la producción y de la empresa depende de la habilidad de esta para realizar ganancias en un ecosistema de mercado competitivo. ¿Cómo podemos entonces desarrollar un método para manejar la transferencia de valor del capital fijo bajo esas circunstancias? Para hacerlo, se requiere obviamente que construyamos una suerte de puente entre los procesos separados, pero siempre relacionados, de la producción y la circulación.

Las dificultades se pueden resolver con la mayor facilidad tratando la circulación de capital fijo como un caso de producción conjunta. Al comienzo de cada periodo de producción, el capitalista adelanta una cantidad de valor para comprar fuerza de trabajo, materias primas e instrumentos de trabajo. Al final del periodo el capitalista tiene una mercancía a la venta en el mercado y una cantidad sobrante de valor de capital fijo incorporado en una máquina que se puede usar de nuevo, reemplazar o incluso vender a otra persona. El valor residual del capital fijo es tratado como uno de los productos del proceso de producción. Esta forma de manejo del problema ha sido empleada con grandes resultados por autores como Von Neuman, Sraffa, Steedman y Morishima. Este último muestra cómo se puede emplear este artificio para determinar la vida económica de las máquinas, para proporcionar un «criterio económico para la adopción de las decisiones por parte de los empresarios de no seguir usando una máquina de determinada antigüedad» y como un método para alinear la transferencia de valor con el coste de reposición.² Es interesante que fuera el propio Marx quien explorara esta técnica —tal y como Sraffa y Morishima se empeñan en señalar— para el análisis del capital empleado en la producción de bienes que conllevan diferentes periodos de tiempo. Hay además indicios de que Marx consideró el análisis de los productos conjuntos como una forma de solucionar los dilemas planteados por su modelo de transferencia de valor en línea recta (*El capital*, vol. II, p. 172; *Teorías sobre la plusvalía*, vol. III, p. 391). Marx simplemente no insistió en esa posibilidad (por la razón que fuera) y por tanto no presionó para resolver lo que ha resultado ser uno de los problemas más complejos de la teoría económica.

² Morishima (1973, p. 193). En las manos de Sraffa (1960) este método produce la interesante idea de que la elección de tecnología y, por ende, el valor de uso de las máquinas, depende de la tasa de ganancia y de que pueden ocurrir cambios y recambios de tecnología según las variaciones en la tasa de ganancia. Ya hemos visto que una de las críticas básicas contra el argumento de Marx de la tasa decreciente de ganancia se debe a que no admitió la posibilidad de esos cambios (véase pp. 262-263). Nos vamos a esforzar ahora en mostrar de forma más concreta a qué se debe el conflicto entre el proceso de circulación del capital fijo y la capacidad para cambiar de tecnología a voluntad.

El artificio teórico de los productos conjuntos es algo más que una cómoda ficción. Existen de hecho mercados de máquinas de segunda mano y el alquiler de equipos sobre periodos determinados se hace con cierta frecuencia. Además, como los títulos sobre la capacidad de producción se pueden vender en forma de acciones, podemos identificar otra forma de mercado que refleja, en parte, la productividad actual del capital fijo en relación con la producción de plusvalor. Existe por tanto una base material y social para reevaluar las acciones de capital fijo de un periodo a otro.

Aquellos, no obstante, que han analizado con mayor rigor el asunto en tiempos recientes han llegado a la conclusión de que el tratamiento de la circulación de capital fijo como un caso particular de producción conjunta plantea serios dilemas a la teoría marxista del valor. Morishima, por ejemplo, afirma que «el reconocimiento de la producción conjunta y de otros procesos de fabricación [...] nos anima a sacrificar la propia formulación de Marx de la teoría del valor trabajo» (Morishima, 1973, p. 180). Y Steedman es aún más enfático:

En presencia del capital fijo, la elección del lapso óptimo de vida de una máquina viene determinado solo durante el proceso de maximizar la tasa de ganancia, por lo que las magnitudes de valor, que dependen de la vida efectiva de la máquina, son determinadas solo *después* de que se determine la tasa de ganancia. Las condiciones físicas de la producción y el nivel de los salarios son los determinantes inmediatos de la tasa de ganancia. La tarea es mostrar qué determina estas condiciones de producción física y estos salarios reales, no dedicarse a hacer cálculos de valor sin sentido (Steedman, 1977, p. 183).

Levine argumenta de forma parecida que si Marx hubiera aplicado la regla del «tiempo de trabajo socialmente necesario» a la transferencia de valor del capital fijo, habría descubierto «dificultades esenciales en el cálculo del valor trabajo de las mercancías» producidas con la ayuda del capital fijo:

El valor con el que el capital fijo contribuye al producto no viene determinado por su valor original ni por su valor actual, sino por el cambio de valor durante el periodo pertinente. Es este componente, inherentemente dinámico de la determinación del valor de la mercancía producida, lo que se pierde al reducirla a una cantidad de tiempo de trabajo. La cantidad de valor «transferida» al producto dentro de determinado periodo varía con la velocidad a la que cambia el valor del capital fijo empleado durante ese periodo. En la medida en que la determinación del valor de la mercancía es gobernado por una tasa de cambio de valor, esta es inherentemente irreducible a cualquier cantidad fija de tiempo de trabajo. La determinación del valor de cambio como una suma del tiempo de trabajo pasado y actual queda excluida (Levine, 1978, p. 302).

Levine prosigue diciendo, a modo de nota al pie, que «a fin de conservar la teoría del valor trabajo como una teoría de la determinación del valor de cambio [...] sería necesario, en efecto, excluir al capital fijo» (Levine, 1978, p. 302).

Todas estas observaciones reflejan con exactitud la dificultad de llegar a alguna forma apropiada de calcular la velocidad con la que el valor del capital fijo se transfiere al producto.³ Todas ellas indican que el valor del capital fijo se modifica necesariamente a través del tiempo de acuerdo con las circunstancias sociales. Es más, todas prueban de forma concluyente que la circulación del capital fijo no se puede reconciliar con una teoría del valor que descansa únicamente en la cristalización del tiempo de trabajo presente y pasado. El propio Marx llegó precisamente a esa conclusión. Una vez que el capital fijo se separa del capital circulante, nos topamos con circunstancias que «contradicen por entero la doctrina del valor que sostiene Ricardo, como también su teoría de la ganancia que es en realidad la teoría del plusvalor» (*El capital*, vol. II, p. 254).

La teoría del valor de Ricardo, considerada como tiempo de trabajo cristalizado, debe rechazarse realmente. Pero la teoría del valor de Marx considerada como tiempo de trabajo socialmente necesario es muy diferente.⁴ Si bien Marx equipara a menudo el trabajo socialmente necesario con el trabajo cristalizado, este último no abarca todos los aspectos del valor en tanto relación social. El valor, recordemos, «solo existe en un valor de uso», por lo que «si se pierde, pues, el valor de uso se pierde también el valor» (*El capital*, vol. I, p. 266). Esta es una simple extensión de la regla marxista de que las mercancías «deben mostrar que son valores de uso antes de poder realizarse como valores» y que «si una cosa es inútil, también lo es el trabajo contenido en ella; ese trabajo no cuenta como trabajo, y por tanto no crea ningún valor» (*El capital*, vol. I, p. 266). Los cambios en la utilidad de la máquina durante su vida no dejan así intacto su valor. El principal factor que afecta al valor de la maquinaria es la frecuente «revolución en el valor» que se relaciona con el cambio tecnológico. «Es precisamente la producción capitalista la que se caracteriza por el cambio continuo en las relaciones de valor, aunque solo sea por la productividad

³ El debate a propósito de «las ganancias positivas con un plusvalor negativo» bajo condiciones de producción conjunta es instructivo a este respecto. Véase Steedman (1977, cap. II). Morishima y Catephores (1978, pp. 29-38) y el rechazo del argumento por Fine y Harris por considerarlo espurio (1979, pp. 39-48).

⁴ Fine y Harris (1979, p. 15) señalan que «ni Steedman ni Morishima emplean el concepto del valor de Marx. La divergencia fundamental de ambos autores respecto del concepto de Marx es que los dos consideran el valor simplemente como un concepto de contabilidad, mientras que Marx lo trata como un fenómeno real que tiene efectos concretos». La misma crítica se le puede hacer al concepto frustrado de Roemer (1979) de integrar la formación y uso del capital fijo dentro del argumento de Marx sobre la tasa decreciente de ganancia.

siempre cambiante del trabajo que caracteriza a este modo de producción» (*El capital*, vol. II, pp. 97 y ss). El cambio tecnológico desempeña un papel tan desestabilizador respecto de la circulación del capital fijo como el que desempeña en los modelos simples de la sobreacumulación y la devaluación que examinamos en el capítulo anterior.

El valor, como ya hemos explicado, no es una medida fija que se usa para describir un mundo cambiante, sino que Marx lo trata como una relación social que incorpora la contradicción y la falta de certeza a su propio núcleo. No existe, por tanto, ninguna contradicción entre el concepto del valor de Marx y la circulación del capital fijo. La contradicción está integrada dentro de la propia idea de valor.

2. Las relaciones entre capital fijo y capital circulante

Marx sostenía que «el capital fijo es premisa para la producción del capital circulante, lo mismo que el capital circulante lo es para la del capital fijo» (*Grundrisse*, vol. II, p. 140). Tanto las máquinas que se usan como capital fijo como los insumos del capital constante circulante son producidos en primer lugar por medio del uso del capital fijo y circulante (*El capital*, vol. II, p. 234). Además, como el capital fijo pierde su valor cuando no se usa, un flujo continuo de capital circulante —de fuerza de trabajo y materias primas— es una condición necesaria para la realización de su valor.

En la medida en que cada uno de ellos es necesario para el otro, debe existir cierta relación entre los flujos de capital fijo y de capital circulante. Por ejemplo, si no se logra la acumulación equilibrada, el capital total de la sociedad se debe dividir en distintas proporciones de capital fijo y capital circulante de acuerdo con alguna regla «racional» —esto es, racional desde el punto de vista de la acumulación—. Los economistas clásicos a menudo atribuyen las crisis a la desproporción entre el capital fijo y el capital circulante. Marx está de acuerdo, pero trata la desproporción como un síntoma más que como una causa, al tiempo que indaga en los mecanismos que la producen.

Consideremos, por tanto, el caso simple de una máquina con una vida conocida que transfiere su valor al producto final según la regla de la «línea directa». Los valores en forma de mercancías son retirados de la circulación en el momento de la compra. No se saca de circulación ninguna otra mercancía (excepto para reparaciones y mantenimiento) hasta que la máquina es reemplazada. Cada año, sin embargo, se devuelven mercancías a la circulación por medio del consumo productivo de la máquina hasta que la mercancía equivalente al valor cristalizado en la máquina es devuelto

totalmente a la circulación en el último año de su vida. La circulación de dinero toma un curso muy diferente. Este es puesto en circulación «de una sola vez pero se lo vuelve a sustraer de la circulación solo de manera fraccionada y paulatina, mediante la realización de las partes de valor que el capital fijo agrega fraccionadamente a las mercancías» (*El capital*, vol. II, pp. 186-192). A falta de un sistema de crédito, el capitalista tiene que acumular una reserva de dinero hasta que tiene lo suficiente para comprar una nueva máquina (p. 207).

La peculiaridad de este intercambio está en sus características temporales. El dinero y las mercancías circulan de acuerdo con patrones temporales bastante distintos. Inmediatamente después de la compra de la máquina hay un exceso de dinero en circulación en relación con las mercancías, mientras que hacia el final de la vida de la máquina prevalece la situación opuesta. A la larga esos desequilibrios se contrarrestan entre sí (bajo los supuestos que hemos especificado), de tal modo que no hay efectos adversos añadidos mientras el sistema de crédito pueda funcionar a fin de que los pagos de dinero se realicen fluidamente durante la vida de la máquina. La circulación del capital fijo ejerce, no obstante, influencias que alteran a corto plazo incluso los procesos de la reproducción simple. Los intercambios de dinero y mercancías entre los departamentos 1 y 2 (véase el capítulo VI) corresponderían entre sí solo bajo la situación improbable de que una proporción igual del capital fijo total en esa sociedad fuera «retirado» y reemplazado cada año. Esto requeriría una tasa fija de transferencia de valor y una estructura de edad particular de la reserva de capital fijo. Los desequilibrios aparecerían a falta de un sistema de crédito, porque los capitalistas tendrían que acumular dinero para cubrir los costes de reposición mientras que el capital circulante necesario para construir la maquinaria tendría que ser adelantado antes de su reposición. Y así, concluye Marx, «puede y debe surgir una desproporción de la producción de capital fijo y circulante [...] incluso cuando el capital fijo es meramente preservado» (*El capital*, vol. II, p. 521).

Esta visión técnica —que Marx, como tiene por costumbre, establece a través de tortuosos ejemplos matemáticos— nos lleva al umbral de cuestiones mucho más amplias que surgen cuando el cambio tecnológico requiere que la proporción de capital fijo se amplíe en relación con el capital circulante. Esto ocurre porque la producción de maquinaria conlleva la «producción de medios para la creación de valor» antes que la creación directa de valores de uso para el consumo individual (*Grundrisse*, vol. II, p. 118). Dicho de otra forma:

La parte de la producción orientada hacia la producción de capital fijo no produce directamente objetos de disfrute [...]. El que una parte del tiempo de producción baste para la producción directa y el que

se emplee una parte cada vez mayor en la producción de medios de producción dependerá, pues, del grado de producción ya alcanzado. Habrá que tener en cuenta, para ello, que la sociedad pueda o no esperar; que pueda sustraer tanto al disfrute directo como a la producción destinada a él una gran parte de la riqueza ya creada y destinarla al trabajo no directamente productivo (*Grundrisse*, vol. II, p. 116).

Marx pasa entonces a especificar las condiciones que permiten que se forme el capital fijo:

Esto requiere un cierto nivel de la productividad ya logrado y una abundancia relativa, nivel que deberá hallarse en relación directa con la transformación del capital circulante en capital fijo [...] Una condición para ello es tanto la pluspoblación (desde este punto de vista) como la plusproducción (*Grundrisse*, vol. II, p. 116).

Esta «pluspoblación y plusproducción» deben ser, además, mucho mayores si el capital fijo es a gran escala, de larga vida y solo está indirectamente relacionado con la producción; «[tendrá que haber] más maquinaria activa para construir ferrocarriles, canales, conducciones de agua, telégrafos, etc., que para [contribuir] directamente al proceso de producción» (*Grundrisse*, vol. II, p. 116). ¿Cómo se van a procurar o a producir, por tanto, esos excedentes de producto y de trabajo? Hay dos respuestas posibles a esa pregunta.

En primer lugar, los excedentes pueden procurarse a través de la apropiación directa y de la acumulación originaria. La formación de un proletariado sin tierras a partir de una población campesina, por ejemplo, puede crear la fuerza de trabajo excedente que se requiere. De este modo, los irlandeses se convirtieron en peones de ferrocarriles y trabajadores de la construcción, especialmente después de la hambruna de la patata, que a su vez fue un resultado de la penetración de las relaciones sociales capitalistas en la sociedad irlandesa, lo que finalmente los forzó a salir de sus tierras. Los capitalistas también pueden, por apropiación o conversión, adquirir el valor de uso del capital fijo sin que ese valor de uso sea producido primero por otros capitalistas en forma de mercancías. Esto puede suceder porque el capital fijo puede ser creado simplemente cambiando los usos de las cosas existentes. Los medios de producción y los instrumentos de trabajo pueden ser objeto de apropiación de las manos de artesanos y trabajadores; los bienes de consumo pueden ser adquiridos y se les puede dar un uso productivo. Por ejemplo, bajo el sistema de *putting out*, las casitas de campo de los tejedores, que hasta entonces habían sido parte del fondo de consumo, comenzaron a funcionar como capital fijo (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, p. 16). Un efecto similar se produce cuando los sistemas de transporte construidos principalmente para el consumo comenzaron a ser cada vez más usados para actividades relativas a la producción.

La ventaja aquí es que el capital fijo se puede formar sin interferir de ningún modo con el capital circulante. La cantidad de capital fijo que se puede formar depende, no obstante, de las condiciones preexistentes —el capital, después de todo, «no comenzó el mundo desde el principio sino más bien encontró, producción y productos ya presentes, antes de subyugarlos a su proceso» (*Grundrisse*, vol. II, p. 88)—. Por ejemplo, la Inglaterra del siglo XVIII poseía una vasta reserva de bienes materiales (quizás el doble o el triple de los que posee Nigeria actualmente) y estos valores de uso podían ser convertidos fácilmente en capital fijo con poco o ningún coste. Los primeros industriales adquirieron gran parte de su capital fijo dando nuevos usos productivos a estructuras antiguas (molinos, graneros, casas, sistemas de transporte, etc.). Las tasas de formación de capital fijo nunca llegaron mucho más allá del 5 o el 6 % del producto nacional, comparadas con el 12 % o más que generalmente se considera esencial para poner en marcha la acumulación de capital.⁵ El aberrante ejemplo de Inglaterra, que es tan vital aquí porque habría de encabezar la acumulación sostenida de capital, se puede explicar considerando la fluidez de las definiciones de Marx. La apropiación, conversión y acumulación originaria proporcionaron el capital fijo sin desviar nada del capital circulante. Estas características siguen teniendo cierta importancia a lo largo de la historia del capitalismo — los inmigrantes africanos, por ejemplo, desempeñan un papel vital en las construcciones de Francia, lo mismo que los habitantes del sur de Europa en gran parte de Europa Occidental—. Para que el cambio tecnológico, no obstante, desempeñe su papel correctamente, el capitalismo tiene que desarrollar la capacidad de producir excedentes de producto y trabajo dentro de sus confines.

Esto nos lleva al segundo gran mecanismo a la hora de generar las precondiciones necesarias para la formación del capital fijo. La sobreacumulación, que según hemos visto surge necesariamente en el capitalismo de forma periódica, abarca la creación de un «capital desempleado en un polo y una población de trabajadores desempleados en el otro» (véase el capítulo VII). Los excedentes de fuerza de trabajo, de mercancías, de capacidad productiva y de capital dinero son potencialmente convertibles en capital fijo. Esta es una idea teórica fundamental y muy importante. Señala, en efecto, que las contradicciones de la acumulación producen las precondiciones necesarias para la formación del capital fijo sobre bases periódicas. En lo

⁵ Según la obra de Rostow (1960) *Las etapas del crecimiento económico* (con su interesante subtítulo «un manifiesto no comunista»), Inglaterra logró su «despegue» hacia el crecimiento económico entre 1783 y 1802 duplicando su tasa de inversiones del 5 al 10 %. Deane y Colé (1962, pp. 261-264) encuentran pocas pruebas de ese resurgimiento en la formación de capital, y el debate subsecuente —gran parte del cual está reimpresso en Crouzet (1972)— ofrece un fuerte apoyo a esa conclusión. Sobre este punto, merece la pena consultar a Mathias (1973).

que sigue vamos a tratar de descifrar algunas de las implicaciones de esta sorprendente idea teórica.

Vamos a comenzar considerando cómo se relaciona el flujo y el reflujo del ejército industrial de reserva con la formación de capital fijo en ausencia de cualquier forma de «acumulación originaria» o de la movilización de sectores «latentes» dentro de una población. Bajo esas condiciones, una superpoblación relativa es principalmente el producto del cambio tecnológico que crea el desempleo. Sin embargo, el cambio tecnológico requiere por lo general de la formación de capital fijo. Y este último requiere la formación previa de un ejército industrial de reserva. El ritmo de la oferta y la demanda de fuerza de trabajo y la capacidad para absorber el exceso de fuerza de trabajo por medio de la formación de capital fijo parece estar regulado por circunstancias contradictorias. Los mismos procesos que producen un ejército industrial de reserva también lo absorben. La contradicción viene expresada característicamente a través de fases de formación del capital fijo y de absorción de la fuerza de trabajo excedente seguidas por un desempleo generalizado y un estancamiento en la formación del capital fijo. Por otro lado, no podemos entender ese proceso totalmente sin considerar la forma en que también se genera y se absorbe el excedente de producto.

El exceso de mercancías, capacidades productivas y fuerza de trabajo asociado a la sobreacumulación no puede desplazarse instantáneamente de, digamos, industrias de bienes para el consumidor (ropa, zapatos, etc.) a la producción de artículos de capital fijo (maquinaria, ferrocarriles). A menudo se requiere una crisis para obligar a hacer ese cambio del capital circulante al capital fijo —de hecho, Marx dijo que la «crisis constituye siempre el punto de partida para una gran nueva inversión», que sienta «un nuevo fundamento material para el siguiente ciclo de rotaciones» (*El capital*, vol. II, pp. 211-212)—. Si esos cambios pudieran ocurrir de forma instantánea y sin coste, entonces los problemas de sobreacumulación y devaluación del capital circulante se podrían resolver totalmente con la formación de capital fijo. El límite de esos cambios estaría solo en la capacidad para realizar el valor de las inversiones de capital fijo. En la medida en que el empleo de capital fijo implica un incremento en la productividad del trabajo, el intercambio de capital circulante a capital fijo solo puede exacerbar a la larga el problema de la sobreacumulación. Una parte del capital fijo estará condenada a la ociosidad debido a la sobreacumulación y el propio capital fijo sufrirá una devaluación. Una solución a corto plazo a los problemas de la sobreacumulación exacerba las dificultades a largo plazo y pone parte del peso general de las devaluaciones periódicas sobre el capital fijo. La única diferencia está en que el momento oportuno y el

ritmo de la formación de la crisis y de su resolución se ven ahora profundamente afectados por el proceso de rotación del propio capital fijo.

La devaluación del capital fijo podría verse retardada indefinidamente por medio de un movimiento creciente del capital a la formación de capital fijo. Tugan-Baranovsky discutió esta posibilidad en el contexto de los esquemas de la reproducción ampliada de Marx.⁶ Mostró que la acumulación podía continuar de forma perpetua siempre y cuando la inversión en capital fijo creciera en las proporciones correctas. Esto implicaría una economía en la que se pudieran construir máquinas para producir máquinas que construyeran más máquinas, algo que parece bastante absurdo desde el punto de vista de las necesidades humanas, pero que teóricamente el capitalismo es capaz de llegar a hacer, ya que los capitalistas están interesados únicamente en el plusvalor y no les importa nada en absoluto qué valores de uso producen. Los límites de esta economía alucinada solo se alcanzarían cuando el flujo de capital circulante llegara a ser insuficiente para apoyar el uso continuado del capital fijo, o cuando el ritmo del cambio tecnológico implicado por la formación de capital fijo se volviera tan rápido que las devaluaciones que se producen al acortar la vida económica de las máquinas llegaran a ser un serio problema. Aun cuando la solución de Tugan-Baranovsky no se puede mantener a la larga, ayuda a explicar por qué el capitalismo presenta frecuentes ataques de inversión excesiva en alta tecnología, sin que le importen los excedentes de fuerza de trabajo ya existentes o las necesidades humanas de las poblaciones. A corto plazo, el capital puede responder a la sobreacumulación volcándose sobre la formación de capital fijo —cuanto más larga sea la vida del capital fijo y más amplia su escala mejor (por ejemplo, obras públicas a gran escala, presas, ferrocarriles, etc.)—. De todos modos, en algún momento futuro los problemas de sobreacumulación están destinados a resurgir, a registrarse quizás en una escala mayor en la devaluación del propio capital fijo.

Las contradicciones inherentes a la forma de circulación del capital fijo se pueden abordar desde otro ángulo. Marx argumenta que «cuanto más se desarrolle el capital fijo, más se convierte en condición extrínsecamente imperiosa del modo de producción basado en el capital la continuidad del proceso de producción o el flujo constante de la reproducción» (*Grundrisse*, vol. II, p. 113). Cuando los capitalistas compran capital fijo están obligados a usarlo hasta que su valor (calculado en la forma que sea) sea completamente recuperado. El capital fijo «compromete la producción de los años siguientes» «anticipa el trabajo futuro como contravalor» y por tanto ejerce un poder coactivo sobre los usos futuros (*Grundrisse*, vol. II,

⁶ Kalecki (1971, capítulo 13) ofrece una interesante descripción del esquema de Tugan-Baranovsky.

p. 138). Marx se centra en la tiranía que el capital fijo, en la forma de la máquina bajo control del capitalista, ejerce sobre las condiciones de trabajo del trabajador (de ahí que sea tan largo y enérgico el capítulo que trata sobre la maquinaria en el primer volumen de *El capital*). Este punto se puede generalizar. Cuanto más capital circula en forma de capital fijo, más queda vinculado el sistema de producción y consumo a las actividades específicas encaminadas a la realización del capital fijo.

La contradicción que esto implica se puede ver fácilmente. Por un lado, el capital fijo proporciona una poderosa palanca para la acumulación, mientras que la inversión ulterior en capital fijo proporciona al menos un alivio temporal a los problemas de sobreacumulación. De otro lado, la producción y el consumo están cada vez más aprisionados dentro de formas fijas de hacer las cosas y cada vez más comprometidos en líneas de producción específicas. El capitalismo pierde flexibilidad, se frena su capacidad de innovación (*El capital*, vol. II, p. 211).

Esto nos retrotrae inmediatamente a ese mundo complejo, que Marx conocía pero acerca del cual hizo poco por ilustrarnos, en el que la vida económica del capital fijo ya no corresponde con su vida física. La transferencia de valor en línea recta ya no puede ser sostenida como una descripción adecuada de la circulación del capital fijo. El problema más grave que surge aquí se refiere a las repercusiones de la maquinaria nueva, más barata y más eficiente, sobre el valor de uso y, en consecuencia, sobre el valor imputado a la maquinaria antigua. Recurriendo al lenguaje de los precios, Marx señala que «los cambios que siguen operándose en la construcción de las máquinas y su abaratamiento deprecian, de manera igualmente constante, los viejos modelos y hacen que solo sean lucrativos cuando, comprados a precios irrisorios, los emplean en masa grandes capitalistas» (*El capital*, vol. I, p. 555; vol. III, p. 132). Las perpetuas revoluciones en la tecnología pueden implicar la devaluación del capital fijo a una amplia escala.

Los intercambios entre los departamentos 1 y 2 pueden también verse interrumpidos. Sin embargo, si el ritmo del cambio tecnológico es uniforme y si los capitalistas se pueden sentir razonablemente seguros de lo que esperan de las tecnologías futuras, entonces es posible planificar la obsolescencia de su capital fijo y gestionar la circulación del capital fijo de acuerdo con un plan racional.⁷ De esta forma se pueden reducir al mínimo los efectos disruptivos del cambio tecnológico, al tiempo que se puede reducir el efecto de las relaciones de intercambio entre los dos departamentos a oscilaciones bastante débiles. La obsolescencia programada solo es posible,

⁷ Vale la pena mencionar el paralelo con las opiniones de Boccara sobre la devaluación relativa. Véase el capítulo VII.

sin embargo, cuando la velocidad del cambio tecnológico es controlada. El monopolio, el patrocinio del gobierno de la investigación y el desarrollo y las restricciones legales a la aplicación de innovaciones (en particular las leyes de patentes y licencias) desempeñan así un papel importante a la hora de regular el ritmo de cambio tecnológico y de hacer que la obsolescencia programada esté entre los medios disponibles para contrarrestar la evidente tensión entre el cambio tecnológico y su corolario inevitable, la devaluación del capital fijo. De hecho, se puede demostrar que los efectos incoherentes y destructivos del cambio tecnológico incontrolado requieren una respuesta capitalista bajo la forma de diversos arreglos —tales como monopolios y leyes de patentes— a la hora de controlar el ritmo de ese cambio tecnológico.⁸

En ausencia de controles eficaces, la obsolescencia programada se vuelve imposible. Lo que comenzó como oscilaciones y desequilibrios sin importancia entre los departamentos y en las proporciones entre el capital fijo y el capital circulante se incrementa rápidamente hasta convertirse en oscilaciones explosivas o en divergencias reiteradas de una senda de crecimiento equilibrado (véanse las pp. 246-247 de este libro). La circulación del capital fijo se enreda en la maraña de fuerzas contradictorias relacionadas con el cambio tecnológico, el desequilibrio, la formación de crisis, la sobreacumulación y la devaluación. Fue precisamente ese resultado el que Marx tenía en mente en sus estudios de la circulación del capital fijo.

Marx argumenta explícitamente, por ejemplo, que la búsqueda competitiva de plusvalor relativo obliga a reemplazar «los instrumentos viejos de trabajo antes de la expiración de su vida natural», y que si esto ocurre en «una escala social bastante grande» se «realiza principalmente por medio de catástrofes y crisis» (*El capital*, vol. II, p. 218). Menciona también que «los constantes perfeccionamientos, que privan de su valor a la maquinaria existente, a los equipos de las fábricas, etc., o a su correspondiente valor de uso» tienen un «efecto particularmente directo sobre todo en la primera época, a raíz de introducirse la maquinaria [...] [cuando ésta] va quedando constantemente anticuada antes de tener tiempo de reproducir su valor». Las rápidas reducciones en el coste de reposición tienen efectos similares. Y así encontramos que «los grandes establecimientos industriales solo florecen en segundas manos, luego de haber quebrado su primer propietario; el segundo, que los ha comprado baratos, comienza por ello su producción desde un principio con un desembolso menor de capital» (*El capital*, vol. III, p. 133).

⁸ La descripción de Noble (1977) del uso controlado de las leyes de patentes en Estados Unidos desde principios del siglo XX encaja muy bien con esta descripción teórica.

En el curso de una crisis parcial o general, los elementos del capital fijo se devalúan en mayor o menor grado. Esto forma entonces «un modo inmanente al modo capitalista de producción para contener el descenso de la tasa de ganancia y para acelerar la formación de valor de capital mediante la formación de capital nuevo» (*El capital*, vol. III, p. 288). En pocas palabras, la composición del valor agregado del capital se estabiliza ante un fuerte cambio tecnológico por la devaluación forzada de una parte del capital constante fijo. Los conceptos de sobreacumulación y devaluación tienen así un papel particular a desempeñar en relación con la circulación del capital fijo. Marx concluye:

Mediante este ciclo que abarca una serie de años y está formado por rotaciones conexas en las cuales el capital se ve retenido en sus partes constitutivas fijas se da un fundamento material para las crisis periódicas en las que el negocio recorre periodos sucesivos de depresión, animación media, vértigo y crisis. Los periodos en que se invierte capital son muy distintos y están muy dispersos. Sin embargo, la crisis siempre constituye el punto de partida de una inversión nueva. Y en consecuencia también, si se considera la sociedad en su conjunto, configura en mayor o menor medida, un fundamento material para el ciclo siguiente de rotaciones (*El capital*, vol. II, pp. 210-211).

Las crisis adquieren, por eso, un aspecto bastante diferente y una nueva dimensión cuando introducimos en escena la circulación del capital fijo. La contradicción fundamental entre la evolución de las fuerzas productivas y las relaciones sociales del capitalismo sigue siendo el meollo de la cuestión. El ritmo de cambio tecnológico —primariamente relacionado con el afán de obtener plusvalor relativo (véase el cap. IV)— sigue siendo la principal palanca de la acumulación y la fuerza mayor que contribuye al desequilibrio. Ahora vemos, sin embargo, que la manera misma en la que están constituidas muchas de las fuerzas de producción —a través de la producción de mercancías y de plusvalor— engendra una forma de circulación del valor que se contradice con el cambio tecnológico ulterior. El cambio tecnológico se retrasa (privando así al capital de su principal palanca de acumulación) o bien sigue presionando con el inevitable resultado de la devaluación del capital fijo. Toda la manifestación material y el ritmo temporal de la formación de la crisis se ven así modificados de forma fundamental. En una situación de este tipo, el primer corte de la teoría de las crisis de Marx (véase el capítulo VII) no sirve fundamentalmente de nada. Queda por ver cómo se debe ajustar esa teoría para que considere la formación y uso de capital fijo.

3. Algunas formas especiales de circulación del capital fijo

Al aferrarnos al ejemplo de la maquinaria, hemos podido simplificar el concepto del capital fijo. El capital fijo, no obstante, también incluye artículos tan diversos como los barcos y los muelles, los ferrocarriles y las locomotoras, las presas y los puentes, el abastecimiento de agua y los sistemas de aguas residuales, las centrales de energía eléctrica, las fábricas, los almacenes, etc. Un pico y un ferrocarril pueden ser ambos clasificados como capital fijo, pero su similitud no va más allá. Por eso debemos separar el concepto de capital fijo y considerar algunas de las «peculiaridades» especiales que surgen.

Hasta ahora hemos excluido cualquier consideración detallada de cómo afectan a estos asuntos las intervenciones del sistema de crédito, si bien esta cuestión ha estado latente en el fondo del análisis. A primera vista, el crédito aparece ciertamente como un medio apropiado de superar las contradicciones entre el capital fijo y el capital circulante. Sin embargo, fiel a sus ideas, Marx insiste en que en la medida en que el crédito logra realizar esa función, absorbe contradicciones dentro de su propia esfera. Las contradicciones se desplazan en lugar de ser eliminadas. Marx alude a ese desplazamiento cuando califica «las diferentes clases de utilidades sobre el capital fijo y circulante» como la diferencia entre las anualidades, los intereses y las diferentes formas de renta por un lado, y las ventas y las ganancias por el otro (*Grundrisse*, vol. II, p. 129). En el siguiente epígrafe hablaremos más detalladamente de este tema.

En la medida en que la esfera del dinero, el crédito y el interés resulta extraordinariamente compleja, debemos retrasar su consideración al próximo capítulo. Lo mejor que podemos esperar hacer aquí es mostrar cómo y por qué el sistema de crédito debe existir necesariamente como un medio para tratar de resolver algunos de los problemas crónicos que surgen en el contexto de la formación y uso del capital fijo. La mejor manera de hacer esto es considerando las situaciones en las que los problemas de la circulación del capital fijo asumen una forma exagerada y muy especial.

3.1. Capital fijo a gran escala y de gran durabilidad

El tiempo de rotación del capital fijo es una función de su «durabilidad relativa» y «la durabilidad de su materia es, pues, una condición de su función como medio de trabajo y, en consecuencia, también fundamento material del modo de circulación que lo convierte en capital fijo» (*El capital*, vol. II, p. 251). La durabilidad depende de las propiedades físicas y las cualidades materiales de los valores de uso tienen un efecto importante

sobre el tiempo de rotación. No obstante, Marx también insiste en que la mayor durabilidad del capital fijo no se debe concebir como una cualidad puramente física (*El capital*, vol. II, p. 251). Se incorporan materiales durables a los artículos de capital fijo porque hacerlo tiene sus ventajas: por ejemplo, «cuanto con mayor frecuencia hay que reemplazarlo [el medio de producción], más costosa e inútil resulta la parte del capital invertido» (*Grundrisse*, vol. II, p. 119). Por otro lado, cuanto más dure el capital fijo más probable es que quede expuesto a la devaluación provocada por el cambio tecnológico.

La durabilidad del capital fijo varía, sin embargo, según las circunstancias económicas y las posibilidades materiales y tecnológicas. Ya hemos mencionado que «los diferentes elementos del capital fijo de un negocio tienen diferentes periodos de rotación, dependiendo de sus diferentes durabilidades» y lo mismo se puede decir del capital en la sociedad en general. Necesitamos considerar entonces los problemas especiales que surgen cuando, por la razón que sea, se crea capital fijo de mayor durabilidad bajo relaciones capitalistas de producción.

La cantidad de valor puesta en la circulación monetaria y retirada de la circulación de mercancías también varía mucho al principio de acuerdo con la naturaleza del capital fijo formado. Los muelles y los puertos requieren mucho más que las simples herramientas agrícolas. También sucede que algunos artículos de capital fijo se pueden producir de modo acumulativo—se pueden ampliar poco a poco, como una línea de ferrocarril— mientras que otros tienen que ser terminados totalmente antes de que se puedan poner en uso, como por ejemplo una presa. En todos estos casos, el modo de ser físico y material del capital fijo afecta al grado de dificultad en su formación. Existen, como si dijéramos, barreras a la entrada de capital a ciertas clases de actividades debido a la escala del esfuerzo inicial que requieren. Estas barreras son en parte un reflejo de las propiedades materiales y físicas del valor de uso requerido, pero aquí, también, intervienen las circunstancias económicas. La escala de inversión de capital fijo depende en parte del impulso de lograr economías de escala en la producción, economías de empleo del capital constante, y esto no es independiente del grado de concentración y centralización del capital.

Como quiera que sea, la producción y la circulación de capital fijo a gran escala y de gran durabilidad plantea algunos problemas muy específicos a tratar. Consideremos así las dificultades que surgen en relación con la inversión y uso de artículos como las modernas instalaciones para la producción integrada de hierro y acero, un complejo petroquímico, una estación de energía nuclear o una gran presa.

Para comenzar, el periodo de trabajo que se requiere para producir esas instalaciones es muy largo y representa una carga considerable para los productores. Marx argumentó que «en los estadios menos desarrollados de la producción capitalista, este tipo de empresas requieren un tiempo de trabajo prolongado, y por ende un gran desembolso de capital por un lapso considerable, sobre todo si solo se las puede ejecutar a gran escala,[...] no se llevan a cabo en absoluto de manera capitalista, como ocurre, por ejemplo, con rutas, canales, etc., que se construyen a costa de la comunidad o del Estado» (*El capital*, vol. II, p. 264). En la era del capitalismo avanzado, sin embargo, la concentración y centralización de capital y la organización de un sistema de crédito sofisticado permite que se lleven a cabo estos proyectos sobre una base capitalista.

Problemas similares surgen debido a los desembolsos gigantescos de dinero de los usuarios que requieren este capital fijo y al largo tiempo que conlleva —digamos, treinta años o más— recuperar ese dinero por medio de la producción. Los capitalistas individuales pueden así tratar, por necesidad, de traspasar esos proyectos «a hombros del país» (*Grundrisse*, vol. I, p. 384). Ciertamente, el capital fijo a esta escala y con esta durabilidad no puede ser producido o empleado sin recurrir al sistema de crédito. Este último libera a los capitalistas individuales de la obligación de acumular previamente enormes cantidades de capital en dinero dirigido a la compra del capital fijo, al tiempo que convierte el pago de ese capital fijo en un pago anual. Lo que realmente sucede —asumiendo que no intervienen los ahorros personales de parte de otras clases de la sociedad— es que los productores capitalistas que invierten en el presente piden prestado a otros capitalistas que están ahorrando con miras a una inversión o reposición futura. De esta forma el capital se mantiene en pleno empleo a pesar de la enorme rotación de las instalaciones de capital fijo a gran escala.

El crédito permite teóricamente equilibrar los intercambios de dinero entre los diversos departamentos que producen mercancías salario, capital fijo constante o capital circulante constante, si bien los intercambios de mercancías no son modificados directamente en ninguna forma. No obstante, en pro de la armonía de los intercambios de dinero, el ahorro agregado debe estar en equilibrio con las necesidades de inversión. Esto nos lleva inmediatamente a preguntar cómo se podría establecer ese equilibrio bajo las relaciones sociales del capitalismo. Vemos que solo se puede tratar este asunto en el contexto de un análisis del sistema de crédito. Si no se sostiene esta condición de equilibrio, y posteriormente veremos por qué esto no sucede «salvo por accidente» (véase el cap. IX), el crédito puede terminar exacerbando el problema en lugar de resolverlo.

Los intercambios de mercancías materiales entre los departamentos están todavía sujetos a alteraciones debido a causas propias y estas

alteraciones se intensifican con la introducción de capital fijo a gran escala y de gran duración. Después de todo, «cuanto menores sean los frutos directos que rinda el capital fijo», más grande debe ser la «pluspoblación y esta plusproducción relativas; por tanto, [tendrá que haber] más maquinaria activa para construir ferrocarriles, canales, conducciones de agua, telégrafos, etc.» (*Grundrisse*, vol. II, p. 116). Esto significa que se requiere una apropiación masiva (trabajo esclavo, acumulación originaria. etc.) o una fuerte sobreacumulación para poder llevar a cabo proyectos de este tipo. En la medida en que anticipan los «frutos futuros del trabajo» durante un largo periodo en el futuro, también encierran al capital en formas que no siempre son deseables.

Caso de que en el curso del desarrollo capitalista se diera una progresión uniforme en todos los frentes, de la pequeña a la gran escala y de la inversión a corto plazo a la inversión a largo plazo en capital fijo, sería más fácil incorporar la teoría de la formación y circulación del capital fijo a la teoría general de la acumulación. Aun cuando hay razones objetivas por las que «al desarrollarse el modo capitalista de producción se desarrollan el volumen de valor y la duración de la vida del capital fijo empleado» (*El capital*, vol. II, p. 211), también es cierto que «el desarrollo de la productividad en diferentes líneas de la industria avanza a velocidades sustancialmente diferentes y con frecuencia incluso en direcciones opuestas», y esto debido no solo a las condiciones naturales y sociales sino también a la «anarquía de la competencia y la peculiaridad del modo de producción burgués» (*El capital*, vol. II, p. 328). Existen, por ejemplo, una variedad de formas de capital fijo, infraestructuras físicas como muelles y puertos, sistemas de transporte y cosas por el estilo, que son de una escala relativamente grande y que necesitan ser producidos en los comienzos de la historia del desarrollo capitalista. Además, en la medida en que surgen tensiones entre el grado de centralización y de descentralización del capital, entre las esferas del intercambio y de la producción en el mercado, podemos esperar que estos factores también interactúen con las decisiones acerca del empleo de capital fijo de cierta escala y durabilidad. Las diferencias en la escala y durabilidad del capital fijo están destinadas, según parece, a ser un rasgo esencial del desarrollo desigual del capitalismo.

3.2. Capital fijo de tipo «independiente»

Hay circunstancias en las que el capital fijo «no se manifiesta como mero instrumento de producción dentro del proceso de producción [de que se trate], sino como forma independiente del capital, por ejemplo, en forma de ferrocarriles, canales, caminos o conducciones de agua, como capital incorporado al suelo, etc.» (*Grundrisse*, vol. II, p. 101). El capital fijo de

tipo «independiente» se puede distinguir del capital fijo que está encerrado dentro del proceso de producción inmediato por las funciones específicas que realiza en relación con la producción —actúa, como dijo Marx, «como la precondition general de la producción»—.

Para el capitalista individual la diferencia se puede expresar como aquella que existe entre la maquinaria y los edificios que la albergan. Sin embargo, en la sociedad en su conjunto podemos observar muchas situaciones en las que los capitalistas hacen uso de capital fijo de tipo independiente que disponen en común y, como individuos, sobre una base parcial, intermitente o temporal (*Grundrisse*, vol. II, p. 132). La relación peculiar que este tipo de capital fijo tiene con la producción está relacionada con una clase específica de proceso de circulación —«la realización del valor y de la plusvalía que este contiene aparece en la forma de una anualidad, donde el interés representa la plusvalía y la anualidad la utilidad sucesiva del valor adelantado (*Grundrisse*, vol. II, p. 130)—. El capitalista, en realidad, compra el valor de uso de esta clase de capital fijo sobre una base anual o sobre una tasa por servicio; el edificio que alberga la producción se alquila por un año, un camión elevador de carga se alquila por semanas o un container se alquila para llevar la mercancía a su destino final.

Esto implica que la forma independiente de capital fijo es propiedad de otra persona que no es el productor capitalista. Aquí reside la base racional para la forma de circulación que surge entonces. Efectivamente, los dueños del capital prestan a los usuarios en forma de capital fijo en vez de capital dinero:

La mercancía que se presta como capital se presta como capital fijo o circulante según su índole. Este dinero puede prestarse en ambas formas, como capital fijo, por ejemplo, cuando se reintegra en forma de renta vitalicia, de modo que con el interés también refluye siempre una porción del capital. Con arreglo a la naturaleza de su valor de uso, ciertas mercancías solo pueden prestarse como capital fijo, como en el caso de edificios, barcos, máquinas etc. Pero cualquier capital prestado, sea cual fuere su forma y comoquiera que se halle modificado el reintegro por la naturaleza de su valor de uso, siempre es solo una forma particular del capital dinerario (*El capital*, vol. III, p. 397).

De ahí se sigue que no podemos ir muy lejos en la explicación de esta forma de circulación del capital fijo sin un examen cuidadoso del capital dinero y del interés. Por esta razón Marx excluyó un examen más amplio del problema en los pasajes que trataban sobre el capital fijo y se ocupó exclusivamente del capital fijo encerrado dentro del proceso de producción. Hizo sin embargo algunos comentarios provocadores que merecen alguna explicación. Advirtió, por ejemplo, que las empresas a gran escala

que hacen mucho empleo de capital fijo —como los ferrocarriles— «solo son posibles siempre y cuando arrojen simples intereses, siendo esta una de las causas que contienen el descenso de la tasa general de ganancia, ya que estas empresas, en las que el capital constante guarda una proporción tan desmedida con el capital variable, no entran necesariamente en la compensación de la tasa general de ganancia (*El capital*, vol. III, p. 507). Es posible por tanto prevenir las crisis transformando «en capital fijo una gran parte del capital global [que] impide que actúe como agente de la producción directa» (*Grundrisse*, vol. II, p. 154).

Es algo raro que los marxistas no hayan adoptado esta idea y no hayan explorado sus implicaciones, tanto teóricas como históricas.⁹ Marx afirma dos cosas. Primero, si el capital fijo es prestado en lugar de vendido, funciona entonces como un equivalente del capital dinero, puede circular como tal, siempre y cuando el valor cristalizado en este se recupere a lo largo de su vida y siempre y cuando produzca intereses. En la medida en que el interés es solo una parte del plusvalor, el capital fijo de tipo independiente circula sin reclamar todo el plusvalor que contribuye a producir. Esto deja libre un plusvalor que puede ser dividido competitivamente entre los capitalistas restantes que luchan por igualar la tasa de ganancia. En definitiva, un crecimiento del capital fijo de tipo independiente respecto de las formas de capital más enclaustradas libera plusvalor y puede así contrarrestar, al menos a corto plazo, la tasa decreciente de ganancia, tal y como Marx la definió. Se supone que fue por esta razón que Marx consideró importante analizar «la proporción en que el capital total de un país se divide en estas dos formas» (*Grundrisse*, vol. II, p. 101). Esto, a su vez, tiene implicaciones para nuestra interpretación de los cambios de escala y organización en el capitalismo durante los últimos doscientos años (véase el capítulo V).

En segundo lugar, podemos examinar toda esta cuestión desde el punto de vista del capitalista individual. Si aceptamos una de las definiciones de Marx sobre la tasa de ganancia como la proporción de plusvalor producido en relación con el capital empleado, un incremento en el uso del capital fijo dentro del proceso de producción aumenta el capital empleado en relación con el capital real consumido en un ciclo de producción. El uso de formas independientes de capital fijo no tiene el mismo efecto ya que el capital total empleado ahora solo incluye el pago que el capitalista hace

⁹ La descripción de Boccara (1974) sobre la devaluación logra ver este punto, pero luego desvirtúa su verdadera importancia ligándola a una teoría de la devaluación estructural bajo el capitalismo monopolista de Estado —véase el capítulo VII—. Magaline (1975), al corregir adecuadamente la posición teórica general de Boccara, se abstiene de conceder una cierta verdad al argumento de este último respecto de la circulación del capital fijo a una tasa más baja de remuneración que la media social.

por usar el capital fijo durante ese periodo de tiempo. Al sustituir las formas cerradas de capital fijo por formas independientes se reduce el capital total empleado por los capitalistas individuales aunque el capital total consumido puede seguir aumentando. La tasa de ganancia para el capitalista individual puede venir incrementada por medio de esta estratagema. Una inclinación hacia el capital fijo de tipo independiente ayuda a frenar la tendencia a una tasa decreciente de ganancia. En este contexto es importante reconocer que hasta cierto punto la relación entre las formas independientes y cerradas de capital fijo es una relación fluida; un industrial puede alquilar edificios y maquinaria, o comprarlos directamente. Además, cuando los tiempos se vuelven difíciles podemos prever un aumento en el alquiler de equipos, como el que presenciamos en los últimos años en los países capitalistas avanzados.

Todo ello da por supuesto que las formas de organización son capaces de proporcionar capital fijo de tipo independiente y que su circulación no se ve asolada por dificultades peculiares o inhibida por barreras importantes. Resulta así esencial un sistema de crédito que opere activamente, así como formas de organización como las compañías por acciones. Se trata de condiciones necesarias. Además, el capital fijo que circula de forma independiente incurre en ciertos riesgos. En cierto sentido los problemas de realización del valor incorporado (y el cálculo de la transferencia de valor, etc.) son más serios aquí que en el caso del capital fijo encerrado dentro de la producción —el uso de capital fijo depende enteramente de las condiciones económicas generales y es mucho más vulnerable a las devaluaciones repentinas provocadas por el declive de su uso—. De otro lado, puesto que tratamos con capital fijo que a menudo es usado en común y que actúa como precondition general para la producción, la búsqueda competitiva de plusvalor dentro de la empresa no provocará el grado de devaluación debido al cambio tecnológico, a menos que los que proporcionan el capital fijo independiente estén en mutua competencia. Sencillamente, no podemos llevar este punto mucho más lejos sin una consideración muy específica de cómo se organiza la oferta y la demanda para los tipos independientes de capital fijo.

La perspectiva de Marx sobre esta forma particular de capital está lejos de haber sido bien desarrollada. El resumen de su argumento que hemos proporcionado suscita tantas preguntas como respuestas. Como Marx, sin embargo, debemos necesariamente posponer una más profunda evaluación hasta que dispongamos al menos de una cierta comprensión sobre el sistema de crédito. Aquí solo podemos abordar ideas que parecen de gran importancia, aún no estamos preparados para explorarlas en toda su plenitud.

4. El fondo de consumo

Ciertas mercancías realizan en el ámbito del consumo un papel algo análogo al que desempeña el capital fijo en el proceso de producción. Las mercancías no son consumidas directamente, sino que sirven como instrumentos de consumo. Incluyen artículos tan diversos como cubertería y utensilios de cocina, refrigeradores, aparatos de televisión y lavadoras, casas, y diversos medios de consumo colectivo como los parques y los paseos. Todos esos artículos pueden agruparse convenientemente bajo el rótulo de fondo de consumo.

La distinción entre el capital fijo y el fondo de consumo se basa en el uso de las mercancías y no en su modo material de ser. Estos productos pueden transferirse de una categoría a otra por medio de un cambio de uso (véase la p. 286 de este libro). El capital fijo cristalizado en almacenes y talleres puede convertirse, por ejemplo, en artículos de fondo de consumo como apartamentos y galerías de arte, y viceversa. Algunos productos funcionan simultáneamente como medios de producción y de consumo (carreteras y automóviles, por ejemplo). Los usos conjuntos son siempre posibles.

Los instrumentos de consumo no tienen que ser producidos como mercancías. Los trabajadores pueden producir su propia casa en su tiempo libre y con sus propios esfuerzos, así como intercambiar entre sí los productos de su propio trabajo. Los sistemas de este tipo, comunes en los primeros años de la industrialización capitalista, persisten en el llamado sector «informal» de las economías del Tercer Mundo y en la economía sumergida de los países capitalistas avanzados.¹⁰ El valor de la fuerza de trabajo es sensible a la forma que toma la provisión del fondo de consumo, en tanto está fijado de acuerdo con las mercancías compradas en el mercado. En la medida, sin embargo, en que nuestro principal interés en este momento es el proceso de circulación del capital, asumimos que el fondo de consumo es producido únicamente a través de la producción capitalista de mercancías.

Una mercancía es capital circulante para sus productos, sin importar cómo se use. Desaparece de la circulación cuando es vendida al consumidor final y el valor equivalente es devuelto al capitalista en forma de dinero. Si las mercancías tienen una vida larga y siguen en uso, entonces forman una parte de la riqueza social total de la sociedad, si bien ya no funcionan como capital en movimiento. Hay, a este respecto, una diferencia crucial entre el uso continuado del capital fijo (que mantiene el valor circulante como capital) y el uso continuado de artículos del fondo de consumo.

¹⁰ Portes (1980) revisa la bibliografía sobre el sector informal y la acumulación del capital, principalmente en referencia a América Latina.

Si a esto fuera todo lo que importa, podríamos dejar a un lado alegremente la cuestión del fondo de consumo. Hay que considerar el asunto, no obstante, desde el punto de vista de los compradores. Estos últimos tienen que pagar el valor total equivalente a la mercancía en determinado momento a fin de conseguir un flujo de beneficios futuros. Pueden reservar un dinero o pedir prestado el propio artículo (en cuyo caso pagan un alquiler) o el dinero para comprarlo (en cuyo caso pagan un interés). La renta y el interés son un resultado corriente del uso de muchos artículos del fondo de consumo. Es importante entender el motivo.

Algunos artículos del fondo de consumo, como la vivienda, requieren un desembolso inicial tan grande que están fuera del alcance de los medios de compra directa de la gente, con excepción de los muy ricos. Si la vivienda se ha de producir como una mercancía, entonces se vuelve esencial alquilarla o pedir dinero prestado. Sin la intervención del propietario, el sistema de crédito y el Estado, se negaría el acceso al capital a una forma de producción extensa y básica.¹¹ La provisión de dinero para comprar artículos de consumo costosos altera también la circulación del capital en la medida en que retiene el dinero (que de otra forma podría convertirse en capital) y actúa como una barrera para una transformación fluida de la circulación de las utilidades en la realización del capital a través del intercambio. Cuando el sistema de crédito llega al rescate, permite ahorrar a algunos consumidores (a cambio de un interés) y a otros les permite pedir prestado y pagar tanto el interés como el principal a través de un extenso periodo de tiempo. Los intercambios entre los diversos departamentos pueden así ser protegidos contra unas provisiones excesivas de los ingresos.

El efecto inmediato es, sin embargo, la integración del uso de gran parte del fondo de consumo en la circulación del capital que produce intereses. El dinero se presta contra los futuros ingresos de aquellos que usan el artículo del fondo de consumo. El artículo actúa como una garantía para el préstamo, lo que significa que debe conservar su carácter de mercancía como valor de uso material que potencialmente se puede poner en el mercado. Si el deudor no cumple con los pagos, el prestamista debe estar en condiciones de recuperar la mercancía y ofrecerla en venta en el mercado. La formación de un mercado de segunda mano de muchos artículos del fondo de consumo (viviendas, automóviles, etc.) es un corolario necesario de la deuda financiada para su compra.

El capital puede circular y de hecho circula dentro y a través del fondo de consumo. En la medida en que el capital dinero penetra en los instrumentos de consumo estos toman la forma de capital en mercancías

¹¹En años recientes, el sector de la vivienda ha sido objeto de muchas investigaciones realizadas desde una perspectiva marxista. Véase la encuesta de Bassett y Short (1980).

almacenadas. Las reglas de circulación del capital dentro del fondo de consumo se convierten en un aspecto importante para la circulación del capital en general. El propio Marx pospone cualquier consideración detallada sobre esto, sobre la base de que «dependerá de algunas otras determinaciones (alquilar en vez de vender, intereses, etc.)» que aún tienen que ser exploradas (*Grundrisse*, vol. II, p. 119). La explicación es válida, pero puede ser útil establecer aquí varios puntos iniciales relacionados con el fondo de consumo.

1. La vida física y económica de los artículos dentro del fondo de consumo viene fijada por fuerzas diferentes de las que prevalecen en el caso del capital fijo. La competencia por el plusvalor relativo, que revoluciona perpetuamente el capital fijo y lo devalúa periódicamente, brilla por su ausencia dentro de la esfera del consumo. La competencia existente está ligada a las modas y caprichos pasajeros, y con el deseo de exhibir muestras de un alto nivel social. En la medida en que el «consumo racional» para la acumulación depende de cierta rotación de los usos del fondo de consumo, el capital tiene que movilizar las fuerzas de la moda y del estatus. En cualquier caso, la obsolescencia económica de los artículos del fondo de consumo no se produce en respuesta a las mismas presiones que dan forma al uso del capital fijo. Las revoluciones en las fuerzas productivas crean una obsolescencia económica únicamente de forma indirecta. Los artículos de consumo más baratos y más eficientes hacen que no resulte económico mantener los viejos; las revoluciones en el transporte y la relocalización industrial vuelven redundante el parque de viviendas de ciertas regiones; y así sucesivamente. La vida material física de los objetos tiene un papel importante en el caso del fondo de consumo. La obsolescencia física integrada es así tan importante para sostener los mercados como la obsolescencia económica.

2. El valor de cambio de los artículos de segunda mano dentro del fondo de consumo viene normalmente dictado por el valor de nuevos artículos equivalentes. Las perspectivas de comercialización de esos artículos depende de su enajenabilidad y de su capacidad (en cualquier etapa de su vida física) para producir un flujo de ingresos futuros a cambio de su uso. El precio del artículo viene así fijado por los ingresos que puede generar, capitalizado a la tasa de interés de ese momento (véanse los capítulos IX y XI).

3. La compra de artículos del fondo de consumo por medio de hipotecas y otras formas de crédito es sensible a la disponibilidad de dinero por parte del consumidor. Los impulsos cíclicos que se derivan de la tendencia hacia la sobreacumulación son así tan fuertes en la

formación del fondo de consumo como en la inversión en capital fijo. Sin embargo, la capacidad para absorber capital dinero ocioso dentro del fondo de consumo está limitada por la circulación de los ingresos futuros. El sobreendeudamiento respecto del fondo de consumo puede ser un problema tan serio como el exceso de inversión en capital fijo. El derecho a los ingresos futuros derivados del trabajo futuro puede sobrepasar con mucho las capacidades creadoras de valor de ese trabajo futuro. En consecuencia, los artículos vendibles del fondo de consumo corren el riesgo de devaluarse en el curso de una crisis, al tiempo que las deudas excesivas pueden ser una fuente de desequilibrio. De otro lado, el sistema de crédito tiene la capacidad de estimular la producción (por medio de la formación de capital fijo) así como la realización en el intercambio (por medio de la formación del fondo de consumo). En capítulos futuros consideraremos las profundas implicaciones de esta cuestión.

4. Vale la pena considerar la distinción entre «artículos de primera necesidad» y «artículos de lujo» dentro del fondo de consumo. El modo, a menudo conspicuo, en el que la burguesía consume sus utilidades tiene ramificaciones muy diferentes a las de la creación de un fondo de consumo para la reproducción de la fuerza de trabajo. La reducción en el coste de los artículos de primera necesidad, conviene insistir, es una fuente de plusvalor. Las viviendas baratas y las rentas bajas o los pagos de interés bajos benefician al capital porque «la depresión de las condiciones de vida del obrero es un factor para el incremento de la tasa de ganancia» (*El capital*, vol. III, p. 101). La construcción de viviendas para los trabajadores desata a menudo corrientes de conflicto entre propietarios, constructores, capitalistas en dinero, trabajadores asalariados y capitalistas en general.¹² A menudo el resultado es la intervención del Estado.

5. El entorno construido para la producción, el intercambio y el consumo

Una parte de los medios de trabajo, en la que están incluidas las condiciones generales de trabajo, se inmoviliza en un lugar no bien ingresa en el proceso de producción [...] O bien se la produce desde un principio con esta forma inmóvil, ligada al lugar, como ocurre, por ejemplo, con las mejoras del suelo, los edificios de las fábricas, los canales, los altos hornos, las vías férreas [...] El hecho de que los medios de trabajo estén fijados en un lugar, de que con sus raíces estén firmemente metidos en la tierra, le asigna al capital fijo un papel propio en la economía de las naciones. Los títulos de propiedad sobre este capital fijo pueden cambiar de manos; se los pueden comprar y vender, y en esa medida, pueden circular idealmente. Estos títulos de propiedad pueden circular

¹² Examino esto más detalladamente en Harvey (1977).

incluso en mercados extranjeros, por ejemplo, bajo la forma de acciones. Pero la proporción que existe en un país entre la parte inmóvil, materialmente fijada de la riqueza, y la parte móvil de la misma no cambia porque cambien las personas, los propietarios de este tipo de capital fijo (*El capital*, vol. II, pp. 186-187).

Marx insiste en que no debemos confundir el capital *fijo* con el capital *inmueble* (los barcos y las locomotoras son capital fijo aunque se mueven, mientras que algunos elementos del capital circulante, como la energía hidráulica, tienen que usarse *in situ*). Debemos considerar, sin embargo, la «función especial» que desempeña el capital fijo bajo el capitalismo en general y en la economía de las naciones en particular. Una parte del fondo de consumo (viviendas, parques, etc.) es también inmueble.

Esto nos lleva a la concepción de un *entorno construido* que funciona como un vasto sistema de recursos creado por los seres humanos, el cual comprende valores de uso incrustados en el paisaje físico, que se pueden utilizar para la producción, el intercambio y el consumo. Desde el punto de vista de la producción, estos valores de uso pueden considerarse como las precondiciones generales de la producción y como fuerzas directas dentro de ella. Debemos considerar así «las mejoras implantadas en el suelo, las conducciones de aguas, los edificios; y, en gran parte [también] la maquinaria, puesto que, para poder funcionar, necesita esta fijarse físicamente [al suelo]; los ferrocarriles; en una palabra, toda forma [material] en el que el producto de la industria tenga que unirse sólidamente a la superficie» (*Grundrisse*, vol. II, p. 145). El entorno construido para el consumo y el intercambio no es menos heterogéneo.

El entorno construido comprende toda una multitud de elementos diversos: fábricas, presas, oficinas, tiendas, almacenes, carreteras, ferrocarriles, muelles, centrales eléctricas, sistemas de abastecimiento de agua y de aguas residuales, escuelas, hospitales, parques, cines, restaurantes, etc.—la lista es interminable—. Muchos elementos —las iglesias, las viviendas, los sistemas de drenaje, etc.— son el legado de actividades realizadas bajo relaciones de producción no capitalistas. En toda época, el entorno construido aparece como un palimpsesto de paisajes diseñados de acuerdo con los dictados de diferentes modos de producción en diferentes etapas de su desarrollo histórico. Sin embargo, bajo las relaciones sociales del capitalismo, todos los elementos asumen la forma mercancía.

Puramente considerados en tanto mercancías, los elementos del entorno construido exhiben ciertas características peculiares. La inmovilidad en el espacio implica que una mercancía no puede moverse sin que se destruya el valor incorporado en la misma. Los elementos del entorno construido tienen un atributo fundamental, no accidental, en la posición

o ubicación espacial. Tienen, por tanto, que ser construidos o armados *in situ* en el suelo para que el suelo y la apropiación de la renta del suelo (véase el capítulo XI) lleguen a ser significativos. Es más, la utilidad de determinados elementos depende de su ubicación en relación con otros —tiendas, viviendas, escuelas y fábricas deben estar razonablemente próximas entre sí—. Toda la cuestión del orden espacial del entorno construido debe ser así considerado; la decisión de dónde poner un elemento no puede divorciarse de donde están los otros.

El entorno construido tiene que ser considerado, por tanto, como una mercancía geográficamente ordenada, compleja y compuesta. La producción, orden, mantenimiento, renovación y transformación de esa mercancía plantea graves conflictos. La producción de elementos individuales — como viviendas, fábricas, tiendas, escuelas, carreteras, etc. — tiene que ser coordinada, tanto en el tiempo como en el espacio, de tal manera que permita que la mercancía compuesta asuma una configuración apropiada. Los mercados de suelo (véase el capítulo XI) sirven para asignar determinados usos al suelo, pero el capital financiero y el Estado también sirven como coordinadores (primariamente a través del uso, la regulación y el planeamiento). También surgen problemas porque los diferentes elementos tienen una duración física diferente y se desgastan a diferente velocidad. La depreciación económica, particularmente de elementos que funcionan como fuerzas productivas para el capital, desempeña igualmente un papel. De otro lado, en tanto la utilidad de los elementos individuales depende en gran parte de la utilidad de los elementos que los rodean, se ponen en movimiento complejos patrones de depreciación y apreciación (con ramificaciones en las relaciones de valor) provocadas por los actos individuales de renovación, reposición o transformación. Los efectos de «desborde» de las decisiones de inversión individuales están localizados en el espacio. Del mismo modo, la desinversión en una parte del entorno construido puede depreciar los valores de las propiedades que lo rodean.

Decir que hay producción de mercancías en el entorno construido, implica que se pueden formar mercados para la producción y venta de elementos individuales que consecuentemente tienen un valor de uso, un valor de cambio y un valor. Nos topamos aquí con algunos problemas ulteriores. La exclusividad de uso y la apropiación privada de valores de uso puede ser establecida para algunos elementos (viviendas, fábricas, etc.), al tiempo que los usos colectivos son posibles para otros elementos (carreteras, aceras, etc.). El entorno construido en su conjunto es en parte un bien público y en parte un bien privado, y los mercados de elementos individuales reflejan las complejas interacciones entre las diferentes clases de mercados. Asimismo, en tanto los diversos elementos dentro del entorno construido funcionan como valores de uso localizados, existe la posibilidad de que se les ponga una

etiqueta con el precio, incluso después de que su valor ha sido devuelto completamente al capital. Se puede obtener una renta por su uso y capitalizarla, a la tasa de interés que prevalece en ese momento, dentro de un precio de mercado sobre la tierra y sus accesorios. Hay dos clases de valor de cambio que están una al lado del otra: la renta capitalizada sobre elementos antiguos y el precio de producción de los nuevos. Los dos precios se forman de un modo muy distinto, pero están reconciliados dentro de una sola estructura de precios por el sistema de mercado. Si yo puedo comprar una casa vieja por menos de lo que me lleva producir una nueva con características casi idénticas, ¿por qué molestarme en construir una nueva?

La formación de mercados de suelo y propiedades tiene repercusiones sumamente importantes sobre la circulación del capital en el entorno construido en general. Se puede obtener una tasa de retorno sobre el capital dinero invirtiendo en propiedades viejas, así como en la producción de propiedades nuevas. El capital dinero ocioso puede prestarse con igual facilidad como propiedad que en forma de dinero. En la medida en que una parte del valor de uso de una propiedad depende de su ubicación relativa, los capitalistas en dinero pueden incluso invertir en suelo y en la renta futura que se puede obtener. En la medida en que la renta es considerada como una parte del plusvalor que es apropiada por los propietarios, el capital dinero se invierte también en la apropiación más que en la producción. Como premisa teórica, esto parece bastante irracional. La relevancia material está, no obstante, en que todos los aspectos de la producción y uso del entorno construido caen dentro de la órbita de la circulación de capital. Si esto no fuera así, el capital no podría establecerse por sí mismo (con todas sus contradicciones) en el paisaje físico, de una forma que en general soporte la acumulación. El entorno construido que requiere el capital para la producción, el intercambio y el consumo no podría ser modelado según los intereses del capital.¹³

El mismo Marx se daba perfecta cuenta de que todo esto tiene implicaciones más amplias. La concepción del capital que circula a través del entorno construido implica —escribió Marx— que la mera «condición tecnológica para el desarrollo del proceso (lugar en el que el proceso de producción se efectúa)» se puede considerar como una «forma de capital fijo». La apropiación de «agentes naturales como el agua, la tierra [esta, sobre todo], las minas, etc.» no es en principio diferente a la apropiación de otros valores de uso materiales y de su transformación en capital fijo al ponerlos en uso como tales (*Grundrisse*, vol. II, p. 105). Las mejoras del suelo —sean para la agricultura o para la industria— implican que la propia tierra «tendrá que acabar

¹³ Para un análisis más detallado de este tema véase Harvey (1978).

funcionando [...] como capital fijo, en un proceso de producción fijado por la propia localidad» (*El capital*, vol. II, p. 239).

¿Cómo es posible así que discutamos sobre la circulación del capital en el entorno construido sin dar la debida consideración a la propiedad inmobiliaria? Y una vez que permitimos la entrada a las propiedades inmobiliarias, ¿puede dejarse al margen la teoría de la renta? (*Grundrisse*, vol. II, p. 123.) No podemos controlar totalmente lo que sucede sin entender plenamente las teorías de la renta y del interés. Podemos ver ahora por qué Marx argumenta que la diferencia en el tipo de ingreso sobre el capital fijo y el capital circulante es la diferencia entre anualidad, interés y las diversas formas de renta, por un lado, y la venta directa para obtener una ganancia, por el otro. Quedan así claramente definidas las tareas que nos toca realizar en los tres capítulos siguientes. La renta y el interés como formas de distribución tienen que estar plenamente integradas dentro de la teoría del modo de producción capitalista.

6. El capital fijo, el fondo de consumo y la acumulación de capital

Los capitalistas no pueden andar buscando durante mucho tiempo los beneficios del cambio tecnológico sin formar capital fijo. Pueden así crear un modo de circulación distintivo y bastante peculiar del capital que a su debido tiempo «se cristaliza» dentro de un «modo de existencia separado del capital». Es igualmente necesario un fondo de consumo para la reproducción de la fuerza de trabajo y por eso surgen formas especiales de circulación del capital con el fin de abarcar su producción en forma de mercancía.

Los efectos agregados sobre el proceso de acumulación son dramáticos. Se introducen relaciones temporales específicas dentro de los modelos de acumulación, que inicialmente son especificadas sin referencia a ninguna escala de tiempo en particular (véase el capítulo VI). La creación de un entorno construido fuerza a considerar los arreglos espaciales como atributos específicos del modo de producción capitalista. El proceso de acumulación tiene que verse ahora como algo que opera dentro de un marco temporal y espacial definido según la lógica distintiva del capitalista. En la medida en que en los capítulos XI y XII nos vamos a ocupar del problema del tiempo y del espacio, me voy a limitar aquí a hacer algunas reflexiones sobre el aspecto temporal del asunto.

Por comodidad, me voy a referir a la totalidad de los procesos por los cuales circula el capital a través del capital fijo y a la formación y uso del fondo de consumo como el *circuito secundario del capital*. Dentro de este circuito secundario debemos dar un lugar de cierta prioridad a la

formación y uso del capital fijo en relación con la producción de plusvalor, en tanto esta define la escala de tiempo relativa dentro de la cual circulan los diferentes elementos del capital constante. Es interesante, en cualquier caso, observar cómo el ritmo de la formación y uso del fondo de consumo va entrando gradualmente dentro de una pauta que se ajusta a grandes rasgos a la del capital fijo. Más adelante mostraremos por qué sucede esto.

El proceso de circulación del capital fijo no establece una escala de tiempo absoluta frente a la cual se pueda medir la acumulación. La investigación de Marx de las propiedades materiales de la maquinaria está próxima, en ocasiones, a atribuir la circulación del capital fijo a la velocidad a la que se deterioran las sustancias materiales que recibían «un uso y un desgaste normales». Sin embargo, el uso y el desgaste normal no puede ser definido sin una previa idea de la intensidad de uso, al igual que el concepto de vida económica (no física) altera rápidamente cualquier construcción fácil de una métrica temporal. Esta última resulta ser un reflejo de la intensidad general de la producción de plusvalor dentro del proceso de trabajo. Después de todo, el tiempo de trabajo necesario y el plus trabajo son rasgos centrales del aparato conceptual inicial de Marx. La lucha por el plusvalor relativo vuelve así a dar forma perpetuamente a la temporalidad del trabajo social y de la vida social.

Más allá de esto, Marx demuestra que la separación entre capital fijo y capital circulante imprime un ritmo cíclico —potencialmente explosivo— a los intercambios entre los departamentos 1 y 2. Considerado el flujo y reflujo del volumen del ejército industrial de reserva y los intervalos que se producen en la formación del capital fijo (particularmente en las obras a gran escala, que conllevan un largo periodo de trabajo), parecen inevitables las fuertes fluctuaciones cíclicas en el ritmo de la acumulación. Estas imparten a su vez impulsos cíclicos a la formación del fondo de consumo que pueden, bajo ciertas circunstancias, magnificar el desequilibrio en un efecto multiplicador.

Nos damos cuenta también de que la sobrecumulación de capital conlleva la producción de excedentes de fuerza de trabajo, de mercancías y capital dinero, condiciones propicias para estimular los flujos de capital circulante hacia el circuito secundario del capital en su conjunto. En la medida en que el desplazamiento al circuito secundario de capital resulta posible —proceso que bien puede implicar algún tipo de «crisis de alternancia o conmutación»¹⁴—, el circuito secundario aparece como algo venido del cielo para la absorción de capital excedente sobrecumulado. La capacidad para absorber el exceso de capital está, sin embargo, limitada de dos formas distintas. La realización del capital fijo depende de

¹⁴ Véase nota 11 del capítulo XIII. [N. de E.]

que se incremente el consumo productivo, el cual a la larga genera aún más capital que ha de ser absorbido. La realización del capital en el fondo de consumo depende de la expansión de los ingresos futuros para cubrir la deuda de las compras actuales. En ambos casos, merodea la posibilidad de una devaluación caso de que no se cumplan las condiciones adecuadas. En este punto adquiere una importancia crucial la interacción entre el capital fijo y la formación y uso del fondo de consumo. Pueden surgir circunstancias en las que el capital fijo ampliado a la producción puede realizarse a través de la expansión del capital que circula dentro del fondo de consumo. Es evidente que esta es una solución quimérica al problema de la sobreacumulación (véase el capítulo X), pero en la medida en que los dos procesos pueden alimentarse e impulsarse entre sí, pueden posponer el inevitable desenlace.

El resultado es que la formación de las crisis toma un ritmo temporal definido, en primera instancia, por los tiempos de circulación relativa de los diversos componentes del capital fijo en relación con la producción de plusvalor. La diversidad de los tiempos de circulación potenciales es, sin embargo, considerable. El sistema parece encaminarse hacia una total incoherencia —a menos que podamos localizar una sola fuerza unificadora que ponga su sello a los procesos temporales en general—. La idea central que surge del estudio de la formación del capital fijo es que la tasa de interés lleva a cabo precisamente esa función. Relaciona el presente con el futuro, define un horizonte de tiempo para el capital en general. Si podemos descubrir que es lo que regula la tasa de interés, habremos descifrado el secreto del tiempo de rotación socialmente necesario; y esa es la tarea de los dos próximos capítulos.

Existe aquí sin embargo cierta ironía. La circulación del capital a través de la forma material de capital fijo y del fondo de consumo viene regulado por la atracción del capital en su forma monetaria pura. Descansan aquí las semillas de una contradicción fundamental. De un lado, el capital fijo aparece como la corona de gloria del desarrollo capitalista pasado, la «potencia objetivada del saber», y un indicador del grado en que «el saber social general se ha convertido en fuerza productiva directa» (*Grundrisse*, vol. II, p. 115). El capital fijo eleva a nuevas alturas el poder productivo de los trabajadores, al mismo tiempo que asegura la dominación del trabajo «muerto» pasado (capital cristalizado) sobre el trabajo vivo en el proceso de trabajo. Desde el punto de vista de la producción de plusvalor, el capital fijo aparece como «la forma más adecuada de capital».

De otro lado, el capital fijo es «valor aprisionado dentro de un valor de uso específico», asociado a formas específicas de producción de mercancías bajo condiciones tecnológicas específicas. Para que se realice su valor, debe controlar el trabajo futuro como un contravalor. Por esta razón el

capital fijo confina la trayectoria del desarrollo capitalista futuro, inhibe el cambio tecnológico futuro y coacciona al capital precisamente porque está «condenado a una existencia dentro de los confines de un valor de uso específico». El capital es por lo general «indiferente a toda forma determinada del valor de uso y puede, abandonando la forma que sea, encarnarse en cualquier otra». Desde este punto de vista, el capital circulante (dinero) aparece como «la forma más adecuada de capital» en tanto se adapta instantáneamente a los requerimientos del capital (*Grundrisse*, vol. II, p. 108).

El capital fijo, que aparece desde el punto de vista de la producción como la cima del éxito del capital, se convierte, desde el punto de vista de la circulación del capital, en una mera barrera a la acumulación futura. De esta forma, el capital «encuentra barreras en su propia naturaleza». Y solo hay dos formas de resolver esas contradicciones. O se resuelven por la fuerza en el curso de una crisis, o se desplazan a un plano más alto y más general donde proporcionan los ingredientes para la formación de crisis de un tipo diferente y a menudo más profunda. Con esto en mente, volvemos ahora sobre el problema total del dinero, el crédito y las finanzas en relación con la acumulación de capital.

IX DINERO, CRÉDITO Y FINANZAS

MARX NO COMPLETÓ su análisis de los fenómenos monetarios y financieros. En el primer volumen de *El capital*, presentó una teoría del dinero muy general y sumamente abstracta (donde resumió los análisis más extensos pero más tentativos que aparecen en los *Grundrisse* y en la *Contribución a la crítica de la economía política*). Sus notas sobre el funcionamiento del sistema de crédito fueron confusamente dejadas a medio terminar. Engels tuvo grandes dificultades para ordenarlas a fin de publicarlas en el tercer volumen de *El capital*. En el prólogo, Engels se quejó de que no «teníamos un proyecto terminado, ni siquiera un esquema cuyos rasgos generales pudieran irse completando, sino simplemente un conato de elaboración del problema, que en más de una ocasión acaba en un montón desordenado de notas, observaciones y materiales». Engels fue fiel a Marx y acabó reproduciendo la mayor parte del desorden. Se trata de «materiales inacabados» de gran importancia en la teoría de Marx.

Es difícil decir cuánta importancia dio Marx a estas cuestiones inacabadas. Pensó que el análisis del dinero tenía suficiente importancia como para colocarlo antes de su investigación de la circulación del capital. Pero también insistió en que el origen de las ganancias (en términos de plusvalor) se podía entender sin apelar a ninguna de las categorías de la distribución. El análisis del crédito, las finanzas y la circulación de capital que produce intereses se dejó así hasta después del análisis de los movimientos generales e incluso de la *tasa* de ganancia. Es dudoso que pueda estar justificada esa tardía introducción del papel del crédito. Incluso cuando estaba *en route* de hacer deducciones sobre la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, Marx indicó a menudo que este o aquel problema no podía ser resuelto sin considerar el papel del crédito. Cuando reunimos estas observaciones, el sistema de crédito aparece cada vez más como una compleja pieza central dentro del rompecabezas marxista de las relaciones internas. Es, sin embargo, una parte central que describe las relaciones dentro de la clase capitalista —entre los capitalistas individuales y las necesidades de su clase, así como entre las distintas fracciones del capital—. El sistema de crédito es un producto de los propios esfuerzos del capital para resolver las

contradicciones internas del capitalismo. Lo que Marx nos va a mostrar es la forma en la que la solución del capital termina ampliando, no disminuyendo, las contradicciones.

Desafortunadamente, los marxistas han prestado poca atención a este aspecto de la teoría. Este descuido es tanto más sorprendente si consideramos la importancia que muchos, a partir de los apuntes de Lenin principalmente, han dado a la «forma financiera de capitalismo» como etapa específica en la historia del desarrollo capitalista. La obra de Hilferding (la cual Lenin leyó directamente) fue publicada en 1910 y ha seguido siendo, hasta muy recientemente, el único intento importante de abordar la cuestión del sistema de crédito de forma directa.¹ Durante la década de 1960, Rosdolsky y De Brunhoff vuelven a poner en el centro el análisis de Marx sobre el dinero, pero los frutos recogidos por la bibliografía marxista sobre el sistema de crédito siguen siendo notablemente escasos.²

En lo que sigue voy a tratar de salvar las lagunas teóricas. El objetivo es integrar el análisis del dinero y del crédito en la teoría general de la acumulación. Esto nos pone en mejor posición a la hora de entender cómo y por qué las «leyes de movimiento» del capitalismo se expresan, a la vez que en cierto modo le sirven de guía, necesariamente a través de la circulación del capital dinero que produce intereses, canalizado a través del sistema de crédito. No debe estar así muy lejos de nuestro alcance un «segundo corte» de la teoría de las crisis que integra los fenómenos monetarios y financieros en la teoría general de la producción capitalista de mercancías.

Es, en cualquier caso, difícil diseñar un método de exposición que refleje los puntos esenciales sin pasar por encima de las complejidades. Por eso, he dividido los materiales en dos capítulos. En este trato sobre los diversos aspectos del dinero, el crédito y las finanzas desde un punto de vista más bien técnico. Comienzo con una descripción más amplia del papel del dinero, tópico que abordamos brevemente en el capítulo I. Esto refleja la opinión de Marx de que el dinero debe entenderse independientemente de la circulación del capital. La transformación del dinero en capital, puede verse entonces como nuevas configuraciones de los usos básicos del dinero.

¹ Véanse Lenin (ed. 1970), Hilferding (ed. 1970).

² Rosdolsky (1977) presta mucha atención al problema del dinero, mientras que las obras de De Brunhoff (1971; 1976; 1978; 1979) resultan fundamentales. Mandel (1968, caps. 7 y 8) proporciona uno de los pocos textos donde el dinero y el crédito están integrados dentro del análisis. También ha tratado de mantener las cuestiones financieras en primer plano en sus obras posteriores. Otras contribuciones dignas de mención son las de Harris (1978; 1979) y Barrère (1977). Este último trató de integrar una teoría del dinero y del crédito en la teoría general del capitalismo monopolista de Estado. Cutler, Hindess, Hirst y Hussain (1978, vol. 2, pt. 1) tienen cosas muy interesantes que decir acerca del dinero y de las instituciones financieras en general, pero tergiversan totalmente la posición de Marx sobre estos asuntos. La contribución de Amin (1974) es también digna de mención.

El dinero adquiere de este modo el potencial para circular como un capital dinero que produce intereses. Luego considero las funciones de esta forma de capital a fin de mostrar que se trata de un aspecto socialmente necesario del modo de producción capitalista. El capítulo termina con una breve descripción de los principales medios e instituciones que facilitan de forma concreta la circulación de capital que produce intereses.

Las piezas se plantean primero sin demasiada preocupación por la dinámica global, el pleno florecimiento de las contradicciones o la supuesta «transformación interna del capitalismo» que fomenta la aparición del sistema de crédito. Estas cuestiones más amplias y más emocionantes se analizarán en el capítulo X.

Si hubiera un tema general que uniera los dos capítulos, sería que el dinero existe como la encarnación del poder social general, independientemente y de forma externa a los procesos de producción particulares o de las mercancías específicas.³ El capital dinero puede funcionar como el capital común de la clase capitalista, pero también es posible que los capitalistas individuales se lo apropien o lo acumulen. La contradicción entre la acción individual y los requerimientos para la reproducción de la clase capitalista se vuelve así más aguda. Marx insiste también en que el dinero expresa un poder social que depende fundamentalmente de la creación del valor real por medio de la incorporación del trabajo social en las mercancías materiales. La relación entre el dinero como la *expresión general del valor* y las mercancías como la *crystalización real del valor* es lo que forma el pivote sobre el que gira el análisis.

1. Dinero y mercancías

Podemos recordar que una mercancía es una cosa material que personifica un valor de uso y también un valor de cambio. Esta dualidad es la fuente de la cual fluyen todas las contradicciones del flujo de la forma dinero. Consideremos cómo se expresa en el intercambio esta dualidad del valor de

³ La idea del dinero como poder social, del cual se apropian los capitalistas y lo transforman en capital dinero, está en el centro de la concepción marxista y esta se diferencia de los puntos de vista burgueses, todos los cuales tienden, en el análisis final, a reducirse a alguna versión de la teoría de la cantidad de dinero (véanse Harris, 1979; De Brunhoff, 1979). Los textos burgueses que siguen la tradición neoclásica (como el de Niehans, 1978) modifican la premisa neoclásica tradicional en cuanto a la supuesta neutralidad del dinero dentro de un sistema económico que está en favor de un análisis más sofisticado de los costes de transacción, la oferta y la demanda de saldos en efectivo, etc. Esto permite que la cantidad y las formas del dinero tengan efectos reales sobre la acumulación, la demanda, el crecimiento, el empleo, el producto, etc.; pero la concepción del dinero como fuente de poder social y la diferenciación entre dinero y capital dinero están totalmente ausentes.

uso y el valor de cambio. La forma relativa del valor surge porque el valor de cambio de una mercancía no se puede medir en términos de sí misma, sino que debe expresarse siempre en términos de otra —la idea de que 20 metros de lino = 20 metros de lino no nos dice nada, mientras que 20 metros de lino = un abrigo nos dice mucho—. El intercambio de dos mercancías presupone también una relación de equivalencia entre ellas e indica la existencia de una *forma equivalente de valor* que Marx atribuye al tiempo de trabajo socialmente necesario para crearlas o al *valor* en sí mismo. Esta forma equivalente de valor tiene que encontrar un representante material, «terrenal», para que el intercambio de los valores de uso pueda generalizarse. La proliferación del intercambio garantiza que una mercancía se convierta en el *equivalente universal*, la encarnación socialmente reconocida del trabajo humano en forma abstracta. A esta mercancía la llamamos *mercancía dinero*. Los valores relativos de todas las demás mercancías se pueden representar así en *precios*, que son las proporciones según las cuales se intercambian por esta mercancía dinero. Podemos detectar inmediatamente, sin embargo, una contradicción: el trabajo en forma abstracta viene representado por una mercancía determinada, producida bajo condiciones específicas de trabajo humano concreto. Como veremos, esta contradicción siempre estará con nosotros en todo lo que sigue, si bien toma por lo general formas menos claras.

La mercancía dinero, como cualquier otra mercancía, tiene un valor, un valor de uso y un valor de cambio. Su valor viene fijado por el tiempo de trabajo socialmente necesario incorporado (aun cuando sea a través del trabajo concreto). En tanto equivalente universal, el dinero funciona como una *medida de valor* y proporciona un *patrón de precios* ante el cual se puede evaluar el valor del resto de las mercancías. La realización de esos precios depende, no obstante, de un proceso de intercambio y por tanto abarca valores de cambio. La intervención del intercambio convierte una relación necesaria entre las proporciones de valor en «una proporción de cambio entre una determinada mercancía y la mercancía dinero». Como resultado, los precios de mercado se desvían de los valores como resultado. «Y ello no supone un defecto», insiste Marx, ya que «las irregularidades ilegales» de la producción e intercambio de mercancías, las oscilaciones perpetuas entre la oferta y la demanda, no pueden equilibrarse salvo permitiendo que los precios fluctúen alrededor de los valores (*El capital*, vol. I, p. 156).

El valor de uso de la mercancía dinero reside en que facilita la circulación de las mercancías. Funciona así como un *medio de circulación*. El valor de la mercancía dinero viene fijado en este caso como un reflejo de los intercambios que esta ayuda a producir —«léanse al revés las cotizaciones de una lista de precios y se encontrará la magnitud del valor del dinero representada en todas las mercancías posibles» (*El capital*, vol. I,

p. 148)—. Desde este punto de vista, el dinero toma la forma relativa del valor. El antagonismo entre las formas relativas y las formas equivalentes de valor viene preservado dentro de la forma monetaria en tanto la mercancía dinero encarna ahora dos medidas de valor: el tiempo de trabajo socialmente necesario que incorpora y el tiempo de trabajo socialmente necesario por el cual puede intercambiarse. Por supuesto, en un mundo perfecto, las dos representaciones del valor coincidirían, pero las «irregularidades ilegales» de la producción e intercambio de mercancías siempre impiden que se alcance esa perfección. La divergencia entre las dos representaciones vuelve a aparecer a menudo en el análisis que sigue.

Consideremos ahora la función del dinero en tanto medio de circulación. Supongamos, por el momento, que el oro es la única mercancía dinero. La cantidad de oro requerida para hacer circular cierta cantidad de mercancías a sus precios viene fijada por la masa de oro en circulación, multiplicada por la velocidad a la que circula. La fórmula $MV = PQ$ es idéntica a la que empleaban los teóricos cuantitativos como Ricardo. Marx la usa también, si bien rechaza la idea de que la oferta monetaria determina el nivel de los precios —postulado básico de los teóricos cuantitativos (*El capital*, vol. I, pp. 123-124)—.⁴ Los precios, a fin de cuentas, vienen fijados por valores (o por «los precios de producción», véase el capítulo II de este libro). Sin embargo, la velocidad de circulación de las mercancías y del dinero fluctúa cada día, y los precios y las cantidades de mercancías también se modifican según las circunstancias. Por tanto, la necesidad de oro fluctúa y los precios se pueden desviar mucho de los valores a menos que se pueda encontrar alguna forma de aumentar y disminuir la cantidad de oro en circulación en un plazo relativamente corto. Marx argumenta que ciertas existencias de oro —una reserva— resultan necesarias a fin de acomodar esas fluctuaciones (*El capital*, vol. I, p. 188). La cantidad total de oro requerida es entonces igual al oro que se necesita para que circulen las mercancías a sus valores más cualquier cantidad que se necesite de reserva.

Por supuesto, el oro debe ser producido primero como una mercancía. Se puede requerir oro adicional con el fin de reemplazar el que se pierde por el uso y desgaste, o para facilitar una producción más amplia de mercancías. La capacidad, no obstante, para surtir oro está gobernada por las condiciones concretas de la producción, y en la medida en que cualquier mercancía monetaria debe ser rara y de cualidades específicas, encontramos que el abastecimiento de oro (o de cualquier otra mercancía dinero) no tiene ajuste instantáneo. De igual modo, cuando el oro funciona puramente como un medio de circulación, sus costes de producción tienen

⁴ De Brunhoff (1971; 1979) y Harris (1979) revisan la teoría cuantitativa del dinero desde una perspectiva marxista.

que ser considerados como parte de los costes necesarios, o *faux frais*, de la circulación. Esto sucede porque el oro que funciona como dinero (a diferencia del oro que tiene usos no monetarios) debe estar perpetuamente en circulación y no convertirse nunca en una parte del consumo individual o productivo. En tanto proveedores del «lubricante del intercambio» los productores de oro retiran recursos de los usos productivos.

La labor de pesar y calibrar el oro es arriesgada y molesta. El oro, al igual que otros dineros metálicos, es inflexible, costoso e incómodo cuando se usa como una mercancía monetaria pura, aun cuando se dispone de las cantidades necesarias para funcionar como dinero (o quizá sea precisamente por esto). El inconveniente de pesarlo puede ser reemplazado por la labor más simple de contarlos tan pronto como la mercancía dinero se convierte en moneda:

Piezas de oro cuyo cuño y cuya figura indican que contienen las fracciones de peso de oro representadas por los nombres de cálculo de la moneda de cuenta, tales como libra esterlina, chelín, etc., son monedas. Lo mismo que la fijación del precio de las monedas, el trabajo técnico de la acuñación compete al Estado. Al igual que como moneda de cálculo, en cuanto moneda corriente, el dinero adquiere un carácter local y político, habla diferentes lenguas y porta diferentes uniformes nacionales. La esfera en que el dinero circula como moneda es una esfera de circulación interior de las mercancías circunscritas por las fronteras de la comunidad, lo que la distingue, por tanto, de la circulación general del mundo de las mercancías (*Contribución a la crítica de la economía política*).⁵

En lo que se refiere a las monedas surge, no obstante, la posibilidad de una separación entre sus valores reales y nominales. La degradación de la moneda puede convertirse en un problema, al mismo tiempo que la producción de monedas debe ser controlada cuidadosamente. La legislación se vuelve imperativa y el Estado toma, por lo general, la responsabilidad de la acuñación (aunque también es posible la «acuñación libre» regulada por el gobierno, esto es, la producción de monedas por personas privadas). El Estado adopta necesariamente el papel de agente económico.⁶ Las monedas, a su vez, pueden ser reemplazadas por símbolos en forma de fichas o de papel. El papel moneda convertible vincula el valor aparente del billete con una cantidad determinada de mercancía dinero básica. Este tipo de papel moneda tiene la ventaja de que su calidad se puede ajustar

⁵ OFME, vol. 1, p. 305

⁶ De Drunhoff (1978) considera de nuevo la relación entre el dinero y el Estado de forma detallada. Vilar (1976) proporciona una interesante historia de las diversas formas de dinero.

más fácilmente a cualquier incremento en la necesidad de dinero debida, por ejemplo, a un aumento del volumen del intercambio de mercancías, al mismo tiempo es mucho menos costoso producirlo y por tanto ayuda a rebajar los costes de circulación. Tales economías solo son posibles, no obstante, si se permite que la cantidad total de papel moneda supere la cantidad de mercancía dinero, en la cual se puede convertir ese papel moneda. Bajo condiciones normales esta diferencia no presenta problemas, pero en tiempos de crisis la convertibilidad tiene a menudo que ser suspendida. Esto pone de relieve una desventaja peculiar del papel moneda. Una vez se ponen en circulación los billetes, no es posible recogerlos de nuevo (al menos, no en la misma forma en que se pueden fundir las monedas de oro y usarse para otros propósitos), de tal manera que llega a ser imposible ajustar en forma descendente la oferta de papel moneda para adaptarla a un volumen decreciente de circulación de mercancías. La inflación resulta entonces una posibilidad muy real.

El papel moneda puro —«papel moneda emitido por el Estado con curso forzoso» (*Crítica de la economía política*, p. 127)— corta completamente la conexión entre el dinero y el proceso de producción de cualquier mercancía dinero. El suministro de dinero queda así liberado de cualquier restricción física a la producción, al tiempo que se pueden lograr mejor las ventajas de la flexibilidad de oferta y la economía de circulación. El poder del Estado llega a ser entonces mucho más pertinente, porque el respaldo político y legal debe reemplazar el respaldo proporcionado por la mercancía dinero a fin de que los usuarios de papel moneda puro puedan tener confianza en su valor y estabilidad.

Desde el punto de vista de un puro medio de circulación, el dinero puede tomar igualmente un buen número de formas. La capacidad para lubricar el intercambio es lo único que importa. La elección de la forma que toma el dinero depende entonces de la eficiencia relativa de cada forma a la hora de superar los costes de transacción. De hecho, los costes de transacción pueden ser totalmente eliminados y reemplazados por costes contables en la medida en que se puedan registrar las transacciones en un libro mayor y equilibrarlas entre los agentes económicos al final del día, del mes, del año o del periodo que sea. Desde este punto de vista, el dinero puede ser eliminado salvo como «dinero de cuenta».

No obstante, el dinero es algo más que un simple medio de circulación. Dejando a un lado su función como medida de valor —una función que la sociedad capitalista y los economistas burgueses tratan periódicamente de descartar como inaplicable⁷ aun cuando no lo logran—, el dinero sigue

⁷ Niehans (1978, p. 140) comenta la extendida tendencia a denunciar la mercancía dinero como una «reliquia bárbara» proveniente de «etapas menos ilustradas a la sociedad

poseyendo algunas propiedades «trascendentales» peculiares. El dinero representa, después de todo, el valor de cambio *par excellence* y se encuentra, de este modo, en la posición opuesta a todas las demás mercancías y sus valores de uso. El dinero asume un poder independiente y externo en relación con el intercambio porque, en tanto equivalente universal, es la encarnación misma del poder social. Es más, las personas privadas pueden apropiarse de este poder social y pueden usarlo. Tenemos que analizar ahora el significado de todo esto.

El dinero permite que se separen las ventas de las compras en el espacio y en el tiempo. Las restricciones del trueque pueden ser superadas porque un agente económico puede vender una mercancía por dinero en un lugar y en un momento dados, y usar el dinero para comprar una mercancía de equivalente valor en otro lugar y en un momento subsecuente. De este modo, se libra el intercambio de la tiranía de la Ley de Say (véanse las pp. 142-146), pero para que esto suceda se requiere que el poder social del dinero siga siendo el mismo en el tiempo y en el espacio. El dinero tiene que ser capaz de funcionar como una reserva de valor fiable; pero cuanto más dinero se usa para acumular valor, más que para la circulación de valores, mayores llegarán a ser los costes monetarios de la circulación.

El uso del dinero como «dinero de cuenta» viene al rescate. Así el crédito «se arraiga espontáneamente» dentro de los procesos de intercambio de mercancías (*El capital*, vol. I, p. 234). El dinero crédito tiene su origen en las letras de cambio y en las notas de crédito contratadas de forma privada, las cuales adquieren la forma social de dinero tan pronto comienzan a circular como medios de pago. Este dinero tiene la doble ventaja de que se puede ajustar instantáneamente a las alteraciones del volumen de la producción de mercancías (los productores simplemente aumentan o disminuyen las letras de cambio que circulan entre ellos), al mismo tiempo que permite economizar enormemente los costes de transacción y circulación. La cantidad de mercancía dinero requerida se reduce a la necesaria para la circulación activa, más cualquier cantidad que se necesite para equilibrar las cuentas y como fondo de reserva para las contingencias.

humana». Sin embargo, él no está de acuerdo con esto: «La mercancía dinero es el único tipo de dinero del que se puede decir actualmente que ha pasado la prueba de la historia en las economías de mercado. Con excepción de cortos interludios de guerra, revolución y crisis financieras, las economías occidentales han usado los sistemas de la mercancía dinero desde los albores de su historia casi hasta el presente. Dicho con más precisión, es solo desde 1973 que se ha dicho que la ausencia de cualquier lazo con el mundo de las mercancías es una característica normal del sistema monetario. Pasarán varias décadas más antes de que podamos decir si el mundo occidental se ha embarcado finalmente, como se proclama a menudo, en una nueva era de dinero no-mercancía o si el presente periodo resultará ser simplemente otro interludio». La perspectiva marxista nos indica que estamos de hecho «simplemente en otro interludio», seguramente caracterizado por crisis financieras, guerras y quizás incluso revoluciones.

El dinero crédito tiene, por otra parte, ciertas peculiaridades. No importa cuán lejos pueda circular una letra de cambio contratada privadamente, siempre debe regresar a su lugar de origen para su reembolso. Las otras formas de dinero no circulan de esta forma. Una moneda de oro puede pasar de mano en mano y seguir siempre en circulación sin volver en ningún momento a su lugar de origen. Tales formas de dinero son formas sociales desde el principio, aun cuando se les haya dado un uso privado. En contraste, el dinero crédito es dinero creado de forma privada que puede desempeñar un propósito social cuando es puesto en circulación. Cuando la deuda original ha sido liquidada el dinero crédito, no obstante, desaparece de la circulación. Las actividades de los individuos privados crean y destruyen perpetuamente dinero crédito. Este es un concepto de vital importancia. Por un lado, explica la capacidad de los individuos y las instituciones privadas (como los bancos) para ajustar instantáneamente la cantidad de dinero al volumen de las transacciones de mercancías; el dinero crédito, a diferencia del oro, puede ampliarse y contraerse a voluntad. De otra parte, quienes otorgan crédito deben sujetarse a alguna disciplina, así mismo la calidad del dinero crédito debe estar garantizada para que este pueda circular con seguridad.

En el primer caso, el dinero crédito está ligado a una determinada serie de transacciones mercantiles que los individuos particulares llevan a cabo. Si las transacciones mercantiles no se llevan a cabo al precio previsto, o si los individuos no cumplen, entonces la «destrucción» del dinero crédito toma un giro bastante más ominoso. El dinero crédito se «devalúa» o se «deprecia» directamente porque no se puede pagar la deuda. El dinero crédito no se puede convertir en otras formas de dinero (excepto quizá, con un gran descuento por alguien que esté dispuesto a correr el riesgo de comprar lo que podría resultar una letra de cambio sin valor). La destrucción «normal» del dinero crédito viene aquí expresada como una anomalía característica de las crisis comerciales y monetarias. La «devaluación» del dinero crédito es un asunto privado que puede tener consecuencias sociales. La «devaluación» del papel moneda emitido por el Estado (debido a cambios en la convertibilidad o simplemente al hecho de que se han impreso más billetes de lo debido) es ante todo un problema social (con claras consecuencias privadas y distributivas). En el capítulo X vamos a tratar la cuestión de la «devaluación» y la «destrucción» del dinero. Por el momento mencionamos simplemente la posibilidad formal de que ocurran esos procesos a través del uso de dinero crédito cualquiera que sea el tipo.

Las instituciones monetarias tienen la obligación de relacionar los diversos tipos de dinero crédito entre sí, así como con el dinero «real», como el oro o el dinero de curso legal respaldado por el Estado. Estas instituciones tienen su origen en los mercaderes de dinero que, a cambio de

un porcentaje de los costes de transacción rebajados que ellos consiguen, gestionan los aspectos puramente técnicos de la circulación de dinero. Cuando se emplea dinero como medio de pago, los mercaderes de dinero pueden registrar las transacciones y reunir las para fundar los prototipos de los bancos de liquidación (*El capital*, vol. I, p. 192). Estos comerciantes pueden usar su propio dinero y proporcionar una función de descuento centralizada para las innumerables letras de cambio que se originan y circulan entre los productores individuales de mercancías. En determinado momento, los comerciantes de dinero pueden encontrar más conveniente, eficiente y lucrativo sustituir con sus propias letras de cambio las de los innumerables productores individuales. Es entonces cuando los comerciantes de dinero se convierten en banqueros. La emisión de letras bancarias simplemente formaliza este proceso, en tanto estas letras no son otra cosa que los giros que debe pagar el banco. Con la aparición de los bancos quedó establecida la primera hilera de una disposición jerárquica dentro del sistema monetario: el dinero bancario reemplaza las letras de cambio emitidas por los productores individuales como medio de circulación.

El banco se encarga de dos tareas básicas. Primero, proporciona una casa central de liquidación para las letras de cambio y así se economiza enormemente en lo que se refiera a los costes de transacción y circulación. Segundo, cuando los bancos emiten sus propios billetes o permiten que se extiendan cheques que deben pagar ellos, sustituyen con su propia garantía la de los innumerables capitalistas individuales. Cuando el sistema de intercambio es relativamente simple, el conocimiento personal y la confianza de los capitalistas individuales puede garantizar la calidad de las deudas contraídas, pero en un sistema mercantil complejo esto no puede constituir una base adecuada para el sistema de crédito. El banco trata de institucionalizar lo que previamente era un asunto de confianza y credibilidad personal entre los capitalistas individuales. La mayoría de las letras que provienen de capitalistas individuales se pueden convertir libremente en dinero bancario, pero si el banco ha de mantener la calidad de su propio dinero debe conservar el derecho a rechazar aquellas letras que considere arriesgadas o sin valor. El banco vigila la credibilidad de los capitalistas individuales y actúa como su intermediario.

Los bancos son también instituciones privadas que compiten entre sí. Deben también, en tanto facilitadores del intercambio de mercancías, entrar en mutuas relaciones. Se deben encontrar los medios para equilibrar las cuentas entre ellos. Cada banco puede mantener una reserva de oro para este propósito. Bajo condiciones normales, la reserva de oro solo necesita ser una pequeña proporción del valor total de las mercancías en circulación —lo suficiente para equilibrar las cuentas entre los bancos—. Sin embargo, cuando se pone en duda el valor de las mercancías en el

mercado, la necesidad de una reserva adecuada de mercancía dinero se vuelve más apremiante —de lo contrario, el banco puede quebrar—. De otra parte, resulta molesto, arriesgado y poco eficiente tener que enviar oro de acá para allá y almacenarlo. Fue necesario encontrar alguna otra forma para que los diversos tipos de dinero del banco fueran libremente convertibles entre sí.

Una suerte de banco central puede resolver este problema. Este proporciona los medios para que los bancos equilibren sus cuentas entre sí sin tener que mandar oro de un lado a otro. Para hacer esto, el banco central debe poseer dinero de alta calidad que pueda garantizar la seguridad de las transacciones entre los bancos. El dinero de los bancos individuales se puede convertir libremente en dinero del banco central solo cuando el banco central está satisfecho con la calidad y la seguridad del dinero del banco individual. El banco central es el siguiente escalón en la jerarquía de las instituciones monetarias. Desde su cima, el banco central trata de garantizar la credibilidad y calidad del dinero de los bancos privados.

Existen distintos arreglos institucionales que pueden satisfacer la necesidad de un banco central. Un solo banco muy poderoso o un consorcio bancario puede desempeñar ese papel. Por ejemplo, antes del derrumbe de 1907, J. P. Morgan junto con algunos otros banqueros de Nueva York, desempeñó esta función en Estados Unidos. Esta solución presenta, sin embargo, una doble dificultad. En la medida en que los bancos están en competencia entre sí, «el dinero malo saca al bueno» y esto socava la calidad del dinero que se supone los bancos han de proteger. La capacidad de un grupo privado para desempeñar el papel de garante depende de su poder sobre los demás bancos del sistema. Solo los más poderosos pueden darse el lujo de garantizar la calidad del dinero nacional. No fue un accidente que el pánico financiero de 1907 en Estados Unidos tomara un giro tan incontrolable, en parte porque el poder de J. P. Morgan estaba viéndose gravemente desafiado por la aparición de competidores en el Medio Oeste y California. La otra dificultad es que el inmenso poder de cualquier banco que pueda realizar esa función está siempre sujeto a los caprichos y las arbitrariedades de sus directores privados.⁸

Al contar con ciertos privilegios de monopolio, la mayoría de los bancos centrales forman, por eso, un grupo aparte de los demás bancos. Exonerado de la necesidad de competir, el banco central se puede dedicar a su única tarea: defender la calidad del dinero nacional. A fin de realizar esta función, el banco central se convierte en el guardián de las reservas de

⁸ Kolko (1977) presenta una interpretación muy atractiva del derrumbe de las garantías privadas de la calidad del dinero en Estados Unidos y de la subsecuente formación del Sistema de Reserva Federal respaldado por el Estado en el periodo 1907-1913.

oro del país. Esto le otorga el poder para sacar el dinero bancario «malo», negándole su convertibilidad en dinero del banco central, que es la única clase de dinero que se puede convertir libremente en oro.

En tanto guardián de la reserva de oro nacional, el banco central puede garantizar la calidad del dinero solo dentro del territorio de la nación. El banco central se encarga así de equilibrar los pagos entre las naciones. Durante todo el tiempo en el que el dinero del banco central se puede convertir en oro, este último funciona como el equivalente universal en el intercambio mundial, pero una vez que los países abandonan la convertibilidad dentro de sus propias fronteras, se vuelve cada vez más difícil mantener intacto el patrón oro a una escala internacional (particularmente cuando el capital se vuelve multinacional). Si la única forma de equilibrar las cuentas entre las naciones es por medio de las diferentes monedas nacionales, estas tienen que ser libremente convertibles entre sí a algún tipo de cambio determinado. El problema surge a la hora de garantizar la calidad del dinero nacional en el mercado mundial. Ciertos países sumamente poderosos —como Inglaterra en el siglo XIX y Estados Unidos entre 1945 y 1971— pueden desempeñar el papel de «banqueros mundiales». Cuando la mayoría de las reservas de oro del mundo estaban guardadas en Fort Knox y Estados Unidos tenía una posición dominante en términos de la balanza de pagos y del comercio mundial, pudo prevalecer el patrón dólar fijado bajo el Acuerdo de Bretton Woods de 1944 y el dólar se convirtió, de hecho, en el equivalente universal. Sin embargo, el deterioro de la balanza de pagos y la competencia cada vez más fiera de Alemania Occidental y de Japón, hicieron a Estados Unidos en el escenario internacional lo que los bancos del Oeste le hicieron a J. P. Morgan. La consecuente devaluación del dólar en 1971 señaló el derrumbe del Acuerdo de Bretton Woods y la búsqueda de un nuevo orden monetario internacional. En este sentido, se han inventado una serie de paliativos momentáneos y se han hecho diversos intentos por establecer algún tipo de papel moneda supranacional de calidad superior, como los derechos especiales de giro del Fondo Monetario Internacional (el «papel oro»). Pero como señala De Brunhoff (1976, pp. 48-53), estos intentos están fundados en la falaz premisa de que una forma de dinero crédito puede funcionar como la medida fundamental del valor. Aun no se ha encontrado una forma de garantizar la calidad del dinero nacional, salvo anudándolo a la producción de alguna mercancía específica.

La historia también nos pone sobre aviso ante los dilemas de las políticas monetarias que son diseñadas y llevadas a cabo a través de las operaciones de los bancos centrales. Los países (como Inglaterra y Estados Unidos), que permiten que se emplee su dinero como reserva monetaria para arreglar las cuentas internacionales, están perpetuamente atravesados por un dilema

político: no saben si defender los intereses del capital nacional o defender los intereses del capital a escala mundial. Cuando una economía particular domina la producción y el comercio mundial de mercancías, los dilemas están relativamente en sordina. Estos se vuelven, sin embargo, más agudos a medida que el entorno internacional se vuelve más competitivo. El capitalismo mundial simplemente no puede funcionar sin una reserva estable de moneda de algún tipo y esta es la dificultad a la que ha enfrentado el sistema monetario internacional desde principios de la década de 1970.

Si bien hemos simplificado excesivamente las circunstancias históricas y ciertamente hemos resumido mucho sus complejidades, se puede establecer el carácter jerárquico de las instituciones monetarias como un corolario necesario de la existencia del dinero crédito. La necesidad de ese orden jerárquico se puede deducir de la contradicción fundamental entre el dinero como medida de valor y el dinero como medio de circulación. Aunque el dinero crédito parece estar perfectamente bien adaptado para funcionar casi sin fricciones como un medio de circulación, su capacidad para representar los valores de las mercancías «reales» es objeto de perpetua sospecha. La idea de alguna medida absoluta de valor puede parecer redundante en cualquier nivel particular de la jerarquía, pero el problema de asegurar la calidad del dinero persiste. Y ¿qué es esta calidad sino una garantía de que una cantidad nominal de dinero crédito representa realmente los valores reales de las mercancías?

Las instituciones de orden superior garantizan la calidad del dinero en un orden más bajo de la jerarquía, como lo hacen los bancos con los capitalistas individuales, el banco central con los bancos privados y un «banquero mundial» lo hace *de facto* con los bancos centrales nacionales. Pero, ¿qué es lo que asegura la calidad del dinero en la cima de esta jerarquía? ¿El oro? ¿El «papel oro»? ¿El oro negro (petróleo)? ¿El dólar? A este nivel, la noción del dinero como una medida necesaria de valor se resiste a morir. Marx observa: «Solo en el mercado mundial el dinero funciona de manera plena como la mercancía cuya forma natural es, a la vez, forma de efectivación directamente social del trabajo humano *in abstracto*» (*El capital*, vol. I, p. 197). El orden jerárquico de las instituciones monetarias supera las contradicciones entre las formas equivalentes y relativas de valor, entre el dinero como una medida de valor y un medio de circulación, en los niveles locales y nacionales, solo para dejar irresuelto el antagonismo en la arena internacional.

Hay que hacer otra matización respecto de esta estructura jerárquica de las instituciones monetarias. A primera vista parece como si los que se encuentran en la cima de esta jerarquía —particularmente los banqueros centrales— controlaran firmemente la circulación de dinero y por tanto estuvieran en una posición magnífica para influir sobre la producción e

intercambio de mercancías, Marx rechaza explícitamente este punto de vista. «El poder del Banco», argumenta, «comienza allí donde termina el de los agentes de descuentos privados y, por tanto, en un momento en que el poder de aquel se halla ya extraordinariamente limitado» (*Grundrisse*, vol. I, p. 33). El estatus monopolista de un banco central dentro de un país no le otorga poderes efectivos de control, por terrible que sea el poder de la autoridad monetaria. De forma semejante, los banqueros privados ejercen control solo después de que los agentes de descuentos individuales ya no pueden ir más allá a fin de hacer valer sus letras de cambio privadas.

Lo más que cualquier autoridad monetaria puede hacer, bajo esas circunstancias, es dedicarse a la «represión financiera» negándose a descontar el dinero crédito que existe en los niveles más bajos de la jerarquía.⁹ El Fondo Monetario Internacional se puede poner a disciplinar a los Estados nación, los bancos centrales pueden disciplinar a los bancos y los bancos pueden disciplinar a los productores de mercancías. Los poderes ejercidos son, sin embargo, poderes de negación más bien que de creación. Marx concede de buen grado que un suministro inadecuado de dinero, una estructura financiera inapropiada o, en el actual contexto, unas políticas monetarias restrictivas, pueden funcionar como barreras a la expansión de la producción de mercancías y, bajo ciertas circunstancias, exacerbar las crisis, tal y como sucedió en 1847-1848 después de la «errónea» Ley Bancaria de 1844 en Inglaterra (*El capital*, vol. III, p. 595). No obstante, a su parecer no hay un poder monetario sobre la tierra que pueda por sí mismo generar mágicamente una expansión en la producción de mercancías. El verdadero ímpetu del sistema está en la acumulación por medio de la producción e intercambio de mercancías. Marx se opone así violentamente a esa versión de la doctrina monetaria que supone que la oferta de dinero tiene efectos creativos.¹⁰

Este análisis del dinero, bajo las condiciones de la producción simple de mercancías, indica que la contradicción central entre el dinero como medida de valor y el dinero como medio de intercambio no se resuelve jamás: simplemente se desplaza a niveles cada vez más altos dentro de la jerarquía de las instituciones monetarias. Las diversas funciones derivadas del dinero —como reserva de valor y como medio de pago, por ejemplo— dan lugar a nuevas confusiones. Sin embargo, podemos interpretar mejor las diferentes formas que toma el dinero —mercancía dinero, moneda, papel moneda convertible y no convertible, diversos tipos de

⁹ El término «represión financiera» fue empleado por McKinnon (1973, cap. 7). Yo lo uso aquí no porque esté de acuerdo con la definición técnica de McKinnon sino porque describe gráficamente el fenómeno que se está investigando.

¹⁰ De Brunhoff (1971) y Harris (1979) proporcionan buenas reseñas de la crítica marxista del monetarismo.

dinero crédito, etc. — como un resultado del impulso a perfeccionar el dinero como un «lubricante» del intercambio fluido, de ajuste inmediato y sin coste, al mismo tiempo que se preserva la «calidad» del dinero en tanto medida de valor. El carácter incierto y «sin ley» de la producción e intercambio de mercancías lleva a diferentes agentes económicos a exigir diferentes tipos de dinero para propósitos definidos en coyunturas particulares. En tiempos de crisis, por ejemplo, los agentes económicos buscan por lo general formas seguras de dinero (como el oro), pero cuando la producción de mercancías está en auge y las relaciones de intercambio proliferan, la demanda de dinero crédito está obligada a incrementarse.

Armados con estas ideas generales, podemos ahora volver a considerar cómo se emplea el dinero específicamente en el modo de producción capitalista. En lo que sigue, vamos ver como la contradicción básica entre el dinero como medida de valor y el dinero como medio de circulación se vuelve todavía más marcada en el capitalismo, pero también que las funciones y formas del dinero se establecen de forma bastante admirable y a menudo extremadamente sutil.

2. La transformación del dinero en capital

Marx construye su teoría del dinero partiendo de una investigación de la producción y el intercambio de mercancías sin referencia alguna a la circulación del capital. Emprende este camino porque la economía monetaria es común a diferentes modos de producción y no solo al capitalismo (*El capital*, vol. II, pp. 136-141). Cometeríamos un serio error, argumenta Marx, si tratáramos de entender el dinero estudiando la circulación del capital. Por la misma razón, también nos equivocaríamos si tratáramos de entender los complejos mundos de la circulación monetaria y de las operaciones financieras bajo el capitalismo simplemente sobre la base de una teoría general del dinero (*El capital*, vol. II, p. 43). Debemos evitar a toda costa confundir *dinero* y *capital*, y reconocer que existe «una diferencia sensorialmente perceptible entre la circulación del dinero como capital y su circulación como simple dinero» (*El capital*, vol. I, p. 208). Ahora debemos considerar más cuidadosamente esta «diferencia perceptible».

Bajo condiciones de simple producción e intercambio de mercancías organizadas bajo condiciones no capitalistas, vemos que «el dinero hace circular las mercancías» y que «las mercancías hacen circular el dinero», es decir, «la circulación de mercancías y la circulación de dinero se determinan entre sí» (*Grundrisse*, vol. I, p. 99). El dinero circula básicamente en el orden inverso a la circulación de mercancías. Las complicaciones surgen cuando el dinero se emplea como medio de pago (el dinero fluye y el

intercambio de mercancías diverge en el espacio y en el tiempo, así como en su cantidad) y cuando el dinero, por la razón que sea, entra o sale de la provisión monetaria. Tampoco es fácil integrar a los productores de dinero dentro de un sistema monetario de este tipo sin alterar su lógica que, por lo demás, es simple.

La cuestión se presenta de modo muy diferente cuando consideramos la forma de circulación capitalista, cuya expresión más simple es la siguiente:

$$D - M \left(\begin{matrix} FT \\ MP \end{matrix} \right) \dots P \dots M' - D'$$

No obstante, Marx insiste en que cuando el dinero funciona como capital todavía «puede realizar solo funciones monetarias» como medio de circulación (facilita el intercambio

$$D - M \left(\begin{matrix} FT \\ MP \end{matrix} \right) \text{ y } M' - D'$$

y medida de valor (¿en qué otra forma se puede confirmar el aumento de $D - D'$?). Las funciones del dinero asumen así «la importancia de funciones de capital solo por virtud de sus interconexiones con las otras etapas de [la circulación del capital]» (*El capital*, vol. II, pp. 104, 109).

La «palpable diferencia» entre la circulación de dinero como capital y la «circulación» de dinero a través del intercambio de mercancías reside, en el primer caso, en las nuevas formas en que los capitales usan el dinero. La «transformación del dinero en capital» (*El capital*, vol. I, segunda parte) también depende de las circunstancias sociales e históricas. El dinero puede circular como capital solo cuando la fuerza de trabajo, con la capacidad para producir más valor del que ella misma comprende, está disponible en tanto mercancía:

El poseedor del dinero y el poseedor de la fuerza de trabajo se enfrentan tan solo como comprador y vendedor recíprocamente [...] [Pero] el comprador se presenta al mismo tiempo como poseedor de los medios de producción [...] Por tanto [...] la relación de clase entre capitalista y asalariado ya existe, se da por presupuesta [...] Esta relación no está dada en la naturaleza del dinero; antes bien es la existencia de esta relación lo que puede transformar una mera función de dinero en una función de capital (*El capital*, vol. II, pp. 50 y 51).

El trabajo asalariado constituye, por eso, un puente entre la esfera de la producción y la esfera del intercambio, que de otro modo estarían muy separadas. Por un lado, la compra y venta de fuerza de trabajo es únicamente una simple transacción de mercancías que se vuelve especial por el

hecho de que constituye un reflejo en el mercado de una relación social de la producción. De otro lado, una simple relación entre comprador y vendedor «se convierte en una relación inmanente a la producción misma» (*El capital*, vol. II, p. 136). Las relaciones sociales de la producción se expresan tanto *dentro* como *fuera* del proceso real de producción. Es a través del puente provisto por el trabajo asalariado que el capital puede fluir de forma continua a través de las esferas de la producción y el intercambio (más allá de las alteraciones de las crisis, por supuesto). El dinero no podría convertirse en capital si no existiera el trabajo asalariado.

Pero aun entonces, la transformación del dinero en capital no es un asunto sin aristas. Yo no puedo meterme en el bolsillo diez dólares o diez libras y convertirlos instantáneamente en capital. Para cada línea de producción, debo adelantar cierta cantidad de capital dinero a fin de comprar las instalaciones, la maquinaria, las materias primas y la fuerza de trabajo que se necesitan para echar a andar la producción de plusvalor. Debo disponer de una provisión de dinero suficiente para entrar en el negocio (la cantidad varía de una línea de producción a otra, como se puede ver en el contraste entre los ferrocarriles y los talleres manuales de la industria textil). En cualquier caso, la provisión de reservas retira dinero de la circulación y esto, si se produce a gran escala, puede alterar la circulación de dinero y de mercancías. El sistema de crédito se convierte así en una necesidad. De este modo, puedo convertir en capital los diez dólares que tengo en el bolsillo al depositarlos en un banco donde se pueden prestar inmediatamente como capital a cambio de un interés.

La circulación del capital impone obligaciones y cargas adicionales al sistema monetario y solo se les puede hacer frente por medio de la organización del sistema de crédito en tanto base de las operaciones financieras. En próximos epígrafes vamos a considerar en detalle las funciones del sistema de crédito. No obstante, resulta útil delinear aquí algunas de las demandas que el capital plantea. Por ejemplo, la preservación y expansión del valor requiere de continuidad y de una coordinación fluida cuando la base material de la producción se caracteriza por la discontinuidad y la discordancia. En los intercambios entre departamentos e industrias con diferentes ciclos de trabajo, la circulación y los tiempos de rotación se tienen que fluidificar de alguna forma, al igual que se tiene que alcanzar cierta coordinación entre los circuitos de dinero, mercancías y producción de capital. La tasa de ganancia se puede igualar solo si el capital dinero se puede mover rápidamente de una esfera de producción a otra, mientras que la acumulación y la reinversión requieren de grandes desembolsos periódicos, que de lo contrario se hubieran convertido en provisiones o reservas.

Por estas y otras razones, el sistema de crédito aparece como un resultado necesario del modo de producción capitalista. El capital que produce intereses viene a desempeñar un papel muy especial en relación con la circulación del capital. No obstante, este elaborado mundo del crédito y las finanzas se erige necesariamente sobre una base monetaria definida por condiciones de la simple producción e intercambio de mercancías. Esto es así porque el dinero solo puede realizar las funciones del dinero, incluso cuando se pone en circulación, en tanto capital o cuando es ofrecido como capital a préstamo. En la medida en que esta base monetaria está plagada de contradicciones, el mundo de las finanzas se levanta sobre unos cimientos inestables. En la medida en que las finanzas capitalistas se liberan de las ataduras del sistema monetario, interiorizan las contradicciones y son desplazadas a una postura antagónica respecto de su propia base monetaria. Marx insiste en este antagonismo; en el capítulo X trataremos de entender cómo este impone un giro monetario y financiero peculiar a la formación de las crisis en el capitalismo.

Resulta útil hacer un esbozo de las líneas básicas de este antagonismo, aunque solo sea para indicar a dónde se dirige el análisis. El argumento se desplaza básicamente sobre las siguientes líneas.

En virtud de su control sobre los medios de producción, los capitalistas también se pueden apropiarse del poder social inherente al dinero y ponerlo a trabajar como capital dinero, y producir así plusvalor por medio de la producción. La lógica de la circulación global de capital los obliga a crear nuevos instrumentos financieros y un refinado sistema de crédito que empuja al dinero y al capital que produce intereses a desempeñar un papel prominente en relación con la acumulación. No obstante, el poder coactivo de la competencia obliga a los capitalistas, en tanto agentes económicos individuales, a abusar del sistema y así minar el poder social del propio dinero: se puede deteriorar la moneda, producirse una inflación crónica, crisis monetarias, etc. El resultado del empleo del dinero como un medio de circulación a través del sistema de crédito, socava la utilidad del dinero en tanto medida y reserva de valor. Entonces se deben tomar medidas para preservar la calidad del dinero. Los controles monetarios estrictos se vuelven necesarios. Esos controles surgen en el curso de una crisis cuando los capitalistas corren a apoderarse de la mercancía dinero básica (el oro, por ejemplo) como la única representación legítima del valor o bien son impuestos como parte de una política consciente de una poderosa autoridad monetaria que opera como una extensión del Estado. Bajo estas últimas circunstancias, las políticas monetarias del Estado son cruciales a la hora de entender la dinámica de la acumulación capitalista.¹¹

¹¹ Para una explicación de las relaciones entre el Estado, las finanzas y la acumulación, véase De Brunhoff (1976).

Sin embargo, cualesquiera que sean las circunstancias, la tendencia hacia el exceso en el terreno de las finanzas viene controlada finalmente por una vuelta a las eternas verdades de la base monetaria.

A continuación vamos a tratar de descifrar paso a paso las relaciones entre los fenómenos monetarios y financieros. Vamos a comenzar con el *interés* y el *capital que devenga interés*, en tanto categorías fundamentales que operan dentro del sistema de crédito. Luego procederemos a describir con sencillez las funciones y los medios del sistema de crédito en relación con la circulación de capital. Procederemos en ambos casos como si el conflicto con la base monetaria no tuviera un papel importante que desempeñar. Esto nos pondrá entonces en posición de atacar los puntos más amplios y más complejos que se refieren a los aspectos monetarios y financieros de la formación de las crisis en el siguiente capítulo.

3. El interés

El capital que devenga interés o, tal como podemos llamarlo en su forma antigua, el capital usurario, pertenece con su hermano gemelo el capital comercial, a las formas antediluvianas del capital, que preceden largamente al modo capitalista de producción, y se encuentran en las más diversas formaciones económicas y sociales (*El capital*, vol. III, p. 683).

Podemos establecer rápidamente las condiciones que permitieron que floreciera el préstamo de dinero y la usura. Por medio de la proliferación de las relaciones de intercambio, el dinero «se establece como un poder externo e independiente de los productores». Así adquiere un poder social del que pueden apropiarse y usarlo las personas privadas. La usura proviene del uso privado de este poder social en forma de préstamos de dinero. Este poder minó «la riqueza antigua y feudal, así como la propiedad antigua y feudal», a la vez que las formas de organización política características de estas sociedades. Ayudó a romper el poder de los terratenientes feudales y a separar de sus medios de producción a los pequeños agricultores, artesanos y pequeños productores de los burgos. Sin embargo, aunque la usura «actúa revolucionariamente», sus repercusiones son destructivas y negativas más que positivas y creativas, «no altera el modo de producción, sino que se adhiere a él para chupar su sustancia como un parásito, y lo arruina» (*El capital*, vol. III, cap. XXXVI). Las prohibiciones y sanciones legales contra la usura surgieron por estas razones.

En la medida en que los usureros se apropian de todo el plusvalor producido, contienen la circulación del capital. Se trata de una barrera a quebrar:

En el curso de su evolución, el capital industrial debe entonces subyugar [al capital mercantil y usurero] y transformarlos en funciones derivadas o especiales de sí mismo [...]. Allí donde la producción capitalista [...] es el modo de producción dominante, el capital que devenga interés se ve dominado por el capital industrial, y el capital comercial es, sencillamente, una forma del mismo capital industrial derivada del proceso de circulación. Pero ambas formas tienen que renunciar a su independencia y someterse al capital industrial. Al capital que devenga interés se le aplica la violencia (del Estado), mediante la reducción coactiva del tipo de interés, para impedir que siga dictando sus condiciones al capital industrial [...] La verdadera manera de la que se vale el capital industrial para someter [al capital que devenga interés] consiste en crear una forma propia y peculiar para él: el sistema de crédito [...]. El sistema de crédito es su propia creación (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. III, p. 416).

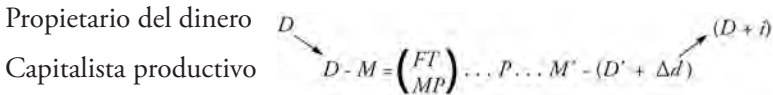
El interés, como las demás categorías distributivas de la renta y el capital mercantil, es considerado como una forma antigua de apropiación, domesticada por el capitalismo con el fin de adaptarlo a sus propios requerimientos específicos. La «usura» y el «interés sobre el capital dinero» tienen, por eso, significados sociales totalmente diferentes en el léxico de Marx. La diferencia no se puede atribuir a la forma del propio dinero, porque el dinero solo puede realizar funciones monetarias:

Lo que distingue al capital que devenga interés —en la medida en que constituye un elemento esencial del modo capitalista de producción— del capital usurario no es en modo alguno la naturaleza o el carácter de ese propio capital. Solo lo diferencian las diversas condiciones bajo las cuales funciona (*El capital*, vol. III, p. 691).

Las condiciones en las que Marx piensa son exactamente aquellas que permiten la transformación del dinero en capital. En pocas palabras, el dinero debe ser capaz de dominar el trabajo de otros —el trabajo asalariado debe existir previamente, creado por los procesos históricamente específicos de la acumulación originaria (en los que indudablemente las prácticas de usura desempeñarían su parte)—. El poder social del dinero puede ser usado entonces por sus titulares para comprar fuerza de trabajo y medios de producción, primer paso en el escarpado camino de la producción y realización del plusvalor. El antagonismo entre el capital y el trabajo asalariado toma ahora una dimensión totalmente nueva. De un lado, la concentración del poder social del dinero en manos de unos pocos es un prerequisite para la iniciación de la forma de circulación capitalista. Esto presupone que ya se ha logrado una adecuada «distribución determinada por la producción» de la riqueza monetaria. De otro lado, la concentración

y centralización progresivas del poder del dinero en manos de los capitalistas es el resultado de la producción de plusvalor. Esta concentración es una condición distributiva necesaria, que debe ser perpetuamente reproducida bajo el capitalismo (*El capital*, vol. III, pp. 408-409).

Todo esto pone el dinero en una posición muy especial en relación con la circulación de capital y la producción de plusvalor. El dinero existe como una forma de propiedad capitalista que se encuentra *fuera* y es *independiente* de cualquier proceso de producción real. Surge aquí una distinción entre los capitalistas como dueños del dinero y como empleados del capital, que usan ese dinero para establecer lo necesario para la producción de plusvalor. La actividad de prestar y de pedir prestado establece una relación de clase entre estos dos tipos diferentes de capitalistas. Marx expone esta relación de la siguiente forma. Los propietarios de dinero tratan de incrementar su capital prestando a interés, lo que implica una forma de circulación de tipo $D - (D + i)$. Supongamos que se presta dinero a un capitalista que se dedica a la producción, y que no tiene recursos monetarios propios. Entonces tenemos:



No obstante, los propietarios del dinero y quienes emplean el capital se enfrentan por lo general unos a otros como individuos jurídicos independientes. Es evidente que los prestamistas no prestarían dinero si no obtuvieran algún tipo de recompensa. Los productores no pedirían dinero prestado a menos que ellos también ganaran algo. Y de este modo, el plusvalor, analiza Marx, se divide entre los *poseedores del capital*, que reciben un *interés*, y *quienes emplean el capital* que reciben las *ganancias de la empresa*. Puesto que Marx aquí, como en otras ocasiones, está más preocupado por los papeles que por las formas particulares en las que son representados y puesto que quienes emplean el capital siempre tienen la opción de prestar cualquier dinero que tengan a interés en vez de reinvertirlo, saca la conclusión de que «el empleador del capital, aunque trabaje con capital propio, se divide en dos personas: el mero propietario del capital y el empleador del capital» (*El capital*, vol. III, p. 433). El concepto básico que surge entonces es el siguiente: el interés es un «mero fruto de poseer capital dinero como propiedad» fuera de cualquier proceso real de producción, mientras que la ganancia de la empresa es el «fruto exclusivo» del capital puesto a trabajar dentro del proceso de producción. La circulación del dinero como capital se debe interpretar de esta forma:

$$D - M = \left(\frac{FT}{MP} \right) \dots P \dots M' - (D' + \Delta d) \begin{cases} \nearrow i \text{ (interés)} \\ \searrow g \text{ (ganancia de la empresa)} \end{cases}$$

El capital que devenga interés se puede definir entonces como cualquier dinero o equivalente de dinero que prestan los dueños del capital a cambio de la tasa de interés en curso.

Resulta útil introducir aquí algunas observaciones y advertencias. Para empezar, los poseedores del dinero pueden prestar a otros agentes económicos distintos de los productores de plusvalor: comerciantes, terratenientes, gobiernos, diversos sectores de la burguesía e incluso los trabajadores. El dinero se puede prestar además para diversos propósitos que no tienen nada que ver directamente con la producción de plusvalor. En la medida en que a los poseedores del dinero les interesa principalmente incrementar su dinero con interés, se supone que les da igual a quien prestan dinero y para qué propósitos, siempre y cuando sea seguro que se lo devuelvan. Esto plantea algunas dificultades, de las que Marx es consciente, si bien las hace a un lado por razones sumamente plausibles. Si, en última instancia, todos los pagos han de salir directa o indirectamente del plusvalor, lo que hay que examinar es la relación crucial que existe entre el capital que devenga interés y la producción de plusvalor. Desafortunadamente, al circunscribir el análisis de este modo, genera tantos problemas como los que se resuelven cuando tratamos de descubrir las fuerzas que determinan la tasa de interés. Posteriormente volveremos sobre este asunto.

La virtud de la aproximación de Marx es que centra nuestra atención en la relación entre dos formas de capital, así como en la relación inmanente de clase entre los poseedores de capital —capitalistas en dinero— y quienes emplean el capital —capitalistas industriales—. «El interés es una relación entre dos capitalistas y no entre el capitalista y el obrero» (*El capital*, vol. III, p. 440). Marx rechaza la opinión burguesa de que la ganancia de la empresa es en realidad un retorno sobre las habilidades de dirección del empresario en tanto trabajador. Marx no niega que la coordinación y la dirección son actividades productivas, pero insiste en que la determinación de los salarios se tiene que ajustar aquí finalmente a la línea de los niveles salariales corrientes debido al «desarrollo de una clase numerosa de gerentes industriales y comerciales» y al «desarrollo general que reduce el coste de producir fuerza de trabajo entrenada especialmente» (*El capital*, vol. III, p. 372). Aunque esta es una opinión bastante simplista de la determinación de los salarios para las llamadas «clases directivas», no hay razones para negar que las ganancias de la empresa están muy por encima de lo que se

paga como salarios de supervisión, por mucho que la teoría y la práctica burguesa puedan tratar de disfrazar esa ganancia como una forma de salario. Posteriormente volveremos sobre las circunstancias (particularmente las formas de organización de las compañías por acciones) en las que el disfraz se vuelve incluso más efectivo (véanse las pp. 367-370 de este libro).

Si el interés es una «relación entre dos capitalistas», debemos entender la naturaleza e implicaciones de esa relación. La existencia del dinero como capital por fuera de la producción y de las actividades de prestar y pedir prestado implica que el dinero adquiere «un valor de uso adicional, el de funcionar como capital». Este valor de uso reside en su «facultad de crear y aumentar el valor», en la capacidad para «producir una ganancia común y corriente bajo condiciones normales». En pocas palabras, el dinero en tanto capital se convierte en una mercancía, aunque de un tipo muy especial con su «propio modo peculiar de enajenación» (*El capital*, vol. III, pp. 391-411). El punto crucial de la relación entre los capitalistas industriales y los capitalistas en dinero está en las «peculiaridades» que surgen cuando el propio capital toma el carácter de una mercancía.

Consideremos, por tanto, la relación entre un capitalista en dinero que presta a un capitalista industrial. El capitalista en dinero se separa del valor de uso del dinero sin recibir a cambio ningún equivalente, lo que constituye un tipo muy peculiar de transacción. Lo que espera el capitalista en dinero es que, *al final de un periodo de tiempo determinado*, se le devuelva el capital dinero original más los intereses. Primero de todo, se impone así una dimensión de tiempo específica a la circulación del capital en general, lo cual abre toda clase de caminos para tratar los tiempos de rotación diferenciales, los tiempos de circulación, los periodos de producción, etc. Más adelante volveremos sobre estas cuestiones. En segundo lugar, lo hace aparecer como si el dinero «creciera» automáticamente a través del tiempo, a la vez que hace que el propio tiempo parezca dinero. Marx se concentra en denunciar el fetichismo de ese concepto mostrando muy concretamente que, si el capital dinero se incrementa con los intereses durante un periodo de tiempo determinado, esto se debe a que los capitalistas productivos han logrado producir suficiente plusvalor en ese periodo como para cubrir el pago de los intereses (*El capital*, vol. III, p. 400). Los capitalistas en dinero, en la medida en que pueden dictar las tasas de interés y las fechas de vencimiento, controlan directamente la intensidad de la producción de plusvalor. Más adelante volveremos a considerar el poder coactivo potencial de los capitalistas en dinero sobre los capitalistas industriales (véanse las pp. 395-400 de este libro).

El valor de uso del dinero en tanto mercancía resulta bastante claro, pero ¿qué podemos decir de su valor y de su valor de cambio? Nos topamos aquí con otra peculiaridad. El dinero es el representante del valor y no puede ser más valioso que el valor que representa. El valor de uso del

dinero es tal que puede ser usado además para producir un valor mayor bajo la forma de plusvalor. Llegamos así a lo que Marx considera como una expresión totalmente irracional: ¡el valor del valor es que produce mayor valor! Dado que «el precio no es otra cosa que el valor expresado en dinero», se puede decir igualmente que «El interés en cuanto precio del capital es, desde un principio, una expresión cabalmente irracional» (*El capital*, vol. III, p. 407). El dinero en tanto mercancía tiene un valor de uso pero no un «valor» o un «precio natural». Esto se deriva también de que la transformación del dinero en capital no implica un proceso de producción material y no implica la cristalización del trabajo.

En cierto modo, este argumento es un trabalenguas, pero lleva directamente al rechazo de Marx de las teorías de una tasa de interés «natural», una doctrina que estaba muy extendida en la economía política de su tiempo. Por implicación, rechaza igualmente cualquier «teoría de la productividad marginal del precio» del capital dinero sobre la base de que esas teorías fetichizan al capital como «un factor independiente de la producción» dotado de poderes místicos de autoexpresión (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. III, pp. 403-478).

¿Cómo se determina, por tanto, la tasa de interés?¹² A falta de cualquier otra explicación, Marx recurre a la oferta y la demanda. En todos los demás casos, rechaza explicaciones de este tipo sobre la base de que, cuando la oferta y la demanda están equilibradas en el mercado, no sirven para explicar nada. Aparentemente, la tasa de interés constituye una excepción a esta regla. Esta viene fijada por las fuerzas del mercado de la oferta y la demanda de dinero en tanto capital en condiciones de competencia. Además, si «no existe una ley de la división fuera de la dictada por la competencia», entonces la tasa de interés se convierte en «arbitraria y no sujeta a ley alguna», «la determinación es accidental, puramente empírica, y sólo la pedantería o la fantasía tratarían de representar este accidente como una necesidad» (*El capital*, vol. III, pp. 409, 426).

Podemos interpretar estos comentarios de dos modos. O Marx dice que la determinación de la tasa de interés es *totalmente* arbitraria, no obedece a ninguna ley y no es susceptible de una investigación científica ulterior, excepto como un hecho empírico regular; o bien podemos pensar que quiere decir que la tasa de interés no está regulada directamente por la ley del valor. Me inclino por la segunda interpretación, y esto por dos motivos. En primer lugar, sería muy impropio de Marx, y totalmente inconsistente con su lucha contra las fuerzas que determinan la tasa de interés, que este tomara la primera posición. En segundo lugar, en varias ocasiones, Marx hizo declaraciones que sugieren que hay «leyes especiales» que determinan

¹² Harris (1976) ofrece una útil introducción a las fuerzas que fijan la tasa de interés en el análisis de Marx sobre el fenómeno.

el interés y la ganancia de la empresa (*El capital*, vol. III, p. 430). Marx también indica que, aunque el límite inferior de la tasa de interés puede bajar en principio a cualquier nivel, siempre «se presentan una y otra vez circunstancias que lo elevan por encima de ese mínimo relativo» (p. 413). Cada vez que Marx invoca las «circunstancias que contrarrestan», por lo general, vemos no muy lejos una cierta noción de equilibrio. Ese equilibrio viene determinado «por la oferta y la demanda de capital dinero, a diferencia de las otras formas del capital». Marx indica luego firmemente en qué dirección se encamina: «podríamos seguir interrogándonos: ¿cómo se determina la oferta y la demanda de capital dinerario?» (p. 486).

No existe, en conclusión, «una tasa natural de interés» regulado, tal y como suponían frecuentemente los economistas burgueses de la época, por el valor del dinero como una mercancía. El valor y el precio del dinero son expresiones totalmente «irracionales». La tasa de interés viene regulada a través de un proceso de mercado en el que la oferta y la demanda desempeñan un papel clave. Lo que tenemos que establecer ahora es cómo se estructuran la oferta y la demanda de dinero en tanto capital, en el modo de producción capitalista. Desgraciadamente, Marx no nos proporciona ningún análisis coherente de este proceso. Tendremos así que llenar algunas lagunas. Es evidente, sin embargo, que no podemos entender la demanda de dinero como capital sin entender primero los diversos usos que se le pueden dar al capital dinero, así como las funciones que debe realizar bajo el capitalismo. Por la misma razón, no podemos entender la oferta de dinero como capital sin una comprensión previa de las estructuras y de los medios institucionales de las operaciones financieras, que reúnen y consolidan el dinero como capital prestable. Necesitamos, en pocas palabras, diseccionar con cuidado las funciones y los medios del sistema de crédito como el producto distintivo del modo de producción capitalista, como el sistema que permite que el capital domestique la usura y la convierta en formas de capital que devenga interés, apropiadas para sus propios propósitos inherentemente contradictorios.

En los dos próximos epígrafes vamos a emprender un análisis en detalle del sistema de crédito. Lo haremos, en primera instancia, como si ese sistema estuviera libre de contradicciones y funcionara perfectamente en relación con la circulación del capital. Esto preparará el terreno para considerar, en el capítulo siguiente, estas contradicciones.

4. La circulación del capital que devenga interés y las funciones del sistema de crédito

La circulación de dinero como capital que devenga interés presagia la formación de una clase de capitalistas en dinero que controlan el poder social del dinero y que se mantienen con los pagos de los intereses. La existencia

real de dicha clase no se puede atribuir simplemente al deseo de los individuos de librarse de la molestia de producir, aunque los capitalistas, cuando tienen la oportunidad, con frecuencia suelen hacer eso precisamente. La magnitud y el poder de cualquier clase de capitalistas en dinero y la circulación del dinero como capital que devenga interés está *de facto* restringida dentro de límites bastante estrictos. «Si una parte desproporcionadamente elevada de los capitalistas transformase su capital, la consecuencia sería una enorme desvalorización del capital dinerario y una tremenda caída del tipo de interés; muchos [...] se verían obligados a reconvertirse en capitalistas industriales» (*El capital*, vol. III, p. 435).

En la medida, ciertamente, en que los capitalistas en dinero absorben plusvalor, más que generarlo, podemos preguntarnos por qué el capitalismo tolera a esos aparentes parásitos. Hay aquí dos razones. La primera es que la circulación de capital confiere un papel muy especial al dinero como equivalente general del valor y este papel proporciona inevitablemente una fuente potencial de sostén a una clase de puros capitalistas en dinero. La segunda es que la circulación del capital que devenga interés realiza ciertas funciones vitales; la acumulación de capital *requiere* así que los capitalistas en dinero logren sus propósitos y se afirmen activamente como un poder externo e independiente a los procesos de producción existentes. En lo que sigue, vamos a explicar cómo y por qué sucede esto.

La imagen general que surge finalmente es que la acumulación equilibrada depende de alcanzar un específico equilibrio de poder y de asignación de funciones entre los capitalistas en dinero que operan *fuera* y los capitalistas industriales que operan *dentro* del proceso real de producción. La tarea ante nosotros consiste en determinar dónde está este punto de equilibrio y explicar la forma en la que las contradicciones internas del capitalismo lo violan inevitablemente y luego lo restauran por medio de las crisis.

Como primer paso en este propósito, nos vamos a ocupar de las funciones del capital que devenga interés en relación con la acumulación. Esto nos va a ayudar a establecer la necesidad que existe de un capital que devenga interés y del capitalista en dinero como un poder independiente en relación con el capital industrial. Al ocuparnos, no obstante, de estas materias debemos recordar siempre que el dinero solo puede realizar funciones monetarias. La circulación del capital que devenga interés está siempre atada a esa regla. Esto implica que el sistema de crédito ha sido construido como una elaboración de las funciones y formas del dinero que existen bajo la simple producción e intercambio de mercancías. Estas funciones y formas «se amplían, se generalizan y se van modelando» bajo el capitalismo en formas que no eran posibles ni deseables bajo las formas de producción precapitalistas (*El capital*, vol. III, p. 461). Este irse «modelando» tiene lugar, no obstante, de una forma que «envuelve en el misterio

el movimiento real» hasta el punto de que los elementos básicos desaparecen casi enteramente de la vista (*El capital*, vol. II, p. 189). Nuestra tarea es, por tanto, doble: mostrar la relación entre el sistema de crédito y la acumulación, y al mismo tiempo observar estrictamente la relación entre el sistema de crédito y sus bases monetarias.

Las funciones del sistema de crédito y la circulación del capital que devenga interés son consideradas bajo seis encabezados principales sin prestar atención a la forma en que estas funciones se fusionan o expresan contradicciones.

4.1. La movilización del dinero como capital

El dinero que no circula como capital se puede considerar como capital dinero *latente* o potencial. Bajo las condiciones de simple producción e intercambio de mercancías, gran parte del dinero de la sociedad es empleado activamente como medio de circulación o es usado como reserva de valor por agentes económicos que necesitan mantener un fondo de reserva para cualquier propósito:

Estos numerosos puntos en los que el dinero se retira de la circulación y se acumula en numerosos tesoros —o capitales dinerarios en potencia— individuales parecen ser otros tantos obstáculos opuestos a la circulación, ya que inmovilizan el dinero y lo privan durante un tiempo más o menos considerable de su capacidad de circular [...] Se comprende el placer que suscita cuando, dentro del sistema crediticio, todos esos capitales potenciales [...] se transforman en capital disponible *loanable capital*, capital dinerario, que precisamente deja de ser pasivo y pasa a ser capital activo (*El capital*, vol. II, p. 551).

El dinero se puede movilizar como capital por la vía del sistema de crédito de dos formas distintas. Primero, los bancos pueden convertir una corriente de transacciones monetarias en capital para hacer préstamos. Lo hacen sustituyendo con su propio dinero de crédito (giros o cheques del banco) el dinero en efectivo, interiorizando la función del dinero como medio de circulación dentro de sus operaciones y sobre la base de los depósitos y retiros de compensación con el fin de proporcionar un balance de dinero permanente que se puede convertir en capital prestable. El cambio de pagar los salarios con cheque en vez de con dinero en efectivo se puede ver así como parte de una estrategia general dirigida a generar capital a préstamo a partir de las transacciones monetarias ordinarias.

En segundo lugar, las instituciones financieras concentran «los ahorros en dinero, así como el dinero desocupado de todas las clases», convirtiendo este dinero en capital. «Pequeñas sumas, cada una de las cuales sería incapaz de obrar como capital dinerario por sí sola, se reúnen en grandes masas y forman de este modo una potencia dineraria» (*El capital*, vol. III, p. 465). La concentración y centralización del capital puede producirse rápidamente. Los capitalistas individuales que ahorran pueden prestar a interés a los capitalistas que reinvierten; esto recorta los niveles de atesoramiento en tanto los capitalistas pueden amasar créditos al mismo tiempo que mantienen activas sus reservas monetarias como capital que devenga interés. El mismo principio se aplica a todos los agentes económicos en la sociedad que requieren un fondo de reserva por la razón que sea. Los ahorros de todo tipo se pueden movilizar como capital dinero. La consecuencia es, sin embargo, que capitalistas, rentistas, caseros, gobiernos, trabajadores, gerentes, etc., pierden su identidad social y se convierten en *ahorradores*. Los fondos de reserva de todas clases se engloban indiscriminadamente dentro de «la figura indiferenciada, igual a sí misma, del valor autónomo del dinero» (*El capital*, vol. III, p. 424). Esto plantea algunos problemas conceptuales, al mismo tiempo que proporciona algo más que pistas sobre las confusiones y contradicciones potenciales.

Consideremos, por ejemplo, la posición de los trabajadores. Por lo general estos ahorran para comprar artículos duraderos, para hacer frente a las necesidades de la vejez, para pagar los gastos extraordinarios (como enfermedades, embarazos, entierros, etc.) y también pueden ahorrar cuando los tiempos son propicios y los salarios están por encima del valor, a fin de contrarrestar las «vacas flacas» cuando los tiempos son malos y los salarios caen por debajo del valor. El concepto del valor de la fuerza de trabajo debe comprender cierto nivel de ahorro de los trabajadores. Sin embargo, cuando estos ahorros son movilizados como capital, los trabajadores pueden también recibir intereses. Esto parece convertir a los trabajadores en capitalistas en dinero, lo que contraviene las leyes del valor, tal y como las hemos especificado hasta aquí, en tanto los trabajadores tienen derecho a una parte del plusvalor que producen (véase en cualquier caso las pp. 365-366 de este libro). Es más, los trabajadores adquieren así un fuerte interés en preservar el propio sistema que los explota en la medida en que la destrucción de ese sistema traería consigo la destrucción de sus ahorros. De otra parte, en la medida en que los ahorros de los trabajadores se convierten en una fuente importante de capital en dinero, las organizaciones de trabajadores adquieren un considerable poder económico, de ahí la lucha por el control de los fondos de pensiones de los sindicatos, los fondos de seguros, etc. Se introduce así toda una nueva dimensión en la lucha de clases.

Cualquiera que sea el significado social que pueda tener esto, la oferta de capital dinero viene obviamente afectada por los arreglos distributivos que prevalecen bajo el capitalismo y las diversas «reservas de valor» que los diferentes agentes económicos tienen que mantener para funcionar eficazmente. Las relaciones reales dentro del sistema de crédito se vuelven muy difíciles de discernir, mientras que la conducta de los agentes económicos como ahorradores se ve sometida a muy diferentes presiones, en comparación con su conducta como asalariados, caseros, industriales, o lo que sea.

4.2. Reducciones en el coste y el tiempo de circulación

«Un costo de circulación fundamental lo constituye», argumenta Marx, «el propio dinero» (*El capital*, vol. III, p. 505). El sistema de crédito ayuda a fomentar la eficiencia de la circulación monetaria y a ahorrar en costes de transacción. Ayuda así a reducir los costes necesarios pero improductivos de la circulación que hay que sufragar incluso en la producción simple de mercancías. Allí está, en opinión de Marx, la «base natural» del sistema de crédito en la simple producción e intercambio de mercancías.

De igual modo, el sistema de crédito puede ayudar a retirar toda clase de barreras a la libertad de movimiento del capital a través de las respectivas esferas de la producción y la circulación. Las mercancías que requieren periodos de producción sumamente largos, por ejemplo, se pueden pagar a plazos. Esto permite que los productores roten varias veces el mismo capital durante un solo periodo de producción. El uso del crédito también hace posible encajar flujos de dinero entre industrias que requieren periodos de producción radicalmente diferentes. Los tiempos de circulación diferenciales y el crecimiento del comercio a larga distancia forman igualmente una de las «bases materiales» del sistema de crédito, mientras que el crecimiento del crédito permite que las mercancías penetren en mercados más distantes (*El capital*, vol. II, pp. 319-320; vol. III, pp. 555-564). Los consumidores que desean adquirir el valor de uso de un objeto (como por ejemplo una vivienda) durante un largo periodo de tiempo pueden también tratar de hacerlo con pagos periódicos «a crédito». En todos estos aspectos, el sistema de crédito permite la continuidad de la circulación de dinero al mismo tiempo que aprovecha la discontinuidad en la producción, circulación y consumo de las mercancías. Por medio del sistema de crédito, todos los tiempos de rotación se reducen al «tiempo de rotación socialmente necesario».

Desde el punto de vista del capital, el tiempo de rotación es tiempo perdido; Marx insiste, a menudo, en que la necesidad de acelerar la rotación del capital es «la razón fundamental del crédito y de las tretas crediticias del capital» (*Grundrisse*, vol. II, p. 77; *El capital*, vol. II, p. 357). La reducción

del tiempo de rotación libera en realidad capital dinero, que se puede usar entonces para la acumulación futura. Podemos discernir un efecto multiplicador dentro del sistema de crédito; el uso del capital dinero para acelerar la rotación libera más capital dinero.¹³

La necesidad de mantener la continuidad de los flujos de dinero y de reducir los tiempos de rotación frente a una multitud de movimientos de mercancías, la proliferación de la división del trabajo y los tiempos de producción y circulación ampliamente divergentes, constituyen un poderoso estímulo para la creación de un sistema de crédito. Sin crédito, todo el proceso de acumulación se estanca y se hunde.

Por consiguiente, el crédito es imprescindible aquí; un crédito que crezca en su volumen con el crecimiento del monto de valor de la producción, y en su duración con el alejamiento creciente de los mercados. En este caso se produce un efecto recíproco. El desarrollo del proceso de reproducción amplía el crédito, y el crédito contribuye a la expansión de las operaciones industriales y comerciales (*El capital*, vol. III, p. 556).

Por la misma razón, el crédito permite que se inserte una cuña en las identidades presupuestas por la Ley de Say, una cuña mucho más grande de lo que fue posible con otras formas de dinero. Las compras y las ventas pueden quedar cada vez más separadas entre sí en el tiempo y en el espacio. Bajo estas condiciones, la potencialidad de las crisis se vuelve mucho mayor. El crédito no solo permite que se extiendan, generalicen y realicen las funciones tradicionales del dinero, sino que hace exactamente lo mismo con las tendencias a las crisis dentro del capitalismo.

4.3. La circulación del capital fijo y la formación del fondo de consumo

El capital fijo [...] compromete la producción de los años siguientes y [...] anticipa el trabajo futuro como contravalor. La anticipación de los frutos futuros del trabajo no es [...] una invención del sistema crediticio. Tiene sus raíces en el modo específico de valorización, en el modo de rotación, en el modo de reproducción del capital fijo (*Grundrisse*, vol. II, p. 138).

Lo que llama la atención de esta afirmación es que implica una relación entre la formación y la circulación del capital fijo, la aparición de un sistema de crédito y la anticipación de los futuros frutos del trabajo. La circulación

¹³ De Brunhoff (1971) revisa en la teoría burguesa la distinción entre el dinero y los multiplicadores del crédito desde una perspectiva marxista y demuestra que la distinción tiene poca aplicación.

del capital fijo impone cargas tremendas al capital. Hay que atesorar una reserva suficiente dinero para cubrir el precio de compra inicial y salvar el tiempo hasta que se recupere el valor por medio de la producción. El sistema de crédito se vuelve vital a la hora de facilitar la circulación del capital fijo. Incluso suponiendo ningún ahorro por parte de las demás clases de la sociedad, los capitalistas que invierten en el presente pueden pedir prestado a interés a los capitalistas que ahorran con vistas a la expansión o reposición futura. A medida que la circulación del capital fijo «se solidifica» dentro de una forma independiente de circulación, y a medida que su escala, cantidad y durabilidad aumentan con la acumulación, el capitalismo debe ir formando un sistema de crédito cada vez más elaborado a fin de gestionar los problemas que plantea la circulación del capital fijo.

Las inversiones de «tipo independiente», particularmente en el entorno construido, serían imposibles si no se contara con acceso al crédito. Las inversiones a largo plazo se pueden convertir en pagos anuales o también el capital se puede centralizar a una escala capaz de financiar empresas tan vastas como los ferrocarriles, presas, muelles y puertos, centrales eléctricas y otras obras semejantes. El crédito facilita igualmente el consumo individual de mercancías que tienen una larga vida —como por ejemplo viviendas y automóviles—, al tiempo que el gobierno puede proporcionar bienes públicos a través de la financiación de la deuda. El capital puede prestarse igualmente en forma de mercancías. Se puede comprar equipo, edificios, etc., con capital dinero y prestarlos a interés a los usuarios. El resultado neto es que el capital a interés puede circular en relación con el capital fijo en una diversidad de formas. Lo único que tienen en común todas ellas es que el pago de intereses está ligado al trabajo futuro en tanto contravalor.

Por esta razón, el crédito llega a ser una conexión esencial que media entre los flujos del capital fijo y el capital circulante. Por encima y más allá de los problemas directos de coordinar dos corrientes que marchan según ritmos muy diferentes, debemos considerar cómo funciona el sistema de crédito para volver a encauzar los excedentes de capital y de población dentro de la formación del capital fijo.

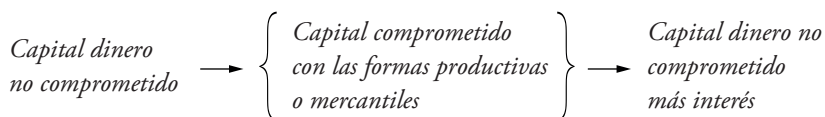
En el capítulo VIII mencionamos la dificultad potencial que surge cuando el exceso de acumulación de capital circulante tiene que pasar a la circulación del capital fijo. El capital dinero ocioso de, digamos, los fabricantes de zapatos, se puede encauzar a través del sistema de crédito y ponerse a trabajar con obreros desempleados para construir, digamos, un ferrocarril. Sin embargo, esto deja intacta la capacidad productiva excedente y las mercancías excedentes que disponen los fabricantes de zapatos. Al crear valores monetarios equivalentes a los excedentes de zapatos y a la capacidad productiva ociosa y poner ese dinero en circulación como capital en la construcción de ferrocarriles, se puede de hecho desplazar

el capital de una esfera a otra. Este cambio se produce, no obstante, sin respaldo en ningún intercambio real de mercancías. El sistema de crédito opera como una forma de «capital ficticio», como un flujo de capital dinero no respaldado por ninguna transacción de mercancías. La previsión es, por supuesto, que la expansión del empleo en la construcción de ferrocarriles incrementará la demanda de zapatos y de esta manera se agotarán los inventarios excedentes y se pondrá a trabajar de nuevo la capacidad productiva ociosa. En este caso, el capital ficticio adelantado se realiza posteriormente en forma de valor real.

La clasificación de «capital ficticio» está de hecho implicada cada vez que se extiende un crédito en anticipo de un trabajo futuro como contravalor. Esta forma de capital permite un desplazamiento fluido del capital circulante sobreacumulado a la formación de capital fijo —un proceso que puede disfrazar totalmente la aparición de las crisis en el corto plazo—. La creación de valores ficticios antes de la producción y realización real de las mercancías siempre ha sido, no obstante, un negocio arriesgado. El sistema de crédito se convierte en el agudo filo de la acumulación con todos los peligros que esto conlleva. El hueco entre los valores ficticios dentro del sistema de crédito y el dinero ligado a los valores reales se amplía. El escenario está así preparado para la crisis del sistema de crédito. Ante tales y tan profundos peligros asociados a la especulación, ¿por qué el capitalismo tolera al capital ficticio? Debemos contestar ahora esta pregunta en términos generales.

4.4. El capital ficticio

En primera instancia, podemos definir la circulación de capital que devenga interés como una intersección entre el ciclo monetario del capital y los ciclos de las mercancías y del capital productivo.



Cuando existe el capital como dinero, este posee todas las virtudes de la intercambiabilidad general, la flexibilidad de uso, la movilidad, etc. El capital que devenga interés puede realizar mejor sus funciones de coordinación si preserva su flexibilidad en relación con sus usos específicos, si permanece perpetuamente *fuera* de la producción y sin comprometerse con productos específicos. Sin embargo, en el curso de su circulación, los que prestan deben sacrificar la flexibilidad de su dinero durante un

periodo específico de tiempo a cambio de un pago de intereses. Durante ese tiempo el dinero queda vinculado a valores de uso específicos (mercancías, aparatos productivos, etc.). Los problemas surgen inmediatamente. Quienes prestan quizás no puedan o no deseen renunciar al control sobre su dinero durante el lapso de tiempo que necesitan quienes piden prestado para financiar sus operaciones. La dificultad para coordinar la variedad aparentemente infinita de necesidades por parte de los prestamistas (ahorradores) y prestatarios es sintomática de un dilema más profundo. En la medida en que el capital que devenga interés se compromete con valores de uso específicos, pierde sus poderes de coordinación en tanto pierde su flexibilidad. Surgen barreras dentro del proceso de circulación del capital que devenga interés, barreras que se eliminan con la creación de lo que Marx llama «capital ficticio».

La inclinación potencial por el «capital ficticio» está dentro de la propia forma dinero y está relacionada particularmente con la aparición del dinero crédito. Consideremos el caso de un producto que recibe crédito empleando como colateral unas mercancías que no se han vendido. El dinero equivalente de la mercancía es adquirido antes de que se realice la venta. Este dinero se puede usar entonces para comprar nuevos medios de producción y fuerza de trabajo. El prestamista, no obstante, se queda únicamente con un pedazo de papel, cuyo valor está respaldado por una mercancía que no se ha vendido. Este pedazo de papel se puede clasificar como *valor ficticio*. El crédito comercial de cualquier tipo crea estos valores ficticios. Si los pedazos de papel (letras de cambio principalmente) comienzan a circular como *dinero crédito*, entonces lo que está circulando es un valor ficticio. Se abre así un vacío entre el dinero crédito (que siempre tiene un componente ficticio e imaginario) y el dinero «real» vinculado directamente a una mercancía monetaria (*El capital*, vol. III, p. 530). Si este dinero crédito es prestado como capital, entonces se convierte en *capital ficticio*.

En este caso, la creación del capital ficticio se puede considerar como algo más o menos accidental. El accidente se convierte, no obstante, en necesidad cuando conectamos los procesos de circulación del capital que devenga interés y el capital fijo. El capital dinero se tiene que adelantar ahora contra un trabajo futuro más que contra la garantía de las mercancías existentes. Además, se tiene que adelantar durante toda la vida del capital fijo y comprometerse durante ese tiempo a un valor de uso específico. La única garantía es el valor del capital fijo, y esto, como vimos en el capítulo VIII, está sujeto a determinaciones complejas e inestables. Lo que sucede realmente es que el derecho al trabajo futuro que define el capital fijo es convertido a través del sistema de crédito en un derecho ejercido por el capital dinero sobre una parte del plusvalor que se produzca en el futuro.

El capital dinero es invertido en la apropiación futura. Desde el principio, por tanto, el capital dinero adelantado ha de ser considerado como capital ficticio en tanto no está respaldado por ningún colateral firme. Más aun, la producción de plusvalor futura resulta incierta y varía según el estado de la competencia, el ritmo del cambio tecnológico, la tasa de explotación y la dinámica global de la acumulación y el exceso de acumulación. Pero incluso frente a esas circunstancias inciertas, el capital dinero tiene que ser adelantado por lo menos durante la vida del capital fijo. Esto plantea serias barreras a la circulación del capital que devenga interés.

Con el fin de hacer frente a estas barreras, se pueden inventar diversas soluciones. Pueden intervenir ciertos intermediarios financieros y combinar los ahorros y los riesgos a fin de pedir prestado a corto plazo y prestar a largo plazo. Esto lo pueden hacer en anticipo de los ahorros futuros y de la producción futura de plusvalor (que finalmente deben significar la misma cosa, porque los ahorros son generados a partir de las utilidades que fluyen de la producción). Otra solución es que los productores refinancien su deuda sobre una base anual o que pongan directamente en el mercado acciones sobre la producción de plusvalor futuro. La compra y venta de acciones y valores permite que los dueños de dinero preserven su flexibilidad y liquidez, al mismo tiempo que los precios de las acciones se pueden ajustar a las variaciones en la producción de plusvalor.

Tales soluciones, que institucionalizan el capital ficticio dentro del sistema de crédito, generan algunas confusiones. «Las acciones de compañías ferroviarias, mineras, de navegación etc, representan capital real, a saber, el capital invertido y operante en esas empresas, o la suma de dinero adelantada por los participantes para poder ser gastada como capital en tales empresas» (*El capital*, vol. III, p. 541). Sin embargo, los títulos de propiedad no «dan a quien los posee ningún poder de disposición sobre este capital» y el propio capital no se puede retirar porque el título es solo un derecho sobre una porción de las utilidades futuras. Los títulos son «duplicados en papel» del capital real; el duplicado en papel puede circular mientras que el capital real no puede hacerlo. «En la medida en que la acumulación de estos títulos expresa la acumulación de ferrocarriles, minas, barcos de vapor, etc., expresa la ampliación del proceso real de reproducción». No obstante, en tanto duplicados en papel, los títulos son simplemente «formas ilusorias y ficticias de capital». Los precios de estos títulos pueden entonces fluctuar de acuerdo con sus propias leyes «independientemente del valor del capital real que representan» (*El capital*, vol. III, pp. 542-552).

En cierto sentido, estos precios fluctuantes pueden reflejar algo real sobre el estado del capital productivo. En el capítulo VIII mencionamos cómo el valor del capital fijo era una determinación inestable porque el

precio de compra inicial, el coste de reposición y la tasa de producción de plusvalor proporcionaban diferentes medidas de valor. De ahí surgió el concepto del valor del capital fijo como una magnitud en perpetuo cambio, afectada por el estado de la competencia, el dinamismo tecnológico y el ritmo de la acumulación. Hasta cierto punto, la variación en los precios de las acciones se puede considerar como un reflejo de los cambios en los valores de la propia reserva de capital fijo.

Desafortunadamente, los precios cambiantes de los títulos también vienen determinados por muchas otras fuerzas. De hecho, la ganancia no es la única forma de ingresos en la sociedad capitalista. Existen, por ejemplo, las rentas y los impuestos. Marx sostiene que «La forma del capital que devenga interés aparejada la circunstancia de que cualquier rédito dinerario determinado y regular aparezca como interés de un capital, provenga o no de un capital» (*El capital*, vol. III, p. 538). Estos ingresos se pueden capitalizar a la tasa de interés actual y los títulos sobre ellos también se pueden intercambiar en el mercado. La deuda del gobierno (lo último en capital ficticio, en opinión de Marx) y la tierra (véase el cap. XI) no tienen un valor inherente y sin embargo pueden asumir un precio:

Estos valores en caso de ser títulos estatales, son solo capital para quien los compró, es decir, para quien representan su precio de compra, el capital que invirtió en ellos; en sí no son capital, sino solamente exigencias de deudas; en el caso de ser hipotecas son meras asignaciones sobre una futura renta del suelo. Todas estas cosas no son capital real, no configuran partes constitutivas del capital (*El capital*, vol. III, p. 529).

En todos estos casos, el capital dinero está invertido en apropiación. Al capitalista en dinero le da lo mismo (supuestamente) de dónde provengan sus ingresos e invierte en deudas del gobierno, hipotecas, acciones, futuras mercancías, o lo que sea, según la tasa de retorno, la seguridad de la inversión, su liquidez, etc. «De este modo se borra hasta el último rastro del verdadero proceso de valorización del capital y se refuerza la idea del capital como un autómata que se valoriza a sí mismo y por su propia virtud». El resultado, sostiene Marx, es que la producción de intereses «es la matriz de todas las formas absurdas de capital» en las que «incluso la acumulación de deudas» puede «aparecer como una acumulación de capital». «Todo» dice Marx, «se duplica y triplica y se convierte en simples fantasmas». El sistema de crédito registra «la cumbre de la distorsión» hasta el punto en el que la acumulación de derechos sobrepasa con mucho a la producción real (*El capital*, vol. III, pp. 540-547).

El principal propósito de Marx en todo esto es sacarnos del error de considerar que un derecho comerciable sobre algún ingreso futuro es una

forma real de capital. Desea ponernos sobre aviso de la falta de cordura de una sociedad en la que la inversión en apropiación (rentas, deudas del gobierno, etc.) parece ser tan importante como la inversión en la producción. Marx insiste en que al final solo esta última tiene importancia —«pero si no efectuase una acumulación real, es decir, un aumento de la producción y un incremento de los medios de producción, de qué serviría la acumulación, en forma dineraria, de títulos de deuda sobre esta producción?» (*El capital*, vol. III, p. 492)—. Si todo el capital dinero se invirtiera en apropiación y ninguno en producción real, al capitalismo no le quedaría mucho tiempo de vida. Por eso cuando se alcanza la «cumbre de la distorsión» en el sistema de crédito, la calidad del dinero en tanto medida de valor se ve amenazada; tanto es así que en el curso de las crisis, como señala Marx de forma incansable, el sistema se ve obligado a buscar una base monetaria más sólida que la que proporciona el dinero crédito y el capital ficticio. Dada la increíble locura inserta en el sistema de crédito, ¿por qué se permite que continúe tal estado de cosas?

Cuando exploramos paso a paso el proceso de acumulación y sus contradicciones, encontramos que el capital ficticio está contenido en el concepto del propio capital. La formación y circulación del capital fijo son necesarias para la acumulación. La barrera que crea el capital fijo a la acumulación (véase el capítulo VIII) solo puede ser superada por medio del sistema de crédito en general y por la creación de formas ficticias de capital en particular. Al permitir que el capital ficticio se expanda, el sistema de crédito puede apoyar la transformación del capital circulante en capital fijo y hacer frente a las crecientes presiones que surgen a medida que cada vez más del capital social comienza a circular en forma de capital fijo. El capital ficticio es tan necesario para la acumulación como el propio capital fijo. Más adelante volveremos sobre las circunstancias que dan aún más peso a esta conclusión. Considerada la línea general del argumento de Marx respecto de la forma en que se generalizan y se resuelven las contradicciones internas del capitalismo, no debe sorprendemos que la circulación del capital que devenga interés sea simultáneamente la salvación de la acumulación y «la matriz de todas las formas absurdas». Podemos entender así el papel del capital ficticio como una espada de doble filo.

4.5. La igualación de la tasa de ganancia

Hay innumerables barreras a la igualación de la tasa de ganancia. El libre flujo del capital a interés (acrecentado por la existencia de formas ficticias de capital) hace, no obstante, mucho por eliminarlas. Por supuesto, la tasa general de ganancia «solo existe constantemente como tendencia, como movimiento de compensación entre las tasas de ganancia especiales»

que están en flujo perpetuo entre las compañías, industrias y empresas. El «equilibrio de divergencias constantes» a través de la competencia presupone que el capital puede fluir de esferas con ganancias inferiores a la media a esferas con ganancias superiores a la media (*El capital*, vol. III, pp. 421-422). El crédito desempeña aquí un papel obvio, «permite que el capital acumulado no se invierta precisamente en la esfera en que se ha engendrado, sino allí donde tienen mayores posibilidades de valorizarse» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, p. 445). El crédito es algo más que un medio útil para realizar un fin vital:

En el mercado dinerario, solo se enfrentan prestamistas y prestatarios. La mercancía presenta aquí una misma forma: el dinero [...] aquí cesa la competencia de las esferas particulares, todas ellas se hallan mezcladas como prestatarias de dinero. El capital industrial se manifiesta aquí realmente, con todo su peso, en la oferta y la demanda de capital tal como solo aparece en el movimiento y competencia entre las diferentes esferas: como capital colectivo en sí de la clase. Por otra parte, en el mercado de dinero el capital dinerario posee realmente la figura en la cual se distribuye como elemento colectivo, indiferente con respecto a su aplicación particular, entre las diversas esferas. (*El capital*, vol. III, p. 424).

En pocas palabras, el sistema de crédito aparece como una suerte de sistema nervioso central que coordina las actividades divergentes de los capitalistas individuales. El capital que devenga interés, que representa el capital común de una clase, fluye en respuesta a las tasas de interés diferenciales. Es más, la tasa de interés puede funcionar como un «barómetro y termómetro» del capitalismo, de un modo que no lo hace la tasa de ganancia. Esto sucede porque la tasa de interés se realiza como «un efecto simultáneo en masa» de la oferta y la demanda de capital dinero, un resultado conocido (citado diariamente en el mercado) y que varía uniformemente (aun cuando Marx reconoce que hay tasas de interés diferenciales entre diferentes mercados y países). Así pues, cuando la tasa de interés a largo plazo se mueve muy por encima de la tasa de ganancia que recibe la empresa en una determinada línea de producción, los industriales sienten el incentivo de no reinvertir, sino de poner cualquier plusvalor que puedan tener en el mercado de dinero. La información que proporciona la tasa de interés y las funciones que puede realizar el capital que devenga interés permiten, de este modo, ajustes mucho más rápidos en los flujos de capital, perfeccionando así un conjunto de mecanismos dirigidos a igualar la tasa de ganancia (*El capital*, vol. III, pp. 421-425). Esto puede suceder porque «el capital que devenga interés es el capital en cuanto *propiedad*, frente al capital como *función* dentro de la producción» (p. 437). Desgraciadamente, el capital común de *la clase* de todos los capitalistas se convierte, bajo las relaciones sociales del capitalismo, en el capital común de una clase de

capitalistas en dinero cuyos intereses específicos no siempre coinciden con los del capital en general. En el próximo capítulo nos vamos a ocupar de esa contradicción.

4.6. La centralización del capital

El sistema de crédito, «que en sus comienzos se desliza e insinúa recatadamente, como tímido auxiliar de la acumulación, atrayendo y aglutinando en manos de capitalistas individuales o asociados, por medio de una red de hilos invisibles, el dinero diseminado en grandes o pequeñas masas por la superficie de la sociedad, hasta que pronto se revela como un arma nueva y poderosa en el campo de batalla de la competencia, se trata de la maquina de centralización de capitales» (*El capital*, vol. I, p. 716). En relación con esto encontramos que «las instituciones de crédito modernas son tanto efecto como causa de la concentración (centralización) del capital» (*Grundrisse*, vol. I, p. 31). Consideremos cómo puede ser esto.

La centralización del capital por la vía del sistema de crédito libera todo el poder y potencial de cambio tecnológico y organizativo en tanto palanca primordial de la acumulación (véase el capítulo IV). De esta forma, se logran más fácilmente las economías a escala, se pueden superar las barreras planteadas por la limitada capacidad de organización de los negocios familiares y se pueden emprender proyectos a gran escala (particularmente los que forman parte del entorno construido). Además con la ayuda del capital ficticio se puede hacer todo esto sin que se interrumpa indebidamente el libre flujo de capital dinero —excepto durante las crisis, naturalmente—. El sistema de crédito también proporciona los medios para contrarrestar los efectos desestabilizadores del cambio tecnológico y organizativo. Por ejemplo, Marx señala el aumento en el capital por acciones como una de las influencias que contrarrestan la tendencia a la caída de la tasa de ganancia. Por la vía del sistema de crédito, se pueden organizar empresas con una composición de valor particularmente alta, compuestas principalmente de capital fijo, en tanto «estos capitales no entran, así, en el mecanismo de igualación de la tasa general de ganancia» ya que se pueden producir en caso de que únicamente den «simples intereses» (*El capital*, vol. III, pp. 239, 416). El capital circulante sobreacumulado se puede «intercambiar» a una forma de circulación de capital fijo que ayude a aumentar la tasa de ganancia.¹⁴ La composición de valor del capital puede reducirse igualmente incrementando la integración vertical, así mismo, la tasa de ganancia se puede aumentar acelerando los tiempos de rotación. Si todo lo demás fallara, los procesos violentos de la acumulación originaria

¹⁴ Este es el significado de la teoría de Boccara (1974) acerca de la devaluación relativa discutida en el capítulo VII de este libro

pueden proseguir en el corazón mismo del capitalismo a medida que los «piratas del crédito» siembran el caos ganando dinero con la devaluación del capital de los demás; «los tiburones devoran a los peces pequeños y los lobos de la bolsa a las ovejas» (*El capital*, vol. III, p. 510). En todos estos aspectos el sistema de crédito se convierte en un instrumento vital en la lucha por detener las fuerzas destructivas contenidas dentro de la lógica interna del capitalismo.

Si bien es cierto que Marx pone el mayor énfasis en la centralización del capital por la vía del sistema de crédito, es también cierto que dicho sistema puede guiar las fuerzas de la descentralización —como la apertura de nuevas líneas de producción, la extensión de la división del trabajo y la descentralización interna dentro de las formas contemporáneas de la organización capitalista—. La centralización del capital dinero puede ir acompañada de una descentralización en la organización de la actividad productiva. Surge así una distinción entre las formas de organización *financiera* y las formas de organización *industrial*, al mismo tiempo que surgen tipos específicos de relaciones que las vinculan entre sí (véase el capítulo X). La proliferación de los instrumentos de crédito y de las estrategias financieras parece vital, por tanto, para la preservación del capitalismo y, desde este punto de vista, dicha proliferación es tanto un efecto como una causa de la acumulación.

5. El sistema de crédito: medios e instituciones

Aun cuando ciertamente podemos encontrar muchos actos de prestidigitación en el resbaladizo mundo de las finanzas, el sistema de crédito no funciona por arte de magia. Hay que encontrar los medios para realizar las tareas, los medios requieren instituciones y las instituciones requieren gente que las organice y las ponga en marcha. Los banqueros, los financieros, los corredores de bolsa, *et al.*, que pueblan el mundo de las finanzas realizan funciones sumamente especializadas dentro de la división del trabajo. En uno u otro grado, constituyen una clase especial dentro de la burguesía. En la medida en que el sistema de crédito funciona realmente como una especie de sistema nervioso central que regula los movimientos del capital, esta clase ocupa lo que parece ser el alto mando de la economía, desde el cual confronta a los capitalistas industriales o mercantiles como los representantes del capital social total.

Los capitalistas en dinero, como los vamos a llamar, se ven así atrapados en un cúmulo de contradicciones —el sistema de crédito interioriza las contradicciones del capitalismo, no las elimina—. Por ejemplo, los banqueros son capitalistas que compiten entre sí. Deben desempeñar su oficio

usando todos los trucos de que puedan echar mano —trucos que, de vez en cuando, los hacen caer al abismo de la ruina financiera—. De otra parte, se supone que actúan como representantes «responsables» del capital social total y que usan sus poderes con acierto y prudencia en pro del «interés público». A ellos les corresponde supuestamente guardar el dinero de la gente «tan seguro como en el Banco de Inglaterra».

Buena parte de la complejidad que ha surgido en el mundo de las finanzas refleja los continuos y complejos intentos por armonizar dos papeles irreconciliables. Aunque a esto se puede reducir todo el asunto, no por ello estamos menos obligados a examinar los medios e instituciones que han surgido en el capitalismo, ya que estos tienen importantes efectos materiales e implicaciones teóricas. Marx mismo se centró primariamente en los bancos, ofreció un análisis preliminar de las compañías por acciones y mencionó, si bien por lo general de pasada, la amplia gama de instituciones financieras especializadas, tales como las cajas de ahorro para los trabajadores, las compañías de seguros, etc. Marx no pudo anticipar el amplio crecimiento del crédito al consumo, los fondos de pensiones y otros equipamientos del sistema de crédito. Por esta razón, queda mucho por hacer si se quiere actualizar el análisis de Marx.

De todos modos, no estamos buscando un sistema de categorías clasificatorias con el que describir la variedad aparentemente infinita de los arreglos institucionales que han surgido en diferentes países a lo largo de la historia del capitalismo. Tal y como Marx señalara, no es necesario hacer un análisis exhaustivo, puesto que aquí solo buscamos una base teórica firme para entender la forma en la que los medios e instituciones del sistema de crédito afectan las leyes de movimiento del capitalismo. Vamos a considerar esta cuestión en cuatro encabezados.

5.1. Los principios generales de la mediación financiera: la circulación del capital y la circulación de los ingresos

En la base de todas las operaciones financieras existe siempre una transacción elemental entre las unidades económicas que poseen excedentes de valores y las unidades económicas que desean hacer uso de esos excedentes con algún propósito. Las unidades económicas pueden ser individuos (de cualquier clase), corporaciones, gobiernos, sindicatos, instituciones como la Iglesia y la Corona, organizaciones profesionales y mercantiles, fondos de pensiones, organizaciones benéficas, bancos, etc., mientras que el rango de posibles propósitos es inmenso (hacerlos circular como capital industrial o mercantil, comprar una vivienda, erigir un monumento, lanzar una campaña política, comprar una hacienda rural para la amante favorita, construir un templo, etcétera).

Las instituciones financieras se congregan alrededor de la necesidad de encontrar medios eficientes de reunir y concentrar esos excedentes y, si es necesario, convertirlos en dinero, de forma preparatoria a la hora de poner en circulación ese dinero como capital que devenga interés. En medio de lo que parece una inmensa confusión, desde el principio, debemos hacer una firme distinción entre la circulación de lo que Marx llamó la forma dinero de la renta y la forma dinero del capital (*El capital*, vol. III, p. 513).

Nos hemos ocupado ya extensamente de esta última forma de circulación —el plusvalor que se convierte en dinero y se usa para producir más plusvalor—. La circulación de la forma dinero de los ingresos es un proceso muy diferente. Supongamos, por ejemplo, que los trabajadores establecen instituciones —como las primeras promotoras inmobiliarias de Inglaterra o las asociaciones de ahorro y préstamo de Estados Unidos— que permiten que se usen los ahorros de algunos trabajadores a cambio del pago de intereses, con el fin de ayudar a otros trabajadores a comprar sus casas. Todo lo que aquí ocurre es que los ingresos de los trabajadores (el capital variable) está siendo redistribuido dentro de la clase trabajadora de las familias que tienen excedentes a las familias que necesitan incurrir en déficit para adquirir la vivienda que necesitan. El problema es interpretar el pago de intereses que claramente no es una parte del plusvalor. La respuesta es bastante simple. La monetización de las relaciones dentro de la clase trabajadora subsume a sus miembros en el dominio *formal*, en tanto opuesto al real, del capital que devenga intereses, en tanto coordinador centralizado de la oferta de ahorro de los trabajadores y de la demanda de vivienda por parte de los mismos.

La circulación de los ingresos es extensiva. Incluye la contratación de servicio doméstico por parte de la burguesía y pagos por multitud de servicios por parte de todas las clases. Por medio del sistema de crédito, muchas de estas transacciones se convierten en una relación entre deudor y acreedor, con préstamos a los consumidores contra sus ingresos futuros. Las transacciones pueden llegar a ser tan ficticias en esta esfera como en la esfera de la circulación del capital. Marx no consideró la circulación de ingresos como la meta principal de la investigación, en tanto todos esos ingresos tienen su origen en la circulación y acumulación del capital. Se centró por eso en el proceso de circulación básica excluyendo todo lo demás. En cualquier caso, nuestra comprensión de la oferta y la demanda de fondos a préstamo puede quedar oscurecida con demasiada facilidad, dado que el sistema de crédito suele mezclar la circulación de ingresos y la circulación de capital.

Teóricamente, podríamos distinguir «minicircuitos» dentro del sistema de crédito. Los circuitos pueden conectar las unidades que tienen excedentes con las que los necesitan, ya sea dentro de la clase trabajadora, dentro

de la burguesía, entre los gobiernos y entre los distintos tipos de unidades económicas. En ninguno de estos casos podemos interpretar el pago de intereses como una rebanada directa sobre el plusvalor que el capital prestado ayuda a producir. La tasa de interés sirve simplemente para regular las cantidades solicitadas y prestadas tomadas de los ingresos dentro de la esfera de consumo. La única conexión con la circulación del capital —una conexión importante— reside en una disminución del atesoramiento personal y un aumento en la demanda de bienes de consumo que esos créditos pueden ayudar a generar. Estos minicircuitos son muy diferentes a los que conectan a los capitalistas entre sí o a los que vinculan los ahorros provenientes de los ingresos con la inversión en la producción directa de plusvalor.

Supongamos, por el momento, que los diversos minicircuitos están aislados entre sí. La tasa de interés en cada circuito se fijaría entonces dentro de esa esfera y supuestamente variaría de acuerdo con la oferta y la demanda. Pero el dinero es siempre dinero sin importar quién lo tenga en su bolsillo. El dinero comenzaría a fluir de los circuitos donde la tasa de interés es baja a aquellos donde es alta. Habría así *una tendencia a la igualación de la tasa de interés*.

Marx da por sentado una tasa de interés uniforme y homogénea, que presupone la existencia de un sistema de crédito altamente integrado. Las fragmentaciones se podrían interpretar como el resultado de una especialización de las funciones. Por el lado de la oferta, la movilización de los ahorros plantea diferentes problemas dependiendo del tipo de unidad económica. Las bancos de depósito, las promotoras de viviendas, las cajas de ahorros, las redes de ahorro nacional, las sociedades de beneficencia, los fondos de pensiones y seguros, etc., pueden ser objetos de apropiación por parte de los trabajadores, pero no están bien preparados a la hora de gestionar los ahorros de los Rockefeller o de los jeques árabes dueños de pozos de petróleo. Los ahorros de las grandes corporaciones y del gobierno requieren igualmente una gestión especializada. Por el lado de la demanda, los préstamos a los pequeños negocios, el crédito agrícola, la financiación de las compras de los consumidores (automóviles, viviendas, etc.), la financiación de la deuda pública, la financiación de proyectos a gran escala (ferrocarriles, sistemas de transporte público, servicios públicos) y la satisfacción de las necesidades de las corporaciones multinacionales, son tipos muy diferentes de negocios que requieren un dominio de especialistas.¹⁵

La estructura financiera resultante está hasta cierto punto fragmentada (si bien los sistemas nacionales varían mucho en este proceso, de ser sumamente descentralizados en Estados Unidos a sumamente centralizados

¹⁵ Aunque la reseña de Hilferding (ed. 1970) resulta anticuada, la descripción de las estructuras financieras que proporciona sigue teniendo mucho interés.

en Francia).¹⁶ Estas fragmentaciones implican de hecho que no existe un único mercado financiero, sino muchos. Además, podemos ver que existen tasas de interés diferenciadas entre los mercados y entre las naciones, al tiempo que existen diferentes tasas en los préstamos relativos a la financiación de diferentes tipos de actividades. Lo que impresiona en los sistemas de crédito modernos es, de todos modos, que existe un alto grado de integración dentro de una estructura con frecuencia extremadamente fragmentada. Por ejemplo, el flujo de fondos que entran y salen de las cajas de ahorros de Estados Unidos es sumamente sensible a las tasas de interés que se ofrecen en otros países. La oferta de préstamos hipotecarios en el mercado de la vivienda se muestra igualmente afectada por la demanda de dinero en otros sectores de la economía. La tasa de interés diferencial entre países (cuando se ajusta a la tasa diferencial de inflación entre las monedas locales) también libera rápidamente flujos de capital dinero «caliente» hacia cualquier lugar donde la tasa real de interés sea más alta. Existen fuerzas muy poderosas que tienden a igualar la tasa de interés a largo plazo. El resultado, en todo caso, es que la circulación de dinero como ingresos y como capital casi no se puede distinguir dentro del sistema financiero.

5.2. Compañías por acciones y mercados de capital ficticio

En el capítulo V, analizamos que si el capital quiere extenderse y sobrevivir se tiene que liberar de las restricciones impuestas por la empresa de tipo familiar. La forma de organización corporativa liberó toda la potencia del cambio tecnológico y organizativo, estimuló la producción de nuevos conocimientos y permitió que se lograran economías de escala en la producción, la organización y el marketing. Esta forma de organización separó simultáneamente a los dueños de los directivos y empujó en dirección de una forma de financiación capaz de liberar al capital dinero en tanto poder independiente, pura propiedad capitalista externa a la producción y circulación de mercancías.

Las corporaciones organizadas según el principio de la sociedad por acciones reúnen dinero vendiendo acciones y bonos a los capitalistas en dinero. El dinero reunido se pone a trabajar como capital para producir plusvalor (esto es, suponiendo que la empresa tenga otra intención que no sea la de una «pura estafa»). Los inversores conservan sus títulos de propiedad y reciben intereses (fijos o variables, según sea el caso). Los títulos

¹⁶ Un análisis convencional de la estructura financiera francesa se puede encontrar en Coutiere (1976) y Morin (1974); materiales comparables respecto de Inglaterra en Revell (1973) y respecto de Estados Unidos en el *Report of the Commission on Money and Credit* (1961) actualizado por la *Hunt Commission Report* (1971). Goldsmith (1969) trata de hacer algunas comparaciones generales sobre el tema de la estructura financiera y el desarrollo.

son simplemente derechos (que se pueden vender en el mercado) por una participación en la producción de plusvalor futuro. Los inversores pueden retirar su dinero en cualquier momento vendiendo sus acciones y sus bonos a otros inversores. Estas compras y ventas llevan a la creación de un tipo especial de mercado, el mercado de valores. Este es un mercado de capital ficticio para la circulación de los derechos de propiedad como tales.

Los derechos de propiedad vienen en muchas formas. En principio, los títulos de cualquier tipo se pueden comprar y vender. Los gobiernos pueden vender derechos sobre una parte de los impuestos futuros. Los derechos de propiedad sobre las mercancías se pueden vender sin que estas cambien de mano realmente o, como sucede en los mercados de futuros, antes de la producción real de las mismas mercancías. Los derechos sobre la tierra, los edificios, los recursos naturales (perforación de petróleo, derechos sobre sondeos de minerales, etc.) también se pueden vender y comprar. Existen, según parece, tantas clases de mercados de capital ficticio como formas de propiedad hay en el capitalismo.

La complejidad de estos mercados resulta abrumadora y ha dado lugar a que surja una gran variedad de instituciones y mecanismos especializados para ocuparse de los problemas específicos relacionados con las diferentes clases de derechos de propiedad (por ejemplo, el mercado hipotecario funciona de una manera muy diferente al mercado de futuros). Pero todos estos mercados tienen una cosa en común. Los títulos de propiedad están «duplicados en papel», los cuales por sí mismos no tienen valor, aun cuando circulen con un precio. Esto plantea dos preguntas: primero, ¿qué es lo que fija los precios? Y, segundo, ¿tiene el título duplicado algún valor real?

El precio de los títulos de propiedad viene por lo general fijado por los ingresos presentes y futuros previstos, a los que tiene derecho el propietario del título, capitalizados a la tasa actual de interés. En la medida en que lo que determina la tasa de interés es la oferta y la demanda de capital dinero, los precios simplemente pueden variar de una forma totalmente independiente de las oscilaciones en los ingresos previstos. El precio puede además verse modificado por otras consideraciones, como la facilidad de venta en el mercado, la seguridad, el plazo de tenencia, los impuestos, etc. No necesitamos ocuparnos aquí de estos detalles, puesto que lo que nos interesa es la relación entre los precios en general y los valores reales que deben representarse eventualmente. Esta relación nos proporciona una importante clave a la hora de tratar de explicar cómo y por qué los valores ficticios (los precios) alcanzados a través del sistema de crédito pueden quedar tan lejos de los valores expresados en «la base monetaria».

En el caso de las compañías por acciones, el capital real (en forma de ferrocarriles, instalaciones productivas, etc.) existe realmente, y el título de

propiedad que rinde un dividendo (un interés) está respaldado en uno y otro grado por una capacidad real para producir plusvalor. El problema está en discernir la solidez del respaldo y la única forma en que los inversores pueden averiguar esto es pidiendo que se les revelen totalmente las finanzas de la compañía. De lo contrario, las corporaciones pueden encontrar formas de parecer más fuertes (o más débiles) de lo que realmente son y así manipular los precios de sus acciones. Por ejemplo, se puede usar dinero prestado para complementar los pagos de dividendos y así fomentar más inversión en una empresa que parece lucrativa aunque no lo sea (este proceso se conoce como *stock watering* y fue muy común a principios del siglo XX).¹⁷

Los mercados de mercancías operan, por lo general, alrededor del valor real que merodea en algún punto del horizonte, y, dejando a un lado los casos obvios de estafa, los inversores simplemente especulan sobre las condiciones de realización de los valores en diferentes lugares y tiempos. Esa actividad especulativa resulta útil en el sentido de que, si no se somete a demasiada manipulación, puede llevar a una compensación de los precios. Los mercados de futuros pueden realizar una función similar, proporcionando una guía a los dueños de mercancías sobre si deben almacenar o sacar al mercado dichas mercancías en determinado momento. Esto requiere, sin embargo, que se prevea el valor futuro de la producción en forma de mercancías. Los mercados hipotecarios (los precios del suelo y de los edificios) presentan problemas aún más complejos, que se pueden clasificar solo después de una investigación detallada de la renta como categoría económica (véase el capítulo XI).

La deuda del gobierno resulta igualmente difícil de clasificar. Marx la consideró como una forma puramente ilusoria de capital ficticio. El dinero representado por la deuda nacional se ha gastado hace ya largo tiempo (en guerras, gastos públicos, etc.), por eso los inversores compran derechos sobre la deuda, que viene simplemente respaldada por el poder del gobierno a gravar con impuestos la producción de plusvalor. Esta caracterización resulta ciertamente apropiada para la mayor parte de la deuda nacional, pero existen también formas de gasto público que no encajan dentro de este modelo. Si una empresa municipal, financiada con préstamos solicitados al mercado de capital, vende una mercancía (electricidad, gas, agua, transportes) a un precio que genera suficientes ingresos para pagar el interés sobre la deuda y deja lo suficiente para la expansión ulterior de los negocios, esta no resulta en principio diferente de una compañía por acciones. La única diferencia reside en la forma de propiedad y en su

¹⁷ Algunos ejemplos espectaculares de especuladores que hicieron millones devaluando las inversiones de otras personas, se pueden encontrar en la historia del comercio financiero masivo en la década de 1890 y principios de la de 1900; véanse Hendrick (1907) y Roberts (1961) frente al contexto descrito por Cheape (1980).

capacidad para fijar los precios. Si la actividad viene subsidiada parcial o totalmente por los impuestos, entonces el asunto comienza a tomar un aspecto muy diferente. Hay, no obstante, muchas actividades productivas relativas a la infraestructura física y social (como por ejemplo la salud y la educación) que el Estado puede emprender. Al mejorar las fuerzas productivas de la sociedad, el Estado puede contribuir, directa o indirectamente, a la producción de plusvalor. El dinero invertido en la deuda del Estado no cesa automáticamente de circular como capital simplemente porque entre en el marco de las finanzas públicas. El capital que devenga interés puede continuar circulando si el incremento en la producción de plusvalor logrado por medio de inversiones estatales productivas genera los ingresos crecientes en concepto de impuestos que forman, a su vez, la base para los pagos de intereses a aquellos que invirtieron en deuda pública en primer lugar. Esta es, naturalmente, la teoría de los «gastos productivos» que ha servido de base para toda clase de actividades del Estado,¹⁸ pero que ese resultado sea *posible* no garantiza en ningún caso que esas intervenciones estatales vayan a crear los valores reales.

En todos estos casos, la relación entre los precios de los títulos y los valores reales que representan dichos títulos resulta necesariamente ocultada. Los propios ingresos no están directamente ligados a la producción de plusvalor, sino que vienen mediados por reglas de distribución y por una multitud de arreglos institucionales que ayudan a coordinar los flujos de capital que devenga interés, al tiempo que ocultan la relación con los valores reales. La oferta y la demanda de capital dinero también interviene, en tanto los precios son ingresos capitalizados a la tasa de interés. En todo caso, los mercados de capital ficticio resultan vitales para la supervivencia del capitalismo, porque solo a través de estos se puede asegurar la continuidad del flujo de capital que devenga interés. Este flujo, como dijimos en el epígrafe anterior, realiza algunas funciones vitales de coordinación. Los mercados de capital ficticio proporcionan la fuerza coordinadora de la sociedad capitalista.

5.3. El sistema bancario

La distribución entre los bancos y otros intermediarios financieros es importante.¹⁹ Los bancos de ahorro, los fondos de pensiones y de segu-

¹⁸ El Barón de Haussman fue pionero a la hora de introducir esta idea de los «gastos productivos» del Estado en su programa de reconstrucción de París durante el Segundo Imperio (véase Pinkney, 1958). Esta idea se ha generalizado ahora en la mayoría de las teorías burguesas de las finanzas públicas. Las teorías marxistas del Estado son particularmente reticentes en su forma de tratar esta potencialidad, aun cuando Barker (1978) ofrece un marco interesante que merece considerarse en detalle.

¹⁹ Guriey y Shaw (1950) discuten sobre esta distinción de forma provechosa, si bien en términos burgueses.

ros, las cajas de ahorros y las promotoras inmobiliarias, los sindicatos de crédito, las cuentas de ahorros de correos, etc., movilizan ahorros que provienen de una cantidad existente de valores. Bajo estas condiciones, es imposible ahorrar antes de que se produzcan los valores. Esta misma restricción no se aplica a los bancos, que ofrecen crédito y crean valor dinero en virtud del crédito que ofrecen. Los bancos crean valor dinero ficticio cuando sustituyen por medio de sus propios giros las letras de cambio que los capitalistas (y otros) hacen circular entre sí. Este valor dinero ficticio se puede prestar como capital. Esto significa que los bancos pueden convertir un flujo de dinero que está siendo empleado como medio de pago en capital dinero «libre». Pueden crear capital dinero antes de la producción de valores. El único límite a esta capacidad está en la necesidad de mantener cierta reserva de dinero para hacer frente a cualquier demanda súbita de dinero por parte de sus clientes. La fuga de un banco se produce cuando los depositarios pierden la fe en el dinero crédito del banco y tratan de obtener en su lugar «dinero real» (la mercancía dinero o una oferta legal de pago respaldada por el gobierno).

La capacidad de los bancos para crear capital dinero directamente a partir de valores ficticios es importante. Tal y como hemos visto, existe un perpetuo problema en el capitalismo a la hora de encontrar los recursos inactivos necesarios para que el capital pueda pasar de usos relativamente improductivos a usos más productivos —por supuesto siempre definidos en términos de la producción de plusvalor—. En los primeros estadios del capitalismo, la acumulación originaria y la apropiación forzaron la reubicación directa o indirectamente (por medio de la usura). En estadios posteriores, la movilización de los ahorros vino a desempeñar un papel importante. Sin embargo, a medida que la acumulación originaria declinó en importancia relativa, y a medida que una proporción cada vez mayor del total de los ahorros de la sociedad se movilizó totalmente a través del sistema de crédito, la creación de capital dinero a partir del flujo de dinero dentro del sistema bancario se convirtió en la fuente individual más importante de los recursos inactivos necesarios a la hora forzar las relocalizaciones de los flujos de capital. La única otra fuente reside en la sobreacumulación, pero incluso aquí la capacidad productiva y el exceso de mercancías se deben primero monetizar a través del sistema bancario para que puedan producirse las relocalizaciones. Es más, la capacidad del sistema bancario para generar una oferta de capital dinero antes de la producción del valor real se incrementa con el volumen creciente de las transacciones del mercado y la proporción creciente de esas transacciones logradas a través del sistema bancario.

Marx se centra en el papel de los bancos más que en otros tipos de intermediarios financieros precisamente porque los bancos combinan funciones monetarias y financieras. Como concluye correctamente De

Brunhoff (1978, p. 57), «el sistema bancario es el sector estratégico del sistema de crédito» porque los bancos son «las únicas instituciones que combinan la gestión de los medios de pago y de capital dinero». Estos dos papeles se complementan entre sí perfectamente debido a que el progreso de la acumulación requiere la creación de valores ficticios en forma de dinero antes de cualquier producción real. Pero, como ya hemos dicho anteriormente (véase *supra*, pp. 334-337), la capacidad de los bancos para crear dinero crédito sin restricciones representa una eterna amenaza a la calidad del dinero como medida de valor. Esta amenaza se dobla y redobla a medida que la creación de valores ficticios se convierte en una necesidad, en lugar de ser simplemente una tentación pasajera.

En tales circunstancias, la potencialidad para la sobreespeculación resulta enorme. Los valores ficticios (dinero crédito) son lanzados a la circulación como capital y convertidos en formas ficticias de capital. Como resultado, «la mayor parte del capital del banquero es puramente ficticio, y consta de exigencias de deudas (letras de cambio), títulos y obligaciones del Estado (que representan capital pretérito) y acciones (asignaciones sobre rendimientos futuros)» (*El capital*, vol. III, p. 543). Marx dedica páginas enteras a contar con fruición ejemplos de cómo se produce «el colmo de la distorsión» dentro del sector bancario del sistema de crédito. La gravedad de la amenaza para la calidad del dinero resulta obvia.

La respuesta, como vimos en el primer epígrafe de este capítulo, pasa por crear una jerarquía de instituciones con el expreso propósito de proteger la calidad del dinero. Dentro de cualquier país existe por lo general un banco central que está en la cima de esta jerarquía (dejamos a un lado por el momento los aspectos internacionales del problema). Si el banco central quiere realizar su misión, debe impedir que los valores ficticios se aparten demasiado de los valores de las mercancías reales. El banco no puede imponer una identidad estricta —incluso suponiendo que tuviera el poder para hacerlo— porque eso negaría la producción de capital dinero libre para forzar nuevas formas de acumulación. Y tampoco puede permitir que la creación de dinero crédito se desarrolle de forma salvaje. Aquí está lo que incluso los economistas burgueses reconocen como el «arte» más que la «ciencia» del banco central (véase Niehans, 1978, capítulo 12).

El resultado es, en todo caso, que despojado de su vínculo directo con una mercancía dinero implicada en la expresión «reserva de metal», el banco central necesita regular el flujo de crédito para tratar de preservar la calidad del dinero. Existe por tanto una tensión entre la necesidad de mantener la acumulación por medio de la creación de crédito y la necesidad de preservar la calidad del dinero. «El banco central es la piedra angular del sistema de crédito» y «la reserva de metálico como garantía de la convertibilidad de los billetes de banco» (*El capital*, vol. III, p. 659). Si se inhibe

la primera, terminamos en una sobreacumulación de mercancías y una devaluación parcial. Si se permite que la calidad del dinero se vaya al traste, tenemos una devaluación generalizada por la vía de una inflación crónica. Estos son los dilemas de los tiempos modernos presentados sin ambages.

Los sistemas monetario y financiero están unidos dentro del sistema bancario y, dentro del Estado nación, el banco central se convierte en el poder regulador supremo. Lo que en efecto sucede es lo siguiente: el sistema de crédito proporciona un medio para disciplinar a los capitalistas individuales e incluso a facciones enteras del capital a los requerimientos de clase. No obstante, alguien tiene que regular a los reguladores. El banco central se esfuerza por cumplir esa función. Pero en tanto esos poderes reguladores están en manos de una fracción específica del capital, están prácticamente destinados a que sean pervertidos y socavados. Esto nos lleva directamente a la cuestión de la participación del Estado en los asuntos monetarios y financieros.

5.4. Las instituciones del Estado

Los sistemas de crédito modernos exhiben normalmente un alto grado de integración entre las actividades privadas y las actividades del sector público, mientras que toda una rama del aparato estatal se ha entregado ahora a la gestión directa o indirecta del sistema de crédito. Las razones de ese alto grado de participación estatal no son difíciles de señalar.

La acumulación requiere un flujo libre, ilimitado y continuo de capital dinero que devenga interés. Este flujo debe ser sostenido a pesar de la sobreespeculación, la distorsión y todas las demás «formas absurdas» que inevitablemente genera el sistema de crédito. Es evidente que se requiere algún tipo de regulación si la circulación del capital a interés ha de seguir adelante libre de alteraciones severas y crónicas. La capacidad de los capitalistas en dinero —los banqueros y financieros— para autorregularse (sin importar cuán perspicaces puedan ser respecto de sus obligaciones hacia la clase capitalista en general) viene estrictamente limitada por su posición competitiva en relación con los demás capitalistas en dinero y su lealtad de fracción dentro de la estructura interna de las relaciones de clase capitalistas. Se puede lograr una regulación de tipo limitado en forma de oligopolio (por ejemplo, hasta hace poco los «cinco grandes» bancos de Inglaterra hicieron una labor bastante buena de autorregulación), sin embargo los poderes reguladores más firmes residen necesariamente en el monopolio y este último debe venir necesariamente de la regulación del Estado. Los bancos centrales no son así el único eje del sistema de crédito moderno, sino un punto central de control dentro del aparato estatal.

La necesidad de una regulación estatal no comienza y termina con el banco central. Cuando los capitalistas en dinero no regulan sus propios excesos, el Estado tiene que intervenir para eliminar las peores formas de abuso en la bolsa de valores (*stock-watering* y otras formas de estafa), mientras que las barreras a la oferta de capital dinero pueden ser eliminadas por medio de garantías estatales para depósitos y ahorros. El Estado también puede considerar necesario estimular cierto tipo de flujos de crédito por razones económicas o sociales (la financiación de viviendas viene normalmente establecida como una clase especial de mercado de crédito por este motivo). El Estado puede incluso fundar instituciones de crédito con propósitos especiales (para el crédito agrícola, el desarrollo de proyectos en zonas poco prósperas, para el préstamo a pequeños negocios, el préstamo a estudiantes, etc.). El sistema de crédito es, por eso, un importante campo de acción de la política estatal.

En muchos aspectos, estas intervenciones del Estado se pueden considerar como opcionales o contingentes, porque dependen del éxito o fracaso de los capitalistas en dinero a la hora de autorregularse o del estado general de la lucha de clases expresada a través o dentro del aparato estatal. Sería absurdo negar que la política monetaria y fiscal tiene un contenido político fuerte y abrumador. No obstante, también es necesario entender que el Estado nunca puede escapar a su obligación general de regular y que la intervención estatal institucionalizada es una respuesta inevitable a la interiorización y exacerbación de las fuerzas contradictorias del capitalismo dentro del propio sistema de crédito.

Por plantearlo en términos sociales, esto implica que los poderes del Estado tienen que ser invocados a la hora de regular las operaciones de los capitalistas en dinero; esto lleva inmediatamente a la siguiente pregunta: ¿y quién controla al Estado? Por plantearlo en términos teóricos más generales, encontramos que las poderosas contradicciones movilizadas dentro del sistema de crédito se pueden contener únicamente apelando a arreglos institucionalizados de un orden más alto. Y esto nos lleva a considerar cómo los antagonismos fundamentales de clase entre el capital y el trabajo así como entre las diversas fracciones de ambos están integrados dentro del Estado. Estas son, naturalmente, preguntas de gran importancia, que desgraciadamente caen fuera del radio de acción del presente trabajo.²⁰

²⁰ Desafortunadamente, gran parte de las recientes teorías marxistas sobre el Estado están bastante mal informadas cuando se trata de entender la relación entre el Estado y los sistemas monetarios y de crédito. Esta última relación es, en mi opinión, fundamental a la hora de interpretar gran parte de lo que hace el Estado, así como la estructura diferenciada de las instituciones estatales en el capitalismo. La cualidad más destacada de la obra de De Brunhoff se deriva precisamente de su sensibilidad a esta relación.

X EL CAPITAL FINANCIERO Y SUS CONTRADICCIONES

EL CONCEPTO DEL CAPITAL FINANCIERO tiene una historia peculiar dentro del pensamiento marxista. Marx mismo no empleó este término, pero legó a la posteridad una serie de escritos no muy coherentes sobre el proceso de circulación de diferentes tipos de capital dinero. La definición del capital financiero implícita en Marx es la de un tipo particular de proceso de circulación de capital que se centra en el sistema de crédito. Los escritores posteriores se han inclinado por abandonar este punto de vista del proceso y a tratar el concepto en términos de una configuración particular de las alianzas de fracciones dentro de la burguesía, un bloque de poder que ejerce una influencia inmensa sobre los procesos de acumulación en general. Más allá, no obstante, del trabajo básico de Hilferding sobre el tema y de la influencia que tuvieron algunas de sus ideas sobre el trascendental ensayo de Lenin sobre el imperialismo, el concepto sigue sin ser analizado. Este ha pasado al folclore de la teoría marxista sin un debate en condiciones.

Desde esta posición privilegiada, este concepto ha sido resucitado una y otra vez de la mano de marxistas que consideran que es apropiado desde el punto de vista polémico o científico. Por supuesto, el concepto por este o aquel escritor a menudo suscita comentarios críticos y ocasionalmente surgen amargos debates sobre preguntas tales como: ¿controlan los banqueros a las corporaciones o las corporaciones controlan a los bancos?¹ De todos modos, los debates se centran por lo general en la manera en que está constituido un bloque de poder llamado «capital financiero» y la relativa importancia de este bloque de poder en relación con otros bloques. Normalmente no se discute acerca de la razón de la constitución de ese bloque de poder, ni de la necesidad social de su existencia.

El propósito de este capítulo es contrastar la perspectiva del capital financiero como proceso y como bloque de poder, y mostrar que una exploración del primero, con un énfasis particular en sus contradicciones internas, ayuda a identificar las fuerzas de contrapeso que crean, tanto

¹ Véanse el debate entre Fitch y Openheimer (1970) y Sweezy (1971) y sus diversos ecos en Herman (1973, 1979) y Kotz (1978).

como socavan, la formación de bloques de poder coherentes dentro de la burguesía. Al mismo tiempo, voy a argumentar también que la adecuada comprensión de los procesos tiene cierta prioridad en la teoría marxista. Esta nos proporciona ideas mucho más profundas acerca de la dinámica de la acumulación y la formación de las crisis que las excavaciones en los intrincados mecanismos de la formación de bloques de poder. El capítulo concluye con un segundo corte de la teoría de las crisis, en el que se trata de integrar la comprensión de las contradicciones inherentes al capital financiero como proceso, con la comprensión de los problemas del desequilibrio en la producción expuestos en los capítulos VI y VII.

1. El sistema de crédito según Marx

En el capítulo IX consideramos en detalle las diversas funciones técnicas y los beneficios que el sistema de crédito confiere a la circulación de capital. Considerado como un conjunto integrado, el sistema de crédito puede ser visto como una especie de sistema nervioso central por medio del cual se coordina la circulación global del capital. Este permite la relocalización del capital dinero entre actividades, empresas, sectores, regiones y países. Promueve la continuidad de diversas actividades, una nascente división del trabajo y una reducción en los tiempos de rotación. Facilita la igualación de la tasa de ganancia y arbitra entre las fuerzas que tratan de lograr la centralización y la descentralización del capital. Ayuda a coordinar las relaciones entre los flujos de capital fijo y capital circulante. La tasa de interés descuenta los usos presentes por los requerimientos futuros, mientras que las formas de capital ficticio enlazan los flujos de capital dinero actual con la anticipación de los futuros productos del trabajo.

El capital que devenga interés puede desempeñar todos estos papeles porque el dinero representa un poder social general. En tanto está concentrado en manos de los capitalistas —una concentración que refleja la apropiación de plusvalía—, el dinero llega a expresar así el poder de la propiedad capitalista *por fuera de* cualquier proceso específico de producción de mercancías. El capital dinero, movilizado por el sistema de crédito, puede operar como *capital común de la clase capitalista* (*El capital*, vol. III, p. 424).

Adecuadamente organizado y gestionado, el capital dinero amasado por medio del sistema de crédito tiene el potencial de afinar la máquina de la acumulación por medio de la elaborada coordinación de las decisiones de inversión que se toman en una economía. Indiferente a cualquier empleo específico, este capital dinero se puede usar para imponer la voluntad de la clase capitalista en tanto colectividad sobre los capitalistas individuales. En la medida en que los capitalistas individuales, actuando en su propio

interés y tratando de maximizar sus ganancias en un entorno competitivo, adoptan tecnologías y toman decisiones que no son consistentes con la acumulación equilibrada, el sistema de crédito ofrece la esperanza de controlar esos comportamientos erráticos. La profunda contradicción entre las conductas individuales y los requerimientos de clase que, como analizamos en el capítulo VII ejerce una tan poderosa influencia desestabilizadora sobre la trayectoria de la acumulación, aparece así controlable, e incluso susceptible de reconciliación. Por medio de la adecuada organización y gestión del sistema de crédito, se puede imponer estabilidad a un capitalismo anárquico y poco coordinado. O al menos eso parece.

El inmenso poder potencial que reside dentro del sistema de crédito merece una explicación más amplia. Consideremos primero la relación entre la producción y el consumo (véanse los capítulos III y VI). Una localización correcta del crédito puede asegurar un equilibrio cuantitativo entre estos dos sectores. El hueco que existe entre las compras y las ventas —la base sobre la que Marx rechazó la Ley de Say— puede así salvarse; la producción puede armonizarse con el consumo para asegurar la acumulación equilibrada. Por ejemplo, un incremento en el flujo de crédito para la construcción de viviendas, sirve de poco en la actualidad si no se produce un incremento paralelo en el flujo de financiación hipotecaria dirigido a facilitar la compra de viviendas. El crédito se puede usar para acelerar la producción y el consumo simultáneamente. Los flujos de capital fijo y capital circulante también se pueden coordinar a través del tiempo por la vía de ajustes aparentemente simples dentro del sistema de crédito. Todas las conexiones en el proceso de realización del capital, excepto uno, se pueden poner bajo control del sistema de crédito. Esta única excepción tiene gran importancia. Aun cuando la gente puede adquirir insumos y deshacerse de los productos con la ayuda del crédito, no hay sustituto para la transformación real de la naturaleza a través de la producción concreta de valores de uso. Dichos valores pueden quedar sometidos al control global de clase solo cuando el financiero y el industrial son la misma persona (una idea que tanto Lenin como Hilferding adoptaron posteriormente).

Consideremos, en segundo lugar, aquellas relaciones «antagónicas» de la distribución que actúan como una barrera a la producción y realización de plusvalor como un proceso continuo. ¿No se puede modificar la distribución entre salarios, rentas, intereses, impuestos y ganancias de la empresa por medio del sistema de crédito? Los salarios ciertamente pueden disminuir poco a poco a causa de una inflación alimentada por el crédito y los ahorros de los trabajadores se pueden movilizar igualmente como capital a través del sistema de crédito, para devaluarse quizás en los momentos de crisis (*El capital*, vol. III, p. 586). También están las «formas secundarias de explotación» —hipotecas y crédito al consumidor, por

ejemplo— por medio de las cuales se pueden modificar los ingresos reales de los trabajadores (p. 698). Además, las compras y las ventas de títulos sobre ingresos futuros de cualquier tipo integran otros aspectos de la distribución (la apropiación de rentas, los impuestos y los beneficios de la empresa), dentro del sistema general de circulación del capital dinero. El sistema de crédito facilita también la centralización de capital y permite que el capital se libere de las ataduras de la empresa familiar y opere como capital corporativo; los arreglos distributivos dentro de la clase capitalista pueden verse así modificados, al igual que el grado de centralización y descentralización (véase el capítulo V). Si hay un arreglo distributivo perfecto a la hora de asegurar la acumulación equilibrada, los bancos y el crédito proporcionan los medios potenciales para converger sobre ese punto de equilibrio.

Al menos superficialmente, el sistema de crédito contiene el potencial para salvar los antagonismos entre la producción y el consumo, entre la producción y la realización, entre los usos presentes y el trabajo futuro, entre la producción y la distribución. También proporciona los medios para arbitrar entre los intereses individuales y de clase de los capitalistas, y contener así las fuerzas que llevan a la crisis. Armada con tan poderoso instrumento, la clase capitalista tiene toda clase de incentivos para perfeccionarlo. Hay, de hecho, muchas pruebas de que cada crisis sucesiva del capitalismo ha obligado al sistema de crédito a tomar nuevas configuraciones en el curso de su resolución (un espléndido ejemplo es la radical transformación de la estructura financiera de Estados Unidos en la década de 1930). Todo esto confirma el mensaje básico verbalizado en el capítulo IX: el capitalismo no puede sobrevivir mucho tiempo sin el sistema de crédito, que se vuelve cada día más elaborado por las coordinaciones que permite.

¿Por qué entonces se siguen produciendo crisis? La respuesta de Marx es que el crédito «hace desaparecer también estas limitaciones de la valorización del capital al elevarla solamente a su forma más general» (*Grundrisse*, vol. II, p. 45). Lo que quiere decir es que el uso del crédito, a la larga, suele empeorar las cosas porque solo puede ocuparse de los problemas que surgen en el intercambio, nunca de los problemas que surgen en la producción. Existen, además, multitud de circunstancias en las que el crédito puede generar señales de precio erróneas a los productores y así agravar las tendencias a la desproporción y a la sobreacumulación. Vamos a examinar algunas de estas circunstancias.

Primero, la igualación de la tasa de ganancia, facilitada por el sistema de crédito, perfecciona la competencia y acelera en lugar de disminuir la lucha por el plusvalor relativo a través del cambio tecnológico. Esto también asegura que las mercancías se intercambien a sus precios de producción más que de acuerdo con sus valores. En la medida en que el ritmo acelerado del cambio tecnológico y las señales erróneas de producción proporcionadas

por los precios de producción son la causa de la tendencia a la sobreacumulación, podemos decir, a este respecto, que el crédito exacerba la tendencia al desequilibrio en lugar de disminuirla.

En segundo lugar, el sistema de crédito confiere cierta independencia a los financieros y les coloca en un lugar aparte como representantes del «capital en general». Una «clase» de banqueros y otros intermediarios se inserta a sí misma entre los ahorradores (muchos de los cuales pertenecen a una «clase» de capitalistas en dinero) y la «clase industrial de los capitalistas» (*Grundrisse*, vol. II, p. 256). Los ejecutivos de las sociedades por acciones también llegan a constituir una clase separada que gestiona el dinero de otras personas (*El capital*, vol. III, pp. 438-449). El crecimiento del sistema de crédito engendra nuevas fracciones o «clases» dentro de la burguesía (con frecuencia Marx emplea el segundo término con el fin de describirlas). Se supone que las diferentes clases de los capitalistas en dinero, los financieros y los ejecutivos se encargan de desplegar el capital que devenga interés en tanto capital común de la clase capitalista en general, y que deben ubicar el capital dinero en una forma que facilite la acumulación en general. Como individuos, sin embargo, se ven obligados por la competencia a actuar en pro de su propio interés o del de su fracción.

Debido a su posición ventajosa, los banqueros y otros «caballeros de las altas finanzas» se pueden dedicar a explotar el sistema de crédito «como si fuese su capital privado» y así se pueden apropiarse de «una buena parte de esta [la acumulación real]» a expensas del capital industrial (*El capital*, vol. III, p. 680). La «enorme centralización», que resulta posible por la vía del sistema de crédito, otorga a «esta clase parasitaria un poder fabuloso que le permite, no solo diezmar periódicamente a los capitalistas industriales, sino intervenir de la manera más peligrosa en la producción real» (p. 628). Por lo que parece, la concentración del poder social externo del dinero en manos de la oligarquía financiera no es una pura bendición.

En tanto el poder con el que está investido el capital común de la clase se presta a la apropiación y a la explotación individuales, el sistema de crédito se convierte en el foco de intensas luchas fraccionales y juegos de poder personales dentro de la burguesía. El resultado de esas luchas de poder es tremendamente importante. Marx, no obstante, le presta muy poca atención. Es casi como si lo considerara un conflicto obvio en la superficie de la sociedad burguesa, un conflicto que oculta un conjunto de relaciones subyacentes mucho más profundas entre la circulación del dinero a interés como capital y los procesos de producción de plusvalía. En este capítulo espero mostrar que la teoría del capital financiero en tanto proceso, a diferencia de la teoría de un conjunto determinado de arreglos institucionales o un catálogo sobre quién domina a quién dentro de la

burguesía, revela muchas cosas sobre la dinámica contradictoria de la acumulación que en otro caso seguirían ocultas.

La tercera barrera que previene que el sistema de crédito haga la función de afinar la acumulación proviene de que el capital dinero no discrimina particularmente de dónde viene el dinero o a dónde va. Por ejemplo, los ahorros de todas las clases sociales están agrupados de tal manera que cualquiera asume el papel de *ahorrador* sin importar cuál sea su posición social. Los ahorros de los trabajadores se mezclan con los de los capitalistas en dinero en formas que a menudo los vuelven indistinguibles. El poder del dinero que se reúne por la vía del sistema de crédito tiene una base social extraordinariamente amplia. Cualquier cambio en la propensión al ahorro por parte de cualquier clase de la sociedad puede alterar el equilibrio de poder entre los financieros y las otras clases, particularmente los capitalistas industriales.

El capital dinero es igualmente indiscriminado en lo que se refiere a sus usos, ya que generalmente fluye hacia los lugares donde hay ingresos apropiados sin importar de qué tipo sean. Si bien esto permite que la circulación del capital a interés integre e incluso quizá discipline al gobierno, la deuda del consumidor y del productor, la especulación en bonos y acciones, las mercancías futuras y la renta de la tierra, no hay nada que impida que la inversión especulativa en la apropiación de ingresos se vea completamente fuera de control. Peor aún, una acumulación de derechos puede aparecer como una acumulación de capital dinero, a la vez que los títulos pueden continuar circulando aunque no se basen en la producción real. Por ejemplo, la especulación en títulos de tierras totalmente improductivas puede alimentar un proceso de acumulación ficticia si estos títulos se pueden usar como una garantía para otras ventas y compras. Un ejemplo espectacular proviene de Estados Unidos en la década de 1850, cuando los títulos de tierras en manos de bancos e individuos funcionaron como si fueran dinero; el auge del papel se detuvo con una parada brusca, cuando el presidente Jackson insistió en que todos los pagos destinados a la compra de tierras federales se hicieran con dinero en metálico. Con frecuencia surgen circunstancias en las que «parece duplicarse, y por momentos triplicarse en virtud de la diferente manera en que ese mismo capital, o incluso la misma exigencia de deuda, aparece en diferentes manos bajo formas diferentes» (*El capital*, vol. III, p. 544).

Lo que comenzó como un sano mecanismo para expresar los intereses colectivos de la clase capitalista, como un medio para superar «las ataduras y barreras inherentes de la producción» y así elevar las «bases materiales» del capitalismo a nuevos niveles de perfección, «se convierte en la palanca principal del exceso de producción y de especulación». Las «formas absurdas» del capital ficticio pasan a primer plano y permiten el «colmo de la distorsión» dentro del sistema de crédito. Lo que comenzó como una

pulcra solución a las contradicciones del capitalismo se convierte en un problema a superar.

El sistema de crédito, concluye Marx, permite «una expansión enorme de la escala de producción y de las empresas», la sustitución del capitalista individual por formas «sociales» y «asociadas» de capital (sociedades por acciones, corporaciones, etc.), la separación entre dirección y propiedad, la creación de monopolios que requieren la intervención del Estado y la aparición de una «nueva aristocracia financiera». Todo esto «acelera el desarrollo material de las fuerzas productivas» y sienta las bases del mercado mundial. También acelera la formación de las crisis y trae a primer plano los «elementos para la disolución» del capitalismo. Marx dice que «esto equivale a la abolición del modo capitalista de producción dentro del propio modo capitalista de producción y, por consiguiente, a una contradicción que se anula en sí misma» (*El capital*, vol. III, p. 508).

Marx no elaboró demasiado estas ideas, la historia en cambio sí lo hizo, al igual que un buen número de comentaristas marxistas posteriores. Debemos considerar así cómo se tienen que interpretar las ideas de Marx, cómo adquieren cuerpo y se adaptan para que encajen en las realidades de las operaciones financieras del siglo XX. Al hacerlo debemos tener en cuenta que Marx no explica de forma completa, en ninguna parte, lo que significa su resonante, abstracta y algo falaz frase «una contradicción que se anula en sí misma». El objetivo es, por tanto, lograr una interpretación de esa frase y ver hasta qué punto refleja los dilemas del uso del crédito en el capitalismo.

2. El capital financiero de acuerdo con Lenin y Hilferding

«El siglo XX», escribió Lenin, «señala el punto en que se pasa del capitalismo viejo al nuevo, de la dominación del capital en general a la dominación del capital financiero». Los bancos, argumentó Marx, pueden concentrar el poder social del dinero en sus manos, operar como «un solo capitalista colectivo» y así «subordinar a su voluntad» no solo todas las operaciones comerciales e industriales, sino incluso a gobiernos enteros. En la medida en que los industriales buscan el poder del monopolio —principalmente a través de la centralización del capital— el capital industrial y el capital bancario suelen fusionarse. «El capital financiero» se define, entonces, como «el capital bancario de algunos grandes bancos monopolistas, fusionados con el capital de las asociaciones monopolistas de industriales».²

² Lenin (ed. 1970, vol. 1, p. 703); las citas que siguen son todas de *Imperialismo, fase superior del capitalismo*.

La «oligarquía financiera» que controla el dinero tiene como base el capital financiero. Esta oligarquía transforma sistemáticamente el modo de producción capitalista y proyecta las contradicciones internas del capitalismo sobre el escenario mundial de una forma nueva. «No cabe duda», escribe Lenin, que «la transición del capitalismo al escenario del capitalismo monopolista, del capital financiero, *está conectada* con la intensificación de la lucha por el reparto del mundo». «El imperialismo», continúa Lenin, «es el capitalismo en esa etapa del desarrollo en la que se establece el dominio de los monopolios y del capital financiero; en la que la exportación de capital ha adquirido pronunciada importancia; en la que ha comenzado la división del mundo entre los consorcios internacionales; en la que se ha llevado a cabo la división de todos los territorios del globo entre las grandes potencias capitalistas». Las contradicciones inherentes del capitalismo están ahora expresadas en términos de un desarrollo cada vez más dramático del capitalismo y una reestructuración radical de las relaciones de clase. Una oligarquía financiera dominante respaldada por «los estados que tienen poder financiero» compra la paz de los trabajadores en los países «medulares», fomentando la formación de una «aristocracia de trabajadores», mientras que el resto del mundo se ve empujado a estados de dependencia, servidumbre y rebelión cada vez más profundos. La competencia dentro de la oligarquía financiera y entre los estados que tienen poder financiero se incrementa en lugar de disminuir. El resultado final son las rivalidades interimperialistas y las guerras. Así llega Lenin, comenzando por el concepto del capital financiero, a un magnífico análisis del imperialismo del siglo XX.

El contenido teórico del argumento de Lenin no es, sin embargo, nada claro. En ninguna parte ofrece detalles sobre el concepto de capital financiero y la forma exacta en la que este transforma las contradicciones internas del capitalismo en rivalidades interimperialistas sigue siendo oscura. De forma algo ecléctica, Lenin extrajo muchas de sus ideas de las estructuras de pensamiento algo dispares propuestas por Hobson, Bujarin y Hilferding.³ Solo este último ofrece una base teórica firme al concepto de capital financiero dentro de un marco marxista. Aun cuando Lenin criticó enérgicamente la línea política de Hilferding, parece aceptar con una sola salvedad el concepto básico del capital financiero que presenta este autor. La única salvedad se refiere a las «erróneas» opiniones de Hilferding sobre el dinero.⁴ Lenin nos deja a oscuras en cuanto a la naturaleza de ese error,

³ Hobson (ed. 1965), Hilferding (ed. 1970) y Bujarin (1972a). La obra de Bujarin fue publicada después de la de Lenin, si bien se supone que tuvo influencia. Lenin le escribió un prólogo, al menos un año antes de publicar su propia obra sobre esta cuestión. Las extensas lecturas de Lenin, tal y como se manifiesta en sus notas, fueron documentados por Churchward (1959) y la contribución de Hobson ha sido examinada críticamente por Arrighi (1978).

⁴ Lenin (ed. 1970, vol. 1, p. 678). Las opiniones de Lenin sobre las limitaciones de la obra de Hilferding aparecen en Churchward (1959, p. 79).

que como veremos más adelante, resulta crucial. Pero primero debemos considerar la contribución de Hilferding.

El formato global del argumento de Hilferding es una copia fiel del de Marx. Hilferding comienza examinando las diversas formas del dinero antes de proceder a mostrar —como hicimos nosotros en el capítulo anterior— cómo y por qué el crédito es esencial para la perpetuación de la acumulación de capital. Inicialmente, los bancos simplemente median entre los flujos de dinero. No obstante, el progreso de la acumulación pone cantidades cada vez mayores de capital dinero en las manos de los banqueros, que entonces no tienen más remedio que «fijar una parte cada vez mayor de sus capitales en la industria» e integrar sus actividades con las del capital industrial. En la medida en que los industriales obtienen ventajas competitivas (particularmente en relación con la escala de las operaciones) en el acceso al capital bancario, deben considerar cada vez las fuentes externas de capital para el préstamo. El capital financiero, dice Hilferding (con aprobación de Lenin):

Implica la unificación del capital. Las esferas anteriormente separadas del capital industrial, comercial y bancario están ahora colocadas conjuntamente bajo la dirección de las altas finanzas, en la que los capitanes de la industria y los bancos están unidos de forma personal e íntima. Esta asociación tiene como base la abolición de la libre competencia entre los capitalistas individuales por las grandes asociaciones monopolistas. La consecuencia natural de todo esto es un cambio en la relación de la clase capitalista con el poder estatal (Hilferding, ed. 1970, p. 409).

De nuevo con el refrendo de Lenin, Hilferding se extiende largamente sobre las manifestaciones institucionales de esta unidad: la creación de monopolios, consorcios, carteles para fijar precios, operaciones en la bolsa de valores, etc. Señala que la especulación con títulos de propiedad —formas ficticias de capital— desempeña necesariamente un papel crucial. La aparición de una oligarquía financiera transforma de forma importante las dimensiones de la lucha de clases. Hilferding asume que el Estado se convierte en un agente del capital financiero y que el capital financiero opera como capital nacional en el escenario mundial. Luego formula una interpretación particular del imperialismo y de sus contradicciones. La cadena argumental es como sigue.

La aparición del capital financiero (que en sí mismo es un paso necesario en la perpetuación del capitalismo) requiere la intervención del Estado, tal y como Marx imaginaba. Las políticas estatales, forjadas en respuesta a los requerimientos del capital financiero, convierten la

exportación de capital, antes que de mercancías, en un interés prioritario. Las relaciones entre los Estados (competencia, protección, dominio y dependencia) transforman las contradicciones internas del capitalismo en un desarrollo desigual y conflictivo en el escenario mundial. Las contradicciones se expresan ahora en términos de un desequilibrio de fuerzas entre los sectores monopolistas y no monopolistas, entre la oligarquía financiera y «el resto», así como entre los distintos Estados nación. Todo esto se origina en los procesos básicos del desarrollo capitalista.

Hilferding (ed. 1970, cap. 17) apela aquí a una versión particular de la teoría de las crisis de Marx. Las variaciones en la composición de valor del capital, argumenta Marx, deforman las señales de los precios y generan desequilibrios entre los departamentos que producen medios de producción y los que producen mercancías salario, entre la producción y el consumo, entre el capital fijo y el capital circulante, etc. Los carteles y los monopolios pueden controlar el ritmo del cambio tecnológico, así como los precios, pero esto termina por exacerbar las distorsiones de precios entre los sectores monopolista y no monopolista —«los carteles no modifican, sino que vuelven más agudas, las dislocaciones en la reglamentación de los precios, lo que eventualmente lleva a desproporciones y contradicciones entre la producción y la realización de la plusvalía» (Hilferding, ed. 1970, p. 40)—. En definitiva, los carteles no pueden abolir las crisis. El sistema de crédito, aun cuando está bajo el completo dominio de la oligarquía, falla también, porque en el análisis final lo que determina la tasa de interés es la dinámica de la producción de plusvalía y no al revés. Cualquier intento de amoldar el dinero crédito a fin de estabilizar este sistema inherentemente inestable dará finalmente como resultado una crisis financiera. Hilferding invoca después, sin mayores explicaciones, la opinión de Marx de que en el curso de una crisis el sistema vuelve necesariamente sobre sus «bases monetarias», desechando los numerosos capitales ficticios adquiridos durante la fase de prosperidad (ed. 1970, p. 372). El proteccionismo, el imperialismo y las relaciones entre los Estados, así como entre los sectores monopolista y no monopolista, son tratados como expresiones particulares de estas tendencias básicas hacia la formación de las crisis, modificadas por el carácter oligárquico del capital financiero.

Lenin difiere de Hilferding en dos aspectos. Primero, aunque parece aceptar la identificación de las finanzas con el capital nacional en el caso de las principales potencias imperialistas, a menudo vuelve sobre un concepto supranacional del capital financiero —una posición similar a la de Hobson— cuando trata de analizar la condición general del capitalismo mundial. La formulación de Lenin es, a este respecto, más ambigua que la de Hilferding.⁵

⁵ Churchward (1959, p. 78) indica que Lenin, puso incluso en duda el concepto básico de Hilferding del capital financiero, escribiendo en su libro de notas: «¿No es suficiente afirmar que capital financiero = capital bancario?». Arrighi (1978) hace hincapié en la diferencia entre Hobson y Hilferding.

En segundo lugar, Lenin refiere el error de Hilferding respecto de la teoría del dinero. Lenin no nos ilustra sobre la naturaleza de las implicaciones de este error. En cambio, De Brunhoff lo ha confrontado recientemente de forma directa. Esta discusión es importante y merece un comentario.

Hilferding, argumenta De Brunhoff (1971, pp. 81-93), sigue a Marx únicamente en lo que se refiere al formato. Su opinión del capital financiero como una unidad de capital bancario e industrial lo lleva a construir una «teoría financiera de los fenómenos monetarios» donde Marx construyó una «teoría monetaria de las finanzas». La diferencia es importante. Marx construyó su teoría del dinero a partir de un análisis de la producción e intercambio de mercancías sin referencia a la circulación de capital. Al hacerlo, identificó primero la contradicción entre el dinero como medida de valor y el dinero como medio de circulación, con el fin de asentar las bases para entender cómo se intensifica esa contradicción cuando el dinero circula como capital. Esta contradicción desaparece casi por completo en la obra de Hilferding. Los fenómenos monetarios se reducen a «puros órganos de las finanzas capitalistas», enteramente bajo el control del capital financiero. Hilferding describe al capital financiero como hegemónico y dominante, mientras que Marx lo describe como atrapado en su propia red de contradicciones internas. La contradicción central para Marx está entre lo que él llamó el *sistema financiero* (el crédito) y su *base monetaria*. Hilferding cita la opinión de Marx de que durante las crisis es esencial volver sobre la base monetaria, pero no explica por qué o cómo. Éste es el tópico del que ahora nos vamos a ocupar.

3. La contradicción entre el sistema financiero y su base monetaria

Marx afirma a menudo que, en el curso de una crisis, el capitalismo se ve obligado a abandonar las ficciones financieras y volver al mundo del dinero en efectivo, a las eternas verdades de la base monetaria. Clasifica jocosamente al sistema monetario en tanto «esencialmente católico» y «el sistema de crédito sustancialmente protestante», porque a este último lo mueve la fe en «el valor dinero como espíritu inmanente de las mercancías, la fe en el régimen de producción y en su orden predestinado, la fe en los distintos agentes de la producción como simples personificaciones del capital que se valoriza a sí mismo». Sin embargo, prosigue señalando que «así como el protestantismo no se emancipa de los fundamentos del catolicismo, tampoco se emancipa el sistema crediticio de su base, el sistema monetarista» (*El capital*, vol. III, p. 681). Aunque el crédito frecuentemente «desplaza al dinero y usurpa el lugar que a éste corresponde», el banco central sigue siendo siempre «la piedra angular del sistema de crédito» y «la

reserva metálica» es a su vez la «piedra angular del sistema de crédito» (pp. 658-659). Dicho de otra forma, «el dinero —bajo la forma de metales preciosos— sigue siendo el sustrato del cual el sistema crediticio jamás podrá liberarse, conforme a su propia naturaleza» (p. 697).

Es de vital importancia entender lo que Marx quiso decir con todo esto. A primera vista sus ideas parecen algo anticuadas en la medida en que apela explícitamente a los metales preciosos como la «piedra angular» del sistema monetario; una idea característica del siglo XIX. Pero si profundizamos en la lógica del argumento de Marx, podemos identificar un principio muy importante que se aplica al capitalismo en general.

La inevitabilidad de la contradicción entre el sistema financiero y su base monetaria se remonta directamente a las funciones duales del dinero como medida de valor y como medio de circulación. Cuando el dinero funciona como una medida de valor, debe representar verdaderamente los valores que ayuda a hacer circular. El dinero aquí «en realidad no es otra cosa que una expresión particular del carácter social del trabajo y de sus productos», una medida externa aceptada socialmente del valor incorporado en las mercancías. La razón para apuntalar esa medida de valor a un metal específico, como el oro, está en asegurarse de que ese patrón de medida, cuando toma forma material, sea tan preciso y tan poco ambiguo como sea posible. La contradicción al hacer esto se manifiesta, por supuesto, en que el producto de un proceso de trabajo concreto y específico —el oro, por ejemplo—, es tratado como la representación material del trabajo abstracto. De otro lado, cuando el dinero funciona como un medio de circulación, debe divorciarse de la «verdadera» representación del valor, permitir que los precios del mercado se desvíen de los valores y verificarse como el lubricante flexible de un proceso de intercambio imprescindible en perpetuo cambio. El papel moneda y el dinero a crédito pueden operar entonces sin restricciones y de forma creativa.

Bajo la simple producción e intercambio de mercancías, estos dos aspectos del dinero existen dentro de una relación difícil y antagónica. De hecho, la circulación de capital, tal y como apuntamos en el capítulo I, surge en parte para salvar la brecha entre el valor «inherente» del oro y el valor «reflejado» del dinero, como una medida del valor de las mercancías que ese dinero hace circular.

Un estudio de los procesos de circulación del capital indica, no obstante, que el capitalismo debe desarrollar un sistema de crédito sofisticado, que este debe crear formas ficticias de capital para poder sobrevivir. Los aspectos «ficticios» del dinero —el crédito y el papel «dinero»— se llevan así al extremo y sus vínculos con la realidad del trabajo social se vuelven cada vez más tenues. Si el trabajo social está firmemente representado por la mercancía dinero (el

oro), podemos argumentar que la separación entre el dinero, en este último sentido, y las finanzas se exacerba debido a la circulación de capital. Esto es lo que Marx quiso decir con el concepto de contradicción entre el sistema financiero y su base monetaria. Vamos a explorar la naturaleza de esta contradicción de una forma un poco más explícita.

Consideremos, por ejemplo, lo que sucede cuando el dinero crédito y las «formas ficticias de valor» usurpan el lugar de la mercancía dinero. Si el ritmo de la creación de crédito concuerda con el ritmo del trabajo socialmente necesario realizado en la sociedad, entonces los efectos del crédito son beneficiosos en lugar de perjudiciales respecto de la circulación del capital. Sin embargo, poco se puede hacer para impedir que la creación del crédito se salga por completo de control; mientras, de otro lado, el problema del sobreacumulación merodea perpetuamente en el horizonte. Si resulta que los valores ficticios no están respaldados por los productos del trabajo social, o si, por cualquier razón, la fe en el sistema de crédito se tambalea, entonces el capital debe encontrar alguna forma de volver a establecer su base de operaciones en el mundo del trabajo socialmente necesario. Hay dos formas de conseguir esto: se pueden ligar firmemente todas sus operaciones a la mercancía dinero (el oro) como *la* medida en última instancia del valor o se puede buscar alguna otra forma de establecer un vínculo directo con los procesos materiales de la producción real de mercancías. Ambas soluciones presentan problemas.

En el primer caso, todos los valores deben convertirse a la mercancía dinero en tanto prueba del valor que representan. Esta era la situación general que conocía Marx, «tan pronto como se estremece el crédito [...] se pretende que toda la riqueza real se convierta efectiva y súbitamente en dinero, en oro y plata, aspiración disparatada, pero que brota forzosamente del sistema mismo». La súbita demanda de liquidez y convertibilidad en oro excede con mucho el oro y la plata disponibles, que «se reduce a dos o tres millones guardados en las arcas del Banco» (*El capital*, vol. III, p. 659). El resultado:

Es fundamento de la producción capitalista que el dinero enfrente a la mercancía, como forma autónoma del valor [...] En tiempos de estrechez, cuando el crédito se contrae o cesa del todo, el dinero se contraponen súbitamente a las mercancías como único medio de pago y verdadera existencia del valor [...] Se sacrifica, por tanto, el valor de las mercancías para asegurar la existencia fantástica y autónoma de este valor en dinero. En general como valor dinerario solo se halla garantizado mientras lo esté el propio dinero. Por ello es menester sacrificar muchos millones en mercancías para salvar unos pocos millones en dinero. Esto es inevitable en la producción capitalista y constituye una de sus bellezas (*El capital*, vol. III, pp. 595-596).

Todo esto asume, no obstante, que el papel moneda se puede convertir libremente en metales preciosos. Marx no consideró el caso del papel moneda inconvertible respaldado por el poder del Estado. Bajo tales circunstancias —que han llegado a ser la regla más que la excepción en el siglo XX— las cosas deben ser consideradas de modo distinto. Tenemos que determinar si estamos tratando con diferencias fundamentales o simplemente con un cambio en la forma aparente del conflicto entre sistemas financieros y sistemas monetarios. Podemos barruntar una respuesta a esa pregunta.

Bajo condiciones de inconvertibilidad en oro, la carga de disciplinar al sistema de crédito y al capital ficticio recae sobre el banco central. Al elevar la tasa de interés, el banco central «aprieta las tuercas», como dice el dicho, y busca aumentar el coste de convertir el dinero crédito en dinero del banco central, y así calmar las fiebres especulativas y mantener bajo control la creación de capital ficticio (*El capital*, vol. III, p. 626). Por medio de la gestión y manipulación juiciosas de la tasa de interés y de las reservas requeridas, una autoridad monetaria poderosa puede tener la esperanza de evitar la devaluación de las mercancías, al mismo tiempo que preserva la calidad de su propio dinero como un «verdadero» reflejo del valor del trabajo social. Esto implica que la oferta de dinero del banco central debe corresponder con el crecimiento de la productividad de valor de la economía en su conjunto. Esta clase de política por parte de la autoridad monetaria central ha llegado a ser la regla desde la década de 1930, cuando la ciega deferencia ante el dinero como medida de valor trajo consigo una devaluación masiva de las mercancías de tales proporciones que la propia supervivencia del capitalismo quedó en entredicho.

Marx afirmó que esa política está fundada sobre una ilusión. En primer lugar, el banco central no puede aislarse completamente del comercio mundial y cortar sus lazos con alguna clase de sistema monetario internacional: su autonomía se ve limitada por su posición en el tipo de cambio con el extranjero. La moneda nacional acaba devaluándose en relación con otras monedas si el banco central incumple activamente las reglas del sistema monetario internacional. Además, dentro de la jerarquía de las divisas a nivel internacional, la «idea del dinero como una medida de valor se niega a morir» (véase las páginas 337 y 338 de este libro). La relación entre las monedas nacionales e internacionales restringe el poder de cualquier banco central. Sin una definición clara de la moneda mundial —como ha sucedido desde 1973— el propio sistema monetario internacional entra en crisis.

La segunda objeción de Marx es que, incluso a falta de cualquier restricción monetaria internacional, el poder del banco central, estrictamente circunscrito, es completamente insuficiente para evitar la formación de las crisis. Existe, como hemos argumentado (capítulo VII), una tendencia

crónica a producir excedentes de capital —estados de sobreacumulación—. Tenemos ahora que considerar la circunstancia añadida de que los capitales ficticios deben ser creados necesariamente antes de la acumulación real, lo que significa que «la acumulación de capital dinerario tiene que reflejar siempre necesariamente una acumulación mayor de capital del que realmente existe (*El capital*, vol. III, p. 583). Esto no resulta problemático siempre y cuando la expansión real de los valores de las mercancías se mantenga al mismo ritmo que la creación previa de capital ficticio. Tan pronto, sin embargo, la sobreacumulación se vuelva evidente, la realización de los valores ficticios, así como de los valores en forma de mercancías, se verá amenazada. La demanda de dinero en ese momento es estrictamente una demanda de liquidez. En ese punto, una vuelta a la base monetaria destruiría seguramente los capitales ficticios, al tiempo que devaluaría las mercancías. La única defensa factible de un banco central frente a esa situación es imprimir dinero respaldado por el Estado y comprar los excedentes a fin de realizar los valores de los capitales ficticios. Marx descarta explícitamente esa solución (*El capital*, vol. III, p. 566) en tanto presupone un sistema monetario respaldado por el oro; las limitadas reservas de oro impiden que el banco central intervenga y compre «todas las mercancías depreciadas a sus antiguos valores nominales».

No obstante, si la moneda nacional no es convertible en oro, un banco central podría realmente imprimir dinero a fin de defenderse frente a la sobreacumulación y la devaluación. Al hacerlo, de todos modos, devaluaría su propio dinero. La tendencia a la sobreacumulación se convierte, en definitiva, en una tendencia a la inflación desatada. Marx no consideró esa posibilidad ni examinó sus implicaciones, pero esto no socava de ningún modo la estructura real de su argumento. Defender el valor nominal de las mercancías que incorporan tiempo de trabajo socialmente *innecesario*, es tan irracional como defender el dinero como pura medida del valor, por medio de una ciega adherencia al patrón oro. La inflación desatada es tan difícil de soportar en la vida diaria como la devaluación de las mercancías.

Lo que nos dice la teoría de Marx es, de todos modos, que la contradicción entre el sistema financiero y su base monetaria se reduce fundamentalmente a una contradicción entre el «capital no en forma de mercancías, sino en forma de dinero» (*El capital*, vol. III, p. 531). Bajo condiciones de sobreacumulación, la clase capitalista parece tener la opción de devaluar el dinero o las mercancías, entre la inflación o la depresión. En caso de que la política monetaria esté dedicada a evitar ambas cosas, terminará simplemente incurriendo en ambas (tal y como ilustra el estado actual del capitalismo).

El poder del capital financiero es por supuesto muy limitado. Marx argumentó explícitamente, por ejemplo, que «no hay legislación bancaria de ninguna índole que pueda eliminar la crisis», aunque «una legislación

bancaria ignorante y errada [...] puede agravar aun esta crisis de dinero» (*El capital*, vol. III, p. 566). Esta conclusión se aplica a toda la gama de posibles políticas monetarias. «Mientras el carácter social del trabajo se presente como la existencia dineraria de la mercancía, y por consiguiente como una cosa situada fuera de la producción real, resultarán inevitables las crisis dinerarias, independientes de las crisis reales o como agudización de las mismas» (p. 596).

Las contradicciones entre el sistema financiero y su base monetaria crecen y se vuelven aún más apabullantes a medida que el capitalismo progresa. Estas son las contradicciones que Hilferding no vio en absoluto, en la medida en que interpretó erróneamente la teoría del dinero de Marx. Este error cuesta caro. Y aunque Lenin lo reconoce, no lo rectifica, antes bien prefiere usar la definición de Hilferding del capital financiero como un vehículo para mostrar cómo se proyectan las contradicciones internas del capitalismo en el escenario mundial.

Enterrada, sin embargo, dentro de aquellos tortuosos capítulos que aparecen en el tercer volumen de *El capital* sobre la banca y las finanzas, constituye una poderosa interpretación de las contradicciones internas de la forma financiera del propio capitalismo. Cuando nos aproximamos a la teoría básica del dinero expuesta en el primer volumen de *El capital*, podemos comenzar a comprender cómo la acumulación por la acumulación y la circulación del capital parten por la mitad las funciones del dinero como medio de circulación y como medida de valor y erigen sobre esa base una relación profundamente antagónica entre el mundo del dinero como medida del valor del trabajo social y el intrincado y complejo mundo de las operaciones financieras basadas en el crédito. Marx no analizó totalmente todas las posibles dimensiones de este antagonismo —por ejemplo, la posibilidad de devaluación a través de la inflación, o la manera en que se puede expresar el antagonismo como rivalidades interimperialistas y como competencia internacional—. Pero estas ideas tan profundas se pueden apreciar todavía por lo que son y la teoría marxista se ha ampliado sobre esta base.

4. La tasa de interés y la acumulación

La tasa de interés sobre el dinero de alta calidad (del banco central) desempeña un papel vital a la hora de regular las relaciones entre el sistema financiero y su base monetaria. Esto replantea la cuestión de qué es lo que fija la tasa de interés en general. La respuesta a la que llegamos en el capítulo IX fue que lo que la fija son las fuerzas que determinan la oferta y la demanda de capital dinero que produce intereses. Debemos ahora identificar estas fuerzas.

Del lado de la demanda, se debe hacer primero una distinción entre la demanda de dinero como *medio de pago* y como *medio de compra*. Ambas se relacionan con la circulación de capital en general, pero ocupan momentos bastante distintos de ese proceso. La demanda de dinero para lanzar una nueva producción es muy diferente en su significado de la demanda de dinero para realizar valores ya producidos. Esta última es dominante particularmente en tiempos de sobreacumulación, mientras que la primera es típica de un estado de gran competencia por la plusvalía relativa. Las dos demandas no son independientes entre sí, como es natural, y existe entre ellas un tipo de relación de cierto retraso temporal. La actual demanda de crédito para inversión llevará probablemente a una demanda posterior de crédito para poner mercancías en el mercado.

Los capitalistas no son los únicos agentes económicos que demandan dinero, ya sea como medio de compra o como medio de pago. De la circulación de los ingresos emanan todo tipo de demandas. Los trabajadores y la burguesía por igual buscan crédito al consumo y financiación hipotecaria (medios de compra), y tratan también de monetizar ciertos bienes que tienen en su poder antes de cualquier intercambio real (medios de pago). La demanda agregada de dinero a interés proviene de la circulación del capital y de la circulación de los ingresos. No obstante las dos formas de circulación no son independientes entre sí. Una expansión del crédito al consumo puede realizar la misma función (mediada por el mercado) que el hecho de dar crédito a los capitalistas sobre inventarios de los bienes no vendidos que tienen a mano. Se requiere crédito para lubricar la circulación de capital y de ingresos, así como para equilibrar la relación entre ellos. El capital genera ingresos, que deben finalmente circular de vuelta al capital para que el sistema se pueda reproducir de forma fluida. Debe preservarse la unidad fundamental entre la realización a través de la producción y la realización en el intercambio.

La demanda de dinero como capital no es, por tanto, el único factor determinante de la tasa de interés: esta forma parte de un paquete mucho más complejo de demandas que se requieren al sistema de crédito y a su base monetaria. Las desagregaciones son importantes. Estas indican los diversos puntos de origen de la demanda, así como la diversidad de usos que se le puede dar al dinero. Ponen de relieve la dificultad de evaluar la ubicación «correcta» (desde el punto de vista de la acumulación) del dinero a interés en las diversas actividades de producción, circulación, intercambio, arrendamiento, administración, consumo, etc. Indican la posibilidad —pero solo la posibilidad— de que haya fracasos que se producen en los saltos en el proceso de circulación total del capital. Demuestran, de forma más concreta, cómo puede producirse «el colmo de la distorsión» y toda clase de «formas absurdas» dentro del sistema de crédito a la hora de destruir el delicado

equilibrio que siempre debe prevalecer entre la producción y la realización a través del intercambio. Por encima de todo, nos sensibilizan al hecho de que una demanda de crédito puede apuntar a estados muy diferentes dentro de la dinámica de la acumulación, que van desde la sobreacumulación hasta desfavorables bloqueos en la circulación de los ingresos.

La oferta de dinero a interés está sujeta a determinaciones igualmente complejas. Esta oferta, señala Marx, es en parte el producto de la acumulación, en parte el resultado de «factores que la acompañan [a la acumulación] pero que difieren totalmente de ella», y en parte el resultado de sucesos aparentemente bastante independientes (*El capital*, vol. III, p. 586):

1. Los industriales, comerciantes, financieros, propietarios inmobiliarios y el Estado pueden retener parte de la plusvalía producida por medio de la acumulación, mientras que los trabajadores también pueden ahorrar parte del capital variable. En vez de dejar ociosos esos excedentes, los agentes económicos pueden esforzarse por ponerlos en circulación como capital que devenga interés.
2. La sobreacumulación produce excedentes de dinero ocioso (y por tanto una baja tasa de interés) debido a la escasez de oportunidades para emplear el dinero como capital en general.
3. La capacidad del sistema bancario para movilizar dinero a través de diversas técnicas ya descritas en el capítulo IX puede provocar una acumulación de capital en préstamo «sin acumulación real alguna» (*El capital*, vol. III, p. 572).
4. En la medida en que la gente tiene fe en la salud de la economía, las deudas y el capital ficticio pueden empezar a circular como capital a préstamo —los estados psicológicos de esperanza son importantes, por lo menos a corto plazo, para ese proceso que convierte las deudas contraídas de forma privada en formas sociales de dinero—.
5. Los arreglos distributivos y el poder relativo de las fracciones implicadas pueden tener también un efecto dramático sobre la calidad del dinero acumulado preparado para usarse como dinero a interés. Los terratenientes pueden exprimir a los campesinos, el Estado puede expropiar a todas las clases por medio de los impuestos, una fuerte oligarquía financiera puede usar su poder para reunir vastos recursos monetarios bajo su mando, y así sucesivamente.
6. Una fluctuación poco usual de la oferta de dinero (expansión o contracción del flujo de oro o impresión de dinero por el Estado) puede, a corto plazo, aumentar o disminuir la cantidad total de dinero

disponible para su conversión en dinero a interés hasta que los efectos sean absorbidos por los ajustes de precios.

La heterogénea mezcla de fuerzas que afectan a la oferta y a la demanda de dinero a interés garantiza una considerable inestabilidad en la tasa de interés. No necesitamos preocuparnos de las fluctuaciones a corto plazo —como el precio de cualquier mercancía, la tasa de interés oscila diariamente a medida que la oferta y la demanda se equilibran entre sí en el mercado—. Lo que interesa es la tasa de interés a largo plazo. Existen dos posibles mecanismos que podrían dar cierto aspecto de orden y coherencia a las fuerzas que afectan a la oferta y la demanda, y que en caso contrario podrían embrollarse.

Consideremos, en primer lugar, la posibilidad de que la tasa de interés esté dominada por «la lucha entre los capitalistas en dinero y los industriales» a propósito de la división de la plusvalía y el «precio» del capital antes de que «entre el proceso de producción» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, p. 509). Los signos de esta lucha abundan en la sociedad capitalista. Marx no niega de ninguna manera su importancia: lo que se necesita es establecer exactamente lo que esto significa. La tasa de interés fundamental ¿es básicamente un reflejo de la relación de poder entre los industriales y los financieros? Esta suposición relegaría todas las demás facetas de la determinación de la tasa de interés (por ejemplo, la determinación de los ingresos) a un papel periférico y puramente secundario. Marx no era, por lo general, contrario a poner las relaciones directas de la producción en el primer plano. Yo diría, sin embargo, que la guerrilla constante entre los industriales y los financieros juega un papel similar al de la lucha entre el capital y el trabajo a propósito de la tasa salarial (véase el capítulo II): en última instancia no es sino una parte de todo un complejo de procesos sociales que deben servir para mantener la tasa de interés cerca de una posición de equilibrio definida en relación con la acumulación sostenida. Un desequilibrio en la relación de poder entre la industria y las finanzas obligará a apartarse del equilibrio y así amenazar la acumulación. De aquí se desprende que la supervivencia del capitalismo depende de que se logre un cierto tipo de equilibrio de poder correcto entre los intereses industriales y los intereses financieros. Esta es una conclusión importante, porque sugiere que el poder del capital financiero (como quiera que esté institucionalizado y definido ese bloque de poder) es necesariamente un poder restringido, que nunca puede ser ilimitado o totalmente hegemónico.

Esto nos deja todavía a oscuras en lo que se refiere a aquello que fija la tasa fundamental de interés. La única opción es concebir una tasa equilibrada de interés en relación con la acumulación. Ese equilibrio se puede

definir en términos de la relación entre la circulación de dinero a interés por un lado y las actividades de producción y consumo (realización) por el otro. Opera en el punto en que se intersectan necesariamente la circulación de ingresos y el capital. Precisamente porque el sistema de crédito es un coordinador centralizado, la tasa de interés tiene que moverse de una forma que ayude a mantener tanto la producción como la realización del plusvalor de forma sostenida.

¿Por qué preocuparnos entonces por hacer una elaborada enumeración de las fuerzas que afectan a la oferta y a la demanda de dinero a interés? La respuesta es bastante simple. Las actividades materiales que estructuran la oferta y la demanda y que, por tanto, fijan la tasa real de interés, son tan diversas que solo por accidente se logra una tasa equilibrada de interés. El potencial para el desequilibrio está siempre presente. Y si inspeccionamos las fuerzas que regulan la oferta y la demanda de dinero a interés, podemos ver cómo la lógica interna del capitalismo altera el equilibrio de la tasa de interés, alejando así a la economía de un crecimiento estable y equilibrado, en el camino de la formación de la crisis. Este es, según creo, el punto a donde nos quería llevar Marx. A fin de ilustrar esa idea, voy a tratar de reconstruir su representación del ciclo de acumulación y mostrar cómo los movimientos de la tasa de interés desempeñan un papel crucial a la hora de traducir la dinámica contradictoria de la acumulación en formas específicas de crisis monetarias y financieras.

5. El ciclo de acumulación

Se ha dicho, a menudo, que Marx nunca tuvo una teoría del ciclo económico.⁶ Esto es solo parcialmente cierto. Marx siguió la pista de los impulsos cíclicos en la relación entre la acumulación, la formación del ejército industrial de reserva y el nivel salarial; sentó las bases para analizar las oscilaciones explosivas en la producción y el intercambio entre los diversos departamentos de producción; y construyó un modelo sintético del ritmo temporal general de la sobreacumulación y de la devaluación (véanse los capítulos VI y VII). Sus estudios de la circulación del capital fijo (capítulo VIII) también revelan los ciclos de innovación, expansión, renovación y devaluación. El problema es mezclar estas ideas parciales dentro de una representación unificada de la dinámica temporal. De lo contrario parece como si el capitalismo se viera acosado por impulsos cíclicos divergentes que atraviesan la economía de forma confusa.

⁶ Véanse Smith (1937), Wilson (1938) y Sherman (1967).

Las fluctuaciones de la tasa de interés están en el centro mismo de los movimientos cíclicos y les imponen una cierta apariencia de orden. Marx niega que sean *primum agens*. Pero estos constituyen un eslabón central mediador a través del cual se expresan las contradicciones internas del capitalismo. Su investigación de las fuerzas que fijan la tasa de interés establece ese punto exactamente. Sin embargo, hemos visto cómo la tasa de interés se puede ver afectada por toda clase de factores arbitrarios y caprichosos. Por esta razón, Marx trata de abstraerse de la dinámica del día a día del ciclo industrial y sus resortes monetarios y financieros (*El capital*, vol. III, p. 344). En vez de ello, pasa a construir una representación sumamente simplificada del curso cíclico de la acumulación en general. El propósito es captar las interacciones entre la acumulación, el cambio tecnológico, la formación del capital fijo, el empleo y el desempleo, junto con los niveles salariales, la demanda de consumo, la formación del capital ficticio, la aparición del dinero crédito y la vuelta posterior a la base monetaria durante las crisis de sobreacumulación y devaluación. La representación de Marx puede ser reconstruida leyendo cuidadosamente el volumen III de *El capital* (capítulo XXVI-XXXV). El proceso de acumulación pasa por distintas etapas de estancamiento, recuperación, expansión basada en el crédito, fiebre especulativa y bancarota.

5.1 Estancamiento

La fase de estancamiento, que se produce a raíz de una bancarota, viene caracterizada por una severa reducción de la producción y por bajas tasas de ganancia. Los productores se ven obligados a bajar los precios para deshacerse de existencias excedentes a precios más bajos que los de su producción. El desempleo se generaliza y los salarios se ajustan normalmente en un nivel más bajo. La demanda efectiva es escasa debido a la disminución de los ingresos disponibles (tanto en forma de salarios como de beneficios de la burguesía). La demanda de dinero como medio de circulación cae en un nivel bajo (se hunde el volumen de intercambio de mercancías). La fe en el sistema de crédito sufre una severa sacudida, mientras que la demanda de capital a préstamo se reduce mucho debido a las expectativas pesimistas respecto de los ingresos futuros. El dinero se usa principalmente para medir los valores y para despojar a la economía del capital ficticio que le es ajeno. El tiempo de rotación real de las mercancías se acorta drásticamente en tanto no hay crédito disponible para extenderlo. La tasa de interés es, en cualquier caso, baja; la plétora de capital dinero prestable producido por la sobreacumulación se vuelve ahora evidente. Este excedente de capital dinero está relacionado con las oportunidades para emplearlo de forma segura.

La fase de estancamiento se caracteriza por un ajuste tecnológico «suave» (en un amplio sentido marxista, que incluye el cambio organizativo e institucional) en contraste con las violentas sacudidas que acompañan a las crisis. Los ajustes llevan gradualmente a las tecnologías de producción y a las tasas de precios de producción hacia una línea consistente con los requerimientos de la acumulación equilibrada. El escenario queda así preparado para la expansión subsecuente.

5.2. Recuperación

Durante la fase de estancamiento surgen diversas oportunidades. La disminución de los salarios y de las tasas de interés deja una proporción más grande de plusvalor como ganancias de la empresa, lo cual puede compensar parcialmente los precios más bajos. El capital devaluado (mercancías, capital fijo, edificios, etc.) puede ser comprado a precios de ganga, reduciendo así los desembolsos en capital constante y haciendo caer la composición de valor del capital. Los productores que han resistido la tormenta se ven por lo general favorecidos con una posición de fuerte liquidez —pueden pagar sus cuentas con dinero en efectivo—. Las bajas tasas de interés y los excedentes de fuerza de trabajo hacen que la situación sea óptima para la formación de capital fijo con financiación a largo plazo.

Una vez que los productores se han deshecho de la mayoría de sus existencias excedentes, se inicia una modesta expansión. Esto permite que suban los precios y, como los salarios siguen siendo bajos, la proporción más grande de plusvalor que se convierte en beneficios de la empresa surte ahora efecto. La tasa de ganancia revive y da lugar a que vuelva la confianza en los negocios. Puede comenzar así una expansión cautelosa de la producción basada en la posición de fuerte liquidez de los negocios que han sobrevivido —estos usan sus propios fondos para financiar la expansión—.

Con la vuelta a cierta fe en el sistema, la baja tasa de interés puede dirigir la financiación a ciertas inversiones en capital fijo a largo plazo (quizá con la ayuda del Estado). La concentración en esta clase de inversiones hace que haya más empleos en el departamento 1 y, debido a su largo periodo de producción, crea una demanda efectiva sin «proporcionar inicialmente ningún elemento de oferta» (*El capital*, vol. III, p. 363). Esta demanda efectiva se deja sentir en el sector de bienes de consumo (departamento 2). La tendencia a las oscilaciones explosivas entre los dos sectores se pone suavemente en movimiento.

El poder económico de los capitalistas industriales suele ser mayor que el de los banqueros y financieros, porque los primeros tienen suficientes reservas de dinero en efectivo para financiar su propia expansión y para

extenderse entre sí el crédito comercial a fin de asegurar la continuidad de la producción frente a los tiempos de rotación desiguales, etc. No se requiere para este propósito del capital que prestan los bancos. La absorción de ese capital a préstamo a través de cualquier formación de capital fijo a gran escala, queda más que igualada por una expansión gradual en la oferta de capital dinero libre, proveniente de los ahorros incrementados de todas las clases sociales, los flujos incrementados que han de convertir los bancos en capital prestable, etc. La tasa de interés permanece así baja.

Se incrementa la cantidad de capital ficticio, pero en esta etapa las nuevas promociones vienen normalmente asociadas a la inversión directa en medios de producción, al mismo tiempo que la expansión del crédito comercial está estrechamente ligada a las mercancías reales en circulación. Este es el tipo de creación de capital ficticio requerido, en tanto va por lo general seguido de una expansión de la acumulación. No constituye, por eso, una amenaza a la preservación de una base monetaria segura.

Durante esta fase, la competencia no es muy dura. La autofinanciación de los negocios genera una concentración gradual y desigual, y las amplias variaciones en las tasas reales de ganancia pueden coexistir ya que lo que cuenta es el circuito del capital productivo. El poder del sistema de crédito para forzar una igualación de la tasa de ganancia no resulta muy evidente en estos momentos.

Mejora la circulación de los ingresos, al igual que la demanda de dinero como medio de circulación. Se fortalece la demanda efectiva de bienes de consumo final y el sector de bienes de consumo comienza a ocupar un lugar preponderante en la dinámica de la acumulación.

5.3. Expansión basada en el crédito

La fe en el sistema económico ya se ha recuperado. La expansión del empleo, el aumento de los salarios y el incremento de los ingresos de la burguesía presagian una demanda efectiva creciente de bienes de consumo final. La circulación ampliada de los ingresos crea expectativas optimistas respecto de los ingresos futuros de todo tipo (renta de la tierra, impuestos, hipotecas, etc., así como ganancias empresariales).

No obstante, la gradual expansión de la fase precedente revela ahora multitud de desequilibrios en la capacidad productiva, con los consecuentes embotellamientos de los input-output en el aparato productivo en su conjunto. Desaparece ahora todo rastro de capacidad productiva excedente. Parecen necesarias nuevas inversiones para crear nueva oferta, particularmente de los elementos de capital constante —materias primas, productos parcialmente manufacturados y maquinaria—. La atención se

vuelve a centrar en las inversiones en el departamento 1, a medida que los precios de capital constante aumentan en respuesta a la escasez de su oferta.

Al mismo tiempo, la capacidad de los capitalistas industriales para financiar sus propias inversiones y para extender crédito entre sí se agota a medida que sus reservas de dinero en efectivo van llegando a su límite. Se ven así obligados a recurrir a los bancos y a los financieros, que en consecuencia fortalecen su poder frente al capital industrial. El sistema de crédito se planta sobre sí mismo como coordinador general de la producción y el intercambio de mercancías. La demanda de capital dinero y de medios de circulación aumenta. Esta demanda crea su propia oferta, ya que la fe en el sistema es ahora suficientemente fuerte como para permitir que hasta los títulos sobre las deudas circulen como una oferta de capital dinero. La magnitud de capital ficticio se va elevando paso a paso sobre la acumulación real y la brecha entre la base monetaria como medida real de los valores y las diversas formas de papel moneda en circulación comienza a hacerse más ancha.

El creciente poder del sistema de crédito en relación con la industria tiende también a forzar una igualación de la tasa de ganancia (la conexión entre la ganancia de la empresa y la tasa de interés es ahora muy fuerte). La competencia por los fondos en préstamo se vuelve más aguda y la tasa de interés comienza a aumentar. Los industriales se ven empujados a una lucha competitiva por la plusvalía relativa en una época en que empieza a haber escasez de mano de obra. Los salarios tienden a moverse por encima del valor de la fuerza de trabajo. Esto hace que se requieran fuertes ajustes tecnológicos. Presenciamos una «gran expansión de capital fijo de todas formas y la iniciación de nuevas empresas en una escala vasta y de amplio alcance». Esto requiere aún más capital a préstamo y pone a la industria aún más firmemente al servicio del capital dinero. Pero las ganancias empresariales son solo una de las formas de los ingresos futuros a la hora de atraer al capital en préstamo; los industriales deben competir por los fondos con los especuladores de suelo, los corredores de bolsa, los tenedores de deuda del gobierno, etc. «Es precisamente en estos momentos cuando aparecen en escena en un grado ostensible los caballeros que operan [...] basándose exclusivamente en el crédito monetario» (*El capital*, vol. III, p. 565).

5.4. Fiebre especulativa

La expansión basada en el crédito incrementa los precios, aunque solo sea porque la cantidad total del medio circulante sobrepasa ahora de largo el producto del trabajo social. Por añadidura, el desempleo casi desaparece y los niveles salariales comienzan a subir —la situación de los trabajadores, observa Marx, siempre está en su mejor época en la víspera de una crisis—.

La demanda efectiva de mercancías salario sigue siendo fuerte, pero los altos salarios están ahora comenzando a hacer mella en la acumulación, al mismo tiempo que el aumento en las tasas de interés también hace mella en las ganancias de la empresa. Atrapados en la «compresión a los beneficios» [*profit squeeze*], los industriales buscan desesperadamente nuevas formas para innovar en la superación de sus dificultades. Los ayuda y los encubre en ello un sistema de crédito que ya está alimentando la producción y la realización. Pero solo pueden hacer esto al precio de crear grandes cantidades de capital ficticio, o hacer sitio para «la forma más colosal de juego de azar y estafa».

Detrás de esta fiebre especulativa pueden verse profundas alteraciones del equilibrio. Las desproporciones entre los departamentos, entre la producción y la distribución y entre la cantidad de dinero crédito en circulación y la producción real de valores, crecen. La composición de valor del capital aumenta rápidamente. La fuerza de trabajo no está allí para permitir la expansión continuada de la acumulación a través de la producción de plusvalor, mientras que la tasa real de explotación va descendiendo. Únicamente la acumulación de capital ficticio puede tapar las grietas con papeles. Y es solo cuestión de tiempo antes de que reviente la burbuja especulativa.

5.5. Bancarrota

La arremetida de una crisis viene normalmente desencadenada por un fallo espectacular, que sacude la confianza en las formas ficticias de capital. El pánico que le sigue de inmediato dirige la atención sobre la calidad de diversos tipos de dinero crédito. La vuelta al «catolicismo» de la base monetaria se lleva a cabo con creces. En el preciso momento en que los productores y los comerciantes están haciendo un esfuerzo por cumplir con sus pagos, surge entonces una crónica escasez de dinero del tipo correcto —estrechamente ligado a la mercancía dinero—. La tasa de interés sube hasta «llegar a un nivel usurario» (*El capital*, vol. III, p. 416). La extensa cadena de pagos se rompe y la circulación del capital queda rota momentáneamente en mil pedazos. A primera vista la crisis aparece como «crisis de crédito y dinero», porque es solo una cuestión de «convertibilidad de las letras de cambio en dinero» (p. 566). La demanda de liquidez aumenta rápidamente:

Hacia apenas un momento que el burgués, ebrio de prosperidad, había proclamado con sabihonda jactancia que el dinero era una ilusión huera. Solo la mercancía es dinero ¡Solo el dinero es mercancía!, es el clamor, que ahora resuena en el mercado mundial. Como el ciervo brama por agua clara, el alma del burgués clama por el dinero, la única riqueza (*El capital*, vol. I, p. 193).

La alteración en la circulación del capital mercancía hace que el dinero como medida de valor sea la única forma segura de riqueza. Al tratar de establecer la base real de los valores se destruye el capital en forma de mercancía:

En cuanto se produce una paralización a causa de la demora en los reflujos, mercados saturados, disminución de precios, hay un excedente de capital industrial en una forma en la que no puede llevar a cabo su función. Hay una masa de capital mercantil, pero es invendible. Hay una masa de capital fijo, pero desocupado en gran parte por estar paralizada la producción [...] Las fábricas están detenidas, las materias primas se acumulan, los productos terminados abarrotan el mercado en calidad de mercancías (*El capital*, vol. III, p. 559).

Masas de trabajadores son despojados de sus empleos, los niveles salariales descienden precipitadamente y la circulación de los ingresos sufre una perturbación crónica en reacción a las fallas en la circulación de capital. La demanda efectiva de bienes de consumo se desploma, lo mismo que los precios. «En consecuencia, por unos pocos millones en dinero se deben sacrificar muchos millones en mercancías».

La devaluación del capital, y del trabajador, sigue adelante paso a paso. Los capitalistas tratan de seguir con vida comiéndose unos a otros. El trabajador es igualmente sacrificado en el altar de la irracionalidad fundamental del capitalismo. Las crisis, en tanto manifestación del razonamiento irracional del sistema económico, envuelven con una amarga envoltura el paisaje económico de la sociedad capitalista.

6. La política de gestión del dinero

La escueta descripción del ciclo de acumulación revela una apretada textura de interacciones entre desempleo y acumulación, entre cambio tecnológico, tasa de reinversión y el estado de la competencia, entre producción y realización en los diferentes departamentos, entre circulación de capital y circulación de ingresos, entre oferta y demanda de dinero a interés, entre el poder relativo de los capitalistas industriales y los capitalistas financieros, entre capital y trabajo, entre el dinero como medio de circulación y el dinero como medida del trabajo social y, finalmente, entre el dinero y las mercancías como expresiones del capital.⁷ La intención es mostrar cómo se entrelazan las diversas contradicciones del capitalismo y se apoyan entre sí en una secuencia

⁷ Los escritos tempranos de Kalecki (1971) de la década de 1930 sobre el ciclo económico utilizaron mucho material de Marx, si bien llegaron a resultados más próximos a los de Keynes. Toda la cuestión de dar forma a la dinámica de los agregados marxistas se plantea de nuevo en la década de 1960 y desde entonces ha sido un foco continuo de interés para

dinámica para producir una ola inicial de acumulación y su desenlace final: la devaluación salvaje tanto del capital como del trabajo.

El curso histórico real de la acumulación es, sin embargo, un proceso mucho más complicado. Este viene afectado, en primer lugar, por toda una serie de circunstancias aparentemente extrañas: guerras, revoluciones, malas cosechas, sequías, etc. En segundo lugar, existen innumerables matices dentro de la estructura de las propias contradicciones internas. El grado de organización de la clase trabajadora puede modificar considerablemente los ajustes en la tasa salarial, así como el ritmo y la dirección del cambio tecnológico a través del curso del ciclo. La unificación de capital industrial y capital bancario modifica la relación de poder entre ellos, mientras que la centralización o descentralización excesiva de capital también puede imprimir giros especiales al proceso de acumulación. Las complicaciones de este tipo hacen que cada ciclo sea único. Marx trata evidentemente de sustraerse a esos rasgos circunstanciales, y nosotros le seguiremos en ello.

Hay, no obstante, un asunto que merece especial consideración. Se trata del papel de la política monetaria y fiscal en relación con el ciclo. Es difícil ocuparse de este asunto sin un análisis cabal del Estado capitalista.⁸ Pero una investigación somera del problema nos ayudará aquí a entender por qué ciertos aspectos del aparato estatal, como el banco central, están necesariamente al margen del control democrático. También nos ayudará a entender, aunque sea de una forma general, las circunstancias que permiten que la devaluación del capital se transforme en destrucción del dinero a través de la inflación.

La forma más simple de regular la calidad del dinero en la sociedad es ligarlo a alguna mercancía dinero universalmente aceptada, como el oro. La desventaja es que el valor del trabajo social está ligado a las condiciones del trabajo concreto en la producción de oro. Si este último cambia, entonces también lo hace la expresión general del trabajo social como un precio. Marx no se preocupó indebidamente de este problema. Consideró que los aumentos ocasionales en la oferta de oro (como, por ejemplo, después de la «fiebre del oro» de 1849) producirían una crisis temporal y luego serían absorbidos por los ajustes de precios (*El capital*, vol. I, p. 152).

El Estado se compromete en la regulación del dinero tan pronto como se introducen monedas, fichas, papel moneda y dinero crédito como medio para la circulación de las mercancías. El Estado se ve magnetizado, quiera o no, por la política del gestión del dinero y puede incluso adoptar un papel

aquellos con inclinaciones matemáticas, véanse Sherman (1967), Weisskopf (1978) y las presentaciones altamente matemáticas de Morishima (1973).

⁸ De Brunhoff (1978) ha escrito una de las mejores presentaciones de la integración de las cuestiones del dinero y las finanzas en el funcionamiento del Estado capitalista.

activo de algún tipo.⁹ En el siglo XVIII, por ejemplo, las principales naciones que se dedicaban al comercio capitalista perseguían, conscientemente, estrategias de devaluación y reevaluación de sus respectivas monedas en continuas maniobras dirigidas a lograr una ventaja comercial y política. Las doctrinas mercantilistas reflejaban esas tácticas. La emergencia de un sistema de crédito maduro y la creación de formas ficticias de capital con respaldo legal plantearon al Estado capitalista problemas de mayor alcance.

Eventualmente, como vimos en el capítulo IX, la tarea de asegurar la alta calidad del dinero correspondió a algún tipo de banco central. En tanto el banco central tiene el poder de fijar las condiciones bajo las cuales otras monedas son convertibles en su propia moneda, puede, dentro de ciertos límites, regular la tasa de interés del mercado (*El capital*, vol. III, p. 624). El banco central no puede actuar arbitrariamente. Está restringido por su posición en el tipo de cambio con el extranjero, las reservas de oro y por otros lazos con cierto tipo de dinero supranacional en el escenario mundial. Debemos también invocar la regla de Marx de que «el poder de los banqueros centrales comienza donde termina el de los agentes de descuentos privados». Esto significa que el banco central solo puede responder a las presiones del mercado de dinero que surgen del núcleo del sistema de producción y realización de plusvalía. No obstante, la forma en que responde es importante, ya que las decisiones que toma el banco central (o que por su legislación) tienen un papel determinante a la hora de aminorar o exacerbar las oscilaciones cíclicas. Las políticas monetarias estrictas en épocas de sobreacumulación pueden intensificar la devaluación. La crisis aparece a menudo, en primer lugar, como una crisis de dinero, impuesta a la sociedad por un banco central inflexible y obstinado.

Cuando el banco central anuda estrechamente su dinero a un patrón oro, tiene muy poco espacio de maniobra. Una reserva de oro limitada obliga a elevar las tasas de interés hasta un punto de usura extrema en una época en la que todos los capitalistas buscan refugio en el dinero de alta calidad. Cuando la convertibilidad al oro se suspende de forma permanente (en contraste con la suspensión temporal), la cantidad de dinero del banco central y la tasa de interés sobre ese dinero se pueden convertir en instrumentos de política. El «arte» de la banca central consiste en usar estos instrumentos políticos para tratar de estabilizar el curso inherentemente inestable de la acumulación. Al mismo tiempo, la ruptura de los vínculos del dinero del banco central con el oro da lugar a la posibilidad formal de una inflación sostenida. A continuación nos vamos a ocupar en detalle de esa posibilidad.

⁹ En De Brunhoff (1978, 1979) se dan algunos antecedentes, mientras que Vilar (1976) construye una historia fascinante.

7. La inflación como una forma de devaluación

En la historia del capitalismo abundan las fases y los casos de inflación. Cualquier interpretación general de esos fenómenos tiene que estar incorporada dentro de una teoría completa de la determinación de los precios. Es evidente además que los precios pueden subir o bajar por muchas razones diferentes.¹⁰ Si nos abstraemos de los choques circunstanciales que puede sufrir cualquier sistema económico —malas cosechas, guerras y rumores de guerra, etc.—, así como de las perpetuas oscilaciones de los precios de mercado que acompañan el equilibrio de la oferta y la demanda en el mercado, podemos identificar diversas fuerzas que afectan a los movimientos de los precios fundamentales de producción de las diversas mercancías.

La lucha competitiva para adquirir plusvalor relativo debe incrementar la productividad física y de valor del trabajo, y así abaratar las mercancías (*El capital*, vol. I, pp. 393-394). La expansión de la producción a tierras más fértiles, la apertura de nuevas fuentes de materias primas, la búsqueda de fuerza de trabajo más barata y más maleable y la reducción en los costes de circulación (particularmente el transporte) se suman a toda una batería de fuerzas que tienden a hacer bajar los precios. En su contra, están los costes crecientes relacionados con el agotamiento de los recursos naturales, la saturación u otros cuellos de botella en el aparato de producción, la lucha de clases por parte de los trabajadores, el monopolio creciente y cosas por el estilo. En el análisis final, los movimientos de precios vienen dictados por el equilibrio de fuerzas increíblemente divergentes y particulares.

La circunstancia que estamos considerando aquí tiene, no obstante, una lógica más simple.¹¹ La representación de Marx del ciclo de acumulación muestra que los precios bajan en la fase de estancamiento, aumentan gradualmente y luego se aceleran rápidamente durante el auge. La vuelta a la base monetaria durante una bancarrota fuerza un colapso de los precios. Si se construyera una base monetaria más flexible, que en vez de estar ligada a la mercancía dinero permitiera la impresión de dinero inconvertible respaldado por el Estado durante la crisis, la caída de los precios se podría mantener presumiblemente bajo control.

¹⁰ De forma sorprendente, Marx respeta el estudio vanguardista de Tooke sobre los movimientos de precios, un tema que ha seguido siendo desde entonces uno de los focos de la historia económica burguesa.

¹¹ Las explícitas teorías marxistas de la inflación son sorprendentemente endebles cuando ponen los pies en la tierra. J. Harvey (1977) y Rowthorn (1980) son lecturas básicas, mientras que Jacobi *et al.* (1975) revisan algunos de los problemas ligados a los diversos enfoques marxistas sobre este tema. Sherman (1976), Sweezy y Magdoff (1972), De Brunhoff (1979), Fine (1979a), Mattick (1980) y Mandel (1978) intentan un análisis desde diferentes ángulos

En apariencia, una política de este tipo parece eminentemente sensata en comparación con la política opuesta —la de permitir que los valores de las mercancías se estrellen contra un muro a fin de preservar la integridad del dinero de alta calidad—. Esto viola, no obstante, la regla de Marx de que la realización de los valores no puede lograrse con un simple incremento de la oferta de dinero (véase el capítulo III). También significa que el dinero debe abandonar su papel como medida de valor del trabajo social. Es más, la idea de que la tendencia del capitalismo a las crisis severas, tal y como las delineamos en el capítulo VII, puede verse aminorada en cierto modo con una política de este tipo, parece traída por los pelos. Lo más que puede suceder es que la forma que tomen las crisis cambien. Veamos cómo.

Recordemos en primer lugar lo que nos dice la teoría de la sobreacumulación. Se produce demasiado capital en relación con las oportunidades de empleo, debido a que los capitalistas individuales, empujados por la competencia y luchando por maximizar sus ganancias explotando a la fuerza de trabajo, adoptan tecnologías que llevan a que la economía se aparte del camino de la acumulación equilibrada. El desequilibrio se vuelve más grande porque los precios de producción, que se forman a través de la igualación de la tasa de ganancia, dan señales de precios erróneas en relación con el potencial de producción de plusvalía social. Por añadidura, la necesaria creación de capitales ficticios antes de la acumulación real suele oscurecer el desequilibrio fundamental.

Los capitales ficticios y el capital que devenga interés invertido en ellos se ven en trance de ser destruidos en el curso de una crisis, mientras que la devaluación puede afectar al capital en cualquiera de los estados dentro del proceso de circulación.

$$D - M \left(\begin{array}{c} FT \\ MP \end{array} \right) \dots P \dots M' - D' \text{ (etc.)}$$

Vamos a considerar ahora cómo se relaciona todo esto con una expansión del dinero del banco central.

Desde el punto de vista del capitalista individual, el primer signo de sobreacumulación se produce cuando aumenta la dificultad de convertir en dinero las mercancías o títulos de propiedad (capitales ficticios) a un precio que permita realizar la tasa de ganancia media. La transición de $M - D$ es siempre difícil porque requiere que se pase de un valor de uso (o título de propiedad) concreto y específico a la forma de poder social más general que existe: el dinero. Esta transición se ve obstaculizada por una falta de demanda efectiva o, lo que equivale a la misma cosa, por una escasez de dinero disponible. Los capitalistas individuales y otros agentes financieros

(bancos privados) pueden salvar esta dificultad ampliando el crédito. Los capitalistas reciben un dinero que equivale a las mercancías que no se han vendido (incluyendo la tasa de ganancia media sobre las mismas). La cantidad de dinero a crédito de un orden más bajo se incrementa rápidamente. La presión se desplaza entonces sobre el banco central a fin de que amplíe la oferta de dinero de alta calidad. Si el banco central accede a hacerlo, entonces parece como si pudiera mantener la liquidez global y al mismo tiempo se eliminaran todas las barreras a la realización de los valores.

Desafortunadamente, el asunto no es tan simple. El dinero emitido por el banco central se puede usar de muchas formas. Puede alimentar la circulación de capitales ficticios y así agravar las calenturas especulativas. Se puede convertir en demanda efectiva de mercancías (en contraste con los títulos de propiedad). Keynes insistió en que estos últimos eran más importantes para la estabilidad económica que la demanda efectiva y trató de canalizar por medio de específicas políticas fiscales (en contraste con las políticas puramente monetarias) la demanda efectiva, de modo que contribuyeran a la estabilidad en lugar de exacerbar la tendencia hacia el desequilibrio. Una versión simplificada de esta idea sería como sigue. En tiempos de depresión, el Estado puede crear demanda efectiva de mercancías incurriendo en un déficit presupuestario que se puede cubrir con préstamos tomados en el mercado de capital. Aunque el incremento de la demanda efectiva resuelve el problema de la realización en la esfera del intercambio, el incremento en la demanda de fondos prestables, a falta de cualquier aumento correlativo en la oferta, obliga a subir las tasas de interés, quizá hasta el punto de la «extrema usura». Esto tiene efectos desastrosos sobre las operaciones industriales y comerciales (si bien obviamente no sobre el capital bancario) y puede forzar la propia devaluación contra la cual se diseñaron inicialmente las políticas estatales. Existe así una fuerte presión para incrementar la oferta de dinero de alta calidad a fin de hacer que bajen las tasas de interés. El banco central, al involucrarse en una acción de este tipo, puede contribuir a evitar la devaluación de las mercancías.¹²

Al mismo tiempo, esa estrategia también contribuye, desafortunadamente, a la realización del capital ficticio. Si, por ejemplo, existe una actividad especulativa considerable con títulos inmobiliarios, la expansión de la demanda efectiva de viviendas mantiene muy viva esa especulación, al mismo tiempo que aumenta la demanda de mercancías como ladrillos,

¹² Como señala Harris (1979), tanto monetaristas como keynesianos aceptan la misma teoría fundamental del dinero, que es esencialmente una teoría cuantitativa. Las políticas keynesianas siempre contienen una fuerte perspectiva monetarista, debido a que el banco central tiene que desempeñar un papel correcto caso de que las políticas quieran tener alguna oportunidad de éxito a corto plazo. Lo que divide a los monetaristas de los keynesianos es el grado de discreción que se permite al Estado a la hora de fijar los objetivos fiscales y monetarios.

madera, etc. El apoyo a este tipo de capital ficticio implica, en efecto, que el Estado sustituye con su propio capital ficticio (un aumento en la reserva de dinero respaldado por el Estado) la masa de capital ficticio privado que flota alrededor en el sistema de crédito. Si esto es bueno o malo depende completamente de si los valores ficticios creados así se pueden realizar en posteriores fases de la circulación de capital.

Con la negociación exitosa, si bien problemática, del lazo $M - D$, el peso cae ahora sobre el dinero, el cual sufre una devaluación si no es devuelto a la circulación dentro de su lapso «normal». Existen tres usos posibles para ese dinero.

1. El dinero reinvertido en la producción debe cruzar la divisoria

$$D - M \begin{pmatrix} FT \\ MP \end{pmatrix}$$

Un incremento en D aumenta la demanda de fuerza de trabajo y medios de producción y absorbe cualquier excedente en la oferta de ambos. Esto presiona para que suban los precios, lo cual, en el contexto de una crisis, significa que los costes de producción no declinan ni remotamente como lo harían de otra forma. La «sacudida tecnológica» ni siquiera se acerca a la fuerza que normalmente tendría e incluso puede ser que se presione a los productores para que continúen una pauta de ajuste tecnológico más característica de la fase de expansión que de la de retracción. Los salarios, por ejemplo, quizá no declinen de forma suficiente como para estimular la vuelta a actividades que requieren mucha mano de obra. Es poco probable que la composición de valor del capital regrese a su posición de equilibrio bajo estas condiciones.

2. El dinero puede ser invertido en apropiación, por medio de la compra de títulos sobre ingresos futuros (suelo, acciones y bonos, deuda del gobierno, etc.). Los valores ficticios creados por el Estado simplemente terminan incrementando la cantidad de capital ficticio de la economía que está en manos de particulares. Entonces se plantea de nuevo el problema de la realización de esos capitales ficticios a través de la producción.

3. La burguesía desvía una porción del dinero extra a su propio consumo. Esto aumenta la demanda de artículos de lujo, lo que a su vez invita a que suba la demanda de fuerza de trabajo y medios de producción.

El dinero extra que pone en circulación el Estado tiene así que realizarse en algún punto a través de la producción. Esto confirma el descubrimiento fundamental que hizo Marx en su investigación de la circulación de plusvalor (*El capital*, vol. II, cap. XVII; cf. con las pp. 159-161 de este libro): la realización en la esfera del intercambio depende a fin de cuentas de la realización ulterior en el terreno de la producción.

El argumento de Marx es ahora que la sobreacumulación surge porque se llega a un mix tecnológico en la producción (incluyendo cierto grado de centralización, integración vertical, etc.) por procesos que ciertamente no son acordes con el equilibrio para una ulterior acumulación. La creación de dinero adicional en la esfera del intercambio no cambia nada respecto de esos procesos. La impresión de dinero no puede solventar el problema. De hecho, la distorsión de las señales de precios empeora el desequilibrio. Se retiene la fuerza plena de la sacudida, que haría que el sistema regresara a una posición de equilibrio medida por la composición de valor del capital. Se promueven más innovaciones tecnológicas que desestabilizan el sistema. La tendencia a la sobreacumulación probablemente se incremente en lugar de contenerse.

Si los capitalistas individuales y otros agentes privados continúan extendiendo crédito frente a la proliferación de la sobreacumulación y las espirales de capital ficticio, y si el banco central continúa respaldándolos con la impresión de dinero, las dimensiones descontroladas del sistema de crédito empezarán a destruir lo que encuentren a su paso. El dinero respaldado por el Estado se liberará de cualquier pretensión de actuar como una medida firme del trabajo socialmente necesario. Si el dinero ejerce poca disciplina sobre los capitalistas, no hay nada, excepto la competencia, que impida que estos eleven sus precios arbitrariamente. Obtendrán ganancias en el intercambio a pesar de la disminución en la producción real de plusvalía. Tal situación es francamente insostenible. La inflación generalizada se desata y las tendencias básicas hacia el desequilibrio van a peor a menos que entren en juego fuerzas de contrapeso como la posición del banco central respecto del tipo de cambio extranjero o el reconocimiento consciente por parte del banco central de que se debe restaurar la disciplina monetaria.

El resultado es, de este modo, que la devaluación de las mercancías se puede convertir en la devaluación del dinero a través de la inflación. Debemos reiterar que esta no es la única forma de inflación que puede existir y que cualquier interludio histórico real de fuerte inflación puede ser el resultado de una multiplicidad de factores. La inflación del tipo que estamos considerando aquí tiene una interpretación específica.

La transformación de la devaluación en inflación conlleva simultáneamente la centralización y socialización del proceso de devaluación

que acompaña a la sobreacumulación. Debemos darnos cuenta de que la devaluación comienza como un asunto privado (por ejemplo, las empresas individuales quiebran, determinadas mercancías se quedan sin vender) y termina teniendo ramificaciones sociales (desempleo, disminución de la circulación de ingresos, etc.). La inflación es en principio un problema social, pero que tiene consecuencias privadas y particulares. La transformación de la devaluación en inflación tiene por eso ciertas implicaciones técnicas, económicas y políticas que conviene explorar.

En primer lugar, la socialización de la devaluación reduce los efectos de determinados acontecimientos sobre el ritmo básico del ciclo de acumulación. Las quiebras potencialmente perjudiciales de corporaciones individuales se pueden evitar o absorber (por ejemplo, por medio de las fianzas del Estado) y sus costes pueden extenderse sobre la sociedad en general. Se reduce así mucho la posibilidad de que eventos de este tipo provoquen la caída todo el sistema. En segundo lugar, la «devaluación constante» que conlleva el cambio tecnológico (véase el capítulo VII) se puede convertir en una inflación «leve» constante que, según defienden algunos keynesianos, ayuda a preservar el crecimiento equilibrado —los cambios en las estructuras de precios proporcionan señales para la obsolescencia programada y nuevas inversiones—. En tercer lugar, las oscilaciones leves en el proceso de acumulación se pueden controlar y algunas veces incluso manipular con fines políticos a corto plazo (un caso de esto último es el así llamado «ciclo político de los negocios», en el que la política monetaria se usa para crear un auge artificial en la economía justo antes de las elecciones).¹³ Los costes de leves episodios de devaluación, que algunas veces atacan con demasiada dureza durante el breve espasmo de la crisis, se pueden atenuar y diseminar como una leve ola de inflación durante un periodo de varios años.

La socialización de la devaluación a través de la inflación también extiende instantáneamente los efectos de la sobreacumulación sobre todas las clases sociales. Si bien los efectos se experimentan de igual forma, las consecuencias distributivas varían según las circunstancias. Marx señaló, por ejemplo, que la depreciación del oro y la plata en los siglos XVI y XVII «depreciaron a la clase trabajadora», así como a los terratenientes en relación con los capitalistas, ayudando así a concentrar el poder del dinero en las manos de estos últimos (*Grundrisse*, vol. II, p. 202). «Las entradas de las clases improproductivas y las de quienes viven de ingresos fijos» tienden a permanecer «estacionarias en su mayor parte durante la inflación de precios que se produce conjuntamente con la sobreproducción y la sobreespeculación», y esto «disminuye [...] en términos

¹³ Kalecki (1971) fue probablemente el primero en detectar la probabilidad de una manipulación política del ciclo de los negocios. Boddy y Crotty (1975) adoptan la idea en el contexto de una teoría de la «compresión de los beneficios» que rechazamos anteriormente (pp. 110-112).

relativos» su poder adquisitivo en esos tiempos (*El capital*, vol. III, p. 567). Aquellos con ingresos fijos salen ganando durante el descenso de precios que ocurre con el regreso a la base monetaria, pero salen perjudicados cuando la devaluación se transforma en inflación permanente.

La inflación también suele redistribuir el poder del dinero, que pasa de los ahorradores a los deudores en tanto estos últimos pagan sus deudas con moneda depreciada. Sin embargo, que esto ocurra o no depende de la tasa de interés, que se vuelve negativa en términos reales cuando la tasa de inflación es más alta que la tasa de interés nominal. Una tasa de interés negativa real anuncia la devaluación general de los ahorros de dinero. Si la tasa de interés nominal varía de acuerdo con los recursos de dinero, los ahorros de la gran burguesía pueden ser preservados frente a los estragos de la inflación, al tiempo que los de las clases trabajadoras seguramente se devalúen (cf. *El capital*, vol. III, pp. 476-477).

Lo más importante es que cuando la inflación se vuelva permanente permita a los capitalistas realizar un objetivo largamente anhelado. «La clase de los capitalistas», observa Marx, «no se opondría nunca a las trade unions, ya que siempre y en todas circunstancias podría hacer lo que ahora, en efecto, hace excepcionalmente bajo determinadas circunstancias particulares [...] aprovechar todo aumento del salario para aumentar los precios de las mercancías en un grado mucho mayor, embolsándose por tanto mayores ganancias» (*El capital*, vol. II, p. 383). Esta posibilidad se vuelve real únicamente cuando la estricta disciplina de la mercancía dinero cede el paso a las prácticas más débiles y flexibles de creación estatal de papel moneda inconvertible. Si el Estado se ocupa del problema de la demanda efectiva y extiende la oferta de dinero para mantener el paso, los capitalistas individuales pueden estabilizar sus tasas de ganancia frente al descenso de la producción de plusvalía ajustando simplemente los precios de las mercancías que producen. La única limitación a corto plazo en el mercado es la competencia de precios. En la medida en que se desarrollan monopolios, oligopolios y «liderazgos de precios», se debilita la competencia de precios. Por esta razón la inflación se atribuye frecuentemente a las prácticas corporativas del «capitalismo monopolista». Esas prácticas tienen efectos secundarios importantes, pero la inflación del tipo que estamos considerando aquí tiene raíces mucho más profundas en la transformación general de la devaluación de las mercancías en devaluación del dinero.

La lucha de clases cambia dramáticamente con la inflación. Las reducciones salariales son difíciles de imponer de forma directa y por lo general provocan una respuesta muy concreta de la clase trabajadora contra un blanco muy claro. En una situación de inflación generalizada, los patrones conceden aumentos nominales de los salarios y así reducen la intensidad de

la oposición directa de los trabajadores. Lo que sucede con los salarios reales depende totalmente de la tasa de inflación y los capitalistas individuales pueden alegar que no tienen responsabilidad personal en esta. La devaluación de la fuerza de trabajo se logra entonces a través de la inflación. En la medida en que esta estrategia tenga éxito, los problemas de la sobreacumulación se verán contrarrestados por medio de un incremento en la tasa de explotación logrado a través de la disminución de los salarios reales. Los mecanismos del ajuste salarial que describe Marx en la «ley general de la acumulación capitalista» (véase el capítulo VI) se ven fundamentalmente alterados. Puede que sea posible incluso gestionar los ajustes salariales por medio de la inflación sin la ayuda de un gran ejército industrial de reserva. El significado de la llamada «curva de Phillips» —que mostró el contrabalanceo entre inflación y desempleo— parece ofrecer a los diseñadores políticos un blanco a su medida para las políticas fiscales y monetarias.¹⁴

La lucha por el salario nominal se convierte gradualmente así en una lucha por el salario real. Los trabajadores se ven luchando en dos frentes. Buscan en los convenios cláusulas estrictas sobre el coste de la vida, con el fin de evitar que les caigan encima los costes de la devaluación por la vía de la inflación. De ello se deriva una teoría de la inflación por el empuje de los salarios, que culpa a los codiciosos sindicatos del alza de los precios. En el contexto teórico que estamos considerando aquí, esta teoría es correcta pero solo en el sentido de que los trabajadores impiden que se solvente la sobreacumulación por medio de una devaluación masiva de la fuerza de trabajo por la vía de la inflación. No obstante, los trabajadores también tienen que enfrentarse a las políticas fiscales y monetarias que permiten que la devaluación se transforme en inflación en primer lugar. El foco de la lucha de clases puede desplazarse de la confrontación directa entre el capital y el trabajo a una confrontación entre los trabajadores y el Estado. Este último se convierte así en un escudo protector para los intereses de la clase capitalista. Con la ayuda no muy sutil de la propaganda burguesa, puede parecer incluso como si la inflación tuviera su origen en un gobierno ineficiente e ineficaz, en políticas fiscales y monetarias erróneas. Esta atribución es correcta respecto de la causa inmediata. Lo que ignora, en primer lugar, es la estructura subyacente de las relaciones de clase que genera las crisis de sobreacumulación y de devaluación.

La conversión de la devaluación en inflación parece tener efectos positivos y negativos desde el punto de vista del capital. De un lado, puede

¹⁴ La Curva de Phillips se refiere a la observación empírica de que, al menos durante varios años, existió una relación inversa entre los incrementos en el nivel salarial y el nivel de desempleo. Esto vino luego transformado dentro de la premisa teórica general de que existe un intercambio [*trade-off*] entre el nivel de desempleo y la inflación. Las circunstancias de la década de 1970, cuando el desempleo y la inflación se incrementaron juntos, puso en tela de juicio todo el argumento (véase Fine, 1979a).

aliviar la presión sobre formas directas de conflicto en relación con los salarios e incluso hacer que se necesite un ejército industrial de reserva más reducido a fin de equilibrar el nivel de los salarios. También socializa los costes de la devaluación a lo largo de todas las clases detrás del escudo de la política fiscal y monetaria levantado por el Estado. De otro lado, anima la formación de alianzas de clase dirigidas a asumir el poder del Estado. La inflación hace más difuso el conflicto al ampliarlo y recentrarlo en el Estado.

Pero la inflación no puede solventar la tendencia a la sobreacumulación. Si acaso exacerba el problema atenuando y retrasando sus efectos. Las políticas estatales permiten que se desarrolle una enorme presión inflacionaria hasta el punto en que se vuelve potencialmente explosiva. El peso muerto del capital ficticio improductivo se deja sentir cada vez más, la posición del banco central frente al tipo de cambio con el extranjero se debilita progresivamente (provocando la devaluación de la moneda nacional en relación con la moneda mundial) y las estructuras de precios se vuelven tan inestables que pierden su coherencia como fuerza coordinadora. Por encima de todo, la racionalización de la producción, que es la única solución a la sobreacumulación, no puede ser puesta en movimiento correctamente. En pocas palabras, los problemas de sobreacumulación no se pueden disipar por la socialización de la devaluación a través de la inflación.

Es interesante, bajo esta perspectiva, considerar la serie de remedios propuestos para la inflación, todos los cuales apelan a algún tipo de cambio básico en la participación del Estado.

En primer lugar, el Estado puede reconstituir una base monetaria estricta para la economía. Aunque esta necesidad no está ligada a una mercancía dinero, implica políticas monetarias muy restrictivas (que fuerzan al alza las tasas de interés), recortes en el estímulo del gobierno a la demanda efectiva y permiso para que surtan efecto las rudas fuerzas del mercado que devalúan las mercancías y la fuerza de trabajo. Una depresión convencional, administrada por el Estado, hace su labor a la hora de reestructurar el aparato productivo, eliminando el exceso de capital ficticio, disciplinando a los trabajadores, etc.

En segundo lugar, el Estado puede imponer controles salariales y de precios o tratar de calmar la inflación por medio de algún tipo de política de ingresos, un «contrato social» con los trabajadores (que por lo general equivale a algún tipo de devaluación negociada de la fuerza de trabajo) y una estrategia de inversión para la industria. Para que puedan funcionar, las intervenciones de este tipo deben ir acompañadas de restricciones monetarias y fiscales. Los monetaristas argumentan que las políticas de este tipo simplemente deforman las señales de precios y por tanto destruyen cualquier base correcta para reanudar la acumulación. La teoría marxista

está de acuerdo con ese juicio, excepto en la circunstancia poco probable de que la estructura de precios decretada y las estrategias de inversión diseñadas estabilicen la composición de valor del capital. Esto conllevaría una devaluación organizada y planificada por fases del capital y de la fuerza de trabajo, por medio de políticas estatales.

En tercer lugar, el Estado, en conjunción con el capital, puede tratar de acelerar el desarrollo de las fuerzas productivas y esperar que así se puedan bajar los precios de cara a compensar la ola inflacionaria. Algunas veces se argumenta que la raíz de la inflación deriva del fracaso a la hora de aumentar la productividad. La teoría que estamos adoptando aquí indica que el desarrollo incontrolado y desequilibrado de las fuerzas productivas, en el contexto de las relaciones de clase del capitalismo, es lo que en primer lugar provoca la sobreacumulación. En la medida en que la inflación es el resultado de una transformación de la devaluación, no se puede solventar con un programa indiscriminado dirigido a elevar la productividad. El Estado puede tratar de cambiar el mix tecnológico (con fusiones forzadas, incentivos fiscales especiales a ciertos sectores, patrocinio del Estado a la investigación y el desarrollo), pero si ha de resolver los problemas de sobreacumulación, no puede evitar imponer los costes de la devaluación a ciertos segmentos del capital y del trabajo. Los paliativos de este tipo, que conllevan la gestión directa o indirecta del aparato productivo por parte del Estado, aunque quizá no sea socialista, tampoco le convienen mucho al futuro del capitalismo.

Si bien es cierto que la devaluación de las mercancías (incluyendo la fuerza de trabajo) puede evitarse a corto plazo por medio de la inflación, es igualmente cierto que los problemas de inflación no se pueden solventar sin devaluar las mercancías. La teoría marxista nos dice que, en respuesta a la sobreacumulación, el capital puede devaluar el dinero o las mercancías (o alguna mezcla de ambos). Sin embargo, solo la devaluación de las mercancías, incluida la fuerza de trabajo, puede forzar la reestructuración que permitirá que se reanude la acumulación equilibrada.

Quizá no existe mejor testimonio de la irracionalidad fundamental del capitalismo que el hecho de que las opciones económicas que existen dentro de los confines de sus relaciones de clase dominantes sean de una variedad tan restringida y deprimente. La mejor opción y de mayor alcance está entre preservar esas relaciones de clase o eliminarlas por completo junto con las contradicciones a las que dan lugar.

8. El capital financiero y sus contradicciones

En este capítulo, hay dos concepciones del capital financiero en juego. La primera es la de un proceso de circulación del capital a interés; la segunda,

es la de un bloque de poder institucionalizado dentro de la burguesía. Ninguna de las dos es totalmente adecuada por sí misma, por eso nos esforzaremos por considerarlas juntas.

Aparentemente, el poder organizado de las finanzas resulta impresionante, impenetrable e intimidante. El sistema financiero está envuelto en el misterio que proviene de su pura complejidad. Este comprende el intrincado mundo de la banca central, las instituciones internacionales remotas (el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional), todo un complejo de mercados financieros entrelazados (bolsas de valores, mercados de mercancías futuras, etc.) así como multitud de instituciones (fondos de pensiones y de seguros, bancos mercantiles, cooperativas de crédito, bancos de ahorro, etc.). Pero por encima de todo, incluye una multitud de bancos privados increíblemente poderosos (el Banco de América, el *Crédit Agricole* de Francia, el *Barclays* de Gran Bretaña). Los banqueros y sus cohortes transitan sin cesar entre Basilea, Zúrich, Londres, Nueva York y Tokio. En sus reuniones internacionales se toman decisiones que evidentemente afectan la suerte de millones de personas, lo que indica que los banqueros del mundo controlan realmente no solo las vidas de los individuos (capitalistas y trabajadores por igual) sino también de las corporaciones más grandes y de los gobiernos más poderosos. Esta imagen adquiere aún mayor credibilidad cuando vemos que incluso ese aspecto del Estado que se dedica a la protección de las operaciones monetarias —el banco central— siempre elude el control democrático.

Se puede perdonar al ciudadano común y corriente por caer en un estado de temor reverente y total, cuando se enfrenta a la magnitud del poder del dinero que reside en esas instituciones y a la sofisticación de la élite que las dirige. El misterio del sistema financiero y la potencia de las fuerzas que operan a través de él generan una mística. Esta mística es terreno fértil para las teorías de la conspiración —conspiraciones para dividir y gobernar el mundo, «think tanks» (como la célebre Comisión Trilateral) que inventan estrategias encaminadas a la dominación del planeta, planes para ser ejecutados por una poderosa cábala de bancos, gigantes corporativos y sus representantes políticos—.

Es tarea de la ciencia desmistificar todo esto, revelar la lógica apremiante que corre por las venas del sistema financiero, exponer la vulnerabilidad interna que se esconde bajo una apariencia de poder y control totalmente hegemónicos. Esta tarea requiere una mezcla sutil de teoría y de investigación histórico-materialista para su adecuado cumplimiento.

Los estudios empíricos directos llegan normalmente al impás, fracasan frente a problemas aparentemente insolubles. Si, por ejemplo, una élite conspirativa es tan poderosa, tiene en las puntas de los dedos múltiples

y delicados instrumentos con los cuales afinar la acumulación, entonces, ¿cómo se pueden explicar los periódicos resbalones que hacen caer de cabeza en las crisis? O, en otra dirección, ¿cómo es posible que los financieros puedan aparecer como los sobrios guardianes de un proceso ordenado de acumulación, llevado a cabo en interés de la burguesía en su conjunto y operando con el capital común de esa clase, y al mismo tiempo se dediquen de forma tan patente a la apropiación venal y excesiva, a una especulación enloquecida y a toda clase de prácticas parasitarias que solo sirven para hundir a la sociedad en el paroxismo del caos y el desorden?

El concepto del capital financiero como un *flujo* de capital que devenga interés plagado de contradicciones —un concepto, debemos decirlo, que concuerda totalmente con la idea general de Marx del capital como un *proceso* más que como una cosa— ayuda a penetrar en estos callejones sin salida y a descifrar tales enigmas. Nos ayuda a entender la inestabilidad de las configuraciones que surgen cuando consideramos al «capital financiero» como un bloque de poder dentro de la burguesía, o lo que es lo mismo, la dificultad que experimentan los investigadores cuando buscan en primer lugar una definición constante de «capital financiero». También arroja más luz sobre un tópico que abordamos en el capítulo V: la dinámica de la transformación organizativa del capitalismo. Vamos ahora a investigar más sobre estas cuestiones.

8.1. El capital financiero como la «clase» de los financieros y de los capitalistas en dinero

Quienes controlan el flujo de dinero como un poder *externo* respecto de la producción ocupan una posición estratégica en la sociedad capitalista. Si esta posición estratégica se ha de convertir en una base de poder real, la centralización del capital dinero en unas pocas manos es un requerimiento primordial. Esta centralización puede producirse de dos formas. Primero, unos pocos individuos o familias extraordinariamente ricos pueden acumular en sus manos la mayor parte del poder del dinero en la sociedad. Segundo, unas pocas instituciones poderosas pueden controlar el poder del dinero disperso de innumerables individuos, que de forma individual carecen poder. Cuando unas pocas familias ricas, como los Mellon y los Rockefeller, son dueños de gran parte del dinero y participan enérgicamente en el control del resto prevalece entonces una unidad de posición y control dentro del centro estratégico de la circulación de capital que devenga interés. Esto proporciona una primera definición operativa del capital financiero.¹⁵

¹⁵ Lenin se preguntó si esta definición sería suficiente en determinado momento (véase Churchward, 1969). Esta definición operativa sirve de base a la perspectiva de Fitch y Openheimer (1970).

La centralización excesiva del poder dentro de este centro estratégico no es, sin embargo, consistente con el ejercicio correcto de sus funciones de coordinación. La competencia debe ser sostenida dentro del sector financiero caso de que la tasa de interés se ajuste en modos que respondan a la acumulación; caso de que el capital dinero fluya libremente y evite las preferencias que imponen generalmente las prácticas monopolísticas. De todos modos, las formas de la competencia varían dentro del sector financiero. A veces se manifiestan como una intensa rivalidad entre imperios financieros; otras veces surgen de mecanismos sociales que mantienen la dispersión del poder del dinero dentro de la burguesía; en otros casos vienen garantizadas por requisitos legales que restringen a ciertas instituciones ciertas clases de actividad (financiación de la vivienda, por ejemplo), delimitan el área geográfica de las operaciones (por ejemplo, restricciones a que se establezcan ramas interestatales de los bancos en Estados Unidos) o incluso dictan las condiciones básicas de gestión de una cartera de bienes que puede controlar determinada clase de institución financiera (los fondos de pensiones y de seguros operan por lo general bajo estas restricciones). A menudo existe cierta ambigüedad en cuanto al lugar en donde reside realmente el poder del dinero en un sistema tan fragmentado. Por ejemplo, la actual concentración de grandes cantidades de dinero en fondos de pensiones ha dado lugar a un debate no muy interesante sobre el «socialismo de los fondos de pensiones» (la idea de que una enorme masa de la gente es dueña de una gran proporción del capital ficticio de la sociedad por medio de los ahorros de su pensión), así como a una batalla real y muy intensa por el control del poder del dinero que representan esos fondos de pensiones. Del mismo modo, la acumulación de gran parte del dinero en unas pocas manos no significa necesariamente que esos pocos controlen activamente el uso de ese dinero. Pueden tratar de evitar riesgos dispersando su riqueza a través de una amplia variedad de instituciones que operan independientemente de ellos.

De otro lado, la total fragmentación y descentralización del sistema financiero también resulta perjudicial. La calidad del papel moneda viene mejor garantizada por un banco central con poderes monopólicos. El hecho de que el poder del dinero no se centralice actúa también como una barrera a la transformación del dinero en capital, así como a la acumulación subsecuente, ya que esta última depende de la centralización del capital. La rápida reorganización del capitalismo en su forma corporativa y conglomerada —pasos que según vimos en el capítulo V son necesarios para la perpetuación del capitalismo— no se podría haber logrado sin un cambio simultáneo en la capacidad para centralizar el poder del dinero.

La tensión entre la centralización y la descentralización es, por tanto, tan evidente dentro del bloque de poder financiero como en cualquier otra parte (véase el capítulo V). Y esta se hace evidente en una amplia variedad de

formas. Esta ayuda, por ejemplo, a explicar por qué Estados Unidos muestra un sistema financiero tan sumamente descentralizado y aparentemente caótico (que se mantiene debido a una extraña colección de leyes que se fueron dictando poco a poco por una burguesía que ha tratado espasmódicamente de contrarrestar la amenaza de la centralización excesiva), al mismo tiempo que se caracteriza por una inmensa concentración de dinero en unas pocas familias que operan a través de un puñado de instituciones financieras a gran escala.¹⁶ Esto ayuda a explicar también por qué los bancos compiten entre sí en algunos terrenos, y al mismo tiempo, en otros forman alianzas, consorcios y, de vez en cuando, cábalas conspirativas a fin de lograr una concentración suficiente de poder monetario para gestionar la financiación de la acumulación a gran escala y a largo plazo. Los continuos cambios y reajustes de las estructuras institucionales y de las prácticas financieras generan gran cantidad de confusión. Consideradas como la expresión material de la tensión fundamental dentro de la circulación del capital que devenga interés, las confusiones y las contradicciones tienen más sentido. Estas constituyen la simple apariencia superficial de la necesidad de equilibrar la centralización y la descentralización dentro del sistema financiero.

8.2. El capital financiero como unidad del capital bancario e industrial

El concepto de capital financiero presentado por Hilferding y aceptado normalmente por Lenin, es el de una unidad entre el capital bancario y el capital industrial. La unidad es selectiva, en el sentido de que los grandes bancos y las grandes empresas industriales son los únicos que forman la base a la hora de delimitar el capital financiero como un bloque de poder distintivo. Por esta razón el concepto del capital financiero, particularmente en Lenin, se fusiona de forma imperceptible y en cierto modo indiscriminada con el del capitalismo monopolista en general.

La unidad entre el capital bancario y el capital industrial, caso de existir, está ciertamente repleta de tensiones. Resulta obvio, naturalmente, que las grandes corporaciones no pueden dirigir sus asuntos sin hacer un uso extensivo de los servicios bancarios y que los bancos ansían desesperadamente dirigir los grandes flujos de dinero que generan las grandes corporaciones. En este sentido, el capital bancario y el capital corporativo a gran escala se necesitan entre sí; ambos existen en una relación simbiótica. Si solo fuera a esto a lo que apelaban con la unidad del capital bancario y el capital industrial, entonces no habría problema, pero tanto Hilferding como Lenin quisieron decir algo más: aseveraron que la unidad es una unidad

¹⁶ Domhoff (1978) y Zeitlin (1974) proporcionan información detallada sobre este aspecto.

funcional, que domina el proceso de acumulación y divide el mundo en regiones de subordinación al poder colectivo de unos pocos bancos y corporaciones de gran tamaño.

El análisis del capital financiero como flujo revela la unidad fundamental y el antagonismo entre las operaciones financieras y las operaciones de producción de plusvalía. El ciclo de acumulación —presuponiendo que el Estado no intervenga activamente— sugiere un equilibrio cambiante de poder entre el capital industrial y el capital bancario. Este equilibrio cambiante refleja el peso relativo de las mercancías frente a las expresiones de valor del dinero dentro del proceso de acumulación. En las primeras fases ascendentes, el capital industrial está en una posición de mando debido a que lo que cuenta son las mercancías. Durante las fases posteriores del punto culminante del ciclo, los intereses industriales y los intereses financieros se reúnen para promover la expansión de los valores mercancía sobre la base del crédito. En las crisis, el dinero lo es todo y los bancos parecen tener completamente en sus manos los destinos de los capitalistas industriales porque las mercancías excedentes no se pueden convertir en dinero. Pero los bancos pueden también caer a medida que la demanda de dinero de alta calidad (oro o dinero del banco central) excede con mucho a la oferta. En las profundidades de la crisis, el poder reside en aquellos que tienen dinero como último recurso.

El ciclo de acumulación viene modificado enormemente por causa de sucesos circunstanciales y de las intervenciones externas, particularmente por parte del gobierno. Sin embargo, los cambios en las pautas de unidad y antagonismo entre el capital en forma de mercancías y en forma de dinero no quedan eliminados. Simplemente toman nuevas configuraciones. Estos continúan formando la base para la cambiante relación de poder entre el capital industrial y el capital bancario. En otras palabras, los arreglos institucionales y organizativos, al lado de la acción de agentes económicos, deben verse como un producto de un proceso de acumulación que no puede seguir adelante más que a través de la oposición perpetua entre el dinero y las mercancías dentro de la unidad del capital como «valor en movimiento». El concepto de capital financiero en tanto unidad entre el capital industrial y el capital bancario resulta en principio inobjetable, siempre y cuando la unidad se vea como una unidad que incorpora en su seno la tensión, el antagonismo y la contradicción.

Esto deja abierta la pregunta referida a las formas específicas en que las contradicciones son interiorizadas dentro de determinadas estructuras organizativas. Consideremos, por ejemplo, una corporación vertical a gran escala. Muchas operaciones financieras se incorporan dentro de la empresa y se unen aparentemente a la producción dentro de un todo integrado. Sin embargo, esa apariencia de unidad resulta engañosa. Del mismo modo que

las grandes corporaciones se ven obligadas a incorporar los mecanismos de la competencia si quieren sobrevivir (véase el cap. V), también se ven obligadas a mantener la separación entre las finanzas y la producción. Esto abre la posibilidad de conflicto *dentro* de la corporación, conflicto que se relaciona directamente con el antagonismo previo entre el capital en forma de dinero o el capital en forma de mercancías. No obstante, la unificación del control proporciona a la empresa otras estrategias de supervivencia en tiempos de crisis o de expansión en tiempos de auge. Las maniobras financieras —como la absorción de una compañía por otra, las fusiones, las desinversiones, etc.— son tan importantes como el compromiso con las operaciones de producción. La lucha por la supervivencia entre las corporaciones toma así toda una nueva dimensión, pero el problema fundamental no se ve alterado por eso. Si todas las corporaciones trataran de sobrevivir con maniobras puramente financieras, sin incrementar o reestructurar la producción, al capitalismo no le quedaría mucho tiempo de vida. La forma aparente de la lucha cambia, lo mismo que la estructura institucional y organizativa, pero los elementos esenciales no.

El debate algo áspero sobre si los bancos controlan a las corporaciones o si las corporaciones controlan a los bancos, debe verse bajo una perspectiva similar.¹⁷ No está claro de ninguna manera en qué consiste realmente el control. Las definiciones formales (por ejemplo, cierto porcentaje de las acciones) rara vez captan prácticas que están en perpetuo cambio. Además, como el proceso de acumulación produce invariablemente fases en las que hay un exceso de mercancía y poco dinero y viceversa, tenemos que anticipar los cambios continuos en la relación de poder entre el capital bancario y el industrial. Desde este punto de vista, colocar a directores de las corporaciones en los consejos de administración de los bancos más importantes y nombrar a los presidentes de los bancos como directores de las corporaciones parece un intento fútil de establecer una unidad de organización ante un proceso plagado de contradicciones.

Estaríamos, no obstante, en un error si dejáramos aquí el asunto. Los cambiantes patrones de control de las corporaciones por parte de los bancos o de los bancos por parte las corporaciones tienen también que considerarse como parte de un proceso continuo de indagación de una forma de organización que acreciente la capacidad del capitalismo para sobrevivir frente a sus propias contradicciones internas. Exactamente del mismo modo que las perpetuas oscilaciones en los precios del mercado son fundamentales para el establecimiento del equilibrio de los valores, así las oscilaciones perpetuas en el equilibrio de control entre banqueros y corporaciones resultan esenciales para lograr esa relación equilibrada entre las finanzas y la producción de

¹⁷ Véase el intercambio entre Fitch y Opcheimer (1970) y Sweezy (1971).

plusvalía, que es la más adecuada en cada momento particular del proceso de acumulación. La «clase» que ocupa el centro estratégico, que une finanzas y producción, puede definirse en cada situación; pero seguramente seguirá siendo una configuración inestable en vista de las presiones contradictorias y los requerimientos que operan sobre ella.¹⁸

La concepción unitaria del capital financiero que presenta Hilferding debe juzgarse como algo demasiado unilateral y simplista, en tanto este autor no se ocupa de la manera específica en que la unificación del capital bancario y el capital industrial interioriza una contradicción insuperable. Lo mejor que puede hacer es afirmar en términos muy generales, y no específicos, que el capital financiero no puede superar las contradicciones del capitalismo, sino que meramente sirve para intensificarlas. Lo que deja sin explicar exactamente cómo y por qué sucede esto necesariamente.

8.3. El capital financiero y el Estado

A nivel del banco central, el capital financiero, cualquiera que sea su definición, se integra directamente como parte de los aparatos de Estado. El Estado influye por lo general en la circulación del capital que devenga interés y se relaciona con ella a través de un espectro mucho más amplio de actividades. El Estado fija la estructura legal e institucional, y a menudo diseña los canales altamente diferenciados a través de los cuales el capital que devenga interés circula entre diferentes actividades como la deuda al consumo, la financiación de la vivienda, el desarrollo industrial y cosas por el estilo. A menudo regula los flujos que van por diferentes canales, fijando las tasas de interés diferenciales o dirigiendo las ubicaciones de crédito. El grado de centralización o descentralización de la riqueza y el control monetario es igualmente sensible a las políticas fiscales del Estado y a los impuestos redistributivos, así como a las estrategias monetarias que influyen en la inflación. El propio Estado absorbe una parte del flujo de capital que devenga interés bajo la forma de la deuda estatal y en el proceso crea capital ficticio de cierto tipo (que se puede diferenciar aún más según la unidad o agencia gubernamental que está pidiendo prestado; la deuda del gobierno de Estados Unidos es cualitativamente diferente, por ejemplo, de la de la ciudad de Nueva York). En el centro de este intrincado sistema está el banco central, con todos sus poderes en relación con la calidad de la moneda nacional.

Una parte del aparato del Estado está completamente atrapado en el proceso de circulación del capital que devenga interés. Existe un aspecto, y

¹⁸ Simpatizo decididamente con la definición de capital financiero de Thompson (1977, p. 247) como «una combinación articulada de capital comercial, capital industrial y capital bancario» dentro de la cual el capital bancario es dominante pero no determinante.

solo *un* aspecto, del Estado que no se puede considerar siquiera *relativamente* autónomo respecto del capital, en tanto está construido necesariamente a imagen del movimiento del propio capital. Los administradores de este aspecto del aparato de Estado gestionan la circulación del capital a interés y funcionan como «el comité ejecutivo de la burguesía» sin importar cuál sea su afiliación política. Se establece así la necesaria unidad entre una parte del aparato estatal y los capitalistas en dinero, los industriales y los financieros que participan de modo similar en la circulación del capital a interés. Desde fuera parece como si una sección del Estado se confabulara directamente con los intereses industriales y financieros. Pasa así a primer plano una nueva definición del capital financiero; una definición en la que los tres intereses están unificados.¹⁹

Esta unidad contiene una contradicción, así como cierta potencia de transformación. Marx defiende que el sistema de crédito «requiere la interferencia del Estado» al mismo tiempo que socializa el capital y centraliza el control sobre el trabajo social. El capital socializado, puesto bajo regulación y control del Estado, es el producto inevitable del crecimiento del capitalismo. Por tanto, el sistema de crédito constituye «la forma de transición a un nuevo modo de producción» (*El capital*, vol. III, pp. 509-511).

Nuestra atención se centra inmediatamente en el antagonismo dentro de la unidad de la circulación global del capital a interés. Después de todo, el banco central tiene la poco envidiable tarea de disciplinar a los industriales y a los banqueros descarriados, de castigarlos por sus inevitables excesos en la carrera por la acumulación y la captación de los beneficios de la acumulación. Con frecuencia, particularmente en tiempos de crisis, entre el aparato estatal, que ejerce necesariamente estos poderes disciplinarios, y todas las demás facciones del capital surge un conflicto abierto. Este conflicto existe incluso en los Estados donde el poder político reside claramente en la burguesía. La capacidad de reglamentación y control del capital, si bien a favor de los intereses de la clase capitalista en general, descansa necesariamente en el aparato estatal. Parece así entonces que un movimiento de la clase trabajadora podría dominar al capital caso de lograr controlar el centro estratégico del aparato estatal. Inmediatamente, sin embargo, se vuelve evidente la cara opuesta de la moneda. En la medida en que una parte del aparato estatal es un puro reflejo del propio capital, incluso un gobierno socialista (como han descubierto muchos a su costa)

¹⁹ Hilferding suele incluir, en la práctica, al Estado en su teoría del capital financiero, en tanto la unidad del capital bancario y el capital industrial se logra dentro del Estado nación. Esta formulación plantea problemas ya que las finanzas internacionales tienen a veces una base nacional y otras supranacional, en sus formas de organización. La conexión entre las finanzas y el Estado tiene evidentemente una naturaleza muy compleja; véase De Brunhoff (1978) y Holloway y Picciotto (1978).

no puede hacer otra cosa que esforzarse por gestionar de forma más eficaz el flujo del capital que devenga interés siempre plagado de contradicciones. Por supuesto, unos ajustes aquí y allá en las estructuras institucionales y en la dirección y magnitud de los flujos puede traer beneficios a los trabajadores. Pero los límites a la redistribución están circunscritos estrictamente por la unidad necesaria que también prevalece dentro de la circulación del capital a interés. Solo la abolición total de esta forma de circulación permitirá que el Estado escape de una posición de colaboración con el capital. Al fallar esto, la lucha de clases se interioriza dentro del Estado, debido a la doble obligación de servir al flujo de capital a interés, al mismo tiempo que se esfuerza por satisfacer las necesidades de los trabajadores.

Sin que importen las circunstancias, el Estado nunca puede verse como un socio apromblemático del capital industrial y del capital bancario dentro de un bloque de poder dominante. Las contradicciones fundamentales que invaden la circulación del capital a interés se exteriorizan con frecuencia como una oposición entre el Estado (particularmente el banco central) y el capital industrial y bancario. El papel del Estado es, por eso, siempre enigmático y ambivalente. Incluso un Estado puramente capitalista, dirigido por y para la burguesía, no puede sortear las contradicciones.

Todo esto se vuelve incluso más problemático cuando se proyecta al escenario internacional. El banco central, en tanto guardián de la calidad de la moneda nacional, entra en relación con otros bancos centrales a fin de construir el núcleo del sistema monetario internacional, incluso cuando ese sistema está firmemente basado en una mercancía dinero como el oro. Las reservas de oro y la posición del Estado nación en el tipo de cambio internacional influyen materialmente en la capacidad del banco central para responder a las dificultades internas de la acumulación de capital dentro de sus fronteras. Sin embargo, el Estado asume también ciertos poderes a la hora de regular los flujos de capital, mercancías, dinero e incluso de forma variable a través de tarifas protectoras, los controles del tipo de cambio y las políticas de inmigración. Además, las relaciones entre los Estados ciertamente no se pueden discutir con independencia de la competencia económica, política, cultural y militar que existe entre ellos.

Lo que intrigó a Hilferding y a Lenin fue, evidentemente, la conexión entre el capital financiero, el Estado y las rivalidades interimperialistas. Hilferding centró la cuestión en la unidad entre el capital industrial y el capital bancario dentro de la estructura del poder estatal —las contradicciones internas desaparecen—. Los bloques de poder unificados, centrados en los Estados nación, luchan entre sí por la dominación mundial. Lenin toma la línea de Hilferding en el análisis de las potencias imperialistas centrales, pero también usa las ideas de Hobson, quien consideró las operaciones financieras como un medio independiente de controlar a los

gobiernos del mundo. El capital financiero, escribió Lenin, es una fuerza «decisiva» «en todo lo económico y en todas las relaciones internacionales, que es capaz de someter incluso a los Estados (y de hecho lo hace) disfrutando de la plena independencia política». Esto solo se produce si el flujo de capital a interés alcanza un nivel supranacional, muy por encima de las meras relaciones de poder entre los Estados. Los gobiernos contraen deudas fuera de sus fronteras y quedan así sometidos a cierta disciplina fiscal y monetaria, sin importar que esta sea ejercida por poderosos banqueros internacionales (como los Rothschild y los Baring en el siglo XIX, o consorcios de bancos privados y agencias supranacionales como el Fondo Monetario Internacional hoy en día). El comportamiento de las economías nacionales puede ser sometido igualmente a la disciplina de los flujos internacionales, particularmente del capital dinero. El capital financiero, asevera Lenin, es esa etapa en que el capital «echa sus redes sobre todos los países del mundo», por medio de la exportación de capital dinero más que de mercancías.

La enigmática cualidad de la relación entre el capital financiero y el Estado se convierte aquí en algo muy fácil de entender. Mientras que el aparato de Estado forma el núcleo estratégico de control para la circulación del capital a interés, este último es al mismo tiempo libre de circular de tal forma que subordine a su propósito a los Estados nación. El Estado controla y a la vez es controlado en su relación con la circulación de capital.²⁰ Depende de las circunstancias cuál llega a ser la fuerza dominante. Pero aquí, como en otros aspectos, los desequilibrios tienen que ser concebidos como continuas oscilaciones alrededor de un punto de equilibrio dinámico entre fuerzas contrapuestas. El equilibrio es esa configuración en la relación entre los poderes del Estado y el capital financiero, que puede mantener al sistema capitalista en su precario camino evolutivo. Cuando se pierde ese equilibrio, frente a las fuerzas increíblemente poderosas que lo alteran de forma continua, el sistema capitalista se ve empujado a una crisis global que necesariamente invoca el poder de otros Estados capitalistas que compiten en el terreno político, económico y militar. La guerra aparece entonces como un medio para resolver las contradicciones internas del capitalismo (véanse las pp. 556-564 de este libro).

Desafortunadamente, algunas preguntas vitales que nos vienen aquí a la mente están más allá del ámbito de estudio de este análisis: el punto central de la demostración es que la relación entre el capital financiero (en cualquier forma que se le conciba) y el Estado está fundada en una contradicción dentro de una unidad. Cualquier análisis del Estado y de las

²⁰ El estudio de Bujarin (1972a), *Imperialismo y economía mundial*, da mucha importancia a este punto y merece un cuidadoso estudio.

relaciones de poder entre los Estados debe entender la naturaleza y el origen de las contradicciones y hacer de este entendimiento el centro mismo de su discusión.

9. El «segundo corte» de la teoría de la crisis: la relación entre producción, dinero y finanzas

El «primer corte» de la teoría de las crisis (capítulo VII) nos reveló su origen dentro de la producción. Dada la contradictoria unidad que prevalece necesariamente entre la producción y el intercambio, inevitablemente las crisis encuentran su expresión en el intercambio. El capital puede aparecer aquí como mercancías o como dinero. Dado que el dinero es la forma independiente por medio de la cual «se puede establecer en cualquier momento» la identidad del valor (*El capital*, vol. I, p. 213), se deduce que las crisis deben tener una expresión monetaria. El análisis del crédito y de la circulación del capital a interés, así como de la formación de capitales ficticios y de todas las demás complicaciones financieras y monetarias que han sido el tema de los dos últimos capítulos añaden una dimensión completamente nueva a la teoría de la formación de las crisis y su expresión bajo el capitalismo. Estamos ahora en posición de lograr un «segundo corte» de la teoría de las crisis, que se esfuerce por integrar los aspectos financieros y monetarios con el análisis previo de las fuerzas que provocan el desequilibrio en la producción.

Por el momento, vamos a restringir nuestra atención al capitalismo en un solo país o, lo que es lo mismo, dentro de una economía capitalista mundial que se caracteriza por un solo sistema monetario indiferenciado. El hecho más singular que vamos a tener que tratar es la manera en la que el sistema de crédito reúne el capital en tanto capital común de la clase, con la potencialidad de contrarrestar aquellas conductas descarriadas de los capitalistas individuales que son la principal fuente de desequilibrio en la producción. A esto podemos añadir todos aquellos poderes vitales que permiten la coordinación de la producción con la realización y el consumo y la distribución. Aparentemente el sistema de crédito tiene suficiente poder como para contrarrestar la tendencia al desequilibrio en la producción. Este poder no se puede aplicar directamente, sino que se debe transmitir a través de los precios y de otras señales en la esfera del intercambio.

La existencia de esos poderes no garantiza que estos vayan a ser empleados. De hecho, en los primeros años del capitalismo la apropiación privada de los beneficios que se iban a obtener del uso del capital común de la clase era tan dominante que el sistema de crédito fue el lugar de crisis especulativas relativamente independientes del desequilibrio en la producción.

Esas crisis especulativas tienen efectos considerables; pueden ejercer presión sobre la producción de plusvalía y alterar el curso de la acumulación. Parece así como si el único origen de las crisis estuviera en las manipulaciones financieras. Marx rechaza esta interpretación con buenas razones. Sin embargo, el «segundo corte» a la teoría de las crisis siempre debe dar margen a explosiones especulativas relativamente autónomas en el capital fijo y en la formación del fondo de consumo, en las ventas de suelo, en los precios de mercancías y en los mercados de futuros (incluyendo los de las mercancías dinero como el oro y la plata) y en los activos en papel de todo tipo. Esas fiebres especulativas no se tienen que interpretar necesariamente como manifestaciones directas de los desequilibrios en la producción; pueden ocurrir y de hecho ocurren por su cuenta. Marx demuestra, sin embargo, que estas son la espuma superficial que proviene de las corrientes mucho más profundas que provocan el desequilibrio. Muestra también que la sobreacumulación genera las condiciones propicias para esas fiebres especulativas, de tal modo que la concatenación de estas últimas señala de forma casi invariable la existencia de la primera. La dificultad está aquí en separar la simple espuma superficial de la especulación perpetua que proviene de ritmos más hondos de formación de las crisis en la producción.

El análisis del ciclo de acumulación sienta las bases de una perspectiva más integrada de la relación entre los fenómenos financieros y la dinámica de la producción. Esta nos muestra cómo las contradicciones inherentes a la producción se manifiestan en el intercambio en tanto oposición entre la forma dinero del valor y la forma mercancía del valor, que luego se convierte, por la vía del sistema de crédito, en franco antagonismo entre el sistema financiero y su base monetaria. Este antagonismo forma luego la roca sobre la que finalmente se estrella la acumulación. El análisis parece describir un ciclo de acumulación que opera sin una actividad especulativa externa. Pero este no es el caso. La formación del capital ficticio resulta esencial en toda la dinámica, y solo se puede determinar cuánto o qué parte de este es externo después de que la crisis haya hecho su trabajo de racionalización. La superficie especulativa es, a su modo, tan esencial para la dinámica de la acumulación como los movimientos de precios lo son para la formación de los valores.

Todo esto dirige la atención sobre el defecto más importante en la idea del ciclo de acumulación —un defecto que llevó a Marx a enterrar esta noción en un conjunto de formulaciones tan tentativas y fragmentarias que quizá se me acuse justamente de atribuirle una idea que efectivamente no tuvo—. Me refiero a la *ahistórica* manera en que se especifica el ciclo. Los ciclos se parecen entre sí (véase el epígrafe relativo en este capítulo) y parecen así devolver al sistema capitalista a su *statu quo ante* después de que la crisis haya seguido su curso. Esto apenas encaja en el interés de

Marx por las leyes de movimiento que gobiernan la evolución histórica del capitalismo, a menos que estemos preparados para ver cómo se cumplen estas últimas durante el curso de los sucesivos ciclos de acumulación. En ese caso, nuestra interpretación de cómo funciona el ciclo de acumulación se debe ajustar de forma acorde.

Desde el punto de vista de la evolución a largo plazo del capitalismo, el ciclo de acumulación opera entonces como el medio por el cual se logran procesos mucho más profundos de transformación social. Estos procesos deben mitigar, al menos temporalmente, la tensión subyacente entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales para que pueda sobrevivir el capitalismo. No obstante, caso de que las relaciones básicas de clase sigan inalteradas, las contradicciones se ven simplemente desplazadas, regenerándose en un plano diferente. El ciclo de acumulación proporciona el «espacio abierto» dentro del cual las fuerzas productivas y las relaciones sociales pueden ajustarse entre sí. La actividad especulativa asociada a la oscilación ascendente permite la experimentación individualizada y privada con nuevos productos, nuevas tecnologías (incluidas nuevas formas de organización), nuevas infraestructuras físicas y sociales, incluso nuevas culturas, configuraciones de clase y formas de organización y lucha de clases. El fermento atomístico de experimentación crea muchas cosas superfluas y efímeras, pero al mismo tiempo sienta las bases materiales para las fases posteriores de la acumulación. Marx ignoró este aspecto de la especulación. La bancarrota racionaliza y reestructura la producción a fin de eliminar los elementos extraños —tanto los nuevos como los viejos—. Disciplina también todas las otras dimensiones de la vida social a los requerimientos de la *clase* capitalista y prende así la chispa de algún tipo de respuesta organizada o espontánea, no solo por parte del trabajo (lo que va de suyo) sino también de diversas fracciones de la burguesía afectadas por la crisis. Este es el tiempo de la *imposición de las innovaciones de clase*, más que de las respuestas individuales, innovaciones respaldadas si es necesario por la represión. El New Deal de Roosevelt encaja exactamente dentro de esta interpretación. El efecto neto debe devolver a las fuerzas productivas y a las relaciones sociales a una posición de equilibrio desde la cual se pueda emprender de nuevo el proceso de acumulación.

Marx describe un proceso análogo en su representación esquemática del modo en que un modo de producción se transforma en otro:

Ningún orden social ha sido destruido alguna vez antes de que se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas de las que es capaz y las nuevas relaciones superiores de producción nunca reemplazan a las antiguas antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado dentro de la estructura de la antigua sociedad. La

humanidad se fija así únicamente aquellas tareas que es capaz de resolver, puesto que un examen más detallado siempre mostrará que el problema mismo solo surge cuando las condiciones materiales para su solución ya están presentes o por lo menos en vías de formarse (*Crítica de la economía política*, p. 21).

La capacidad para transformarse desde dentro convierte al capitalismo en una bestia algo peculiar —una bestia camaleónica que cambia perpetuamente de color, semejante a una serpiente porque se desprende periódicamente de su piel—. El estudio de la circulación del capital a interés arroja luz sobre los medios materiales concretos sobre los que se forjan esas transformaciones internas. Vemos que la circulación del capital en general debe asumir necesariamente, en determinado momento, un nuevo aspecto: el de la circulación de capital a interés. Esta es la crisálida de la cual surge el capital financiero como una fuerza de control organizada, repleta de contradicciones internas y caracterizada por la inestabilidad crónica. Esta emergencia no es un fenómeno abstracto, antes bien comprende la creación de nuevos instrumentos e instituciones, nuevas fracciones de clase, configuraciones y alianzas, y nuevos canales para la circulación del capital. Todo ello es parte de la necesaria evolución del capitalismo.

Pero, si el poder del sistema de crédito se ha de movilizar como una fuerza que contrarreste el desequilibrio en la producción, también se debe convertir en un claro instrumento del poder de clase, no en el sentido de que caiga en las manos de esta o aquella fracción capitalista, sino en el sentido de que debe esgrimirse de tal forma que asegure la reproducción del capital por medio de la acumulación. El Estado se echa a costas entonces la carga de asegurar la reproducción del capital por medio de políticas fiscales y monetarias ejecutadas por el banco central y por otras ramas del aparato de Estado. La ventaja a la hora de invocar a otras ramas del aparato de Estado, en vez de depender únicamente del banco central para defender la calidad del dinero nacional, es que estas tienen la capacidad para responder al desequilibrio en la producción, estructurando como contrapeso una amplia gama de señales de mercado y de fuerzas dentro del sistema de crédito. Ya vimos en un anterior epígrafe de este capítulo como la forma en que esto puede transformar la expresión inmediata de las crisis, que se desplaza de la devaluación de las mercancías a la devaluación del dinero. El «segundo corte» de la teoría de las crisis debe comprender activamente esta posibilidad.

No obstante, aunque el blanco de la política estatal puede ser del todo claro, los medios para lograrlo son de una calidad muy diferente. La inflación no consigue la reestructuración requerida en la producción, al tiempo que desvía de un modo importante el resultado del ciclo de acumulación,

que a la larga tienen pocas probabilidades de compensar el desequilibrio en la producción. El objetivo de la política estatal tiene que ser entonces organizar la reestructuración, organizar lo que se espera será una crisis *controlada*. Esa estrategia se enfrenta a dos barreras. Primero, la lucha de clases (no solo entre el capital y el trabajo sino también entre las diversas facciones del capital industrial, comercial, bancario, etc.) es interiorizada dentro del aparato estatal con toda clase de efectos impredecibles. Segundo, la experiencia sugiere que el grado de control es inversamente proporcional al éxito de la empresa. La innovación y la reestructuración burocratizadas constituyen un proceso menos vigoroso y menos viable a la hora de desarrollar nuevas formas de capitalismo, que la versión de «mercado libre» (delineada en este capítulo). Su única virtud, como es natural, es que permite que se controlen los peores aspectos de la bancarrota.

Existe un considerable debate dentro de los círculos marxistas acerca de si las crisis se deben destacar como problemas cíclicos temporales, que culminan quizá en el desenlace final de la catástrofe capitalista, o en cadencias seculares de largo recorrido caracterizadas por la degeneración gradual y el debilitamiento frente a las crecientes contradicciones internas. El «segundo corte» de la teoría de las crisis establece una diferencia entre las bancarrotas periódicas, que son siempre el catalizador de la transformación interna del capitalismo (y quizá, finalmente, de la transición al socialismo) y los problemas a largo plazo que surgen con la irreversible transformación de las configuraciones en la circulación del capital, la formación de clases, las fuerzas productivas, las instituciones, etc. Estas últimas, tal y como Marx observó, vienen fuertemente influidas por la creciente socialización del capital, primero por la vía del sistema de crédito y finalmente a través de las intervenciones socialmente necesarias de parte del Estado. Esto también transforma el carácter de las bancarrotas periódicas. En lugar de ser el efecto social agregado de un proceso individualizado y esencialmente atómico, se convierten desde el principio en un problema social. El Estado, a través de sus políticas, llega a ser responsable de crear lo que espera será una «recesión controlada» que tendrá el efecto a largo plazo de volver a echar a andar la acumulación.

Las opciones para la transformación interna del capitalismo se vuelven cada vez más limitadas, cada vez más confinadas a las innovaciones dentro del propio aparato estatal. Una vez se ha alcanzado el límite de la capacidad del Estado para gestionar de forma creativa la economía, el empleo crecientemente autoritario del poder del Estado —tanto sobre el capital como sobre el trabajo, si bien los efectos sobre este último son mucho más devastadores— parece ser la única respuesta. Las crisis comprenden la estructura legal, institucional y política de la sociedad capitalista, y su solución depende cada vez más del despliegue del poder

militar y represivo. Toda la problemática de la transformación del capitalismo, ya sea por medios evolutivos o revolucionarios, se ve así completamente alterada. Los problemas y perspectivas para la transición al socialismo cambian de forma radical.

Estos cambios toman un significado todavía más extremo cuando desechamos el supuesto de un sistema cerrado y consideramos la dimensión internacional de la formación de las crisis. El poder disciplinario del «dinero mundial» —en cualquier forma que esté constituido— y las complejas relaciones entre los diferentes sistemas monetarios se convierten en el trasfondo de la movilidad del capital y del trabajo en el escenario mundial. Las crisis se desenmarañan a medida que los Estados rivales, que presentan diferentes sistemas monetarios, compiten entre sí para ver quién asume la carga de la devaluación. La lucha para exportar la inflación, el desempleo, la capacidad productiva ociosa, las mercancías excedentes, etc., se convierte en el pivote de la política nacional. Los costes de la crisis se difunden de forma diferencial según el poder financiero, económico, político y militar de los Estados rivales. La guerra, tal y como insiste Lenin, se convierte en una de las soluciones potenciales a la crisis capitalista (un medio espléndido e inmediato de devaluación por medio de la destrucción). El imperialismo y el neocolonialismo, así como la dominación financiera, se convierten en el problema central en la economía global del capitalismo. En el capítulo XIII nos vamos a ocupar de estas materias.

XI LA TEORÍA DE LA RENTA

LA RENTA, justo es decirlo, preocupó profundamente a Marx. Este trató de hacer un «análisis científico de la renta del suelo», de la «forma económica específica, autónoma, de la propiedad de la tierra sobre la base del modo capitalista de producción» en toda su «pureza, libre de todos los aditamentos que la falsean y desfiguran» (*El capital*, vol. III, p. 718). Sus escritos sobre este tema, todos los cuales fueron publicados póstumamente, son en su mayor parte, no obstante, pensamientos tentativos anotados en el propio proceso de descubrimiento. En tanto tales, parecen con frecuencia contradictorios. Las formulaciones contenidas en su libro temprano, *Teorías sobre la plusvalía*, difieren considerablemente de los pocos pasajes bien pulidos de *El capital*, mientras que su análisis en esta última obra, si bien extenso y a menudo penetrante, está plagado de dificultades que no ceden fácilmente a su usual toque mágico. El resultado es una buena dosis de confusión y una inmensa y continua controversia entre las pocas almas valerosas que han tratado de tomar su camino a través del campo de minas de sus escritos sobre la cuestión.¹

La renta, en última instancia, es solo un pago hecho a los terratenientes por el derecho a usar la tierra y sus accesorios (los recursos incorporados en su seno, los edificios instalados sobre esta, etc.). La tierra, concebida en este amplio sentido, tiene evidentemente un valor de uso y un valor de cambio. ¿Puede tener también entonces un valor? Si es así, ¿cómo se puede reconciliar la existencia de ese valor con las teorías del valor que descansan en el tiempo de trabajo incorporado (como en Ricardo) o, en el caso de Marx, en el tiempo de trabajo socialmente necesario?

¹ La obra de Lenin (ed. 1956), *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, y la de Kautsky (ed. 1970), *La cuestión agraria* (véase también el resumen en inglés de Banaji, 1976), son los dos clásicos posteriores a Marx. Otros estudios más recientes, que tienen interés, son Rey (1975), Postel-Vinay (1974) y Tribe (1977; 1978); todos ellos toman una línea muy crítica en contra de lo que ellos consideran como los errores más graves de Marx. Ball (1977) y Fine (1979) se acercan mucho más a la intención original de Marx. Edel (1976) revisa de forma útil los recientes intentos por encontrar aplicaciones urbanas a los conceptos de Marx, pero no se ocupa de las contribuciones de los franceses sobre esa cuestión; véase Lipietz (1974), Topalov (1974) y Dichervois y Theret (1979). Una buena historia de las teorías burguesas de la renta puede encontrarse en Keiper *et al.* (1961).

Las mejoras de la tierra son, por supuesto, el resultado del trabajo humano. Las viviendas, las tiendas, las fábricas, los caminos, etc., pueden ser producidos como mercancías y por tanto se les puede tratar como valores en el curso de la circulación a través del entorno construido (véase el capítulo VIII). Un componente de la renta se puede tratar así como un caso especial de interés sobre el capital fijo o el fondo de consumo. La parte de la renta que plantea el problema es el puro pago de la tierra sola, independiente de las mejoras que haya en ella. A este componente lo llama Marx *renta de la tierra*. En lo que sigue, vamos a tratar, a menos que se especifique otra cosa, la renta de la tierra como renta, y asumiremos que el interés sobre las mejoras se debe considerar de otro modo.

Marx insiste, por supuesto, en que los pagos de renta no se hacen a la tierra y que la renta no crece en el suelo. Los pagos de este tipo se hacen a los terratenientes y sería imposible hacerlos sin un intercambio general de mercancías, la plena monetización de la economía y todos los aditamentos legales y jurídicos de la propiedad privada de la tierra. Sin embargo, es igualmente consciente de que esta base legal no decide nada y que la explicación cabal de la renta tiene que volver compatible el pago hecho ostensiblemente por la tierra con una teoría del valor centrada en el trabajo.

En la búsqueda de respuestas a esta pregunta, Marx pudo ver con bastante claridad en qué se había equivocado Ricardo. No pudo averiguar la forma de superar esa misma dificultad. Marx sentía un fuerte prejuicio a la hora de incluir los hechos de la distribución en el corazón de su teoría, al mismo tiempo estaba muy inclinado a tratar la renta como una pura relación de distribución y no de producción. Sin embargo, las relaciones de distribución, como demuestra ampliamente el caso del interés, pueden desempeñar un papel estratégico de coordinación dentro del modo de producción capitalista. La circulación del capital que devenga interés no produce valor directamente, aun cuando ayuda a coordinar la producción de plusvalor (obviamente con todas sus contradicciones). ¿Es así posible que la circulación del capital en busca de la renta desempeñe un papel análogo de coordinación? Más adelante voy a tratar de mostrar que en los escritos de Marx, si bien profundamente enterrada, hay una respuesta positiva a esta pregunta. Esta consiste en la «apropiada» circulación del capital a través del uso de la tierra y por tanto todo el proceso de diseño de una organización espacial «apropiada» de las actividades (repleta de contradicciones) está ligada al funcionamiento de los mercados de tierra, que a su vez descansan sobre la capacidad para apropiarse de la renta. Al igual que el capital que devenga interés, la apropiación de la renta desempeña papeles positivos y negativos en relación con la acumulación. Sus funciones de coordinación se realizan a costa de permitir formas absurdas de especulación de la tierra. Sin embargo, ese argumento es apenas discernible en los

textos de Marx. Marx parece extraordinariamente renuente a admitir que el terrateniente tenga algún papel positivo en el capitalismo.

Sus dudas a este respecto se pueden atribuir en parte a su perpetuo combate con la economía política clásica. Los ricardianos describen a los terratenientes como parásitos, como remanentes inútiles y superfluos de la época feudal. Malthus les dio un papel más positivo, como consumidores y por tanto como fuente de demanda efectiva. ¿Dónde se podía ubicar Marx en todo esto? Obviamente no quería ponerse del lado de Malthus. ¿Podía distanciarse de Ricardo sin parecer que apoyaba a Malthus? Por eso se puso abiertamente del lado de Ricardo. Pero esto presentaba sus problemas. De una parte, no podía tratar al terrateniente como un agente puramente pasivo y parasitario, que se apropia del plusvalor sin hacer nada a cambio, y de otra parte proporcionar una base teórica para la continua apropiación de la renta bajo el capitalismo y para la reproducción social de una clase distintiva de propietarios de tierra. Cuando Marx considera la propiedad de la tierra bajo este último aspecto, es difícil evitar la conclusión de que la renta conlleva algo más que una simple relación de distribución y que en su interior o detrás de ella existe algún tipo de relación de producción.

Marx sabía perfectamente, como es natural, que la propiedad de la tierra había desempeñado inicialmente un papel vital en esa «distribución que determina la producción» y que separaba al trabajo de los medios de producción en la tierra. También le rondaba, no obstante, la sospecha de que «la propiedad de la tierra se distingue de los restantes tipos de propiedad en que, al llegar a una determinada fase de desarrollo, aparece como una forma superflua y nociva, inclusive desde el punto de vista del modo capitalista de producción» (*El capital*, vol. III, p. 716). Detrás del ambiguo verbo «aparece» está la idea más afirmativa de que podría serlo realmente y esta opinión cobra fuerza a medida que Marx va construyendo su argumento. Si la relación de clase dominante es la que existe entre el capital y el trabajo, «las circunstancias bajo las cuales el capitalista tiene que compartir a su vez una parte del [...] plusvalor que ha capturado con una tercera persona que no trabaja, son solo de importancia secundaria» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, p. 152). En caso de que eso no sea suficientemente explícito, habla posteriormente de que la «reducción de la propiedad de la tierra *ad absurdum*» y la total separación entre el terrateniente y el control sobre la tierra «son los grandes méritos del modo capitalista de producción» (*El capital*, vol. III, p. 710).

Podríamos querer saber, por supuesto, qué es lo que compele al capital a compartir sus ganancias con un grupo social tan reducido. Pero luego leemos en la misma página algo más disruptivo, que la renta del suelo es la «forma en que aquí se realiza [...] se valoriza la propiedad de la tierra» y, lo que es aún más sorprendente, que «los obreros asalariados, los capitalistas y los

terratenedores, forman las tres grandes clases de la sociedad moderna». Este último pensamiento está expuesto en el capítulo LII, «Clases», que Engels colocó al final de *El capital*. Parece sumamente extraño que nos diga, al final de una obra que ha construido una interpretación de la dinámica del capitalismo sobre la base de la relación de clase entre el capital y el trabajo, que en realidad las tres grandes clases constituyen la «sociedad moderna».

¿En qué sentido puede así la propiedad de tierra «producir valor», cuando la propia tierra, por definición, no es una fuente de valor? Y ¿cuál es la posición exacta de clase de los terratenientes dentro de un modo de producción capitalista despojado de todos sus «detalles poco importantes que deforman y ofuscan»? ¿Es que la renta pone a los terratenientes en contra de los capitalistas, en contra de los trabajadores o de ambos? En definitiva, ¿conlleva la apropiación de la renta la explotación de quién y por quién?²

Las respuestas a estas preguntas son tanto más difíciles de localizar porque en el mundo de las apariencias parece como si los diversos factores de producción —la tierra, los trabajadores y el capital— estuvieran dotados de poderes mágicos que los convierten en la fuente de valor. Marx, como podría esperarse, muestra gran habilidad e ironía al considerar estas ideas fetichistas (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. III, pp. 403-478; *El capital*, vol. III, cap. XLVII, pp. 927 y ss). También concede, sin embargo, que es «natural» que los productores «se sientan plenamente a gusto, como en su casa, dentro de estas formas enajenadas e irracionales de capital-interés, tierra-renta del suelo, trabajo-salarios, pues son precisamente las formas de la apariencia en que ellos se mueven y con la que conviven diariamente». Los productores individuales se pueden dar el lujo de preocuparse únicamente de que su ganancia sobrepase lo que pagan en salarios, interés, renta y capital constante (*El capital*, vol. III, pp. 945-950). La renta que pagan es suficientemente real y su respuesta, a lo que de hecho puede ser una clasificación fetichista, tiene efectos suficientemente reales a tomar en consideración. Armados con la teoría del valor, es fácil despojarse de los necesarios fetichismos que cercan la experiencia cotidiana, pero la cuestión no termina aquí. El desafío teórico consiste en definir una teoría coherente de la renta de la tierra dentro de la estructura de la propia teoría del valor. Esta es la tarea inmediata que nos traemos entre manos.

Voy a ocuparme del problema por etapas. Empezaré con el valor de uso de la tierra. Podría pensarse que este es un punto de partida bastante incongruente, si bien no plantea peligro alguno cuando se entiende bien que las cualidades materiales solo están aquí a examen en su aspecto social. Voy a examinar luego el papel de la propiedad de la tierra en la historia del

² Rey (1973, p. 24) plantea el problema de igual modo.

capitalismo, a fin de tratar de identificar la forma verdaderamente capitalista de dicha propiedad. Los dos primeros epígrafes del capítulo sientan la base y los antecedentes necesarios para analizar las formas de la renta, el papel contradictorio de la propiedad inmobiliaria bajo el modo de producción capitalista y las consecuentes luchas distributivas que surgen entre el capitalista y el terrateniente. En el último epígrafe consideramos la propiedad territorial como una forma de «capital ficticio» que opera en los mercados de tierras; sobre esta base, vamos a tratar de dar plena justificación a la existencia de la renta de la tierra en virtud de las funciones de coordinación que realiza asignando la tierra a sus usos y dando forma a la organización geográfica en formas que reflejen la competencia y estén dispuestas para la acumulación. Estos papeles positivos de la propiedad inmobiliaria tienen también consecuencias negativas. No obstante, la base social de los propietarios de tierras en tanto fracción del capital puede ser así definida.

1. El valor de uso de la tierra

La tierra, al lado del trabajador, constituyen «los dos manantiales de toda riqueza» (*El capital*, vol. I, p. 585). En su estadio virginal, la tierra es «el objeto general sobre el que versa el trabajo humano», la «condición original» de toda producción, y la depositaria de una variedad aparentemente infinita de valores de uso potenciales «que la naturaleza brinda al hombre» (*El capital*, vol. I, p. 240; *Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, pp. 42-43). Ese concepto tan universal solo es útil, sin embargo, en la medida en que indica las circunstancias que el capital debe enfrentar o modificar. El valor de uso de la tierra y sus accesorios tiene que considerarse en relación con el modo de producción capitalista.

Los individuos privados, bajo las leyes de la propiedad privada, pueden adquirir poderes de monopolio. Esto «presupone el monopolio de ciertas personas sobre determinadas porciones del planeta, sobre las cuales pueden disponer como esferas exclusivas de su arbitrio privado» (*El capital*, vol. III, p. 708). Puesto que la tierra es monopolizable y enajenable, se puede alquilar o vender como mercancía. Bajo ciertas circunstancias, los derechos de propiedad privada son difíciles de establecer, como es el caso por ejemplo en lo que se refiere al aire, el agua en movimiento y los peces que nadan en ella. No vamos a considerar aquí ese tipo de problemas.

La propia tierra es, asimismo, un bien no reproducible. Por contraste, algunos (pero no todos) valores de uso en ella incorporados no solo son reproducibles, sino que pueden ser creados a través de la producción de mercancías (fábricas, diques, viviendas, tiendas, etc.). La cantidad de tierras

adecuadas para ciertos tipos de actividad humana puede venir alterada por la creación de valores de uso en el entorno construido. Sin embargo, la cantidad total de tierra sobre la superficie del globo no puede ser incrementada o disminuida de forma significativa por la acción de los seres humanos (si bien la tierra robada al mar puede ser importante a nivel local).

Cuando empujamos más allá estas cuestiones tan generales, nos enfrentamos a multitud de distinciones sutiles como, por ejemplo, entre valores de uso completamente «naturales» y valores de uso creados por la acción humana, o entre el uso activo de la tierra para la producción y extracción, y la tierra que se usa simplemente como espacio (*El capital*, vol. III, pp. 879-880). Marx argumenta que la propiedad de la tierra «demanda su tributo» en todos esos sentidos, pero como tenemos que comenzar por algún sitio, vamos a empezar con la última de estas distinciones.

2. La tierra en tanto base para la reproducción y la extracción

Los valores de uso contenidos en la tierra pueden ser extraídos (como los minerales), movilizados para la producción como «fuerzas de la naturaleza» (por ejemplo, la energía del viento y del agua) o usarse como base para la reproducción continuada (como en la agricultura y en la ingeniería forestal). En los primeros dos casos podemos clasificar los valores de uso como *condiciones* o *elementos* de la producción. La agricultura es algo especial. La tierra no solo proporciona aquí una reserva de sustancias nutritivas que han de convertirse en alimentos y en diversas materias primas por la acción del crecimiento de las plantas y la reproducción de los animales, sino que también funciona como un *instrumento* o como *medio de producción*. El proceso de producción está parcialmente incorporado dentro de la propia tierra.³

³La terminología de Marx no es siempre la misma. Se refiere a la tierra de distintas formas: como una condición para la producción, una precondition para la producción, un elemento de producción, un elemento dentro del cual se lleva a cabo la producción, un elemento de la producción (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, pp. 32, 37, 42, 221; *El capital*, vol. III, p. 879). Lo que tiene en mente al hacer estas distinciones está bien ejemplificado en el siguiente pasaje: «La renta agrícola propiamente dicha [...] es lo que se paga por el permiso de invertir capital [...] en el elemento tierra. La tierra es, aquí, el elemento de producción». Como tal, se le puede considerar como una forma de capital constante (ya sea fijo o circulante). «Las fuerzas naturales por las que aquí se paga», en el caso de la renta, de edificios, presas, etc... entran en la producción como condición, ya sea como fuerza productiva, ya como *sine qua non*, con lo cual Marx evidentemente quiere decir un espacio puro y simple «pero no constituyen el elemento de esta misma esfera determinada de producción. Y asimismo en la renta que se paga por las minas, los yacimientos de carbón, etc., la tierra es el depósito de los valores de uso arrancados de sus entrañas. Aquí se paga por la tierra, no porque sea el *elemento* en el que deba producirse, como ocurre con la agricultura, ni porque *entre en* la producción como una de sus condiciones, como ocurre con los saltos de agua o con los solares para construir, sino porque contiene los valores de uso depositados en ella y de los que hay que apoderarse mediante la laboriosidad» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, pp. 220-221).

Esta condición material no es la base para la apropiación de la renta. Gran parte del análisis de Marx sobre la renta agrícola se dedica a atacar ese concepto tan erróneo y a explicar cómo pudo surgir. La distinción entre los medios de producción *producidos* y *no producidos* constituye una base válida para hacer una distinción entre las ganancias sobre el capital (consideradas como medio de producción producido) y la renta de la tierra (considerada como medio de producción no producido). Marx argumenta que esta es una de las ilusiones más omnipresente dentro de la economía política burguesa (*El capital*, vol. III, pp. 937-938). Esto implica que «las rentas crecen en el suelo» y que la tierra tiene valor aunque no sea producto del trabajo humano —presupuesto que no concuerda con la teoría del valor de Ricardo ni tampoco con la de Marx—. Veamos cómo pudo surgir esta ilusión. Nosotros atribuimos significado social directamente a las distinciones puramente de valor de uso. Marx argumenta, en cambio, que el rasgo distintivo de la propiedad de la tierra bajo el capitalismo es la total separación entre la «tierra como condición de trabajo de la propiedad de la tierra y del terrateniente» (p. 711). Solo el capital domina sobre los medios de producción, con independencia de si estos medios están incorporados a la tierra o a la fábrica. Por supuesto, esto presupone que las formas intermedias de propiedad de la tierra (como la propiedad campesina) han dado paso a un modo de producción puramente capitalista de la tierra (véase el siguiente epígrafe de este capítulo).

Los valores de uso de y sobre la tierra son «dones gratuitos de la Naturaleza» y altamente variables en cuanto a su cantidad y calidad. La productividad física de la fuerza de trabajo varía, por tanto, según las circunstancias naturales, que son monopolizables y no reproducibles. El plusvalor relativo (las ganancias extraordinarias) se puede acumular en manos de los capitalistas que tienen acceso a valores de uso de calidad superior —recursos minerales fáciles de extraer, poderosas «fuerzas de la naturaleza» o tierra de fertilidad natural superior—. Sin embargo, el plusvalor relativo es un elemento permanente, en comparación con el caso normal en el que solo se logra de forma pasajera por medio de ventajas tecnológicas efímeras (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, p. 93). Esta distinción es importante a la hora de entender la base de la renta.

El ejemplo que Marx propone resulta instructivo. Un capitalista usa un salto de agua (que no es un producto del trabajo humano), mientras que otro emplea carbón (producto del trabajo humano) para mover su maquinaria. Cualquier capitalista puede ir al mercado y comprar carbón y maquinaria, pero el salto de agua es «una fuerza natural monopolizable que [...] solo se haya a disposición de quienes pueden disponer de determinadas porciones del planeta y de sus pertenencias». Es más, los fabricantes que son dueños de saltos de agua «excluyen a los que no los poseen del

empleo de esta fuerza natural, porque el suelo, y más aún el suelo dotado de saltos de agua, es limitado (*El capital*, vol. III, p. 741). Estos fabricantes están destinados a recibir ganancias extraordinarias a perpetuidad en virtud de las ventajas naturales de que disfrutaban. Los dueños de tierras se pueden apropiarse de estas ganancias extraordinarias y convertirlas en rentas de la tierra sin que disminuya de ningún modo la ganancia media.

Lo que fija el nivel de la ganancia extraordinaria (y, por implicación, de la renta) es la diferencia entre la productividad individual y la productividad media, así como el precio de producción que prevalece dentro de la industria. Conviene insistir en que la fuerza natural «no es la fuente del plusvalor, sino su base natural» y que las ganancias extraordinarias existirían incluso sin su conversión en rentas de la tierra. La circulación de capital, más que la propiedad de tierras, es el factor activo en este proceso. Si el precio promedio de la producción cayera, no obstante, por debajo del que se puede lograr incluso con la ayuda de los «dones gratuitos» de la naturaleza, estos últimos resultarían inútiles (de la misma forma que las máquinas de vapor eliminaron la rueda hidráulica). La «permanencia» de las ganancias extraordinarias se debe juzgar así en relación con los procesos generales de cambio tecnológico.

Esto nos lleva a la cuestión general de la modificación de las «fuerzas naturales» por la acción humana. Es posible modificar el suelo de modos muy relevantes para la productividad agrícola. Esta forma de cambio tecnológico del suelo como medio de producción tiene algunas características muy peculiares. Por lo general, solo se puede lograr de forma lenta — hecho que, en opinión de Marx, explica por lo menos en parte el ritmo relativamente lento de cambio tecnológico en la agricultura, en comparación con la industria (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, pp. 92-96)—. Sin embargo, el capital «puede ser fijado en la tierra, puede ser incorporado a ella, en parte de una manera más bien transitoria, por ejemplo, las mejoras de naturaleza química, el abono, etc., y en parte de forma permanente como en el caso de canales de drenaje, instalaciones de riego, nivelaciones, edificios administrativos, etc.» (*El capital*, vol. III, p. 712). A este capital se le llama *capital tierra*, una forma particular de capital fijo que circula y que supuestamente se usa de una forma normal (véase el capítulo VIII). Este capital fijo debe producir al menos intereses.

Consideremos ahora las implicaciones de las inversiones en la fertilidad de la tierra. La fertilidad, debemos mencionar desde el principio, «implica, por ello, económicamente, siempre una relación —una relación con el nivel de desarrollo alcanzado por la agricultura en los aspectos químico y mecánico— y por consiguiente, se modifica con ese nivel de desarrollo». La fertilidad puede mejorar «en virtud de un mejoramiento artificialmente producido por la composición del suelo o por mera modificación

en los métodos agrícolas» (*El capital*, vol. III, p. 747). Consideremos la primera de estas posibilidades. Hay dos peculiaridades que resaltan inmediatamente. Las inversiones sucesivas tienen la capacidad de superponerse entre sí y de generar mejoras permanentes. En contraste, las inversiones sucesivas en maquinaria no tienen ese efecto. De hecho, las revoluciones tecnológicas en la industria a menudo traen consigo la devaluación de los viejos equipos. Las mejoras de la tierra no están sometidas a la devaluación del mismo modo. La tierra, «si se le trata de un modo adecuado, mejora continuamente» (p. 888). Las circunstancias que destruyen las capacidades productivas de la tierra no son, por eso, comparables con las que reinan en la industria (pp. 923-924).

La segunda peculiaridad surge porque la mejora permanente de un lote de tierra significa por lo general que hay que crear las «cualidades que posee por naturaleza otra tierra, en otro lugar» (*El capital*, vol. III, p. 850). El capital crea en un lugar las condiciones de producción que constituyen dones gratuitos de la naturaleza en otro lugar. La frontera entre el interés sobre el capital y la renta sobre la tierra parece algo borrosa hasta que se amortiza la inversión, cuando cualquier mejora permanente se convierte en un bien gratuito y por tanto en principio no difiere de los dones gratuitos de la naturaleza. «La productividad de la tierra engendrada así por el capital coincide posteriormente con su productividad “natural”, y de esta forma aumenta la renta». Sobre estas bases, Marx refuta la opinión de Ricardo de que la renta es un pago por las «fuerzas originales e indestructibles de la tierra», porque estas fuerzas son tanto producto de la historia como de la naturaleza.

2.1. Espacio, lugar y ubicación

La renta es el concepto teórico por medio del cual la economía política (sea cual sea su índole) se enfrenta tradicionalmente al problema de la organización espacial. La renta, como veremos posteriormente, proporciona una base para diversas formas de control social sobre la organización espacial y el desarrollo del capitalismo. Esto es así porque la tierra sirve no solo como un medio de producción, sino también como «base, como sitio, como centro local de operaciones» —«el espacio se requiere como elemento de cualquier producción y de toda acción humana—» (*El capital*, vol. III, p. 880).

Marx no abordó sistemáticamente el valor de uso del espacio, si bien a lo largo de su obra hay desperdigadas distintas referencias a esta cuestión. Su tratamiento del asunto en *El capital* se funda, por ejemplo, en el puro sentido común, sin las trabas que vienen de una apelación a cualquier teoría particular del espacio. En cualquier caso, están implicados ciertos principios teóricos: exactamente cuáles son estos principios ha dejado

perplejos, al tiempo que dividía, a quienes se han ocupado del problema desde entonces.⁴ Las dificultades son más aparentes que reales. Su solución resulta fácilmente accesible cuando regresamos a los conceptos básicos de valor de uso, valor de cambio y valor.

Un valor de uso, recordemos, «no es una cosa de aire», sino que está limitado por las «propiedades físicas de las mercancías». Las propiedades espaciales de localización, situación, forma, tamaño, dimensión, etc., deben verse, en el primer caso, como atributos materiales de todos los valores de uso sin excepción. Además nosotros podríamos, si así lo deseamos, igualar todos los objetos «bajo la dimensión del espacio», distinguirlos «como puntos diferentes en el espacio» y examinar las relaciones espaciales entre ellos (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. III, p. 127). Sin embargo, las propiedades materiales de los valores de uso «llaman nuestra atención solo en la medida en que afectan a la utilidad [...] de las mercancías». El aspecto social de los valores de uso es lo que finalmente cuenta. Pero no podemos entender este aspecto social de los valores de uso en el capitalismo con independencia del intercambio y de la formación de valores.

Nos damos cuenta así de que las mercancías «tienen que ser traídas al mercado» para su intercambio (aunque el intercambio de títulos puede realizarse en un lugar) y que esto implica eventualmente un movimiento físico en el espacio. Este último resulta esencial en la formación de los precios. En la medida en que el intercambio se extiende y se perfecciona, la circulación de mercancías «rompe con todas las restricciones en cuanto al tiempo, el lugar y los individuos». La forma de los precios refleja las condiciones de producción en diversas localizaciones, bajo diferentes condiciones de trabajo concreto. El proceso de intercambio, en definitiva, se abstrae continuamente de los datos específicos de la ubicación a través de la formación de los precios. Este es el camino para conceptualizar los valores con independencia del lugar. El trabajo abstracto incorporado a determinadas localizaciones bajo condiciones concretas y específicas es una media social tomada de todas las localizaciones y condiciones.

⁴ De todos los escritores marxistas importantes, Henry Lefebvre (por ejemplo, 1974) ha sido, de largo, el más persistente en su lucha por incorporar una dimensión espacial al pensamiento marxista. Lipietz (1977) intenta una «especialización» más convencional de la teoría de la acumulación, mientras que un número especial de la *Review of Radical Political Economics* (vol. 10, núm. 3, 1978) sobre el desarrollo desigual regional aborda temas similares. Importantes controversias han surgido, especialmente entre los geógrafos, acerca del problema del «fetichismo del espacio», haciendo que las relaciones sociales entre las personas aparezcan como relaciones entre los lugares o espacios. Aun cuando todos los marxistas están en principio de acuerdo en que las relaciones de clase son de capital importancia, sigue existiendo el problema de cómo y cuándo es útil considerar los antagonismos entre las categorías espaciales, como entre ciudad y campo, ciudad y suburbio, países desarrollados y «Tercer Mundo», etc., en tanto importantes atributos del capitalismo (véanse Peet, 1981; Smith, 1981; Soja, 1980).

La acumulación de capital implica la expansión del valor a través del tiempo. A primera vista parece como si en un análisis de este tipo el espacio pudiera ser simplemente dejado de lado. Sin embargo, la acumulación, despojada de su punto de referencia material en los valores de uso y el dinero, solo se podría representar de forma ideal en lugar de material. El eje sobre el cual gira siempre el análisis, como vimos en el capítulo I, es la relación entre el valor de uso, el valor de cambio y el valor. El truco está, entonces, en poner en movimiento nuestra comprensión de las propiedades materiales espaciales de los valores de uso, junto con los conceptos de valor de cambio y de valor. De este modo, se puede descifrar el significado de las propiedades espaciales de los valores de uso en su dimensión social. A continuación vamos a dar algunos pasos tentativos por ese camino.

La propiedad privada de la tierra confiere a las personas privadas un poder exclusivo sobre ciertas porciones del planeta. Esto conlleva una concepción absoluta del espacio, una de cuyas propiedades más importantes es el principio de individualización establecido por medio de la exclusividad de la ocupación de cierta porción del espacio —no hay dos personas que puedan ocupar exactamente la misma localización en este espacio y ser consideradas como dos personas separadas—. ⁵ La exclusividad del control sobre un espacio absoluto no está confinada a las personas privadas, sino que se extiende a los Estados, las divisiones administrativas y cualquier otra clase de individuo jurídico. La propiedad privada de la tierra, que en la práctica se registra normalmente a través de una encuesta catastral y un mapa, establece claramente la porción de la superficie de la tierra sobre la cual los individuos privados tienen poderes exclusivos de monopolio.

Cuando los productores de mercancías las llevan al mercado, las trasladan a través de un espacio que se puede definir como *relativo*. ⁶ En esta concepción del espacio se rompe el principio de individualización, en tanto muchos individuos pueden ocupar la misma posición en relación

⁵ En física, el espacio absoluto se refiere a una concepción del espacio en tanto «contenedor» inmutable y eterno. En la práctica esto se reduce a postular un conjunto de coordenadas fijas a través de las cuales la materia se desplaza. En otro lugar (Harvey, 1973, p. 13), defendí que el espacio «no es absoluto, relativo o relacional en sí mismo, pero que puede convertirse en una de esas cosas o en todas simultáneamente, dependiendo de las circunstancias. El problema de la conceptualización correcta del espacio se resuelve por medio de lo que hacen los seres humanos respecto a este». Sigo manteniendo este punto de vista. En el caso que aquí nos atañe, consideramos la propiedad privada u otras divisiones territoriales como unidades fijas a través de las cuales circula el capital. La conceptualización del espacio absoluto tiene sentido porque es así como se expresa la propiedad privada territorial.

⁶ La perspectiva relativa del espacio ha dominado al espacio absoluto newtoniano durante aproximadamente 100 años de la Física, pero los geógrafos y otros científicos sociales han adoptado esta idea en tiempos relativamente recientes (Harvey, 1969, cap. 13). Marx, como de costumbre, se adelantó notablemente a su tiempo al reconocer claramente la relatividad del espacio respecto de los procesos de intercambio.

con algún otro punto —por ejemplo, más de un productor puede estar exactamente a diez kilómetros del mercado— mientras que la métrica que prevalece dentro del espacio también puede verse modificada según las circunstancias; las distancias medidas en coste o en tiempo no son las mismas, y ambas son muy diferentes de las distancias físicas (véase el capítulo XII).

Los productores en las localizaciones más favorecidas («más favorecidas» en este caso se mide en términos de costes de transporte más bajos) pueden obtener ganancias extraordinarias. Estas ganancias extraordinarias, como las diferencias en la fertilidad natural, se deben considerar en el primer caso como algo permanentemente fijo, en comparación con la forma, por lo general, transitoria del plusvalor relativo relacionada con ventajas tecnológicas efímeras. De ello se deduce que aquellos que son dueños de tierras en localizaciones favorecidas pueden convertir las ganancias extraordinarias en rentas sobre la tierra sin afectar la tasa promedio de ganancia.

Pero como cualquiera puede ocupar el espacio —y no solo los productores— tenemos que considerar las implicaciones de las localizaciones «más favorecidas» desde el punto de vista de todas las formas de actividad humana, incluyendo las del consumo. Cuando dejamos el terreno de la estricta producción de mercancías, entran en juego una amplia gama de circunstancias sociales fortuitas. Las preferencias de consumo de la burguesía no son, después de todo, enteramente predecibles, conformadas como son por los cambios en los gustos, los caprichos de la moda, las ideas sobre el prestigio, etc. No obstante, esta aparente incoherencia se puede reducir bastante caso de que se definan rápidamente las implicaciones para la mercancía fuerza de trabajo. El coste de la reproducción, y por lo tanto el valor de la fuerza de trabajo, es sensible al coste de ir y volver del trabajo, según la regla general de Marx de los costes de transporte. Si todos los trabajadores reciben una tasa de salario pareja, entonces los que viven en «localizaciones favorecidas» tienen una ventaja relativa sobre los que viven más lejos. Si el salario se fija en un nivel necesario como para asegurar la reproducción del trabajador que vive más lejos (como puede suceder algunas veces bajo condiciones de escasez de mano de obra), entonces todos los demás trabajadores reciben un salario algo superior al valor. De ahí se deduce que los que poseen tierra pueden convertir el salario excedente en renta de la tierra sin alterar en ninguna modo el valor de la fuerza de trabajo. Es importante distinguir los casos de este tipo de los casos en los que los dueños de las tierras cobran rentas exorbitantes, y de otras formas secundarias de explotación que utilizan los dueños con los trabajadores que ocupan sus tierras. En último caso, naturalmente, la renta de la tierra viene suplantada por una deducción sobre el valor de la fuerza de trabajo, exactamente del mismo modo en que los poderosos intereses de los terratenientes pueden, bajo ciertas circunstancias, obtener rentas extraordinarias a expensas de la ganancia del capitalista.

El caso de la fuerza de trabajo es un ejemplo de que, al menos en principio, podemos investigar cada una de las múltiples actividades dentro del capitalismo, tratar de descubrir la base racional de cada una, así como los principios de localización que las guían, y establecer, de este modo, la base para los pagos de renta en diferentes líneas de actividad. Algunas funciones —como la venta mayorista, la venta minorista y las funciones de dinero y financieras— son más fáciles de tratar sobre esta base que otras; por ejemplo, la ubicación de funciones administrativas, religiosas, «ideológicas» y científicas. En el análisis final, no obstante, el valor de uso de determinada situación no puede entenderse independientemente de las abigarradas necesidades de toda una serie de actividades de las que Marx solo se ocupó periféricamente y que por tanto excluyó de su análisis (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, pp. 271-272).⁷

La apropiación de la renta sobre la base de la ubicación se vuelve un asunto mucho más complicado tan pronto como concedemos que las ventajas relativas, aunque sean una característica permanente de cualquier paisaje, se ven perpetuamente alteradas respecto de la forma de las parcelas de suelo. Estas se ven modificadas «históricamente, de acuerdo con el desarrollo económico [...] la instalación de medios de comunicación, la construcción de ciudades, etc., y el crecimiento de la población» (*Teorías sobre la plusvalía*, p. 312). Los cambios en la capacidad de la industria del transporte son particularmente importantes dado que «las diferencias relativas pueden modificarse hasta tal punto que no correspondan ya a las distancias naturales» (*El capital*, vol. II, p. 284). El efecto neto en algunos casos puede ser el de igualar las diferencias derivadas de la ubicación pero en otros es posible que se logre exactamente el resultado contrario (*El capital*, vol. III, p. 747). En el capítulo XII nos vamos a ocupar de los detalles de cómo y por qué necesariamente debe ocurrir esto. Por el momento, todo lo que necesitamos saber es que las ventajas de ubicación de parcelas específicas de tierra pueden verse modificadas por medio de la acción humana. Esto significa que la acción del propio capital (particularmente a través de la inversión en transporte y comunicaciones) puede crear relaciones espaciales. Los atributos espaciales de los valores de uso pueden ser así traídos de vuelta al terreno del análisis en tanto cualidades creadas socialmente y, por tanto, como un tema ajustado y apropiado para su plena investigación en relación con la operación de la ley del valor.

2.2. Situación, fertilidad y precios de producción

Los efectos de la localización y las diferencias en la «productividad natural» se mezclan entre sí de numerosos y confusos modos, que a veces se

⁷ Resta aún por decidir cuál sería la forma de un enfoque auténticamente marxista de la teoría de la ubicación. En el capítulo XII se tratarán algunos aspectos de este problema.

refuerzan y a veces se contrarrestan entre sí. Una tierra fértil pero mal ubicada puede ser abandonada para ir en pos de una tierra menos fértil pero más favorablemente situada:

Los efectos contradictorios de la ubicación, la fertilidad y la variabilidad del factor de la ubicación —que se compensa constantemente, que experimenta modificaciones permanentemente progresivas, tendentes a la compensación— hacen que de forma alterna entren, en nueva competencia con las tierras cultivadas desde antiguo, porciones de suelo de calidades mejores o peores (*El capital*, vol. III, p. 874).

En cambio, una masa de suelo fértil puede tener un efecto «de derramamiento» sobre una tierra más pobre situada a su alrededor: «Si el suelo inferior forma enclaves dentro del superior, este le confiere la ventaja de la ubicación con respecto a tierras fértiles que no se hallan en conexión con las ya sometidas al cultivo o que están a punto de serlo» (*El capital*, vol. III, p. 766).

Las diferentes actividades también muestran un grado diferente de sensibilidad a la situación, al contrario de lo que sucede con otros atributos cualitativos de determinados lugares. La agricultura es sensible, por lo general, tanto a la fertilidad como a la ubicación, mientras que las fábricas, las viviendas, las tiendas, etc., son sensibles principalmente a la localización. Sin embargo, las cualidades del suelo —drenaje, inclinación, aspecto, salud, etc.— no son ajenas a la ubicación de este último, mientras que ciertas clases de agricultura industrializada casi no dependen de la productividad natural de la tierra que ocupan. «Cuanto más se desarrolla la agricultura», comenta Marx, «más entran dentro de ella todos sus elementos como mercancías», desde el exterior, y por implicación, más se libera de las cualidades específicas del suelo (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, p. 48).

Las diferentes actividades compiten entre sí por el uso del espacio. Marx se abstrae explícitamente de este proceso (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, pp. 226 y ss.), si bien aventura de forma algo imprudente la opinión (más o menos como una digresión) de que la renta de toda la tierra no agrícola «se regula por la renta agrícola en sentido estricto» (*El capital*, vol. III, p. 879). Marx debió haber considerado a las rentas como algo determinado simultáneamente por muchas actividades en competencia. Detrás de este concepto está la idea de que a los dueños de tierras no les importa si la renta que reciben es una deducción de los salarios por trabajo o si provienen de una ganancia extraordinaria (o incluso media) del capital, o de cualquier otra forma de ingreso. Además, el propio Marx se da perfecta cuenta de que «la miseria es para los alquileres una fuente más lucrativa de lo que jamás fueron la minas del Potosí para España», y se queja amargamente de

cómo el «poder inmenso» de los dueños de tierras se usa para «excluir de la tierra, en cuanto morada, a los obreros» (*El capital*, vol. III, p. 879).

Cuando consideramos el modo en que la inversión de capital modifica las relaciones espaciales y las cualidades de la tierra en determinados sitios, surgen dificultades más graves. El capital tiene, en esto, cierta responsabilidad. Se puede dedicar dinero a mejorar el transporte, y así abrir tierras más fértiles a la explotación, o se pueden mejorar tierras de inferior calidad que ya están en cultivo. La primera estrategia, que se ocupa de la relatividad del espacio, puede beneficiar seguramente a gran cantidad de propietarios de tierras, mientras que la segunda está confinada casi exclusivamente a unos cuantos propietarios individuales. Dejando a un lado los problemas sociales obvios que surgen de esa diferencia, quedan por resolver los complejos efectos de interacción de la inversión sobre dos aspectos del valor de uso que a veces se refuerzan entre sí y a veces se contradicen. Si Marx se hubiera molestado en resolverlos en sus detalles, se habría ocupado de ciertos aspectos de la renta que ahora faltan en su análisis.

Tal y como está, Marx pasa por alto todas esas dificultades eliminando la cuestión de la ubicación y concentrándose únicamente en las diferencias de fertilidad que afectan únicamente a la agricultura. Esta simplificación le permite deducir un principio muy importante. El precio de producción de las mercancías agrícolas viene por lo general fijado por el coste de producción en la peor tierra, más la tasa media de ganancia. Esto implica una radical distancia respecto de la determinación de los precios en la industria, donde lo que prevalece es la media social. Esta diferencia se puede justificar de dos maneras. Primera, el cambio tecnológico no puede eliminar los diferenciales de productividad «basados en la naturaleza», de la misma forma en que los elimina en la industria (las ganancias extraordinarias son un rasgo permanente de los que tienen la suerte de poseer tierras más fértiles). Segunda, una expansión en la producción agrícola conlleva la puesta en cultivo de tierras de inferior calidad y una intensificación de la producción de las tierras superiores, pero solo cuando resulta lucrativo hacerlo. Sea cual sea el caso, las peores tierras deben siempre proporcionar la tasa media de ganancia para que sigan siendo cultivadas. Este es el principio que Marx está ansioso por establecer y que constituye la base de gran parte de su teoría de la renta.

Marx reconoce, por supuesto, que las circunstancias no son de ninguna manera así de simples. Presupone, por ejemplo, un equilibrio en la demanda y en la oferta de mercancías agrícolas. Presupone también los efectos de interacción entre la fertilidad y la ubicación, y las pautas diferenciadas de inversión de capital en ambos, así como que la competencia entre diferentes líneas y ramas de producción de la tierra no tienen, en última instancia, ningún efecto sobre la coherencia teórica del principio.

En uno de los epígrafes de este capítulo volveremos a considerar la validez de estos presupuestos. No obstante, debemos considerar antes la posición social de los terratenientes, con sus derechos exclusivos a ciertas porciones del planeta, bajo las relaciones sociales del capitalismo.

3. La propiedad de la tierra

«En cada época histórica», escribe Marx, «la propiedad ha ido evolucionando de forma diferente y bajo un conjunto de relaciones sociales totalmente diferentes» (*Miseria de la filosofía*, p. 154). La emergencia del capitalismo provocó la «disolución de las antiguas relaciones económicas de propiedad de la tierra» y su conversión en una forma que fuera compatible con la acumulación sostenida. Desde este punto de vista, el capital se puede considerar como «el creador de la propiedad territorial moderna, de la renta de la tierra». Esto último tiene que entenderse como «la expresión teórica del modo capitalista de producción» (*Grundrisse*, vol. I, p. 166; *El capital*, vol. III, p. 889). El sello distintivo de la propiedad de la tierra en el capitalismo, señala Marx, es una disolución tan completa de «la conexión entre el terrateniente y la tierra» que el terrateniente, a cambio de un pago monetario directo, confiere al capital todos los derechos sobre la tierra como instrumento y como condición de producción. El terrateniente asume así un papel pasivo con respecto del dominio de los trabajadores (lo que le permite el control de la tierra) y del subsecuente progreso de la acumulación (*El capital*, vol. III, pp. 710-711, 731). Se sigue de esto que, aunque «puede ocurrir que lo que el terrateniente percibe en otros tipos de sociedad se llame también renta», el significado de ese pago «difiere sustancialmente de la renta característica de este sistema de producción [capitalista]» (p. 1001). La apropiación de la renta se puede definir entonces simplemente como «la forma económica en que se realiza la propiedad territorial» bajo el capitalismo (p. 729).

La historia real de la transformación de la renta feudal en renta capitalista de la tierra, la historia del sometimiento de la propiedad feudal al modo de producción capitalista, está salpicada de las complejidades generadas en gran parte por las corrientes encontradas de la lucha de clases y el conflicto social.⁸ Las dificultades surgen también porque «la producción capitalista inicia su carrera partiendo de la premisa de [un régimen de] propiedad sobre la tierra que no nace de aquella, sino que se da como un supuesto previo» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, p. 219). Las condiciones

⁸ Rey (1973) y Tribe (1978) proporcionan descripciones de los orígenes de la propiedad de la tierra, mientras que Dobb (1963) y Hilton (1976) se ocupan del problema general de la transición del feudalismo al capitalismo.

originales de la propiedad de la tierra han variado enormemente y algunas, como las de Inglaterra, han parecido más fáciles de transformar que otras.⁹ En tanto la separación del trabajo respecto de la tierra como medio de producción ha sido y sigue siendo una precondition esencial para la formación del trabajo asalariado, la forma de la propiedad de la tierra precapitalista desempeñó un papel igualmente importante tanto en la acumulación originaria de capital como en la creación de la forma moderna de la propiedad de la tierra. La propiedad privada de la tierra, al igual que el capital mercantil y la usura, es a la vez prerequisite y producto del modo de producción capitalista:

La historia de la propiedad de la tierra, que pone de manifiesto la gradual transformación del *landlord* feudal en el rentista, y del colono a perpetuidad, semitributario y con frecuencia privado de libertad en el *farmer* moderno, y del siervo vinculado a la tierra y el campesino sujeto a prestaciones personales en el jornalero agrícola, sería en realidad la historia de la formación del moderno capital. (*Grundrisse*, vol. I, p. 142.)

La versión general de Marx de esta historia se puede dividir en dos fases. En la primera, las rentas feudales pagadas con trabajo se transforman en rentas en especie y finalmente en rentas en dinero. Esta transformación presupone «un desarrollo relativamente considerable del comercio, de la industria urbana, de la producción mercantil en general, y, por ende de la circulación monetaria» (*El capital*, vol. III, p. 906). La ley del valor comienza a regular los precios por medio del intercambio en el mercado. La monetización de las rentas feudales abre la posibilidad de arrendar la tierra a cambio de pagos en dinero y, finalmente, a la compra y la venta de la misma como una mercancía. El capital de base urbana puede penetrar en el campo y transformar allí las relaciones sociales. A los procesos más suaves de monetización se pueden superponer las más voraces prácticas del usurero (que tanto contribuyeron a aflojar el control de los terratenientes tradicionales sobre sus tierras) y, finalmente, la expropiación violenta (con o sin la sanción del Estado):

La expoliación de los bienes eclesiásticos, la enajenación fraudulenta de las tierras fiscales, el robo de la propiedad comunal, la transformación usurpatoria practicada con el terrorismo mas despiadado, de la propiedad feudal y clánica en propiedad privada moderna; fueron otros tantos métodos idílicos de acumulación originaria (*El capital*, vol. I, p. 827).

⁹ Rey (1973, p. 73) argumenta que la propiedad feudal, sometida a la influencia del dinero y de la producción de mercancías, se vio obligada a crear condiciones para la producción capitalista (como la expulsión de los campesinos de la tierra), en tanto se vio obligada a incrementar sus rentas.

Sin embargo, la privatización de la propiedad de la tierra y el sometimiento formal del productor a un sistema de producción e intercambio de mercancías no necesariamente alcanza esa forma de propiedad de la tierra que es un *puro* reflejo de las relaciones de producción capitalistas. Pueden surgir formas intermedias de todo tipo, y quizá la mejor manera de interpretarlas sea, como hace Rey, como «articulaciones complejas» de diferentes modos de producción superpuestos entre sí. Esto no implica que aceptemos la conclusión básica de Rey de que la renta bajo el capitalismo se puede entender solo como una relación de distribución, que refleja una relación de producción de un modo de producción distinto (por ejemplo, del feudalismo), con el cual está articulado el capitalismo (Rey, 1973, p. 60). Sin embargo, en la transición al capitalismo surgen situaciones en las que el concepto de Rey resulta sumamente apropiado.

Por ejemplo, a menudo los terratenientes explotan a los productores directos. Esto es cierto tanto en las economías esclavistas (como el sur de Estados Unidos antes de la Guerra Civil), como en los sistemas de producción campesina que han sobrevivido hasta la era presente. En este último caso, el terrateniente tiene toda clase de incentivos para sacar la renta máxima, no solo porque esto maximiza sus ingresos, sino también porque obliga al campesino a trabajar cada vez más duro y a producir más mercancías para el mercado a precios cada vez más bajos (dado el incremento de la oferta). Desde este punto de vista, la explotación masiva de un campesinado rural por parte de la clase terrateniente es completamente funcional al capitalismo industrial, ya que proporciona comida barata a los trabajadores urbanos, así como una oferta de materias primas baratas para la industria. Sobre esta base se puede crear una poderosa alianza entre los intereses de los terratenientes y los de la burguesía industrial.

No obstante, tal forma de explotación rural, al igual que en general el plusvalor absoluto, tiene sus límites. Las formas intermedias de producción tienden a inhibir «el desarrollo de las fuerzas productivas sociales del trabajo, las formas sociales del trabajo, la concentración social de los capitales [...] y la aplicación avanzada de la ciencia» (*El capital*, vol. III, p. 917). Por esta razón, las formas intermedias ceden finalmente el paso a un sistema de producción que logra el sometimiento real de los trabajadores al capital (en lugar de al terrateniente) y que libera a la tierra de las barreras que inhiben el desarrollo de las fuerzas productivas. La única forma en que puede ocurrir esto es retirando por completo al propietario de la tierra cualquier poder directo sobre el uso de la tierra, sobre la fuerza de trabajo empleada en ella y sobre el capital adelantado, a cambio de un pago en dinero.

Obviamente, Marx no se sentía del todo seguro de su descripción de cómo llegó a existir la forma de propiedad *capitalista* de la tierra. Posteriormente afirmaría que simplemente había tratado de «trazar el

camino por el cual, en Europa Occidental, surgió el sistema económico capitalista del vientre del sistema económico feudal». Marx atacó a aquellos que transformaron «mi reseña histórica de la génesis del capitalismo en una teoría histórico-filosófica del camino general del desarrollo prescrito por el destino a todas las naciones, cualesquiera que fueran las circunstancias históricas en que se encontraran», y reconoció de buen grado que «sucesos notablemente análogos, pero que ocurrieron en lugares históricamente diferentes llevaron a resultados totalmente diferentes» (Marx y Engels, *Selected Correspondence*, pp. 312-313).

Le preocupaba, por ejemplo, el problema de la forma que tomó la propiedad de la tierra en algunos países, como Estados Unidos, donde no había feudalismo que reemplazar. Su argumento aquí es que, cuando el capital no se topa con la propiedad de la tierra como una precondition, «la crea el mismo», por la sencilla razón de que «el divorcio del obrero con respecto de la tierra y de la propiedad de la tierra es condición fundamental de la producción capitalista y de la producción de capital» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. I, p. 43; vol. II, pp. 278-279). Su capítulo sobre la teoría de la colonización en el primer volumen de *El capital* demuestra lo mismo. Hay, no obstante, indicios ocasionales sobre la forma que estaba tomando la propiedad de la tierra en Estados Unidos como algo especial (*El capital*, vol. III, pp. 766-770; Marx y Engels, *Selected Correspondence*, pp. 226-228). Es una lástima que Marx no examinara esta cuestión de forma más profunda, ya que Estados Unidos, como veremos, es el único país en el que la tierra fue, desde el principio, considerada de la forma que más se acerca a la que dictan consideraciones puramente capitalistas (aun cuando incluso aquí la correspondencia está lejos de ser exacta).

En vez de eso, Marx gastó una enorme cantidad de energía en sus últimos años siguiendo la pista de la historia de la propiedad de la tierra en Rusia. Estaba fascinado por la posibilidad de que la comuna rural rusa pudiera proporcionar la base para pasar directamente «a la forma comunista más alta de propiedad de la tierra» sin pasar por «los mismos procesos de desintegración que determinaron el desarrollo histórico del Occidente». En su opinión, el hecho de que esto pudiera suceder dependía de que se eliminaran previamente aquellas «influencias nocivas» —principalmente las del dinero y del capital mercantil— que normalmente acosan desde todas partes a esas formas comunales de propiedad. En las condiciones impuestas por la revolución socialista general, las formas tradicionales de propiedad comunal podrían ser realmente «la fuente de la regeneración social de Rusia» (Prólogo a la edición rusa del *Manifiesto Comunista*; *Selected Correspondence*, p. 340).

Pero incluso en Occidente, Marx tuvo que conceder que había una gran cantidad de variación histórica entre la experiencia de una y otra nación e

incluso entre una y otra región. Esto podía atribuirse en parte a las características residuales «de la renta en especie procedente de la economía natural de la Edad Media», pero también a la desigual penetración de las relaciones capitalistas bajo circunstancias históricas que muestran «infinitas variaciones y graduaciones en su aspecto», y que demandan un cuidadoso estudio empírico (*El capital*, vol. III, pp. 894-901). La historia real de la propiedad de la tierra bajo el capitalismo ha sido un asunto confuso y tendente a producir confusión. Es difícil detectar dentro de esa historia la lógica de una transformación necesaria de la propiedad de la tierra a su forma capitalista.

Esta confusión está todavía entre nosotros. Es el foco de grandes controversias en las sociedades en las que los elementos precapitalistas están fuertemente atrincherados, donde la propiedad de la tierra ejerce una influencia propia y poderosa, y donde todavía reina la alianza entre una oligarquía rural y una burguesía industrial. En estas sociedades todavía se sostiene la tesis de Rey, que indica que, en muchas zonas del mundo, las relaciones sobre la tierra han sido extraordinariamente lentas a la hora de adaptarse a los dictados de las relaciones de producción puramente capitalistas.¹⁰

Pero las confusiones son igualmente evidentes en los países capitalistas avanzados. En Gran Bretaña, como han mostrado recientemente Massey y Catelano (1978), la propiedad de la tierra ya no existe (si es que alguna vez existió) como un interés de clase unificado y relativamente homogéneo, sino que comprende actores variopintos y heterogéneos que van desde viejas instituciones (como la Iglesia, la Corona, las grandes propiedades de los aristócratas), pasando por instituciones financieras (bancos, fondos de seguros y de pensiones) hasta una amplia gama de propietarios individuales y corporativos (incluyendo a los trabajadores que son dueños de sus propias viviendas) y agencias del gobierno. Esta heterogeneidad resulta difícil de reconciliar con la idea de que los terratenientes constituyen «una de las tres grandes clases en la sociedad capitalista». Si ahondamos, sin embargo, dentro de esta diversidad podemos comenzar a detectar una directriz central en la conducta de todos los agentes económicos, independientemente de quiénes sean y de qué les dictan sus intereses inmediatos: esta es la creciente tendencia a considerar a la tierra como un puro activo financiero. Aquí está la clave de la forma y de los mecanismos de la transición a la forma puramente capitalista de propiedad privada de la tierra.

Cuando se comercia libremente con la tierra, esta se convierte en una mercancía de un tipo bastante especial. En tanto la tierra no es producto del trabajo, no puede tener un valor. La compra de tierras «proporciona al comprador un título a la percepción de la renta anual» (*El capital*, vol.

¹⁰ Además de Rey (1978), Amín (1976), Laclau (1977) y Taylor (1979) han presentado, desde diferentes puntos de vista, los argumentos más representativos.

III, p. 918). Cualquier flujo de ingresos (como una renta anual) puede considerarse como un interés sobre algún capital imaginario y ficticio. Para el comprador, la renta figura en sus libros de contabilidad como el interés sobre el dinero desembolsado en la compra de la tierra y en principio no difiere de inversiones similares en deuda del gobierno, acciones y bonos empresariales, deuda al consumo, etc. En todos los casos, el dinero desembolsado es capital que devenga interés. La tierra llega a ser una forma de capital ficticio y el mercado de tierras funciona simplemente como una rama particular —si bien con algunas características especiales— de la circulación del capital que devenga interés. Bajo esas condiciones la tierra es considerada como un puro activo financiero que se compra y se vende según la renta que produce. Como todas las demás formas de capital ficticio, lo que se compra y se vende es un derecho a un ingreso futuro, lo que significa un derecho sobre ingresos futuros por el uso de la tierra o, más directamente, un derecho sobre el trabajo futuro.

Quando el comercio con tierras se reduce a una rama especial de la circulación del capital a interés, diría que la propiedad de la tierra alcanza su forma verdaderamente capitalista. Marx no llega a esta conclusión directamente, aun cuando hay algunos indicios diseminados en el texto que indican que el comercio de tierras puede ser considerado ciertamente como una forma de capital ficticio (*El capital*, vol. III, pp. 745-753). Una vez se generaliza esta situación, todos los terratenientes quedan atrapados en un sistema general de circulación de capital a interés y caso de pasar por alto sus imperativos lo hacen a cuenta de su propio riesgo. Los propietarios que son productores, por ejemplo, se enfrentan a una clara disyuntiva entre comprar la tierra o alquirlársela a otra persona. La forma en que se ejerce esa opción, bajo condiciones de pura propiedad capitalista, no debe suponer ninguna diferencia. De la misma forma que los capitalistas pueden cobrar intereses y ganancias sobre su capital cuando emplean sus propios fondos en la producción, pueden cobrar rentas y beneficios sobre su capital cuando son dueños de la tierra que usan. No obstante, estos papeles están bastante separados. Un productor, en tanto propietario, puede con igual facilidad vender la tierra y arrendársela a otro, o hipotecarla en un banco. La renta debe ser pagada ya sea directamente a otro o indirectamente en la forma de un ingreso que ya no se percibe porque el productor no moviliza el capital ficticio que representa la tierra y no pone ese dinero en movimiento para realizar el plusvalor a través de la producción. Sea como sea, esto presupone también una forma de producción capitalista sobre la propia tierra (la propiedad de los campesinos ha sido eliminada, etc.). Más aún, resulta evidente que la forma capitalista de propiedad privada sería inconcebible si no hubiera un sistema de crédito refinado omnicompreensivo. Marx da poca importancia a esta idea. Volveremos sobre esto en el último epígrafe de este capítulo.

Sería muy bueno, e indudablemente útil, especificar las características de la propiedad de la tierra tal y como deberían existir en un estadio capitalista puro. Sin embargo, debemos también especificar el proceso histórico por el cual la propiedad de la tierra queda reducida a esa condición. La capacidad para enajenar las tierras y para comerciar con ellas no garantiza, en ningún caso, que vayan a ser vendidas o compradas como un puro activo financiero; de hecho, durante gran parte de la historia del capitalismo la tierra no se ha vendido y comprado libremente según ese principio tan simple. El crecimiento del intercambio de mercancías, la generalización de las relaciones monetarias y el crecimiento del sistema de crédito forman condiciones conceptuales favorables para que la tierra sea cada vez más considerada como un activo financiero. El atractivo de la tierra como inversión (su seguridad, así como el prestigio que tradicionalmente adquiere quien la posee) siempre la ha hecho vulnerable al capital excedente. Cuanto más capital excedente exista (a corto plazo, a través de la sobreacumulación, y a largo plazo), más probable será que la tierra sea absorbida dentro del marco de circulación de capital en general. El crecimiento de los mercados hipotecarios, la fiscalidad del Estado sobre la tierra en tanto activo financiero (que obliga a la monetización) y toda la compleja historia de la acumulación originaria y la monetización de las relaciones de propiedad de la tierra (que Marx describe parcialmente en los *Grundrisse*) desempeñan también sus papeles respectivos. En última instancia, no obstante, es probablemente la necesidad de revolucionar las fuerzas productivas sobre la tierra, de abrir la tierra a la libre circulación del capital, lo que obliga a que la propiedad de la tierra se reduzca a la tenencia de un puro activo financiero. Esto implica que las tradicionales formas de explotación rural (el plusvalor absoluto extraído a los campesinos) ya no pueden seguir satisfaciendo las necesidades del capital en general (el abastecimiento de alimentos y de materias primas). La alianza entre los terratenientes rurales y los industriales se convierte en un antagonismo del tipo que caracterizó la primera mitad del siglo XIX en Gran Bretaña.

La consideración de la tierra como un puro activo financiero y la reducción de los terratenientes a una fracción de los capitalistas en dinero que simplemente han elegido, por la razón que sea, tener derecho a una renta más que a alguna otra forma de ingresos futuros, no está libre de contradicciones.¹¹ La condición normal de la propiedad de un medio de producción conlleva, en el caso de la tierra, ser dueño de un derecho a ingresos que están ligados a un valor de uso de cualidades peculiares (véase el primer epígrafe de este capítulo). El poder monopolista sobre el uso de la tierra —implicado en la propia condición de la propiedad— nunca puede deshacerse totalmente

¹¹ Studenski y Kroos (1952) relatan algunos de los episodios más extraordinarios de la especulación incontrolada del suelo.

de sus aspectos monopolísticos, ya que la tierra varía mucho en cuanto a fertilidad, ubicación, etc. Ese poder monopolista crea toda clase de oportunidades para la apropiación de rentas, que no surgen en el caso de otras clases de activos financieros, excepto bajo circunstancias especiales. El control monopolista puede surgir, por supuesto, en cualquier sector. Este es, no obstante, un aspecto crónico que infecta de forma inevitable a la circulación del capital que devenga interés a través de la compra de tierras. Así pues, las «formas absurdas» de especulación y «el colmo de la distorsión» logrado dentro del sistema de crédito (véase el cap. X) pueden magnificarse mucho en el caso de la especulación con rentas futuras. La integración de la propiedad dentro de la circulación del capital a interés puede abrir la tierra a la libre corriente del capital, pero también la abre plenamente a las contradicciones del capitalismo. Lo que hace, en un contexto que se caracteriza por la apropiación y el control monopolista, que el problema de la especulación de la tierra adquiera una profunda importancia dentro de la inestable dinámica global del capitalismo. Volveremos sobre esta cuestión una y otra vez.

4. Las formas de la renta

Marx consideró que la renta bajo el capitalismo podía tomar cuatro formas diferentes: *monopolio*, *renta absoluta* y dos tipos de renta *diferencial*. Estas categorías fueron adaptadas de la economía política clásica. En sus investigaciones más tempranas, Marx declaró:

La única cosa que tengo que probar teóricamente es la posibilidad de la renta absoluta, sin violar la ley del valor. Este es el punto alrededor del cual ha girado la controversia teórica, desde los días de los fisiócratas hasta la actualidad. Ricardo niega esta posibilidad, pero yo mantengo que existe (*Selected correspondence*, con Engels, p. 134).

Lo raro es que la renta diferencial ocupara cientos de páginas en *El capital* y en las *Teorías sobre la plusvalía*, mientras que la renta absoluta fuera tratada de forma tan sumaria. Debo decir que el interés inicial de Marx por la renta absoluta vino dictado más por su fascinación por las contradicciones de la economía política burguesa que por consideraciones teóricas profundas, y que su contribución real está en llevar la teoría de la renta diferencial a un terreno totalmente nuevo.

4.1. Renta de monopolio

Toda la renta está basada en el poder monopolista de los propietarios privados sobre ciertas porciones del planeta. No obstante, podemos asumir, sin

contradecirnos, que los usuarios compiten libremente por lotes de tierra de diferente calidad en diferentes localizaciones y que los terratenientes compiten de la misma forma entre sí por la renta que pueden obtener. De todos modos, a veces surgen circunstancias en las que no prevalecen esas condiciones competitivas. En esos casos, se pueden realizar rentas de monopolio. Existen dos situaciones diferentes que parecen relevantes (*El capital*, vol. III, pp. 880-881). En la primera, los dueños de propiedades de tierra de cierta calidad o con una situación especial relativa a cierta clase de actividad están en posición de cobrar rentas de monopolio a los que desean usar esa tierra. En el ámbito de la producción, el ejemplo más obvio es el del viñedo que produce un vino de extraordinaria calidad que se puede vender fácilmente a un precio de monopolio. En tal circunstancia, «el precio de monopolio crea la renta». Es evidente que Marx no pensó que este tipo de renta de monopolio estuviera muy extendida en la agricultura, pero sugirió que en zonas densamente pobladas las rentas sobre viviendas y terrenos solo pueden ser explicadas en estos términos (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, pp. 21, 28). Las localizaciones prestigiosas y de estatus crean toda clase de posibilidades de cobrar rentas de monopolio a otras fracciones de la burguesía. Segunda, los terratenientes pueden negarse a ceder la tierra no usada bajo su control, a menos que les pague una renta sumamente alta, de tal modo que los precios de mercado de las mercancías producidas sobre esa tierra se elevan forzosamente por encima de su valor. En ese caso, que depende de la escasez de tierra, del poder colectivo de clase y de la posición del dueño de la tierra, la renta que se cobra crea el precio de monopolio. Esta forma de renta de monopolio puede ser importante en todos los sectores y afectar al coste de los alimentos así como al coste de las viviendas de la clase trabajadora.

En ambos casos, por supuesto, la renta de monopolio depende de la capacidad para realizar un precio de monopolio para el producto (vino, grano o viviendas). Asimismo, en ambos casos, la renta de monopolio es una deducción del plusvalor producido en esa sociedad como un todo, una redistribución, a través del intercambio, del plusvalor total (*El capital*, vol. III, pp. 947-948). El primer caso puede ser eliminado de la consideración porque, como sucede con el comercio de antigüedades y obras de arte, solo tiene un interés periférico en cualquier estudio de la producción general de mercancías. El segundo caso plantea problemas más generales, que se pueden abordar mejor en relación con la renta absoluta.

4.2. La renta absoluta

Las condiciones para la existencia de la renta absoluta no son difíciles de deducir en vista de los instrumentos disponibles. Vamos a comenzar

mencionando la dificultad general de instituir un cambio tecnológico en sectores que emplean la tierra como medio de producción (véase la p. 436 de este libro). La agricultura es el ejemplo más obvio. Existe una fuerte probabilidad de que la composición de valor del capital en la agricultura sea más baja que la media social. Si asume una completa igualación de la tasa de ganancia en todos los sectores, los precios de producción en la agricultura quedarán por debajo de los valores (véase el capítulo II). En otras palabras, un capital de cierta magnitud produce mayor plusvalor en la agricultura de la que recibe en forma de ganancia, porque los sectores contribuyen al plusvalor social total según la fuerza de trabajo que emplean, pero perciben plusvalor según el capital total que adelantan. Esta suposición descansa, no obstante, en «la cambiante distribución proporcional del capital social total entre las diversas esferas de la producción, sobre la permanente entrada y salida de los flujos de capital» y presupone también que no existen barreras a la igualación de la tasa de ganancia. La renta absoluta puede surgir cuando la propiedad de la tierra erige una barrera sistemática a la libre circulación del capital:

Si el capital se topa con un poder ajeno al que solo puede superar en forma parcial, o que no pueda superar del todo y que restringe su inversión en determinadas ramas de producción, o no admitiéndola sino en condiciones que excluyen en todo o en parte aquella nivelación general del plusvalor para formar la ganancia media es indudable que, en las ramas de producción en que tal ocurriese, el remanente del valor de las mercancías sobre su precio de producción engendraría una ganancia excedente que podría convertirse en renta y adquirir como tal una existencia sustantiva frente a la ganancia. Ahora bien, cuando el capital invierte en la tierra, la propiedad de la tierra lo enfrenta como uno de tales poderes ajenos, y como una barrera semejante, dicho de otra manera, así enfrenta el terrateniente al capitalista (*El capital*, vol. III, pp. 866).

Se deduce que los productos agrícolas se pueden vender por encima de sus precios de producción, y así rendir renta absoluta, al mismo tiempo que se venden por debajo de, o incluso a, su valor. Una renta absoluta puede existir sin interferir de ningún modo con la ley del valor. El dilema aparente que llevó a Ricardo a negar la posibilidad de la renta absoluta se ve así claramente superado. Parte del exceso de plusvalor producido en la agricultura en virtud de la intensidad de su trabajo (composición de valor más baja) viene «hurtada» (como dice Marx) por el terrateniente, a fin de que no entre dentro de la igualación de la tasa de ganancia. A buen seguro, la mercancía se vende a un precio de monopolio. Pero esto representa un fallo a la hora de redistribuir el plusvalor de los sectores agrícolas a otros sectores con composiciones de valor más altas que la media, más que una

redistribución activa del plusvalor a la agricultura, como sería el caso bajo la renta de monopolio. El nivel de la renta absoluta depende de las condiciones de la oferta y la demanda, así como de la extensión de las nuevas tierras puestas en cultivo. El incremento en el precio del producto no es la causa de la renta, «sino que la renta es la causa del aumento en el precio del producto», aunque la mercancía se siga vendiendo a menos de su valor o a su valor (*El capital*, vol. III, pp. 866-867).

Se impone aquí hacer algunos comentarios a este concepto de renta absoluta. En primer lugar, su validez ha sido a menudo atribuida a que resuelve con éxito el llamado «problema de la transformación» (capítulo II). Algunas veces se ha señalado que los «errores» de Marx respecto de este problema destruyen totalmente su concepto de la renta absoluta. Ciertamente, el nivel de la renta absoluta depende del excedente de ganancia disponible *después* de considerar todos los efectos de interacción y retroalimentación. Lejos de alterar el concepto de Marx de renta absoluta, creo que su enfoque sobre esta última arroja luz sobre la interpretación correcta que se ha de dar al proceso de transformación.¹² Lo que Marx buscaba era identificar las reglas de distribución del plusvalor que se aplican a través de los procesos sociales (particularmente el intercambio en el mercado) y mostrar que estas reglas eran totalmente diferentes de los procesos de producción de plusvalor y por tanto estaban potencialmente en conflicto con esta. Sin esa separación y oposición entre la producción y la distribución, toda la interpretación marxista de las crisis se desmorona. Nos vemos ahora frente a una versión específica de esta oposición. La necesidad social de la propiedad privada de la tierra en el capitalismo conlleva arreglos distributivos —la capacidad para apropiarse de la renta— que entran en un conflicto potencial con la acumulación sostenida. Lo que Marx trata de demostrarnos es fundamentalmente que es imposible lograr una organización «racional» de la agricultura. El uso de la tierra es necesariamente irracional, no simplemente a la hora de satisfacer los deseos y necesidades humanas (apenas falta decirlo), sino también desde el punto de vista de la acumulación sostenida a través de la reproducción ampliada. Esta es una contradicción fundamental, a la que volveremos a su debido tiempo.

El segundo punto es que la renta absoluta depende del poder de los terratenientes para crear una barrera a la igualación de la tasa de ganancia y a la persistencia de una baja composición de valor del capital dentro de la agricultura. Si la composición de valor llega a ser igual o más alta que la media social, entonces la renta absoluta desaparece (*El capital*, vol. III, pp. 868-869; *Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, pp. 220-361). ¿Hasta qué

¹² Rey (1973, p. 40) invoca la correspondencia de Marx de 1862 como prueba de que el estudio de la renta llevó a Marx al concepto del precio de producción (que se distingue de los valores), antes que a la inversa.

punto, entonces, la barrera levantada por la propiedad de la tierra a la libre circulación de la inversión desincentiva las mejoras agrícolas y asegura así las bases para la perpetuación de la renta absoluta? Marx apenas nos da un indicio de esa posibilidad en una ocasión (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, p. 112) y este no parece ser su principal argumento. Ciertamente, las estructuras sociales anacrónicas de la tierra —la propiedad campesina, por ejemplo— están relacionadas con un retraso de las fuerzas productivas en la agricultura, sin embargo Marx no anuda la renta absoluta a la persistencia de esas estructuras. La considera más bien en relación con la propiedad de la tierra a gran escala abierta a la agricultura capitalista. La baja composición de valor del capital en la agricultura se puede atribuir más al retraso tecnológico y científico en ese sector que a cualquier otra cosa. Una vez que la agricultura se ponga al día, algo que debe hacer en determinado momento, la renta absoluta desaparecerá, dejando a los terratenientes libres de extraer rentas de monopolio caso de que puedan hacerlo.¹³

Sin embargo, si los terratenientes son suficientemente poderosos como para extraer renta absoluta, ¿por qué no toman también rentas de monopolio forzando al alza los precios de las mercancías por encima de su valor hasta que alcancen un precio de monopolio arbitrario? Los terratenientes pueden arbitrariamente retirar, tal y como con frecuencia hacen, tierra de la producción y así elevar las rentas de la tierra remanente (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, p. 301; *El capital*, vol. III, pp. 702-703). La respuesta es que los terratenientes pueden ciertamente hacer esto bajo ciertas condiciones, pero las implicaciones son fundamentalmente diferentes. Por medio de la renta absoluta, los terratenientes no interfieren directamente en la producción de plusvalor. Simplemente intervienen en la distribución del plusvalor producido. La renta de monopolio recorta activamente la producción de plusvalor (aunque no cuando se tasa sobre el consumo) y obliga a una redistribución del plusvalor de otros sectores, no hacia la agricultura sino a manos de los terratenientes. No obstante, los efectos sobre la acumulación probablemente serán muy diferentes.

En todo caso, ambos tipos de renta dependen de la capacidad de los productores capitalistas para imponer precios de monopolio. La competencia entre los productores limita la capacidad de los terratenientes para apropiarse de renta absoluta o de rentas de monopolio (en el capítulo XII vamos a considerar los aspectos espaciales de esta competencia). La capacidad de los propietarios de tierra, en virtud de esa misma propiedad sobre la tierra, para erigir una barrera a la inversión no presume automáticamente

¹³ El hecho de que Rey (1973) calificara de «fiasco» la teoría de la renta absoluta de Marx resulta parcialmente correcto en el sentido de que hay demasiada elaboración teórica sobre algo que termina siendo de escasa importancia. La tendencia, no obstante, a condenar toda la teoría de la renta de Marx sobre la base de ese «fiasco» resulta definitivamente inapropiada.

que los usuarios de tales tierras estén en posición de cargar un precio de monopolio a las mercancías que producen o que los productores capitalistas estén dispuestos a pagar las exorbitantes rentas que les cobran. Por esta razón, Marx dijo que «en condiciones normales» incluso la renta absoluta que se cobra en la agricultura será pequeña, sin importar cual sea la diferencia entre el precio de producción y el valor (*El capital*, vol. III, p. 876). Sobre esta base, podemos interpretar mejor la forma bastante sumaria en la que Marx trata un problema que inicialmente le parecía tan importante. La renta absoluta no es la categoría fundamental. Los problemas teóricos reales, tal y como descubrió Marx, no están tanto en lo que Ricardo no admitió de la renta absoluta, como en su equivocada interpretación de la renta diferencial. Este es un tópico al que debemos volver ahora.

4.3. La renta diferencial

En sus primeros trabajos, Marx evidentemente consideró la formulación de la renta diferencial de Ricardo como algo poco problemático. En *El capital* comenzó, sin embargo, a descubrir problemas y fallas en la formulación de Ricardo, generando los lineamientos de una teoría bastante diferente, una teoría de la que apenas hay indicios en *Teorías sobre la plusvalía* y que de ninguna manera está enteramente resuelta en *El capital*. De todos modos, las obras recientes de Ball y Fine han comenzado a aclarar a dónde trataba de dirigirse Marx en esos capítulos repletos de argumentos aparentemente tortuosos y de elaborados cálculos matemáticos.¹⁴

Las condiciones necesarias para obtener la renta diferencial del primer tipo (*RD-1*) han sido ya descritas. El valor de mercado de los productos, para los que la tierra se emplea como un medio básico de producción, viene fijado por el precio de producción en la peor de las tierras —la tierra que tiene el precio de producción más alto debido a su combinación particular de fertilidad y ubicación—. Los productores con mejores tierras reciben así ganancias extraordinarias. Si suponemos que el capital se aplica igualmente a tierras de diferentes calidades, entonces las ganancias extraordinarias se pueden considerar como un rasgo *permanente*. Se pueden convertir en *RD-1* sin afectar a los valores del mercado. En otras palabras, la *RD-1* viene fijada por la diferencia entre los precios individuales de producción y el valor de mercado determinado por condiciones de producción sobre las peores tierras. En principio, esta concepción no difiere de la que avanzara Ricardo.

Ciertamente, Marx modifica a Ricardo hasta el punto de mostrar, cuando se toman en cuenta el doble efecto de la ubicación y la fertilidad,

¹⁴ En lo que sigue me apoyaré principalmente en la obra de Ball (1977) y más particularmente en la de Fine (1979).

que la agricultura puede expandirse con igual facilidad a tierras más fértiles (dependiendo de dónde se encuentren) y que, por tanto, el supuesto general de Ricardo de los ingresos decrecientes en la agricultura no está justificado. Es sin embargo interesante que el propio Marx eliminara la ubicación de su consideración y se concentrase únicamente en la fertilidad a la hora de elaborar su argumento (*El capital*, vol. III, pp. 605-606). Esta exclusión no es totalmente inocente. Las ventajas de localización son tan importantes para ciertas ramas de la industria como lo son para la agricultura y esto socava la excepcionalidad de la agricultura. Sucede también que la «permanencia» de la ventaja de localización viene permanentemente modificada por las inversiones en transporte y por los cambios en la distribución geográfica de la actividad económica y de la población. Las ventajas de localización vienen así modificadas por razones que pueden no tener nada que ver con la agricultura *per se* y que por lo general quedan siempre al margen del control de los productores individuales. Los cambios se producen como resultado de procesos sociales de gran complejidad y extensión, si bien debemos advertir el importante papel que desempeña la especulación con las rentas de la tierra (de todo tipo). En cualquier caso, Marx elimina de la escena la especulación (*El capital*, vol. III, pp. 719-720), así como la ubicación y la competencia de usos diferentes. En el último epígrafe nos ocuparemos de estos asuntos.

Dados estos supuestos simplificadores, la *RD-1* resulta fácil de interpretar. Refleja las condiciones materiales que hacen que los diferenciales de fertilidad sean rasgos permanentes de la producción. Los propietarios de tierras que se apropian de *RD-1* asumen una posición neutral respecto de la determinación del valor de mercado y, por tanto, se les puede exonerar de toda culpa por retardar la acumulación, así como por cualquier otro trastorno social.

Esta interpretación experimenta una considerable modificación cuando introducimos la segunda forma de renta diferencial (*RD-2*). Resulta bastante fácil elaborar una versión de la *RD-2* aislada de la *RD-1*. Esta simplemente expresa los efectos de las aplicaciones diferenciales del capital a tierras de igual fertilidad, pero Marx insiste en que la *RD-1* se debe ver siempre como la base para la *RD-2*, al tiempo que todo el empuje de su investigación se dirige a descubrir exactamente cómo las dos formas de renta «actúan como límites recíprocos» (*El capital*, vol. III, p. 840). Al final, lo que cuenta es la relación entre las dos formas de renta. Y estas relaciones no son fáciles de desenredar. Es aquí donde Marx se aparta más radicalmente de Ricardo y hace su contribución original a la teoría de la renta en general.

Comenzamos, no obstante, con el caso más simple. Si la tierra tuviera igual fertilidad en todas partes (y la localización no tuviera ningún efecto), la *RD-1* no existiría. Si todos los productores invirtieran exactamente la

misma cantidad de capital en su tierra —llamando a esto capital «normal» invertido—, no habría tampoco *RD-2*. Pero si algunos productores invierten más que el capital «normal» y obtienen ingresos proporcionales al capital invertido, el precio individual de la producción sería más bajo que el valor de mercado fijado por la aplicación del capital «normal». Todas o algunas de estas diferencias pueden ser apropiadas como *RD-2*.

Consideramos aquí el flujo de capital organizado por los productores que emplean tierra como medio de producción. Suponemos que la agricultura está organizada completamente sobre una base capitalista y que «no hay suelo que de producto alguno sin inversión de capital» (*El capital*, vol. III, p. 806). El problema es entonces entender la lógica que dirige el flujo de capital hacia la agricultura consideradas las condiciones peculiares de la tierra en tanto medio de producción, así como del fenómeno de la propiedad privada de la tierra. Esta es, evidentemente, la más importante de todas las tareas que enfrentamos a la hora de construir una teoría de la renta de la tierra en su forma distintivamente capitalista. Aquí el capital, concebido como un flujo de valor, se enfrenta a la circunstancia peculiar de que debe fluir activamente a través de la propia tierra (que es propiedad de otro) a fin de realizar el plusvalor.

Podemos pasar inmediatamente a hacer ciertas observaciones. El flujo de capital dependerá en parte del ritmo de la acumulación y de la concentración de capital dentro de la agricultura, pero también será sumamente sensible a la existencia de un sistema de crédito y a las condiciones generales que prevalecen dentro de los mercados capitalistas, «en periodos de escasez no bastará con que el suelo sin cultivar dé al arrendatario la ganancia media», mientras que «en otros periodos, de plétora de capital, este afluye en torrente a la agricultura, inclusive sin un alza del precio de mercado» (*El capital*, vol. III, p. 875; cf. pp. 771-772, 789-790). Para simplificar, mantenemos constantes estas condiciones externas, aunque la conexión entre la tendencia a la sobreacumulación (capítulo VII) y las mejoras del capital fijo en la agricultura (capítulo VIII) se deben mencionar como algo de gran importancia potencial. También debemos señalar la posibilidad de algunas formas peculiares de circulación que surgen cuando los terratenientes son también financieros, lo que sucede algunas veces. En esos casos, el dinero de las rentas apropiadas por los terratenientes puede circular directamente de vuelta a la agricultura como crédito. El terrateniente recibe así renta e interés, mientras que el productor queda confinado a las ganancias de la empresa que, bajo condiciones particularmente represivas, pueden terminar siendo más parecidas al sueldo de un gerente.

En todo caso, lo más importante para nuestro actual propósito es considerar las implicaciones de los cambios en el flujo «normal» del capital. Este, señala Marx, puede modificarse gradualmente como resultado

de inversiones sucesivas: «Apenas el nuevo tipo de explotación se haya impuesto al punto de convertirse en el tipo de explotación normal, el precio de producción disminuye» (*El capital*, vol. III, p. 807). La base de la *RD-2* se verá así probablemente socavada con el paso del tiempo. Dado que la *RD-2* es el producto de los cambios de los flujos de capital sobre la tierra, también se le debe considerar, al menos en el primer caso, como un efecto transitorio y no como un efecto permanente. ¿Cómo es posible entonces que los terratenientes estén en posición de apropiarse de la *RD-2*? El caso más obvio, pero el menos interesante, surge cuando las inversiones crean mejoras permanentes (porque las inversiones sucesivas, como ya hemos visto, se basan unas en otras en vez de devaluarse entre sí). «Estas mejoras, aunque sean obra del capital, actúan como si se tratase de la calidad natural diferencial de la tierra misma» (p. 812), pero lo que sucede es que la inversión destruye el supuesto de una «igual fertilidad», creando así una base para la apropiación de la *RD-1*. Después de todo, la fertilidad es un producto social. La *RD-2* se convierte directamente en *RD-1*.

Los casos más interesantes surgen porque la *RD-2* «su base y su punto de partida, no solo histórico, sino en la medida en que afecta a su movimiento en cualquier momento dado, lo constituye la renta diferencial 1» (*El capital*, vol. III, p. 773). Vemos aquí que la *RD-2* puede ser objeto de apropiación únicamente sobre la base de la *RD-1*. Es esta última la que convierte las cualidades de la primera, de otro modo transitorias, en cualidades lo bastante permanentes como para permitir que se produzca una apropiación de rentas. Veamos cómo puede ser esto.

En tanto la fertilidad «económicamente implica siempre, pues, una relación», cambia con el «estado concreto de desarrollo» (*El capital*, vol. III, p. 748; este libro, p. 436). Las peores tierras no pueden identificarse así independientemente de la aplicación «normal» del capital (y de la tecnología y métodos que vienen con ella). Sin embargo, el capital «normal» debe también variar de acuerdo con la naturaleza del suelo (lo que es «normal» para suelos arcillosos no sería indicado para la tierra negra ligera, suponiendo que se produzca la misma mercancía). El concepto de capital «normal» llega a tener tantos matices como las fertilidades a las que se aplica ese capital. El caso «normal» es, por tanto, el resultado de la desigual aplicación de capital a tierras de fertilidad desigual. Marx considera así lo que sucede cuando se hace una inversión extraordinaria de capital. Considera nueve casos, tabulados según el precio del mercado (que puede ser constante, creciente o decreciente) y según la productividad de la segunda inversión en relación con la primera (que puede aumentar, disminuir o permanecer constante). Dependiendo de la combinación particular, Marx es capaz de demostrar situaciones en las que «las peores tierras» se dejan en barbecho, siguen siendo la regla o son reemplazadas por tierras aún peores. La *RD-1*, que

originalmente fue concebida como el reflejo de diferenciales permanentes, se vuelve ahora variable según las condiciones de la oferta y la demanda (reflejadas en los movimientos de los precios de mercado), así como de la productividad del capital que fluye hacia la agricultura. Así podemos ver ahora, que incluso las inversiones de productividad decreciente llevarían a un aumento en el precio del mercado solo cuando esas inversiones se hacen en las peores tierras (pp. 777-778). Dado que el aumento de las inversiones se dirige normalmente a las mejores tierras, es enteramente posible que la mayor concentración de la producción en las mejores tierras conlleve, incluso bajo condiciones en las que las inversiones provocan la disminución de los ingresos, una caída en los precios del mercado y una disminución de la $RD-1$, dado que la producción en las peores tierras cesa por completo (el regulador de los precios de mercado se desplaza hacia tierras mejores).

Todo esto tiene dos implicaciones inmediatas. Primera, como dijo Fine (1979, p. 254), «no hay una presunción de que la interacción de $RD-1$ y $RD-2$ sea simplemente aditiva». Vemos claramente cómo las dos formas de renta, de hecho, «sirven simultáneamente para limitarse entre sí». Por la misma razón, sin embargo, llega a ser imposible para el terrateniente o el capitalista separar las dos formas de renta, distinguir lo que se debe al flujo de capital y lo que se le debe a los efectos «permanentes» de las diferencias naturales en fertilidad. La verdadera base para la apropiación de la renta se vuelve opaca. Al final, el terrateniente se apropia de la renta diferencial sin conocer su origen, pero la forma exacta en que lo hace tiene implicaciones para los precios del mercado, así como para la acumulación del capital. Es aquí donde queda clara la segunda implicación del argumento de Marx, la más interesante.

Consideremos el caso de la productividad decreciente del capital adicional aplicado a los peores suelos. «Que el precio de producción se haya nivelado para convertirse en precio medio o que el precio de producción individual de la segunda inversión se vuelva el precio regulador» depende totalmente de si «el terrateniente tiene tiempo para fijar como renta la ganancia excedente [...] en tanto que se cubre la demanda» al precio dictado por la segunda inversión (*El capital*, vol. III, p. 848). La intervención de los propietarios de tierras afecta aquí al valor del mercado; la posición neutral del terrateniente respecto de la acumulación se ve así socavada.

Consideremos, a fin de establecer un contraste, el caso de un capital adicional de productividad decreciente o incluso negativa que se aplica a tierras de superior calidad cuando el valor de mercado sigue siendo constante en un nivel fijado por las condiciones de producción en las tierras de peor calidad. En ausencia de apropiación de rentas, «esto quiere decir que se podrá seguir invirtiendo durante mucho tiempo capital adicional

infraproductivo e incluso con creciente infraproductividad, hasta llegar el momento en que el precio individual de producción por *quarter* producido en las tierras mejores, sea igual al precio general de producción», eliminando así la ganancia extraordinaria y la renta diferencial sobre la tierra de superior calidad. Sin embargo, «bajo la ley de la propiedad de la tierra [...] el caso en el que el capital suplementario solo produce ya al precio de producción general habría constituido el límite. Por encima de ese límite, debería cesar la inversión suplementaria de capital en el mismo suelo [...] De esa manera queda impedida la nivelación del precio medio individual en caso de subproductividad» (*El capital*, vol. III, p. 838). En ese caso parece que la intervención de la propiedad de la tierra y la apropiación de la renta tienen un efecto benéfico para la acumulación. Impiden el flujo de capital por canales que de lo contrario no producirían plusvalor (aunque tampoco beneficio).

Finalmente, vamos a comparar el efecto de las relaciones de propiedad en «países con civilizaciones más maduras», donde existe un «precio de reserva» de algún tipo sobre las tierras sin cultivar, y los países en los que el capital puede fluir con el único obstáculo de los costes de roturación de nuevas tierra. Es obvio que esto último llevará a formas extensas de inversión y lo primero a formas intensivas (*El capital*, vol. III, p. 769). Sin embargo, «la concentración de capital en una superficie de tierra menor hace que aumente la cuantía de la tierra por acre, allí donde, en igualdad de circunstancias, su diseminación en una superficie de tierra mayor no produciría este mismo efecto». En consecuencia, «en dos países cuyos precios de producción sean idénticos, en los que también lo sean las diferencias entre los tipos de tierra y en los que se haya invertido la misma masa de capital, solo que en uno de ellos se haya hecho más en la forma de inversiones sucesivas en una superficie de terreno restringida, mientras que en el otro se haya efectuado en forma de inversiones coordinadas en una superficie más amplia, la renta por acre sería mas alta en el primer país y más baja en el segundo a pesar de ser la misma masa de renta en ambos países» (*El capital*, vol. III, p. 791).

La propiedad puede tener efectos positivos, negativos o neutrales sobre los precios de mercado, la acumulación de capital, el grado de dispersión de la producción, etc. Una conclusión subsidiaria de todo esto es que la renta diferencial puede surgir, bajo ciertas condiciones, incluso en las peores tierras (*El capital*, vol. III, cap. XLIV).¹⁵ Marx había llegado a esas conclusiones generales hacía mucho tiempo sin ninguna prueba que las respaldara. «La renta», escribió, «quizá no determine el precio del producto directamente, pero determina el método de producción: una gran cantidad

¹⁵ Fine (1979, pp. 266-268) examina cómo puede surgir la renta sobre las peores tierras.

de capital se concentra en un lote pequeño de tierra, o una cantidad más pequeña de capital se difunde sobre un terreno más grande, o si produce este o aquel tipo de producto» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. III, p. 515). La apropiación de la renta se puede ver de diversas formas como socialmente necesaria, como totalmente nociva o como indiferente en relación con la acumulación de capital. Esta conclusión nos ayuda a entender el papel contradictorio de la propiedad de la tierra y de la apropiación de la renta en el capitalismo.

5. El papel contradictorio de la renta y de la propiedad de la tierra en el modo de producción capitalista

El monopolio de la propiedad de la tierra, además de ser una «premisa histórica», es también una «base constante» para el modo de producción capitalista (*El capital*, vol. III, p. 709). La conclusión es que la apropiación de la renta y la existencia de la propiedad privada de la tierra son condiciones socialmente necesarias para la perpetuación del capitalismo. Es necesario establecer firmemente la base de esa necesidad social. Podemos explicar así por qué la fuerza revolucionaria del capitalismo, que con tanta frecuencia destruye las demás barreras sociales que están en su camino, ha dejado intacta la propiedad de la tierra (si bien en un estado transformado) y ha permitido la apropiación de rentas (una parte del plusvalor que de otra modo se sumaría al capital) por «una clase que ni trabaja ella misma, ni explota directamente a trabajadores, ni puede tampoco [...] recurrir a consuelos moralmente edificantes» para que su existencia persista (p. 943). En pocas palabras, ¿cuál es la base social real para la reproducción de la propiedad de la tierra en el capitalismo?

La respuesta de Marx es suficientemente clara:

La propiedad de la tierra no tiene nada que ver con el proceso real de producción. Su papel se restringe a hacer que una parte del plusvalor producido pase del bolsillo del capital al suyo propio. Sin embargo, el propietario de tierras desempeña un papel en el proceso capitalista de producción, no solo por la presión que ejerce sobre el capital, ni tampoco meramente por el hecho de que una gran propiedad de la tierra sea supuesto y condición de la producción capitalista —por constituir la expropiación al trabajador de las condiciones de trabajo— sino especialmente por el hecho de que él aparezca como personificación de una de las mas esenciales condiciones de producción (*El capital*, vol. III, p. 934).

Vamos a considerar ahora estos tres papeles de forma más cuidadosa.

5.1. La separación entre el trabajador y la tierra como medio de producción

«Si la tierra se hallase [...] a libre disposición de cualquiera, faltaría un elemento fundamental para la formación del capital [...] Desaparecería, con ello la productividad del trabajo en sentido ricardiano, es decir, en sentido capitalista, que es la producción de trabajo ajeno no retribuido» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, p. 33). Dado el carácter fundamental de la tierra como condición original de la producción, los que la trabajan deben ser atraídos de algún modo, o bien ser obligados, a entrar al intercambio de mercancías. La extracción de rentas de los campesinos por parte de los terratenientes desempeña un papel vital a la hora de obligarlos a desprenderse al menos de una parte de su producto en vez de consumirlos ellos mismos. Para lograr, sin embargo, el pleno dominio del capital sobre los trabajadores, se debe crear primero una fuerza de trabajo asalariada, un proletariado *sin tierra*. La acumulación originaria sobre la tierra produce trabajo asalariado. Una forma definida de propiedad de la tierra cumple este papel histórico y continúa cumpliéndolo en la medida en que lo requiere la ampliación y profundización del capitalismo en el escenario mundial. Cuando el capital se topa con situaciones en las que no existe propiedad privada de la tierra, debe tomar medidas activas para crearla a fin de asegurar la producción de trabajo asalariado. La necesidad de negar a los trabajadores el acceso a la tierra como medio de producción no disminuye de ningún modo con el avance del capitalismo. De hecho, sigue siendo una necesidad permanente a la hora de asegurar la reproducción de la relación de clase entre el capital y los trabajadores.

La barrera que la propiedad de la tierra plantea entre el trabajo y la tierra es socialmente necesaria para la perpetuación del capitalismo. No obstante, al plantearse la propiedad de la tierra como una barrera al trabajo, el capital crea también barreras contra sí mismo. Al hacer posible la reproducción del trabajo asalariado, la apropiación de la renta también se vuelve posible. Aquí reside una dimensión fundamental de la posición contradictoria de la propiedad de la tierra en el capitalismo.

5.2. La propiedad de la tierra y el principio de la propiedad privada

Los capitalistas pueden organizar la separación entre el trabajo y la tierra, simplemente asegurándose de que «la tierra no sea *common property*, que se enfrente a la clase obrera como una condición de producción que no le pertenece a ella, finalidad que se logra plenamente cuando la tierra se convierte en propiedad del Estado [...] en *common property* de la clase burguesa, del capital» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, p. 33). Esta propiedad

de la tierra por el Estado no debe confundirse con «la propiedad de la gente» que aboliría realmente toda la base de la producción capitalista (p. 104). Hay, no obstante, una seria barrera a que el Estado sea propietario de la tierra, así como a la abolición de la renta. Además del hecho práctico de que muchos miembros de la burguesía (incluyendo a los capitalistas) son terratenientes, «el ataque contra una forma de propiedad [...] resultaría peligroso para la otra forma» (pp. 33-34). La otra forma es la propiedad de los medios de producción, de los cuales el capital deriva su propio rango y legitimidad legal. La preservación e incluso el acrecentamiento de la propiedad privada de tierras cumple así una función ideológica y legitimadora para todas las formas de propiedad privada; de ahí la importancia, como argumentan algunos, de conferir el derecho a ser dueños de sus propias casas a los miembros de la clase trabajadora (se les confiere la posesión de un medio de consumo). Desde este punto de vista, podemos considerar la renta como un pago colateral que se permite a los terratenientes a fin de preservar la santidad e inviolabilidad de la propiedad privada en general. Este aspecto ideológico y jurídico de la propiedad de la tierra tiene implicaciones importantes, pero en sí mismo no es suficiente para explicar la forma capitalista de la renta o las contradicciones a las que da lugar la forma capitalista de la propiedad de la tierra.

5.3. La propiedad de la tierra y los flujos de capital

La propiedad de la tierra y la apropiación de la renta modifican considerablemente el flujo de capital hacia y a través de la tierra, tanto como condición, como medio de producción. Aunque se ha dicho mucho sobre la «barrera» que el capital terrateniente plantea al flujo de capital y de los efectos negativos de las apropiaciones de rentas sobre la acumulación, resulta que la propiedad de la tierra desempeña también un papel a la hora de obligar a colocar *adecuadamente* el capital en la tierra. La dificultad está en asegurar el incremento de este papel positivo y en restringir al mismo tiempo el negativo.

En lo que se refiere tanto al monopolio como a la renta absoluta, la propiedad de la tierra plantea barreras que son difíciles de justificar en relación con los requerimientos básicos del capitalismo. La apropiación de estas formas de renta se debe considerar así como una influencia totalmente negativa sobre la colocación adecuada de capital en la tierra y, en consecuencia, en la formación de precios de mercado válidos y el sostenimiento de la acumulación. Por esta razón, resulta obvio que al capital en general le interesa mantener las rentas absolutas y de monopolio dentro de límites estrictos, a fin de asegurar que sigan siendo pequeñas (tal y como Marx insistió que debían ser) y que se produzcan de forma esporádica.

El problema más interesante surge en el caso de la compleja interacción entre las dos formas de renta diferencial que, como vimos en el epígrafe anterior, puede tener efectos positivos, negativos o neutrales sobre la formación de los precios de mercado, la concentración y dispersión del capital, y la acumulación. Desafortunadamente, gran parte de la polémica contra las rentas de monopolio y la renta absoluta, así como contra el papel parasitario y superfluo del terrateniente en esas situaciones, se ha trasladado al análisis de la renta diferencial. Se han subrayado así los aspectos negativos de las intervenciones de la propiedad de la tierra y se ha prestado poca atención al papel positivo de coordinación del flujo de capital hacia y a través de la tierra en formas que apoyan ampliamente la acumulación ulterior. Vamos a considerar ahora a la propiedad de la tierra en sus aspectos positivos.

Uno de los «grandes logros del modo de producción capitalista», escribió Marx, fue el de «racionalizar la agricultura» a fin de que pudiera operar en una «escala social» por medio de la «aplicación científica consciente de la agronomía», capaz de generar el producto agrícola excedente tan vital para la acumulación del capital a través de la producción industrial. El logro de un correcto equilibrio en la división del trabajo entre la industria y la agricultura, y de una correcta colocación del trabajo social total de la sociedad en diferentes líneas de producción agrícola, depende básicamente de la capacidad del capital para fluir libremente hacia y a través la tierra (*El capital*, vol. III, pp. 710-711, 730). La forma que asume la propiedad de la tierra en el capitalismo, en contraste con todos los modos de control precedentes o alternativos sobre la tierra, parece ser un conjunto de arreglos totalmente adaptados a los requerimientos del capital. El hecho de que esos arreglos impliquen la apropiación de rentas sobre la tierra no conlleva ninguna diferencia. La tierra es liberada y transformada en un campo abierto para las operaciones del capital. Marx lo expresó de forma muy sucinta en *La miseria de la filosofía* (p. 159): «La renta, en vez de atar al hombre a la Naturaleza, meramente liga la explotación de la tierra a la competencia» —y, podríamos añadir, a la acumulación de capital—.

Hay un sentido en el que la apropiación de la renta diferencial incrementa la competencia en lugar de limitarla. Al gravar las ganancias extraordinarias que son relativamente permanentes, el terrateniente hace que se igualen las tasas de ganancia entre los productores de la competencia. Esos productores deben competir sobre la base de métodos nuevos (que, como los de la industria, se pueden generalizar rápidamente) más que sobre la base de ventajas «injustas» que se deben a los «dones gratuitos de la naturaleza» o a los resultados heredados de los esfuerzos humanos que se remontan a muchos siglos atrás. Cuando las ventajas injustas son eliminadas, la competencia obliga a los productores a desarrollar aún más

las fuerzas productivas y a racionalizar aún más la producción. Como veremos en el último epígrafe, este principio llega hasta la racionalización de la organización espacial del capitalismo a través de la competencia.

El problema es que no hay forma de asegurar que quienes se apropian de rentas tomen lo que les corresponde y solo lo que les corresponde. Podemos ver ahora cuán brillante fue el análisis de Marx. Las complejas interacciones de la *RD-1* (que evidentemente se deben al terrateniente) y de la *RD-2* (que, al menos parcialmente, se deben al capital) hacen imposible distinguir qué es lo que debe obtener cada uno de ellos; las relaciones reales se vuelven opacas. La existencia de la renta de la tierra no solo ata el uso de la tierra a la competencia y a todas las contradicciones que de ella provienen, sino que también introduce un tipo totalmente nuevo de dificultad a los procesos de reproducción del capitalismo. Lo que al principio parecía un pulcro instrumento para racionalizar la coordinación de la inversión en la tierra, se convierte en una fuente de contradicción, confusión e irracionalidad.¹⁶ Nuestra interpretación de la activa lucha entre los propietarios de tierras y los capitalistas se debe basar en estos antecedentes. Debe haber un proceso social de algún tipo que fije, clara y abiertamente, lo que se ha vuelto oscuro desde el punto de vista de las relaciones sociales reales de producción.

6. Las relaciones de distribución y la lucha de clases entre el terrateniente y el capitalista

El valor total anual en la sociedad capitalista se distribuye en forma de salarios, renta, interés, ganancias de la empresa e impuestos. ¿Cuál es la proporción equilibrada de la renta en este valor anual total y cómo se determina? La respuesta más obvia consiste en apelar al poder relativo de las diferentes clases y ver las relaciones de distribución como un resultado de la lucha de clases. Desde el punto de vista de la propiedad de la tierra, esa lucha es multidimensional porque el terrateniente se ve empujado contra todos los que usan la tierra: capitalistas (que usan la tierra como medio de producción o simplemente como soporte), campesinos, trabajadores, financieros, el Estado y otras fracciones de la burguesía. Puede apropiarse de la renta extrayéndola de los ingresos (dando lugar así a muchas formas secundarias de explotación) así como del plusvalor producido directamente por medio de la producción. Se supone que al terrateniente no le importa de dónde provenga la renta, en tanto la siga percibiendo.

¹⁶ Esto explica una cuestión que por lo demás resulta algo confusa en *El capital* (vol. III, pp. 711-716), cuando la propiedad de la tierra se considera, a la vez, como la gran racionalizadora de la producción agrícola y como la fuente de toda clase de efectos nocivos.

La investigación teórica de Marx sobre la renta de la tierra trata solo de las partes relativas del terrateniente y el capitalista en el plusvalor producido sobre la tierra. Sin embargo, nos invita a considerar la lucha evidente sobre las proporciones en distribución como una expresión de fuerzas más profundas que circunscriben los poderes relativos de las clases implicadas.

Tomemos como ejemplo la relación entre los terratenientes y los agricultores productivos. Si consideramos a estos últimos como trabajadores independientes, que controlan su propio proceso de producción, entonces los terratenientes existen en una relación directa de explotación sobre ellos mismos, teniendo toda clase de incentivos para extraerles la mayor cantidad posible de renta a fin de obligarlos a trabajar más y producir más mercancías. La lucha entre el terrateniente y el campesino se libra directamente y es la fuerza lo que decide el resultado.¹⁷ El interés del capital, siempre que logre una provisión adecuada de alimentos baratos y materias primas baratas, pasa por aliarse con los terratenientes y promover así niveles cada vez más altos de explotación de la tierra.

La situación es muy diferente cuando los terratenientes cobran rentas a los capitalistas que emplean tierra como medio de producción. Los primeros podrían, si son suficientemente poderosos, apropiarse de gran parte de la ganancia de los capitalistas. No obstante nos topamos aquí con circunstancias limitantes que modifican materialmente las relaciones de clase. Los terratenientes no pueden obligar a los capitalistas a invertir de la misma forma en que pueden obligar a los campesinos a trabajar. Además, cuanto más alta sea la renta obtenida, más disminuirá el flujo de capital sobre la tierra, por lo que el incremento de la renta es evidentemente una táctica suicida por parte del terrateniente. De hecho, si observamos más de cerca este proceso, vemos que los terratenientes tienen fuertes incentivos para abrir la tierra a los flujos de capital. Después de todo, el valor de uso de la tierra es lo que permite la apropiación de la renta a su dueño, y lo que importa es la renta por hectárea. El valor de uso de la tierra para el capitalista es el de un medio para la producción de plusvalor: lo que importa es la renta con respecto del capital adelantado y el plusvalor producido. La diferencia entre las dos perspectivas permite que exista un «terreno de compromiso». Por ejemplo, la renta sobre la tierra puede continuar aumentando al mismo tiempo que la tasa de renta sobre el capital avanzado permanece constante o incluso disminuye (*El capital*, vol. III, p. 633). Bajo ciertas circunstancias, el terrateniente tiene un fuerte incentivo para permanecer pasivo y reducir las barreras que la propiedad de la tierra plantea a la circulación del capital.¹⁸

¹⁷ Los terratenientes tratan de sacar el equivalente del plusvalor absoluto en forma de mercancías más bien que como trabajo directamente. La analogía entre la lucha de los terratenientes con los campesinos y la lucha por la jornada de trabajo resulta útil.

¹⁸ Se deduce de inmediato el presupuesto de que los terratenientes deberían maximizar la extracción de rentas de los campesinos, al tiempo que contienen la apropiación de rentas de

La relación entre el capital y la propiedad de la tierra no se reduce así a una armonía perpetua. No es fácil distinguir, por ejemplo, entre los campesinos que producen y los productores capitalistas independientes. Tampoco los terratenientes son necesariamente lo bastante sofisticados como para ver la conveniencia de modificar su estrategia de maximizar las rentas que obtienen de los campesinos a la hora de ajustar sus miras cuando se trata del capital. Igualmente, el desarrollo del trabajo social «aumenta directamente la demanda de la propia tierra»; los propietarios de tierras adquieren así «la facultad [...] de apropiarse de una parte creciente» del plusvalor producido (*El capital*, vol. III, pp. 732-734). Bendecido con esa capacidad, ¿por qué el terrateniente se resistiría a usarla? El terrateniente se ve perpetuamente atrapado entre la evidente estupidez de tomar demasiado poco y los castigos que le esperan por tomar demasiado.

La misma tensión se cierne sobre las condiciones de contratación relativas a las mejoras permanentes. Aunque el capitalista sea quien haga las mejoras, estas «entran [...] en propiedad del terrateniente» tan pronto como «ha expirado el tiempo de arrendamiento de un contrato». Por ejemplo, el interés sobre los edificios «está en manos del capitalista industrial, el especulador de bienes raíces, o el arrendatario mientras dure el contrato», pero luego «pasa a manos del terrateniente junto con la tierra, y así incrementa su renta». Aquí está «uno de los secretos [...] del enriquecimiento progresivo de los terratenientes, del incremento constante de sus rentas y del creciente valor en dinero de sus tierras». Aquí está también, no obstante, «uno de los mayores obstáculos que se oponen a una agricultura racional», así como a todas las demás formas de inversión en el entorno construido, ya que el arrendatario «evita todas las mejoras y desembolsos cuyo reflujo total no es de esperar durante el lapso de su arrendamiento» (*El capital*, vol. III, p. 713).

La lucha por la duración y los términos del arrendamiento y la justa compensación por el capital invertido en mejoras permanentes se convierten, como era de esperar, en el problema contractual básico en la relación entre el capital y el terrateniente. Como ocurre con el contrato sobre la jornada de trabajo (tan esencial en la relación entre el capital y el trabajo), aquel viene en última instancia regulado por el Estado, ya sea por medio de la legislación o de la jurisprudencia.

El resultado de esta lucha tiene importantes implicaciones para la acumulación. Si el capital adquiere un derecho perpetuo a las mejoras permanentes que crea él mismo, entonces las ganancias extraordinarias se

los capitalistas. Postel-Vinay (1974) proporciona una gran masa de evidencias que sostienen esta idea. Rey, no obstante, malinterpreta el significado de estos hallazgos y los considera, por eso, incompatibles con la teoría de la renta de Marx.

convierten en una característica permanente en lugar de transitoria dentro de la competencia por el plusvalor relativo. Esto embota las fuerzas que vinculan la explotación de la tierra a la competencia. La asignación de trabajo social a estas o aquellas actividades quedará así distorsionada en comparación con la acumulación en equilibrio. El resultado será seguramente una sobreconcentración de actividades en el espacio. Surgirán así una serie de graves desequilibrios dentro del proceso de acumulación capitalista.

La teoría de la renta de la tierra ilustra que tales consecuencias solo se pueden evitar si los propietarios de la tierra se apropian sin consideraciones de las ganancias extraordinarias que se obtienen de cualquier tipo de ventaja permanente, haya sido o no creada por los seres humanos. Sin embargo, si el terrateniente se apropia de estas ventajas demasiado rápido o brutalmente, también se mitigará el estímulo para hacer nuevas inversiones. ¿Es acaso posible identificar un punto de equilibrio entre estos dos requerimientos contrarios? El punto más obvio a considerar es el momento en el que la inversión ya ha sido plenamente amortizada. Ese punto es, sin embargo, difícil, si no imposible de identificar, dado que la vida física de estas inversiones es sumamente larga, mientras que la vida económica sufre todas las ambigüedades con las que se encuentra la circulación del capital fijo en general (véase el capítulo VIII). En la medida en que la vida del capital se estandariza de acuerdo con la tasa de interés y que la renta se asimila al interés en forma de capital ficticio, el conflicto viene regulado por al menos un tipo de proceso social (aunque la tasa de interés, como vimos en los capítulos IX y X, no es exactamente un regulador coherente o libre de contradicciones).

Las evidentes tensiones implicadas en todo esto tienen diferentes soluciones posibles. Quizá la más interesante, desde el punto de vista de la historia social del capitalismo, es la granja familiar ocupada por el dueño. Bajo este sistema, los productores pueden ser al mismo tiempo capitalistas y terratenientes, y así el conflicto entre los dos roles parece desaparecer. Marx considera esa situación como algo excepcional y fortuito (*El capital*, vol. III, pp. 856-857) y es difícil rebatir su razonamiento. Los dueños que ocupan sus tierras están sujetos al precio de compra de estas e incluso cuando la tierra ha ido pasando de mano en mano libremente a través de muchas generaciones, el ingreso al que se renuncia en virtud del capital ficticio incorporado al «valor» de la tierra no puede hacerse a un lado a la ligera. En muchos casos la ocupación del dueño nominal oculta una relación hipotecaria (equivalente a la renta) y una relación de crédito (equivalente al interés sobre el capital prestado para la producción corriente), dejando al dueño y al ocupante solo con la ganancia de la empresa. En tanto la propiedad de la tierra garantiza la circulación del capital a interés, las modernas formas de ocupación de los propietarios en la agricultura

simplemente logran todo lo que se podría esperar bajo las relaciones sociales del capitalismo. De hecho, aquí pueden surgir algunas formas curiosas de circulación que merecen una investigación más detallada. Si los productores cultivan bajo contrato, realizan gran parte del trabajo ellos mismos y contraen fuertes deudas con las instituciones financieras por el pago de la hipoteca y el crédito sobre las operaciones corrientes, el ocupante y el propietario nominal quizá debería considerarse como un gerente o incluso como un trabajador que recibe una especie de participación «a destajo» en el plusvalor total producido. Es importante, como siempre, ir más allá de la apariencia superficial y establecer las relaciones sociales reales de producción que prevalecen.

La lucha entre el capitalista y el terrateniente se produce de forma obvia en tres ámbitos; 1) en las condiciones de contratación que regulan el uso de la tierra; 2) en la magnitud de la renta y 3) en la duración del arrendamiento y la compensación por las mejoras, aun cuando haya otras consideraciones más generales que afectan a los arreglos distributivos. Los ingresos del terrateniente (las rentas) forman parte de los ingresos generales de la burguesía. Estos ingresos pueden reservarse o ponerse de nuevo en circulación. En el primer caso, la circulación de capital en general corre el riesgo de verse gravemente alterada. En el segundo, los ingresos pueden continuar circulando por medio de la compra de servicios, de artículos de lujo y cosas por el estilo, o convertirse en capital dinero, que fluye a la producción y al consumo por la vía del sistema de crédito. El modo en que se empleen los ingresos tiene importantes consecuencias.

Los ingresos que fluyen de vuelta a la compra de artículos de lujo pueden desempeñar un papel importante a la hora de estimular la demanda efectiva, aunque no, como ya hemos visto (capítulo III), para resolver el problema de la «realización» del capital. Los terratenientes en este caso operan también como una de las «clases consumidoras» de la sociedad, cuyas actividades son integradas dentro de la dinámica global de la circulación de capital. Dada, sin embargo, su ubicación dentro de este sistema, no es difícil ver que sus actividades alteran la proporcionalidad requerida entre la agricultura y la industria, la ciudad y el campo y entre la producción de mercancías salario básicas (comida en particular) y artículos de lujo.

Resulta más interesante considerar el uso de los ingresos del terrateniente como capital dinero. Este uso sugiere un fuerte vínculo potencial entre los propietarios de tierras y la banca —un vínculo fácilmente observable y que tiene gran importancia en la historia capitalista—. También señala un poderoso potencial a la hora de movilizar los excedentes más allá del terruño (obligando a los productores a entrar en el intercambio de mercancías), al mismo tiempo que centralizan el capital, si bien en manos de los terratenientes, a través de la apropiación de la renta de innumerables

pequeños productores. En la medida en que esos terratenientes emplean el capital que han centralizado de un modo productivo, antes que vivir de la promisión de la tierra dedicándola al consumo conspicuo, desempeñan un papel vital y central en la historia de la acumulación.

De hecho, uno de los triunfos del capitalismo ha sido obligar a los propietarios de tierras a desempeñar ese papel positivo como condición de su supervivencia. Aparece aquí, no obstante, una línea mucho más general de la lucha de clases, ya que los propietarios de tierras no están necesariamente dispuestos a considerar la tierra como un puro activo financiero, ni a usar el poder del dinero que han centralizado simplemente como dinero puesto en circulación como capital. A fin de cuentas, el poder social del dinero estaba destinado a dominar sobre el poder social de la tierra. El uso de la tierra para adquirir dinero ha sido durante largo tiempo la meta de los sectores más dinámicos de la clase terrateniente. A la larga esto ha supuesto simplemente la fusión de los terratenientes con los arrendadores de todo tipo.¹⁹ Los terratenientes han perdido su papel autónomo e independiente y se han transformado necesariamente en una fracción del propio capital. Las luchas históricas entre los terratenientes y los industriales en la Inglaterra del siglo XIX y las luchas de parecido carácter que continúan dándose en muchas otras partes del mundo, deben verse contra el trasfondo de esa transformación necesaria que asimila a ambos polos dentro del marco de la circulación del capital que devenga interés. En este proceso, la proporción de la renta en el plusvalor total producido es cada vez menos el producto del conflicto abierto entre dos clases sociales casi independientes, interiorizándose cada vez más en la lógica que fija la circulación del capital a interés entre las diversas formas de capital ficticio que surgen dentro del modo de producción capitalista. Esto nos lleva directamente a la forma y el motivo por los que el capital a interés llega a circular a través de la propia tierra.

7. El mercado de tierras y el capital ficticio

Marx no emprendió ningún análisis en detalle de los mercados de tierras. Dio prioridad a construir la teoría de la renta de la tierra, en tanto consideró que era allí donde residía el verdadero reto teórico. De la misma forma, no obstante, en que atribuir el origen del dinero a las diferentes formas de valor incorporado en las mercancías no dice todo lo que hay que decir sobre el papel del dinero y del crédito, vincular el origen del precio de la tierra a una renta capitalizada de la tierra no agota todo lo que de

¹⁹ Spring (1963) y Thompson (1963) documentan la absorción gradual de la aristocracia terrateniente británica a las filas de la burguesía como capitalistas, financieros, etc.

importante se puede decir sobre los mercados de tierras en el capitalismo. Los mercados de tierras exhiben características peculiares, al tiempo que realizan importantes funciones. Merecen un análisis por propio derecho.

La teoría de la renta de la tierra resuelve el problema de cómo la tierra, que no es un producto del trabajo humano, puede tener un precio e intercambiarse como una mercancía. La renta de la tierra, capitalizada como interés sobre cierto capital imaginario, constituye el «valor» de la tierra. Lo que se compra y se vende no es la tierra, sino el derecho a la renta que produce. El dinero que se desembolsa equivale a una inversión que produce intereses. El comprador adquiere un derecho sobre los ingresos futuros previstos, un derecho sobre los futuros productos del trabajo. En pocas palabras, el derecho a la tierra se convierte en una forma de capital ficticio (véanse las pp. 356-360 de este libro). «Si el capital es prestado a otro como dinero, tierra, casa, etc., se convierte como capital en mercancía, o la mercancía puesta en circulación es el capital como capital» (*Grundrisse*, vol. II, p. 131). Esto es lo que ya hemos establecido.²⁰

Las fuerzas básicas que regulan el precio de la tierra y sus accesorios son la tasa de interés y los ingresos futuros previstos en tanto rentas. Los movimientos en la tasa de interés imponen fuertes ritmos temporales y conllevan fluctuaciones en los precios de la tierra dentro de una estructura global definida por la relación entre la acumulación de capital y la oferta y demanda de capital dinero (véanse los capítulos IX y X). Las tendencias a largo plazo de la bajada de la tasa de interés o los excesos temporales de capital dinero dan por lo general como resultado el incremento de los valores de la tierra (permaneciendo constantes las rentas).

Los cambios previstos en las rentas futuras, ligados a los flujos futuros de capital, así como al trabajo futuro, afectan igualmente a los precios de la tierra y de la propiedad. Por esta razón, incluso la tierra que no se usa puede adquirir un precio (*El capital*, vol. III, pp. 761-768). El elemento especulativo siempre está presente en el comercio de tierras. La importancia de esto tiene que determinarse ahora, si bien Marx excluye por lo general la especulación de su esfera de acción. Marx nos ofrece, sin embargo, un ejemplo interesante. En el caso de la construcción de viviendas en las ciudades que crecen rápidamente, señala, la ganancia que se obtiene por construir es sumamente pequeña, «sus principales ganancias salen de las subidas de las rentas», de tal manera que «la renta de la tierra, y no la casa, es el objetivo real de los especuladores de la construcción» (*El*

²⁰ Los incentivos sociales para conservar la tierra —prestigio, importancia simbólica, tradición, etc.— también son muy importantes en la práctica, pero los excluimos aquí de esta consideración en tanto no tienen raíces directas dentro de una pura teoría del modo de producción capitalista.

capital, vol. III, pp. 880-881; vol. II, p. 359). Los tenedores de suelo no asumen en absoluto una actitud pasiva en este caso. Desempeñan un papel activo cuando crean las condiciones que permiten apropiarse de las rentas futuras. El adelanto del capital y la aplicación del trabajo en el presente aseguran un incremento en las rentas futuras.

Este caso tiene más importancia de lo que aparentemente creyó Marx. Al perseguir activamente la apropiación de valores, los propietarios de tierras pueden forzar nuevas configuraciones de la producción sobre el suelo e incluso forzar la producción de plusvalor a una escala y con una intensidad que quizá no se producirían de otro modo. Por supuesto, al hacerlo condenan el trabajo futuro a grados siempre crecientes de explotación en nombre de la propia tierra. La función activista del capital ficticio que opera sobre la tierra y las contradicciones que engendra merecen un escrutinio cuidadoso. Este realiza ciertas funciones importantes de coordinación y, de este modo, legitima y justifica la apropiación de rentas dentro de la lógica global del modo de producción capitalista.

La circulación del capital a interés a través de los mercados de tierras coordina el uso de la tierra con la producción de plusvalor de la misma forma que ayuda a coordinar las asignaciones de fuerza de trabajo y a igualar la tasa de ganancia a través de diferentes líneas de producción. Las peculiaridades de la tierra añaden algunas fricciones a este proceso. En la práctica se necesita poco para obligar a los capitalistas a renunciar a las ventajas relativamente permanentes (de fertilidad o de ubicación) que disfrutaban en determinada parcela de tierra para promover un uso diferente, pero que ofrezca rentas más altas, particularmente si los beneficios que se obtendrían de invertir en ese cambio se perciben inmediatamente en forma de rentas más altas. La situación cambia materialmente si el capital a interés circula a través de los mercados de tierra buscando continuamente rentas futuras más altas y fija correlativamente los precios de la tierra. En ese caso, la circulación del capital a interés promueve actividades sobre la tierra que se ajustan a usos mejores y de mayor calidad, no simplemente en el presente, sino también en cara a la producción futura de plusvalor. Los propietarios de tierras que las tratan como un puro activo financiero realizan exactamente una tarea de este tipo. Coaccionan al capital (elevando las rentas, por ejemplo) o cooperan con él para asegurar la obtención de rentas más altas sobre la tierra. En el caso de una alianza activista entre el terrateniente y el capitalista, el primero adopta el papel del promotor que trata de obtener rentas más altas, mientras que el capitalista captura las ganancias.²¹ Las situaciones de este tipo, que menciona Marx, pueden

²¹ Lamarche (1976) proporciona una de las mejores exposiciones teóricas del papel del promotor, desde una perspectiva marxista

aparecer con relativa facilidad: las rentas incrementadas pesan mucho más que las ganancias que se pueden obtener de la inversión directa.

Por medio del esfuerzo continuo por dar a la tierra su «uso más alto y mejor», los propietarios de tierras crean un mecanismo de selección que dirime entre los distintos usos de la tierra y obliga a que se les asigne capital y trabajo, lo que quizá no ocurriría de otra manera. Con vistas al futuro, los propietarios también inyectan al uso de la tierra una fluidez y un dinamismo que sería difícil de generar de otra forma. Cuanto más empuje tengan los propietarios de tierras en este aspecto, más activo será el mercado de tierras y más se ajustará el uso de la tierra a los requerimientos sociales —y por tanto a la acumulación de capital—.

Podemos ahora trazar una explicación completa que incluya el papel de los terratenientes y la apropiación de la renta en el capitalismo. La apropiación de la renta no es solo socialmente necesaria, sino que los terratenientes necesariamente deben tomar un papel activo en la búsqueda de rentas más altas. No hay nada incongruente en esa conducta, siempre y cuando, naturalmente, se trate a la renta simplemente como un activo financiero, una forma de capital ficticio abierto a todos los inversionistas. Cuanto más libre esté el capital a interés para vagabundear en busca de títulos sobre futuras rentas de la tierra, mejor podrá cumplir con su papel coordinador.

Al mismo tiempo, cuanto más abierto sea el mercado de tierras, con mayor temeridad podrá el capital dinero excedente construir pirámides de títulos de deuda y tratar de realizar sus exageradas expectativas por medio del pillaje y la destrucción de la propia tierra. La inversión en apropiación, tan necesaria para el desempeño de estas funciones coordinadoras, es aquí, como en otras partes, «la fuente de toda clase de tácticas enloquecidas» y la fuente de distorsiones potencialmente graves. La especulación sobre la tierra puede ser necesaria para el capitalismo, pero las orgías especulativas se convierten periódicamente en una fuente de destrucción para el propio capital.

El significado de estos poderes de coordinación, junto con sus consecuencias negativas, son particularmente evidentes cuando se trata el problema de la organización espacial, un tópico que Marx también suele excluir de su campo de acción teórico, salvo como interés periférico. El mercado de tierras da forma a la asignación de capital sobre la tierra y de este modo da forma a la estructura geográfica de la producción, el intercambio y el consumo, la división técnica del trabajo en el espacio, los espacios socioeconómicos de reproducción, etc. Los precios de la tierra proporcionan señales a las que pueden responder diversos agentes económicos. El mercado de tierras es una poderosa fuerza que sirve para racionalizar las estructuras geográficas en relación con la competencia.

Los propietarios de tierras desempeñan además un papel activo en el proceso de estructuración y reestructuración geográfica, siempre y cuando, naturalmente, traten la tierra como un puro activo financiero. Consideremos las relaciones de transporte. El estímulo de su revolución surge de la necesidad de disminuir el tiempo de circulación de las mercancías, de ampliar geográficamente los mercados y así hacer posible que resulten más baratas las materias primas, ampliando la base de realización, al mismo tiempo que se acelera el tiempo de rotación del capital. Si la renta depende de la ubicación relativa y la ubicación relativa debe transformarse de acuerdo con las mejoras en el transporte, entonces la inversión en transporte debe dirigirse a incrementar el valor de la tierra en las zonas próximas. Los propietarios de tierras están condenados a ganar (o a perder) de forma acorde. Tienen fuertes intereses creados en el cuándo y el dónde de las inversiones en transporte. Incluso pueden estar dispuestos a promover estas inversiones a pérdida (preferiblemente con el dinero de otras personas o por medio de la intervención del Estado) a fin de beneficiarse de rentas más altas. Los terratenientes ingleses aprendieron este truco hace mucho tiempo y este ha seguido siendo una faceta básica del capitalismo desde entonces.

Por lo general, los propietarios de tierras se ven empujados a competir por esa particular pauta de desarrollo, ese particular paquete de inversiones y actividades, que tiene más probabilidades de incrementar las rentas futuras. La formación de un cierto patrón geográfico de uso de la tierra depende de la competencia entre los terratenientes por rentas más altas. Las coordinaciones hechas posibles por la existencia de mercados de tierras y señales de precios son, en este sentido, de vital importancia.

No obstante, el carácter anárquico de esa competencia puede tener fuertes consecuencias negativas. Los capitalistas excedentes pueden ponerse a trabajar de forma despilfarradora; los terratenientes individuales, al actuar según su egoísmo inmediato y tratando de maximizar las rentas territoriales que se pueden apropiarse, pueden obligar a asignaciones territoriales de capital que no tienen sentido desde el punto de vista de los requerimientos globales de la acumulación. A esta versión de las fuerzas que crean un desequilibrio general en el capitalismo (véase el capítulo VII) se deben añadir también los problemas particulares que surgen de las interacciones complejas de la *RD-1* y la *RD-2*. Estas interacciones aseguran que ningún terrateniente pueda confinar los costes y beneficios de los planes que promuevan en su propia parcela de tierra. Consideradas conjuntamente, las fuerzas que dan forma a la geografía del capitalismo a través del funcionamiento de los mercados de tierras están en continuo peligro de disolverse en una pesadilla de incoherencia, así como en orgías periódicas de especulación, que obligan al trabajo futuro a entrar dentro de configuraciones insostenibles (desde el punto de vista del trabajo, del capital o de ambos).

El problema está en impedir esa disolución, al mismo tiempo que se preserva el mercado de tierras como un instrumento básico de coordinación.

El capital tiene solo dos líneas de defensa ante esas situaciones: el monopolio o el control estatal. Ninguna de las dos soluciones está libre de contradicciones internas. El monopolio del proceso de desarrollo de la tierra a través de la concentración a gran escala de propiedades territoriales permite un proceso coherente de desarrollo, en el que los diversos efectos sinérgicos de las inversiones se pueden coordinar de forma ventajosa. Incidentalmente, podemos caer aquí en la tentación de conectar a los propietarios de tierras con las altas finanzas —una conexión que se remonta muy atrás en el tiempo y hace que la versión inmobiliaria del «capitalismo financiero» sea anterior históricamente a la versión del capital industrial que ya hemos considerado (capítulo X)—.²² El problema con esta clase de monopolio es, naturalmente, que abre la puerta a la posibilidad de la apropiación de rentas de monopolio, una forma de apropiación que es por lo general adversa para la acumulación. Los financieros pueden contrarrestar parcialmente esta tendencia actuando por su cuenta. El sistema de crédito estructura el mercado de tierras con el fin de preservar la circulación del capital a interés en su conjunto. El resultado es un tipo de doble coordinación que se logra entrelazando las diversas formas de circulación del capital a interés. El problema con esta solución es que, aunque los mercados de tierras pueden estar mejor coordinados, pueden quedar directamente expuestos a todos los problemas inherentes al propio sistema de crédito.

La línea final de defensa es el Estado, que puede adoptar diversos poderes para regular el uso de la tierra, la expropiación de la tierra, el planeamiento de sus usos y finalmente la inversión real, con el fin de contrarrestar la incoherencia y las fiebres especulativas periódicas a las que son tan propensos los mercados de tierras. Aunque el Estado puede indudablemente imprimir su sello a las estructuras geográficas, no lo hace necesariamente de forma que vinculen efectivamente el uso de la tierra con la competencia o el proceso de reestructuración geográfica con la acumulación de capital. Un grado demasiado alto de participación estatal puede poner en tela de juicio toda la validez de los derechos de propiedad sobre los medios de producción en general así como sobre la tierra.

El capitalismo no puede desenvolverse sin precios y sin mercados de tierras en tanto mecanismos coordinadores básicos en la asignación de sus usos. Solo puede esforzarse en restringir sus operaciones para hacerlas

²² Marx considera que la «Gloriosa Revolución» de 1688 en Gran Bretaña forjó una oligarquía gobernante a partir de una «alianza natural» entre «la nueva aristocracia de la tierra» y «la nueva bancocracia de las altas finanzas que acababa de dejar el cascarón, y los grandes manufactureros» (*El capital*, vol. I, p. 815).

menos incoherentes y menos vulnerables a los desórdenes especulativos. De esta conclusión general podemos deducir a su vez dos consecuencias.

La primera es que los precios de la tierra no pueden existir sin el poder de monopolio de la propiedad privada de la tierra y la capacidad de apropiación de rentas que confiere tal poder. Tanto la renta como la propiedad privada de la tierra son socialmente necesarias para la permanencia del capitalismo. La necesidad de reproducción social de la propiedad de la tierra y de la apropiación de la renta han quedado definidas plenamente. Las preguntas con las que comenzamos este capítulo han sido bien resueltas.

Hay un pero importante a este argumento. Solo sirve aquella propiedad de la tierra que la trata como un puro activo financiero. Todas las demás formas de propiedad de la tierra deben hacerse a un lado. La tierra debe convertirse en una forma de capital ficticio y tratarse como un espacio abierto a la circulación del capital a interés. Únicamente bajo estas circunstancias desaparece la aparente contradicción entre la ley del valor y la existencia de la renta sobre la tierra. Es materia de la investigación histórica averiguar hasta dónde han llegado las formaciones sociales capitalistas por esa vía. Que la ley del valor en el modo de producción capitalista implica ese proceso de transformación es algo incontrovertible.

La segunda consecuencia es que el precio de la tierra capta simultáneamente el carácter temporal de la acumulación (registrada por los movimientos en la tasa de interés) y el carácter específico de los valores de uso materiales distribuidos en el espacio y, por tanto, une las consideraciones temporales y espaciales dentro de un único marco definido por la ley del valor. Sin embargo, no hace todo esto de una forma pasiva o neutral. El precio de la tierra debe realizarse a través de la apropiación de las rentas futuras, que descansan en el trabajo futuro. El pago del capital por el precio de la tierra condena al trabajo a actividades muy específicas en determinadas ubicaciones a través de un lapso de tiempo fijado por la tasa de interés —caso de que no se devalúe el capital adelantado en la compra de la tierra—. Vemos aquí una vez más cómo la operación de la ley del valor restringe al trabajo vivo. Consideraremos las implicaciones ulteriores de este resultado en el capítulo XII.

La circulación del capital a interés en títulos de tierras desempeña un papel análogo al del capital ficticio en general. Muestra las trayectorias espaciales de la acumulación futura y actúa como un agente catalizador de la configuración espacial de la acumulación de acuerdo con los imperativos fundamentales de esta última. El hecho de que algunas veces presione demasiado (más allá de lo que pueden soportar el capital o los trabajadores) o en direcciones erróneas (debido a las inevitables distorsiones que surgen cuando la circulación de capital dinero encuentra y utiliza los privilegios de

monopolio vinculados a la propiedad privada de la tierra) simplemente establece que el mercado de tierras absorbe necesariamente todas las contradicciones fundamentales del modo de producción capitalista. Impone así estas contradicciones al paisaje físico del propio capitalismo. Es no obstante, al mismo tiempo, un mecanismo vital de coordinación en la lucha por organizar el uso de la tierra en formas que contribuyan a la producción de plusvalor y a la estructuración de las formaciones sociales capitalistas en general.

XII

LA PRODUCCIÓN DE CONFIGURACIONES ESPACIALES: LA MOVILIDAD GEOGRÁFICA DEL CAPITAL Y EL TRABAJO

LA GEOGRAFÍA HISTÓRICA del capitalismo ha sido sencillamente impresionante. Pueblos con la mayor diversidad de experiencias históricas, que vivían en una serie de circunstancias físicas increíbles, han quedado unidos, a veces de forma grandiosa y por medio del convencimiento, si bien la mayoría de las veces por medio del cruel ejercicio de la fuerza bruta, en una compleja unidad bajo la división internacional del trabajo. Las relaciones monetarias han penetrado hasta el último rincón del mundo y en casi todas las dimensiones de la vida social, incluida la vida privada. Esta subordinación *formal* de la actividad humana al capital, ejercida a través del mercado, ha venido complementada cada vez más por aquella subordinación *real* que requiere que el trabajo se convierta en la mercancía fuerza de trabajo por medio de la acumulación originaria. Esta transformación radical de las relaciones sociales no ha progresado de forma uniforme. Ha avanzado más rápidamente en unos lugares que en otros. Se le ha resistido fuertemente en un sitio y se le ha dado la bienvenida en otro. Ha penetrado de forma relativamente pacífica en un lugar y con violencia genocida en otro.

Esta transformación ha venido acompañada también de transformaciones físicas tan pasmosas en su radio de acción como radicales en sus implicaciones. Se han producido y distribuido por toda la tierra nuevas fuerzas productivas. Vastas concentraciones de capital y trabajo se han reunido en zonas metropolitanas de increíble complejidad, mientras que los sistemas de transporte y comunicaciones, ramificados por todo el planeta, permiten que la información y las ideas, así como los bienes materiales e incluso la fuerza de trabajo se muevan por todas partes con relativa facilidad. Las fábricas y los campos, las escuelas, los templos, los centros comerciales y los parques, los caminos y las vías de ferrocarril atestan un paisaje esculpido de forma indeleble e irreversible según los dictados del capitalismo. Como ya dijimos, esta transformación física no ha avanzado de forma uniforme. Las vastas concentraciones de fuerza productiva de unos lugares contrastan con las regiones relativamente vacías. Las fuertes concentraciones de actividad en un lugar contrastan con las zonas en que

el desarrollo resulta muy disperso. Todo esto constituye lo que llamamos el «desarrollo geográfico desigual» del capitalismo.

Esta apariencia superficial de extraordinario cambio histórico y geográfico reclama un examen teórico. Hay mucho por hacer y desafortunadamente no tenemos suficientes directrices teóricas acerca de cómo hacerlo.¹ La dificultad está en encontrar una forma de abordaje de la cuestión, fundada teóricamente en conceptos marxistas básicos y que sea lo suficientemente robusta como para tratar las evidentes confusiones, antagonismos y conflictos que caracterizan la articulación espacial de las actividades humanas en el capitalismo. Además, los fenómenos que tenemos que observar aquí son de una variedad aparentemente infinita. Incluyen sucesos y procesos tan diversos como las luchas individuales alrededor de los derechos jurisdiccionales sobre una parcela de tierra, las políticas coloniales y neocoloniales que siguen los diferentes Estados nación, la diferenciación residencial dentro de las zonas urbanas, las luchas de las bandas callejeras sobre su «territorio», la organización y diseño del espacio a la hora transmitir significados sociales y simbólicos, la articulación espacial de diversos sistemas mercantiles (financieros, de mercancías, etc.), los patrones regionales de crecimiento dentro de una determinada división del trabajo, las concentraciones espaciales en la distribución del ejército industrial de reserva, las alianzas de clase formadas alrededor de conceptos territoriales como comunidad, región y nación, y así sucesivamente.

Frente a tal diversidad, sería demasiado fácil sucumbir a ese «fetichismo espacial» que iguala todos los fenómenos *sub specie spatii* y trata las propiedades geométricas de las patrones espaciales como algo fundamental. El

¹ Las obras marxistas sobre el problema de la organización espacial han sido notablemente esporádicas y poco sistemáticas. Existe una variada bibliografía sobre el imperialismo y neocolonialismo, repleta de conceptos espaciales, pero los términos resultan antes descriptivos que bien cimentados en la teoría. Frases como «centro y periferia» y «primer y tercer mundo» se cuelan fácilmente en estas obras sin mucha premeditación. Las fuerzas que producen y sostienen las configuraciones espaciales a menudo se pierden en las intrincadas descripciones de determinados puntos históricos y geográficos. Hay muchas menos obras que ayudan a construir una teoría. Las formulaciones de Palloix (1975a; 1975b) y de Aydalot (1976) me han parecido muy sugerentes. Henri Lefebvre (1972; 1974) nos ha hecho notar repetidamente la importancia de la producción del espacio, la política del espacio y el papel del espacio en la reproducción social (principalmente en el contexto urbano). Las abundantes obras sobre urbanización que han surgido desde Castells (1977), por ejemplo, han resultado útiles pero de ninguna manera definitivas. Los estudios sobre el desarrollo regional deben todavía analizar igualmente todo el problema de una forma rigurosa (véase Lipietz, 1977; la *Review of Radical Political Economics*, vol. 10, núm. 3, 1978; Dulong, 1978; Santos, 1979; Carney, Hudson y Lewis, 1979, y el interesante trabajo de Massey, 1978; 1979). El estudio de De Gaudemar (1976) ha resultado pionero a la hora de escribir teóricamente sobre la cuestión, mientras que el estudio de Shaikh (1979-1980) sobre el comercio internacional y la ley del valor es muy agudo. Los dos capítulos siguientes se han beneficiado inmensamente de las discusiones con Beatriz Nofal y Neil Smith, quienes aportaron muchas ideas originales a los mismos.

peligro contrario está en considerar la organización espacial como un mero reflejo de los procesos de acumulación y reproducción de clase. En lo que sigue voy a tratar de seguir un camino intermedio. Considero a la localización como un atributo material fundamental de la actividad humana, al tiempo que reconozco que esta es un producto social. La producción de configuraciones espaciales se puede tratar entonces como un «momento activo» dentro de la dinámica temporal global de la acumulación y de la reproducción social.

La base teórica de todo esto ha sido expuesta parcialmente en el capítulo XI. El espacio, tal y como mostramos allí, es un atributo material de todos los valores de uso. No obstante, la producción de mercancías convierte los valores de uso en valores de uso *social*. Tenemos así que considerar cómo los atributos espaciales materiales de los valores de uso —la ubicación en particular— se convierten en espacios sociales por medio de la producción de mercancías. Dado que la producción de mercancías implica relaciones entre valor de uso, valor de cambio y valor, podemos deducir que nuestra comprensión de las configuraciones espaciales en su dimensión social debe basarse igualmente en la comprensión de cómo se integran entre sí el valor de uso, el valor de cambio y el valor en la producción y uso de las configuraciones espaciales. La investigación sobre el mercado de tierras que aparece en el capítulo XI nos ofrece un ejemplo del camino a seguir. Debemos ahora construir un argumento de tipo más general.

El trabajo útil y concreto produce valores de uso en un lugar determinado. Los diferentes trabajos emprendidos en diferentes lugares se relacionan entre sí a través de actos de intercambio. La integración espacial —el enlace de la producción de mercancías en diferentes situaciones por medio del intercambio— es requerida para que el valor llegue a ser la forma social del trabajo abstracto. Esto es, supuestamente, lo que Marx tenía en mente cuando escribió:

La riqueza abstracta, valor, dinero, y en consecuencia el trabajo abstracto se desarrolla en la medida en que el trabajo concreto se desarrolla para convertirse en una totalidad de diferentes tipos de trabajo que abarca el mercado mundial. La producción capitalista se basa en el valor o en el desarrollo del trabajo contenido en el producto como [trabajo] social. Pero esto solo [es posible] sobre la base del comercio exterior y del mercado mundial. Esto es, por consiguiente, tanto premisa como resultado de la producción capitalista (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. III, p. 226).

De ello se deduce entonces que cuando no se logra la integración espacial, la universalidad de la forma valor se ve alterada. En algunos casos esto

puede llevar a un intercambio entre diferentes «sistemas de valor» o a un intercambio desigual entre diferentes sistemas de comercio:²

La ley del valor sufre aquí modificaciones esenciales. O las jornadas de trabajo de diferentes países pueden comportarse las unas con respecto de las otras tal como se comporta dentro de un país el trabajo complejo, calificado y el no calificado, simple. En este caso, el país rico explotará al pobre (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. III, p. 91).

¿Cómo se logra, por tanto, la integración espacial? El intercambio de mercancías es una condición necesaria, como lo es la disponibilidad de un «equivalente universal» (como el oro) y la base monetaria del intercambio mundial. Las barreras físicas al movimiento de mercancías y de dinero a través del espacio tienen que reducirse al mínimo. Sin embargo, las condiciones *suficientes* para la integración espacial provienen de la movilidad geográfica del capital y de la fuerza de trabajo.³ «En el capital», después de todo, «la sustantivación del valor se manifiesta en una potencia mucho más elevada que en el dinero» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. III, p. 116), mientras que «la tendencia a crear un mercado mundial se halla, por tanto, directamente implícita en el concepto mismo del capital» (*Grundrisse*, vol. I, p. 276). El movimiento geográfico del dinero y de las mercancías como capital no es el mismo que el movimiento de los productos y de los metales preciosos. Después de todo, el capital es dinero usado de cierta forma y no es de ninguna manera idéntico a todos los usos del dinero.

Si la integración espacial se logra por medio de la circulación de capital a través del espacio, nuestra atención debe dirigirse al modo en el que capital y fuerza de trabajo se desplazan. No podemos apelar aquí a las ideas comunes entre la burguesía sobre la movilidad de los «factores de producción» en tanto separados —como «cosas» que se pueden desviar de un punto del espacio a otro—. El concepto marxista es necesariamente algo más complicado. El capital se mueve como *mercancías*, como *dinero* o como un *proceso de trabajo* que emplea capital constante y capital variable con diferentes tiempos de rotación. Es más, la relación entre la movilidad del *capital variable* y la de los *propios trabajadores* introduce otra dimensión en la lucha de clases, mientras que los problemas ligados a la circulación de capital en el *entorno construido* también requieren una atención especial. Esta desagregación se sigue de forma automática, dado que Marx describió la circulación de capital como:

² Emmanuel (1972) explora el tema del intercambio desigual y Shaikh (1979-1980) el problema general del valor en el intercambio internacional.

³ El fallo a la hora de distinguir entre el intercambio de mercancías y de dinero, por un lado, y la circulación de capital, por el otro, arruina la obra de Wallerstein (1974) que por lo demás es interesante.

$$D - M \begin{pmatrix} FT \\ MP \end{pmatrix} \dots P \dots M' - D' \text{ (etc.)}$$

La capacidad del capital para moverse depende de en cuál de estos diversos estados esté. En lo que sigue vamos a considerar la movilidad potencial del capital en cada uno de estos estados, antes de integrar los diversos movimientos dentro de una comprensión de los ritmos temporales y espaciales de la circulación y la acumulación de capital. Esperamos descifrar, de este modo, cómo se logra la integración espacial por medio de los procesos de circulación material concreta del propio capital.

1. Relaciones de transporte y movilidad del capital en tanto mercancía

La capacidad para transportar mercancías de un lado a otro define la movilidad del capital en forma de mercancías.⁴ Esta movilidad depende de las relaciones de transporte, a su vez modificadas por los atributos de las mercancías como peso, tamaño, fragilidad, carácter perecedero, etc. Marx argumenta que «la condición en el espacio, el transportar el producto al mercado, forma parte del mismo proceso de producción» (*Grundrisse*, vol. I, p. 386; *El capital*, vol. II, pp. 158 y ss.). Por tanto, la industria del transporte produce valor porque es una «esfera de producción material» que efectúa un cambio material en «el objeto sobre el que recae el trabajo, un cambio en el espacio, [un] cambio de lugar». «Lo que la industria del transporte vende es el propio cambio de ubicación» (*El capital*, vol. II, p. 71; *Teorías sobre la plusvalía*, vol. I, p. 382).

Como cualquier otro insumo intermedio, el valor del «cambio de ubicación» entra en el coste o precio de las mercancías. En el valor de todas las mercancías van así incluidos todos los costes de transporte *socialmente necesarios*, definidos como el coste medio de hacer que los productos lleguen a su destino final. El coste del movimiento no es la única consideración. La regularidad y confiabilidad de los flujos de transporte pueden reducir la necesidad de inventarios de materias primas y de productos terminados, y así liberar capital inactivo para la acumulación activa (*El capital*, vol. II, p. 158 y ss.) La continuidad en la circulación del capital solo puede ser asegurada por medio de la creación de un sistema de transportes eficiente y espacialmente integrado, organizado alrededor de una jerarquía de centros urbanos (como el que está representado en la teoría de la ubicación de Losch, 1967,

⁴ De la Haye (1979) ha reunido muchos de los textos básicos de Marx y Engels sobre la cuestión.

y Christaller, 1966). La velocidad del movimiento también es vital. «La distancia espacial» se reduce entonces a tiempo porque «lo importante no es la distancia en espacio al mercado, sino la velocidad con la que se puede llegar a él» (*Grundrisse*, vol. I, p. 390; *El capital*, vol. II, p. 284).

Las reducciones en el coste y el tiempo de movimiento, junto con los adelantos en la regularidad y confiabilidad de los servicios de transporte, se deben al «desarrollo de las fuerzas de producción por el capital». Marx describe el impulso consecuente por la revolución de las relaciones de transporte en términos muy generales. El capital, escribe Marx, debe «esforzarse por derribar cualquier barrera espacial [...] para el intercambio, y conquistar toda la tierra para su mercado», debe «aniquilar este espacio con el tiempo» a fin de reducir el tiempo de rotación del capital a «un abrir y cerrar de ojos. «A medida que la producción va centrándose cada vez más sobre el valor de cambio y, por tanto, sobre el cambio [mismo], van adquiriendo mayor importancia para ella las condiciones materiales del cambio, los medios de transporte y comunicación» (*Grundrisse*, vol. I, p. 378). Además, a medida que las revoluciones tecnológicas en otros sectores amplían el volumen de las mercancías que se van a intercambiar, los cambios revolucionarios en los medios de comunicación y transporte se vuelven una necesidad absoluta (*El capital*, vol. I, p. 461).

Los efectos de todo esto son muchos. La movilidad del capital en forma de mercancías se realiza dentro de una estructura de espacios relativos en perpetuo cambio, puesto que «el coste y el tiempo de las distancias puede cambiar debido al desarrollo de los medios de transporte en una forma que no corresponde a las distancias geográficas» (*El capital*, vol. II, p. 284). La disminución en el coste medio de transporte reduce directamente el valor (y el precio de producción) de las mercancías desplazadas. Los efectos indirectos no son menos importantes. Por decirlo de forma simple, si concebimos el valor como una media social tomada sobre todas las situaciones integradas dentro de una red de intercambio, la expansión o contracción de esa red provocadas por cambios en la capacidad de transporte modifican las relaciones de valor. Los productos y recursos anteriormente inaccesibles, colocados dentro de la red de intercambio por medio de nuevos arreglos de transporte, pueden tener efectos asombrosos sobre los valores (y los precios de producción). El dominio de las ubicaciones a través de las cuales se promedia el «valor» depende, en definitiva, del nivel y el grado de integración espacial que se ha logrado bajo ciertas relaciones de transporte. De ahí se sigue que magnitudes tan cruciales como el valor de la fuerza de trabajo y la composición de valor del capital sean sumamente sensibles a las fuerzas productivas que entran en juego dentro de la industria del transporte.

A medida que las relaciones espaciales se ven alteradas como respuesta a las inversiones en transporte, también se modifican las fortunas relativas de

los capitalistas en diferentes ubicaciones. Algunos sufren la devaluación de la fuerza de trabajo, de su capital fijo y de su fondo de consumo (viviendas, etc.) mientras que otros disfrutan, al menos temporalmente, de ganancias extraordinarias y de una revalorización favorable de los medios disponibles de producción y consumo. Se deduce así una importante conclusión, que modifica necesariamente el concepto general de sobreacumulación y de devaluación, expuestos en el capítulo VII: *la devaluación, cualquiera que sea su causa, siempre afecta a un determinado lugar, a una ubicación específica.*

Más adelante nos ocuparemos de las implicaciones de este principio de largo alcance. Aquí concentraremos nuestra atención en sus efectos dentro de la propia industria del transporte. Dado que el cambio de ubicación es producido y consumido en el mismo momento, una superproducción y devaluación inmediatas son técnicamente imposibles. Solo el capital fijo se puede devaluar. Pero el capital fijo requerido en la industria del transporte es muy extenso y gran parte de él está integrado en el entorno construido, como caminos, vías de ferrocarril, terminales, etc. El capital fijo de este tipo es particularmente vulnerable a los helados vientos de la devaluación. Sin embargo, la devaluación se dirige siempre a determinado lugar y por un determinado camino —una terminal pierde tráfico aquí, una nueva carretera suplanta el tráfico del ferrocarril allá—. Las revoluciones en las fuerzas productivas dentro de la industria del transporte siempre tienen efectos específicos de la ubicación. La competencia dentro de la industria adquiere por tanto algunas características peculiares. Esto sucede en parte cuando el capital fijo está incorporado al suelo, la competencia se realiza entre lo que Adam Smith llamó «monopolios naturales» en el espacio. La cualidad de este «monopolio natural» reside en que no tendría sentido instalar varias líneas de ferrocarril entre dos ciudades, si la competencia entre distintas empresas de transporte sobre las mismas rutas (como ocurre en el transporte por carretera) resultara más racional. En la medida en que a menudo se requieren grandes cantidades de capital para construir líneas férreas, muelles y puertos, aeropuertos, etc., los capitalistas quizá no estén dispuestos a invertir sin estar protegidos contra el riesgo de la devaluación específica de una localidad, provocada por la competencia. Esto supone la restricción de la competencia y la creación de monopolios regulados por el Estado, e incluso de monopolios cuyo propietario sea el Estado. Aquí es donde está el dilema. El estímulo competitivo a revolucionar las fuerzas productivas dentro de la industria se ve mitigado. Ya hemos visto que el capitalismo en general requiere de perpetuas reducciones en los costes de tiempo y movimiento, la eliminación de todas las barreras espaciales y la «anihilación del espacio y del tiempo».

La tensión se puede resolver, en parte, si el capital dentro de la industria del transporte se divide en un capital fijo de un tipo independiente,

que circula en el entorno construido, y otros tipos de capital (camiones, barcos, etc.) que se muevan libremente en el espacio. La devaluación ligada al espacio, se reduce al mínimo en este último sector, al tiempo que consecuentemente disminuyen las barreras a la competencia abierta y a la inversión. Los problemas realmente serios de la devaluación propia del lugar, provocados por el cambio tecnológico en el transporte, quedan confinados entonces al capital fijo que circula de forma independiente en el entorno construido.

Esa separación puede ocurrir únicamente a través de la participación del sistema de crédito y del Estado (*Grundrisse*, vol. I, pp. 376-386). El elemento de «monopolio natural» puede ser así regulado y controlado colectivamente, mientras que los efectos de la devaluación son socializados de forma correlativa. Es más, como vimos en los capítulos VII y VIII, las inversiones de este tipo se pueden organizar de tal forma que rindan un interés, disminuyendo así la presión global ascendente sobre la composición de valor del capital. La desventaja es que el ritmo de cambio tecnológico dentro de esta parte de la industria del transporte está sujeto al poder, las políticas y algunas veces a los caprichos arbitrarios de los capitalistas asociados (por ejemplo, una cábala de financieros poderosos) o de los burócratas del Estado. La coordinación de estrategias de inversión para la formación de nuevas infraestructuras físicas dentro de la industria del transporte se vuelve entonces problemática. Los movimientos del precio de la tierra (del tipo que discutimos en el capítulo XI) entran ahora en escena, dado que los que organizan las inversiones en infraestructuras inmuebles para el transporte pueden en ocasiones apropiarse de los beneficios del incremento en el valor de la tierra en las zonas donde se construyeron estas infraestructuras (esto se aplica igualmente al Estado y a los capitalistas asociados). Esto significa que (desde el punto de vista del capital en general) resulta beneficioso dejar libre la especulación de tierras y la apropiación de rentas e impuestos sobre la tierra, como medios para animar, empujar y guiar las inversiones en el transporte. Encontramos aquí una nueva confirmación adicional a la tesis general expuesta en el capítulo XI —que la apropiación de la renta realiza funciones vitales de coordinación dentro del capitalismo—. Sin embargo, el efecto es que la creación de infraestructuras de transporte depende de los mecanismos especulativos y políticos más que de mecanismos de mercado más usuales.

Hay en todo esto algunas contradicciones importantes. La acumulación requiere que se envíe más y más capital a la producción de medios de transporte y comunicación (*El capital*, vol. II, p. 251), pero la industria del transporte tiene por lo general una alta composición técnica y de valor del capital y poco poder para la producción de plusvalor dentro de sus márgenes. Caso de mantener las tasas agregadas de beneficio, esta debilidad

puede verse contrarrestada por medio de adelantos compensatorios en la capacidad para producir plusvalor en los sectores a los que da servicio la industria del transporte.

Lo peor de todo es que el capitalismo trata de superar las barreras espaciales creando infraestructuras físicas que son inmóviles en términos espaciales, además de sumamente vulnerables a la devaluación específica del lugar. Carreteras, vías férreas, canales, aeropuertos, etc. no pueden ser cambiados de lugar sin que se pierda el valor incorporado en ellos. El valor tiene que ser inmovilizado en la tierra cada vez más con el fin de lograr la integración espacial y de eliminar las barreras espaciales a la circulación de capital. En uno u otro momento, el valor incorporado en el espacio producido del sistema de transporte se convierte en una barrera a superar. La preservación de determinados valores dentro de la red de transporte implica restricciones para la expansión ulterior del valor en general. Las fuertes devaluaciones y la reestructuración dentro del sistema de transporte, con todo lo que esto implica para dar forma a las configuraciones espaciales y a los niveles de integración espacial, se vuelven entonces inevitables. Esta es la contradicción central que modifica y circunscribe la movilidad del capital en forma de mercancías.

2. La movilidad del capital variable y de la fuerza de trabajo

La fuerza de trabajo es una mercancía, pero las condiciones que gobiernan su movilidad son muy especiales. Es la única mercancía que puede llegar al mercado por sus propios medios. El término «movilidad del trabajo» ocupa, por eso, una posición especial en el discurso económico. En la teoría burguesa, y a menudo en el lenguaje cotidiano, se refiere a la libertad del trabajador para vender su fuerza de trabajo cuando y donde quiera, a quien desee y para los propósitos que le plazcan. Esa libertad contractual es crucial para las concepciones burguesas de los derechos humanos y las libertades civiles. Marx no niega la importancia de estas libertades positivas, pero insiste en que se vean en relación con el lado más oscuro de las cosas. El trabajador es «libre en el doble sentido de que por una parte dispone, en tanto hombre libre, de su fuerza de trabajo en cuanto mercancía suya, y de que, por otra parte, carece de otras mercancías para vender, está exento y desprovisto, desembarazado de todas las cosas necesarias para el despliegue de su fuerza de trabajo» (*El capital*, vol. I, p. 228). «Liberados» por el proceso de la acumulación originaria del control sobre los medios de producción (incluyendo el acceso a la tierra), la mayoría de los trabajadores no tienen otra opción, para vivir, que vender su fuerza de trabajo al capitalista.

La dualidad de esta libertad se traduce en modos radicalmente diferentes a la hora de considerar su movilidad geográfica.⁵ En tanto sujetos creativos (véanse las pp. 177-187), los trabajadores vagan perpetuamente por el mundo tratando de escapar de las depredaciones del capital, evitando los peores aspectos de la explotación luchando siempre, en ocasiones con cierto éxito, para mejorar su suerte. El capital debe necesariamente adaptarse a este proceso, y en la medida en que esto sucede los trabajadores dan forma a la historia y a la geografía del capitalismo. Concebido, no obstante, como un objeto dominado esencialmente por el capital, el trabajador no es otra cosa que capital variable, un aspecto del capital mismo. Las leyes que gobiernan el movimiento del capital variable están incrustadas dentro de las leyes que regulan la movilidad y la acumulación del capital en general.

Marx insiste, en *El capital*, en el segundo de estos puntos de vista. Al hacerlo contrarresta los mitos burgueses dominantes relativos a la supuesta libertad del trabajador. Dadas las condiciones generales del trabajo asalariado, la libertad de movimiento del trabajador se convierte exactamente en lo contrario. En busca de empleo y de un salario para vivir, el trabajador se ve forzado a seguir al capital a dondequiera que este fluya. Esto implica la «abolición de todas las leyes que impiden que los trabajadores se transfieran de una esfera de producción a otra y de un centro local de producción a otro», así como la eliminación de «todas las barreras legales y tradicionales que impedirían que [los capitalistas] compraran esta o aquella clase de fuerza de trabajo» (*El capital*, vol. III, p. 214; *Results of the Immediate Process of Production*, p. 1013). Igualmente conlleva consigo la alteración y la destrucción de las formas de vida y de sustento tradicionales por medio de la acumulación originaria —un proceso que Marx considera extensamente—. Empuja igualmente a los capitalistas a adoptar procesos de trabajo que no dependen de las cualificaciones monopolizables tradicionales. Las implicaciones de ello para el trabajador son muchas. La «indiferencia» del capital a las formas determinadas que toma el proceso de trabajo se extienden inmediatamente al trabajador, mientras que los «trabajadores libres» deben aceptar que «su trabajo siempre produce [para ellos] el mismo producto, dinero». «En principio» deben siempre estar «listos y dispuestos para aceptar cualquier variación posible en [...] [su] actividad que prometa recompensas más altas». Los salarios diferenciales proporcionan entonces los medios para coordinar los movimientos de los trabajadores a los requerimientos del capital. La versatilidad y movilidad geográfica de la fuerza de trabajo, así como la «indiferencia» de los trabajadores respecto del contenido de su trabajo resultan esenciales para

⁵ De Gaudemar (1976) presenta una excelente explicación, así como buenos resúmenes de las opiniones de Lenin y Luxemburgo sobre la migración de los trabajadores en el capitalismo.

la «fluidez del capital». Marx opina que el país donde esas condiciones «aparecen más vívidamente es Estados Unidos» (*Results of the Immediate Process of Production*, pp. 1014, 1034). Bajo estas condiciones, la «libertad del trabajador» se ve reducida en la práctica a la «libertad del capital» (*El capital*, vol. I, p. 809). Cuanto mayor sea la movilidad del trabajador, más fácilmente podrá adoptar el capital nuevos procesos de trabajo y aprovechar las ubicaciones más ventajosas. La libertad geográfica de movimiento de la fuerza de trabajo parece ser una condición necesaria para la acumulación del capital.

Esta premisa no está exenta de contradicciones. Si la movilidad geográfica de la fuerza de trabajo ha de satisfacer las necesidades del capital, la libertad absoluta del trabajador para moverse debe quedar estrictamente circunscrita. Por ejemplo, el ejército de reserva de los desempleados, a quienes el cambio tecnológico ha «liberado» tan abruptamente de sus medios de vida, puede crear condiciones favorables para la acumulación ulterior solo si sigue estando disponible para el capital. A menudo esto implica que debe permanecer en su lugar. Los requerimientos legales u otros mecanismos sociales deben bloquear las rutas de escape —por ejemplo, la propiedad de tierras y la renta impiden a los trabajadores volver a la tierra, escapando así de las garras del capital—. Tampoco se puede permitir que el ejército industrial de reserva se extinga, a menos que el capital pueda absorber «elementos vitales primigenios del campo» o movilizar el ejército industrial de reserva latente, en contraste con el activo (*El capital*, vol. I, pp. 345, 732). Antes al contrario, el capital debe encontrar el modo de mantener vivo y en su lugar un ejército industrial de reserva, por medio de prestaciones a los desempleados, seguros sociales, planes de beneficencia, etc. Los capitalistas individuales no pueden asumir fácilmente tales cargas, que por lo general recaen sobre el Estado.

Surgen así varios problemas. Un sistema de apoyo social, como la legislación y regulación de la jornada de trabajo en las fábricas, es inherentemente algo por lo que vale la pena luchar desde el punto de vista de la clase trabajadora. Las condiciones de vida del ejército industrial de reserva constituyen un foco de la lucha de clases —en tanto resulta problemático decidir quién va a sufragar el coste y cómo el capital puede mantener su acceso a estas reservas de trabajo—. Los diferentes gobiernos pueden luchar por este asunto; pero lo más importante de todo, desde el punto de vista del presente argumento, es que la «libre» movilidad de la fuerza de trabajo se ve contrarrestada por el deseo de los capitalistas de mantener en su lugar estas reservas de trabajo. Este principio se vuelve aún más evidente cuando los trabajadores poseen ciertas cualificaciones o cuando los capitalistas invierten en educación, formación en el trabajo, servicios de salud, etc. Las cualidades de la fuerza de trabajo se vuelven entonces importantes.

Marx señala, por ejemplo, que durante la penuria del algodón de la década de 1860 en el Lancashire, los «fabricantes, en secreto complot con el gobierno, impedían en la medida de lo posible la emigración, en parte para mantener siempre dispuesto su capital existente bajo la forma de carne y sangre de los obreros, en parte para asegurarse el alquiler de las viviendas, expoliando a los obreros» (*El capital*, vol. III, p. 155). Las tácticas a fin de mantener a ciertos trabajadores vinculados a determinadas compañías son muchas. Las políticas de emigración e inmigración se pueden manipular a instancias de determinados capitalistas, y al mismo tiempo las empresas pueden conferir derechos de antigüedad no transferibles, así como fondos de pensiones, que actúan como barreras al movimiento. También se puede controlar parcialmente la movilidad geográfica dentro del mercado interno de trabajo de las grandes corporaciones por medio de ascensos y planes de incentivo. De este modo, se puede coordinar la movilidad social y geográfica de la fuerza de trabajo según las necesidades particulares. Estas necesidades particulares no son, sin embargo, necesariamente compatibles con los requerimientos generales de la acumulación. Capitalistas individuales o ciertas fracciones del capital pueden, con el fin de favorecer sus propios intereses, refrenar la movilidad de la fuerza de trabajo de modos que pueden ser perjudiciales a la reproducción del sistema capitalista en general. Por todas estas razones, la «libre» movilidad de la fuerza de trabajo queda reducida a un revoltijo de requerimientos contradictorios, incluso cuando es considerada puramente desde el punto de vista del capital.

La movilidad de la fuerza de trabajo tiene que entenderse también en el contexto de los procesos que gobiernan su producción y reproducción. Se requieren muchos años para formar un trabajador, de igual modo las habilidades, actitudes y valores que se le han inculcado son difíciles de cambiar. La fuerza de trabajo es además la única mercancía producida al margen de las relaciones de producción directamente capitalistas. Los trabajadores crían a sus propias familias y por refinadas que sean las instituciones burguesas que los rodean, la reproducción de la fuerza de trabajo siempre queda fuera del control directo de los capitalistas. Aún así, se requieren infraestructuras sociales y físicas de gran duración e inamovibles, difíciles de construir e igualmente difíciles de dismantelar o transformar, para facilitar la producción de fuerza de trabajo en cierta cantidad y cualidad.⁶ Tales infraestructuras pueden absorber igualmente cantidades considerables de capital (principalmente en forma de deuda del gobierno).

La oferta de fuerza de trabajo presenta también necesariamente diferenciaciones internas. Para comenzar, la fuerza de trabajo como mercancía siempre tiene un aspecto de «producto colectivo»: hombres, mujeres y

⁶ Donzelot (1979) y sus críticos proporcionan interesantes perspectivas a este respecto.

niños, viejos y jóvenes, débiles y fuertes, están todos disponibles para la explotación. En segundo lugar, las infraestructuras sociales que ayudan a producir fuerza de trabajo de un tipo pueden inhibir la creación de otro. Aquí reside la lógica de la diferenciación residencial en las metrópolis contemporáneas, en tanto los vecindarios organizados para la reproducción de los profesionales son necesariamente diferentes de los que se destinan a la reproducción de los obreros. Superpuesta a las diferenciaciones históricas, religiosas, raciales y culturales, esta tendencia a la especialización geográfica en la reproducción social puede tomar una forma aún más extremas. Los procesos de reproducción social se cristalizan entonces dentro de una suerte de tela de retales, con especializaciones locales, interregionales e incluso internacionales. Esta tela de retales puede relacionarse así con marcadas diferencias en el valor y la productividad de esa fuerza de trabajo.

Los capitalistas pueden aprovechar esas diferencias; de hecho hacen un activo uso de las mismas a fin de dividir y gobernar a la clase trabajadora, de ahí la importancia del racismo, el sexismo, el nacionalismo, y los prejuicios religiosos y étnicos en lo que se refiere a la circulación del capital. En esto, no obstante, los capitalistas soportan la perpetuación de las barreras a la libre circulación individual, a la larga tan vital para la acumulación. Por tanto, los capitalistas pueden avanzar y retroceder en su apoyo o en su oposición a las políticas sociales que eliminan la discriminación racial, sexual, religiosa, etc., en los mercados de trabajo, según las circunstancias. Debemos señalar igualmente que la libertad de circulación individual posiblemente no concuerde con el sostén de mecanismos apropiados de reproducción social. Marx observó que esta movilidad es por lo general destructiva para las formas de vida tradicionales y que, necesariamente, fragmenta y socava la cohesión social de la familia y de la comunidad. De ello se derivan ciertas consecuencias negativas desde el punto de vista del capital. Si las cualidades de la fuerza de trabajo relacionadas con un sistema particular de reproducción social son importantes aunque sea para un sector de los capitalistas, entonces estos, a fin de favorecer sus intereses, pueden tratar de estabilizar las instituciones de la familia y de la comunidad, ya sea a través de la filantropía privada o del Estado. Por esta razón, también, un segmento de la burguesía puede apoyar las mejoras cívicas, la reforma educativa y urbana, la construcción de viviendas y la prestación de servicios de salud, etc.⁷ Al hacerlo, no obstante, los capitalistas apoyan diferenciaciones que actúan necesariamente como barreras a la movilidad individual.

Una vez más, podemos identificar en el capital tensiones y ambivalencias fundamentales. La libertad de movimiento del trabajador es un

⁷ Los movimientos de reforma urbana del siglo XIX en ambos lados del Atlántico proporcionan espléndidos ejemplos de dedicación al bienestar de las clases trabajadoras por medio de la reforma moral y material.

atributo importante a promover. Sin embargo, los capitalistas necesitan también mantener en su sitio ciertas reservas de trabajo, sostener la segmentación de los mercados de trabajo como un medio de control social y de apoyo adecuado a los procesos de reproducción social para fuerzas de trabajo de ciertas cualidades. Esos impulsos contradictorios, que se derivan de las contradicciones internas del capitalismo en general, actúan como contrapesos a la movilidad geográfica de la fuerza de trabajo, independientemente de la voluntad de los propios trabajadores.

En cualquier caso, los trabajadores son algo más que meros objetos del capital. La movilidad geográfica tiene un significado bastante diferente para ellos. Representa la posibilidad de escapar de la tiranía y de la opresión, incluyendo la que les impone el capital. Representa la esperanza y el esfuerzo por una vida mejor, incluso si ese esfuerzo le hace el juego al capital cuando los trabajadores responden a los incentivos materiales que les ofrecen los capitalistas (salarios más altos y mejores condiciones de trabajo). En esto existe cierta ironía. El capital en general confía en que los trabajadores busquen perpetuamente una vida mejor —definida en términos materiales y monetarios— como medio de coordinación de la movilidad de los trabajadores a sus requerimientos y de disciplinamiento de los capitalistas individuales a los requerimientos de clase. Por ejemplo, la «libre» movilidad geográfica de los trabajadores ayuda a equilibrar la tasa de salarios alrededor del valor promedio de la fuerza de trabajo que mantiene en equilibrio la acumulación (véase el capítulo II).

No obstante, la movilidad geográfica impone también cargas al trabajador. La alteración de los medios y formas de vida tradicionales puede resultar difícil de soportar. Estamos aquí en el lado opuesto al impulso de la movilidad como medio de escape. Las redes de contactos personales, los sistemas de apoyo y los elaborados mecanismos que ayudan a hacer frente a la vida y que se encuentran dentro de la familia y de la comunidad, la protección de las instituciones, por no hablar de los mecanismos de movilización política, pueden convertirse gracias a los esfuerzos creativos de los trabajadores y de sus familias en islas de fuerza y privilegio dentro de un mar de lucha de clases. La protección de esas islas asume con frecuencia una enorme importancia en las vidas de los trabajadores. La sólidas lealtades familiares, comunitarias, territoriales o culturales actúan como barreras a la movilidad geográfica. La exclusión de otros trabajadores —sobre bases económicas, sociales, religiosas, étnicas, raciales, etc.— pueden también considerarse cruciales para la protección de las islas de fortaleza ya establecidas. Este fue un problema al que Marx se enfrentó cuando se aventuró dentro de la compleja política de los trabajadores ingleses e irlandeses en el capitalismo del siglo XIX en Gran Bretaña.⁸

⁸ «Cada centro comercial e industrial de Inglaterra posee ahora una clase trabajadora dividida en dos campos hostiles, los proletarios ingleses y los proletarios irlandeses. El trabajador

El resultado es que, cuando los trabajadores no pueden escapar totalmente de las garras del capital, se enfrentan a una amarga elección. Pueden escapar y buscar una vida mejor en otra parte o pueden permanecer en su lugar y luchar. Esta elección no es de todo o nada, existen algunas soluciones intermedias como las migraciones estacionales, periódicas e incluso relativamente largas (junto con las remesas a las familias que dejaron atrás). La elección, en última instancia, pertenece a los trabajadores con independencia de la influencia del capital. No obstante, persiste la ironía. Cualquier que sea el camino de los trabajadores, este tiene la capacidad potencial de convertirse en algo ventajoso para el capital. Del argumento de Marx se deduce que esta capacidad potencial está destinada a realizarse (aunque con muchas idas y venidas), siempre que la condición fundamental que define la posición del trabajador en la sociedad capitalista se mantenga intacta. Si los trabajadores deben vender su fuerza de trabajo a fin de sobrevivir, entonces no hay escapatoria. Esta ha sido, naturalmente, la dimensión política que Marx siempre trató de recalcar. La única solución a las contradicciones del capitalismo lleva consigo la abolición del trabajo asalariado.

Para no llegar a una solución tan dramática, los trabajadores y el capital se ven obligados a entrar en pautas curiosas de lucha y compromiso sobre la movilidad geográfica de la fuerza de trabajo. Tanto el capital como los trabajadores tienen derecho a irse a otro lado, y entre los dos derechos la fuerza decide. Los resultados no son sin embargo fáciles de interpretar. Al luchar para alcanzar sus propios fines —ya sea desplazándose a otro lugar o quedándose donde están y luchando para mejorar las condiciones de la reproducción social— los trabajadores pueden ayudar, siempre que las conquistas sean siempre limitadas, a estabilizar el capitalismo en vez de socavarlo o derrocarlo. De otra parte, el movimiento errático de capital puede alterar las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo y amenazar así la base misma de la explotación ulterior de la fuerza de trabajo. El capital puede entonces verse obligado a volver a los viejos patrones de apoyo a la familia y a la comunidad que pueden, a su vez, incrementar la base de los trabajadores para la lucha política. La movilidad geográfica del capital y del trabajo no deja de ser un asunto ambiguo desde cualquiera de los dos puntos de vista. Esta es la condición fundamental a la hora de entender la movilidad del trabajo. Es la condición que seguirá existiendo mientras los trabajadores tengan que vender su fuerza de trabajo como una mercancía a fin de poder vivir.

inglés común y corriente odia al trabajador irlandés por ser un competidor que empuja hacia abajo su nivel de vida [...] Las clases gobernantes mantienen vivo este antagonismo y lo intensifican [...] por todos los medios a su disposición. Este es el secreto de la impotencia de la clase trabajadora inglesa, a pesar de su organización. Este es el secreto de cómo mantiene su poder la clase capitalista» (*Selected Correspondence, with Engels*, pp. 236-237).

3. La movilidad del capital dinero

Las diferentes formas de dinero —lingotes de oro, moneda, billetes, créditos, etc.— varían de acuerdo con la facilidad y seguridad con la que pueden desplazarse. Las monedas de oro, con una alta proporción entre valor y peso, no resultan costosas de mover físicamente. No obstante, el tiempo que esto conlleva y los riesgos que entraña plantean límites bien definidos. En el contexto actual, el dinero crédito es la forma de capital dinero más móvil. El dinero crédito puede moverse de un lado a otro del mundo tan rápidamente como lo permiten la información y las instrucciones respecto a su uso. La única barrera física está en el sistema de comunicaciones a través del cual se transmiten los mensajes.

Los avances en las técnicas de transferencia de información son por tanto tan fundamentales para la acumulación como las revoluciones en el transporte que incrementan la movilidad de las mercancías (*Grundrisse*, vol. I, p. 63).⁹ El correo, el telégrafo, el teléfono, la radio, el télex, las transferencias electrónicas, etc., todo ayuda a que el dinero crédito atraviese el espacio «en un abrir y cerrar de ojos». El capital dinero de este tipo puede vagar por el mundo aparentemente casi sin ningún estorbo ni obstáculo, integrando y coordinando la producción y el intercambio casi sin importar las barreras espaciales materiales. En la medida en que Marx defiende (véase el capítulo I) que los valores se convierten en reguladores del intercambio de mercancías solo cuando se desarrolla un sistema de intercambio bien integrado, se deduce que cuanto más libremente se mueva el dinero crédito, las relaciones de intercambio reflejarán de forma más perfecta las relaciones de valor y más significativo llegará a ser hablar de una mercancía dinero como equivalente universal.

No obstante, casi de inmediato nos topamos con ciertas paradojas y contradicciones que chocan socialmente con la libertad de circulación incluso de las distintas formas de dinero crédito. Estas últimas pueden funcionar únicamente en el contexto de ciertos arreglos institucionales coherentes, de los cuales los fundamentales son los que proporciona el Estado. Marx insiste en que todas las formas «ideales» de dinero poseen un «carácter local y político» y su capítulo sobre el «dinero» en *El capital* está repleto de alusiones al Estado nación como unidad monetaria básica cuando el dinero es empleado como un puro medio de circulación. Las relaciones entre los sistemas monetarios de diferentes Estados nación y entre los bloques monetarios entran entonces en escena. Surgen barreras sociales al movimiento de dinero debido a los diferentes arreglos

⁹ Véase De la Haye (1979), quien hace hincapié en las comunicaciones en su introducción a los escritos de Marx sobre esta cuestión.

legales, institucionales y políticos que respaldan el sistema monetario. El impulso por crear así un sistema de crédito tan libre, como sea posible, de restricciones materiales en el espacio descansa, paradójicamente, en las diferenciaciones territoriales, que pueden impedir el movimiento del dinero bajo ciertas condiciones. Ya nos hemos enfrentado antes a este tipo de contradicciones. La movilidad espacial de las mercancías depende de la creación de una red de transporte inmovilizada en el espacio. En ambos casos, las barreras espaciales solo vienen superadas por medio de la creación de determinadas estructuras espaciales. Cuando estas últimas se convierten en barreras, lo que generalmente sucede con el tiempo, entonces podemos ver más claramente cómo «la universalidad a la que tiende inconteniblemente [el capital], encuentra límites en su propia naturaleza» (*Grundrisse*, vol. I, p. 279).

Por supuesto, el dinero crédito podría vagar libremente por el mundo si estuviera ligado directamente a una mercancía dinero, como el oro, pero la virtud central del dinero crédito es que está liberado de estas ataduras. Por ejemplo, el dinero crédito debe necesariamente estar liberado de las restricciones monetarias durante la oscilación ascendente, a fin de que se puedan lograr nuevas configuraciones de producción y organización del plusvalor. Por la misma razón, durante una crisis, el dinero crédito está destinado a verse devaluado en relación con el dinero «de alta calidad». Por eso es importante dónde está situado ese dinero de alta calidad y cuál es su fuerza como medida del trabajo social. Cuando el oro todavía opera como única medida de valor, las reservas de oro de los bancos centrales forman la base monetaria. Cuando el papel moneda inconvertible, respaldado por el Estado, funciona como la única medida del valor dentro de un país, entonces la oferta y la calidad del dinero del banco central es el único respaldo interno del dinero crédito. Los intercambios internacionales se producen así según los fluctuantes tipos de cambio entre las diferentes monedas nacionales. En cualquiera de los dos casos, el valor del trabajo social, ya sea registrado por las reservas de oro o por la posición del Estado nación en el mercado de cambios, se convierte en el apoyo fundamental del sistema de crédito. Cuanto más fuerte es su tipo de cambio o sus reservas de oro, o ambas cosas, más libertad de acción tiene el banco central para proporcionar una base monetaria firme para el sistema de crédito. Marx se dio perfecta cuenta de la importancia de esas relaciones, tal y como se puede ver claramente en sus escritos sobre la formación de las crisis y la «ausencia de lingotes de oro» (*El capital*, vol. III, cap. XXXV).

El resultado es el siguiente: mientras que el dinero crédito puede recorrer el mundo a la misma velocidad que la información, también se enfrenta a las barreras sociales levantadas por la existencia de diferentes monedas nacionales de diferente calidad (dependiendo del tipo de cambio,

las reservas de oro, las políticas del banco central, y cosas por el estilo).¹⁰ En tiempos de crisis, el dinero crédito se ve obligado a relacionarse de nuevo con una base monetaria geográficamente diferenciada. Cada Estado nación se esfuerza por proteger su base monetaria a fin de asegurar la viabilidad del sistema de crédito. Esto implica incrementar la producción de valor y de plusvalor dentro de sus fronteras, o apropiarse de los valores que se producen en otras partes (por medio de empresas coloniales o imperialistas). De ello se sigue automáticamente la competencia interestatal respecto de los flujos de capital (cualquiera que sea su forma). Cada Estado nación puede entonces considerar necesario proteger su base monetaria restringiendo los movimientos de capital (por medio de aranceles protectores, subsidios a la producción, controles del tipo de cambio, etc.). El movimiento de la fuerza de trabajo puede ser también objeto de control.

Pero toda esta lógica colapsa sobre sí misma. A fin de proteger la base monetaria que conforma los cimientos del dinero crédito —la forma más móvil de capital— puede ser necesario restringir la movilidad espacial del capital en general. Esa situación es inherentemente inestable y contradictoria. La inestabilidad genera además incertidumbre y una actitud más defensiva por parte de las autoridades monetarias de los distintos Estados nación. Estamos así camino de entender cómo, en ausencia de un arreglo supranacional (del tipo negociado en Bretton Woods en 1944), el sistema monetario internacional se puede disolver y acabar en el caos, a medida que las crisis se desenvuelven geográficamente sobre el escenario mundial. Posteriormente volveremos sobre este tema.

4. La ubicación de los procesos de producción

El origen del plusvalor está en un proceso de trabajo concreto organizado bajo relaciones capitalistas de producción e intercambio. La transformación material de la naturaleza, la producción de valores de uso sociales, se produce necesariamente en un determinado lugar. Con la única excepción de la industria del transporte (cuyo producto es el cambio de ubicación), la producción de mercancías está, durante el proceso de trabajo, ligada a una determinada ubicación. Las localizaciones pueden cambiar, sin incurrir en la devaluación del capital empleado, pero solo después de que se ha llevado a cabo el proceso de trabajo. La duración de cada proceso de trabajo viene determinada por el tiempo de rotación real del capital empleado. Cuantos más largos sean estos tiempos de rotación más difícil será cambiar de ubicación, a menos que los componentes de ese capital —máquinas e

¹⁰ El análisis de Mandel en *The Second Slump* es un instructivo estudio de cómo estos procesos operan conjuntamente en determinada coyuntura.

inventarios— se puedan trasladar con un coste nominal. Los productores quedan firmemente arraigados durante largos periodos de tiempo, a causa del capital fijo, que tiene un largo tiempo de rotación y que está incorporado en la propia tierra. Los productores solo pueden ser liberados hasta cierto punto de esas restricciones, si el Estado u otra fracción del capital (dueños de propiedades, financieros) tienen en sus manos esos elementos del capital fijo y los alquilan a los usuarios sobre la base de plazos cortos.

La localización de la producción en el capitalismo es un asunto muy intrincado sujeto a determinaciones múltiples. La ventaja de determinada ubicación para el capitalista individual depende del coste del capital constante y variable, del transporte a mercados con suficiente demanda efectiva, del coste del capital que devenga interés, del coste y disponibilidad de una serie de servicios subordinados, así como del precio de la tierra. Estos costes varían de acuerdo con la prodigalidad de la naturaleza (los llamados recursos «naturales»), las condiciones sociales, políticas y económicas que afectan el valor de la fuerza de trabajo, los costes de los insumos intermedios, el grado de demanda efectiva, etc. Los productores están también implicados en la competencia *espacial* —es decir, en la competencia por los lugares y ubicaciones más favorables, por el dominio de determinadas zonas de mercado, etc—. Estas consideraciones han sido tratadas, naturalmente, en la teoría burguesa de la ubicación.¹¹ Nuestra tarea aquí es interpretarlas desde una perspectiva marxista.

Las «leyes coactivas de la competencia» desempeñan un papel importante en la teoría de Marx, aun cuando suele pasar por alto la dimensión espacial. En el análisis de la renta (véase el capítulo IX) se alude a esta brevemente y en otras partes se la menciona ocasionalmente. De hecho, Marx afirma frecuentemente que es razonable dejar para después los detalles de cómo funciona realmente la competencia. Lo que le interesa son las relaciones fundamentales que prevalecen después de que la competencia, la oferta y la demanda, las fluctuaciones de precios y todos los demás fenómenos superficiales característicos del mercado han realizado su función. Para su propósito es suficiente dar por supuesto someramente condiciones de competencia perfecta. ¿Qué sucede entonces cuando integramos de forma más explícita en el argumento la dimensión espacial de la competencia?

En condiciones de competencia, la ventaja relativa de una localización se traduce en una ganancia extraordinaria. Este tipo de ganancia, como la que acumulan los capitalistas que usan tecnologías superiores, se puede considerar como una forma de plusvalor relativa. La acumulan los capitalistas individuales que venden al precio social medio pero producen

¹¹ La mejor encuesta sigue siendo la de Isard (1976), y la obra más curiosa sobre esta cuestión sigue siendo la de Lösch (1967).

a costes locales por debajo del promedio social. Debe distinguirse de la forma permanente de plusvalor relativo que obtiene la clase capitalista en general cuando cae el valor de la fuerza de trabajo. A fin de clarificar esta distinción, voy a aferrarme a la terminología de la ganancia extraordinaria para indicar el plusvalor relativo que los capitalistas individuales pueden llegar a obtener gracias a ventajas tecnológicas o de situación. En la medida en que los productores se pueden reubicar a voluntad, la ganancia extraordinaria de una ubicación superior, como la de la tecnología superior, será efímera. De otro lado, cuando la ganancia extraordinaria resulte relativamente permanente, entonces se la gravará como tierra (ubicación) o como renta (véase el cap. XI). La tasa de ganancia de los productores capitalistas suele igualarse a través de las ubicaciones, ya sea por medio de la apropiación de rentas o de la movilidad geográfica de la producción de capital.

Aquí, no obstante, vamos a centrarnos en la competencia espacial y en la consecuente movilidad geográfica de la producción capitalista. A fin de que tengamos una idea sobre el lugar a donde se dirige el argumento, vamos a empezar con un modelo sumamente simplificado. Supongamos que todos los capitalistas hacen girar todos los elementos de su capital sobre una base anual y que, a su vez, son libres para cambiar de ubicación sin incurrir en ninguna devaluación al final de cada año. Imaginemos, también, un plano cerrado sobre el cual los capitalistas en competencia con idénticas tecnologías acumulan capital por medio de la producción e intercambio de un producto homogéneo. Supongamos, finalmente, que todos los capitalistas tienen una información perfecta sobre las oportunidades de obtener ganancias en ese plano. Al final de cada año los capitalistas pueden trasladarse dentro de una configuración espacial de ubicaciones de producción que igualen la tasa de ganancia. ¿Qué hacen, no obstante, con su capital acumulado? Si un capitalista amplía su producción y cambia de ubicación con el fin de maximizar la posibilidad de realizar valores (tanto en la producción como en el intercambio), los demás capitalistas se verán obligados a hacer lo mismo a fin de defender su posición competitiva.¹² El efecto total a largo plazo, siempre en un plano cerrado, es que la búsqueda de ganancias extraordinarias individuales en esa situación obligará a la tasa de ganancia media a acercarse cada vez más a cero. Este es un resultado extraordinario. Significa que la competencia por ventajas relativas de ubicación, en un plano cerrado, bajo condiciones de acumulación, tiende a un escenario de producción que es la antítesis de la acumulación a largo plazo. Los capitalistas individuales, al actuar según sus propios intereses

¹² La literatura burguesa sobre la teoría de la ubicación está repleta de toda clase de intrincadas discusiones sobre las diferentes formas de competencia espacial. Para poder abordar esta cuestión, adopto aquí una versión sumamente simplificada. El problema no está en describir los procesos de competencia, sino en llegar a relaciones sociales que sirven de base a sus resultados

y esforzarse por llevar al máximo sus ganancias bajo las presiones coercitivas de la competencia, tienden a extender la producción y cambiar de ubicación hasta el punto que desaparece la capacidad para producir más plusvalor. Esta es, según parece, una versión espacial de la tesis de Marx de la tasa decreciente de ganancia.¹³

Este modelo no resulta particularmente realista, pero ayuda a identificar algunas hipótesis útiles de trabajo. En primer lugar, los procesos que contribuyen al «equilibrio espacial» —extensamente explicados en la teoría burguesa de la ubicación— deben verse, desde la perspectiva marxista, como parte de los procesos que conducen a las crisis de acumulación. Por el contrario, aquellas fuerzas de contrapeso (incluidas las que se desatan en el curso de las crisis) que empujan la economía espacial de la producción a algún estado aparente de desequilibrio crónico, desempeñan un papel potencialmente importante a la hora de posponer, limitar o resolver las crisis espaciales superpuestas de la acumulación. El sentido general de estas hipótesis reside en que confirman que la ubicación, en tanto momento activo dentro de la circulación y acumulación totales del capital, a las que posteriormente llamaremos «desarrollo geográfico desigual», junto con la radical reestructuración de la economía del espacio del capitalismo, desempeñan un papel vital en los procesos de formación y resolución de las crisis y puede haber incluso un «arreglo espacial» (tal y como lo llamamos) de las contradicciones internas del capitalismo. En lo que sigue, trataremos de desarrollar estas ideas.

4.1. Tecnología versus ubicación como fuentes de plusvalor relativo

Los capitalistas individuales pueden tener esperanzas de obtener plusvalor —ganancias extraordinarias— adoptando tecnologías superiores o buscando ubicaciones superiores. Esto quiere decir que existe una comercialización directa entre los cambios de tecnología y los de ubicación en la búsqueda competitiva de ganancias extraordinarias. Los productores que tienen ubicaciones poco ventajosas, por ejemplo, pueden compensarlas adoptando una tecnología superior, y viceversa. Las relaciones entre estas

¹³ De aquí se deduce que el equilibrio espacial expuesto en la obra de Lösch, *Economics of Location*, con sus pulcras redes hexagonales de zonas mercantiles y sus jerarquías de lugares centrales, es un terreno de cero acumulación, que no concuerda en absoluto con el modo de producción capitalista. Apenas debería sorprendernos que no hayamos visto este tipo de paisajes y el propio Lösch tiene grandes dificultades para inyectar dinamismo a su argumento. El cambio tecnológico es tratado como un don externo, un fenómeno inexplicado, cuando lo que realmente tenemos que mostrar es la forma y el motivo por el que las presiones de la competencia inducen al cambio tecnológico dentro de un sistema de ubicaciones. Una investigación más ajustada de esta cuestión indica que, por profundas razones estructurales, es imposible lograr el «equilibrio espacial», en el sentido burgués, bajo las relaciones sociales del capitalismo.

dos fuentes potenciales de ganancia extraordinaria merecen, por eso, una consideración más detallada.

Vamos a señalar primero que en ambos casos las ganancias extraordinarias que obtienen los capitalistas individuales son, en principio, temporales; desaparecen tan pronto como los demás capitalistas adoptan la misma tecnología o se desplazan a ubicaciones igualmente ventajosas. Bajo condiciones de relocalización instantánea y sin costes, la ganancia extraordinaria debida a la localización sería insignificante, excepto en el caso de recursos monopolizables y especiales del tipo que dan lugar a la apropiación de rentas. En tanto existen barreras a la relocalización (el coste, el tiempo que lleva acabar determinado proceso de trabajo, etc.), la acción del capital puede producir islas con ventajas de localización relativas. La analogía con el caso de la renta diferencial del segundo tipo es exacta (véase el capítulo XI). Las configuraciones espaciales relativamente permanentes y con ganancias extraordinarias mitigarían el incentivo de los capitalistas a la hora de emprender cambios tecnológicos en esas ubicaciones ventajosas, a menos que las ganancias extraordinarias fueran gravadas como rentas de la tierra. Vamos a reafirmar aquí la tesis explorada en el capítulo XI, de que la apropiación de rentas desempeña un papel importante a la hora de igualar las tasas de ganancia de los productores a través de las distintas ubicaciones, forzando así a los capitalistas individuales a volver al camino recto y estrecho de buscar ganancias extraordinarias por medio del cambio tecnológico.

Vamos a considerar ahora una ubicación en la que la movilidad del capital productivo y la apropiación de rentas han igualado la tasa de ganancia a través de todas las localizaciones en un plano restringido, dentro del cual existe una reserva finita de fuerza de trabajo. La acumulación procederá sin restricciones en tanto haya excedentes de fuerza de trabajo. A medida que los excedentes de trabajo sean absorbidos, cada vez más capitalistas buscarán ganancias extraordinarias y se verán obligadas a adoptar nuevas tecnologías. Estas modificarán y alterarán las condiciones bajo las cuales se lograba el equilibrio espacial previo (definido como igualación de la tasa de ganancia). La competencia espacial se reactivará así de diversas formas.

Primero, los productores que tienen tecnologías superiores pueden ampliar sus mercados a expensas de otros que se ven obligados entonces a responder, ya sea cambiándose de ubicación o adoptando nuevas tecnologías. Si las nuevas tecnologías afectan a las economías de escala y son neutrales respecto del valor de la fuerza de trabajo (esto es, no dan lugar a la forma permanente de plusvalor absoluto), el plusvalor producido en el plano permanecerá constante. Simplemente se redistribuirá. Si la nueva tecnología requiere de un aumento en el capital adelantado, la tasa de ganancia media declinará, aun cuando el capitalista individual privilegiado

esté todavía en condiciones de obtener ganancias extraordinarias. Vemos aquí de nuevo en acción la dimensión espacial de la tasa decreciente de ganancia. Para que se establezca la tasa de ganancia es necesario sacar del negocio a algunos competidores y esto implica una devaluación de una localización concreta.

En segundo lugar, cuando los productores aumentan la composición técnica y composición de valor de los capitales que emplean, se producen tres efectos relacionados:

1. La demanda de fuerza de trabajo de los innovadores pueden caer, disparando el desempleo y la disminución de los salarios, así como las oportunidades adicionales de adquirir plusvalor relativo sobre la base de condiciones favorables a la expansión del mercado de trabajo local (por el momento presuponemos que no hay movilidad de la fuerza de trabajo).
2. El mercado de mercancías salario declina en este contexto y los proveedores locales de dichas mercancías quedan en una posición desfavorable, al menos temporalmente. En respuesta, pueden introducirse innovaciones o relocalizaciones.
3. La demanda de medios de producción se incrementa localmente y los proveedores quedan temporalmente en una situación ventajosa.

Los efectos de la interacción total son obviamente muchos y a la economía le lleva algún tiempo reaccionar y encontrar algún tipo de «equilibrio espacial» en el que las tasas de ganancia se igualen de nuevo.

En tercer lugar, las sustituciones dentro de las categorías de capital constante y variable debidas al cambio tecnológico también contribuyen a modificar los cálculos de las ventajas de localización:

1. El cambio de trabajo cualificado a no cualificado (o viceversa), que deriva de los cambios en el proceso de trabajo, modifican la importancia del acceso a diferentes tipos de oferta de trabajo (en cantidad y calidad), mientras que la separación entre el diseño y la ejecución puede incluso permitir que se dividan las decisiones relativas a la ubicación para las diferentes fases de un proceso de trabajo que por lo demás está integrado.
2. La sustitución de un tipo de materia prima por otro tiene consecuencias geográficas directas, según la disponibilidad natural de esas materias primas.

3. Los cambios en las técnicas alteran la sensibilidad a las restricciones espaciales globales; la energía hidráulica permite producciones a pequeña escala, restringidas y dispersas espacialmente, la máquina de vapor liberó la producción de esas restricciones pero la ubicó cada vez más en relación con medios de transporte más convenientes, mientras que la energía eléctrica permite dispersar o concentrar la producción casi sin restricciones cuando el caso lo requiera (cf. *El capital*, vol. I, pp. 453-454).

4. En cuarto lugar, el cambio tecnológico y organizativo —cooperación, división detallada del trabajo y empleo de maquinaria— suelen promover un incremento de la concentración de las actividades de producción. Las economías de escala refuerzan una tendencia que quizá también se vea fomentada por la creciente centralización del capital (véase el cap. V). La creciente interdependencia dentro de la división del trabajo (en oposición a la competencia por el control de mercados geográficamente distintos) significa que los cambios tecnológicos y organizativos bien pueden llevar a la aglomeración de actividades dentro de los grandes centros urbanos. Marx alude frecuentemente a estos procesos pero también señala que la cooperación «permite extender el radio de acción del trabajo» mientras que la división social del trabajo y la apertura de nuevas líneas de producto estimula la división territorial y la dispersión geográfica del trabajo (*El capital*, vol. I, p. 402). La tensión entre la concentración geográfica de la producción y la especialización y dispersión territoriales resulta muy evidente y no se puede entender de modo independiente de la dinámica tecnológica relacionada con la acumulación de capital. Estos efectos geográficos generan a su vez oportunidades para que los capitalistas individuales obtengan ganancias extraordinarias (temporalmente) por medio de los cambios de ubicación.

La conclusión general que se puede extraer de todo ello es que la búsqueda de ganancias extraordinarias por medio del cambio tecnológico no es independiente de la búsqueda de ganancias extraordinarias por medio de la relocalización. En la medida en que se eliminan las oportunidades de obtener ganancias extraordinarias gracias a la ubicación (gracias a la movilidad de la producción o a la apropiación de la renta), los capitalistas individuales se ven obligados a buscarlas por medio de los cambios tecnológicos. Estos últimos producen por lo general nuevas oportunidades de obtener ganancias extraordinarias de ubicación. Dicho de otra forma, cuanto más se acerque la producción a algún tipo de equilibrio espacial (por ejemplo, la igualación de las tasas de ganancia entre diversas localizaciones), mayor será el incentivo competitivo para que los capitalistas individuales alteren la base de ese equilibrio espacial. La competencia, podemos decir para concluir, promueve simultáneamente cambios en las configuraciones

espaciales de producción, cambios en los mix tecnológicos, la reestructuración de las relaciones de valor y cambios temporales en la dinámica global de la acumulación. La dimensión espacial de la competencia es un ingrediente activo en esta mezcla de fuerzas volátiles. En ausencia de cualquier restricción a las fuerzas compensatorias, la búsqueda individual de ganancias extraordinarias mantendría la economía espacial de la producción capitalista en un estado que se parecería al juego incoherente y frenético de las sillas vacías.¹⁴

Esta conclusión viene modificada en la medida en que se relajan los supuestos iniciales de una oferta de trabajo fija y un plano limitado. Bajo condiciones de excedente de trabajo y de una alta tasa de explotación, el incentivo de la competencia a la hora de cambiar de tecnología o de ubicación se ve muy reducido, al tiempo que en un plano sin límites las condiciones dominantes en la frontera geográfica del capitalismo llegan a ser cruciales. Existen, además, otras influencias que suelen estabilizar los patrones de localización. Vamos ahora a considerarlas.

4.2. El tiempo de rotación del capital en la producción: la inercia geográfica y temporal y el problema de la devaluación

Los diferentes elementos del capital empleados en la producción rotan a diferentes velocidades dentro de las diferentes industrias. Cuanto más largos sean esos tiempos de rotación, mayor será la inercia geográfica y temporal dentro de la economía espacial de la producción capitalista. La inercia viene impuesta específicamente por la amenaza de devaluación.

Los capitalistas individuales se pueden ir a otro lado sin incurrir en devaluación, solo bajo la improbable circunstancia de que lleguen a su término simultáneamente todos los tiempos de rotación y periodos de trabajo del capital que emplean (variable, constante, fijo, etc.). La falta de simultaneidad implica algún grado de devaluación que las relocalizaciones siempre traen consigo. La única pregunta es: ¿cuánta devaluación y con qué efectos? Una regla de la relocalización «racional» tendría simplemente que garantizar un mayor plusvalor que el que se perdería por la devaluación ocasionada por el desplazamiento. ¿Qué procesos sociales garantizan, no obstante, que el capitalismo puede acercarse a implementar esa regla racional?

¹⁴ Esto resulta similar a la tesis burguesa, presentada por primera vez por Koopmans y Beckman, de que no existe un conjunto de precios que asegure la asignación óptima de actividades a las distintas localizaciones bajo condiciones de ganancias máximas descentralizadas, cuando las instalaciones ya localizadas son indivisibles y están interconectadas de cualquier modo. El fracaso del sistema de precios hace aquí que cualquier patrón de localización resulte inestable.

La amenaza de devaluación impone restricciones al ritmo del cambio tecnológico y a la velocidad del ajuste geográfico. Cuanto más largos sean los tiempos de rotación, mayor será la inercia geográfica y temporal dentro de la economía espacial de la producción. El efecto es estabilizar el paisaje de la producción; una influencia de contrapeso no totalmente indeseable a la tendencia hacia la frenética inestabilidad que se señaló en el epígrafe anterior. Pero entonces surgen problemas de otro tipo.

Las industrias que emplean grandes cantidades de capital fijo no pueden relocalizarse con facilidad. En un sistema de producción caracterizado por la interdependencia y la competencia, los diferenciales en los tiempos de rotación entre industrias, estructuras específicas de aglomeración y dispersión, y cosas por el estilo, abundan los problemas de coordinación, al tiempo que se multiplican correlativamente las barreras a la reorganización espacial de la producción. El espacio y la localización aparecen entonces como fuentes activas de plusvalor para los capitalistas individuales. Por la misma razón, la amenaza de devaluación que conlleva la reorganización espacial parece aún mayor. El efecto puede ser que se incline la balanza de la inestabilidad crónica hacia el estancamiento geográfico. Nos enfrentamos aquí a una versión aún más profunda de esa contradicción que acosa a la circulación del capital fijo. El capitalismo confía cada vez más en el capital fijo (incluido el que está incorporado a un paisaje específico de producción) a la hora de revolucionar el valor de la productividad del trabajo, solo para encontrar que su fijación (en una distribución geográfica específica) se convierte en la barrera a superar. La tensión entre la inestabilidad generada por el capital recién formado y el estancamiento de las inversiones pasadas, siempre está presente dentro de la geografía de la producción capitalista.

Aquí descansa uno de los fundamentos a la hora de entender los procesos de formación y resolución de las crisis dentro de la economía espacial de la producción capitalista. Una ruptura de los mix tecnológicos pasados y de las configuraciones espaciales pasadas entraña a menudo una devaluación masiva. Sin embargo, que no se «racionalicen» los mix tecnológicos y las configuraciones espaciales constituye la base de las crisis de sobreacumulación. La devaluación general que se produce en el curso de las crisis «libera» capital para establecer nuevas tecnologías y nuevas estructuras espaciales simultáneamente.¹⁵ Ahora tenemos que añadir, sin embargo, otra falla más a este panorama de por sí complejo. La devaluación es siempre, como hemos visto, específica de un lugar. No tiene que extenderse uniformemente por todo el plano. De hecho, la naturaleza misma de la

¹⁵ Esta cuestión ha sido recientemente explorada por Massey (1979) y Walker y Storper (1981).

competencia espacial asegura que las ganancias extraordinarias de un lugar se obtienen a expensas de pérdidas por devaluación en cualquier otro lugar. Por eso, las crisis se despliegan con efectos diferenciales a través de la superficie del plano.

5. La configuración espacial de los entornos construidos

Cuando los capitalistas en la producción pueden comprar los valores de uso del capital incorporado a la tierra sobre una base anual o «libre para el servicio», pueden también cambiar de localización con mayor facilidad, sin incurrir en los fuertes castigos de la devaluación. De este modo, para ellos resulta ventajoso que otra persona sea dueña del capital incorporado en la tierra. Esta ventaja —que se aplica a todos los demás agentes económicos, como comerciantes, financieros e incluso trabajadores— se realiza cuando una parte del capital total circula a través del entorno construido como «capital fijo de un tipo independiente» (véase el capítulo VIII). El principio general en funciones es el siguiente: tanto el capital como el trabajo pueden llegar a tener más movilidad geográfica al precio de congelar en un lugar una parte del capital social total.

Esa situación es inherentemente conflictiva. Cuando la porción del capital libre de moverse aprovecha plenamente su movilidad potencial, la otra porción del capital que está encerrada en el lugar sufrirá seguramente todo tipo de inciertas reevaluaciones (tanto al alza como a la baja). Cuando el capital encerrado en el entorno construido es propiedad de un sector separado del capital, el escenario para el conflicto entre sectores está servido. Vamos a ver cómo sucede todo esto.

Las necesidades peculiares de la circulación del capital a través del entorno construido han dado lugar a la evolución de un tipo especial de sistema de producción y de realización que define los nuevos papeles de los agentes económicos. Los *terratenedores* reciben *renta*, los *promotores* reciben *incrementos de la renta* sobre la base de las mejoras incorporadas, los *constructores* perciben *ganancias* empresariales, los *financieros* proporcionan capital dinero a cambio de *interés*, al mismo tiempo que pueden capitalizar cualquier forma de ingresos proveniente del uso del entorno construido como un *capital ficticio* (precio de propiedad) y el Estado puede usar los impuestos (presentes o futuros) como respaldo de las inversiones que el capital no puede o no quiere emprender pero que a pesar de todo sirven para ampliar la base de la circulación del capital. Todo estos papeles existen sin importar quién los desempeña. Cuando los capitalistas compran suelo, lo urbanizan y construyen usando su propio dinero, asumen múltiples papeles. No obstante, cuanto más capital

adelanten dentro de este tipo de actividad menos tendrán para ponerlo a producir directamente. Por esta razón, la producción y el mantenimiento del entorno construido cristaliza a menudo en un sistema sumamente especializado que vincula a agentes económicos que realizan cada papel de forma separada o en combinaciones limitadas.¹⁶

El modo en que funciona este sistema no puede entenderse sin invocar elementos propios de la distribución —renta, interés e impuestos—. La renta (véase el capítulo XI) es la base del precio de la tierra y opera asignando capital y trabajo al suelo, sirve de guía a la localización de la producción, el intercambio y el consumo futuros, da forma a la división geográfica del trabajo y a la organización espacial de la reproducción social. Esto solo se aplica en la medida en que la tierra se convierte en una forma pura de capital ficticio. Los títulos de propiedad de la tierra se deben intercambiar libremente como un puro activo financiero. La renta se asimila así a una forma de interés que se identifica específicamente con los atributos de la ubicación. El capital dinero, por su parte, puede también convertirse en un valor de uso material y prestarse como tal a cambio de un pago de intereses (véase el capítulo VIII). De este modo, el capital que devenga interés puede circular directamente a través del entorno construido, los ingresos generados pueden ser capitalizados y los títulos de propiedad pueden ser intercambiados. El Estado puede también facilitar la circulación de capital en el entorno construido emitiendo bonos con respaldo en los ingresos futuros en concepto de impuestos. Estos últimos también pueden ser capitalizados y convertidos en distintas formas de capital ficticio.

Dentro de todo este sistema, la circulación del capital a interés desempeña un papel hegemónico. El poder del capital dinero se ejerce de forma continua sobre todas las facetas de la producción y la realización, al tiempo que todas las localizaciones espaciales caen dentro de su órbita. El sistema de crédito influye en los mercados de tierra y de propiedad, así como en la circulación de la deuda estatal. De este modo, imprime presión a los terratenientes, los promotores, los constructores, al Estado y a los usuarios. Además, la formación de capital ficticio permite que el capital que devenga interés fluya de forma continua en relación con el uso diario de los valores de uso fijos, inmóviles y de larga duración. Los títulos que dan derecho a esos ingresos pueden incluso circular por el mercado mundial aunque los propios bienes sean inmóviles. Esto tiene muchas ventajas. La brecha existente entre las necesidades de la producción y las posibilidades de realización puede ser objeto de vigilancia continua a través de las fluctuaciones de las rentas, las tasas de interés y los impuestos, mientras que los

¹⁶ Topalov (1974) y Lamarche (1976) proporcionan análisis de este sistema para la producción del entorno construido.

mercados de tierras, de propiedades y de deuda del gobierno proporcionan elaboradas señales para la inversión y desinversión de un lugar a otro. Se pueden evitar así las importantes devaluaciones que se producen de golpe, permitiendo múltiples ajustes de precios de menor cuantía durante la vida de ciertos activos fijos e inmóviles. Los inversionistas pueden introducir o retirar capital dinero en cualquier momento (a veces con beneficios y a veces con pérdidas). El omnipresente riesgo de la devaluación puede ser también socializado en parte, ya que una grave pérdida en un sitio puede quedar más que compensada por determinada ganancia en otro. Si llegan a producirse devaluaciones masivas localizadas, pueden ser absorbidas parcialmente dentro del sistema de crédito o por el Estado.

Las intrincadas mediaciones de los diversos agentes económicos que se apropian de los ingresos de diferente tipo caen dentro de una estructura común —la del sistema de crédito, que realiza funciones fundamentales de coordinación (véase el capítulo IX)—. El efecto pasa por reducir el tiempo y el espacio a una métrica común determinada socialmente —la tasa de interés, que en sí misma es una representación del valor en movimiento—. Los horizontes temporales y geográficos del flujo de capital quedan definidos simultáneamente. Por ejemplo, se toman recursos de la tierra y se ocupan terrenos en la periferia en proporciones dictadas por la tasa de interés dominante, más bien que de acuerdo con alguna otra concepción del bienestar actual o futuro. Las tasas de interés —que son ellas mismas un producto de la acumulación lograda por medio de la explotación de la fuerza de trabajo (pp. 390-400 de este libro)— fluctúan, de tal modo que los horizontes temporales y geográficos del flujo de capital se extiendan afuera o se contraigan.

En el marco de este sistema general surgen una serie de tipos especiales de arreglos institucionales que se ocupan de los problemas cotidianos de la coordinación en la producción, uso, transformación y abandono de elementos particulares dentro del entorno construido.¹⁷ Por ejemplo, el *red-lining*¹⁸ de las instituciones financieras y la remodelación urbana a menudo provocan un abandono organizado. El Estado también establece estrategias de planeamiento urbano y regional. Y de acuerdo a las mismas canaliza las inversiones públicas y privadas. De cara a controlar y fomentar los beneficios interactivos y los costes de diferentes tipos de usos del suelo se promulgan reglamentaciones legislativas y administrativas. Los arreglos de este tipo modifican los mecanismos básicos de los mercados de tierras y de propiedades, fundados en el intercambio de capitales ficticios. El resultado

¹⁷ Véanse Dear y Scott (1981) y Scott (1980).

¹⁸ Práctica discriminatoria, por parte de las instituciones públicas y las agencias financieras, consistente en perimetrar zonas de baja o nula inversión debido a las características demográficas de sus poblaciones, por ejemplo, barrios de mayoría afroamericana o latina. [N. de E.]

es la creación de una jerarquía de medios para la producción, modificación y transformación de las configuraciones espaciales (estos medios pueden provenir del Estado, de las instituciones o del mercado).

El propósito general de tan intrincados arreglos consiste en establecer medios y formas independientes de circulación que den forma a las configuraciones espaciales del entorno construido, a fin de que se ajusten a los diversos requerimientos del capital y del trabajo en general. Este grandioso objetivo se logra, no obstante, con un tremendo coste. Por ejemplo, la apropiación de rentas fomenta la ilusión fetichista de que la tierra e incluso la localización produce valor directamente. Otras ilusiones similares rodean a los mercados de propiedades y a la circulación de la deuda pública. Los capitales ficticios son, después de todo, ficticios. La circulación de títulos que dan derecho al trabajo futuro es inherentemente especulativa. Todo el sistema de relaciones sobre el cual está basado la producción de configuraciones espaciales en el entorno construido suele facilitar, y en ocasiones exacerbar, los dementes estallidos especulativos a los que el sistema de crédito es siempre propenso. Además, las luchas fraccionales sobre la distribución —entre terratenientes, promotores, financieros, constructores y el Estado— pueden degenerar fácilmente en perversas sangrías con resultados materiales que a menudo tienen poco o nada que ver con las necesidades reales del capital y del trabajo en general. Hay, parece, algo perverso en tratar de crear las condiciones físicas favorables a la acumulación dando rienda suelta a la *apropiación* de plusvalor por parte de los terratenientes, promotores, financieros y similares (ninguno de los cuales, con la excepción de los constructores, organiza la producción real de plusvalor). Esto suscita particularmente la siguiente pregunta: ¿cuánta apropiación resulta apropiada? No hay una respuesta clara a esta pregunta e incluso si la hubiera no hay una garantía de que las fuerzas en movimiento bajo el capitalismo podrían dar tal respuesta alguna vez. Surge así la persistente preocupación de que podría circular demasiado capital en tierras improductivas y en especulación sobre propiedades o sobre deuda pública, a expensas de la verdadera producción de plusvalor.

¿Por qué tolerar entonces la existencia de ese ejército de especuladores inmobiliarios, intermediarios inmobiliarios y otros personajes similares? La respuesta debe ser ya evidente: la especulación sobre el suelo, los mercados de propiedades y la especulación con deuda pública son males necesarios. Sin duda la especulación excesiva desvía el capital de la producción real y en consecuencia se lleva su merecido con la devaluación. Pero las restricciones a la especulación tiene resultados igualmente ingratos desde el punto de vista del capitalismo. La transformación de las configuraciones espaciales en el entorno construido se vería así congelada y no habría esperanza de que el paisaje físico requerido para la acumulación futura se materializara.

Sería óptimo que existiera algún término medio entre estos dos extremos, pero no la hay. La especulación desatada y la apropiación sin control, costosas como son para el capital y asfixiante como son para el trabajo, generan el fermento caótico del cual pueden surgir nuevas configuraciones espaciales. Las reestructuraciones especulativas logradas en fases de expansión y de crédito fácil tienen que ser racionalizadas en el curso de las crisis siguientes. Las olas de especulación en la creación de nuevas configuraciones espaciales son tan vitales para la supervivencia del capitalismo como otras formas de especulación. Dada su forma, no hay duda de que los procesos que hemos considerado aquí pueden contribuir con demasiada facilidad a la locura que periódicamente se manifiesta dentro del sistema de crédito. Podemos concluir con seguridad que la creación de configuraciones espaciales y la circulación de capital en el entorno construido es un momento sumamente activo en los procesos generales de formación y resolución de las crisis.

6. La territorialidad de las infraestructuras sociales

Las infraestructuras sociales que sostienen la vida y el trabajo en el capitalismo no han sido creadas de la noche a la mañana, y requieren cierta profundidad y estabilidad a la hora de ser efectivas. Asimismo, están también diferenciadas geográficamente. Cómo y por qué son así es problema de la historia. No obstante, existen poderosas fuerzas en movimiento dentro de la lógica del capitalismo que las mantienen así. Estas fuerzas requieren también de alguna explicación.

Las infraestructuras sociales y las instituciones del capitalismo son increíblemente diversas y realizan una inmensa variedad de funciones. Regulan los contratos, el intercambio, el dinero y el crédito, así como la competencia entre los capitalistas, la centralización de capitales, las condiciones de trabajo (como la jornada de trabajo) y algunas otras dimensiones de la relación entre el capital y el trabajo. A menudo definen determinadas estructuras de la lucha de clases. Proporcionan los medios para obtener conocimientos científicos y técnicos, nuevas técnicas administrativas y nuevos medios a la hora de facilitar el cobro, el almacenamiento y la transmisión de la información. También comprenden una serie de instituciones que contribuyen a la reproducción de la fuerza de trabajo (servicios de salud, educación, servicios sociales, etc.) y a la vida cultural en todos sus infinitos aspectos (incluyendo los de la burguesía). Ofrecen medios de control ideológico así como foros para el debate ideológico. Algo más siniestro son los medios de vigilancia y represión, que constituyen siempre el último recurso cuando la sociedad se ve arrojada al caldero de la fiera lucha de clases.

Un inmenso ejército de gente se emplea en la preservación y mejora de esas infraestructuras e instituciones sociales, que se coaligan, a veces estrechamente y a veces no, dentro de un sistema de relaciones sociales de tipo particular y en un tiempo y un lugar determinados. Una disección correcta de esas relaciones sociales (y de sus contradicciones internas) requiere mucha más consideración de la que nos podemos dar el lujo de exponer aquí. Sin embargo, se debe aventurar algo a fin de identificar las principales fuerzas que gobiernan su evolución espacial. Aun cuando no son tan fáciles de determinar, y por cierto son bastante nebulosos, las infraestructuras sociales y los entornos construidos exhiben cierto paralelismo en sus relaciones con la circulación de capital. En lo que sigue vamos a elaborar esta idea.

Los diferentes elementos de la infraestructura social se funden para formar una suerte de «complejo de recursos humanos», que es mayor que la mera suma de sus partes. Ese complejo de recursos resulta difícil de cambiar, aunque solo sea por el fuerte lazo de los elementos aparentemente distintos que existen dentro del mismo —los estrechos vínculos entre la religión y la educación son un buen ejemplo—. Solo por esta razón, el «complejo de recursos humanos» carece de ningún ajuste instantáneo a los requerimientos del capital. Forma parte del medio geográfico humano, al cual el capital se debe adaptar en cierto grado. Además, es sumamente sensible a cualquier variación en la historia cultural, racial, étnica, religiosa y lingüística. Las relaciones sociales del capitalismo, por ejemplo, se incubaron dentro del vientre de una sociedad preexistente o fueron impuestas por la fuerza desde el exterior en años posteriores. Las infraestructuras sociales ya diferenciadas fueron la «materia prima» con la que se tuvo que dar forma a nuevos complejos de recursos humanos. La calidad de la materia prima preexistente se puede discernir por los resultados, y la forma e historia de la organización de los elementos de la infraestructura social asegura que existan centros de poder político y arreglos territoriales que no son de ninguna manera expresiones directas de las relaciones sociales del capitalismo. Esto resulta particularmente cierto en lo que se refiere al aparato estatal, la administración, la religión organizada, etcétera.

Nuestra tesis es, de todos modos, que la circulación del capital transforma, crea, sostiene e incluso resucita ciertas infraestructuras sociales a expensas de otras. Resulta difícil lograr una comprensión de cómo sucede esto exactamente. La línea general de la interconexión es, no obstante, suficientemente clara. Las infraestructuras sociales tienen que apoyarse en el plusvalor y bajo el capitalismo eso significa que se apoyan en la producción de plusvalor. Desde este punto de vista, no pueden ser interpretadas de ninguna otra forma que como superestructuras erigidas sobre una base

económica.¹⁹ La circulación del valor, que apoya las infraestructuras sociales y la gente empleada en las mismas, integra los procesos materiales de producción de plusvalor en el lugar de trabajo y en la perpetuación de dichas infraestructuras.

La conceptualización de esta relación constituye un problema. En un extremo están aquellos que insisten en el poder independiente y en la autonomía relativa de la organización de las infraestructuras sociales en relación con la base económica (lo cual implica poder para tasar el plusvalor sin restricciones). En el otro, están aquellos que consideran las infraestructuras sociales como meros reflejos de los requerimientos de la acumulación (lo cual niega la importancia y los intrincados lazos de la historia y la tradición).²⁰ En esta última concepción, el problema de la organización geográfica resultaría en su mayor parte discutible —la territorialidad de las infraestructuras sociales reflejaría simplemente las necesidades de la división geográfica del trabajo y otras facetas de la organización espacial requerida por el capital—. Ninguno de los dos conceptos resulta satisfactorio, necesitamos salir de alguna forma del atolladero.

La circulación del capital, tal y como hemos argumentado a lo largo de toda esta obra, debe considerarse como un proceso continuo de expansión del valor. La circulación de los valores a través de las infraestructuras sociales es solo un momento en este proceso total. Debemos descubrir ahora el significado de ese momento en relación con el proceso total.

El valor gravado sobre el capital, que fluye para apoyar las infraestructuras sociales, vuelve al capital en forma de una demanda efectiva de mercancías que producen los capitalistas. No hay en esto pérdida de capital. Quienes están empleados aparecen entonces como puras «clases consumidoras» y como tales pueden desempeñar ocasionalmente un papel a la hora de contrarrestar los problemas de la desproporción, etc. (véase el capítulo III). No obstante, el tiempo absorbido por la circulación del valor en las infraestructuras sociales es tiempo perdido para la producción de plusvalor. El tiempo total de rotación del capital se extiende a través de la expansión de esta esfera de circulación, en detrimento de la expansión de los valores. Más aun, existe la posibilidad de hacer toda clase de redistribuciones geográficas. El «impuesto» sobre el plusvalor producido en un lugar puede volver a surgir como una demanda efectiva en el otro lado del mundo —lo que sucede con organizaciones como la Iglesia Católica Romana lo mismo que con el *Bank of America*—. Pueden surgir centros de

¹⁹ He visto estimaciones que muestran que el capitalismo reproduce el *total* de toda su riqueza cada siete años.

²⁰ Para un ejemplo de esa opinión, véase Althusser y Balibar (1970), Cohen (1978), Poulantzas (1975 y 1978) y Thompson (1978).

consumo que no tienen ninguna base en la producción local de plusvalor. Esos centros, poblados principalmente por las «clases consumidoras», pueden llegar a identificarse mayormente con funciones de la infraestructura social de tipo ideológico, administrativo, de investigación, etc. Los principios que gobiernan esas redistribuciones geográficas de los flujos de valor a través de las infraestructuras sociales son difíciles de establecer. Aparte de la restricción general del tiempo de rotación (que se vuelve maleable a medida que aumentan las facilidades al movimiento geográfico), las redistribuciones geográficas parecen arbitrarias y accidentales en el peor de los casos, y en el mejor parecen el resultado de las luchas de poder entre fracciones de la burguesía (incluyendo a las «clases consumidoras» que tienen intereses específicos propios). Algunas de estas redistribuciones se pueden definir geográficamente con el nombre de una ciudad, región o Estado nación. En el próximo capítulo volveremos sobre esta cuestión.

La circulación del valor a través de las infraestructuras sociales puede tener también repercusiones directas e indirectas sobre la producción de plusvalor. Aunque es difícil de definir con precisión, el concepto de «productividad» de los flujos de valor dentro de las infraestructuras sociales no resulta en absoluto redundante (el paralelo con la inversión pública en infraestructuras físicas nos viene a la mente de inmediato). Las mejoras en las condiciones sociales para la producción de plusvalor pueden tener importantes efectos a largo plazo. Las mejoras en la calidad y la cantidad de la fuerza de trabajo por medio de servicios de salud y educación, así como a través de multitud de medios intangibles, que afectan a la disciplina, la ética del trabajo, el respeto a la autoridad, la conciencia y cosas por el estilo, puede tener un efecto saludable sobre la producción de plusvalor. Además, cuando los trabajadores se muestran inquietos o recalcitrantes ¿por qué no predicarles desde la prensa o el púlpito, o intimidarlos aplicándoles sanciones morales, o la fuerza legal o represiva? Algunas de los flujos de capital en la infraestructura social pueden considerarse así como inversiones diseñadas para fomentar condiciones sociales favorables a la producción de plusvalor. El mismo principio se aplica cuando los flujos de capital en la administración y la reglamentación ayudan a mantener la seguridad y la fluidez de un proceso de rotación acelerado de capital. Los flujos de capital dirigidos a apoyar la investigación científica y técnica, por citar solo otro caso, pueden volver también directamente a la esfera de la producción como una fuerza material (tecnologías nuevas). La inmensa importancia del «momento» de la infraestructura social en el proceso de circulación total del capital no puede ser negada.

Los flujos de valor de este tipo no producen plusvalor por sí mismos. Simplemente fomentan las condiciones para la producción de plusvalor. El problema —que persigue tanto a los capitalistas, como a nosotros— está

en identificar las condiciones, medios y circunstancias que permiten que se realice este potencial. En la medida en que esto les beneficia, los capitalistas individuales pueden tratar de limitar las inversiones en infraestructuras sociales y fomentar así la investigación y desarrollo, mejorar la calidad de la fuerza de trabajo (servicios de salud, entrenamiento, etc.) pero como muchos de los beneficios son tan inciertos como difusos, los capitalistas tienen que constituirse en una clase —por lo general por medio del Estado— y así encontrar los medios colectivos para satisfacer sus necesidades. Dado que el Estado es un terreno general de la lucha de clases, resulta imposible discernir directamente qué corrientes de valor bajo su égida representan las necesidades inmediatas del capital y cuáles resultan de presiones ejercidas por otras clases. Muchos de los flujos dirigidos a las infraestructuras sociales no tienen ninguna relación con la mejora de la producción de valor y tienen mucho que ver con la circulación de los ingresos. Los capitalistas pueden verse obligados por las «clases consumidoras» a aportar plusvalor, en tanto estas han adquirido de algún modo el poder político para imponer impuestos. Las clases trabajadoras pueden también obligarlos a hacerlo. La inversión en control ideológico y en represión está, por ejemplo, relacionada con la amenaza de una resistencia de la clase trabajadora organizada, mientras que la necesidad de integrar y de incorporar a sus filas a los trabajadores por medio del gasto social solo surge cuando los trabajadores han acumulado suficiente poder como para requerir la cooptación.

Desde el punto de vista de la acumulación, no obstante, la inversión en infraestructuras sociales no supone una pérdida de capital, siempre y cuando el aumento en la producción de plusvalor logrado como consecuencia de las mejoras en las condiciones sociales contrarreste sobradamente el incremento en el tiempo de rotación del capital. Esto nos proporciona una regla útil a la hora de evaluar el papel de este «momento» particular en la circulación total del valor.

A menudo lleva largo tiempo hacer mejoras en las condiciones sociales. Estas absorben valor durante un cierto periodo de tiempo y generan beneficios mucho más tarde y durante largos periodos (por ejemplo, lleva muchos años socializar y educar a un trabajador). Esto hace que la inversión en infraestructuras sociales sea un campo ideal para la absorción del capital excedente acumulado, postergando así la devaluación, ya que durante el periodo de inversión no hay disminución de la demanda efectiva. En tanto las diferentes clases de inversión social dan resultado en diferentes lapsos de tiempo, una adecuada gestión fiscal del Estado alarga mucho la perspectiva de estabilización del proceso de acumulación.

En última instancia, no obstante, surgen aquí exactamente los mismos dilemas que en la inversión en el entorno construido. Puesto que la

mejoría en las condiciones sociales da lugar al incremento en la producción de plusvalor, el problema fundamental de la acumulación excesiva se exagera. De otro lado, si la mejoría en las condiciones sociales no conlleva a ese aumento, entonces la inversión se debe considerar improductiva y el valor absorbido en ella se pierde efectivamente. La devaluación del capital debida a la circulación improductiva a través de las infraestructuras sociales llega a ser una posibilidad muy real. Que las inversiones sean o no productivas no depende de sus cualidades inherentes, sino de la capacidad de los capitalistas para aprovecharlas —la formación de una fuerza de trabajo cualificada resulta inútil si se modifica el proceso de trabajo de tal modo que requiera fuerza de trabajo no cualificada—. Por esta razón, lo que inicialmente parecía un mecanismo fácil para la estabilización de la acumulación, se convierte en un pantano de incertidumbre, al que las crisis fiscales periódicas, relativas a los gastos sociales del Estado, vuelven suficientemente real.²¹

Las inversiones de este tipo muestran una peculiaridad adicional. No se desgastan con el uso (como las máquinas) pero, como las mejoras en la fertilidad de la tierra, se pueden ir incrementando a través del tiempo en tanto bienes renovables en lugar de agotables. Los avances en el conocimiento científico no se desgastan, así como los avances en la sofisticación jurídica, en las tácticas educativas, la destreza técnica en el gestión y la administración, y cosas por el estilo. Las actitudes de la fuerza de trabajo pueden también evolucionar de formas más favorables a la acumulación. La circulación del valor a través de las infraestructuras sociales puede producir una concentración geográfica de condiciones de alta calidad. Esas regiones aparecen entonces como «naturalmente» favorecidas para la acumulación en virtud de los «recursos humanos y sociales» allí concentrados. Sobre esa base, es probable que el capital productivo se sienta atraído hacia estas regiones.

Pero aquí entran también en juego fuerzas de contrapeso. Las ventajas de la infraestructura social de tipo relativamente permanente pueden constituir una base para la obtención de rentas de ubicación. Y lo que es más importante, el mantenimiento de las infraestructuras sociales impone costes, ya sea directa o indirectamente, porque su preservación depende de que el capital las emplee de forma «restringida» (aquí es evidente el paralelo con el mantenimiento de la fertilidad de la tierra). Si los costes de mantenimiento aumentan (en relación con otras regiones competidoras), entonces disminuye la ventaja de ubicación para los capitalistas. Cansados de pagar fuertes impuestos o de restringir su sed de explotación, los capitalistas pueden trasladarse (a menudo con la ayuda de nuevos procesos de trabajo

²¹ O'Connor (1973) proporciona un interesante análisis.

adaptados a trabajadores no cualificados) a nuevos entornos sociales donde los «recursos humanos» sean más pobres pero sea menos costoso mantenerlos. Los bienes acumulados en regiones antes privilegiadas se ven de este modo destruidos, al igual que se pierde el valor absorbido en su creación.

Esto nos lleva directamente a la dimensión geográfica del problema. En última instancia, el desarrollo geográfico desigual de las infraestructuras sociales se reproduce a través de la circulación del capital. El capital produce y reproduce, aunque a través de toda clase de mediaciones y transformaciones sutiles, su ambiente social y físico. Incluso los elementos precapitalistas persistentes deben ser reproducidos al margen de la producción de plusvalor. La geografía social en evolución no es, en cualquier caso, un mero reflejo de las necesidades del capital, sino el lugar donde se producen poderosas contradicciones, potencialmente desorganizadoras. La geografía social adaptada a las necesidades del capital en un momento de su historia no resulta necesariamente acorde con los requerimientos posteriores. En tanto esa geografía es resistente al cambio y a menudo se hacen en ella fuertes inversiones a largo plazo, esta se convierte más tarde en una barrera a superar. Deben producirse nuevas geografías sociales, a menudo con alto coste para el capital y por lo general acompañadas de no pocos sufrimientos humanos. Por esta razón, la reestructuración periódica de la geografía de infraestructuras sociales se realiza normalmente en el curso de una crisis. La devaluación del capital incorporado en las infraestructuras de un lugar específico y no digamos la destrucción de las formas tradicionales de vida y de todas las formas de localismo integradas alrededor de las instituciones sociales y humanas, se convierte entonces en uno de los elementos centrales de la formación y resolución de las crisis bajo el capitalismo.²²

Esta imagen general puede verse modificada en la medida en que los diversos aspectos de la infraestructura social o las ventajas producidas en la acumulación, son ellas mismas geográficamente móviles. Por ejemplo, las transferencias de valor del tipo ya mencionado pueden ubicar las funciones de investigación y desarrollo en lugares muy distantes de la producción. Las ventajas de la aglomeración y del acceso a la fuerza de trabajo sumamente especializada, que a menudo se requiere, reúnen muchas de esas funciones dentro de unos pocos centros importantes que, a su vez, se convierten en las incubadoras de líneas de productos totalmente nuevas (la industria de circuitos integrados de silicio que se ha formado recientemente alrededor de Palo Alto es un buen ejemplo). Los «productos» de esa inversión en infraestructuras sociales pueden también ser trasladados. Los conocimientos y el trabajo altamente especializado, que se logran a un alto coste, pueden ir de

²² El trauma de la «crisis fiscal» de la ciudad de Nueva York en la década de 1970 resulta un excelente ejemplo.

un lugar a otro, ya que la «transferencia tecnológica» y la «fuga de cerebros» son dos aspectos muy importantes dentro del proceso general de redistribución geográfica. Los movimientos de estas corrientes encontradas son demasiado complicadas como para prestarse fácilmente al análisis teórico y el significado de esos movimientos para diferentes industrias con diferentes procesos de trabajo varía enormemente. Su importancia, no obstante, se tiene que reconocer en cualquier consideración de la evolución de las configuraciones espaciales bajo el capitalismo.

Hay un rasgo dominante que definitivamente requiere una atención especial. El Estado proporciona el canal individual más importante para que el valor fluya hacia las infraestructuras sociales. Por eso son tan importantes los impuestos en tanto forma de ingresos destinados al mantenimiento y fomento de dichas infraestructuras. Además, puesto que la deuda del Estado es el vehículo para que se invierta en infraestructuras sociales, los poderes de coordinación y vigilancia de los mercados de capital y la tasa de interés tienen que sostener sus cargas. La participación del Estado surge en parte porque hay que encontrar los medios colectivos para hacer lo que no es razonable esperar que hagan los capitalistas individuales, y en parte porque la lucha de clases requiere de las mediaciones de los aparatos de Estado para que se pueda hacer cualquier tipo de inversión en terrenos socialmente sensibles. La participación tomó una forma nueva cuando se reconoció que esas inversiones podían ser productivas (en el sentido de mejorar las condiciones sociales para la creación de plusvalor) y estabilizadores (en el sentido de gestionar la demanda efectiva durante largos periodos). La política fiscal estatal se convirtió así en un instrumento vital en el arsenal de la burguesía a la hora de gestionar el proceso de acumulación (el empleo del gasto militar es un buen ejemplo). Los límites de esas tácticas administrativas han llegado a ser evidentes (véase también el capítulo X).

El significado de la participación del Estado desde el punto de vista de nuestro propósito merece una breve aclaración. En la medida en que el Estado ha adoptado el papel de administrador total de la producción y la reproducción de infraestructuras sociales (incluyéndose a sí mismo), la organización jerárquica del Estado se despliega con el fin de discriminar entre los aspectos locales, regionales, nacionales e internacionales de los flujos de valor. La organización territorial del Estado —en la que lo más importante son las fronteras del Estado nación— se convierte así en *la* configuración geográfica dentro de la cual se lleva a cabo la dinámica del proceso de inversión. Esta organización territorial no es, por supuesto, inmutable y de vez en cuando se requieren reorganizaciones radicales basadas en una mayor eficiencia de la administración así como en consideraciones semejantes.²³

²³ Las reorganizaciones de los gobiernos locales y regionales, los esfuerzos por construir mercados comunes y cosas por el estilo, son un ejemplo de cómo funcionan esta clase de procesos.

No obstante, en determinado momento la organización territorial de los poderes del Estado conforma el ambiente geográfico fijo dentro del cual operan los procesos de inversión. Los Estados se ven entonces obligados a competir entre sí para ofrecer condiciones de infraestructuras sociales que resulten atractivas para el capital. También se ven obligados a competir por capital dinero para financiar su deuda. Como consecuencia, el Estado pierde su poder para dominar políticamente al capital y se ve obligado a adoptar una postura competitiva y subordinada. Y en tanto la devaluación y la destrucción de los complejos de recursos humanos se vuelve necesaria en el curso de una crisis, los Estados se ven obligados a enfrentarse entre sí en una vigorosa competencia para ver quién va a soportar el coste de esa devaluación y de esa destrucción social. El principio general de la devaluación específica de un lugar se convierte entonces, al menos en este terreno de las infraestructuras, en la cuestión de las devaluaciones y la destrucción social específicas del Estado. En el capítulo XIII nos vamos a ocupar nuevamente de cómo funciona esto a nivel local, regional y nacional.

7. La movilidad del capital y el trabajo en su conjunto

La geografía histórica del modo de producción capitalista está construida, como se ha visto hasta aquí, por los movimientos intersectados de las diferentes clases de capital y de fuerza de trabajo. Debemos ahora considerar si existe alguna unidad fundamental de los movimientos aparentemente diversos e incoherentes y, en caso de ser así, descubrir las contradicciones allí contenidas.

La base requerida para explorar esas cuestiones viene dada por el concepto de unidad y contradicción dentro de la circulación de capital (véase el capítulo III). El capital en cada uno de los estados que contiene el proceso

$$D - M \begin{pmatrix} FT \\ MP \end{pmatrix} . . . P . . . M' - D'$$

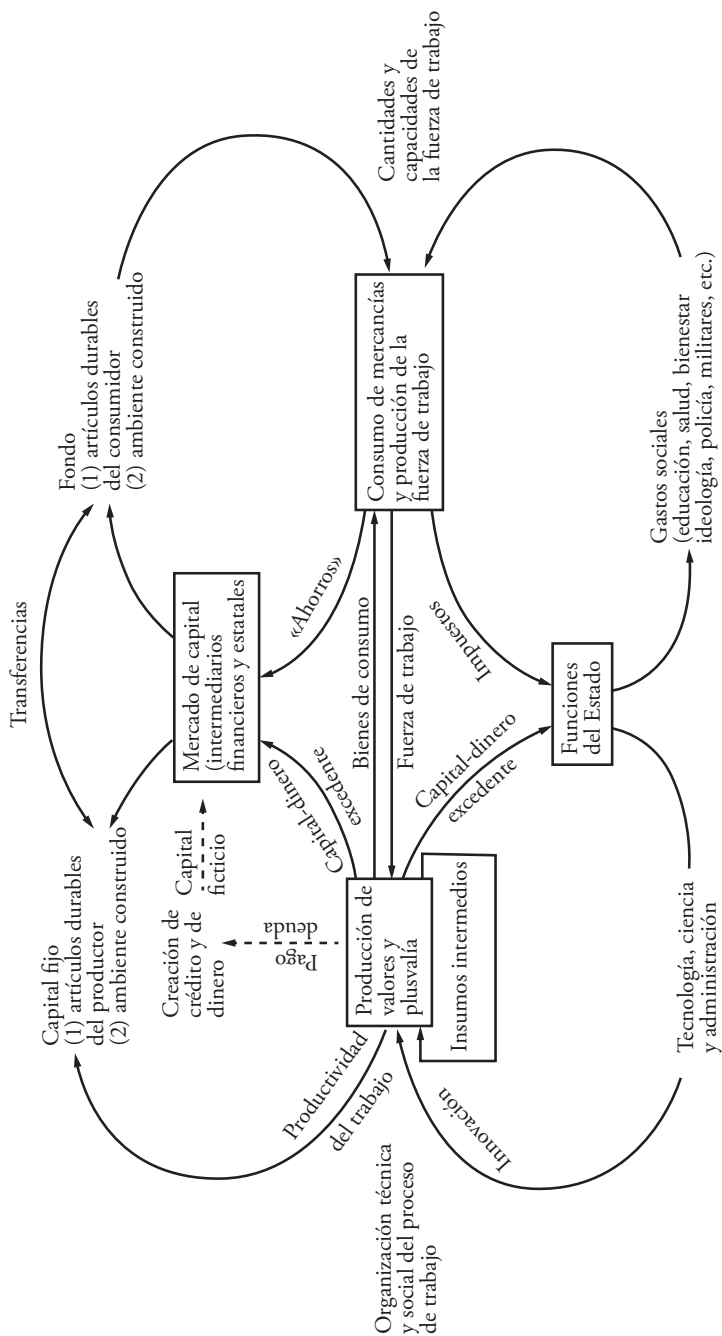
... tiene una capacidad especial y singularmente definida para el movimiento geográfico. En tanto el capital ha sido definido como un valor en movimiento, debe pasar necesariamente de un estado a otro, lo cual significa que dos o más formas de capital (y de fuerza de trabajo) deben estar necesariamente en el mismo lugar al mismo tiempo en el momento de transición. Cada transición constituye así una intersección mutuamente restrictiva de diferentes capacidades de movimiento espacial. El proceso de circulación en general comprende distintas intelecciones mutuamente restrictivas, cada una con sus problemas peculiares. Como regla general,

es mucho más fácil ir, por ejemplo, de $D-M$ que de $M-D$, y esto no solo porque el dinero es un poder social encarnado, sino también porque es más fácil llevarlo de un lugar a otro. Las restricciones mutuas, podemos concluir, limitan necesariamente la movilidad geográfica global del capital y de la fuerza de trabajo.

Las restricciones se acentúan cuando recordamos que para que no haya crisis en la acumulación se requiere que la circulación del capital se complete dentro de determinado lapso de tiempo —el tiempo de rotación socialmente necesario que se consideró en el capítulo IV—. El capital que no circula en este lapso de tiempo se devalúa, pero el movimiento espacial requiere que el capital sea mantenido en determinado estado —dinero o mercancías, por ejemplo— mientras se mueve. Esto incrementa el tiempo de rotación. El significado de la frase de Marx «la aniquilación del espacio con el tiempo» nos vuelve ahora a la mente con redoblada fuerza. Los requerimientos temporales de la circulación de capital limitan el tiempo disponible para el movimiento espacial dentro de cada estado. La unidad de producción y realización de los valores circunscribe el movimiento geográfico del capital dentro de límites muy estrictos.

Esta conclusión viene modificada por dos importantes consideraciones. En primer lugar, se aplica en sentido estricto a un capital individual que experimenta su proceso estándar de autoexpansión. La circulación total en una sociedad está compuesta de innumerables procesos individuales de este tipo, cada uno de los cuales comienza y termina en momentos diferentes. Surge así la oportunidad para multitud de sustituciones espaciales entre diferentes procesos temporales. Los capitalistas individuales pueden recibir dinero a cuenta de procesos de producción que aún no han sido completados, de mercancías que aún no se han vendido. Los capitalistas de una región industrial pueden prestar el dinero que ganan en la primera parte del año a los agricultores de otra región, quienes se lo devuelven después de la cosecha. Lo que a nivel individual se ve como restricciones muy rigurosas al movimiento espacial, se ven mucho más reducidas cuando se considera el proceso de circulación en su totalidad. El sistema de crédito, en particular, facilita las transferencias y sustituciones a larga distancia entre procesos temporales sumamente divergentes, pero la importancia de las sustituciones también ayuda a explicar la aglomeración. La probabilidad de encontrar la clase adecuada de fuerza de trabajo, materias primas, repuestos, etc., mejora cuanto más cerca están los capitalistas y los trabajadores, las sustituciones minimizan la posibilidad de ruptura de los procesos de circulación de los capitalistas individuales. Existe aquí una tensión entre la dispersión que hace posible el sistema de crédito y la aglomeración que parece deseable en otros puntos de la transición.

La disciplina temporal del movimiento espacial se ve, no obstante, aún más profundamente alterada cuando consideramos la circulación de capital (o simplemente de valores) a través de las infraestructuras físicas y sociales. Esas formas de circulación tienen un doble efecto. En primer lugar, puesto que muchos aspectos de la infraestructura física y social han sido fijados en el espacio, el problema de la movilidad geográfica se convierte en un problema de transformación del entorno social y físico dentro del cual circulan otras formas de capital. Dado el prolongado tiempo de rotación y la complejidad de la tarea, este proceso de transformación resulta necesariamente lento. En segundo lugar, la duración de los tiempos de rotación que intervienen permite sustituciones a través de lapsos de tiempo mucho más largos. Consideremos el asunto desde el punto de vista del capital dinero. Existen aquí distintos caminos potenciales de circulación. Por la vía normal, el capital entra en un proceso de producción, se convierte en mercancía y se vende en el mercado bajo la estricta disciplina del tiempo de rotación socialmente necesario, pero el dinero también puede fluir dentro del capital fijo y en la formación del fondo de consumo, incluida la formación de infraestructuras físicas. Puede también fluir hacia la ciencia y la tecnología, en mejoras de la administración o en la creación y mantenimiento de una variedad de infraestructuras sociales que fomentan las condiciones para la producción de plusvalor. La disciplina temporal a lo largo de cada uno de estos caminos es mucho más relajada, ya que los tiempos de rotación son mucho más largos. Esto explica por qué la provisión de infraestructuras físicas y sociales puede ir muy por delante de otras formas de movilidad, caso de ser necesario —hay mucho tiempo disponible para que se desarrollen otras formas de capital y de fuerza de trabajo—. A la larga, no obstante, todas estas formas diferentes de circulación tienen que relacionarse entre sí. Se pueden establecer relaciones ficticias por la vía del sistema de crédito y a través de la estandarización de todos los tiempos de rotación frente a la tasa de interés (véase el capítulo IX). El mismo dinero trata de imponer una disciplina común a los diferentes caminos que puede tomar. Pero la creación de valores reales, a diferencia de los movimientos de valor ficticios, depende de la continuidad de todos los flujos en relación con la producción real. Los diferentes procesos de circulación deben fluir entre sí directamente, de la manera descrita en la gráfica XII.1. Cada trayectoria tiene requerimientos temporales diferentes y, por tanto, unas posibilidades de movimiento en el espacio radicalmente distintas. Sin embargo, la unidad fundamental de la producción y la realización debe ser preservada, incluso por la fuerza en las crisis, caso de ser necesario. Podemos concluir que esa unidad es la que, en última instancia, somete a una disciplina común las divergentes movilidades geográficas que existen dentro de un sistema de flujos temporalmente inconexos.



Gráfica XII.1. Los caminos de la circulación del capital

7.1. Complementariedad

La división del proceso de circulación en muchos sistemas aparentemente independientes genera tensiones dentro de la unidad de producción y realización, pero también adapta admirablemente al capitalismo a la tarea de organizar los flujos espaciales a los requerimientos superpuestos a largo plazo. Las diferentes clases de capital se pueden desplazar de modo que se complementen entre sí en la búsqueda de un nuevo orden espacial. Si el capital no puede penetrar las barreras espaciales de una cierta forma, puede hacerlo fácilmente de otra. Aquí los movimientos del capital dinero pueden abrir el camino, allá pueden ser comerciantes llevando mercancías. Incluso los trabajadores, al buscar libertad en alguna frontera, pueden desempeñar un papel. La transformación de las configuraciones espaciales se produce a través de los saltos continuos de las diferentes clases de capital y fuerza de trabajo que están dotados de diferentes poderes de movilidad. Además, esto no entraña peligro siempre y cuando se logre una complementariedad dentro de un lapso de tiempo requerido.

A medida que cambian las circunstancias, diferentes clases de capital suelen adoptar el liderazgo. El movimiento de mercancías y de oro, que en otro tiempo hizo posible la internacionalización del capital, fue sustituido paulatinamente a finales del siglo XIX por el movimiento del capital-dinero como crédito —un cambio que atestiguó la creciente sofisticación de los sistemas de crédito así como la aparición del «capital financiero» (de la clase que sea) como mensajero divino del imperialismo económico—. Las intervenciones del capital ficticio y del Estado también tienden cada vez más a liberar al capital productivo de las severas restricciones que había experimentado anteriormente; la inversión directa se ha vuelto más factible, acompañada, naturalmente, de la aparición de nuevas formas de organización como la corporación multinacional dirigida a asegurar la complementariedad de dinero, mercancías, producción y movimientos de trabajo. La importancia relativa de los comerciantes, financieros, industriales y trabajadores en la transformación de las configuraciones espaciales ha variado en el curso de la historia del capitalismo.

La inversión en infraestructuras físicas y sociales requiere una consideración especial. Al liberarse de las severas restricciones del tiempo de rotación socialmente necesario, puede estar sometida a desarrollos y retrasos mucho más largos. El hecho de que se realicen estas posibilidades depende de ciertas condiciones, y de los efectos que tengan. Debe haber capital excedente y una forma de organización —normalmente el Estado, pero a veces un grupo poderoso de financieros— capaz de centralizar el capital excedente, dedicarlo a la creación de ciertos valores de uso y esperar varios años antes de recoger recompensa alguna. Esto también implica

un reconocimiento y previsión conscientes de las necesidades futuras del capitalismo. A la inversa, también es posible considerar esas inversiones como pioneras en los futuros flujos de capital y, por tanto, como el principal instrumento de la transformación geográfica, que estructura el trabajo futuro. Se trata, no obstante, de una apuesta particularmente expuesta, una condición necesaria, antes que suficiente, para las futuras configuraciones geográficas de los flujos de capital. La producción, la fuerza de trabajo y el comercio no siguen necesariamente las trayectorias abiertas por las inversiones en infraestructuras. Por supuesto, en ese caso esas inversiones se ven expuestas a una devaluación efectiva.

Esto nos lleva a considerar ciertas perspectivas teóricas, al tiempo que nos devuelve a controversias históricas de gran interés. Aunque los comerciantes capitalistas pueden comprar y vender casi cualquier cosa que deseen y en la forma que lo deseen —incluso dedicándose al trueque si es necesario— la producción capitalista es mucho más exigente respecto de los requerimientos en infraestructuras. La expansión geográfica entraña el previo establecimiento de los derechos de propiedad, de la ley, la administración y de infraestructuras físicas básicas como el transporte. Lo más importante de todo, el carácter de la fuerza de trabajo como mercancía debe estar asegurado. En todo esto es vital la intervención del Estado. Y esta debe adelantarse necesariamente a la producción, si bien no puede garantizarse que los gastos públicos de este tipo sean productivos. La creación, no obstante, de condiciones físicas y sociales favorables puede atraer a otras formas de capital a configuraciones de inversión complementarias que compensen sobradamente el desembolso inicial. El Estado puede también tratar de obligar a otros elementos del capital y del trabajo a amoldarse, a fin de garantizar la productividad de sus propias inversiones, aun cuando el riesgo de devaluación siempre cobra mucha importancia.

La historia política del colonialismo y del imperialismo es un ejemplo interesante de este tipo de problema. La conquista militar impone el control del Estado. Los inspectores establecen la propiedad privada de la tierra (el trabajador puede ser excluido de la tierra por medio del pago de rentas), se construyen nodos de transporte y comunicaciones, se establecen sistemas legales (por supuesto favorables al intercambio) y se proletariza y disciplina a las poblaciones precapitalistas (por la fuerza y la represión si es necesario, pero también por medio de la ley, la educación, la actividad misionera y cosas por el estilo). Todo esto cuesta grandes sumas de dinero. Detrás de sus justificaciones ideológicas superficiales, la política del imperialismo capitalista equivale así a una gran inversión especulativa a largo plazo que puede o no dar resultado. El debate sobre cuánto se benefician los capitalistas con el imperialismo es realmente un debate sobre si esta inversión ofreció resultados o fue efectivamente devaluada. La destrucción a la que

se sometió a las poblaciones precapitalistas y la alta tasa de explotación lograda no es una garantía de que las empresas coloniales fueran lucrativas. De otro lado, su fracaso no prueba que el móvil de estas empresas estuviera en algún incentivo benévolo de traer la ilustración y el desarrollo a regiones «atrasadas» del mundo. Simplemente quedaron atrapadas en la dinámica capitalista de la acumulación y la devaluación. En definitiva, estas inversiones han sido condición necesaria pero no suficientes para la perpetuación de la acumulación.²⁴

Esta dinámica no carece, sin embargo, de un patrón. Tal y como ya hemos mostrado, los horizontes temporales y espaciales del capitalismo se ven reducidos cada vez más a una manifestación de la tasa de interés, que es a su vez un reflejo del estado de la acumulación. Por lo general, la sobreacumulación hace caer la tasa de interés, extendiendo así los horizontes temporales y espaciales. Los capitalistas se pueden dar así el lujo (y de hecho se ven obligados a hacerlo) de explorar las fronteras geográficas o de buscar la producción de valores de uso que les rindan cada vez más en el futuro. Al hacerlo, el capital se encuentra finalmente con aquellas barreras que tienen su propia naturaleza y que precipitan las crisis —crisis que a menudo se caracterizan por los incrementos en las tasas de interés, que restringen una vez más los horizontes temporales y espaciales—. En tanto las tasas de interés tienen repercusiones sobre todas las formas de capital, estas suelen operar bajo una disciplina común. Esto explica en gran parte el ritmo acelerado de desarrollo del capitalismo en el espacio.²⁵ Las oscilaciones descendentes y las contracciones de este proceso se caracterizan por la ruptura de la unidad entre producción y realización y, a la vez, por una alteración de la complementariedad en el movimiento altamente diferenciado del capital. Vamos a considerar ahora la base de esas alteraciones.

7.2. Contradicciones y conflicto

Las formas altamente diferenciadas de circulación y movilidad espacial pueden permitir que el capitalismo dé forma a su geografía histórica de acuerdo con los dictados de la acumulación; pero también incrementan enormemente las posibilidades de formación de crisis. Recordemos que la separación entre ventas y compras en el tiempo y en el espacio forma la base del ataque de Marx a la Ley de Say (véase el capítulo III). Vamos ahora a considerar las circunstancias en las que esta separación en el espacio y en el tiempo se ve necesariamente atenuada. En la medida en que es

²⁴ El debate sobre si los ferrocarriles lideraron o retrasaron el desarrollo de Estados Unidos e Inglaterra en el siglo XIX también resulta muy instructivo a este respecto.

²⁵ El estudio de Brinley Thomas (1973) sobre la economía atlántica del siglo XIX describe bien el fenómeno, al igual que el estudio de Walker (1977) sobre la suburbanización.

más difícil asegurar la complementariedad entre los diferentes procesos de circulación, proliferan las posibilidades de que se formen las crisis. Aquí buscamos una base puramente técnica para entender la dimensión espacial de la formación de las crisis.

Como vimos en el capítulo III, la devaluación es una faceta normal de la circulación. Lo que realmente nos preocupa son las pérdidas que no se pueden recuperar totalmente cuando se reanuda la circulación de capital. Ciertamente, se producen innumerables devaluaciones «accidentales» e individuales que ocurren simplemente porque las formas y cantidades requeridas de capital y fuerza de trabajo no están exactamente en el lugar correcto, en el momento correcto. Normalmente, detrás de esas devaluaciones están errores de cálculo, falta de perspectiva, una información deficiente, sistemas de transporte poco fiables, etc. Estos no son necesariamente parte de ningún proceso mayor dentro de la lógica del capitalismo, sino que son parte del coste normal de hacer negocios, de explorar nuevas configuraciones espaciales, de definir nuevas oportunidades geográficas. Los esfuerzos por reducir al mínimo esos riesgos no carecen, sin embargo, de consecuencias. La aglomeración, las mejoras en el transporte y otros tipos de organización geográfica pueden reducir mucho estos costes normales.

Las tensiones asociadas a la posibilidad incluso de pequeñas devaluaciones desatan fuertes corrientes competitivas que pueden extenderse y ocasionalmente provocar conflictos entre fracciones. Cuando los diferentes tipos de capital tienen dueños separados, se generan antagonismos. Los capitalistas en dinero pueden estar en desacuerdo con los comerciantes y ambos pueden chocar con los productores, mientras que aquellos que están interesados en preservar los valores enterrados en las infraestructuras físicas y sociales se sienten amenazados por el movimiento fluido del dinero crédito, por que los talleres se vayan a otro lugar, etc. La movilidad del capital de cierto tipo puede constituir una amenaza al valor del capital de otro tipo. Además, cuando se desata una crisis general de devaluación, la lucha de cada sector por imponer a los demás los costes de la devaluación incluye a menudo la amenaza de irse a otro lado, cuando no su traslado real. El significado social del análisis de Marx de las diferenciaciones dentro de la unidad global de la circulación de capital se muestra ahora de forma más clara. Esto prepara el escenario para analizar las contradicciones y las complementariedades entre los diferentes tipos de movilidad. En el capítulo XIII vamos a considerar cómo todo esto puede cristalizar en rivalidades entre los territorios.

La amenaza y la contraamenaza de desplazarse a otro lugar se convierte en un importante arma en la guerra entre el capital y el trabajo. Casi no necesitamos dar detalles sobre las diversas tácticas y métodos empleados, ya que los hemos descrito antes parcialmente. No obstante conviene señalar

un asunto interesante acerca de los resultados. Si los trabajadores se empeñan en una migración individual sin límites dentro de los confines del sistema de salario y trabajo, lo más que pueden esperar es que se igualen los niveles de vida y las condiciones de trabajo de un lugar a otro en un nivel medio acorde con la perpetuación de la acumulación. Sin embargo, si permanecen en su lugar y luchan colectivamente, pueden mejorar estos resultados. No siempre es fácil para el capital desplazarse a otro lado en respuesta. Aunque la movilidad del dinero crédito y la deslocalización de los talleres son armas formidables, no siempre se pueden emplear sin destruir los valores que otros sectores del capital han incorporado en las infraestructuras físicas y sociales.

La movilidad por parte del capital no da los mismos resultados que la movilidad sin restricciones de los trabajadores. Los capitalistas son sensibles al valor de la fuerza de trabajo y a la productividad de plusvalor (representada por la tasa de ganancia). La igualación de las tasas de ganancia no produce necesariamente una igualación en el nivel de vida y en las condiciones de trabajo de los trabajadores. De hecho, por lo general, los capitalistas son los más favorecidos si se mantienen los diferenciales en el valor de la fuerza de trabajo y de las condiciones de trabajo. La movilidad sin restricciones del capital es así más apropiada para la acumulación que la movilidad sin restricciones de los trabajadores —lo cual puede explicar la propia tendencia del siglo XX a restringir la movilidad de la fuerza de trabajo en relación con la movilidad del capital—.

La idea de unidad y contradicción dentro de la producción y realización de los valores, resulta fundamental en el análisis de Marx de las crisis respecto de la circulación del capital. Como hemos visto en este capítulo, esa idea se prolonga en el análisis de las intersecciones entre formas altamente diferenciadas de movilidad geográfica. Dentro de una estructura de este tipo, podemos entender mejor cómo las diferentes fracciones del capital pueden plantar obstáculos en el camino de las demás con la misma frecuencia con que se complementan entre sí en la búsqueda de un orden espacial más lucrativo, cómo el capital y el trabajo pueden usar el espacio como un arma en la lucha de clases. Todo esto deja su huella en el crecimiento de las fuerzas productivas y en la evolución de las relaciones sociales dentro de la geografía concreta de la historia del capitalismo. Es así que de la materialidad concreta de esa geografía deben surgir las fuerzas que llevan a la crisis.

XIII

LAS CRISIS EN LA ECONOMÍA ESPACIAL DEL CAPITALISMO: LA DIALÉCTICA DEL IMPERIALISMO

EL ÚLTIMO CAPÍTULO del primer volumen de *El capital* trata sobre «La moderna teoría de la colonización». A primera vista, parece un poco raro que se la haya colocado allí. En la mayor parte de *El capital*, Marx excluye explícitamente las cuestiones del comercio internacional y colonial sobre la base de que su consideración sirve meramente «para confundir, sin aportar ningún elemento nuevo al problema [de la acumulación], o a su solución». En general, Marx habla sobre el capitalismo como un sistema económico «cerrado» (*El capital*, vol. I, p. 498; vol. II, p. 443). ¿Por qué entonces aborda esas cuestiones al final de una obra que parecía alcanzar su culminación natural en el capítulo anterior, donde Marx anuncia, con retórica florida, que ha sonado la hora final de la propiedad privada capitalista y que «la expropiación de unos pocos usurpadores por la masa del pueblo es inevitable»?

El propósito explícito de Marx en ese capítulo es exponer las contradicciones en la descripción burguesa de la «acumulación originaria» y reafirmar así la coherencia de su propio análisis. Según la descripción burguesa, el capital tuvo su origen histórico en el fructífero ejercicio de la misma capacidad de trabajo del productor, mientras que la fuerza de trabajo se origina como un contrato social, libremente firmado, entre los que acumularon riqueza por su diligencia y frugalidad y los que han decidido no hacerlo. «Esta bella fantasía», como la llama Marx, se ve despezada en las colonias. Allí, los ideólogos burgueses se ven obligados a descubrir «la verdad sobre las condiciones de producción en la madre patria». Cuando el trabajador «puede acumular para sí mismo —y solo puede hacer esto cuando es dueño de sus medios de producción— la acumulación capitalista y el modo de producción capitalista son imposibles». El capital no es un producto físico sino una relación social, el cual descansa en «la aniquilación de la propiedad privada ganada por uno mismo; en otras palabras, en la expropiación del trabajador». Este ha sido el secreto que la burguesía, cuando promueve planes de colonización, se ve obligada a descubrir en el Nuevo Mundo (*El capital*, vol. I, cap. XXXIII)

Este capítulo es la coda aclaratoria de una cuestión abordada previamente: que la acumulación originaria no tuvo nada de «idílica» y que esta «ha quedado inscrita en los anales de la historia con trazos indelebles de sangre y fuego» (*El capital*, vol. I, pp. 807-808). Que la burguesía llegara al poder y preservara ese poder apropiándose del trabajo de otros, también legitima convenientemente la lucha de la masa del pueblo a la hora de darle la vuelta a la tortilla y «expropiar a los expropiadores». No obstante, el lugar de ese capítulo sugiere que Marx tenía en mente algo más ambicioso.

Un indicio de la intención de Marx reside quizás en un curioso paralelo entre su presentación y un problema identificado en la obra de Hegel, *Filosofía del Derecho* (Hegel, 1967, pp. 149-152). Hegel examina el despliegue de la población y de la industria dentro de la sociedad civil y, como Marx, detecta una «dialéctica interna» que produce una creciente acumulación de riqueza en un polo y una creciente acumulación de miseria en el otro. La sociedad burguesa parece incapaz de detener esta creciente polarización y sus consecuencias, la creación de una chusma miserable, por medio de cualquier transformación *interna* de sí misma. Por eso, se ve forzada a buscar alivio externo. «Esta dialéctica interna de la sociedad cívica impulsa así [...] a abalanzarse más allá de sus propios límites y a buscar mercados, y por ende los medios necesarios de subsistencia, en otras tierras, donde escaseen los bienes que producción o donde en general su industria esté más atrasada». Más particularmente, una sociedad civil «madura» se ve impulsada a fundar colonias para abastecer a su población con nuevas oportunidades y a fin de abastecerse «a sí misma con una nueva demanda, así como espacio para su industria». Hegel propone, en pocas palabras, soluciones imperialistas y coloniales a las contradicciones internas de una sociedad civil fundada en la acumulación de capital.

De forma poco típica, Hegel deja abierta la relación exacta entre los procesos de transformación *interna* y *externa*, y no deja de indicar que la sociedad civil puede o no resolver permanentemente sus problemas internos por medio de la expansión espacial.¹ Intencionadamente o no, esta es la pregunta que quedó pendiente en el capítulo de Marx sobre la colonización. La «transformación externa» puede proporcionar nuevos mercados y nuevos terrenos para la industria solo al precio de volver a crear relaciones capitalistas de propiedad privada y nueva capacidad para apropiarse del plustrabajo de otros. Simplemente se replican de nuevas las condiciones originales que dieron lugar a los problemas. Marx obtiene la misma conclusión en relación con la expansión del comercio internacional. Su aumento «no hace más que desplazar las contradicciones a una esfera más

¹ Avineri (1972, cap. 7) resume el argumento general, mientras que Hirschman (1976) juxtapone una interpretación del argumento de Hegel a una interpretación algo caprichosa de Marx.

amplia, abrirles un campo de acción más dilatado» (*El capital*, vol. II, p. 523). A la larga, no hay resolución *externa* a las contradicciones internas del capitalismo. La única solución es una «transformación interna» que a la fuerza empiece a curar a la sociedad de su afán de acumulación, al tiempo que trata de movilizar capacidades naturales y humanas a fin de lograr una libertad que comienza solo cuando queda atrás «el reino de la necesidad» (*El capital*, vol. III, p. 933).

Dada la inclinación de Marx a trabar combate con el fantasma de Hegel, es difícil creer que no tuviera todo esto en mente al cerrar de esta forma su única obra importante publicada.² Su lógica, como de costumbre, es impecable, y su crítica de la ideología burguesa devastadora. No obstante, el capítulo no resuelve totalmente el problema. Simplemente afirma que las «transformaciones externas» traen consigo primero la subsunción formal y luego la subsunción real del trabajo en el capital en cualquier lugar a donde se desplace este último. El límite externo de este proceso reside en el punto donde toda persona de cualquier rincón del mundo queda atrapada dentro de la órbita del capital. Hasta que se alcance ese límite, las soluciones «externas» a las contradicciones internas del capitalismo parecen totalmente factibles. Marx está cerca de reconocer otro tanto en sus breves observaciones sobre el papel del comercio internacional a fin de contrarrestar la supuesta ley de la caída de la tasa de ganancia. El comercio internacional (y la exportación de capital) ciertamente puede aumentar la tasa de ganancia de diversas formas. No obstante, en tanto esto significa «una expansión de la escala de producción» doméstica, que a su vez «acelera el proceso de acumulación», simplemente se terminan exacerbando aquellos procesos que dieron lugar originalmente a la caída de la tasa de ganancia. Lo que se ve como una solución se vuelve a la larga en lo contrario. No obstante, Marx también se ve obligado a concluir que la ley de la caída de la tasa de ganancia «actúa solo como una tendencia», y que «sus efectos se vuelven sumamente pronunciados solo bajo ciertas circunstancias y después de periodos prolongados» (*El capital*, vol. III, pp. 274-276). Pero ¿cuáles son estas «circunstancias» y cuánto duran esos periodos prolongados? El capítulo final de Marx, que evidentemente intentó ser una sutil respuesta a Hegel, termina planteando de nuevo esa pregunta.

El papel del imperialismo y del colonialismo, de la expansión geográfica y del dominio territorial en la estabilización global del capitalismo, no ha sido resuelto en la teoría marxista. Ciertamente, este continúa siendo

² Cuando Marx declaró, en uno de los prólogos de *El capital* (vol. I, p. XXIII), ser discípulo de Hegel desde hacía «cerca de treinta años», lo que tenía en mente era su *Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel*. La «Introducción» de O'Malley a este último trabajo resulta muy útil. Este argumenta que después de leer la *Filosofía del Derecho*, Marx vivió con ella durante gran parte de su vida intelectual subsecuente.

objeto de una intensa controversia y en ocasiones de un agrio debate.³ Todavía no se ha construido una respuesta comprensible e irrefutable al problema que planteara Hegel tan netamente hace tantos años. ¿Existe por tanto un «arreglo espacial» a los problemas del capital? Y caso de no ser así, ¿qué papel desempeñaría la geografía en los procesos de formación y resolución de las crisis?

1. Desarrollo geográfico desigual

El capitalismo no se desarrolla sobre una superficie plana dotada de materias primas ubicuas y una fuerza de trabajo homogénea, con vías y medios de transporte que llevan a todas partes. Antes bien, el capitalismo crece y se extiende dentro de un entorno geográfico sumamente variado que abarca una gran diversidad en lo que se refiere a la munificencia de la naturaleza y a la productividad de la fuerza de trabajo, la cual «no es un don de la naturaleza sino de la historia» (*El capital*, vol. I, p. 593). Las fuerzas que se desatan bajo el capitalismo atacan, corroen, disuelven y transforman gran parte de la economía y la cultura precapitalista. Los intercambios de mercancías y de dinero, la formación del trabajo asalariado a través de la acumulación originaria, las migraciones masivas de trabajadores, la aparición de una forma claramente capitalista del proceso de trabajo y, finalmente, el movimiento integrador de la circulación de capital en su conjunto, «fomentan esta tendencia a remontarse por encima de las barreras y de los prejuicios nacionales y a sobreponerse a la deificación de la naturaleza y al modo tradicional de satisfacer las necesidades, circunscritos dentro de determinados límites, concretados en las necesidades existentes y en la reproducción del viejo modo de vida». El capitalismo «actúa destructivamente contra todo esto y [ejerce una acción] constantemente revolucionaria, derribando todos los límites que obstruyen el desarrollo de las fuerzas productivas y se opone a la expansión de las necesidades, a la diversificación de la producción y a la explotación y el intercambio [libre] de las fuerzas naturales y espirituales» (*Grundrisse*, vol. I, p. 278).

Sin embargo, el capitalismo también «encuentra barreras en su propia naturaleza» que lo obligan a producir nuevas formas de diferenciación geográfica. Las diferentes formas de movilidad geográfica descritas en el capítulo XII interactúan en el contexto de la acumulación y de esta forma construyen, fragmentan y esculpen distintas configuraciones espaciales en la distribución de las fuerzas productivas, generando diferenciaciones similares en las relaciones sociales, los arreglos institucionales y demás.

³ Las obras sobre el imperialismo son muy numerosas. Se pueden ver reseñas al respecto en Barratt-Brown (1974), Kemp (1967) y Amin (1980).

Al hacerlo, el capitalismo promueve a menudo la creación de nuevas distinciones bajo antiguos disfraces. Los prejuicios, culturas e instituciones precapitalistas son revolucionados solo en el sentido de que, antes de ser destruidos, se les otorgan nuevas funciones y significados. Esto se aplica igualmente a prejuicios como el racismo, el sexismo y el tribalismo y a instituciones como la Iglesia y la ley. Las diferenciaciones geográficas a menudo aparecen por tanto como lo que no son en realidad; como meros residuos históricos, antes que como rasgos activamente reconstituidos dentro del modo de producción capitalista.

Es importante reconocer así que la coherencia territorial y regional que se puede discernir, al menos en parte, dentro del capitalismo ha sido producida activamente, en lugar de ser recibida pasivamente como una concesión de la «naturaleza» o de la «historia». La coherencia, tal cual es, surge de la transformación de las restricciones temporales a la acumulación en restricciones espaciales. El plusvalor debe producirse y realizarse dentro de cierto lapso de tiempo. Si se requiere tiempo para superar el espacio, el plusvalor también debe producirse y realizarse dentro de cierto dominio geográfico.

Al seguir con esta idea por un momento, podremos ver más fácilmente la base del desarrollo geográfico desigual bajo el capitalismo. Si el plusvalor tiene que ser producido y realizado dentro de una región «cerrada», entonces la tecnología de la producción, las estructuras de distribución, los modos y formas de consumo, el valor, las cantidades y cualidades de la fuerza de trabajo, así como todas las infraestructuras físicas y sociales necesarias, deben ser coherentes entre sí dentro de esa misma región. Cada cambio en el proceso de trabajo tiene que ir acompañado de cambios en la distribución, el consumo, etc., a fin de que se mantenga una base estable para la acumulación.⁴ Cada región tenderá a desplegar una ley del valor válida para sí misma, asociada a su nivel de vida material particular, las formas del proceso de trabajo, los arreglos institucionales, estructurales, etc.

Ese proceso de desarrollo es completamente incongruente con el universalismo hacia el cual el capitalismo siempre tiende. Las fronteras regionales son invariablemente borrosas y están sujetas a perpetuas modificaciones debido a que las distancias relativas cambian con las mejoras en el transporte y las comunicaciones. Las economías regionales nunca están cerradas. La tentación de los capitalistas de dedicarse al comercio interregional, de obtener ganancias con el intercambio desigual y de colocar los capitales excedentes dondequiera que sea más alta la tasa de ganancia, es a la larga irresistible. Además, los trabajadores se verán seguramente tentados a trasladarse a cualquier lugar en el que los niveles de vida sean más altos.

⁴ Esta idea está muy presente en el trabajo de Aydalot (1976).

De otro lado, la tendencia a la sobreacumulación y la amenaza de la devaluación, obligará a los capitalistas de una región a extender sus fronteras o simplemente a llevar su capital a pastos más verdes.

El resultado es que el desarrollo de la economía espacial del capitalismo se ve asediada por tendencias contradictorias y contrapuestas. De un lado, se deben derribar las barreras espaciales y las diferencias regionales. De otro, los medios para lograr esto provocan nuevas diferenciaciones geográficas, que forman nuevas barreras espaciales que hay que superar. La organización geográfica del capitalismo absorbe las contradicciones dentro de la forma del valor. Esto es lo que quiere decir el concepto del inevitable desarrollo desigual del capitalismo.

2. La concentración y la dispersión geográficas

El desarrollo geográfico desigual se expresa parcialmente en términos de una oposición entre fuerzas contrapuestas que empujan a la concentración o a la dispersión geográficas en la circulación del capital. Las consideraciones de Marx sobre este punto, si bien fragmentarias, son interesantes. Por ejemplo, en *El capital* se preocupa principalmente por explicar la increíble concentración de fuerzas productivas en los centros urbanos y los cambios correlativos en las relaciones sociales de producción y vida. Marx capta los efectos de interacción que llevan a la rápida aglomeración de la producción en las ciudades, convertidas de hecho en talleres colectivos de producción capitalista (*Grundrisse*, vol. II, pp. 10-11; *El capital*, vol. I, p. 427). También muestra que las fuerzas que impulsan la aglomeración pueden superponerse entre sí, llevando nuevas inversiones de transporte e industrias de bienes de consumo a lugares ya establecidos (*El capital*, vol. II, p. 285) Todo esto requiere una creciente concentración y expansión del proletariado en los grandes centros urbanos, lo cual implica cambios radicales en las condiciones sociales de reproducción de la fuerza de trabajo dentro de los centros urbanos, o «la constante absorción de elementos primitivos y físicamente incorruptos del campo» (*El capital*, vol. I, pp. 345, 569, 671 y 733). La emergencia de un ejército industrial de reserva «flotante» es además una condición necesaria para el sostenimiento de la acumulación. El hacinamiento de los trabajadores en medio de una «acumulación de miseria, faenas agobiantes, esclavitud, ignorancia, brutalidad y degradación mental», todo ello exacerbado por distintas formas secundarias de explotación (como la renta de las viviendas), han llegado a ser el sello distintivo de la forma capitalista del industrialismo. La acumulación de capital y la miseria van de la mano, y están concentradas en el espacio.

Estas tendencias hacia la aglomeración se encuentran obviamente con límites físicos y sociales. Los costes de la congestión, de la creciente rigidez en el uso de las infraestructuras físicas, el aumento de las rentas y la simple falta de espacio restan más que suman a las ventajas de la aglomeración. La concentración de la miseria constituye un terreno fértil para la conciencia de clase y la inquietud social. La dispersión espacial comienza así a verse crecientemente atractiva.

Invocamos aquí a todas aquellas fuerzas que actúan bajo el capitalismo y que tienden a producir «una esfera de circulación cada vez más amplia», a fin de integrar al mundo dentro de un solo sistema caracterizado por una creciente división del trabajo territorial e internacional. La movilidad del crédito y la tendencia a eliminar las barreras espaciales se convierten en la clave a la hora de entender la rápida dispersión de la circulación de capital a través de la faz de la tierra. Las perspectivas de mayores ganancias tientan a los capitalistas a buscar y explorar en todas direcciones (*El capital*, vol. III, pp. 294-295). La acumulación extiende sus redes en círculos cada vez más amplios a través del mundo, abarcando finalmente a todo y a todos dentro del proceso de circulación del capital.

Sin embargo, la dispersión también se enfrenta a poderosas restricciones. Las enormes magnitudes de capital incorporadas en la propia tierra, las estructuras sociales que desempeñan un papel tan importante en la reproducción del capital y de la fuerza de trabajo, las restricciones a la movilidad del capital atado a procesos de trabajo concreto, todo ello tiende a mantener al capital en su lugar. La provisión de costosas infraestructuras físicas y sociales es altamente sensible a las economías de escala.

La tendencia a la concentración geográfica se opone a la tendencia a la dispersión, y no hay una garantía de equilibrio estable entre ellas. Las fuerzas que impulsan la aglomeración pueden fácilmente superponerse unas a otras y producir una concentración excesiva que se opone a la acumulación ulterior. Las fuerzas que llevan a la dispersión pueden igualmente salirse de control. Además, las revoluciones en la tecnología, en los medios de comunicación y de transporte, en la centralización y descentralización del capital (incluyendo el grado de integración vertical), en los arreglos monetarios y de crédito y en las infraestructuras sociales y físicas, afectan materialmente al equilibrio de las fuerzas en acción. El capital es así impelido a fases — algunas veces simultáneas y otras sucesivas— en las que se profundizan y se amplían las configuraciones espaciales de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales.

Es a través de estas teorías cómo podemos entender mejor el desarrollo acelerado de las fuerzas productivas en un lugar y su retraso relativo en otro, la rápida transformación de las relaciones sociales aquí y su rigidez

relativa allá. Fenómenos como la urbanización y el desarrollo regional e internacional encuentran su lugar natural dentro del esquema marxista de las cosas,⁵ pero hay que entenderlos en términos de oposición, más que de forma unilateral. Los antagonismos entre la ciudad y el campo, entre el centro y la periferia, entre el desarrollo y el subdesarrollo, no son accidentales ni vienen impuestos de forma exógena. Son el producto coherente de diversas fuerzas que se intersectan y que operan dentro de la unidad global del proceso de circulación del capital.

3. Manifestaciones regionales de la lucha de clases y de las fracciones de clase

Es innegable que la lucha de clases y el conflicto entre fracciones de clase asume un aspecto espacial, a menudo territorial, bajo el capitalismo. Con frecuencia se resta importancia a los fenómenos de este tipo, diciendo que son producto de sentimientos humanos muy arraigados —lealtades al lugar, a «la tierra», a la comunidad y la nación, que generan orgullo cívico, regionalismo, nacionalismo, etc.— o que son producto de antipatías igualmente arraigadas entre grupos humanos, fundadas en la raza, el idioma, la religión, la nacionalidad, etc. Sin embargo, el análisis anterior nos permite explicar la regionalización de la lucha de clases y de las fracciones de clase con independencia de esos sentimientos. No quiero decir con esto que los sentimientos humanos no tienen nada que ver con el conflicto interregional, o que no pueden surgir conflictos autónomamente sobre estas bases; simplemente quiero afirmar que existe una base material, dentro del proceso de circulación del propio capital, de las manifestaciones interregionales de la lucha de clases y de fracciones.⁶

Esta base material reside en esa situación conflictiva que surge cuando una porción del capital social total debe quedar inmovilizado con el propósito de otorgar al capital restante mayor flexibilidad de movimiento. Una vez queda encerrado en forma de infraestructuras físicas y sociales inmóviles, el valor del capital tiene que ser defendido a fin de no devaluarse. Al nivel más básico, esto implica asegurar el trabajo futuro que estas

⁵ Véanse Dear y Scott (1981); Carney, Hudson y Lewis (1979).

⁶ La cuestión de cómo se forman y actúan las burguesías nacionales, regionales y locales nunca ha sido analizada de forma clara desde una perspectiva marxista, excepto desde un punto de vista puramente político y estratégico dentro de cierta concepción global de la lucha de clases. El problema es profundo y está envuelto en la controversia. Las recientes contribuciones de Nairn (1977), Davis (1978) y Amin (1980) han abordado el tema de forma más plena, al tiempo que han provocado vigorosas críticas. No pretendo identificar una respuesta completa a los problemas planteados. Simplemente quiero revelar la base material dentro de la lógica de la acumulación para ciertos tipos de división de fracciones sociales a lo largo de líneas regionales.

inversiones anticipan, confinando el proceso de circulación del capital restante dentro de cierto territorio durante cierto periodo de tiempo.

Algunas fracciones del capital están más comprometidas que otras en la inversión inmobiliaria. Los propietarios de suelo y propiedades, los urbanistas y constructores, las autoridades locales y los tenedores de deuda hipotecaria, están sumamente interesados en forjar una alianza local con el fin de proteger y promover los intereses locales y repeler la amenaza de una devaluación localizada, específica de ese lugar. El capital productivo que no puede desplazarse fácilmente puede apoyar la alianza, estando tentado de comprar la paz y las competencias de la fuerza de trabajo local por medio de compromisos salariales y relativos a las condiciones de trabajo —de este modo obtiene los beneficios y la cooperación de los trabajadores e incrementa la demanda efectiva de mercancías salario en los mercados locales—. Las fracciones de la clase trabajadora que, por medio de la lucha o por accidente histórico, se las han arreglado para crear islas de privilegio dentro del océano de la explotación, quizá se puedan sumar también a esta alianza. Más aun, si el compromiso local entre el capital y el trabajo resulta útil para la acumulación local, entonces la burguesía en su conjunto puede apoyarlo. Se establecen así las bases para una alianza de base territorial entre los diferentes sectores del capital, las autoridades locales e incluso clases enteras, en defensa de los procesos de reproducción social (de la acumulación y de la fuerza de trabajo) dentro de determinado territorio. La alianza descansa, conviene repetirlo, en la necesidad de inmovilizar cierta porción del capital a fin de dar libertad de movimiento al capital restante.

La alianza se ocupa típicamente en la promoción de la comunidad y la lucha por la solidaridad de la comunidad o de la nación en tanto medio para defender los diversos intereses de clase y de fracción de clase. La competencia espacial entre localidades, ciudades, regiones y naciones adquiere un nuevo significado a medida que cada alianza trata de captar y retener los beneficios que se derivan de los flujos de capital y de fuerza de trabajo a través de los territorios bajo su control efectivo. En tiempos de crisis generalizada surgen amargas luchas acerca de qué localidad debería soportar el peso de la devaluación que a buen seguro llegará. Esas condiciones materiales objetivas proporcionan abundante alimento a las ideas sobre la armonía de la comunidad y la solidaridad nacionales. Esas nociones son tan significativas para las fracciones del trabajo como para las fracciones del capital, y la búsqueda de intereses de base territorial es con frecuencia conveniente para ambos. El capital puede tener así la esperanza de prevalecer por medio del compromiso con una clase trabajadora geográficamente fragmentada, pero al hacerlo se divide y se debilita a sí mismo. La fuerza de trabajo, por su parte, puede mejorar su posición social, pero al precio de abandonar demandas más revolucionarias y de abrir divisiones territoriales

dentro de sus filas. La lucha de clases global se disuelve así dentro de una serie de conflictos de base territorial que apoyan, sostienen y en algunos casos reconstituyen incluso toda clase de prejuicios locales y tradiciones arraigadas.

La estabilidad y la coherencia, no obstante, de cada alianza de base territorial se ve amenazada por poderosas fuerzas disruptivas. Algunos sectores del capital —los capitalistas en dinero particularmente— son más sensibles a la atracción por las buenas ganancias, y el capital productivo apenas se puede permitir pasar por alto el plusvalor relativo que se obtiene al trasladarse a localizaciones que presentan mayores ventajas. Algunas fracciones del capital rompen la alianza local y buscan retornos más elevados en otra parte. Además, aunque el capital y la fuerza de trabajo se pueden aliar en ciertos aspectos (como las barreras a las importaciones baratas) y hacer concesiones, en otros, el antagonismo entre ellos nunca desaparece. En la medida en que se agudiza la lucha de clases, algunas fracciones del capital pueden verse tentadas a huir del territorio o a tomar represalias contra el poder organizado de la fuerza de trabajo, por ejemplo, con políticas abiertas a la inmigración. La coherencia de la alianza local está siempre amenazada tanto desde el interior como desde el exterior.

Los diferentes sectores del capital y de la fuerza de trabajo tienen diferentes intereses dentro del territorio, según la naturaleza de los activos que poseen y de los privilegios que disfrutan. Algunos son socios más fiables que otros en una alianza local, pero todas las fracciones de clase experimentan cierta tensión entre las virtudes del compromiso local y la tentación de irse a otro lado. Los propietarios inmobiliarios, por ejemplo, podrían aparecer como el sostén «natural» de cualquier alianza local en virtud de los activos que poseen. Sin embargo, si el suelo se considera como un puro activo financiero, entonces las acciones especulativas de las empresas inmobiliarias pueden ser tan disruptivas como cualquier otra cosa. Al otro lado del espectro, encontramos capitalistas en dinero acosados por dilemas similares, si bien los activos que controlan son sumamente móviles. Si un banco poderoso tiene una deuda hipotecaria sobre gran parte de la inversión en infraestructuras de un territorio, la calidad de su propia deuda se deteriora si desagua todo el capital dinero excedente y lo envía a cualquier otro lugar donde la tasa de ganancia sea más alta. A fin de realizar el valor de la deuda que ya está en su poder, el banco quizá se vea obligado a hacer más inversiones dentro de un mismo territorio con una tasa de ganancia más baja de la que podría obtener en otro lado. Los capitalistas dedicados a la producción se enfrentan a una opción semejante. Pueden mejorar su posición competitiva apoyando las mejoras de la infraestructura local por medio de su participación en una alianza local o pueden irse a otro lado donde se sabe que hay mejores oportunidades. También pueden usar la

amenaza de desplazarse para hacer que otros socios más vulnerables se vean obligados a ofrecerle concesiones (exenciones de impuestos, por ejemplo). Los trabajadores tampoco son inmunes a esas presiones. Es posible que se refrenen en llevar sus demandas hasta extremos revolucionarios por temor a provocar la huida del capital, lo cual minaría los derechos que ya han conseguido.

La lucha entre clases y entre fracciones de clase no se ve anulada por esto. Simplemente asume un aspecto territorial que opera conjuntamente con otras formas de lucha. Exactamente de la misma forma en que la búsqueda del plusvalor relativo invoca al mismo tiempo a la tecnología y a la ubicación, así las luchas de clases y de fracciones de clase se desenvuelven necesariamente en el espacio y en el tiempo. La geografía histórica del capitalismo es un proceso social que descansa en la evolución de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales que existen como configuraciones espaciales particulares. Existen fuerzas de contrapeso que colocan la movilidad espacial del capital y de la fuerza de trabajo dentro de una geografía repleta de tensiones y tendente a la contradicción. Los conflictos de base territorial se convierten entonces en parte de los medios por los cuales la lucha de clases alrededor de la acumulación y de sus contradicciones busca nuevas bases, o nuevas alternativas, para la acumulación. Estas nuevas bases abrazan simultáneamente la creación de nuevas configuraciones espaciales, así como nuevos procesos de trabajo. Las alianzas territoriales y los conflictos interterritoriales se deben interpretar como momentos activos dentro de la historia general de la lucha de clases y no como aberraciones.

4. Los arreglos jerárquicos y la internacionalización del capital

Las tensiones entre fijación y movimiento en la circulación del capital, entre concentración y dispersión, entre compromiso local e intereses globales, imprime inmensas tensiones sobre las capacidades organizativas del capitalismo. La historia del capitalismo se ha caracterizado, en consecuencia, por la continua exploración y modificación de los arreglos organizativos que pueden calmar y contener esas tensiones. El resultado ha sido la creación de estructuras jerárquicas integradas de organización que pueden enlazar el trabajo local y particular con el logro del trabajo abstracto en el escenario mundial. Tanto la articulación de las clases como el desenvolvimiento de las luchas de clases y de fracciones de clase se produce dentro de esas formas de organización, mientras que estas mismas formas requieren a menudo dramáticas transformaciones frente a las crisis de acumulación.

Ya hemos visto un ejemplo de estructura jerárquica integrada. En el capítulo IX mostramos que es necesaria una jerarquía de dineros de

diferentes calidades para que la acumulación prosiga. Solo de esta forma puede relacionarse la necesidad local de medios de circulación con el equivalente universal como medida de valor. Los acontecimientos locales y particulares, tales como la creación de dinero a través de una transacción de crédito en determinado tiempo y lugar, se pueden integrar dentro de los arreglos monetarios mundiales por medio de la jerarquía de instituciones propia del sistema monetario. También argumentamos que existen contradicciones dentro de este sistema jerárquico y que lo que sucede en un nivel no es necesariamente congruente con lo que debe suceder en otro. La expresión fundamental de las crisis, por ejemplo, es una contradicción entre el sistema financiero y su base monetaria. La preservación de la calidad del dinero como medida de valor es una tarea que le toca en suerte a aquellas instituciones internacionales que ocupan los escalones de mando de la jerarquía. De ahí se sigue que las crisis se manifiestan invariablemente como conflictos entre los diversos niveles dentro de esta jerarquía de arreglos monetarios.

Otras formas jerárquicas de organización abundan y exhiben tensiones similares dentro de sí mismas. Las empresas multinacionales, por ejemplo, tienen una perspectiva global pero tienen que integrarse con las circunstancias locales en multitud de lugares.⁷ Pueden utilizar ampliamente la subcontratación local y de esta forma pueden participar, en grado limitado, en el soporte a una alianza territorial local. La centralización del capital dentro de su organización va acompañada invariablemente de la descentralización espacial (véase el capítulo V), y eso significa algún grado de compromiso y responsabilidad, junto con la capacidad para ejercer mayor poder local por medio de amenazas directas o indirectas. La integración local de las empresas multinacionales hace que sea difícil tomar la decisión de quedarse en un lugar o cerrar una planta. Además, dentro de la jerarquía de la empresa multinacional, lo que tiene sentido en un nivel no necesariamente lo tiene en otro. El capital mercantil multinacional se enfrenta a los mismos dilemas. Las estrategias globales salvan la tensión entre el compromiso local y la lucha por apropiarse del plusvalor dondequiera que sea posible hacerlo. Si bien siempre parece que el poder estuviera en la cima de estas estructuras jerárquicas, es siempre la producción en determinados lugares la fuente última de ese poder. Las empresas multinacionales absorben en su interior las tensiones entre la fijación y el movimiento, entre el compromiso local y los intereses globales. Su única ventaja es que pueden organizar su ocupación del espacio y la historia de su propia geografía de acuerdo con un plan consciente. El único problema es que estos planes son concebidos en un ambiente de acumulación, plagado de incertidumbre y repleta de contradicciones.

⁷ Radice (1975); Palloix (1973; 1975a).

El sistema político está organizado a lo largo de líneas jerárquicas similares y por razones similares.⁸ Aunque el Estado nación ocupa una posición clave en esta jerarquía, las organizaciones supranacionales reflejan la necesidad de coordinaciones globales, al tiempo que los arreglos gubernamentales de la región, la ciudad y el vecindario vinculan los intereses universales con los intereses puramente locales. Entre los niveles de esta estructura jerárquica abunda el conflicto, burlándose de cualquier teoría del Estado como un fenómeno unitario y monolítico. Además, aunque gran parte del poder puede estar situado a nivel nacional, el problema de integrar los requerimientos locales con los globales sigue siendo un problema espinoso para cualquier gobierno. El conflicto se vuelve particularmente agudo para cualquier nación que aspire al papel de banquero mundial. ¿En nombre de las perspectivas globales de la acumulación, debe esta acceder, e incluso orquestar, la destrucción de ciertas economías locales dentro de sus fronteras? ¿O debe tratar de protegerlas y de seguir políticas provincianas, incluso aislacionistas, que al final signifiquen la autocracia y den el golpe de gracia a las patrones globales abiertos de la acumulación.

Estas diversas estructuras, organizadas jerárquicamente en las esferas de las finanzas, la producción, el Estado, etc., junto con las jerarquías urbanas estructuradas con el fin de asegurar el movimiento eficiente de las mercancías, se engranan torpemente entre sí a la hora de definir las distintas escalas: local, regional, nacional e internacional (por usar categorías corrientes que reflejan más o menos nuestro significado). Se pueden formar alianzas de base territorial en cualquiera de estas escalas, pero la naturaleza y la política de la alianza suelen modificarse, a veces de forma dramática, de una escala a otra. Cambian también los patrones de clase, la lucha fraccional y la competencia entre territorios. Los asuntos que parecen fundamentales en una escala desaparecen totalmente en otra; las fracciones de clase que participan activamente en una escala pueden desvanecerse de la escena o incluso desplazarse a otra. Entre lo particular y lo universal reside toda una maraña de arreglos organizativos que median la dinámica de los flujos de capital dentro de la economía espacial del capitalismo, al tiempo que proporcionan múltiples y diversos terrenos en los que se desenvuelven las luchas de clases y de fracciones de clase.

El intrincado embrollo de estos arreglos oculta a menudo su importancia como mecanismos de transmisión que relacionan la acción concreta particular con los efectos globales del trabajo abstracto y conforman así la economía política que integra al individuo dentro de la compleja totalidad de la sociedad civil. Cuando los trabajadores, por ejemplo, compran una

⁸ La discusión de Dulong (1978) sobre la organización del poder regional en Francia es muy interesante.

casa en determinado tiempo y lugar, quizá lo hagan sobre la base de un arreglo hipotecario sancionado por las tradiciones contractuales, apoyado por las políticas gubernamentales y promovido por la ideología burguesa. Los pagos mensuales al banco reflejan un plazo de amortización y una tasa de interés que reflejan las condiciones globales de la acumulación, mediadas por la fuerza y la seguridad de instituciones particulares dentro del sistema financiero y por la fuerza de la economía nacional en relación con el comercio mundial. En el análisis final, todas estas mediaciones son captadas y reducidas a un pago mensual al banco (o a una institución financiera equivalente). En el otro extremo, cuando los banqueros internacionales luchan por traer estabilidad a una economía mundial que parece estar al borde del caos, lo hacen en el contexto de múltiples decisiones individuales y en la intersección caótica de las luchas entre territorios, alianzas de clases y de fracciones de clase, etc. Al percibir su impotencia, se pueden dedicar a crear instituciones, como el Fondo Monetario Internacional, que tienen el poder para disciplinar y persuadir a los Estados nación y así forzar las políticas que afectan la vida diaria de los individuos de un modo vital y a veces traumático. Debemos considerar ahora cómo las mediaciones de este tipo influyen en la formación y en la resolución de las crisis dentro de la economía espacial del capitalismo.

5. El «tercer corte» de la teoría de la crisis: aspectos geográficos

Los capitalistas se comportan como capitalistas dondequiera que se encuentren. Persiguen la expansión del valor por medio de la explotación sin considerar las consecuencias sociales. Promueven la sobreacumulación de capital y al final crean las condiciones que llevan a la devaluación de los capitalistas individuales y de la fuerza de trabajo a través de las crisis. Esto sucede, sin embargo, dentro del marco del desarrollo geográfico desigual, producido por las movilidades diferenciales de diversos tipos de capital y de fuerza de trabajo, todos ellos vinculados dentro de las restricciones temporales impuestas por el proceso de circulación del propio capital. Estas movilidades dan forma a los procesos de trabajo concretos e individualizados como «una totalidad de diferentes modos de trabajo que abarcan el mercado mundial» y así definen el trabajo abstracto como valor.

Nuestra tarea es construir un «tercer corte» a la teoría de la formación de las crisis, que reconozca específicamente las cualidades materiales del espacio social definido bajo las relaciones capitalistas de producción e intercambio. Podemos recordar que el «primer corte» a la teoría de las crisis trató sobre la fuente fundamental de las contradicciones internas del capitalismo. El «segundo corte» examinó las dinámicas temporales a medida

que se forman y son mediadas por los arreglos financieros y monetarios. El «tercer corte», del que nos ocupamos aquí, debe integrar la geografía del desarrollo desigual dentro de la teoría de las crisis. La tarea no es fácil. De alguna forma, debemos ocuparnos de determinaciones múltiples, simultáneas y conjuntas. Por ejemplo, el desplazamiento del plusvalor relativo de la ventaja geográfica a la tecnológica ofrece a los capitalistas una considerable libertad a la hora de confrontar a sus competidores. La ausencia de determinaciones únicas vuelve difícil el trabajo teórico. En lo que sigue vamos a utilizar, por eso, algunos supuestos drásticamente simplificadas, con el propósito de captar la esencia de la formación de las crisis dentro de la geografía del desarrollo desigual.

5.1. La devaluación particular, individual y específica de un lugar

Cuando el capital en cualquiera de sus formas y la fuerza de trabajo del tipo que sea no están en el lugar correcto en el momento apropiado, por la razón que sea, probablemente experimenten una devaluación. A menos que se ejerzan poderes de planificación conscientes por la vía del sistema financiero o del Estado, multitud de movimientos especulativos hacen que las coordinaciones correctas y exactas en el espacio y el tiempo sean cuestión de accidente. En el curso normal de los acontecimientos, algunos individuos sufren la devaluación de su capital o de su fuerza de trabajo mientras que otros obtienen generosos beneficios o encuentran empleos bien remunerados. La multitud de devaluaciones resultantes, particulares y específicas de un lugar, no tienen que cristalizar dentro de ningún plan más grandioso. Simplemente son parte del coste humano normal, del desgaste social natural de la acumulación a través de la competencia.

Este concepto tiene un doble significado. En primer lugar, la devaluación es una determinación social. No se trata de que un proceso de trabajo determinado no pueda funcionar en absoluto en un determinado lugar, sino de que no pueda generar al menos la tasa media de ganancia. Las devaluaciones fusionan siempre el trabajo particular y el trabajo individual (concreto) con el trabajo universal y social (abstracto). Además, las devaluaciones son *siempre* específicas de determinado tiempo y lugar. En segundo lugar, las formas más generales de las crisis residen y surgen a partir de esta confusión de acontecimientos locales, particulares e individuales. De la misma forma que Marx hizo estallar la identidad presupuesta en la Ley de Say en otras tantas posibilidades de crisis (al considerar la separación entre ventas y compras en el espacio y el tiempo), así innumerables devaluaciones particulares y específicas de un lugar crean oportunidades que pueden enconar las posibilidades más generales de crisis. Tenemos

ahora que mostrar cómo las heridas infectadas se convierten en heridas profundas como consecuencia de procesos sociales únicos del capitalismo.

Las revoluciones en el valor se desatan en la búsqueda del plusvalor relativo a través del cambio de tecnología o de ubicación. Su efecto es la devaluación de los capitales empleados bajo tecnologías inferiores o en localizaciones inferiores. Este proceso se complica porque el impulso a acelerar el tiempo de rotación por medio de las mejoras en el transporte y en las comunicaciones modifica los espacios relativos y transforma así ubicaciones superiores en inferiores y viceversa. El movimiento de los trabajadores individuales en busca de niveles de vida más altos y de mejores condiciones de trabajo contribuye a la confusión; la ventaja del capital a la hora tener acceso a reservas baratas de trabajo excedente en ciertas localizaciones se puede ir perdiendo poco a poco con la migración de los trabajadores. El efecto de conjunto es que las devaluaciones específicas lleguen a ser algo más que un asunto casual y accidental. La competencia por el espacio lleva al cierre de una planta aquí o a la pérdida de una vía de ferrocarril allá. Las correspondientes pérdidas de empleos y la disminución de la demanda local efectiva de mercancías salario o de capital constante promueven ajustes dentro de la economía del espacio lo que lleva a ulteriores devaluaciones. Las devaluaciones se vuelven sistemáticas dentro de ciertas configuraciones espaciales a través del poder racionalizante del conflicto de clase y de la competencia sobre la forma absoluta y relativa del plusvalor. La reestructuración continua de las configuraciones espaciales por medio de revoluciones en el valor debe verse de nuevo como un rasgo normal del desarrollo capitalista.⁹

5.2. La formación de las crisis regionales

La sobreacumulación contiene las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales dentro del proceso de circulación del capital. Estas contradicciones rompen la unidad deseada entre la producción y la realización del plusvalor. La unidad solo se puede restaurar por la fuerza a través de las crisis de devaluación. Producción y realización se deben lograr dentro de determinado tiempo de rotación y ya mostramos anteriormente que esto se traduce, bajo ciertas condiciones, en la producción y realización del plusvalor dentro de los confines de un espacio definido. El efecto agregado es difícil de describir porque cada capital individual, que opera desde determinada ubicación, tiene sus propias condiciones específicas de producción, intercambio (incluyendo transporte) y realización.

⁹ Massey (1981) explora esta idea de forma profunda en relación con los sectores de la electrónica y de las industrias de ingeniería eléctrica del Reino Unido.

Por simplificar, asumimos inicialmente que toda producción y realización de capitales interdependientes se produce dentro de una región cerrada. La acumulación procede dentro de esa región a velocidades que dependen de la expansión local del proletariado, el estado de la lucha de clases, el ritmo de la innovación, el crecimiento de la demanda efectiva total, etc., pero como los capitalistas siguen siendo capitalistas, la sobreacumulación parece condenada a surgir. La amenaza de devaluación masiva es persistente y la sociedad civil parece destinada a experimentar la congoja, la disrupción y la inquietud que acompañan a la restauración forzosa de condiciones favorables a la acumulación.

Esta es exactamente el tipo de «dialéctica interna» que obliga a la sociedad a buscar una resolución en algún tipo de «arreglo espacial». Las fronteras de la región se pueden ampliar o se puede obtener alivio exportando capital dinero, mercancías o capacidades productivas o importando nueva fuerza de trabajo de otras regiones. La tendencia a la sobreacumulación dentro de la región sigue desatada, pero se evita la devaluación por medio de «transformaciones externas» sucesivas y cada vez más grandiosas. Presumiblemente este proceso puede continuar hasta que se agotan todas las posibilidades o hasta que otras regiones se resisten a ser tratadas como simples y convenientes apéndices.

Sin embargo, tan pronto como la región abre sus fronteras a los flujos de capital y de fuerza de trabajo, las relaciones de valor dentro de la región comienzan a reflejar la «totalidad de diferentes formas de trabajo que abarcan el mercado mundial». Las revoluciones en el valor pueden imponerse igualmente desde el exterior. La posición competitiva de la región como un todo puede verse erosionada porque otras regiones han pasado por la incomodidad y la tragedia de una reestructuración interna de su aparato productivo, de sus relaciones sociales, de los arreglos distributivos, etc. Lejos de resolver sus problemas de sobreacumulación con la creación de nuevas relaciones externas, la región puede verse obligada a sufrir una devaluación aún más salvaje debido a la presión externa. La competencia entre regiones vuelve a estar a la orden del día. Además, las fuerzas relativas de las diferentes alianzas de base territorial llegan a ser un factor importante.

El asunto se vuelve ahora un poco más confuso. La distinción entre «transformaciones externas» e «internas» se vuelve difícil de precisar. Las «fronteras» regionales, si es que existen, se vuelven altamente porosas para el capital y los trabajadores, las alianzas locales se tambalean notoriamente en ciertos aspectos y las formas jerárquicas de organización, que operan en diversas escalas, ofrecen diferentes posibilidades de coordinación. El grado en el que los problemas de sobreacumulación surgen en un lugar se puede aliviar, ya sea por un ulterior desarrollo o por la devaluación de otro lugar, depende de la intersección de toda clase de fuerzas diversas y conflictivas.

En cualquier caso, el resultado es que algunas regiones prosperan mientras que otras declinan. Esta necesidad no augura, sin embargo, una crisis global del capitalismo. Los diferentes ritmos regionales de la acumulación pueden estar coordinados de forma poco estricta, porque las coordinaciones descansan en movibilidades diversas y a menudo conflictivas de diferentes formas de capital y de fuerza de trabajo.¹⁰ El momento en que el ciclo de acumulación gira hacia arriba o hacia abajo puede variar de una región a otra con interesantes efectos de interacción. La unidad del proceso de acumulación, supuesto en las versiones anteriores de las teorías de la crisis, se fragmenta en diferentes ritmos regionales que pueden con igual facilidad compensarse entre sí o intensificarse hasta el punto de provocar un enorme choque global. Existe la posibilidad muy real de que el ritmo global de la acumulación se sostenga por medio de oscilaciones compensatorias entre sus partes. La geografía del desarrollo desigual ayuda a convertir las tendencias del capitalismo a la crisis en configuraciones regionales compensatorias tanto de rápida acumulación como de rápida devaluación.

5.3. Crisis de alternancia o conmutación¹¹

El suave desplazamiento de excedentes de capital y de fuerza de trabajo de una región a otra crea un patrón de oscilaciones compensatorias. Este desplazamiento se encuentra con fuertes barreras: las fronteras pueden cerrarse,

¹⁰ Véanse Carney, Hudson y Lewis (1979) y el número especial del *Journal of the Union of Radical Political Economics*, vol. 10, núm. 3 (1978).

¹¹ Se traduce aquí el término *switching crisis* por «crisis de conmutación» o «crisis de alternancia». Este concepto utilizado por Harvey no tiene equivalente claro en castellano. La traducción «crisis del cambio» vertida en la edición de Fondo de Cultura Económica de 1990 resulta algo inadecuada para expresar el contenido conceptual que Harvey quiere transmitir.

La hipótesis de los tres circuitos del capital marcados por distintas velocidades de rotación del capital y, por tanto, de aparición de los problemas de valorización del capital relacionados con las crisis de sobreacumulación, es central en la teoría del arreglo espacio-temporal de David Harvey. *Grosso modo*, los tres circuitos del capital están conformados por la circulación canónica de mercancías, la circulación del capital por el entorno construido y la circulación de los capitales tecnológicos en sectores de alta inversión pública. Harvey llama *capital switching*, alternancia del capital o conmutación del capital, al paso, a través de distintas técnicas financieras, de los capitales atrapados en las crisis de sobreproducción en el primer circuito hacia los otros dos, si bien él se ocupa fundamentalmente del segundo circuito de acumulación, que se despliega en el territorio a través de inversiones en capital fijo con largos periodos de realización.

Las crisis de conmutación o de alternancia se producen tanto cuando el *capital switch* produce un efecto temporal de descapitalización en el circuito primario del capital, como cuando los mecanismos financieros de conmutación o alternancia no funcionan adecuadamente produciendo un agravamiento de las crisis de sobrecapacidad. En este capítulo, Harvey se refiere específicamente a las crisis de alternancia o de conmutación geográficas, en las que territorios enteros se ven afectados por los efectos de ida y venida del *capital switch*, acelerando o desacelerando los procesos de valorización / desvalorización de territorios y entornos construidos. [N. de E.]

las sociedades precapitalistas pueden resistir la acumulación originaria, pueden surgir movimientos revolucionarios, etc. Pero las barreras también pueden surgir de toda la lógica contradictoria de la acumulación del capital. Vamos a considerar ahora estas barreras con cierto detenimiento.

Cuanto más abierto esté el mundo a la reestructuración geográfica, más fácilmente se pueden encontrar soluciones temporales a los problemas de exceso de acumulación. La expansión geográfica, al igual que el incremento de la población (véase la p. 237 de este libro), proporciona una fuerte base para la acumulación sostenida. Las crisis se reducen a crisis de conmutación a medida que los flujos de capital y de fuerza de trabajo se desplazan de una región a otra, o incluso vuelven, así como desatan devaluaciones regionales (que en ocasiones pueden ser intensas) así como importantes ajustes en las estructuras espaciales (como el sistema de transporte) diseñadas para facilitar los flujos espaciales.

El problema, naturalmente, es que cuanto más se desarrolla el capitalismo, más suele sucumbir a las fuerzas que producen la inercia geográfica. Estamos aquí ante una versión de esa contradicción que Marx describiera como la dominación del trabajo muerto sobre el trabajo vivo. La circulación de capital queda progresivamente aprisionada dentro de infraestructuras físicas y sociales inmóviles creadas para apoyar ciertos tipos de producción, ciertos tipos de procesos de trabajo, arreglos distributivos, patrones de consumo, etc. El incremento de la magnitudes de capital fijo y los tiempos de rotación cada vez más largos en la producción impiden que el capital se desplace sin control ni inhibiciones. En pocas palabras, el crecimiento de las fuerzas productivas actúa como una barrera a la rápida reestructuración geográfica, exactamente de la misma forma que obstaculiza la dinámica de la acumulación futura al imponer el peso muerto de las inversiones pasadas. Las alianzas territoriales, que a menudo se vuelven cada vez más poderosas y se arraigan más profundamente, surgen con el fin de proteger y fomentar el valor del capital ya comprometido dentro de la región.

Todas estas fuerzas se entrelazan, fortalecen la tendencia hacia la inercia geográfica, e impiden así la rápida reestructuración de la economía espacial del capitalismo. Peor aún, bajo la presión de la devaluación, las fuerzas de la inercia pueden fortalecerse en lugar de debilitarse, exacerbando así el problema —una alianza local puede surgir con el fin de conservar los privilegios ya obtenidos, de sostener las inversiones que ya se han hecho, de mantener intacto un compromiso local y de protegerse a sí mismas de los fríos vientos de la competencia espacial por medio de controles a la importación y la exportación, controles al tipo de cambios y leyes de inmigración—. No se pueden así lograr nuevas configuraciones espaciales porque no se ha dejado que las devaluaciones regionales sigan su curso. El desarrollo geográfico desigual del capitalismo asume entonces una forma

que es completamente incoherente con la acumulación sostenida, ya sea dentro de la región o a escala global.

Cuanto más prevalecen las fuerzas de la inercia geográfica, más profundas llegarán a ser las crisis agregadas del capitalismo y más salvajes serán las crisis provocadas por el cambio antes de que se restaure el equilibrio. Las alianzas locales tendrán que reorganizarse dramáticamente (la aparición del fascismo es el ejemplo más horrible), los mix tecnológicos se verán repentinamente alterados (provocando devaluaciones masivas de las plantas antiguas), las infraestructuras físicas y sociales serán reconstituidas completamente (a menudo por medio de crisis en los gastos del Estado) y la economía espacial de la producción, distribución y consumo capitalistas quedará totalmente transformada. El coste de la devaluación para los capitalistas individuales y los trabajadores será considerable. El capitalismo recoge la salvaje cosecha de sus propias contradicciones internas.

Sin embargo, por salvajes que puedan ser esas crisis de conmutación, la reestructuración total de la economía espacial del capitalismo a escala global todavía nos ofrece la perspectiva de una restauración del equilibrio a través de una reorganización de sus partes regionales. Las contradicciones del capitalismo aún están contenidas dentro de las estructuras globales del desarrollo geográfico desigual.

5.4. Nuevos arreglos para coordinar la integración espacial y el desarrollo geográfico desigual

No todas las formas de desarrollo geográfico desigual y de expansión espacial disminuyen los problemas de sobreacumulación. De hecho, las configuraciones espaciales tienen tantas probabilidades de contribuir al problema como de resolverlo. Esto dirige nuestra atención a los mecanismos de coordinación que dan forma a las configuraciones espaciales y a los flujos de capital. Por ejemplo, tal y como mostramos en el capítulo XII, la movilidad geográfica del dinero, las mercancías, el capital productivo y la fuerza de trabajo dependen de la creación de infraestructuras físicas y sociales fijas e inmóviles. ¿Cómo se pueden cambiar estas infraestructuras con el fin de adecuarlas a los crecientes volúmenes del capital en movimiento?

Se pueden construir nuevos sistemas de comunicación y transporte, tal y como vimos en el capítulo VIII, usando el exceso de capital acumulado, aun al coste de una cierta devaluación del capital cristalizado en tiempos pasados. Las nuevas inversiones corren el riesgo de devaluarse solo en caso de que no se materialicen las expansiones previstas en la configuración espacial esperada o de si se amontonan más inversiones que compitan con estas. El ritmo de transformación en el transporte y los sistemas de

comunicaciones queda restringido por estas consideraciones. Por lo general las comunicaciones no se pueden ampliar con suficiente rapidez para hacer frente a las necesidades de mover cantidades crecientes de mercancías hacia nuevas regiones. Las estructuras espaciales fijas que se requieren para salvar el espacio se convierten en las barreras espaciales a superar.

La misma observación se aplica a aquellos arreglos sociales, organizativos y de infraestructuras que, como vimos anteriormente, suelen mostrar una estructura jerárquica integrada, caracterizada por toda clase de superposiciones y discontinuidades desordenadas, pero que pueden enlazar los aspectos particulares y locales con los aspectos globales del trabajo bajo el capitalismo. Ciertamente, gran parte del aparente desorden de estos arreglos refleja el hecho de que están en un proceso de continua transformación. Por ejemplo, el notable aumento en el volumen del comercio mundial y del flujo de capital ejerce una inmensa presión sobre el sistema monetario y financiero internacional. Se han creado niveles enteros dentro de la jerarquía (bancos centrales e instituciones monetarias internacionales) y han aparecido nuevas relaciones de poder entre los niveles. Las compañías multinacionales han buscado torpemente nuevas formas de organización para hacer frente a circunstancias en continuo cambio. Del mismo modo, los sistemas políticos y administrativos se encuentran siempre bajo presión a fin de que se adapten.

Sin embargo, esas estructuras jerárquicas no se adaptan instantáneamente a las necesidades del capitalismo. Para empezar, cada conjunto de instituciones se ajusta a la luz de los intereses particulares de los que las dirigen, así como en respuesta a la presión externa. Las corporaciones multinacionales actúan con el fin de obtener acceso a las materias primas, a los mercados y a la fuerza de trabajo, tratan de abarcar el espacio y excluir la competencia; están tan interesados en el monopolio como en coordinar los requerimientos particulares con los globales. Una vez están en posición de gestionar la escasez, puede que sencillamente organicen el comercio internacional e incluso patrones enteros de desarrollo geográfico desigual de acuerdo con sus propios intereses estrechamente definidos. Es probable que empleen su poder para robar, apropiarse o canjearse la mayor cantidad posible de plusvalor de los demás. Lo mismo se puede decir de los banqueros (en cualquier nivel de la jerarquía), los políticos, los administradores, etc. La apropiación de este tipo altera las coordinaciones y puede requerir la creación de nuevas capas dentro de la jerarquía con el fin de disciplinar a las demás.

Incluso cuando no sucumben a la pura venalidad, los administradores de este sistema jerárquico poseen con frecuencia suficiente poder como para influir en el ritmo y la dirección de la expansión geográfica. Esto es particularmente cierto en lo que se refiere a las grandes empresas, a las

principales instituciones financieras y al Estado, que tiene el poder nominal para controlar los flujos de capital y de fuerza de trabajo de acuerdo con los intereses de la alianza territorial que los gobierna. La competencia entre los Estados (u otras unidades) o las luchas de poder entre los niveles dentro de la jerarquía tienen marcados efectos sobre los patrones de desarrollo desigual. Además, las estructuras jerárquicas no son independientes entre sí; por ejemplo, la evolución de las corporaciones multinacionales depende de nuevos arreglos monetarios internacionales y de nuevas formas de intervención estatal. Las integraciones implican que las luchas de poder sobre quién ha de ejercer qué función coordinadora son endémicas. Además, esas luchas de poder se libran a menudo sin considerar en absoluto las necesidades del capitalismo en general.

Pero aun cuando no hubiera abusos, seguiría sin resolverse la tensión fundamental entre fijación y movilidad, tensión que en un principio originó los arreglos jerárquicos. Después de todo, la estabilidad de los arreglos de coordinación es un atributo vital frente al dinamismo perpetuo e incoherente. En un cierto punto, la tensión entre fijación y movilidad está destinada a romperse.

En uno de esos puntos sobreviene la crisis de los mecanismos de coordinación. Las estructuras jerárquicas anidadas deben reorganizarse, racionalizarse y reformarse. Deben crearse nuevos sistemas monetarios, nuevas estructuras políticas, nuevas formas de organización para el capital. Las contracciones del parto son a menudo dolorosas, pero esta es la única forma en la que los arreglos institucionales, engordados y multiplicados, pueden ajustarse a los requerimientos fundamentales de la acumulación. Si las reformas van bien, entonces por lo menos parecerán posibles las coordinaciones que absorban la sobreacumulación por medio del desarrollo geográfico desigual. Si fracasan, entonces el desarrollo desigual resultante exacerbará las dificultades en lugar de resolverlas y sobrevendrá una crisis global. La única solución es una reestructuración total de las relaciones dentro del modo de producción capitalista, incluidos los arreglos de coordinación jerárquica.

6. La formación de las crisis globales

No es posible que el desarrollo desigual y la expansión geográfica curen las contradicciones internas propias del capitalismo. Los problemas del capitalismo no se pueden resolver instantáneamente como por arte de magia con algún «arreglo espacial». No obstante, es importante reconocer que las crisis más generales surgen del caos y la confusión de sucesos locales particulares. Las crisis se construyen sobre la base de procesos de trabajo

concretos e individuales y de intercambios del mercado que van creciendo hasta llegar a ser crisis globales de la cualidad del trabajo abstracto, de la forma valor. Las restricciones temporales y espaciales del tiempo de rotación aseguran que en este curso se produzcan gran variedad de diferenciaciones regionales. Así pues, las crisis se producen a causa del desarrollo geográfico desigual, coordinado por formas de organización jerárquica. La misma observación se aplica a los efectos de la devaluación. Estos se hacen sentir siempre en determinados tiempos y lugares y van tomando configuraciones características por región, sector u organización. Los efectos se pueden difundir y hasta cierto punto mitigar alternando los flujos de capital y de fuerza de trabajo entre sectores y entre regiones (a veces simultáneamente) o por medio de una reconstrucción radical de las infraestructuras físicas y sociales. Las crisis globales se van articulando por el impacto de crisis de conmutación menos traumáticas.

Las crisis globales se forman, por tanto, como «fusiones violentas de momentos que se desgarran, que existen indiferentes el uno con respecto del otro, pero que, sin embargo, forman una unidad» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. III, p. 106). Con el fin de explorar este proceso de fusión de forma más concreta, asumimos algunos supuestos simplificadores si bien no demasiado drásticos. Suponemos que el planeta está dividido en economías regionales «que operan independientemente y a la vez están correlacionadas». Las regiones están conectadas por flujos de capital y de fuerza de trabajo bajo la égida de arreglos organizativos estructurados de forma jerárquica, que son neutrales en cuanto a sus efectos. Los ritmos de la acumulación varían entre una y otra región. Sin embargo, la tendencia a la sobreacumulación y la devaluación es universal en todas las regiones. Cada región se ve obligada periódicamente a buscar alguna transformación en sus relaciones externas, que alivie la incomodidad de las crisis de devaluación dentro de sí misma.

Marx fue plenamente consciente de la existencia de esas situaciones. Destacó, por ejemplo, que bajo condiciones de sobreacumulación los ingleses «tienen que prestar su propio capital al exterior con objeto de crearse un mercado», que el capital tiene que ponerse «las botas de siete leguas», atravesar las barreras espaciales, y así alcanzar —en relación con el desarrollo de sus fuerzas productivas— «lo que dentro de sus límites solo podría realizar muy lentamente» (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. III, p. 107; *Grundrisse*, vol. I, p. 284). El problema que tenemos que resolver es si las crisis se disipan o se acentúan por medio de esos mecanismos, y las respuestas son tan variadas como los medios con que cuentan los capitalistas de una región para deshacerse del capital sobreacumulado llevándose a otra. Consideremos cada una de estas posibilidades por orden.

6.1. Mercados externos y bajo consumo

Si el capital sobreacumulado en Inglaterra se presta a Argentina como medio de pago para que compre las mercancías excedentes producidas en Inglaterra, entonces el alivio para la sobreacumulación es en el mejor de los casos efímero y la perspectiva general para evitar la devaluación es insignificante. Al seguir una estrategia de este tipo se asume que las crisis del capitalismo, que se manifiestan parcialmente como una falta aparente de demanda efectiva, es enteramente atribuible al subconsumo. Marx rechaza esta versión interregional del argumento con la misma firmeza que la versión original. En su opinión, todo lo que sucede es que los efectos de la sobreacumulación se multiplican a través del espacio durante la fase de oscilación ascendente sostenida por el crédito y se registran como una brecha cada vez más amplia entre la balanza comercial y la balanza de pagos entre regiones. Cuando el sistema de crédito colapsa de nuevo dentro de su base monetaria, y Marx insiste en que así debe ser, entonces estos balances interregionales modifican la secuencia de eventos. Marx describe una secuencia característica en esta forma:

Puede ocurrir que la crisis estalle primeramente en Inglaterra, en el país que concede el mayor crédito y reclama crédito menor, porque la balanza de pagos [...] que es necesario liquidar inmediatamente, vaya en contra suya, a pesar de que la balanza general de comercio sea favorable [...] El crack producido en Inglaterra se inicia acompañado por el reflujó de oro, salda la balanza de pagos de Inglaterra [...] Luego le toca el turno a otro país. [...]

La balanza de pagos, en tiempos de crisis, es contraria a todo país [...] pero siempre a uno tras otro, como en los incendios de gavillas [...] Entonces se revela que todos los países se han excedido al mismo tiempo en las exportaciones (es decir, en la producción) y en las importaciones (es decir, en el comercio), que en todos ellos se han exagerado los precios y se ha forzado el crédito. Y en todos sobreviene la bancarrota.

Los costes de la devaluación se imponen entonces forzosamente en la región donde se inició el problema:

En primer lugar, el envío al exterior de metales preciosos; luego la venta a vil precio de mercancías consignadas; la exportación de mercancías para malvenderlas o para obtener a cambio de ellas adelantos de dinero en el interior; el aumento del tipo de interés, la disminución de los títulos y obligaciones, la venta a vil precio de títulos y obligaciones extranjeros; la atracción de capitales extranjeros para su inversión en estos títulos y obligaciones desvalorizados; y finalmente la bancarrota, que compensa una cantidad de exigencias (*El capital*, vol. III, pp. 567-568, 597).

La secuencia suena tristemente familiar. Evidentemente aquí no hay una perspectiva de un «arreglo espacial» a las contradicciones del capitalismo, pero como el mundo es un lugar complicado, incluso aquí pueden surgir posibilidades que al menos pospongan la inevitabilidad de la crisis. Si, por ejemplo, Argentina tiene abundantes reservas de oro pero Inglaterra no tiene ninguna, entonces el exceso de mercancías producidas en este último país se puede pagar en especie. Los balances se mantienen por medio de transferencias interregionales en especie. Esto puede atenuar el proceso de la formación de crisis, pero a la larga puede tener el mismo efecto que invocar a los productores de oro como los grandes estabilizadores del proceso de circulación del capital como un todo (véanse las pp. 157-161 de este libro).

Una posibilidad aún más intrigante surge cuando el capitalismo llega a depender demasiado del comercio con formaciones sociales no capitalistas. Marx concede que realmente pueden surgir circunstancias en las que «el modo capitalista de producción está condicionado por modos de producción que se hallan fuera del estadio alcanzado por el desarrollo del primero» (*El capital*, vol. II, p. 130). El grado de resolución permitido depende de la naturaleza de la sociedad no capitalista y de su capacidad para integrarse dentro del sistema capitalista a través de los intercambios de mercancías y de dinero. No obstante, la formación de las crisis solo se controla si los países no capitalistas «consumen y producen en un grado adecuado a los países del modo capitalista de producción» (*El capital*, vol. III, p. 296). ¿Cómo se puede hacer eso sin comprometerse en la política y la economía de la dominación imperialista? Incluso entonces, existen contradicciones que hacen que esa solución sea temporal. «Usted no puede continuar inundando el país con sus manufacturas a menos que le permita dar a cambio algunos de sus productos». De ahí que «cuanto más dependen los intereses industriales [británicos] del mercado de la India, más sienten la necesidad de crear nuevas fuerzas productivas en ese país, después de haber arruinado su industria nativa» (*On Colonialism*, con Engels, p. 52). No se trata ya de buscar una solución externa por medio del comercio, sino de forjar nuevos sistemas de producción basados en nuevas relaciones sociales en nuevas regiones. Nos vamos a ocupar ahora directamente de esa posibilidad.

6.2. La exportación de capital para la producción

El capital excedente que se presta en el extranjero como medio de compra (más que como medio de pago) contribuye a la formación de nuevas fuerzas productivas en otras regiones. Un movimiento externo de este tipo tiene una relación totalmente diferente con el proceso general de la sobreacumulación. De acuerdo con el argumento de Marx el problema de

la realización solo se puede resolver a través de una expansión de la producción, pero esto simplemente transfiere el problema de «acumular por acumular y producir por producir» a otras regiones, al tiempo que intensifica la sobreacumulación doméstica. «Si se envía capital al exterior, ello no ocurre porque sea absolutamente imposible ocuparlo en el interior. Sucede que en el exterior puede emplearse con una tasa superior de ganancia», argumenta Marx (*El capital*, vol. III, p. 294). El efecto es aumentar la tasa media de ganancia (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, pp. 399-400), y acelerar la tendencia hacia las ganancias decrecientes a la larga (*El capital*, vol. III, p. 274). El mismo resultado se logra si la ampliación de la producción en el extranjero abarata los elementos del capital constante y las mercancías salario en el mercado nacional. La composición de valor del capital declina temporalmente y la tasa de explotación aumenta. Como resultado se produce aún más capital.

Esto implica que la sobreacumulación doméstica solo se puede aliviar si se envía al extranjero el capital dinero excedente (o su equivalente en mercancías) con el fin de crear nuevas fuerzas productivas en nuevas regiones sobre una base continuamente acelerada. Más aún, las fuerzas productivas tienen que emplearse de cierta forma para que se reproduzca el capital. Las relaciones sociales apropiadas para el capitalismo —el trabajo asalariado— tienen que estar en el lugar y ser capaces de una expansión paralela. La expansión geográfica de las fuerzas productivas implica así la expansión del proletariado sobre una base global. Volvemos de nuevo aquí a la premisa (véase la pág. 237 de este libro) de que las crisis del capitalismo son menos intensas bajo condiciones de rápido incremento de la fuerza de trabajo, ya sea por medio de la acumulación originaria o por un crecimiento natural. En breve consideraremos las implicaciones más profundas de todo esto.

La exportación de las fuerzas productivas implica la exportación de todo el paquete del modo de producción capitalista que incluye los modos de distribución y de consumo. Esta parece ser la única forma de resolver los problemas de sobreacumulación del capitalismo. Ello genera diversos efectos regionales, dependiendo de las relaciones entre las regiones y las condiciones que prevalecen en cada una de estas.

La destrucción de formas precapitalistas de economía y de industria gracias a la competencia de productos hechos con máquinas (ayudados por el abaratamiento de los costes de transporte) «convierte por la fuerza» a los países en proveedores de materias primas. «Se implanta una nueva división internacional del trabajo ajustada a los principales centros de la industria moderna, división del trabajo que convierte a una parte del planeta en campo preferente de producción agrícola para las necesidades de otra parte organizada primordialmente como campo de producción industrial» (*El capital*, vol. I, p. 531). Sin embargo, si la división territorial del trabajo

permanece constante, entonces la circulación de capital casi con seguridad generará crisis de conmutación cada vez más profundas en los flujos de capital y de trabajo. La única solución es una ulterior transformación en la división territorial del trabajo, basada en la intensificación del modo de producción capitalista dentro de la nueva región. Marx esperaba que esa transformación ocurriera en la India:

Quando usted ha introducido maquinaria en la locomoción de un país que posee hierro y carbón, ya no puede retirarla de su fabricación [...] Por tanto, el sistema ferroviario de la India se convertirá en el verdadero precursor de la industria moderna [...] que disolverá las divisiones hereditarias del trabajo sobre las cuales descansan las castas hindúes, esos impedimentos decisivos al progreso y al poder de la India. [...] El periodo burgués de la historia tiene que crear la base material del nuevo mundo [...] La industria y el comercio burgueses crean estas condiciones materiales de un nuevo mundo de la misma forma en que las revoluciones geológicas han creado la superficie de la Tierra (*On Colonialism*, con Engels, pp. 85-87).

La transición prevista se produjo en la India con largo retraso debido a una combinación de resistencia interna a la penetración capitalista y a las políticas imperialistas impuestas por los ingleses. Sin embargo, el punto teórico es que, si se bloquean esas transiciones por la razón que sea, entonces la capacidad del país capitalista para deshacerse de más capital sobreacumulado a la larga también queda bloqueada. Se impide así el arreglo espacial y las crisis globales se vuelven inevitables. El crecimiento sin restricciones del capitalismo dentro de nuevas regiones —nos vienen inmediatamente a la mente Japón y Estados Unidos— es, por tanto, una necesidad absoluta para la supervivencia del capitalismo. Estos son los campos en los que el exceso de capital sobreacumulado pueden ser absorbido con más facilidad de un modo que crea más oportunidades mercantiles y más oportunidades de inversión lucrativa. Sin embargo, aquí encontramos otro tipo de problemas. Las nuevas fuerzas productivas en las nuevas regiones plantean una amenaza competitiva a la industria doméstica. Además, el capital tiende a sobreacumularse en la nueva región, que se ve obligada a velar por su propio orden espacial a fin de evitar las devaluaciones internas.

Sin que importe cómo, la devaluación es el resultado final. El país se enfrenta a una encrucijada. El desarrollo sin restricciones del capitalismo en nuevas regiones, provocado por las exportaciones de capital, trae la devaluación doméstica a causa de la competencia internacional. El desarrollo restringido en el extranjero limita la competencia internacional pero bloquea las oportunidades de nuevas exportaciones de capital y así provoca las devaluaciones generadas internamente. Sorprende poco así que las principales

potencias imperialistas hayan vacilado en sus políticas entre las «puertas abiertas», o el librecomercio, y la autarquía dentro de un imperio cerrado.¹²

Dentro de estas restricciones existen, no obstante, toda clase de opciones. La «misión histórica» de la burguesía no se logra de la noche a la mañana, tampoco se crean en un día las «condiciones materiales de un nuevo mundo». La intensificación y la difusión del capitalismo es una transformación revolucionaria prolongada, lograda a lo largo de generaciones sucesivas. Aunque las crisis locales, regionales y de conmutación son fenómenos normales en el funcionamiento de ese proceso a través del desarrollo geográfico desigual, la formación de crisis globales — que por lo general se experimenta inicialmente como una crisis de conmutación de creciente intensidad— depende de que se agoten las posibilidades de ulterior transformación revolucionaria a lo largo de las líneas capitalistas. Eso no depende de la propagación de nuevas fuerzas productivas sobre la faz de la Tierra, sino de la provisión de nueva fuerza de trabajo. Nos vamos a ocupar ahora de ese punto.

6.3. La expansión del proletariado y de la acumulación originaria

Detrás de todos los complejos cambios que se producen en la división internacional del trabajo, en la tecnología, en la organización y en la distribución de las fuerzas productivas, descansa una premisa marxista básica: la acumulación del capital es el incremento del proletariado (*El capital*, vol. I, p. 704). Por ejemplo, el punto del desacuerdo de Marx con Hegel no es que la colonización no se puede dar el lujo de librarse temporalmente de las contradicciones del capitalismo, sino que solo puede hacerlo si va acompañada de la acumulación originaria. El significado de aquel último capítulo del primer volumen de *El capital* se nos revela ahora con fuerza redoblada. La acumulación de capital es el incremento del proletariado y eso implica una acumulación originaria de uno u otro tipo.

La acumulación originaria se presenta con muchos disfraces. La penetración de la forma dinero y del comercio ejerce «en todas partes una influencia» más o menos disolvente sobre las formas de organización de la producción que se orientaban primordialmente, en sus diversas formas, hacia el valor del uso (*El capital*, vol. III, p. 383; *Grundrisse*, vol. I, pp. 116-117). Sin embargo, la forma del proceso de trabajo y las relaciones sociales de producción resultantes varían considerablemente dependiendo de las condiciones iniciales. La descripción «clásica» de la acumulación originaria que hace Marx en *El capital* está sujeta a la repetición en otras

¹² El estudio de Gardner (1964) de la diplomacia del New Deal de parte de Estados Unidos capta muy bien la esencia de este conflicto.

partes solo en la medida en que se encuentren condiciones más o menos similares. El propio Marx reconoció algunas de estas posibles variaciones. Las colonias de plantación, gestionadas por capitalistas y basadas en la esclavitud, producían para el mercado mundial y estaban integradas formalmente dentro del capitalismo sin estar basadas en el trabajo asalariado.

Por muy grande que sea el *surplus produce* que extraigan de sus esclavos bajo una forma simple, como algodón o maíz, pueden mantenerse en este trabajo simple *unvariated*, ya que el comercio exterior les permite [imprimir] a este producto simple la forma de valor de uso que se quiera (*Teorías sobre la plusvalía*, pp. 216-217).

Los modos de explotación en las sociedades tradicionales de base campesina también se pueden convertir en ámbitos de subsunción formal, antes que real, al capital. Todo el debate, que Marx presagió en parte sobre el modo de producción asiático y la conversión directa de los poderes estatales en formas de capitalismo estatal, plantea un problema similar. Incluso lo que Marx llamó «las colonias propiamente dichas» —como «Estados Unidos y Australia, etc.»— no escapan a los sutiles matices del marco general de la acumulación originaria. «Aquí», dice Marx:

La gran mayoría de los colonos agrícolas, aunque hayan traído de la metrópoli una cantidad mayor o menor de capital, no forman una clase capitalista ni su producción es tampoco capitalista. Se trata, más o menos de campesinos que trabajan para sí mismos, para quienes lo fundamental es [...] producir su propio sustento [...] Son y seguirán siendo durante mucho tiempo competidores de los *farmers*, los que producen ya en plan más o menos capitalista (*Teorías sobre la plusvalía*, vol. I, pp. 271-272).

No ocurre lo mismo en las colonias, el modo capitalista de producción y apropiación tropieza allí, por todas partes, con el obstáculo que representa la propiedad obtenida a fuerza de trabajo por su propio dueño, con el obstáculo del productor que, en cuanto poseedor de sus propias condiciones de trabajo, se enriquece a sí mismo en vez de enriquecer al capitalista. La contradicción entre estos dos modos de producción y apropiación diametralmente contrapuestos existe aquí de manera práctica. Allí donde el capitalista tiene las espaldas guardadas por el poder de la metrópoli procura quitarse de en medio, por la violencia, el modo de apropiación y producción basado en el trabajo personal (*El capital*, vol. I, p. 857).

Llevó muchas generaciones que finalmente se dejara «libre» al trabajador como un puro trabajador asalariado. En ese camino hay muchos pasos intermedios, muchas formas intermedias que pueden adquirir las relaciones sociales de producción y cada una de ellas paga su tributo al capital

en la forma al menos de un plusproducto. Empero, a medida que el valor revolucionario del capitalismo cobra fuerza, las formas intermedias ceden el paso al trabajo asalariado puro y simple. Nuevas rondas de acumulación originaria atacan y erosionan las relaciones sociales de producción logradas en los asaltos precedentes. El desarrollo geográfico desigual de ese proceso está grabado en los anales de la historia humana «con letras de sangre y de fuego». Una guerra de guerrillas violenta y episódica, librada en diversos terrenos y bajo toda clase de condiciones sociales, brotó periódicamente en la forma de importantes confrontaciones entre los representantes de sistemas económicos opuestos. Así surgió la geografía social y humana del nuevo mundo creada para ajustarse a las nuevas condiciones materiales allí impuestas.

Sin embargo, a medida que el capitalismo agota las posibilidades de acumulación originaria a expensas de las formaciones sociales precapitalistas e intermedias, tiene que buscar en otra parte nuevas fuentes de fuerza de trabajo. Al final solo le queda un camino: practicar el canibalismo. Algunos capitalistas, aun cuando siguen teniendo nominalmente bajo su control sus propios medios de producción, son subordinados formalmente a otros capitalistas, principalmente por la vía del sistema de crédito, pero también a través de la subcontratación a empresas más grandes o de la dependencia de proveedores con poderes monopolistas. Otros son forzados a ingresar directamente al proletariado, a veces a tiempo parcial y a veces a tiempo completo, por medio de la competencia o de la quiebra. Otros sectores dentro de la burguesía pierden igualmente su independencia anterior y se vuelven simples trabajadores asalariados, aunque dentro de un sistema jerárquico finamente graduado.

Como es natural, Marx se daba perfecta cuenta de que los capitalistas corrían el riesgo de proletarizarse, pero confinó principalmente su atención a las fases de devaluación que siempre son, en uno u otro grado, fases de la acumulación originaria a expensas de los capitalistas ya existentes (*El capital*, vol. I, p. 716). La profundización y extensión de las crisis dentro de configuraciones globales transforman las tendencias caníbales del capitalismo en otros tantos modos de destrucción mutuamente asegurada, que se desatan periódicamente como la última forma de devaluación.

6.4. La exportación de la devaluación

En tiempos de devaluación salvaje, las rivalidades interregionales degeneran en luchas sobre quién ha de soportar el peso de la devaluación. La exportación del desempleo, de la inflación, de la capacidad productiva ociosa, se convierten en las apuestas del juego. Las guerras comerciales, la subvención a las industrias, las guerras sobre las tasas de interés, las restricciones a los

flujos de capital y de divisas, las políticas de inmigración, la conquista de nuevas colonias, la subyugación y dominio de economías tributarias, la reorganización forzosa de la división del trabajo dentro de los imperios económicos y, finalmente, la destrucción física y la devaluación violenta del capital de un rival por medio de la guerra son algunos de los métodos en juego. Cada uno de ellos requiere la agresiva manipulación de algún aspecto del poder económico, financiero o estatal. Surge así en primer plano la política imperialista, en el sentido de que las contradicciones del capitalismo se pueden curar si el mundo es dominado por alguna potencia omnipotente. Los males del capitalismo no se pueden contener tan fácilmente, pero la degeneración de las luchas económicas en luchas políticas contribuye a la larga a que se estabilice el capitalismo, siempre y cuando se destruya suficiente capital en el proceso. El patriotismo y el nacionalismo tienen muchas funciones en el mundo contemporáneo. Estos pueden surgir por diversas razones; frecuentemente, no obstante, proporcionan un disfraz sumamente cómodo a la devaluación del capital y del trabajo. En breve volveremos sobre este aspecto de la cuestión, ya que en mi opinión constituye de largo la más seria de las amenazas, no solo a la supervivencia del capitalismo (que no importa en absoluto) como de la raza humana.

7. Imperialismo

Marx nunca propuso una teoría del imperialismo. Presumiblemente iba a tratar esta cuestión en los libros que se proponía escribir sobre el Estado, el comercio exterior y el mercado mundial (*Selected Correspondence*, con Engels, pp. 112-113). En ausencia de esos trabajos, solo podemos hacer conjeturas sobre cómo habría integrado la cuestión del imperialismo, escrito en grandes letras en la historia del capitalismo, con la teoría de la acumulación.

Desde Marx, los estudios del imperialismo han contribuido mucho a nuestra comprensión de la historia, pero se ven en apuros a la hora de basar sus descubrimientos en la propia estructura teórica de Marx. El resultado ha sido la construcción, no de una teoría sobre el imperialismo, sino de una multitud de presentaciones sobre esta cuestión.¹³ Cuando están basadas directamente en el pensamiento de Marx, suelen apelar únicamente a uno u otro aspecto —la búsqueda de mercados extranjeros, la exportación de capitales excedentes, la acumulación originaria, el desarrollo geográfico desigual, o lo que sea— más que a la teoría en general. En otros casos reclaman que han dejado atrás a Marx y que han rectificado sus omisiones

¹³ Véanse las encuestas de Barratt-Brown (1974), Kemp (1969) y Amin (1980).

y supuestos errores. Gran parte de esta bibliografía es fuerte y persuasiva. Constituye un testimonio conmovedor de las depredaciones realizadas en nombre del progreso humano por un capitalismo voraz. También capta la inmensa complejidad y riqueza de la interacción humana, a medida que diversos pueblos del mundo con historias, culturas y modos de producción igualmente diversos se van integrando dentro de una unidad incómoda y opresiva bajo la bandera de la ley capitalista del valor.

El imaginario dominante en estas obras unifica dramáticamente las cuestiones de la explotación y del «arreglo espacial». Los centros explotan a las periferias, las metrópolis explotan al campo, el primer mundo subyuga y explota sin misericordia al tercer mundo y le impone el subdesarrollo desde el exterior, y así sucesivamente. La lucha de clases se resuelve dentro de la lucha de las formaciones sociales periféricas contra la fuente central de opresión. El campo se rebela contra la ciudad, la periferia contra el centro, el tercer mundo contra el primer mundo. Este imaginario espacial es tan poderoso que fluye libremente de vuelta a la interpretación de las estructuras, incluso en el corazón del capitalismo. El subdesarrollo regional en los países capitalistas avanzados es considerado como un proceso coherente de explotación de las regiones por las metrópolis dominantes, las cuales las mantienen en guetos como «neocolonias enteras». El lenguaje de *El capital* parece desplazado por otros imaginarios igualmente impresionantes, en los que la gente de un lugar explota a la de otro.

Nuestro reto aquí consiste en reconstituir lo que algunas veces aparece como líneas de pensamiento antagónicas e integrarlas dentro de un solo marco de referencia teórico. Tal y como están las cosas, las conexiones vienen fundadas en la emoción provocada al exponer los datos de la explotación o bien son proyectadas a los planos más altos posibles de abstracción, concibiendo el imperialismo como la confrontación violenta entre el capitalismo y otros modos de producción (u otras formaciones sociales), que entonces llegan a estar «articulados» unos con otros en configuraciones particulares, en diferentes tiempos y lugares, según el resultado de las luchas que se han librado. La tercera aproximación, que comparten Luxemburgo y Lenin, consiste en considerar el imperialismo como la expresión *externa* y dominante en determinada etapa de la historia del capitalismo, lograda bajo la égida del capitalismo financiero, y de sus contradicciones *internas* a las cuales es sistemáticamente propenso. Esos escritores apelan directamente a la idea del «arreglo espacial», pero explican el hecho de que Marx haya descuidado este tópico simplemente como una cuestión de falta de extemporaneidad histórica del maestro. Ninguno de estos enfoques resulta muy satisfactorio. El imperialismo estaba vivo y coleando en tiempos de Marx, quien frecuentemente hizo comentarios al respecto en sus escritos populares (véase *On Colonialism*, con Engels), mientras que la idea de los

modos de producción intersectados y en conflicto fue lanzada, aunque de forma preliminar, en los *Grundrisse*. Queda pendiente, por tanto, extender la teoría de la acumulación de Marx a fin de que abarque las diversas teorías de aquellos que tratan de representar la experiencia histórica de la explotación a través del imperialismo. No puedo ocuparme aquí de este reto en toda su extensión, pero la descripción algo más matizada de la dinámica espacial del capitalismo, tal y como se presenta en estos últimos capítulos, puede ayudar a elaborar una base material dentro de la teoría de la acumulación para gran parte de lo que pasa por imperialismo.

El punto central que he tratado de hacer llegar a mis lectores en los dos últimos capítulos es que la producción de configuraciones espaciales es necesariamente un momento constitutivo activo en la dinámica de la acumulación. La forma de las configuraciones espaciales y los medios para aniquilar el espacio por el tiempo son tan importantes para entender estas dinámicas como los métodos mejorados de cooperación, el uso más extenso de la maquinaria, etc. Todos estos factores tienen que asimilarse dentro de una amplia concepción del cambio tecnológico y organizativo. Puesto que este último es el pivote sobre el cual gira la acumulación así como el nexo del cual fluyen las contradicciones del capitalismo, puede deducirse que las expresiones espaciales y temporales de esta dinámica contradictoria son de igual importancia.¹⁴

Hemos visto que las configuraciones espaciales se producen y se transforman a través de la abigarrada movilidad de los distintos tipos de capital y de fuerza de trabajo (incluido el movimiento de capital a través de infraestructuras sociales y físicas inmóviles). Las complementariedades y los antagonismos dentro de la necesaria unidad de esta movilidad producen un paisaje geográfico desigual, inestable y repleto de tensiones para la producción, el intercambio y el consumo. Las fuerzas de concentración contrarrestan las de la dispersión y producen centros y periferias, a las cuales las fuerzas de la inercia pueden convertir en características relativamente permanentes dentro de la economía espacial del capitalismo. La división del trabajo asume una forma territorial y la circulación del capital, bajo ciertas restricciones espaciales, asume configuraciones confinadas regionalmente. Estas proporcionan una base material para las alianzas de clase y de fracciones de clase a la hora de defender e incrementar el valor en movimiento dentro de una región. En la medida en que la lucha de clases

¹⁴ Los escritos sobre las crisis, como los que describen Wright (1978) y Shaikh (1978) a menudo descuidan completamente la dimensión geográfica, o bien la tratan como un apéndice, mientras que los escritos sobre el imperialismo son a menudo curiosamente ingenuos en su concepción de cómo se forman y proliferan las crisis dentro de una estructura de desarrollo desigual. *El tardocapitalismo* de Mandel (1975) y *La acumulación a escala mundial* de Amin (1974), si bien lejos de ser perfectos, tienen la virtud de mantener a la vista los aspectos geográficos.

cede el paso a los compromisos entre el capital y el trabajo dentro de una región, el trabajo organizado puede venir a apoyar esas alianzas a fin de proteger los empleos y los privilegios ya conquistados. La regionalización de la circulación del capital va así acompañada y reforzada por la regionalización del conflicto de clases y de fracciones de clase.

La homogeneidad hacia la cual tiende la ley del valor contiene su propia negación en la creciente diferenciación regional. Surgen entonces toda clase de oportunidades para la competencia y el intercambio desigual entre las regiones. La concentración de poder económico y político dentro de una región puede convertirse en una base para dominar y explotar a otras regiones. Bajo la amenaza de la devaluación, cada alianza regional trata de usar a otras como medio de aliviar sus problemas internos. La lucha sobre la devaluación toma un giro regional, pero las diferenciaciones regionales se vuelven inestables. Más aún, la abigarrada movilidad del capital y de la fuerza de trabajo suele socavar las propias estructuras regionales que ayudaron a crear. Las alianzas regionales se estrellan sobre la roca de la competencia internacional y del impulso para igualar las tasas de ganancia (particularmente sobre el capital dinero). La lucha por reducir el tiempo de rotación ordena de nuevo las distancias relativas y vuelve absurdas las fronteras regionales, aunque de todas maneras ya eran altamente porosas (a pesar del control de los oficiales de aduanas y de inmigración). Por otro lado, cuando la devaluación amenaza, los elementos individuales del capital y del trabajo pueden seguir dos caminos igualmente probables: correr a refugiarse al lugar más seguro, o quedarse en su sitio y luchar por exportar los costes a otras regiones.

El resultado es un caos de confusos y desordenados movimientos en dirección tanto a la homogeneidad como a la diferenciación geográfica. Las organizaciones estructuradas jerárquicamente —de los sistemas financieros y políticos en particular— son esenciales a la hora de lograr contener el desorden. Esas organizaciones, si bien carecen totalmente de efecto creativo directo, concentran por lo general un inmenso poder represivo financiero, político y militar en sus escalones superiores. Este poder se puede usar con el fin de aumentar la tasa de explotación de forma directa (principalmente desplegando la fuerza represiva del aparato estatal) o redistribuyendo el plusvalor ya producido entre fracciones de clase o regiones. La lucha por el control de los centros estratégicos dentro del Estado, el sistema monetario internacional, las instituciones del capital financiero, etc., son prerequisites vitales a la hora de que cualquier fracción de clase o región vaya a pasar los costes de la devaluación a otra región.

Por supuesto, el imperialismo es mucho más que esto. Sin embargo, mucho de lo que pasa por el término imperialismo descansa en la realidad de la explotación de la gente de una región por la de otra que está bajo

la égida de alguna potencia superior, dominante y represiva. Ya hemos mostrado que esa realidad está contenida en el concepto del propio capitalismo. Existe, por tanto, una base material para la perpetuación y para la reconstrucción de los prejuicios tradicionales, de las rivalidades regionales y nacionales dentro de un marco en evolución de desarrollo geográfico desigual. Podemos entender igualmente la formación de alianzas dentro de las regiones, la lucha por el control de las instituciones ordenadas jerárquicamente y las violentas confrontaciones periódicas entre las naciones y las regiones. Decir, sin embargo, que existe una «base material» para esos fenómenos dentro de la circulación del capital no es lo mismo que decir que todo se pueda entender en esta forma. Tampoco significa que esos fenómenos —incluso cuando logran algún tipo de equilibrio somero entre la homogeneidad y la diferenciación regional, entre la concentración geográfica y la dispersión— proporcionen una base firme para la acumulación futura de capital. De hecho, no es difícil detectar una contradicción central. Los procesos descritos permiten que la producción geográfica de plusvalor diverja de su distribución geográfica, del mismo modo que sucede con la separación entre producción y distribución social. Puesto que, como ya hemos visto, la disyunción entre la producción y la distribución es una de las rocas sobre las cuales se estrella la circulación continua de capital, podemos concluir con seguridad, con Marx y Lenin, que la base para la formación de las crisis se vuelve más amplia y profunda por los procesos que hemos descrito aquí. En pocas palabras, no existe un «arreglo espacial» que pueda contener a la larga las contradicciones del capitalismo.

8. Las rivalidades interimperialistas: la guerra global como la forma última de devaluación

En dos ocasiones en el siglo XX, el mundo fue arrojado a la guerra total provocada por las rivalidades interimperialistas. En dos ocasiones en el espacio de una generación, el mundo experimentó la devaluación masiva del capital a través de la destrucción física y el consumo final de la fuerza de trabajo como carne de cañón. Por supuesto, la guerra de clases ya se había cobrado su tributo en vidas y brazos, principalmente por medio de la violencia que imponía diariamente el capital a los trabajadores en el lugar de trabajo y de la violencia de la acumulación originaria (incluidas las guerras imperialistas libradas contra otras formaciones sociales en nombre de las libertades capitalistas). No obstante, las enormes pérdidas incurridas en las dos guerras mundiales vinieron provocadas por las rivalidades interimperialistas, ¿Cómo puede explicarse esto sobre la base de una teoría que apela a la relación de clase entre capital y trabajo como algo fundamental para la interpretación de la historia?

Este fue, naturalmente, el problema contra el que Lenin peleó en su ensayo sobre el imperialismo. Su argumento sin embargo, como vimos en el capítulo X, está plagado de ambigüedades. ¿El capital financiero es nacional o internacional? ¿Cuál es la relación, entonces, entre el despliegue militar y político de poder estatal y la tendencia indudable dentro del capitalismo a crear formas multinacionales y forjar una integración espacial global? En todo caso, si los monopolios y el capital financiero eran tan poderosos y tan propensos a la conspiración, ¿por qué no pudieron contener las contradicciones del capitalismo sin llegar a destruirse entre sí? ¿Qué es entonces lo que hace que las guerras interimperialistas sean tan necesarias para la supervivencia del capitalismo?

El «tercer corte» de la teoría de las crisis nos sugiere una interpretación de las guerras interimperialistas como momentos constitutivos en la dinámica de la acumulación, antes que como aberraciones, accidentes o el simple producto de la codicia excesiva. Veamos su funcionamiento.

Cuando la «dialéctica interna» operativa de una región lleva a buscar la solución de sus problemas en el exterior, entonces debe buscar nuevos mercados, nuevas oportunidades para la exportación de capital, materias primas baratas, fuerza de trabajo a bajo coste, etc. Todas estas medidas, para que sean algo más que un paliativo temporal, o bien plantean un derecho sobre el trabajo futuro o bien entrañan directamente una expansión del proletariado. Esta expansión se puede lograr por medio del crecimiento de la población, de la movilización de los sectores de clase latentes del ejército industrial de reserva o de la acumulación originaria.

La sed insaciable del capitalismo de nuevas fuentes de trabajo explica el vigor con el que persigue la acumulación originaria, destruyendo, transformando y absorbiendo a las poblaciones precapitalistas dondequiera que las encuentra. Cuando existen excedentes de trabajo disponibles y los capitalistas no han cometido el error (impulsados por la competencia) de ligar su destino a un mix tecnológico que no pueda absorber esa fuerza de trabajo, entonces las crisis son por lo general de corta duración, simples ajustes en la trayectoria general de la acumulación global sostenida. Normalmente esto se manifiesta como crisis de conmutación leves dentro de la evolución de la estructura del desarrollo geográfico desigual. Este fue el camino corriente en el capitalismo del siglo XIX. El verdadero problema comienza cuando los capitalistas, frente a la escasez de fuerza de trabajo y espoleados como siempre por la competencia, producen desempleo por medio de innovaciones tecnológicas que alteran el equilibrio entre producción y realización, entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales correspondientes. El cierre de las fronteras a la acumulación originaria por medio del simple agotamiento de las posibilidades, la creciente resistencia de parte de las poblaciones precapitalistas o el monopolio de alguna potencia dominante,

han tenido una tremenda importancia para la estabilidad a largo plazo del capitalismo. Este fue el cambio de mareas que comenzó a sentirse a medida que el capitalismo llegaba al siglo XX. Este fue el cambio de mareas que, mucho más que el ascenso de las formas monopolistas y financieras del capitalismo, desempeñó un papel crucial a la hora de empujarlo cada vez más profundamente al torbellino de las crisis globales y que le dirigió, inexorablemente, a los tipos de acumulación originaria y de devaluación que provocaron las guerras intercapitalistas.

Como siempre, sus mecanismos son intrincados en el detalle y enormemente confusos en las coyunturas históricas reales atravesadas por innumerables corrientes contrapuestas de fuerzas en conflicto. Podemos, no obstante, construir una simple línea de argumento a la hora de ilustrar los puntos importantes. Caso de continuar el proceso de acumulación, cualquier alianza regional debe seguir teniendo acceso a las reservas de trabajo así como de aquellas «fuerzas de la naturaleza» (como los minerales claves) que de lo contrario son susceptibles de monopolización. Si existen reservas de ambas cosas en la región donde circula la mayor parte del capital, entonces surgen pocos problemas. Sin embargo, cuando las fronteras internas se cierran, el capital tiene que buscar en otro lado o correr el riesgo de devaluación. La alianza regional experimenta entonces la tensión entre el capital incrustado en el territorio y el que se desplaza a fin de crear nuevos centros de acumulación permanente en otro lado. Se inicia así el conflicto entre los diferentes capitales regionales y nacionales sobre el acceso a las reservas de mano de obra y los recursos naturales. Las cuestiones del multilateralismo y del internacionalismo chocan con el deseo de una autarquía como medio para preservar la posición de determinada región frente a sus contradicciones internas y las presiones externas. Esta es la autarquía que prevaleció en la década de 1930, cuando Gran Bretaña selló su comercio dentro de la Commonwealth, Japón se extendió sobre Manchuria y el continente asiático, Alemania sobre el este de Europa e Italia sobre África, poniendo a diferentes regiones unas en contra de otras, cada una persiguiendo su propio «arreglo espacial». Solo Estados Unidos consideró apropiado seguir una política de «puertas abiertas» fundada en el internacionalismo y en el comercio multilateral. Al final, la guerra se libró para contener la autarquía y abrir el mundo a las potencialidades de la expansión geográfica y del desarrollo desigual ilimitado. Esa solución, perseguida tercamente bajo la hegemonía de Estados Unidos después de 1945, tuvo la ventaja de ser sobreimpuesta a partir de uno de los brotes más salvajes de devaluación y destrucción que se hayan registrado alguna vez en la violenta historia del capitalismo. Los beneficios señalados no se obtuvieron simplemente de la inmensa destrucción del capital, sino también de la distribución geográfica desigual de esa destrucción. El mundo

se salvó de los terrores de la gran depresión, no por algún «nuevo pacto» glorioso o por el toque mágico de la economía keynesiana en las tesorerías del mundo, sino por la destrucción y muerte en la guerra global.

El internacionalismo y el multilateralismo de la posguerra parecen, superficialmente, ser muy distintos. La libertad global para los movimientos de capital (en todas sus formas) permitieron un acceso instantáneo al «arreglo espacial» por medio de la expansión geográfica dentro de un marco de destrucción geográfica desigual. La rápida acumulación de capital sobre esta base llevó a la creación y en algunos casos a la recreación de centros regionales de acumulación independientes, tales como Alemania, Japón, Brasil, México, el Sureste de Asia, etc. Una vez más se construyeron alianzas regionales que competían por las menguantes oportunidades de beneficio. La amenaza de autarquía cobró importancia de nuevo y con ella la amenaza renovada de una guerra global, esta vez librada con armas de un poder destructivo inmenso y demencial, y orientada hacia la acumulación originaria a expensas del bloque socialista.

Desde que Luxemburgo escribiera por primera vez sobre esta cuestión, los marxistas se han sentido atraídos por la idea de los gastos militares como un conveniente medio para absorber los excedentes de capital y de fuerza de trabajo. La obsolescencia instantánea del material bélico y la fácil manipulación de las tensiones internacionales a la hora de convertirlas en demanda política que incrementa los gastos de defensa, añaden lustre a la idea. Algunas veces, se ha sostenido que el capitalismo se estabiliza por medio del presupuesto de defensa, si bien en formas que privan a la sociedad de programas más humanitarios y de mayor valor social. Desgraciadamente, esta línea de pensamiento prevalece en la parte del mundo donde hay bajo consumo. Digo «desgraciadamente», no tanto porque esa interpretación sea errónea, sino porque la presente teoría sugiere una interpretación más siniestra y terrible del gasto militar: las armas no solo se deben comprar y pagar con los excedentes de capital y de trabajo, sino que también se deben utilizar, porque este es el único medio que el capitalismo tiene a su disposición para alcanzar los niveles de devaluación ahora requeridos. La idea tiene implicaciones espantosas. ¿Qué mejor razón puede haber para declarar que ya es hora de que el capitalismo pase, para dar espacio a un modo de producción más sensato?

EPÍLOGO

UN TRABAJO DE ESTE TIPO no admite conclusión. El modo de pensar dialéctico, al menos como yo lo interpreto, hace imposible cerrar el argumento en un punto determinado. Las intrigantes configuraciones de las contradicciones internas y externas, que comenté en la introducción, obligan al argumento a girar hacia adentro y hacia afuera sobre toda clase de nuevos terrenos. El planteamiento de nuevas preguntas a responder, de nuevos caminos de investigación a emprender, provoca simultáneamente la revaluación de los conceptos básicos —como el del valor— y la perpetua reformulación del aparato conceptual que se usa para describir el mundo. Quizá la perspectiva más extraordinaria que logramos al estudiar cuidadosamente a Marx está en la intrincada fluidez de su pensamiento, la perpetua creación de nuevas aperturas dentro del cuerpo de sus escritos. Es extraño, por eso, que los filósofos burgueses describan frecuentemente la ciencia marxista como un sistema cerrado, que no está abierto a los procedimientos de verificación con los cuales tratan de cerrar sus propias hipótesis convirtiéndolas en verdades universales e innegables. Es extraño también que muchos marxistas conviertan ciertos compromisos arraigados y apasionados en un dogmatismo doctrinario, tan cerrado a las nuevas aperturas como los modos de pensar burgueses tradicionales, cuando el propio trabajo de Marx desmiente totalmente esa clausura.

Cada final debe verse, en realidad, solo como un nuevo principio. Es difícil para los simples mortales aceptar esa verdad y no digamos luchar y jugar con sus implicaciones de forma creativa. Desgraciadamente no existe, como observó el propio Marx «una vía fácil para llegar a la ciencia», de hecho se requiere una «fatigosa ascensión» para alcanzar las «cumbres luminosas» del conocimiento. Si bien potencialmente inacabable, el tejido argumental que tratamos de tramar no carece de costuras. De las sombras iniciales de la mistificación surgen suaves formas, que se vuelven más firmes a medida que los diferentes rasgos se iluminan desde mejores perspectivas y se estudian desde las nuevas «ventanas» conceptuales abiertas. El conjunto de relaciones que hemos llegado a discernir no carece de forma. No obstante, si bien cada fin no es sino un principio, los esfuerzos de las

páginas precedentes deben llevarnos a considerar nuevos caminos, a construir nuevos conceptos, a explorar nuevas relaciones. El propósito de este epílogo es ocuparse de esas cuestiones.

La mercancía crucial para la producción de plusvalía, la fuerza de trabajo, viene producida y reproducida bajo relaciones sociales sobre las cuales los capitalistas no tienen un control directo. Es raro que Marx no prestara más atención a esta paradoja en todas sus múltiples dimensiones. Esta consiste en algo más que una simple exploración de las relaciones entre los ritmos temporales del crecimiento demográfico en diferentes regiones y la dinámica espacial de la acumulación, aunque sería útil comenzar por este punto, ya que la acumulación a largo plazo siempre presupone una expansión del proletariado. Nunca debemos olvidar, sin embargo, que aunque la fuerza de trabajo es una mercancía, el trabajador no lo es. Y que aunque los capitalistas puedan verlos como «manos» que poseen estómagos, «como una baja criatura de la orilla del mar», tal y como dijo Dickens en alguna ocasión, los propios trabajadores son seres humanos que poseen toda clase de sentimientos, esperanzas y temores, que luchan por formarse una vida para sí mismos que contenga al menos unas satisfacciones mínimas. Las condiciones para la producción y la reproducción de una fuerza de trabajo de diferentes cantidades y calidades están en el centro mismo de esas vidas. Y aunque los trabajadores sean susceptibles a toda clase de influencias de las instituciones y la cultura burguesa, al final nada puede subvertir el control que ejercen sobre ciertos procesos muy básicos de su propia reproducción. Sus vidas, su cultura y, sobre todo, sus hijos son algo que ellos mismos deben reproducir.

En años recientes, los historiadores marxistas y de otras ideologías han empezado a prestar una creciente atención a estos temas, a la vez que los estudiantes marxistas de los procesos urbanos han comenzado a considerar la ciudad como el lugar en el que se reproduce la fuerza de trabajo. Los estudios sobre la clase trabajadora, su familia, comunidad, cultura, estratificación y vida social en toda su manifiesta complejidad se han vuelto abundantes. Del mismo modo, la emergencia de una fuerte crítica feminista ha aportado nuevas ideas. Esos estudios tienen una desesperada necesidad de síntesis; de hecho, esta es quizá la tarea más urgente a la que se enfrenta la teoría marxista. Más aún, esta es una tarea que debe emprenderse a sabiendas claramente de que la reproducción de la fuerza de trabajo a través de la vida de la clase trabajadora constituye una dimensión muy diferente al análisis del modo de producción capitalista. No se trata de una mera adición a lo que ya sabemos, sino que constituye un punto de partida fundamentalmente diferente de aquel sobre el que está basada la teoría de *El capital*. Este punto de partida no es la mercancía, sino un simple acontecimiento, el nacimiento de un niño de clase trabajadora. Los subsecuentes

procesos de socialización e instrucción, de aprendizaje y disciplina, pueden transformar a ese ser humano en un ser que tiene cierta capacidad para trabajar y que está dispuesto a vender esa capacidad como mercancía. Tales procesos merecen el estudio más detallado posible.

Cómo, a través de la producción de plusvalía, la reproducción del capital se engrana y se entreteje con la reproducción de la vida vivida por el trabajador resulta un proceso problemático. Las dos dimensiones captan, en su oposición, la tensión central entre la riqueza de una cultura abigarrada y las áridas realidades de la búsqueda de beneficio. Debe existir algún tipo de unidad entre las dos para que la sociedad capitalista pueda lograr una cierta estabilidad social; las principales disyunciones entre estas dos dimensiones deben de ser seguramente la señal de crisis marcadas por una grave pugna civil. No obstante, ninguno de los dos procesos puede dominar al otro fácil o directamente, a pesar de su mutua interdependencia. Hay que encontrar los medios de coordinación, y otros tantos mecanismos de restricción mutua, que de alguna forma mantienen a la sociedad en un equilibrio suficiente entre sus partes separadas como para impedir un derrumbe social total. Este tema ha sido también explorado en otra parte, principalmente en términos de las relaciones entre las luchas en el lugar de trabajo y aquellas libradas en el espacio de vida: sobre la vivienda, la salud, la educación, etc. Es obvio que existe algún tipo de unidad fundamental en todas esas luchas. Y ambos bandos lo saben. Los trabajadores saben que las habilidades monopolizables adquiridas en la comunidad pueden dar buenos dividendos tanto en términos de salarios como de condiciones de trabajo. Los capitalistas se han dado cuenta, desde hace mucho tiempo, de que si han de dominar a los trabajadores en el lugar de la producción, deben ejercer una significativa influencia sobre ellos en su lugar de reproducción. Pero estas conexiones son demasiado extensas y las medidas de contrapeso son de extraordinaria complejidad. Las crisis de devaluación, que afectan al capital y a los trabajadores por igual, reverberan necesariamente en el lugar de trabajo y en la comunidad, pudiendo sacudir la sociedad civil hasta sus cimientos.

Los principales canales por los cuales se pueden ejercer funciones de coordinación y de mutua restricción coinciden con las diversas instituciones del Estado moderno. En este trabajo, no he considerado la teoría marxista del Estado capitalista, en parte porque sentía que para tratar plenamente esta cuestión tan controvertida debía hacer primero un análisis cuidadoso de los procesos de reproducción del trabajador y de la fuerza de trabajo. Sin embargo, en las páginas precedentes, no he descuidado completamente la cuestión del Estado capitalista. De hecho, en todas partes ha estado presente como la entidad que garantiza los contratos y las libertades de los individuos civiles, y como el poder represivo que forja y mantiene

la fuerza de trabajo como una mercancía. El Estado sirve de sostén a la competencia intercapitalista y regula las condiciones de empleo. Facilita la centralización del capital, pero también desempeña un importante papel en el equilibrio entre la centralización y la descentralización, que preserva la estabilidad de la composición de valor del capital. El Estado se encarga de la producción de mercancías (principalmente en el entorno construido) que los capitalistas individuales no pueden o no quieren proporcionar, por vitales que puedan ser para la acumulación ulterior. Emplea sus poderes de planificación para dar forma a la economía espacial del capitalismo directamente y, de este modo, puede incluso regular la persistente tensión entre la concentración y la dispersión geográficas. A través del banco central, desempeña un papel hegemónico en el suministro de dinero de cierta calidad. Y al tratar las funciones fiscales y monetarias del Estado podemos considerar el amplio rango de su intervención potencial, tanto en la dinámica temporal como en la espacial de la acumulación dentro del territorio bajo su jurisdicción. El sistema estatal se convierte, por eso, en una parte vital de esa batería de organizaciones ordenadas jerárquicamente que enlazan los trabajos individuales dentro de la totalidad expresada como trabajo abstracto. Al ocupar una posición tan estratégica, y al contar con las armas fundamentales del poder político y militar, el Estado llega a ser la institución central alrededor de la cual se forman las alianzas de clase. Los poderes fiscales y monetarios pueden así presionarse para que sirvan a una alianza de este tipo. El Estado puede modificar los arreglos distributivos, puede controlar la inversión en apropiación, puede crear capitales ficticios y puede convertir las tendencias a la devaluación en inflación. El Estado se convierte en la institución central a través de la cual se arreglan los conflictos entre las regiones y la base a partir de la cual cada alianza regional busca su «arreglo espacial».

El Estado desempeña, en definitiva, un papel vital en casi cada aspecto de la reproducción del capital. Más aún, cuando el gobierno interviene a fin de estabilizar la acumulación frente a sus múltiples contradicciones, solo lo logra al precio de absorber y de interiorizar estas contradicciones. Adquiere la dudosa tarea de administrar la dosis necesaria de devaluación, aun cuanto tenga cierta discrecionalidad acerca de cómo y cuándo hacerlo. El Estado puede incorporar los costes dentro de su territorio por medio de una dura legislación laboral y de restricciones fiscales y monetarias, o puede buscar una solución externa por medio de guerras comerciales, políticas fiscales y monetarias combativas en el escenario mundial, respaldadas en última instancia por la fuerza militar. La forma final de devaluación es la confrontación militar y la guerra global.

Hemos considerado ya todos estos aspectos del Estado moderno en el texto anterior, pero estos no forman una base adecuada para elaborar una

teoría comprensiva del Estado. Se han dejado fuera demasiados elementos. Dentro del argumento se debe integrar la reproducción del trabajador y de la fuerza de trabajo, así como la producción y uso de conocimientos, tanto como una fuerza material en la producción que como un arma para la dominación y el control ideológico. A medida que nos esforzamos por completar esta tarea, nos surgen dos cuestiones. La primera es por qué instituciones tan fundamentales para la reproducción del capital (como el banco central) se mantienen hasta cierto punto separadas de las que se ocupan de la reproducción del trabajador y de la fuerza de trabajo. La segunda tiene que ver con el hecho de que debe asegurarse algún tipo de unidad entre las diversas instituciones, algún tipo de equilibrio, para que la sociedad se pueda reproducir en tanto entidad funcional. Esto suscita preguntas acerca de la ubicación de los poderes, la legitimidad, la democracia y la ideología, que los marxistas han confrontado directamente en una bibliografía enorme y controvertida. Ante todo, nuestra atención se debe dirigir a la lucha política por el control de los aparatos del Estado y los poderes que allí residen. La lucha de clases se desplazan del lugar de producción a la arena política.

Surge así otro problema. La relación entre capital y trabajo se ha convertido en multitud de configuraciones conflictivas. Hemos identificado ya ciertos rasgos de este proceso, a medida que el capital y el trabajo se dividen en diferentes fracciones y a veces se reconstituyen alrededor de algunas forma de alianza regional. De otra parte, tan pronto como tomamos en cuenta otros aspectos de la vida capitalista —como la formación de una élite científica y técnica, el crecimiento de las funciones administrativas, de la burocracia, etc. — con frecuencia resulta casi imposible discernir la relación capital-trabajo subyacente. Bajo esta perspectiva, resulta simbólico, en mi opinión que el último capítulo del tercer volumen de *El capital* trate el problema de las clases bajo el capitalismo. La posición del capítulo es importante, aunque su contenido no se puede tomar tan seriamente. Sugiere que las configuraciones de clase que existen realmente bajo el capitalismo tienen que interpretarse como el producto de fuerzas alineadas para apoyar la acumulación de capital y la reproducción del trabajador en tanto portador de la mercancía fuerza de trabajo. Las configuraciones de clase no se asumen así *a priori*, sino que se producen activamente. La relación de clase entre capital y trabajo —relación que reconoce simplemente la importancia que tiene comprar y vender fuerza de trabajo para la vida económica bajo el capitalismo— es simplemente un punto de partida desde el cual se ha de analizar la producción de configuraciones de clase mucho más complicadas. El flujo de fuerzas que actúa dentro de la dinámica de la historia capitalista —que hemos tratado de captar por lo menos parcialmente en las páginas precedentes— ejerce presión para la

formación de nuevas estructuras y alianzas de clase (incluyendo las que están basadas en el territorio). No obstante, las alianzas de clase, la identidad y la conciencia no son en ningún caso instantáneamente maleables. La tensión resultante merece el escrutinio más detallado posible. Después de todo, la lucha de clases no puede entenderse adecuadamente sin entender cómo se forjaron y se mantuvieron las configuraciones y alianzas de clase en primera instancia.

Esta aproximación puede ayudar a salvar lo que a menudo aparece como la separación más grave entre los teóricos de un modo de producción puramente capitalista y los que tratan de reconstruir las geografías históricas reales de las formaciones sociales capitalistas en toda su rica complejidad. Los teóricos pueden tratar de hilar y tejer sus argumentos a fin de «describir y exponer las formas concretas que brotan del proceso de movimiento de capital considerado como un todo», «acercándose, pues, gradualmente» a las formas concretas bajo las cuales el capital «se presenta en la superficie misma de la sociedad» (*El capital*, vol. III, p. 45). En este camino, «la vida del asunto en cuestión» puede quedar «reflejada idealmente como en un espejo» (*El capital*, vol. I, p. 19). Sin embargo, el aparato conceptual incorporado a esa reconstrucción teórica no es de ninguna manera una abstracción idealista, sino que está constituido sobre categorías y relaciones, como fuerza de trabajo, plusvalor (absoluto y relativo) y el capital como proceso forjado a través de transformaciones históricas reales: la acumulación originaria, la aparición de la forma dinero, el intercambio en el mercado y la fiera lucha por el control capitalista dentro de la esfera de la producción. Las propias categorías provienen de una experiencia histórica real.

La teoría se inicia cuando estas categorías de base histórica se ponen a funcionar con el propósito de forjar nuevas interpretaciones. No podemos aspirar a explicarlo todo con estos medios y ni siquiera conseguir una comprensión cabal de eventos individuales. Estas no son las tareas a las que la teoría se debe dirigir. El objetivo es, más bien, crear marcos de interpretación, crear un elaborado aparato conceptual con el que captar las relaciones más significativas que operan dentro de la intrincada dinámica de la transformación social. Podemos explicar como premisa general por qué el cambio tecnológico y organizativo, así como las reorganizaciones geográficas dentro de la división espacial del trabajo, son socialmente necesarios para la supervivencia del capitalismo. Podemos entender las contradicciones incrustadas en estos procesos y mostrar cómo se manifiestan estas contradicciones dentro de la geografía histórica del desarrollo capitalista tan propenso a las crisis. Podemos entender cómo se forman nuevas configuraciones y alianzas de clase, cómo se pueden expresar en tanto configuraciones territoriales y degenerar en rivalidades interimperialistas. Este es el tipo de conocimientos que nos puede ofrecer la teoría.

Una teoría, sin embargo, que no pueda arrojar luz sobre la historia o la práctica política es seguramente redundante. Peor aún, las teorías erróneas —que no son de ninguna manera prerrogativa exclusiva de la burguesía— pueden desorientar y caer en la mistificación. Además, ningún teórico puede alegar omnisciencia. En uno u otro punto se deben hacer conexiones tangibles entre el tejido de la teoría y la trama de la geografía histórica. El poder persuasivo del primer volumen de *El capital* deriva precisamente de la forma en que el aparato conceptual es soportado y a la vez soporta las pruebas históricas. Esta es el tipo de unidad que debemos esforzarnos continuamente por mantener y mejorar.

La separación dentro de esta unidad, correctamente interpretada, tiene todavía su lugar. Este puede ser el lugar de una tensión creativa, una palanca para construir nuevas ideas. La insistencia prematura en la unidad de la teoría y la práctica histórica puede llevar a la parálisis y a la inmovilidad, a formulaciones en ocasiones totalmente erróneas. O nos esforzamos por empacharnos con una geografía histórica recalitrante dentro de una dinámica descrita por unas pocas categorías simplistas, que solo pueden captar la apariencia superficial, nunca el significado social interno, o creamos nuevas categorías históricamente fundadas en sucesos particulares.

Hay incluso una cierta virtud en aceptar e incluso perseguir hasta sus últimos límites la separación entre la teoría y la práctica histórica, aunque solo sea porque su desarrollo desigual abre nuevas perspectivas a la unidad que necesariamente debe prevalecer entre ellas. Correr sobre dos piernas es más rápido que ir brincando con las piernas atadas.

En el análisis final, en cualquier caso, la unidad es lo único importante. El mutuo desarrollo de la teoría y de la reconstrucción histórica y geográfica, todo ello proyectado en el fuego de la práctica política, forma el crisol intelectual del cual pueden surgir nuevas estrategias para una reconstrucción sensata de la sociedad. A buen seguro, la urgencia de esta tarea, en un mundo acosado por toda clase de peligros demenciales —incluida la amenaza de una guerra nuclear total (una forma ominosa de devaluación)— no requiere de demostración. Si el capitalismo ha alcanzado tales límites, nos toca a nosotros encontrar la forma de trascender los límites del propio capital.

BIBLIOGRAFÍA

Trabajos de Marx

- Capital*, Nueva York, International Publishers, 1967 [ed. cast.: *El capital*, 3 vols., traducción de Pedro Scaron, Madrid, Siglo XXI, 2017].
- A Contribution to the Critique of Political Economy*, Nueva York, International Publishers, 1970 [ed. cast.: *Contribución a la crítica de la economía política*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005].
- Critique of the Gotha Programme*, Nueva York, International Publishers, 1970 [ed. cast.: *Crítica del Programa de Gotha*, varias ediciones].
- Early Texts* (ed. D. McClellan), Oxford, Basil Blackwell, 1972.
- Economic and Philosophic Manuscripts of 1844*, Nueva York, International Publishers, 1964 [ed. cast.: *Manuscritos de economía y filosofía*, Madrid, Alianza Editorial, 2013].
- The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*, Nueva York, International Publishers, 1963 [ed. cast.: *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Akal, 2023].
- Grundrisse*, Harmondsworth, Middlesex, Penguin, 1973 [ed. cast.: *Grundrisse* en OFME, vols. 6, 7 y 8, Ciudad de México, FCE, 1987].
- Notes on Adolph Wagner*, en *Value: Studies by Marx* (ed. de A. Dragstedt), Londres, New Park Publications, 1976.
- The Poverty of Philosophy*, Nueva York, International Publishers, 1963 [ed. cast.: *Miseria de la filosofía* en OFME, vol. 4, Ciudad de México, FCE, 1987].
- Results of the Immediate Process of Production (Appendix to Capital, vol. 1)*, Harmondsworth, Middlesex, Penguin, 1976 [ed. cast.: *Resultados del proceso inmediato de producción. Capítulo VI. Inédito*, Madrid, Siglo XXI, 1990].
- Text on Method* (ed. Terrell Carver), Nueva York / Oxford, Barnes and Noble / Basil Blackwell, 1975.
- Theories of Surplus Value*, Londres, Lawrence and Wishart, partes 1 y 2, 1969; parte 3, 1972 [ed. cast.: *Teorías sobre la plusvalía*, en OFME, vol. 12, 13 y 14, Ciudad de México, FCE, 1987].
- Wage Labour and Capital*, Pekín, Foreign Languages Press, 1978 [ed. cast.: *Trabajo asalariado y capital*, Mandala Ediciones, 2020].

Wages, Prices and Profit, Pekín, Foreign Languages Press, 1965 [ed. cast.: *Salario, precio y ganancia*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2020].

Trabajos de Marx y Engels

Collected Works, Nueva York, International Publishers, vols. 1-12, 1975-1980.

The German Ideology, Nueva York, International Publishers, 1972 [ed. cast.: *La ideología alemana*, Madrid, Akal, 2014].

Ireland and the Irish Question, Moscú, International Publishers, 1972.

Manifiesto of the Communist Party, Moscú, Progress Publishers, 1952 [ed. cast.: *El manifiesto comunista*, Madrid, Akal, 1997].

On Colonialism, Nueva York, International Publishers, 1972,

Selected Correspondence, Moscú, Progress Publishers, 1955.

Trabajos de Engels

Anti-Dühring, Moscú, Progress Publishers, 1947 [ed. cast.: *Anti-Dühring. La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring*, Ciudad de México, Grijalbo, 1968].

The Condition of the Working Class in England in 1844, Londres, Allen and Unwin, 1962 [ed. cast.: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Akal, 2020].

The Housing Question, Nueva York, International Publishers, 1935 [ed. cast.: *Contribución al problema de la vivienda*, Libros Corrientes, 2020].

The Origin of the Family, Private Property and the State, Nueva York, International Publishers 1942 [ed. cast.: *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, Madrid, Akal, 2016].

Otros trabajos citados

Aglietta, M. (1979), *A Theory of Capitalist Regulation*, Londres.

Althusser, L. (1969), *For Marx*, Harmondsworth, Middlesex [ed. cast.: *La revolución teórica de Marx*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1968].

Althusser, L. y Balibar, E. (1970), *Reading «Capital»*, Londres [ed. cast.: *Para leer el capital*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1969].

Altwater, E. (1973), «Notes on some problems of state interventionism», *Kapitalistate*, vol. 1, pp. 96-108; vol. 2, pp. 76-83.

Amin, S. (1974), *Accumulation on a World Scale*, Nueva York [ed. cast.: *La acumulación a escala mundial*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1974].

- _____ (1976), *Unequal Development*, Nueva York [ed. cast.: *El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*, Barcelona, Fontanella, 1975].
- _____ (1980), *Class and Nation, Historically and in the Current Crisis*, Nueva York.
- Anderson P. (1974), *Lineages of the Absolutist State*, Londres [ed. cast.: *El Estado absolutista*, Madrid, Siglo XXI, 1979].
- _____ (1980), *Arguments within English Marxism*, Londres.
- Arrighi, G. (1978), *The Geometry of Imperialism*, Londres [ed. cast.: *La geometría del imperialismo*, Madrid, Siglo XXI, 1978].
- Arthur, C. J. (1976), «The concept of “abstract labor”», *Bulletin of the Conference of Socialist Economists*, vol. 5, núm. 2.
- Avineri, S. (1972), *Hegel's Theory of the Modern State*, Cambridge.
- Aydalot, P. (1976), *Dynamique Spatiale et développement inégal*, París.
- Ball, M. (1977), «Differential rent and the role of de land property», *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 1, pp. 380-403.
- Banaji, J. (1976), «Summary of selected parts of Kautsky's *The Agrarian Question*», *Economy and Society*, vol. 5, pp. 1-49.
- Baran, P. (1957), *The Political Economy of Growth*, Nueva York.
- Baran, P. y Sweezy, P. (1966), *Monopoly Capital*, Nueva York [ed. cast.: *El capital monopolista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006].
- Barker, C. (1978), «The state as capital», *International Socialism*, series 2, núm. 1, pp. 16-42.
- Barratt-Brown, M. (1974), *The Economics of Imperialism*, Harmondsworth, Middlesex.
- Barrère, C. (1977), *Crise du système de crédit et capitalisme monopoliste d'Etat*, París.
- Bassett, K. y Short, J. (1980), *Housing and Residential Structure. Alternative Approaches*, Londres.
- Baumol, W. J. (1974), «The transformation of values: what Marx “really” meant (an interpretation)», *Journal of Economic Literature*, vol. 12, pp. 51-62.
- _____ (1976), «Review of Introduction au *Capital* de Karl Marx by G. Maarek», *Journal of Economic Literature*, vol. 14, pp. 82-7.
- Becker, J. F. (1977), *Marxian Political Economy*, Londres
- Benetti, C. (1976), *Valeur et répartition*, Grenoble.
- Benetti, C., Berthomieu, C. y Cartelier, J. (1975), *Economie classique, économie vulgaire*, Grenoble.
- Bernal, J. D. (1969 ed.), *Science in History*, 4 vols., Cambridge (MA).
- Berthoud, A. (1974), *Travail productif et productivité du travail chez Marx*, París.
- Blaug, M. (1968), «Technical change and Marxian economics» en D. Horowitz (ed.), *Marx and Modern Economics*, Nueva York.

- Blaug, M. (1978 ed.), *Economic Theory in Retrospect*, Londres.
- Bleaney, M. (1976), *Underconsumption Theories*, Londres.
- Boccarda, P. (1974), *Etudes sur le capitalisme monopoliste d'Etat, sa crise et son issue*, París.
- Boddy, R. y Crotty, J. (1975), «Class conflict and macro-policy: the political business», *Review of Radical Political Economics*, vol. 7, núm. 1, pp. 1-19.
- Bohm-Bawerk, E. von (1949), *Karl Marx and the Glose of his System* (ed. por P. Sweezy), Nueva York.
- Bouvier, J., Furet, F. y Gillet, M. (1965), *Le Mouvement du profit en France au XIXe siècle*, París.
- Braverman, H. (1974), *Labour and Monopoly Capital*, Nueva York [ed. cast.: *Trabajo y capital monopolista. La degradación del trabajo en el siglo XX*, Ciudad de México, Nuestro Tiempo, 1974].
- Brighton Labour Process Group (1977), «The capitalist labour process», *Capital and Class*, vol. 1, pp. 3-26.
- Bronfenbrenner, M. (1968), «“Das Kapital” for the Modern Man» en D. Horowicz (ed.), *Marx and Modern Economics*, Nueva York.
- Bujarin, N. (1972a), *Imperialism and the World Economy*, Londres [ed. cast.: *El imperialismo y la escala mundial*, Buenos Aires, Pasado y Presente, 1971].
- _____ (1972b), «Imperialism and the accumulation of capital» en R. Luxemburg y N. Bukharin, *Imperialism and the Accumulation of Capital*, Nueva York.
- Burawoy, M. (1978), «Toward a Marxist theory of the labor process: Braverman and beyond», *Politics and Society*, vol. 8, pp. 247-312.
- Burawoy, M. (1979), *Manufacturing Consent: Changes in the Labor Process under Monopoly Capitalism*, Chicago.
- Carney, J. G., Hudson, R. y Lewis, R. (1979), *Regions in Crisis*, Londres.
- Castells, M. (1977), *The Urban Question*, Londres [ed. cast.: *La cuestión urbana*, Madrid, Siglo XXI, 2004].
- Chandler, A. (1962), *Strategy and Structure*, Cambridge (MA).
- Chandler, A. (1977), *Tire Visible Hand: the Managerial Revolution in American Business*, Cambridge (MA).
- Cheape, C. W. (1980), *Moving the Masses*, Cambridge (MA).
- Christaller, W. (1966), *Central Places in Southern Germany*, Englewood Cliffs (NJ).
- Churchward, L. G. (1959), «Towards the understanding of Lenin's Imperialism», *Australian Journal of Politics and History*, vol. 5, núm. 1, 76-83.
- Clarke, S. (1980), «The value of value», *Capital and Class*, vol. 10, pp. 1-17.

- Cogoy, M. (1973), «The fall in the rate of profit and the theory of accumulation: a reply to Paul Sweezy», *Conference of Socialist Economists Bulletin*, vol. 2,
- Cohen, G. A. (1978), *Karl Marx's Theory of History - a Defense*, Princeton (NJ).
- Conference of Socialist Economists (1976), *On the Political Economy of Women*, CSE Pamphlet, núm. 2.
- Coutiere, A. (1976), *Le Systeme Monétaire Français*, París.
- Crouzet F. (1972), *Capital Formation in the Industrial Revolution*, Londres.
- Cutler, A., Hindess, B., Hirst, P. y Hussain, A. (1978), *Marx's Capital and Capitalism Today*, 2 vols., Londres.
- Davis, H. (1978), *Toward a Marxist Theory of Nationalism*, Nueva York.
- De Brunhoff, S. (1971), *L'Offre de monnaie*, París.
- _____ (1976), *Marx on money*, Nueva York.
- _____ (1978), *The State, Capital and Economic Policy*, Londres.
- _____ (1979), *Les rapports d'argent*, Grenoble.
- De Gaudemar, J. P. (1976), *Mobilité du travail et accumulation du capital*, París [ed. cast.: *Movilidad del trabajo y acumulación de capital*, Ciudad de México, Era, 1979].
- De la Haye, Y. (1976), *Marx and Engels on the Means of Communication*, Nueva York.
- Deane, P. y Cole, W (1962), *British Economy Growth: 1688-1959*, Londres.
- Dear, M. y Scott, A. (eds.) (1981), *Urbanization and Urban Planning in Capitalist Society*, Londres.
- Desai, M. (1979), *Marxian Economics*, Oxford.
- Dichervois, M. y Theret, B. (1979), *Contribution a l'étude de la rente financière urbaine*, La Haya.
- Dobb, M. (1940), *Political Economy and Capitalism*, Londres [ed. cast.: *Economía política y capitalismo*, Ciudad de México, FCE, 1945].
- _____ (1963), *The Economic Development of Capitalism*, Nueva York [ed. cast.: *Estudios sobre el desarrollo económico del capitalismo*, Madrid, Siglo XXI, 1976].
- _____ (1973), *Theories of Value and Distribution since Adam Smith: Ideology and Economic Theory*, Nueva York [ed. cast.: *Teorías del valor y la distribución desde Adam Smith*, Madrid, Siglo XXI, 1975].
- _____ (1975-1976), «A note on the Ricardo-Marx-Sraffa discussion», *Science and Society*, vol. 39, pp. 468-470.
- Domhoff, W. G. (1978), *The Powers That Be: Processes of Ruling-Class Domination in America*, Nueva York.
- Donzelot, J. (1979), *The Policing of the Families: Welfare versus the State*, Londres [ed. cast.: *La policía de las familias*, Madrid, Irrecuperables, 2023].
- Dostaler, G. (1978a), *Valeur et prix: histoire d'un débat*, París.

- _____ (1978b), *Marx: la valeur et l'économie politique*, París.
- Draper, H. (1977), *Karl Marx's Theory of Revolution, parte 1; State and Bureaucracy*, Nueva York.
- Dulong, R. (1978), *Les régions, l'Etat et la société locale*, París.
- Dumenil, G. (1975), «L'expression du taux de profit dans "Le Capital"», *Revue économique*, vol. 26, pp. 198-219.
- _____ (1977), *Marx et Keynes face à la crise*, París.
- Edel, M. (1976), «Marx's theory of rent: urban applications», *Kapitalistate*, vol. 4/5, pp. 100-125.
- Edwards, R. (1979), *Contested Terrain: the Transformation of the Workplace in the Twentieth Century*, Nueva York.
- Eisenstein, Z. (ed.) (1979), *Capitalist Patriarchy and the Case for Socialist Feminism*, Nueva York.
- Elbaum, B., Lazonick, W., Wilkinson, F. y Zeitlin J. (1979), «The labour process, market structure and Marxist Theory», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 3, pp. 227-230.
- Elbaum B. y Wilkinson, F. (1979), «Industrial relations and uneven development: a comparative study of the American and British steel industries», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 3, pp. 275-303.
- Elger, T. (1979), «Valorization and "deskilling"; a critique of Braverman», *Capital and Class*, vol. 7, pp. 58-99.
- Elson, D. (ed.) (1979), *Value: the Representation of Labour in Capitalism*, Londres.
- Elster, J. (1978), «The labor theory of value: a reinterpretation of Marxist economics», *Marxist Perspectives*, vol. 1, núm. 3, pp. 70-101.
- Emmanuel, A. (1972), *Unequal Exchange: a Study of the Imperialism of Trade*, Nueva York.
- Erlich, A. (1978), «Dobb and the Marx-Feldman model: a problem in Soviet economic strategy», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 2, pp. 203-214.
- Fairley, J. (1980), «French developments in the theory of state monopoly capitalism», *Science and Society*, vol. 44, pp. 305-325.
- Fine, B. (1979a), «World economic crisis and inflation», en F. Green y P. Nore (eds.), *Issues in Political Economy: a Critical Approach*, Londres.
- _____ (1979b), «On Marx's theory of agricultural rent», *Economy and Society*, vol. 8, pp. 241-278.
- _____ (1980), *Economic Theory and Ideology*, Londres.
- Fine, B. y Harris, L. (1979), *Re-Reading Capital*, Londres.
- Fitch, R. y Openheimer, M. (1970), «Who rules the corporations?», *Socialist Revolution*, vol. 1, núm. 4, pp. 73-107; núm. 5, pp. 61-114; núm. 6, pp. 33-94.
- Foster, J. (1975), *Class Struggle in the Industrial Revolution*, Nueva York.

- Frank, A. G. (1969), *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Nueva York [ed. cast.: *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974].
- Freyssenet, M. (1971), *Les rapports de production: travail productif et travail improductif*, París.
- _____ (1977), *La division capitaliste du travail*, París.
- Friedman, A. (1977a), *Industry and Labour*, Londres.
- _____ (1977b), «Responsible autonomy versus direct control over the labour process», *Capital and Class*, vol. 1, pp. 43-57.
- Gardner, L. C. (1964), *Economic Aspects of New Deal Diplomacy*, Boston.
- Gardes, C. (1977), «The fundamental contradiction in the neoclassical theory of income distribution», *Review of Radical Political Economics*, vol. 9, núm. 2, pp. 39-64.
- Gerstein, I. (1976), «Production, circulation and value: the significance of the “transformation problem” in Marx's critique of political economy», *Economy and Society*, vol. 3, pp. 243-291.
- Gillman, J. (1957), *The Falling Rate of Profit*, Londres.
- Glyn, A. y Sutcliffe, R. (1972), *British Capitalism, Workers and the Profit Squeeze*, Harmondsworth, Middlesex.
- Godelier, M. (1972), *Rationality and Irrationality in Economics*, Londres.
- Goldsmith, R. W. (1969), *Financial Structure and Development*, New Haven (CN).
- Gough, I. (1972), «Productive and unproductive labour in Marx», *New Left Review*, vol. 76, pp. 47-72.
- Gramsci, A. (1971), *Prison Notebooks*, Londres [ed. cast.: *Cuadernos de la cárcel*, 3 vols., Madrid, Akal, 2023].
- Grossman, H. (1977), «Archive: Marx, classical political economy and the problem of dynamics», *Capital and Class*, vol. 2, pp. 52-55; vol. 3, pp. 67-89.
- Gurley, J. G. y Shaw, E. S. (1960), *Money in a Theory of Finance*, Washington DC.
- Hannah, L. (1976), *The Rise of the Corporate Economy*, Londres,
- Harris, L. (1976), «On interest, credit and capital», *Economy and Society*, vol. 5, pp. 145-177.
- Harris, L. (1978), «The science of the economy», *Economy and Society*, vol. 7, pp. 284-320.
- Harris, L. (1979), «The role of money in the economy» en F. Green y P. Nore (eds.), *Issues in Political Economy: a Critical Approach*, Londres.
- Hartmann, H. (1979), «The unhappy marriage of Marxism and Feminism: towards a more progressive union», *Capital and Class*, vol. 8, pp. 1-33.
- Harvey, D. (1969), *Explanation in Geography*, Londres.

- _____ (1973), *Social Justice and the City*, Londres.
- _____ (1975), «The geography of capitalist accumulation: a reconstruction of the Marxian theory», *Antipode*, vol. 7, núm. 2, pp. 9-21.
- _____ (1977), «Labor, capital and class struggle around the built environment in advanced capitalist societies», *Politics and Society*, vol. 6, pp. 26-95.
- _____ (1978), «Urbanization under capitalism: a framework for analysis», *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 2, pp. 101-103.
- _____ (1977), «Theories of inflation», *Marxism Today*.
- Heertje, A. (1972), «Essay on Marxian economics», *Schweizerisches Zeitschrift für Volkswirtschaft und Statistik*, vol. 108, pp. 33-45.
- _____ (1977), *Economics and Technical Change*, Nueva York.
- Hegel, G. W. (1952 ed.), *Philosophy of Right*, Oxford [ed. cast.: *Fundamentos de la Filosofía del Derecho*, Madrid, Tecnos, 2017].
- Hendrick, B. J. (1907), «Great American fortunes and their making: street railways financiers», *McClures Magazine*, vol. 30, pp. 33-48.
- Herman, E. S. (1973), «Do bankers control corporations?», *Monthly Review*, vol. 25, núm. 1, pp. 12-29.
- _____ (1979), «Kotz on banker control», *Monthly Review*, vol. 51, núm. 4, pp. 46-57.
- Hilferding, R. (1970 ed.), *Le Capital financier*, París [ed. cast.: *El capital financiero*, Madrid, Tecnos, 1985].
- Hilton, R. (ed.) (1976), *The Transition. From Feudalism to Capitalism*, Londres.
- Himmelweit, S. y Mohun, S. (1977), «Domestic labour and capital», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 1, pp. 15- 31.
- Hindess, B. y Hirst, P. (1975), *Pre-Capitalist Modes of Production*, Londres.
- _____ (1976), *Mode of Production and Social Formation*, Londres.
- Hirschman, A. O. (1976), «On Hegel, imperialism, and structural stagnation», *Journal of Development Economics*, vol. 3, pp. 1-8.
- Hobson, J. A. (1965), *Imperialism*, Ann Arbor (MI) [ed. cast.: *Imperialismo*, Madrid, Capitán Swing, 2009].
- Hodgson, G. (1974), «The theory of the falling rate of profit», *New Left Review*, vol. 84, pp. 55-82.
- _____ (1980) «A theory of exploitation without the labor theory of value», *Science and Society*, vol. 44, pp. 257-273.
- Holloway, J. y Picciotto, S. (1978), *State and Capital a Marxist Debate*, Londres.
- Hook, S. (1933), *Towards the Understanding of Karl Marx: a Revolutionary Interpretation*, Nueva York.
- Howard, M. C. y King, J. E. (1975), *The Political Economy of Marx*, Londres.

- Humphries, J. (1977), «Class struggle and the persistence of the working-class family», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 1, 241-258.
- Hunt Commission Report (1971), *Financial Structure and Regulation*, Washington DC.
- Hunt, E. K. (1979), «The categories of productive and unproductive labor in Marxist economic theory», *Science and Society*, vol. 43, pp. 303-325.
- Hymer, S. (1972), «The multinational corporation and the law of uneven development» en J. Bhagwati (ed.), *Economics and World Order from the 1970s to the 1990s*, Nueva York.
- Isard, W. (1956), *Location and Space Economy*, Cambridge (MA).
- Itoh, M. (1976), «A study of Marx's theory of value», *Science and Society*, vol. 40, pp. 307-340.
- _____ (1978a), «The formation of Marx's theory of crisis», *Science and Society*, vol. 42, pp. 129-155.
- _____ (1978b), «The inflational crisis of capitalism», *Capital and Class*, vol. 4, pp. 1-10.
- Jacobi, O., Bergmann, J. y Mueller-Jentsch, W. (1975), «Problems in Marxist theories of inflation», *Kapitalistate*, vol. 3, pp. 107-125.
- Jacot, J-H. (1976), *Croissance économique et fluctuations conjoncturelles*, Lion.
- Kalecki, M. (1971), *Selected Essays on the Dynamics of the Capitalist Economy*, Londres.
- Kautsky, K. (1970 ed.), *La question agraire*, París [ed. cast.: *La cuestión agraria*, Ciudad de México, Siglo XXI, 2002].
- Keiper, J. S., Kumow, E., Clark, C. D. y Segal, H. H. (1961), *Theory and Measurement of Rent*, Nueva York.
- Kemp, T. (1967), *Theories of Imperialism*, Londres.
- Keynes, J. M. (1936), *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Nueva York [ed. cast.: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Madrid, FCE, 2006].
- Koepfel, B. (1978), «The new sweatshops», *The Progressive*, vol. 42, núm. 11, pp. 22-26.
- Kolko, G. (1977), *The Triumph of Conservatism: a Reinterpretation of American History*, Nueva York.
- Kotz, D. (1978), *Bank Control of Large Corporations in the United States*, Berkeley (CA).
- Krelle, W. (1971), «Marx as a growth theorist», *German Economic Review*, vol. 9, pp. 122-133.
- Kühne, K. (1979), *Economics and Marxism*, 2 vols., Londres.

- Laclau, E. (1977), *Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism Fascism, Populism*, Londres [ed. cast.: *Política e ideología en la teoría marxista*, Madrid, Siglo XXI, 1978].
- Laibman, D. (1973-1974), «Values and prices of production: the political economy of the transformation problem», *Science and Society*, vol. 37, pp. 404-436.
- Lamarche, F. (1976), «Property development and the economic foundations of the urban questions» en C. Pickvance (ed.), *Urban Sociology: Critical Essay*, Londres.
- Lazonick, W. (1979), «Industrial relations and technical change: the case of the self-acting-mule», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 3, pp. 231-262.
- Lebowitz, M. A. (1977-1978), «Capital and the production of needs», *Science and Society*, vol. 41, pp. 430-447.
- Lefebvre, H. (1972), *La droit à la ville: suivi d'espace et politique*, París [ed. cast.: *El derecho a la ciudad*, Madrid, Capitán Swing, 2017].
- _____ (1974), *La production de l'espace*, París [ed. cast.: *La producción del espacio*, Madrid, Capitán Swing, 2017].
- Lenin, V. I. (1956 ed.), *The Development of Capitalism in Russia*, Moscú [ed. cast.: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú, Editorial Progreso, 1975].
- _____ (1970 ed.), *Selected Works*, 3 vols., Moscú.
- Levine, V. I. (1978), *Economic Theory*, Londres.
- Lipietz, A. (1974), *Le tribut foncier urbain*, París.
- _____ (1977), *Le capital et son espace*, París.
- Lösch, A. (1967), *The Economics of Location*, Nueva York.
- Luxemburg, R. (1951), *The Accumulation of Capital*, Londres [ed. cast.: *La acumulación de capital*, 2 vols., Barcelona, Orbis, 1985].
- Luxemburg, R. y Bujarin, N. (1972 ed.), *Imperialism and the Accumulation of Capital*, Nueva York.
- Maarek, G. (1979), *An Introduction to Karl Marx's Capital: a Study in Formalization*, Oxford.
- Macfarlane, A. (1978), *The Origins of English Individualism: The Family property and Social Transition*, Oxford.
- MacPherson, C. B. (1962), *The Political Theory of Possessive Individualism*, Oxford.
- Magaline, A. D. (1975), *Lutte de classes et dévalorisation du capital*, París.
- Malos, E. (1980), *The Politics of Housework*, Londres.
- Mandel, E. (1968), *Marxist Economic Theory*, Londres.
- _____ (1971), *The Formation of the Economic Thought of Karl Marx*, Londres [ed. cast.: *La formación del pensamiento económico de Karl Marx*, Madrid, Siglo XXI, 1974].

- _____ (1975), *Late Capitalism*, Londres [ed. cast.: *El capitalismo tardío*, Ciudad de México, Era, 1979].
- _____ (1978), *The Second Slump*, Londres [ed. cast.: *El significado de la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, La Oveja Roja, 2015].
- Massey, D. (1978), «Regionalism: some current issues», *Capital and Class*, vol. 6, pp. 106-125.
- _____ (1979), «In what sense a regional problem?», *Regional Studies*, vol. 13, pp. 233-244.
- _____ (1981), «The U.K. electrical engineering and electronics industries: the implications of the crisis for the restructuring of capital and locational change», en M. Dear y A. Scott (eds.), *Urbanization and Urban Planning in Capitalist Society*, pp. 199-234.
- Massey, D. y Catelano, A. (1978), *Capital and Land: Landownership by Capital in Great Britain*, Londres.
- Mathias, P. (1973), «Capital, credit and enterprise in the industrial revolution», *Journal of European Economic History*, vol. 2, pp. 121-144.
- Mattick, P. (1969), *Marx and Keynes*, Londres [ed. cast.: *Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta*, RyR, 2014].
- _____ (1980), *Economics, Politics and the Age of Inflation*, Londres.
- McKinnon, R. (1973), *Money and Capital in Economic Development*, Washington DC.
- Meek, R. L. (1973), *Studies in the Labour Theory of Value*, Londres.
- _____ (1977), *Smith, Marx and After*, Londres.
- Meillassoux, C. (1981), *Maidens, Meal and Money*, Londres [ed. cast.: *Mujeres, graneros y capitales*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1999].
- Merignas, M. (1978), «Travail social et structures de classe», *Critiques de l'économie politique*, nueva serie, núm. 3, pp. 24-56.
- Montgomery, D. (1979), *Worker's Control in America*, Londres.
- Morin, F. (1974), *La structure financière du capitalisme français*, París.
- Morishima, M. (1973), *Marx's Economics*, Londres.
- Morishima, M. y Catephores, G. (1978), *Value, Exploitation and Growth*, Maidenhead, Berks.
- Monis, J. y Lewin, H. (1973-1974), «The skilled labor reduction problem», *Science and Society*, vol. 37, núms. 454-472.
- Nabudere, D. (1977), *The Political Economy of Imperialism*, Londres.
- Nagels, J. (1974), *Travail collectif et travail production*, Bruselas.
- Nairn, T. (1977), *The Break-up of Britain: Crisis and Neo-Nationalism*, Londres.
- Niehans, J. (1978), *The Theory of Money*, Baltimore.
- Noble, D. (1977), *America by Design: Science, Technology and the Rise of Corporate Capitalism*, Nueva York [ed. cast.: *El diseño de Estados Unidos: ciencia, tecnología y la aparición del capitalismo monopolístico*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1987].

- O'Connor, J. (1973), *The Fiscal Crisis of the State*, Nueva York [ed. cast.: *La crisis fiscal del Estado*, Barcelona, Península, 1994].
- O'Connor, J. (1975), «Productive and unproductive labor», *Politics and Society*, vol. 4, pp. 297-336.
- Okishio, N. (1961), «Technical change and the rate of profit», *Kobe University Economic Review*, vol. 7, pp. 85-99.
- Ollman, B. (1971), *Alienation: Marx's Conception of Man in Capitalist Society*, Londres.
- _____ (1973), «Marxism and political science: a prologomenon to a debate on Marx's method», *Politics and Society*, vol. 3, núm. 491-510.
- Osadchaya, I. (1974), *From Keynes to Neo-Classical Synthesis: a Critical Analysis*, Moscú.
- Palloix, C. (1973), *Les firmes multinationales et le proces d'internationalisation*, París.
- _____ (1975a), *L'internationalisation du capital*, París.
- _____ (1975b), «The internationalization of capital and circuit of social capital» en H. Radice (ed.), *International Firms and Modern Imperialism*, Harmondsworth, Middlesex.
- _____ (1976), «The labour-process: from Fordism to neo-Fordism», en Conference of Socialist Economists, *The Labour Process and Class Strategies*, Londres.
- Palmer, B. (1975), «Class, conception and conflict: the thrust for efficiency, managerial views of labour, and the working class rebellion, 1903-1922», *Review of Radical Political Economics*, vol. 7, núm. 2, pp. 31-49.
- Pannekoek, A. (1977), «The theory of the collapse of capitalism», *Capital and Class*, vol. 1, pp. 59-81.
- Peet, R. (1981), «Spatial dialectics and Marxist geography», *Progress in Human Geography*, vol. 5, pp. 105-110.
- Pilling, G. (1972), «The law of value in Ricardo and Marx», *Economy and Society*, vol. 1, pp. 281-307.
- Pinkney, D. H. (1958), *Napoleon III and the Rebuilding of Paris*, Princeton (NJ).
- Portes, A. (1980), «The informal sector and the capital accumulation process in Latin America» en A. Portes y J. Walton (eds.), *The Political Economy of Development*, Nueva York.
- Postel-Vinay, G. (1974), *La rente foncière dans le capitalisme agricole*, París.
- Poulantzas, N. (1975), *Classes in Contemporary Capitalism*, Londres [ed. cast.: *Las clases sociales en el capitalismo actual*, Madrid, Siglo XXI, 1977].
- _____ (1978), *State, Power, Socialism*, Londres [ed. cast.: *Estado, poder y socialismo*, Madrid, Siglo XXI, 1979].

- Radice, H. (ed.) (1975), *International Firms and Modern Imperialism*, Harmondsworth, Middlesex,
- Report of the Commission on Money and Credit (1961), *Money and Credit, their Influence on Jobs, Prices, and Growth*, Englewood Cliffs (NJ).
- Revell, J. (1973), *The British Financial System*, Nueva York.
- Rey, P-P. (1973), *Les alliances de classes*, París.
- Ricardo, D. (1970 ed.), *The Works and Correspondence of David Ricardo*, Londres,
- Roberts, S. (1961), «Portrait of a robber baron: Charles T. Yerkes», *Business History Review*, vol. 35, pp. 344-371.
- Robinson, J. (1967), *An Essay on Marxian Economics*, Londres [ed. cast.: *Introducción a la economía marxista*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1969].
- _____ (1968), «Marx and Keynes» en D. Horowicz (ed.), *Marx and Modern Economics*, Nueva York.
- _____ (1977), «The labor theory of value», *Monthly Review*, vol. 29, núm. 7, pp. 50-59.
- _____ (1978), «The organic composition of capital», *Kyklos*, vol. 311, pp. 5-20.
- Roemer, J. (1977), «Technical change and the “tendency of the rate of profit to fall”», *Journal of Economic Theory*, vol. 16, pp. 408-424.
- _____ (1978), «The effect of technological change on the real wage and Marx's falling rate of profit», *Australian Economic Papers*, vol. 17, pp. 152-166.
- _____ (1979), «Continuing controversy on the falling rate of profit: fixed capital and other issues», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 3, pp. 379-398.
- _____ (1980), «A general equilibrium approach to Marxian economics», *Econometrica*, vol. 48, pp. 505-530.
- Roncaglia, R. (1974), «The reduction of complex labour to simple labour», *Bulletin of the Conference of Socialist Economists*, otoño.
- Rosdolsky, R. (1977), *The Making of Marx's «Capital»*, Londres.
- Rostow, W. W. (1960), *The Stages of Economic Growth: a Non-Communist Manifesto*, Londres [ed. cast.: *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*, Ciudad de México, FCE, 1973].
- Rowthorn, B. (1980), *Capitalism, Conflict and Inflation*, Londres.
- Rubin, I. (1972 ed.), *Essays on Marx's Theory of Value*, Detroit [ed. cast.: *Ensayos sobre la teoría del valor de Marx*, Buenos Aires, Pasado y Presente, 1974].
- Samuelson, P. (1957), «Wages and prices: a modern dissection of Marxian economic models», *American Economic Review*, vol. 47, pp. 884-912.
- _____ (1971), «Understanding the Marxian notion of exploitation: a

- summary of the so-called transformation problem between Marxian values and competitive prices», *Journal of Economic Literature*, vol. 9, pp. 89-451.
- Santos, M. (1979), *The Shared Space: the Two Circuits of the Urban Economy in Underdeveloped Countries*, Londres.
- Schefold, B. (1977), «Fixed capital as a joint product», *Jahrbucher für National Ökonomie und Statistik*.
- Schmidt, A. (1971), *The Concept of Nature in Marx*, Londres.
- Schumpeter, J. (1934), *The Theory of Economic Development*, Cambridge.
- _____. (1939), *Business Cycles*, Nueva York [ed. cast.: *Ciclos económicos. Análisis teóricos, histórico y económico del proceso capitalista*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2002].
- Scott, A. (1980), *The Urban Land Nexus and the State*, Londres.
- Scott, J. (1979), *Corporations, Clases, Capitalism*, Londres.
- Secombe, W. (1974), «The housewife and her labour under capitalism», *New Left Review*, núm. 83, pp. 3-24.
- Shaikh, A. (1978), «Marx's theory of value and the "transformation problem"» en J. Schwarts (ed.), *The Subtle Anatomy of Capitalism*, Santa Monica (CA).
- _____. (1978), «An introduction to the history of crisis theories, en Union of Radical Political Economics, *U.S. Capitalism in Crisis*, Nueva York.
- _____. (1979-1980), «Foreign trade and the law of value», *Science and Society*, vol. 43, pp. 281-302; vol. 44, pp. 27-57.
- Sherman, H. (1967), «Marx and the business cycle», *Science and Society*, vol. 31, pp. 486-504.
- _____. (1971), «Marxist models of cyclical growth», *History of Political Economy*, vol. 3, pp. 28-55.
- _____. (1976), *Stagflation: a Radical Theory of Unemployment and Inflation*, Nueva York.
- Smith, A. (1937 ed.), *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Nueva York [ed. cast.: *La riqueza de las naciones*, Madrid, Alianza Editorial, 2013].
- Smith, H. (1937), «Marx and the trade cycle», *Review of Economic Studies*, vol. 4, pp. 192-205.
- Smith, N. (1980), «The production of nature» (manuscrito no publicado).
- _____. (1981), «Degeneracy in theory and practice: spatial interactionism and radical eclecticism», *Progress in Human Geog-raphy*, vol. 5, pp. 111-118.
- Soja, E. (1980), «The socio-capital dialectic», *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 70, pp. 207-125.
- Sowell, T. (1972), *Say's Law: an Historical Analysis*, Princeton (NJ).
- Spring, D. (1963), *The English Landed Estate in the Nineteenth Century*, Baltimore.

- Sraffa, P. (1960), *The Production of Commodities by Means of Commodities*, Londres [ed. cast.: *Producción de mercancías por medio de mercancías*, Barcelona, Oikos-Tau, 1982].
- Steedman, I. (1977), *Marx after Sraffa*, Londres.
- Stone, K. (1974), «The origin of job structures in the steel industry», *The Review of Radical Political Economics*, vol. 6, núm. 2, pp. 113-173.
- Studenski, P. y Kroos, H. E. (1952), *Financial History of the United States*, Nueva York.
- Sweezy, P. (1968 ed.), *The Theory of Capitalist Development*, Nueva York [ed. cast.: *Teoría del desarrollo capitalista*, Ciudad de México, FCE, 1972].
- _____ (1971), «The resurgence of financial control: fact or fancy?», *Monthly Review*, vol. 23, núm. 6, pp. 1-33.
- _____ (1979), «Marxian value theory», *Monthly Review*, vol. 31, núm. 3, pp. 1-17.
- Sweezy, P. y Magdoff, H. (1972), *The Dynamics of U.S. Capitalism*, Nueva York.
- Taylor, J. G. (1979), *From Modernization to Modes of Production*, Londres.
- Therborn, G. (1976), *Science, Class and Society*, Londres.
- Theret, B. y Wieworka, M. (1978), *Critique de la théorie du capitalisme monopoliste d'Etat*, París.
- Thomas, B. (1973), *Migration and Economic Growth*, Londres.
- Thompson, E. P. (1968), *The Making of the English Working Class*, Harmondsworth, Middlesex [ed. cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing, 2012].
- _____ (1978), *The Poverty of Theory and Other Essays*, Londres [ed. cast.: *La miseria de la teoría*, Barcelona, Verso, 2023].
- Thompson, F. M. L. (1963), *English Landed Society in the Nineteenth Century*, Londres.
- Thompson, G. (1977), «The relationship between the financial and industrial sector in the United Kingdom economy», *Economy and Society*, vol. 6, pp. 235-283.
- Tilly, L. A. y Scott, J. (1978), *Women, Work and Family*, Nueva York.
- Topalov, C. (1974), *Les promoteurs immobiliers*, La Haya.
- Tortajada, R. (1977), «A note on the reduction of complex labour to simple labour», *Capital and Class*, vol. 1, pp. 106-116.
- Tribe, K. (1977), «Economic property and the theorization of ground rent», *Economy and Society*, vol. 6, pp. 69-88.
- _____ (1978), *Land, Labour and Economic Discourse*, Londres.
- Tsuru, S. (1968), «Keynes versus Marx: the methodology of aggregates», en D. Horowicz (ed.), *Marx and Modern Economics*, Nueva York.
- Tucker, R. (1970), *The Marxian Revolutionary Idea*, Londres.

- Uno, K. (1980), *Principles of Political Economy: Theory of a Purely Capitalist Society*, Brighton.
- Vilar, P. (1976), *A History of Gold and Money*, Londres [ed. cast.: *Oro y moneda en la historia*, Barcelona, Ariel, 1969].
- Van Parijs, P. (1980), «The falling-rate-of-profit theory of crisis: a rational reconstruction by way of obituary», *Review of Radical Political Economics*, vol. 12, pp. 1-16.
- Von Bortkiewicz, L. (1952), «Value and price in the Marxian system», *International Economic Papers*, vol. 2, pp. 5-60.
- Von Thunen, J. H. (1960 ed.), *The Frontier Wage*, trad. y ed. por B. Dempsey, Chicago.
- Von Weizsacker (1977), «Organic composition of capital and average period of production», *Revue d'économie politique*, vol. 87, núm. 2, pp. 198-251.
- Walker, R. A. (1977), «The suburban solution: urban reform and urban geography in the capitalist development of the United States», Tesis doctoral, The Johns Hopkins University, Baltimore.
- Walker, R. A. y Storper, N. (1981), «Capital and industrial location», *Progress in Human Geography*, vol. 5, pp. 473-509.
- Wallerstein, I. (1974), *The Modern World System*, Nueva York [ed. cast.: *El moderno sistema mundial*, Madrid, Siglo XXI, 2016].
- Weeks, J. (1979), «The process of accumulation and the “profit-squeeze” hypothesis», *Science and Society*, vol. 43, pp. 259-280.
- Weisskopf, T. (1978), «Marxist perspectives on cyclical crises», en Union of Radical Political Economics, *U.S. Capitalism in Crisis*, Nueva York.
- Wilson, J. C. (1938), «A note on Marx and the trade cycle», *Review of Economic Studies*, vol. 5, pp. 107-113.
- Wolfstetter, E. (1972), «Surplus labour, synchronized labour costs and Marx's labour theory of value», *Economic Journal*, vol. 83, pp. 787-809.
- Wright, E. J. (1978), *Class, Crisis and the State*, Londres.
- Yaffe, D. (1973), «The Marxian theory of crisis, capital and the state», *Economy and Society*, vol. 2, pp. 186-232.
- Zaretsky, E. (1976), *Capitalism, the Family and Personal Life*, Londres.
- Zeitlin, J. (1979), «Craft control and the division of labour: engineers and compositors in Britain, 1890-1930», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 3, pp. 263-74.
- Zeitlin, M. (1974), «Corporate ownership and control: the large corporation and the capitalist class», *American Journal of Sociology*, vol. 79, pp. 1073-1119.

